
RUSIA, LA OTRA POTENCIA EUROPEA



Interrogar la actualidad
Serie Europa

FRANCESC SERRA I MASSANSALVADOR

RUSIA,
LA OTRA POTENCIA EUROPEA

© 2005: Francesc Serra i Massansalvador
© Fundació CIDOB, 2005
Elisabets, 12, 08001 Barcelona
<http://www.cidob.org>
e-mail: subscripcions@cidob.org

Distribuido por Edicions Bellaterra, S.L.
Navas de Tolosa, 289 bis, 08026 Barcelona
www.ed-bellaterra.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Impreso en España
Printed in Spain

ISBN: 84-87072-51-8
Depósito Legal: B. 27.561-2005

Impreso por Hurope, S.L., Lima, 3 bis, 08030 Barcelona

Als amics, sobretot els que no hi han arribat

Xavier Borrell

Nelson Cabello

Romà Dolcet

Vicent Esbri

Marco Melchiorri

Xavier Serrat

Alberto Vicario

Índice

Prólogo, por Esther Barbé Izuel, 13

Introducción, 17

Rusia y la Unión Europea, aliados necesarios, 20

1. ¿Qué es una potencia?, 29

La difícil definición del poder, 29

El carácter militar de la potencia, 35

Otros elementos tangibles de la potencia, 39

Elementos intangibles de la potencia, 43

Potencia hegemónica en coexistencia con grandes potencias, 48

2. ¿Es Rusia una potencia?, 55

Rusia como potencia militar, 55

Otras características tangibles de Rusia como potencia, 59

Recursos intangibles de Rusia como potencia, 63

Ejercicio real de Rusia como potencia: a la búsqueda de una influencia por ejercer, 67

Rusia y su área de influencia territorial en tanto que potencia, 74

Un poder bajo tutela, 80

3. Rusia, potencia en reconstrucción, 83

El cómo y el porqué de la desintegración del Estado soviético, 83

Crisis en la identificación ruso-soviética, 91

La consolidación de una esfera de influencia, 99

Los primeros pasos de la CEI como organización regional del espacio de influencia de Rusia, 104

¿Rusia renace como Estado o como potencia?, 107

4. La consolidación de la Unión Europea con relación a la reconstrucción de Rusia, 1991-1994, 111

Una Europa en transición ante una Rusia en mutación, 111

Los límites de la potencia europea, 117

El reencuentro de Europa con su otra mitad, 122

Primeros pasos hacia el Este, 126

Europa, ante los muros de Rusia, 131

5. Rusia y Europa antes de Chechenia 137

Reencuentro y redefinición de Rusia y Europa, 137

El solapamiento de influencias en Europa del Este. Los casos del Báltico y de los Balcanes, 141

La cooperación económica europea hacia Rusia: ¿ayuda o satelización?, 147

La restauración de la confianza internacional, 151

Rusia, potencia «protegida», 155

6. La primera crisis de Chechenia. Un paso atrás en la consolidación de Rusia, 161

Chechenia: ¿culminación de un sueño o inicio de una pesadilla para Rusia?, 161

Consecuencias de la intervención en Chechenia en la sociedad y la política de Rusia, 166

Reacción internacional ante la crisis de Chechenia, 171

Europa ante la crisis chechena, 174

Rusia frente a sus fantasmas. El retorno al aislacionismo, 177

La frustrada búsqueda rusa de una identidad y una capacidad propias en Chechenia, 182

7. Rusia como potencia en reestructuración, 1996-2000, 189

La lenta recuperación de la confianza internacional tras la guerra, 189

La crisis del 98: ¿la economía rusa toca fondo?, 193

Tímidos signos de recuperación. El papel del petróleo, 198

La CEI y sus nuevas orientaciones, 202

Un país al borde del cataclismo y una sociedad sin perspectivas de futuro, 208

8. Evolución de la política europea hacia Rusia, 1995-2000, 213
 - Buscando soluciones: el Tratado de Amsterdam, 213
 - Go East*: la nueva ampliación, 215
 - Restauración paulatina de la confianza occidental en Rusia: el problema de la seguridad, 220
 - Las relaciones económicas e institucionales entre Rusia y la UE, en vías de intensificación, 224
 - Europa se cohesiona y establece sus límites con Rusia, 232

9. Rusia en proceso de estabilización: el período Putin, 237
 - Triunfo militar y diplomático ruso en Chechenia, 237
 - Putin ante la opinión pública, 241
 - Estrategias europeas: alianza frente a la hegemonía, 246
 - 11 de septiembre: flexibilidad en las alianzas estratégicas, 250
 - Rusia, a la búsqueda de la definición de una tendencia en su política internacional, 257
 - Rusia ante el futuro: equilibrio estratégico y presencia en la esfera internacional, 261

10. Conclusiones, 265
 - La adaptación de Rusia ante el nuevo sistema internacional, 265
 - Actitudes posibles de Rusia ante Occidente, 269
 - El futuro de las relaciones entre Rusia y la Unión Europea, 274

Notas, 281

Bibliografía, 343

Prólogo

El lector tiene en sus manos un libro muy oportuno, si tenemos en cuenta que uno de los debates con más incidencia en la Europa actual es justamente el debate en torno a sus límites. ¿Cuáles son las fronteras de Europa? Y si la cuestión ha salido de los ámbitos filosófico-culturales para trasladarse a la arena política es porque la Unión Europea, en crecimiento hacia el este, se está topando con preguntas de siempre (la identidad de Europa o, para entrar ya en este libro, el carácter europeo, o no, de Rusia), pero también con problemas de hoy (cómo tratar a los vecinos de los Veinticinco en un mundo en el que Europa y Unión Europea se han venido confundiendo a lo largo de los años).

El autor de estas páginas, Francesc Serra (profesor de Relaciones Internacionales en la Universidad Autónoma de Barcelona), está especialmente capacitado para abordar un tema que supone, tal y como está tratado en este libro, la convergencia de dos realidades, la de Rusia y la de la UE, dos potencias sui generis en construcción (o en reconstrucción) desde el fin de la guerra fría. En efecto, el autor goza, por una parte, de un conocimiento profundo de la realidad rusa desde ámbitos que unen lo cultural con lo político-económico y con lo estratégico-militar. Lo avala su dilatada experiencia en el terreno de la investigación sobre la extinta Unión Soviética, en especial sobre Ucrania, y Rusia. Ejemplo de ello es el análisis que, desde estas páginas, puede ayudar al lector a ahondar en el sentido que tiene hoy en día (y en el pasado) hablar de potencia rusa. Por otra parte, Francesc Serra, en tanto que miembro del Observatorio de Política Exterior Europea, está altamente familiariza-*

* El Observatorio de Política Exterior Europea del Institut Universitari d'Estudis

do con la dimensión exterior de la Unión, un actor que a lo largo de la última década (y a la par que Rusia) se ha ido construyendo en busca de una identidad internacional, de una frontera estable (estabilidad alrededor de la UE) y con el propósito, en último término, de favorecer la cohesión interna. A la hora de llevar a cabo todos estos objetivos, la relación de la UE con Rusia, como demuestran estas páginas, está siendo definitoria. Así pues, esta obra puede interesar tanto a aquellos que buscan un mejor conocimiento de la reinsertión de la Rusia pos-soviética en el mundo como a aquellos que se preguntan por la evolución reciente de la Unión Europea, una Unión que a Veinticinco se ha convertido más que nunca en vecino geopolítico de Rusia (ahí está el ingreso de los estados bálticos en la Unión para ratificarlo).

Este libro analiza con gran detalle el desarrollo en paralelo de Rusia, por una parte, y de la Unión Europea, por otra, para llevarlas al terreno de la convergencia, de los «vasos comunicantes», como escribe el autor. En efecto, la tesis fundamental de esta obra gira en torno a la retroalimentación que existe entre los procesos de cohesión interna en los que están inmersos ambos actores desde el final de la guerra fría. Convergencia entre Rusia y la UE en la que inciden dos fenómenos: primero, la extensión hacia el Este (go East) de la propia Unión, pero también de la OTAN, y, segundo, la existencia de un triángulo que hace más complejas las relaciones entre Rusia y la UE. Nos referimos a lo que Francesc Serra ha denominado el triángulo de geometría variable que conforman Estados Unidos, Rusia y la Unión Europea. En efecto, Estados Unidos es una parte importante del análisis que hallamos en estas páginas. Un análisis que, por otra parte, no es muy diferente del que en los últimos años se ha venido haciendo en torno a las funciones de norteamericanos y europeos en la escena internacional. Esto es, Estados Unidos se encarga de la agenda de seguridad y los europeos de la agenda económica. Mucho de ello hay en el triángulo que conforman los dos, junto con Rusia. De ahí, por tanto, tal y como señala esta obra, que los ataques del 11-S hayan impactado de forma especial en el triángulo Estados Unidos-Rusia-Unión Europea. El libro sigue detalladamente un proceso que se extiende a lo largo de más de una década, y en el que las crisis de Chechenia, como bien señala el autor, van a desempeñar un pa-

pel importante. La primera de ellas, en 1994, se convierte en un auténtico punto de inflexión en las relaciones entre Rusia y sus vecinos europeos, mientras que la segunda, en 1999, llama de nuevo la atención, justamente por todo lo contrario, por la Realpolitik desarrollada desde Bruselas y desde otras capitales europeas. La frase recogida en este libro de que Rusia necesita a la UE, pero la UE también necesita a Rusia (que exporta el 60 % de su producción energética hacia el oeste del continente) nos sitúa sobre una de las variables que el autor valora en su justa medida: la cuestión energética.

El análisis del presente libro lleva al autor a preguntarse en sus últimas páginas por los escenarios posibles de futuro. Así Francesc Serra dibuja tres opciones en las relaciones UE-Rusia que le hacen hablar de un escenario de enfrentamiento, improbable; de un escenario de cooperación con voluntad de integración, calificado por el autor de contrario a la lógica estructural de ambos actores y, finalmente, de un escenario de cooperación entre dos potencias vecinas, basado en intereses mutuos y en una fuerte interrelación en áreas funcionales (espacios de encuentro en jerga comunitaria), pero alejado de toda sombra de duda en torno a cualquier «gran ampliación» al este. Francesc Serra se enfrenta a ese «nudo gordiano» que se ha ido creando en torno a la identificación entre Unión Europea y Europa. De manera ilustrativa, las palabras de Pushkin en relación con Rusia («un trozo de Europa lejos de Europa») resumen mucho de lo que el lector puede encontrar en estas páginas.

Unas páginas, que no lo olvidemos, nos sirven a todos para hacer frente a una realidad en continuo movimiento. Buena parte del análisis del presente libro nos permite transitar por un pasado reciente y por un futuro muy próximo, que nos lleva desde la masacre de Beslan o la revolución naranja en Ucrania, a finales de 2004, pasando por el encuentro Putin-Bush en Bratislava (febrero de 2005) o por la cumbre Putin-Zapatero-Chirac-Schröder (marzo de 2005), hasta la celebración, en Moscú, del 60 aniversario del final de la segunda guerra mundial y de la cumbre UE-Rusia (mayo de 2005). Los pormenores y las reflexiones que todos estos momentos han traído a la escena política (valores y derechos puestos en duda, actuaciones unilaterales de líderes que dicen hablar en nombre de Europa, factores históricos llevados al primer plano por parte de los europeos del centro y este del continente) tienen en las páginas de este libro un sólido referente analítico. De ahí que prologar estas pá-

ginas sea un privilegio que debo a la generosidad del autor, al que me une la satisfacción de haber orientado en sus pasos académicos predoctorales.

ESTHER BARBÉ IZUEL
Catedrática de Relaciones Internacionales
Barcelona, 3 de mayo de 2005

Introducción

Este trabajo, resumen y adaptación de la tesis de doctorado leída por el autor,¹ ha tomado una repentina actualidad desde su primera elaboración. En efecto, las relaciones entre la Federación Rusa² y la Unión Europea han experimentado en los primeros años del siglo XXI una evolución que ha permitido que ambos actores políticos se consolidasen en sus respectivas esferas, al tiempo que la colaboración entre ambos reforzaba su intensidad hasta cohesionar lo que ya puede considerarse una cooperación estructural. Ello permite hablar de un marco de confianza inédito en el que se establece una clara simbiosis entre ambas partes del continente europeo: Rusia, en proceso de recuperación económica y consolidación social, necesita un reconocimiento exterior que le garantice estabilidad en sus fronteras y una intensa colaboración comercial que empuje a su economía. Por su parte, una Unión Europea en proceso de consolidación institucional y de expansión geográfica, precisa de un acuerdo con sus vecinos para la definición de sus nuevas fronteras y para lograr una estabilidad exterior que le permita ahondar en su cohesión interna. Además, en Rusia, la Unión Europea halla un magnífico socio comercial que le permite no sólo expandir sus mercados, sino también, de un modo creciente, abastecerse de hidrocarburos, lo cual le conduce a diversificar su dependencia energética. Este vínculo necesario teje una red compleja de lazos económicos, políticos e institucionales entre Moscú y Bruselas que se traducen en una relación estrecha como raramente se halla fuera de un proceso de integración. Cada vez se habla más de la relación de Rusia con la Unión Europea como de un grado de cooperación equivalente en muchos casos a un proceso de adhesión. Al quedar descartada a corto y medio plazo tal adhesión,³ la relación de Rusia con la Unión Europea ad-

quiere un estatuto ambiguo que fácilmente crea descontento: *not inside, not outside, but in between*. Rusia es un cuasimiembro que no goza de los privilegios de los socios comunitarios (ni de sus obligaciones: véase, por ejemplo, el déficit democrático en Rusia); sin embargo, la estrecha interdependencia de Rusia hacia Europa occidental genera periódicamente polémica en una sociedad muy celosa de salvaguardar su soberanía. Un vínculo complejo pero que, a pesar de todo, garantiza una satisfacción institucional suficiente a ambas partes al poner las bases de un interés común y de una cooperación de larga duración.

Sin embargo, las relaciones entre Rusia y la Unión Europea no están exentas de tensiones y malentendidos. En las siguientes páginas analizaré los principales escollos que ha tenido que sortear el establecimiento de esta relación privilegiada. Quisiera detenerme ahora en el estudio de los últimos desencuentros entre ambos actores que han parecido caracterizar al sistema internacional diseñado al comienzo del siglo XXI por el advenimiento de nuevas administraciones en Moscú y Washington, porque el retrato de las relaciones entre Moscú y Bruselas no sería completo sin describir la parte que le corresponde a la capital estadounidense en la configuración de este marco de confianza. Podríamos hablar de la existencia de un triángulo septentrional de cooperación entre los tres actores (UE, Rusia y EEUU) que toma diferentes dimensiones según el área de colaboración de que estemos hablando y el momento preciso de dicha colaboración. Este triángulo adquiere una geometría variable según se produzca un acercamiento de Rusia con la UE o con EEUU, pero una de las condiciones básicas de su evolución es que la Unión Europea y Estados Unidos no pueden aunar esfuerzos para aislar a Rusia, puesto que esto reproduciría un enfrentamiento Este-Oeste cuando todavía no han cicatrizado todas las heridas de la guerra fría. En esta relación a tres parece haberse dado una especialización funcional: Rusia mantiene una relación privilegiada con la Unión Europea en el campo económico e institucional, generalmente cooperativa, mientras que reserva a sus vínculos con Estados Unidos el diálogo en materia de seguridad, plagado de tensiones. Este esquema *grosso modo* se mantuvo a lo largo de los años noventa, con la peculiaridad de que el diálogo que llevó a cabo Rusia sobre seguridad, centrado en Estados Unidos, se hizo extensivo a las instituciones occidentales de seguridad (básicamente la OTAN), de la cual forman parte los socios comerciales principales de Rusia; esto llevó a una dualidad peculiar en las relaciones de Rusia con Europa occidental, en la

que se desvincularon las relaciones cordiales en el ámbito comercial e institucional de las tensiones propias de la *high politics*.

De todos modos, este esquema básico se modificó ostensiblemente con las administraciones de Bush y Putin. Los atentados de septiembre de 2001 allanaron el camino hacia un entendimiento mutuo entre dos presidentes en los que la seguridad ocupa una posición privilegiada entre sus prioridades. A partir de ese momento vemos cómo el triángulo antes mencionado se cierra por su lado ruso-norteamericano, dejando el vértice comunitario aislado de un modo creciente. El hallazgo de un lenguaje común, centrado en una percepción compartida de amenaza, propicia el establecimiento de un vínculo entre Washington y Moscú impensable durante la crisis que enfrentó a ambas capitales hasta el verano de 2001 y que, simétricamente, tanto había acercado a Rusia con Europa. Este vínculo es esencialmente coyuntural y obedece a la nueva situación de la agenda internacional con los dignatarios actuales, pero ha manifestado suficiente fortaleza como para resistir a fuertes desacuerdos precisamente en áreas críticas como la propia seguridad.⁴

El cambio en la agenda internacional no implica rupturas. Las relaciones entre Rusia y la Unión Europea siguen siendo intensas, aunque no siempre fluidas. Podemos citar dos momentos críticos acaecidos en la segunda mitad de 2004 y que han dejado a la vista hasta qué punto hay temas sensibles en estas relaciones: la toma de una escuela por parte de guerrilleros chechenos en Beslán y las elecciones ucranianas. En el primer caso, en septiembre de ese año, un caso sobre el que aún reina cierta confusión, las autoridades rusas actuaron de un modo expeditivo y hermético como, de otro modo, viene siendo habitual en lo que concierne a la seguridad del Cáucaso norte. Desde la Unión Europea se produjeron reacciones de crítica al *modus operandi* ruso, en cualquier caso tímidas y efímeras,⁵ pero suficientes para levantar en Moscú el recuerdo de un excesivo dirigismo desde Occidente; en esta crisis, Washington se manifestó sin fisuras en todo momento apoyando a Putin. Y en noviembre siguiente, las autoridades comunitarias denunciaron con firmeza las irregularidades detectadas en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales ucranianas. Esta firmeza provenía en gran medida del interés manifestado por algunos nuevos miembros de la UE, singularmente Polonia, en emprender una política dinámica en la recién estrenada dimensión nórdica de la Unión. Sin embargo, esta denuncia iba en contra de los intereses políticos de Moscú, puesto que el candidato más cercano a Pu-

tin, Yanukóvich, era el que había salido vencedor de los comicios celebrados. El hecho de que esta crisis coincidiese con la cumbre Unión Europea-Rusia propició que Putin escenificase su disgusto en La Haya. En contraste con este desencuentro, que hizo revivir durante unas semanas el fantasma de un enfrentamiento entre Occidente y Rusia, Washington se comportó con mayor prudencia y no originó ningún encontronazo con la diplomacia rusa.⁶ Ambas crisis reflejan una sintonía en términos de seguridad entre el Kremlin y la Casa Blanca⁷ que se transforma en susceptibilidad por ambas partes cuando se habla de la misma temática entre Bruselas y Moscú.

Esta situación presenta un marco relevante: las relaciones entre Rusia y la UE son intensas y complejas, pero adolecen de una sintonía en una materia tan básica como es la seguridad. En el momento en que este aspecto toma un papel predominante en la agenda internacional, Rusia estrecha sus vínculos con Estados Unidos y aleja su discurso del entendimiento con Bruselas. En una situación en la que la Unión Europea impulsa una cohesión de su entidad política a través de una Constitución que le debe dar una mayor entidad en el campo de la seguridad, cabe preguntarnos cuál va a ser el futuro de las relaciones con su vecino oriental. Dado que ya se ha establecido una densa red de cooperación entre ambas partes, es previsible que también en este aspecto haya que construir puentes de colaboración, lo cual nos puede llevar a un escenario de una Europa (en un sentido amplio, al existir dos potencias europeas con capacidad de entendimiento) fuerte capaz de presentar una alternativa a la visión unilateralista de una potencia hegemónica como la que se ha perfilado en los primeros años de este siglo.

Rusia y la Unión Europea, aliados necesarios

Rusia necesita a Europa, y Europa necesita a Rusia. Esta frase se ha convertido casi en un lugar común en los discursos políticos de líderes tanto de la Federación Rusa como de la Unión Europea. Más allá de la retórica política, sin embargo, podemos hablar de una realidad tangible: el nuevo Estado ruso que emerge de la guerra fría se ha formado a lo largo de los años noventa, al mismo tiempo que la Unión Europea ha hallado su papel en tanto que actor político. Ambos procesos, paralelos, se han

retroalimentado y, en parte, complementado, creando así dos realidades políticas diferentes, pero estrechamente interrelacionadas y llamadas a cooperar en las dinámicas del sistema internacional de la posguerra fría.

Hablar de Rusia en tanto que actor político que ejerce como potencia nos lleva a referirnos a diferentes entidades históricas con una cierta diversidad por sus características, denominaciones y ambiciones políticas y territoriales, aunque con una innegable continuidad histórica. La actual Federación Rusa se constituyó como Estado a raíz de la disolución de la Unión Soviética, en 1991, pero retomando una larga y, a menudo, gloriosa herencia dejada por el imperio zarista y por la propia URSS. Este trabajo se centra en el período que podríamos llamar formativo de este nuevo Estado ruso, concretamente en la presidencia de Borís Yeltsin al frente de la Federación Rusa (1991-2000).

He querido analizar en este libro la actuación de Occidente⁸ en las áreas que pueden colisionar con los intereses rusos, así como la propia identidad de una Europa redefinida en la etapa formativa que se lleva a cabo durante el período 1990-2000, en gran medida por contraposición a sus nuevos vecinos. Ello me ha llevado al estudio del caso de la UE por su proceso de expansión hacia zonas consideradas como patrimonio de la influencia tradicional rusa. En este sentido, he tenido en cuenta el análisis del papel que ejerce la Unión Europea como potencia y cómo se aplica dicha característica de potencia (o potencias) con relación a la Federación Rusa.

Occidente mantiene una relación compleja con Rusia desde la independencia⁹ de dicho país, en 1991, relación en la que podemos hallar una franca y permanente cooperación, pero también cierta desconfianza mutua e, incluso, esporádicas crisis y tensiones que nos permiten hablar de una frecuente colisión de intereses entre ambos. En este sentido, podemos establecer una serie de premisas concretas que nos permiten fijar las dinámicas de la conflictividad potencial entre Occidente y Rusia:

- a) Rusia es, tradicionalmente, una potencia por su propio peso que cuenta con un área de influencia clásica en Europa que va más allá del ámbito de la CEI;
- b) organizaciones internacionales que suelen representar a Occidente, como la UE y la OTAN, durante el período estudiado se hallan en fase de expansión hacia zonas vinculadas tradicionalmente a dicha área de influencia rusa, concretada en las regio-

- nes de Europa central, los Balcanes y, fundamentalmente, el Báltico;
- c) Rusia y las organizaciones occidentales son actores irreconciliables, en cuanto a que no es previsible a corto ni medio plazo no sólo una mutua integración, sino incluso la compatibilidad de sus intereses inmediatos excepto en aspectos estratégicos a corto plazo que no contradicen esta incompatibilidad de fondo;
 - d) entre dichas incompatibilidades tiene un lugar destacado la existencia de áreas de influencia consideradas irrenunciables por ambas partes y que coinciden en términos geográficos; dichas áreas también son irrenunciables en parte por motivos tradicionales y simbólicos, pero en gran medida por razones de seguridad, lo cual lleva a una sensación de amenaza para aquel de los actores que se ve desposeído de los mismos;
 - e) la situación que se ha materializado desde 1991 hace que Rusia se haya visto obligada a renunciar al espacio de seguridad que considera imprescindible, mientras que la UE y la OTAN mantienen una dinámica de expansión y crecimiento, lo cual infiere un sentimiento agudo de amenaza y humillación a la sociedad y a la clase política rusa;
 - f) desde la perspectiva de los intereses rusos se hace una clara distinción entre los dos ámbitos básicos en que se organiza este difuso «Occidente», según se trate del área estrictamente europea, centrada en la cooperación económica y política y representada por la UE, o el ámbito transatlántico de seguridad, concretado en la OTAN.

Existe, y así queda patente en el caso ruso durante el período estudiado, una creciente interacción entre la actividad internacional de un Estado y la estabilidad interna del mismo; los procesos internacionales influyen decisivamente en el funcionamiento interno del Estado. Rusia inicia un proceso de cohesión en sí misma y de integración en el mundo que la rodea, y para ello debe contar con las otras potencias que le son cercanas cultural y políticamente y que, al mismo tiempo, buscan una mayor relación con este país. Entre estos vecinos con los que Rusia busca y encuentra mayor conexión está la Unión Europea, que a su vez busca su propia cohesión y una nueva identidad política precisamente a lo largo del mismo período.

Ambos procesos de cohesión,¹⁰ el ruso y el europeo, forzosamente hallan puntos de simbiosis y también factores de rivalidad en un proceso complejo del que podemos destacar dos elementos clave: en primer lugar, los dos actores experimentan difíciles procesos de reubicación en el mundo; comparten así un proceso de búsqueda con un trasfondo de un sistema internacional en transformación y la consolidación de un poder hegemónico, el de Estados Unidos, externo a ambos actores. En segundo lugar, ambos extremos de Europa encuentran una vía de cooperación estrecha a través de la cual pueden coordinar y consensuar los respectivos procesos de cohesión, evitando por ejemplo el solapamiento de áreas de interés o influencia, proceso que no siempre resulta fácil ni fluido.

El objetivo principal de este libro es, pues, el estudio del proceso de cohesión de Rusia en tanto que Estado y, sobre todo, en tanto que potencia a lo largo del período de formación comprendido en la era Yeltsin, es decir entre 1991 y 2000. En el período estudiado el Estado ruso vive un proceso de adaptación a una nueva realidad política que le lleva necesariamente a una redefinición de su propia naturaleza política, e inicia un doble proceso: en primer lugar, adapta sus instituciones a la nueva realidad y crea un entramado político y administrativo que se traduce en nuevas normas políticas que consoliden la conexión entre las diferentes administraciones que componen el aparato estatal, por un lado, y dichas instituciones y la población, por otro. En segundo lugar, el Estado ruso recién creado se halla ante el reto de configurar un marco ideológico que justifique su propia existencia. Dicho marco debe definir la identidad del nuevo Estado en tres sentidos: por un lado, debe acomodarse al nuevo espacio físico que constituye el nuevo Estado en contraste con sus antecedentes y definirse en función del mismo; en segundo lugar, ajustarse a un contenido cultural-identitario que puede no coincidir (y, en este caso, claramente no coincide) con la percepción cultural de pertenencia y solidaridad grupal de sus habitantes; y, por último, debe definir los objetivos políticos del nuevo Estado.

De modo paralelo, en este período la Unión Europea vive una profundización de su propio proceso de integración que hará que dicha organización se consolide como actor político y de seguridad y, al mismo tiempo, defina su identidad en función del espacio físico que planea ocupar a medio plazo, del contenido cultural e ideológico del que pretende sustentarse y de sus objetivos políticos. La UE experimenta, pues, un proceso de consolidación paralelo al ruso durante el cual ambas dinámi-

cas se retroalimentan y sirven, a escala desigual, como instrumento de afirmación mutua. De este modo, el proceso de cohesión que vive Rusia en estos diez años no influye en la consolidación de la UE más que en la definición de parte de sus marcos geográficos y de seguridad, mientras que la presencia y el proceso que vive la Unión Europea en este período es determinante en el proceso de cohesión de Rusia. Por esta razón he tomado el caso de la UE como significativo en la consolidación del Estado ruso, puesto que es el que más influye en una Rusia extremadamente delicada y sometida a múltiples presiones internas y externas, en un contexto en el cual la estabilidad de las relaciones exteriores es imprescindible para consolidar el nuevo Estado. En dicho contexto la UE ha sido un patrocinador evidente de un proceso que difícilmente podría ser autónomo.

Estamos hablando, por supuesto, de unas dinámicas que no se pueden dar por concluidas al final del período descrito. Por un lado, la UE todavía se halla en proceso de desarrollo y aplicación de la legislación aprobada durante los años noventa en su trayectoria de profundización institucional; por otro, Rusia mantiene debilidades estructurales que auguran un período de dependencia exterior y fragilidad social intensa durante una larga fase posterior a la presidencia de Yeltsin. Pero tras una década de transiciones ya tenemos elementos más que suficientes para analizar dichos procesos y sus interrelaciones, y para aportar algunas conclusiones de cómo, hasta el momento, Rusia está llevando a cabo su propia cohesión y cómo ha influido en ello un factor aparentemente externo como es la consolidación de la Unión Europea.

La misma naturaleza de conceptos tan arraigados como Europa y Rusia ha sido tradicionalmente y sigue siendo en la actualidad objeto de serios y profundos debates. Por una parte, en las últimas seis décadas, alrededor del proceso político e institucional de construcción europea se ha profundizado enormemente en el debate sobre la identidad europea,¹¹ con la vista puesta en los límites de la futura Europa institucionalizada. Estos límites adquieren una doble vertiente: por una parte, según la intensidad atribuida a lo que se ha definido como espíritu europeo o conciencia europea, las instituciones continentales se verán moralmente legitimadas para intensificar, a su vez, sus vínculos e interrelaciones. Por otra parte, desde el punto de vista geográfico hay que definir cuáles son los límites precisos de esta Europa que se pretende construir.¹² A partir de los núcleos fundacionales de las instituciones europeas, localizados en la Europa occidental continental, se admite la incorporación paulatina de zonas

periféricas a dicho núcleo (islas Británicas, península Ibérica, Escandinavia); el marco de la futura Europa «viable» se completa con la incorporación de los países de Europa central y balcánica que habían quedado fuera de estos núcleos fundadores precisamente por las presiones y la presencia de la Rusia soviética. Pero la nueva frontera de Europa sigue separando el Este del Oeste, la Europa institucionalizada y posible desde un punto de vista pragmático de una Rusia que se limita a mantener los restos de una influencia regional tradicional. Por razones de simple viabilidad económica y administrativa, Rusia y su esfera inmediata quedan lejos de esta Europa institucionalizada, pero ello no justifica que se haya establecido una lejanía definitiva de una Europa que sigue siendo un referente cultural, simbólico e incluso identitario para Rusia.¹³

La propia Rusia, por su parte, tiene pendiente el encuentro definitivo consigo misma, tanto desde el punto de vista de la identidad nacional como de las relaciones con su entorno.¹⁴ En lo que concierne a la propia conciencia de los rusos en tanto que grupo nacional, desde la formación histórica del Estado ruso éste ha mantenido un fuerte componente imperial y expansionista que ha condicionado gravemente la propia identidad de la sociedad rusa, confundida entre los elementos que forman el núcleo central de esta expansión histórica (los rusos propiamente dichos) y los pueblos asimilados de un modo u otro a esta expansión; según diferentes concepciones históricas o nacionales, podríamos incluir en este concepto a los pueblos eslavos orientales, a las minorías geográficamente «integradas» en el Estado ruso (pueblos urálicos y algunos caucásicos, minorías no territoriales, como gitanos y judíos, etc.) y a otros pueblos vecinos que han sido sometidos en un momento u otro de su historia al expansionismo o influencia rusa. Obviamente, ello nos conduce a un grave problema no sólo de definición de la propia identidad, sino también de relaciones con los pueblos vecinos.

Estamos hablando, por lo tanto, de dos actores políticos que presentan fuertes peculiaridades en su propia naturaleza y en su coyuntura institucional. Por un lado, la Unión Europea es un actor internacional *sui generis* sin equivalente alguno en otra parte del mundo; en este sentido es una *rara avis*, una especie de ente híbrido entre Estado y organización internacional que se halla en pleno proceso de cohesión y de asimilación de una política exterior propia; en este proceso, la cautela de la larga trayectoria de integración en la que se encuentra inmerso impide prever el grado ni los plazos de dicha cohesión. Por otro lado, la Federación Rusa

es lo que queda de un Estado tradicionalmente expansivo que se ha visto reducido prácticamente a su mínima expresión a pesar de sus dimensiones, aún superlativas. Este Estado, aparentemente en *construcción* a partir de su independencia o en *reconstrucción* tras el cataclismo político y económico de la última época soviética, presenta una grave fragilidad estructural que puede ser fácilmente atribuible, en realidad, al proceso de *deconstrucción* vivido por la naturaleza imperial tradicional del Estado ruso. En cualquier caso, la propia identidad nacional rusa parece vinculada a esta naturaleza imperial, lo cual hace del nuevo Estado ruso un elemento que debe asimilar la sociedad de este país, asimilación que se presenta bastante difícil en un contexto de crisis económica y social perdurable.

La primera tarea que nos planteamos es la de proponer una periodización de esta fase, de una década de duración, durante la cual los procesos políticos en ambos actores, pero especialmente en Rusia, son profundamente convulsos. A pesar de la aparente unidad del período, la evolución de ambos procesos viene condicionada por una serie de procesos tanto endógenos como exógenos que marcarán sus dinámicas. Podemos señalar una gran cesura constituida por la crisis de Chechenia. Esta fase bélica señala un punto de inflexión en varios sentidos: por un lado, marca un período de desconfianza entre Rusia y Occidente, y más exactamente entre este país y la Unión Europea; será un reflujo del espíritu más agresivo de los sentimientos victimistas y revanchistas de gran parte de la sociedad y la clase política rusas; y, sobre todo, implica una grave crisis política a raíz del fracaso militar de la campaña, que tendrá como consecuencia una dolorosa prolongación de la brecha que ya se iba abriendo entre la población rusa y su clase dirigente. Por otra parte, la cesura de la guerra de Chechenia casi coincidirá en el tiempo con el fin de la guerra de Bosnia y los acuerdos de Dayton, en 1995, que marcarán también un punto de inflexión en la política exterior comunitaria. A partir de esta cesura del conflicto checheno podemos hablar de un antes y después que nos permita establecer una periodización útil para este análisis.

Este trabajo pretende demostrar la conexión entre el proceso de cohesión de la Federación Rusa en el período 1991-2000 con la consolidación de la Unión Europea como actor político en el mismo período, así como la retroalimentación de ambos procesos. En el caso de Rusia, la consolidación de su entramado político y administrativo en coherencia

con la nueva realidad física y cultural del país tras la disolución de la URSS, además de los objetivos que se propone el Estado tanto en la esfera internacional como en el ámbito político interno, habrían experimentado un proceso distinto, probablemente mucho más conflictivo, sin la presencia y el influjo de una UE que vive su propio proceso de consolidación. Y, recíprocamente, este proceso de consolidación comunitaria es realizable gracias a la estabilidad y al consenso que conllevan las buenas relaciones con Rusia y a la actividad que lleva a cabo la propia UE en esta Rusia en transformación y en un área de expansión que, en el contexto de este período, la misma Rusia renuncia a disputar.

1. ¿Qué es una potencia?

La difícil definición del poder

Desde su formación, el Estado ruso ha coexistido con sus vecinos en relaciones de conflicto e influencia sobre su entorno que han modelado en el inconsciente colectivo ruso un fuerte sentimiento de potencia, de nación con relaciones privilegiadas sobre un contexto geográfico y/o político determinado. Este sentimiento, que es común en el complejo identitario de otros pueblos europeos y no europeos, es estimulado, como veremos, por los condicionamientos geográficos e históricos del pueblo ruso. Ello determina en gran manera la evolución política de Rusia, especialmente en los momentos de grave mudanza ideológica e histórica que ha vivido el país a lo largo del siglo xx (en 1917 y 1991), en los que los mandatarios emergidos de tales trastornos han tenido que afrontar la nueva situación del gigante ruso en sus respectivos contextos internacionales sin perder de vista una tradición que, a los ojos de la historia, sitúa a Rusia en el centro de un marco que la supera geográficamente. Pero cabe preguntarnos cuál es el concepto de potencia que debemos aplicar al papel tradicional de Rusia en la esfera internacional y hasta qué punto es cierta o acertada la percepción citada que se viene atribuyendo a dicho país en tanto que potencia.¹⁵

Detengámonos pues, en primer lugar, a definir lo que entendemos por tal concepto para, más adelante, situar a Rusia en esta definición y analizar si aquél le es o no aplicable, y finalmente concluir hasta qué punto es cierta y vigente la vinculación tradicional entre Rusia como Estado y Rusia como potencia. Todo ello nos ha de permitir analizar el papel de la Rusia surgida tras la eclosión soviética con relación a una Euro-

pa que, a su vez, intenta crear *ex novo* un nuevo concepto de potencia superando (o, cuando menos, cohabitando con) la existencia en su seno de potencias tradicionales que también habían forjado su carácter nacional en muchos casos a partir de sus propias tradiciones en tanto que Estados expansionistas.

Por tradición, la definición de potencia ha sido, al mismo tiempo, un eje vertebrador y un rompecabezas para los analistas de relaciones internacionales. Por una parte, ha sido un eje vertebrador porque la disciplina ha dedicado gran parte de su esfuerzo investigador al análisis de los actores internacionales y de sus jerarquías, dentro de las cuales se inscribe la categoría de potencia definida como aquella unidad política situada por encima de las demás y, por tanto, con capacidad para imponer, al menos relativamente, sobre las demás su voluntad y sus intereses, o siquiera influir sobre las mismas. Pero al mismo tiempo, la auténtica dificultad la han hallado los mismos analistas cuando han querido definir cuáles son los atributos reales de dichas potencias, por qué las debemos considerar como potencias, y cómo ejercen dicho dominio sobre su esfera de poder y cómo se delimita tal esfera de poder. La naturaleza compleja de las relaciones internacionales nos permite abrir un amplio abanico de relaciones entre actores en el que se desarrolla esta jerarquía y este poder, y ello abre innumerables posibilidades de erigirse como potencia. La misma configuración de una jerarquía en el poder nos permite establecer la posibilidad de una superposición de varios estratos en la misma, en que aquel Estado que ejerza su función de potencia en un determinado ámbito se vea sometido, a su vez, a otra potencia que coarte su propia entidad como tal. Superposición jerárquica a la que podríamos añadir complejidad si consideramos que, al existir diversos ámbitos o áreas en los que se pueda ejercer este poder o capacidad de potencia, es factible la situación en que un actor que ejerce su capacidad de potencia en un ámbito se vea obligado a reconocer la autoridad o capacidad de ejercer un poder por parte de uno de los actores sometidos a su autoridad.¹⁶ Por todo ello, el analista en relaciones internacionales se ve obligado a crear categorías y ámbitos de ejercicio del poder sobre los demás actores, dando lugar así a un espeso entramado de relaciones en el que resulta difícil el discernimiento de los límites del ejercicio de tal capacidad.

Una potencia puede serlo por una mayor capacidad sobre un ámbito concreto que la que tienen las demás. Por un lado, el carácter de potencia puede ser ejercido como una presión real, visible y sujeto a una

cuantificación, haciendo uso de lo que se conoce como los elementos tangibles de la potencia, es decir, aquellos con que determinado actor puede presentar una suma de componentes mayor, o de mayor capacidad, que sus oponentes o adversarios, ya se trate de personas, territorio, recursos naturales o capacidad financiera o, de un modo más evidente, mayor cantidad de recursos militares o de capacidad destructiva de los mismos. Por otra parte, esta capacidad puede ser ejercida de un modo más etéreo y menos enumerable a través de los llamados elementos intangibles de la potencia, por una influencia difusa que puede ir desde la autoridad moral que representa el actor en cuestión hasta su supremacía intelectual o técnica, pasando por el hecho de ser generalmente reconocido como un centro cultural digno de respeto o capaz de irradiar ejemplo, o la capacidad de control sobre organismos internacionales que vertebran el sistema internacional. Habitualmente ambos extremos suelen ir ligados, puesto que aquel actor que tiene capacidad para presionar por un largo período a otros a través de sus capacidades militares o económicas o por la dependencia objetiva que los otros tienen de este centro, puede dar lugar a un reconocimiento de tal capacidad de ejercer esta influencia y de convertirse, por lo tanto, en un centro de referencia reconocido en un ámbito más o menos extenso para poder ejercer esta influencia.

Ello implica el reconocimiento tácito de unas influencias no necesariamente ligadas a un poder efectivo desde el punto de vista material, sino que se ejercen por la vía de un reconocimiento simbólico de la capacidad y legitimidad para desempeñar esta influencia, es decir, por la interiorización y aceptación por parte de los componentes del área de influencia de una potencia de su sometimiento al poder de la misma, a un influjo considerado positivo por los valores o la seguridad implícitos en ésta, valores o seguridad que se cree que no existirían, o que existirían de un modo significativamente menor, si dicha potencia no fuese tal o no se aceptase su supremacía. El carisma de los líderes de la potencia,¹⁷ la adhesión de los mismos a unos valores sólidos, como principios religiosos o filosófico-ideológicos¹⁸ o incluso la posesión por determinado Estado de lugares u otros objetos de alto valor simbólico,¹⁹ a veces por su simple ubicación geográfica, dotan a un Estado determinado de una aureola de respeto e influencia que tienen como consecuencia directa la configuración alrededor de dicho Estado de una esfera de poder que puede actuar sobre sociedades y Estados que superan, a veces notablemente, el área de ejercicio directo de soberanía del propio Estado.

Al mismo tiempo, el hecho de poder ejercer esta capacidad de influencia en determinadas áreas geográficas y/o culturales exclusivamente, o de poder ejercerlo más intensamente en unas que en otras, origina la categorización en pequeñas potencias, potencias medias, potencias regionales o grandes potencias,²⁰ no siempre de fácil definición ni distinción. En principio estas categorías son perfectamente solapables y permiten que varias docenas de estados en el mundo puedan calificarse como potencias en uno u otro grado; sin embargo, para los efectos de este trabajo lo que interesa es discernir los actores con capacidad real de ejercer esta influencia y esta capacidad en el ámbito del planeta, es decir, los que puedan condicionar con su actividad las reglas de funcionamiento que determinan las relaciones entre el conjunto de estados de la tierra. Esta capacidad estaría reservada sólo a los estados²¹ que podemos calificar como grandes potencias. Sin embargo, la acumulación de recursos y poder que se ha producido en el planeta a partir de la segunda guerra mundial nos permite reducir ostensiblemente el número de potencias con dicha capacidad, es decir, las que realmente pueden imponer sus reglas del juego sobre los demás actores del sistema. Durante la guerra fría podíamos hablar con propiedad de una competencia entre dos bloques que pugnaban de un modo tenso y agresivo no tanto para ejercer el control y la influencia sobre todos los pueblos de la tierra como para evitar que el oponente así lo lograra, o que tuviera acceso a la mayor cantidad de recursos.²² Aunque en este período, desde el punto de vista estratégico e ideológico, debemos hablar de bloques opuestos y enfrentados entre sí, lo cierto es que entre estos bloques emergen los respectivos estados líderes que contraponen sus proyectos e incluso sus cosmogonías. Estos estados líderes, Estados Unidos y la Unión Soviética, son las superpotencias de esta etapa y su característica básica, aparte de la aparente incompatibilidad ideológica, es la posesión de fuertes arsenales con capacidades destructivas absolutamente inéditas en la historia de la humanidad. Durante este largo período,²³ todos los estados del mundo debieron alinearse con una u otra superpotencia, dejando escaso margen a la neutralidad²⁴ o a cualquier ejercicio de influencia sobre el sistema internacional que no fuera la que ejercían precisamente las superpotencias.

La desaparición de la Unión Soviética deja espacio para la reedición de un tipo de potencia ausente del mapa desde hacía siglos, tal vez desde la Antigüedad:²⁵ la potencia hegemónica. Se trata de aquel actor con capacidad real de imponer sus normas sobre el sistema internacional

prescindiendo de la participación de los otros actores. El hegemón tiene capacidad de sustraerse a cualquier otra influencia o presión, e idealmente goza de autonomía completa en su capacidad de abastecerse de los recursos que necesita. En caso de no ser autosuficiente, goza de los recursos necesarios económicos, políticos y militares para obtenerlos en las condiciones que le sean más favorables. Aun contando con recursos intangibles para ejercer este dominio, la potencia hegemónica puede recurrir a una fuerza militar capaz de vencer a cualquier otro ejército e, incluso, a la suma de todos los demás ejércitos. Para el ejercicio de esta hegemonía, sin embargo, hay que contar con el dominio en una serie de áreas complejas de poder en que hallamos tanto el control sobre los recursos básicos como una supremacía militar notable, el dominio de los recursos económicos globales y un fuerte control sobre el propio sistema internacional. Es evidente que este papel lo desarrolla tras el fin de la guerra fría Estados Unidos, potencia única en solitario que puede imponerse a cualquier oponente. Si esta potencia hegemónica ejerce dicha capacidad en solitario o accede a compartir la toma de decisiones con otras potencias u organizaciones es algo que queda fundamentalmente al alcance de tal potencia, con lo que el multilateralismo no deja de ser una opción, no una característica del sistema generado por la presencia de este hegemón en el sistema militar.²⁶

Por debajo de estas categorías de potencias con capacidad real de influir sobre el sistema internacional (superpotencias y potencias hegemónicas), sobreviven estados que, a pesar de ser considerados como «grandes potencias», tienen mermadas sus capacidades de influencia a escala planetaria y necesariamente deben alinearse con las potencias superiores. Las potencias surgidas tras la segunda guerra mundial que ostentan por ello un asiento permanente en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, como Francia, el Reino Unido o China, teóricamente mantienen una capacidad jurídica de condicionar las decisiones tomadas en el seno de dicho organismo, al poder vetarlas. Sin embargo, existe una duda más que razonable de que ejerzan una auténtica oposición a las decisiones de Estados Unidos en el Consejo de Seguridad, dados sus estrechos vínculos de dependencia existentes con esta potencia.²⁷ Y en el caso de que tanto alguno de estos estados como algún órgano de las Naciones Unidas, como puede ser la Asamblea Permanente o el secretario general, manifiesten una firme disconformidad con los proyectos de Washington en la esfera internacional, es más que dudoso que tal discrepancia com-

porte una auténtica capacidad de ejercer una influencia internacional, en el sentido de poder impedir una decisión o una opción de poder por encima de su propia capacidad.²⁸

Más allá del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, algunas grandes potencias parecen poder ejercer una influencia parcial en el subsistema económico. Japón y Alemania, los grandes perdedores de 1945, son actualmente la segunda y tercera potencia mundial, respectivamente, por su Producto Interior Bruto. Junto a los miembros permanentes del Consejo de Seguridad, excepto China, y con Italia y Canadá, constituyen el G-8, el grupo de presión financiero y político que, aparentemente, configura el núcleo de lo que podríamos considerar como las grandes potencias del sistema internacional. Sin embargo, como en el caso anterior, es más que dudosa la capacidad de todos estos países para ejercer una auténtica influencia en el sistema internacional que queda finalmente, una vez más, controlado por una potencia hegemónica. Aquí podemos percibir cómo el resto de potencias adolecen de una o varias características que le pueden valer tal categorización. De este modo, vemos que la Unión Europea tiene unas dimensiones económicas comparables a las de Estados Unidos, pero le falta la cohesión política y, sobre todo, la capacidad militar para ejercer una fuerte influencia en el mundo del modo en que la ejerce Washington; algunos de los componentes de la UE, como Gran Bretaña o Francia, sí cuentan con fuerte capacidad militar y económica, además de una gran cohesión nacional, pero las dimensiones de sus recursos les permiten ejercer su influencia internacional únicamente por debajo de la potencia hegemónica. Y, en el caso de Rusia, una fuerte capacidad militar le es muy poco útil si sigue arrastrando serios lastres económicos que no le permiten ni siquiera mantener dicha capacidad sin que sea una carga para su sociedad.²⁹

En este panorama, la ubicación de Rusia y de la Unión Europea en tanto que potencias queda claramente relativizada por la presencia de una potencia hegemónica con capacidad de dictaminar una toma de decisiones unilateral en el ámbito internacional. Sin embargo, nos queda ver hasta qué punto estos actores pueden ejercer un papel como potencias y también hasta qué punto su tipología como tal está limitada por un sistema internacional hegemónico.

El carácter militar de la potencia

En la disciplina de relaciones internacionales la búsqueda de un espacio adecuado para el concepto de potencia ha sido tradicionalmente una de las preocupaciones principales entre los teóricos y analistas. Desde sus inicios, la disciplina ha buscado en la jerarquía entre actores una explicación lógica a la existencia y permanencia de desigualdades y asimetrías en el sistema internacional y, por lo tanto, a la comprensión de la conflictividad internacional. No existe acuerdo, sin embargo, en las características definitorias de una potencia, en los factores que determinan que un Estado u otro tipo de actor se erija en potencia, y en la tipología de las mismas. De acuerdo con la mayor parte de los teóricos clásicos del realismo (desde los referentes tradicionales maquiavélicos o hobbesianos³⁰ hasta Bull³¹ o Morgenthau³²), el concepto de potencia va íntimamente ligado al poderío militar y a la capacidad de imponer *manu militari* los intereses y necesidades propios de un Estado sobre otros o sobre un área de influencia más o menos extensa. En este sentido, el mantenimiento de la capacidad de amenaza va estrechamente ligada al mantenimiento del carácter de potencia, lo cual tiene probablemente su máxima expresión en la larga política de equilibrio internacional a través de la disuasión mutua propia de la guerra fría y, muy especialmente, en la decadencia experimentada por la Unión Soviética a raíz de su pérdida de capacidad de amenaza armada durante la década de 1980.

Sin embargo, la capacidad militar ha sido tradicionalmente el baremo utilizado para medir la capacidad de influir de unos a otros estados, bajo la evidente forma de amenaza y coacción, incluso en estados que podríamos calificar como potencias menores. La capacidad de mantener un ejército numeroso y potente ha servido siempre para garantizar la defensa de un Estado, y por lo tanto para disuadir a cualquier otro de intervenir en el mismo, pero también puede ser una amenaza velada para lograr la sumisión de estados vecinos a la voluntad de aquel que se halle en mejores disposiciones agresivas. Por este motivo, los estados ven en la posesión de una fuerza disuasoria la muestra de su ejercicio como potencia y capacidad de evitar una agresión (y, por tanto, una influencia) exterior, mientras que la simple existencia de un ejército poderoso ya supone un elemento disuasorio, que lleva a los más débiles a someterse a la influencia y a los intereses del Estado que puede mostrar tal capacidad armamentística. El problema surge al enfrentarse dos o más potencias de

capacidad asimilable, tal como sucedió a escala global durante la guerra fría o como surge con frecuencia en ámbitos regionales. La combinación de una fuerte capacidad ofensiva con la presión percibida por otra potencia competitiva lleva, en el mejor de los casos, a una tensión permanente entre los dos elementos y, en ocasiones, al estallido de conflictos bélicos más o menos persistentes o a la inestabilidad permanente de la zona ocasionada por la competencia que supone la búsqueda por parte de ambos contendientes de un área de influencia en la que se disputan las respectivas zonas de expansión.

Durante la guerra fría se dio un carácter oficial a la ostentación del título de potencia, dotando a los países que así habían sido consagrados tras la segunda guerra mundial de una capacidad militar que les hiciera inmunes a cualquier amenaza de los otros estados. No es por casualidad que los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad sean los mismos que obtuvieron confirmación consensuada para mantener armamento nuclear, de acuerdo con el Tratado de No Proliferación Nuclear (TNP) de 1968, con lo que aunaban en sus atribuciones dos elementos que podían servir, en aquel momento, para definir el carácter de potencia: se trataría de estados con capacidad para asegurarse inmunidad en las decisiones del máximo órgano de decisiones internacional (Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, donde pueden vetar cualquier decisión contraria a sus intereses) y que, al mismo tiempo, cuentan con capacidad militar para disuadir a cualquier otro Estado (no nuclear, por supuesto) de un ataque.³³ Se crean, pues, dos categorías de estados según sus capacidades militares: las potencias nucleares y los estados débiles. El problema radica en que la tensión se mantiene en el interior de cada una de estas categorías y, el caso de los estados no nucleares, el conflicto «convencional» sigue causando miles de víctimas y la carrera armamentística, aunque limitada desde el punto de vista cualitativo, mantiene las tensiones regionales por el ejercicio de la influencia. Por otra parte, el TNP no previó un límite a la capacidad disuasoria de las potencias nucleares, con lo que la carrera armamentística y, con ella, la tensión internacional, se prolongaron hasta la posguerra fría.

A menudo el esfuerzo que realizan los diferentes países para convertirse en potencias militares hipoteca el mismo bienestar de sus poblaciones. Si elaboramos un cuadro de los países con mayores gastos militares, no se corresponden exactamente con los países más ricos de la tierra. Nos ayuda, eso sí, a ver cuáles son los estados más preocupados

por su seguridad externa o por imponer una disuasión a su área de influencia, ya sea regional o global. Según datos del *Stockholm International Peace Research Institute* (SIPRI), éstos son los quince estados que han efectuado mayores gastos militares en el período 1998-2003, y la evolución que han sufrido dichos gastos a lo largo de los últimos años:³⁴

CUADRO I
*Países con un mayor gasto militar, 1988-2003 (en millones de dólares)*³⁵

País	1988	1992	1998	2001	2003
Estados Unidos	426.798	374.386	289.658	304.130	417.400 ³⁶
Japón	40.140 (1989)	43.278	45.394	46.259	46.895
Reino Unido	46.581	42.586	35.605	36.420	37.137
Francia	38.337	37.663	33.922	33.708	35.030
China	11.300 (1989)	15.300	17.800	25.900	32.800
Alemania	38.232	36.046	28.174	27.554	27.169
Italia	19.804	18.909	20.218	22.042	20.811
Irán	4.515	4.907	8.276	14.609	19.189
Arabia Saudí	15.802	15.142	20.335	21.147	19.102
República de Corea	9.194	10.506	12.398	13.079	13.925
Rusia	101.000	16.400	7.100	11.000	13.000
India	7.941	7.209	9.387	11.397	12.394
Israel	7.835	7.743	8.468	9.044	9.981
Turquía	4.559	6.891	9.352	9.161	9.888
Brasil	9.684	4.028	7.816	8.898	9.172

FUENTE: SIPRI (http://projects.sipri.se/milex/mex_data_index.html).

Los seis países del cuadro anterior miembros de la OTAN (Estados Unidos, Francia, Reino Unido, Alemania, Italia y Turquía) concentraban en 2001 el 61 % de los gastos militares de todo el planeta, un total evaluado por el SIPRI en 879.000 millones de dólares. Entre los quince miembros del cuadro se suma el 82 % de los gastos militares del mundo, y Estados Unidos en solitario representaba el 47 % del total mundial; recordemos que el PNB de Estados Unidos suponía el 32,5 % de la suma de todos los PNB del mundo en 2002.

Obviamente, los gastos militares vienen forzados a menudo por la tensión existente en las diferentes regiones, y a menudo son desmesurados con relación a la capacidad económica real del país. Por otra parte, la

evolución de la estabilidad en una región concreta o en el ámbito global puede condicionar fuertemente estos gastos militares y su incidencia en la economía del país. El cuadro siguiente muestra la proporción que representan los gastos militares en el total del Producto Nacional Bruto de los quince países con mayor gasto militar mencionados más arriba. He querido establecer una comparación con el porcentaje del PNB que destinaban a dicho fin los mismos países en 1988, al final de la guerra fría:

CUADRO 2
Porcentaje de gastos militares con relación al Producto Nacional Bruto de los países con mayor gasto militar, 1988 y 2002

País	1988	2002
Arabia Saudí	18,3	9,8
Israel	13	9,2
Turquía	3	4,9
Unión Soviética/Rusia	15,8	4
Irán	2,1	4
Estados Unidos	5,7	3,4
República de Corea	4,2	2,7
Francia	3,7	2,5
China	2,7 (1989)	2,5
Reino Unido	4,1	2,4
India	3,1	2,3
Italia	2,3	2,1
Alemania	2,9	1,5
Brasil	2	1,3
Japón	0,9 (1989)	1

FUENTE: SIPRI (http://first.sipri.org/non_first/result_milex.php?send).

Es interesante observar que, aparentemente, vivimos en un mundo mucho más pacífico que al final de la guerra fría, puesto que casi todos los países mejor armados del mundo han disminuido notablemente sus gastos militares con relación a su renta nacional, incluso los que, como Israel, India o Arabia Saudí, mantienen una fuerte tensión en sus fronteras. Las excepciones las constituyen Irán y Turquía, que han visto surgir nuevas áreas de conflictividad en sus fronteras a lo largo de los últimos años, así como Japón, que sigue siendo el país menos militarizado del

grupo. Sin embargo, cabe señalar que el presupuesto militar sigue pesando notablemente en muchos países, especialmente de Oriente Próximo, lo que condiciona sin duda su bienestar social y militariza en gran manera sus administraciones. Observamos, pues, una desproporción entre gasto militar y renta nacional que, de algún modo, viene a relativizar el puesto como potencia de aquellos estados que se permiten grandes presupuestos militares. En este sentido, vale la pena destacar dos datos esenciales que surgen de la lectura del cuadro 2: Estados Unidos, potencia indiscutida, puede permitirse el lujo de disponer de un arsenal desproporcionado con relación al del resto del mundo sin que ello sea un lastre insoportable para su economía; en segundo lugar, y para los efectos que más atañen a los intereses de este trabajo, Rusia ha logrado, efectivamente, librarse de la pesada losa de un presupuesto militar exagerado que tuvo mucho que ver con la crisis y desaparición de la Unión Soviética, pero sigue teniendo unos gastos militares más elevados de lo corriente para mantener su poderoso arsenal nuclear. Ello convierte a este país en una gran potencia militar (con un peso relativo a escala mundial, cabe destacar), pero mantiene la hipoteca de un presupuesto militar difícil de sostener por una economía frágil. En este caso, como sucedió en la Unión Soviética, el poderío militar puede convertirse en fragilidad política.

Otros elementos tangibles de la potencia

Resulta difícil hallar ejemplos del ejercicio por parte de un Estado u otro tipo de actor de su capacidad de potencia sin contar primordialmente con el carácter disuasorio a que hemos hecho mención. Sin embargo, es igualmente inexplicable el mantenimiento del poder sobre otros actores sin abordar el control de una serie de recursos, tangibles e intangibles, que permiten la subsistencia y autonomía de la potencia, la capacidad de abastecimiento material sobre el resto del mundo o parte de éste y la influencia cultural e ideológica de esta potencia sobre los demás actores, aunque este control de recursos se deba, como se apresuran a recordar los autores realistas,³⁷ al monopolio militar previo que ya ejercen las potencias erigidas como tales. Hobbes ya solía hablar del poder en las relaciones entre estados como un factor determinado por la posesión, no la ca-

pacidad. En este sentido, cabe mencionar el control de recursos tangibles como territorio, población o recursos naturales energéticos y alimentarios, además de la capacidad militar ya mencionada. El control de estos recursos alimenta al Estado y le permite, en primer lugar, la propia supervivencia y autosuficiencia, y, en un segundo término, el control sobre las necesidades de los otros actores igualmente dependientes de ellos. La expansión territorial de un Estado le otorga el acceso a mercados y rutas comerciales, a puntos estratégicos clave³⁸ y a recursos naturales, mientras que una demografía considerable garantiza al Estado una abundante fuerza de trabajo que permite explotar los recursos, aumentar la productividad y, en su momento, formar poderosos ejércitos. El control sobre los recursos naturales, por último, permite la autosuficiencia de la población (y, por lo tanto, la no dependencia del exterior), el mantenimiento de la productividad y el acceso a materiales indispensables para la formación de ejércitos potentes que, a su vez, contribuyen a la cohesión y expansión de la potencia.

El control sobre los recursos tangibles a menudo puede resultar contraproducente cuando no se cuenta con unos recursos equilibrados. En el caso de la riqueza demográfica, que en otro tiempo fue importante para garantizar al Estado mano de obra que aumentara la producción e incrementase los ejércitos, en nuestros días es claramente contraproducente, en unos momentos en que la economía y el ejército se han desvinculado de su relación directa con la cantidad de personas involucradas en las mismas. Las grandes potencias demográficas, China (1.272 millones de personas en 2001) e India (1.033 millones) distan mucho de poder ejercer una influencia exterior proporcional a la cantidad de sus moradores; más bien al contrario, entienden su superpoblación como una hipoteca que cohibe su desarrollo.

Por otro lado, la extensión territorial raramente supone una garantía de ejercicio de un poder territorial más allá de las propias fronteras si no va acompañada de una capacidad material para mantener esta extensión y Rusia vuelve a ser un ejemplo claro de ello. En este caso, el hecho de poseer las mayores dimensiones geográficas del globo no supone en sí una garantía como potencia; en momentos de prosperidad económica o militar puede facilitar, efectivamente, su expansión, pero en períodos de penuria el coste del mantenimiento de estas largas fronteras resulta lesivo para los propios intereses del Estado. Si a ello le añadimos una tradición de expansionismo y de consecuente tensión con sus vecinos, las

fronteras se convierten en un frente que precisa de un refuerzo militar permanente, lo cual incide peligrosamente en las arcas del Estado y en la misma concepción de la sociedad como un país a la defensiva, un Estado-fortaleza necesitado de una presencia castrense considerable en sus órganos políticos y en sus propias estructuras sociales, en el que se percibe la importancia de un control férreo y centralizado sobre las comunicaciones y la sociedad en general, así como el aislamiento del exterior como un rasgo necesario para poder defender un territorio inabarcable y permanentemente en guardia ante una amenaza exterior real o supuesta. Éste es un retrato que se corresponde con fidelidad a una Rusia que posee, precisamente, un territorio inmenso, lo que en sí podría valerle el título de potencia, pero cuya defensa y control le han valido tradicionalmente un grave dispendio económico y una serie de condicionamientos sociales y culturales que dificultan una relación equilibrada con sus vecinos y con el resto del mundo.

Si nos fijamos en las otras potencias territoriales, vemos que Canadá, el segundo Estado del mundo (en cuanto a dimensiones), puede permitirse un fuerte desarrollo económico e incluso la formación de un Estado ejemplar en el ejercicio democrático y el respeto hacia los derechos humanos y las minorías. Hay que achacar estos extremos a la estabilidad que le vale a este gran país al hecho de haber encontrado un equilibrio en sus fronteras: sólo tiene fronteras terrestres con un país, Estados Unidos, con quien mantiene relaciones amistosas. Ello, junto a la bisoñez del propio Estado (recordemos que el jefe de Estado canadiense sigue siendo la reina de Inglaterra) permite el desarrollo de una sociedad civil avanzada, la ausencia de un clima de amenaza exterior y la práctica inexistencia de un clima militarizado o autoritario en la tradición cultural del país, todo ello en contraste con el caso ruso.

Todo lo expuesto nos habla de la necesidad inaplazable, en la actual coyuntura de escasez y debilidad de Rusia, de hallar una estabilidad en sus fronteras, objetivo hartamente difícil dadas las dimensiones de los límites exteriores rusos y su incómoda ubicación: Rusia comparte frontera con trece estados cultural y políticamente complejos y variados, desde Finlandia hasta la República Popular Democrática de Corea. Para terminar la observación de la inaplicabilidad del elemento territorial por sí solo, como fundamento de la consideración de un Estado como potencia, bastaría echar un vistazo a los estados más extensos del mundo: entre ellos hallamos algunos que difícilmente pueden ejercer ni siquiera un control so-

bre su territorio, como Sudán (el décimo país, con 2.505.813 km²) o la República Democrática del Congo (el decimosegundo, con 2.267.1000 km²), y uno de ellos, Groenlandia (el decimotercero, con 2.175.600 km²), no sólo no constituye un Estado, sino que no garantiza a su metrópolis, Dinamarca, ningún estatuto en tanto que potencia.

Este control de los recursos demográficos y territoriales resulta incompleto, pues, si no se ve equilibrado con la posesión y el control de otros recursos tangibles que permitan no sólo alimentar a la población del Estado en cuestión y a sus necesidades energéticas, sino crear a su alrededor un círculo de dependencia que haga caer a otros estados en la propia red de influencia. Si tradicionalmente las potencias europeas, y muy en concreto Rusia, han originado su expansionismo continental y transatlántico por medio del control de los recursos naturales, desde mediados del siglo XX este control se hace de modo indirecto, a través de las compañías explotadoras de recursos, sobre los mercados internacionales y con presiones políticas sobre los países productores, con lo que la existencia de recursos naturales en el propio territorio deja de ser una garantía para poder ejercer una influencia internacional, si no existe una capacidad real para el control del suministro de dichos recursos sobre los países consumidores de los mismos, e incluso el concepto de soberanía queda en entredicho por la falta de capacidad real de control sobre los recursos propios de cada país. Baste poner como ejemplos el caso de Arabia Saudí u otros países grandes exportadores de petróleo, sometidos a las oscilaciones de un mercado internacional que no controlan y a la dependencia de una única fuente de riqueza,³⁹ o de Brasil, con grandes y variadas riquezas naturales, pero sin la capacidad real de utilizarlas para su proyección y fortaleza hacia el exterior.

A todas estas limitaciones al ejercicio de una influencia real en el ámbito internacional hay que añadir que la capacidad militar antes mencionada, íntimamente ligada a la posesión de recursos, puede convertirse en una seria cortapisa ante el ejercicio del carácter de potencia en un marco prolongado, lo cual resulta casi paradigmático en el caso ruso. Así, el acceso a unos recursos imprescindibles para la cohesión y, en ocasiones, la supervivencia de un Estado a menudo han hecho necesaria una capacidad militar que evite competencias incómodas para este acceso, pero al mismo tiempo han hipotecado la cohesión de un Estado como potencia cuando esta militarización se ha perpetuado y alimentado una sobredimensión de la estructura castrense de la potencia. El dominio sobre

estos recursos y su utilización se convierten en motivo para el mantenimiento de una fuerte estructura militar y, al mismo tiempo, permiten, al aportar los recursos humanos y materiales necesarios, la formación de una política militarmente agresiva que perpetúa la agresión a competidores e impide el desarrollo de sociedades prósperas y cohesionadas en un círculo vicioso clásico en que lo militar ya no es un instrumento para garantizar la supervivencia y el bienestar de las sociedades que han generado un sector militar probablemente necesario en sus orígenes. Los ejemplos pueden ser redundantes:⁴⁰ desde el decadente Imperio Romano u otras potencias víctimas de la militarización de sus sociedades (califato abasida, Imperio Mongol, algunos estados preincaicos y un largo etcétera), tenemos un ejemplo cercano en la España del Siglo de Oro, en la que el impulso ideológico-religioso e incluso el enriquecimiento material (minerales nobles) ocasionados por la conquista americana fueron dilapidados en una larga, cruenta y estéril campaña por mantener la hegemonía europea. Campaña que, a la postre, no contribuiría ni a mantener una influencia perdurable en el viejo continente más allá de la modernización de los estados ni a la cohesión o al bienestar de una sociedad española que debería luchar todavía siglos para salir de un atraso casi endémico. De un modo paralelo, el militarismo imbuido en una sociedad rusa muy necesitada del control sobre recursos alimentarios y económicos escasos en el lugar de origen de su Estado ha condicionado el inconsciente colectivo ruso, pero al mismo tiempo ha limitado notablemente las posibilidades de asentamiento de una cultura internacionalmente consolidada a través de una influencia aceptada de modo voluntario sobre un entorno hoy suspicaz ante la influencia rusa, y ha obstaculizado seriamente la propia cohesión del Estado, las buenas relaciones de Rusia con su entorno geográfico y con la comunidad internacional y, *last but not least*, el bienestar social y económico de la propia sociedad rusa.

Elementos intangibles de la potencia

En parte por todo lo dicho, el Estado que ostenta o pretende ostentar un reconocimiento internacional en tanto que potencia se dota de instrumentos que van más allá de la capacidad de coerción militar o la simple posesión de recursos, para ejercer su influencia a través de un reconoci-

miento interno y externo de una capacidad no cuantificable, a menudo simbólica, de ejercer una influencia sobre otros actores. La capacidad militar y la riqueza material de un Estado por sí solas no bastan para consolidar el papel de este Estado en la esfera internacional como potencia, si no se reviste para ello de un carisma que haga que su poder sea respetado tanto en el interior como en el exterior, y mantenga así su poder más allá de la capacidad efectiva de control internacional que emana de los recursos materiales de que dispone. El carácter de los valores del Estado como foco de cultura universal, su papel como líder ideológico o espiritual, su cohesión nacional, la eficacia administrativa y la influencia sobre la diplomacia internacional conforman los principales de estos recursos intangibles que complementan de modo decisivo, aunque la lista no puede cerrarse en ningún momento y a menudo presenta contradicciones entre autores.⁴¹ El liderazgo mundial, el control sobre los medios de comunicación o la capacidad de imponer los cánones culturales universales van íntimamente ligados a dicha capacidad de un Estado para imponer su influencia, y contribuyen en gran manera a suavizar el carácter impositivo y coercitivo de dicha influencia y, sobre todo, estimulan la aceptación y asunción voluntaria de tal liderazgo por las sociedades sometidas a él, lo cual fomenta la cohesión del papel de la potencia y la sensación de voluntad compartida en un ámbito internacional de esta influencia. Desde este punto de vista, resulta sumamente importante considerar el reconocimiento que recibe un Estado de los otros estados o de sus sociedades sobre su capacidad de influencia internacional, lo que otorga a dicho estado una legitimación suficiente para decidir y actuar fuera de sus fronteras en virtud de tal reconocimiento moral o sin temor a fuertes críticas u oposición.

Por supuesto, la condición de potencia y los elementos que configuran dicho carácter presentan grandes diferencias según el momento histórico en que se desarrollan, según las condiciones objetivas que permitan a la potencia en cuestión ejercer como tal y, sobre todo, según los observadores que hacen de ella su objeto de estudio. Si tradicionalmente, como ya se ha dicho, se tiende a valorar por encima de todo la capacidad militar de la potencia para dimensionar su papel en la esfera internacional, a lo largo del siglo XX han ganado consideración los otros elementos tangibles e intangibles que justifican la posición de un Estado en el mundo. Muy especialmente a raíz de la segunda guerra mundial cuando, a pesar del predominio en los estudios teóricos del análisis del

conflicto en las relaciones bipolares, en el mundo se intensifica al mismo tiempo el papel de las organizaciones internacionales y la diplomacia, de modo paralelo a la potenciación del comercio internacional, aparecen nuevas potencias cuya esfera de influencia se desarrolla a pesar de sus debilidades estructurales en la esfera militar (como en el caso de la Unión Europea o Japón) y el avance de una estructura militar poderosa por parte de las superpotencias reconocidas no siempre es paralelo a la consolidación del carácter de potencia. Ello fue trágicamente perceptible en el caso de la agónica Unión Soviética de finales de 1970 y de los años ochenta que protagonizó un patético esfuerzo por consolidar un poder militar que teóricamente debía ocultar las debilidades estructurales de un Estado en crisis irremediable. Incluso podríamos destacar el esfuerzo de los autores neorrealistas que, a partir de los años setenta, intentan relativizar la importancia dada por sus antecesores a la dimensión político-militar de las relaciones internacionales.⁴²

Se hace necesaria una definición de potencia que abarque todas las posibilidades mencionadas y aborde la pérdida relativa de peso en el campo de la seguridad a manos de otros factores de complejidad variable según los autores que los analicen. Se ha querido definir esta complejidad en el análisis del llamado poder estructural, según el cual gozaría del carácter de potencia aquel actor que posee «la habilidad para determinar las reglas de juego en la política internacional».⁴³ Asumiendo este concepto, cabría preguntarnos hasta qué punto un actor se hace imprescindible en la esfera internacional, y si realmente la salida de un actor de un sistema internacional (global o regional) por su desaparición o transformación presupone un auténtico cambio en dicho sistema. Ahondando en esta definición, y retomando una definición de la misma autora, podemos describir a las potencias como «estados que establecen las reglas del juego y que disponen de recursos y son capaces de movilizarlos para defender dichas reglas»,⁴⁴ lo cual nos lleva más allá de una definición centrada exclusivamente en el área de la seguridad, o incluso de los recursos tangibles. La posguerra fría no ha hecho más que acentuar el carácter complejo de la definición de potencia cuando, ante la desaparición de competencias militares, el orden ya cohesionado en materia de seguridad se ha tenido que enfrentar a competidores tan intangibles como complejos ideológico-culturales⁴⁵ que no se identifican con ningún Estado o incluso a un terrorismo extremadamente etéreo, cuya principal amenaza radica precisamente en la dificultad de su concreción y localización ya sea en su

ubicación geográfica o en su sustento social, material o ideológico. Lo cual nos lleva irremediamente a la reanudación del debate acerca del carácter y la tangibilidad de las potencias.

La distinción entre la capacidad de ejercer un poder o la influencia internacional por medio de la imposición de una presión perceptible, ya sea por medios políticos, económicos o militares (es decir, a través de un *hard power* percibido como una imposición más o menos agresiva o de un *soft power* más cotidiano y participativo, donde entraría en gran medida la actividad económica tanto a gran escala como a niveles más domésticos, así como sus repercusiones internacionales),⁴⁶ y la posibilidad de hacer efectiva esta presión por medios más sutiles, a menudo no controlables (como es el caso de operaciones financieras o el control de los precios internacionales de productos estratégicos) y a veces ni siquiera provocados directamente (ya sea por la extensión del carisma internacional por unos valores ideológicos de uso doméstico, como la democracia, el interés social o los valores religiosos, o por la debilidad de otras sociedades, necesitadas de modelos de fortaleza y prosperidad), ha sido analizada ya por Nye, Strange y otros investigadores,⁴⁷ que han distinguido entre los elementos de poder con que cuenta de un modo calculado la potencia en cuestión, y aquellos que dotan a dicha potencia de un carisma intangible para ejercer esa influencia. Hemos hecho mención de la importancia de la influencia cultural e ideológica de las potencias para mantener de un modo estable esta posición predominante; si buscamos el modo en que esta influencia se hace más patente o visible, deberíamos hablar del control que ejercen las potencias sobre el sistema internacional, encarnado en esta ocasión en su presencia en las organizaciones internacionales y el papel que desempeñan en ellas como confirmación, consensuada por el conjunto de la comunidad internacional, de su posición en tanto que potencias jerárquicamente mejor posicionadas.

Para ello, vamos a analizar dos actitudes de las organizaciones internacionales que deben confirmarnos la existencia de potencias en su seno. En principio, la existencia misma de tales organizaciones, como sujetos de derecho, prevé la igualdad teórica entre sus miembros y el sometimiento de dichas organizaciones al derecho internacional, lo cual debería evitar la creación de grupos de poder en la esfera internacional bajo forma de organizaciones internacionales. La práctica, sin embargo, tiende a demostrar lo contrario. Por un lado encontramos organizaciones internacionales en las que determinados estados tienen una presencia cualita-

tivamente mayor que los demás. Por otro, observamos la existencia de organizaciones internacionales que, lejos de ser sólo la expresión de colaboración entre sus miembros, funcionan como plataforma de expansión de sus influencias más allá de las propias organizaciones.

En primer lugar nos encontramos con casos como las grandes organizaciones financieras, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, en los que, por razón de su propia naturaleza y de sus funciones, los estados miembros participan del sistema de toma de decisiones de la organización en proporción a su capacidad económica o, más exactamente, de las cuotas aportadas a la organización. Pero, más allá del funcionamiento interno de este tipo de organizaciones, vale la pena destacar el caso del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, en que las cinco potencias consideradas como tales tras la segunda guerra mundial mantienen una presencia permanente y un derecho de veto que pone en tela de juicio no sólo la equitatividad del organismo, sino la propia legitimidad de la organización. En segundo lugar, organizaciones como la OCDE o, sobre todo, el grupo informal conocido como G-8, funcionan como agrupaciones de estados de alta capacidad económica que tienen como una de sus funciones principales influir en la estructura económica del sistema internacional. En la posguerra fría podemos decir algo similar de una organización de seguridad en principio geográficamente restringida como es la OTAN, erigida como la principal organización armada del planeta y, a menudo en los últimos años, como gendarme internacional.⁴⁸ Tanto el hecho de ocupar una posición privilegiada en organizaciones internacionales de ámbito global con fuerte influencia internacional como el hecho de formar parte de las organizaciones que constituyen el núcleo *de facto* de la toma de decisiones en el ámbito internacional determinan de un modo decisivo la capacidad de un Estado de ser considerado como potencia a partir de su participación en las organizaciones del sistema internacional.⁴⁹

De cualquier modo, y ciñéndonos a la concepción elaborada hasta ahora de la potencia y sus características básicas, en este capítulo nos concierne intentar discernir hasta qué punto ésta es aplicable al caso ruso y, sobre todo, cuáles son las características que han presidido la cohesión de un sentimiento nacional estrechamente vinculado al carácter de potencia tanto en la tradición política rusa como en el inconsciente colectivo de la sociedad de dicho país. Para ello, en el capítulo siguiente trataremos de aplicar estos conceptos en la formación histórica del Estado

ruso, con la atención puesta en cuatro momentos clave de la tradición política rusa: el Estado ruso formativo, la Rusia imperial-zarista, la Rusia soviética y la Rusia actual.

Potencia hegemónica en coexistencia con grandes potencias

Como hemos visto en las páginas precedentes, la categoría de potencia del sistema internacional puede depender de varios factores, aunque raramente obedece a sólo uno de ellos, sino a una combinación de todos que permita mantener un equilibrio. Así, si el factor militar es uno de los más importantes a la hora de considerar a un Estado como tal potencia, esta capacidad por sí sola puede convertirse en grave lastre para la economía y la sociedad de un Estado obligado a sobredimensionar su aspecto defensivo. De un modo parecido, de poco puede servir el acceso a los recursos naturales presentes en un territorio si las instituciones nacionales no tienen vía libre a su explotación y comercialización y, por tanto, al control de los mercados internacionales. Igualmente, el control sobre los recursos tangibles necesarios para la autosuficiencia de una potencia acaba siendo un grave lastre si no va acompañado del ejercicio de una influencia internacional en áreas intangibles que permitan la permanencia de un control sobre otros estados que vaya más allá de la simple coerción política o económica y que permita a la potencia erigirse en un poder realmente consentido y reconocido por un consenso universal. Ésta es una coexistencia y combinación de factores que tiene como consecuencia el frágil equilibrio en el que una potencia debe erigirse no sólo como autosuficiente en prácticamente todos los aspectos del ejercicio de este poder, sino asegurarse de que los otros estados no lo sean en aspectos concretos, si se trata de una potencia que coexiste con otras, o en todos los aspectos, si estamos hablando de una potencia de carácter hegemónico.

Joseph Nye establece una interesante clasificación de los recursos que debe controlar una potencia para erigirse como tal; los divide en dos categorías: la de los recursos tangibles y los intangibles.⁵⁰ Aunque Nye aplica su estudio a las potencias de la guerra fría y a «Europa», veamos a continuación cómo se podría clasificar en este cuadro a los estados que hemos mencionado en este capítulo como candidatos a la categoría de potencias (los miembros permanentes del Consejo de Seguridad de las

Naciones Unidas o los componentes del G-8, a los que añadiré, como objeto de estudio, el caso de la Unión Europea):⁵¹

CUADRO 3

Acceso a recursos propios de una potencia, según la clasificación de J. Nye

	Recursos tangibles				Recursos intangibles		
	Básicos	Militares	Económicos	Científico-tecnológicos	Cohesión nacional	Cultura universal	Instituciones internacionales
Estados Unidos	Medio	Alto	Alto	Alto	Alto	Alto	Alto
Rusia	Bajo	Alto	Bajo	Medio	Medio	Medio	Alto
Gran Bretaña	Bajo	Alto	Alto	Alto	Alto	Alto	Alto
Francia	Bajo	Alto	Alto	Alto	Alto	Alto	Alto
China	Medio	Alto	Bajo	Bajo	Alto	Medio	Medio
Alemania	Bajo	Medio	Alto	Alto	Alto	Medio	Medio
Japón	Bajo	Bajo	Alto	Alto	Alto	Bajo	Medio
Italia	Bajo	Medio	Medio	Medio	Medio	Medio	Medio
Canadá	Medio	Bajo	Medio	Medio	Bajo	Medio	Medio
Unión Europea	Bajo	Bajo	Alto	Alto	Bajo	Alto	Medio

Por supuesto, estas evaluaciones, perfectamente discutibles en muchos casos, tienen un carácter muy subjetivo y a menudo simplemente perceptivo, a falta de unos criterios que Nye no acaba de definir. De este modo, se ha evaluado como «alto» el control sobre recursos armamentísticos a partir de la posesión de armamento nuclear, sin distinguir entre cantidades o calidades del mismo, y como «bajo» en la misma categoría la existencia de unos presupuestos militares fuertemente limitados. Del mismo modo, se ha concedido la calificación de una «alta» participación en los organismos internacionales a los miembros del G-8 y del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas como miembros permanentes, y de «media» a los demás. Conceptos como el acceso a los recursos tecnológicos o el hecho de constituir un núcleo de cultura universal resultan más difíciles de cualificar y obedecen a evaluaciones estrictamente subjetivas.

Lo que resulta interesante, para los objetivos de este trabajo, es el hecho de poder observar la combinación del acceso a los recursos, en este caso tal y como los define Nye. De esta lista de países poderosos, el que contempla un número menor de carencias es sin duda Estados Unidos, que goza de un acceso envidiable a toda suerte de recursos tanto tangibles como intangibles. A lo cual cabe añadir que a menudo, como hemos visto en las páginas precedentes, este liderazgo lo ejerce la potencia norteamericana en solitario, a gran distancia de sus inmediatos seguidores, como es el caso de su capacidad económica o armamentística. Los inmediatamente mejor situados son las otras potencias occidentales, el Reino Unido y Francia, con cualificaciones satisfactorias en el cuadro, aunque debemos resaltar una vez más que sus cifras brutas son difícilmente comparables con las de Estados Unidos. El resto de potencias tienen claras debilidades en varios sectores, lo que pone en duda su capacidad real de competir con las ya citadas. Hay que destacar, sin embargo, el punto que representa la mayor debilidad tanto en el caso de Estados Unidos como en el de las grandes potencias europeas: los recursos naturales. Y como tales nos referimos a los recursos alimenticios, en principio no preocupantes para los mercados europeos y norteamericanos, con gran capacidad de autoabastecimiento, pero sobre todo a los recursos energéticos, gran carencia de las potencias mencionadas y verdadero talón de Aquiles para las mismas. A pesar del acceso de Estados Unidos y Europa occidental a sus propios recursos energéticos, éstos resultan insuficientes para las necesidades industriales y de consumo de sus poblaciones, y se hace inevitable la búsqueda de fuentes energéticas lejos de las propias fronteras, búsqueda en que se halla la fuente de la mayor parte de los conflictos que han tenido lugar en el planeta desde la segunda guerra mundial.

La entidad como potencia, por lo tanto, depende de la combinación de varios factores que condicionan la autosuficiencia y, por lo tanto, la no dependencia de los Estados que se erijan como tales. En el sistema internacional actual, como hemos visto, Estados Unidos sobre todo y, tras este país, las otras potencias occidentales gozan de una autonomía de acción en el marco internacional que les permite, en gran medida, prescindir del acuerdo o la satisfacción del resto del planeta.⁵² Queda, por supuesto, la debilidad que supone la dependencia energética de estas zonas, cuestión problemática que se traduce en una imposición de la influencia y el control de estas potencias sobre el resto del mundo, imposición contestada a

menudo tanto política como socialmente, lo que genera un grave deterioro de la capacidad de control de estas potencias sobre las áreas productoras de dichos recursos. Por otra parte, cabe hacer una distinción entre este ejercicio de autosuficiencia y el acceso parcial a dichos recursos por parte de potencias menores que pueden, de este modo, ejercer en tanto que potencias sobre determinadas áreas geográficas o temáticas. Y ahí es, desde luego, donde cabe ubicar a Rusia, incapacitada en la coyuntura actual para ejercer algún poder internacional más que a la sombra de las potencias occidentales, pero con una razonable capacidad de influir geográficamente o de hacer valer sus recursos armamentísticos o energéticos para lograr sus objetivos en el área de la toma de decisiones de ámbito internacional.

En el sistema internacional originado tras la caída del muro de Berlín sólo podemos distinguir a una potencia capaz de mantener el equilibrio entre los numerosos recursos que hay que controlar en el ámbito mundial tanto para su autoabastecimiento como para mantener al resto del mundo dependiente de su capacidad. Estados Unidos reúne todas estas capacidades, a pesar de las carencias ya observadas en el área de los recursos básicos y en un resentimiento a veces importante que sufre su carisma como líder en determinadas áreas del globo, especialmente en el mundo islámico. Las potencias europeas, sobre todo Francia y Reino Unido, mantienen una notable autonomía de acción y cierto protagonismo en la toma de decisiones de las grandes instituciones internacionales, pero su peso objetivo es francamente menor que el de la potencia norteamericana. Se podría aducir que la Unión Europea sí puede hacer sombra a Washington, dada su capacidad financiera y comercial. Ciertamente, las economías de sus países miembros pueden compararse perfectamente a la de Estados Unidos: si el gigante norteamericano tenía un PIB de 10.171.400 millones de dólares en 2001,⁵³ el 32,5 % del total mundial, los de la Europa de los quince alcanzaban los 7.880.000, el 25,2 % de todos los países juntos, y con la ampliación a 25 se ha llegado a los 8.240.000 millones de dólares conjuntamente, es decir el 26,4 % de los PIB sumados de todos los países de la tierra. Sin embargo, estos datos esconden una realidad: la Unión Europea todavía no tiene capacidad para ejercer como potencia, dada la falta de cohesión interna de sus miembros, la fragilidad de su diplomacia conjunta y, sobre todo, la ausencia de una capacidad defensiva común, que hace que casi todos esos miembros sean, a título individual, más poderosos militarmente que la propia Unión.

Ante un escenario hegemónico, debemos preguntarnos por el papel que les corresponde interpretar a las potencias menores que, como Rusia, aspiran a alcanzar un espacio en la toma de decisiones del sistema internacional. Este papel podrá ser desarrollado en ámbitos restringidos, pero es evidente que Rusia, un Estado con tradición y varios elementos que la caracterizan como potencia, ha perdido una capacidad real de imponer sus decisiones más allá de sus propias fronteras, y que incluso da inquietantes muestras de fragilidad y dependencia respecto a las potencias occidentales. A analizar en profundidad la capacidad real de Rusia para ejercer su influencia en tanto que potencia en las áreas restringidas ya citadas, y a estudiar las carencias concretas de Rusia como potencia, vamos a dedicar el capítulo siguiente.

Una vez hemos visto que la definición de potencia acarrea una considerable complejidad teórica y que no existe una única definición o un concepto mínimamente unitario del término, nos quedaría de todos modos la tarea pendiente de asumir una definición con la que poder llevar a cabo en este trabajo el análisis sobre la calificación o no de Rusia como potencia. Como hemos visto más arriba, la teoría más favorecida por los analistas realistas clásicos o neorrealistas relaciona directamente la atribución del estatuto de potencia a la posesión de recursos y, más directamente, a su capacidad militar. Este esquema resulta insuficiente para el análisis propuesto; Rusia posee uno de los ejércitos más poderosos del planeta, el segundo del mundo tanto por su capacidad como por su presupuesto. Y, sin embargo, esto no se corresponde con la situación de Rusia en el mundo, con menos capacidad de decisión en el ámbito internacional e incluso en su propio ámbito de soberanía que otros países, como algunos de la Europa occidental, con menor poder militar. Por supuesto, los recursos militares no pueden despreciarse, y en la actualidad es uno de los escasos factores que hacen de Rusia uno de los sujetos del sistema internacional con mayor presencia, pero no podemos establecer una relación directa de esta cualidad con la categorización como potencia. En el caso concreto ruso, su poderoso arsenal no sólo es improbable que se utilice para amedrentar a sus vecinos u oponentes, sino que su misma existencia pierde su función disuasoria ante la evidencia y el conocimiento generalizado de las necesidades de Rusia en sus relaciones exteriores, que hacen a este país sumamente frágil y dependiente.

Posiblemente el poder militar ruso sea el factor al que podamos recurrir para explicar el desequilibrio existente entre la escasa capacidad

económica y financiera del Estado ruso y su desproporcionada presencia en los organismos internacionales. La combinación, pues, de varias capacidades en cuanto a la posesión de recursos nos daría la clave en la que situar el caso ruso actual en su definición en tanto que potencia. Pero habría que considerar otro factor adicional. Rusia tiene mermadas muchas de las capacidades de poder y de influencia sobre otros países, pero sus dimensiones y su estrecha vinculación histórica y cultural con una amplia área del planeta hacen que su propia estabilidad sea importante para la seguridad global. Aparte de la capacidad militar ya mencionada, Rusia puede incrementar la sensación de amenaza sobre Europa y Asia por su propia inestabilidad, que la puede convertir en un foco de emigración, delincuencia, aventuras expansivas o inestabilidad económica que pongan en peligro a numerosas áreas vecinas, entre ellas algunas de la importancia de China o de la propia Unión Europea. Por lo tanto, cuando hablamos de la capacidad de un Estado para influir en el entorno geográfico o en el mundo como una de las características intrínsecas de las potencias, deberíamos tener en cuenta también esta capacidad de crear inestabilidad, o la sensación de amenaza que supone para un sistema o un subsistema internacional dicho Estado. Lo que nos lleva a la consideración de la potencia en tanto que Estado que tiene una determinada influencia en el mundo, y que por ello se le aplica la concesión o atribución del estatuto de potencia con independencia de los recursos tangibles que posee como Estado.

Es evidente que en los últimos años Rusia ha ganado un reconocimiento como potencia por parte de los demás estados que ya gozan de esta consideración. En el sistema internacional actual, tendente a la hegemonía, el estatuto oficial de potencia, es decir, la presencia institucional en órganos de supuesto poder como el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas o el G-8, implica un poder estructural real escaso. Por ello, el reconocimiento como tal tiene un fuerte carácter simbólico y debe considerarse como una concesión para equiparar a unos estados, con capacidad real de influir sobre el sistema internacional por los recursos que controlan, con los estados «con los que hay que contar» para garantizar cierto equilibrio que asegure el mantenimiento del control que ejercen los primeros.⁵⁴ Rusia, sin duda, formaría parte de la segunda categoría, dada la escasez de recursos con que cuenta y su evidente capacidad desestabilizadora.

En definitiva, para encontrar una descripción de potencia que se ajuste a la situación de Rusia en el sistema internacional actual debemos

hablar de: a) un conjunto de capacidades en el que el control de los recursos quede suficientemente equilibrado para reducir al mínimo la dependencia respecto a los otros actores del sistema, y b), una capacidad intangible de desestabilización del sistema que los demás actores consideran una amenaza potencial a la seguridad (esta categoría puede ir unida, pero no exclusivamente, a la capacidad militar del actor en cuestión). En el caso ruso, la primera parte de esta definición se cumple sólo parcialmente, atendiendo a las numerosas incapacidades y carencias en los recursos que debería controlar Rusia para entrar en ella. Sin embargo, entra de pleno en la segunda parte de la definición, por el temor que suscita entre los miembros del sistema como capaz de provocar alteraciones de graves consecuencias. Veamos en el capítulo siguiente, con detalle, cómo se aplica este esquema y la consideración como potencia en el caso concreto de Rusia.

2. ¿Es Rusia una potencia?

Rusia como potencia militar

Una vez hemos realizado una aproximación al concepto de potencia y visto lo que, tradicionalmente, se entiende en la disciplina de relaciones internacionales como tal, nos concierne aplicar dicho concepto al caso específico de Rusia. Ello resultaba particularmente delicado y complejo en los días que acompañaron y siguieron a la disolución de la URSS, en los que hallamos a un Estado tradicionalmente calificado como potencia que, sin embargo, se enfrentaba a una coyuntura de debilidad y dependencia prácticamente inédita en su historia, y que aparentemente podría contradecir el propio concepto de potencia en su acepción más habitual, es decir, como actor con capacidad de prescindir de influencias exteriores y, al contrario, con habilidad para ejercer su influencia sobre otros actores. Ante esta aparente contradicción se percibe un interés general en la comunidad universal de estados por respetar la calificación de potencia para Rusia y por fomentar tal ejercicio y reconocimiento en todos los ámbitos. El objetivo de este capítulo es intentar discernir lo que motiva dicha actitud y las consecuencias previsibles de la misma tanto en el seno de la propia Rusia como en un contexto internacional.⁵⁵

Como hemos visto, la definición tradicional de potencia va íntimamente ligada a la capacidad militar del Estado que detenta tal categorización. Aunque pueda ser relativizada, esta característica trasciende seguramente todas las demás, y su análisis se hace imprescindible para determinar el carácter de potencia de cualquier actor internacional. Aquí, como en las demás características que analizaremos más adelante, podemos comprobar cómo la formación, consolidación y expansión del Esta-

do ruso van íntimamente ligadas a una actividad militar permanente dirigida a enemigos exteriores que condiciona la propia naturaleza de la cohesión política e incluso social del Estado. Que Rusia nazca fruto de una sucesión de actividades militares (destrucción de Kiev a manos de los mongoles en 1250, surgimiento de los principados en constante pugna con diferentes pueblos asiáticos, guerras entre principados hasta consolidar el liderazgo moscovita, expansión a costa de los janatos tártaros) no nos puede sorprender. Ni siquiera supone una característica original, puesto que son escasos los estados que no hayan sido bautizados con sangre en algún momento de su formación. Sin embargo, conviene destacar dos hechos básicos que sí modelan el carácter nacional ruso: a) la ausencia de períodos prolongados de paz desde la formación del Estado ruso, es decir, de generaciones formadas sin una amenaza exterior o sin ver a su ejército marchar a combatir al extranjero,⁵⁶ y b) la noción del conflicto exterior como referente indisociable de la cultura rusa, presente ya en la cultura popular rusa desde hace siglos, asumida por el contenido espiritual e institucional de la Iglesia ortodoxa y consolidada en la alta cultura rusa de los siglos XIX y XX a través de la literatura de autores como Tolstoi, Dostoyevski, Turguéniev, Gógol, etc. La percepción de lo extranjero como enemigo y de la amenaza permanente a los valores propios (lo que contiene sentido ético y trascendente una vez asimilado por la Iglesia nacional) ha cuajado tradicionalmente en el inconsciente colectivo ruso e impregnado a la propia cultura rusa, alimentado por la actividad permanente del ejército ruso y por la propaganda irremediamente unida a las campañas bélicas.

Como hemos visto, el nacimiento del Estado ruso fue traumático y estuvo inmerso en actividades bélicas que prolongaron el proceso de independencia total de Rusia durante cerca de tres siglos, entre la restauración del principado de Moscovia y la toma de Kazán por Iván el Terrible, en 1552. Ello nos ilustra la estrecha interrelación del ejército ruso con la Corona y su papel tradicional de garante del proceso emancipador. Una vez eliminada la amenaza tártara, sin embargo, el ejército se mantiene en una posición privilegiada dentro de un Estado cada vez más poderoso, y proporciona a la monarquía una expansión irrefrenable, al tiempo que el mantenimiento y la seguridad de un territorio cada vez más extenso, pero escasamente poblado, hace imprescindible la existencia de un fuerte componente militar del Estado que vigile unas fronteras a menudo distantes y en las que la población local apenas puede garan-

tizar la fidelidad al zar. A ello hay que añadir que la monarquía rusa se dota de un carácter represivo y colonizador que precisa para su mantenimiento, una vez más, de un ejército poderoso. Mientras el ejército ruso garantiza la expansión por tierras inhóspitas del norte o Siberia, o lidia con sociedades tribales del Cáucaso o los Urales o con estados aislados y decadentes de Asia central, Rusia no hace más que seguir una expansión casi natural a la que nadie se opone, pero a medida que busca sus pulmones vitales en Occidente, ya sea a través de las rutas comerciales del Báltico o por los mares cálidos y las tierras fértiles de los Balcanes, Rusia se enfrenta a ejércitos poderosos y a intereses consolidados por estados e imperios difíciles de combatir.⁵⁷ Ello implica, a partir del siglo XVIII, la modernización de un ejército y de una administración que, paradójicamente, acerca Rusia a Europa para poder enfrentarse a ella. Equiparada a las potencias occidentales, a menudo hostiles, por su carácter agresivo y la buena preparación de su ejército más que por su capacidad económica o por su aportación cultural o técnica, y tras demostrar su capacidad bélica en la guerra contra Napoleón, Rusia es admitida con todos los honores en calidad de potencia en el Congreso de Viena y participa en el concierto de naciones que preside el orden europeo durante el siglo XIX,⁵⁸ lo cual no le impide, más bien al contrario, mantener una renovación constante de su capacidad militar y una actividad expansionista permanente, dirigida ahora principalmente contra el decadente Imperio Otomano.

El equilibrio amistoso-hostil entre potencias regido por el Congreso de Viena tiene su colofón en la primera gran conflagración mundial del siglo XX, en la que el enfrentamiento militar entre Estados no contrapuestos ideológicamente presenta su máxima perversión, agudizada por el progreso tecnológico que dota de mayor mortalidad a las nuevas armas. En el caso ruso, y en un nuevo proceso traumático y cruento, el conflicto conlleva una explosión social y la formación de un Estado revolucionario, victorioso una vez más gracias a campañas militares que no a una generalización automática de los principios sociales y políticos de los bolcheviques. Tras la cruenta formación del Estado soviético, este nuevo actor quedó consolidado definitivamente por su carácter belicoso (o, si se prefiere, defensivo, especialmente antes y durante la segunda guerra mundial),⁵⁹ por la propaganda expandida respecto a una amenaza exterior y, en ocasiones, por su actividad expansionista,⁶⁰ todo lo cual contribuyó notablemente a la potenciación del poderío militar soviético

y de la militarización de la sociedad. A partir de 1945 este carácter militarizado del régimen adquiere las dimensiones propias de una superpotencia y se procede a un rearme permanente en continua estimulación por la carrera armamentística característica de la disuasión mutua del mundo bipolar. El hecho, además, de poseer, mediante espionaje o desarrollo tecnológico, armamento nuclear a partir de 1949, confiere a la Unión Soviética el título recién acuñado (y más tarde abusivamente extendido) de potencia nuclear y facilita que a lo largo de la guerra fría la URSS disponga del segundo arsenal mundial tanto cuantitativa como cualitativamente. No sólo esto; el poderío militar del Kremlin facilita que la URSS extienda su influencia a Europa central y oriental al final e inmediatamente después de la segunda guerra mundial y será la presencia militar soviética la que garantice el mantenimiento de esta influencia hasta 1989, como se demostró en Hungría en 1956 y en Checoslovaquia en 1968.⁶¹ Por otra parte, la industria militar soviética exporta armamento a estados revolucionarios y a movimientos insurgentes del mundo entero, lo que convierte a la URSS en una fuerza militar a escala global.⁶² La contrapartida la hallamos en la formación de una élite política y social que, sobre todo a partir del mandato de Brezhnev (1964-1982), condiciona el funcionamiento del Estado a los intereses del ejército. Esta élite, ligada al poderoso complejo militar-industrial, privilegiará el desarrollo de la defensa ante el progreso social del país y será el máximo responsable de la esclerotización de la política y la sociedad soviéticas y del estancamiento económico, y su actuación no será ajena a la crisis que llevará en definitiva a la disolución de la Unión Soviética.⁶³

Tras la disolución de la URSS, la Federación Rusa ha mantenido un fuerte ejército dotado de un considerable arsenal nuclear de unas 40.000 ojivas.⁶⁴ Sin embargo, la coyuntura económica del país apenas ha podido mantener una parte del ejército soviético anterior, una vez distribuidas sus partidas correspondientes a los nuevos Estados, y sin capacidad para renovar arsenales o modernizar armamento. La capacidad defensiva o agresiva de la Federación Rusa se ha visto, pues, notablemente mermada en relación con el poderío soviético, lo que ha generado la pérdida relativa del carácter de potencia por parte del gigante ruso. A pesar de ello, el Kremlin sigue manteniendo el segundo ejército del mundo, tanto por su cantidad de armamento como por el número de cabezas nucleares a su disposición (las otras potencias nucleares, Reino Unido, Francia y China, cuentan con un número reducido de ojivas).

Bien es cierto, cabe observar, que la distancia entre el arsenal estadounidense y los del resto del mundo se ha agigantado en los años noventa y sobre todo a partir de la Administración de Bush, y el hecho de que Rusia sea la segunda potencia nuclear mundial no conlleva las implicaciones de competencia directa y hostilidad que podía suponer durante la guerra fría. Obviamente, Rusia no ha querido desembarazarse de un complejo armamentístico que, aunque en el momento actual le sea poco útil por su escasa competitividad, le garantiza un puesto entre las potencias mundiales y, sobre todo, supone un acervo simbólico que sigue siendo importante para una sociedad que todavía quiere apoyarse en la supuesta capacidad militar de su país. Una sociedad que mantiene vivo el sueño de una capacidad de amenaza, de influencia sobre el exterior, de ser, en definitiva, una potencia.

Otras características tangibles de Rusia como potencia

Cuando hablamos de las características tangibles de una potencia nos referimos, además de a su capacidad militar que ya hemos analizado, a su territorio, su demografía y sus potencialidades económicas, básicamente el control de recursos naturales y energéticos y su capacidad productiva.

En su transformación de Unión Soviética a Federación Rusa, el nuevo Estado pasó de una superficie de 22.400.200 km² a «sólo» 17.075.400 km². A pesar de la pérdida del 24 % del territorio, Rusia sigue siendo el Estado más extenso de la Tierra, lo cual por sí solo tal vez le haría merecer la condición de potencia. La expansión histórica de Rusia, como ya dijimos, obedece a la necesidad de cubrir un vacío, de ocupar tierras escasamente pobladas o habitadas por pueblos jerárquica y militarmente débiles y, más adelante, de garantizar el acceso a recursos indispensables para la supervivencia del Estado. Sin embargo, esta expansión permanente, en algunos casos muy reciente (Asia central, parte del Cáucaso y Besarabia no fueron ocupadas hasta mediados del siglo XIX, y partes de Ucrania y del Báltico nunca estuvieron sometidas de modo permanente a los zares), ha sido asimilada por la sociedad rusa como inherente a su propio proceso histórico y se percibe como algo previamente indiscutido ni siquiera por las sociedades que padecieron esta expansión.⁶³ Por consiguiente, la pérdida de estos territorios se concibe como una afrenta na-

cional, no sólo porque representa en muchos casos un retorno a la situación fronteriza de siglos atrás, sino por lo que supone de humillación y división de un conjunto territorial que es considerado, a pesar de todo, homogéneo en su proceso histórico y en su voluntad política. El inconsciente colectivo ruso achaca a intereses foráneos y a la propia decadencia política la pérdida de un patrimonio territorial de indiscutible integridad histórica. Baste mencionar la airada reacción popular ante los rumores que, en los primeros días del nuevo Estado ruso, planteaban la posibilidad de trueque de territorios periféricos en las Kuriles y en Kaliningrado (regiones, ambas, de suma importancia estratégica, aunque históricamente rusas sólo desde hacía menos de medio siglo; la población rusa de estos territorios, escasa, presenta todavía características de reciente colonización) a cambio de una ayuda económica que se antojaba imprescindible en aquel entonces.

El tradicional expansionismo ruso ha llevado a la absorción paulatina de grandes masas de población y, aunque esto ha conllevado la creación de un Estado heterogéneo desde un punto de vista étnico, al mismo tiempo ha aportado, históricamente, un fuerte potencial demográfico que permitía a las diferentes formas del Estado ruso alimentar sin problemas su fuerza de trabajo y su numeroso ejército. En los últimos años de la Unión Soviética, en los que se percibía un claro descenso de la natalidad entre la población rusa y europea en general, mientras que los pueblos asiáticos crecían considerablemente, en la sociedad rusa y en algunos analistas empezó a percibirse una doble sensación de falta de dinamismo demográfico y de pérdida de homogeneidad nacional en la URSS, sensación que llevó a una resurrección del nacionalismo ruso que estuvo presente en todo el proceso de desintegración del Estado soviético.⁶⁶ Si la pérdida de territorio estrictamente hablando en la transición de la Unión Soviética a la Federación Rusa fue relativamente escasa, la población, en cambio, menguó considerablemente, reduciéndose a la mitad. Tal vez ésa no fue la principal contrariedad, a pesar de su pérdida relativa a escala mundial (si la Unión Soviética, en 1991, era el tercer Estado más poblado del mundo, con cerca del 5 % de la población mundial, hoy la actual Federación Rusa es el sexto Estado por su población, y alberga sólo al 2,4 % de la humanidad); el principal agravio desde el punto de vista poblacional para la sociedad rusa actual, y una de las fuentes básicas de descontento y de sensación de frustración social durante la década de 1990, que la pérdida de dinamismo demográfico, aspecto ya percibido

antes de la disolución de la URSS. Entre 1991 y 2000 la población rusa ha descendido aproximadamente un 3 %, y ello a pesar de la afluencia de rusos emigrados del Cáucaso y de Asia central. Una fuerte emigración hacia Occidente, el descenso de la esperanza de vida y, sobre todo, un agudo deterioro de las condiciones de vida han impregnado a la sociedad rusa de una sensación de esclerotización, de deterioro social y de pérdida de peso en el mundo.⁶⁷

El control de los recursos naturales ha sido una de las constantes en el impulso expansionista histórico de Rusia, especialmente en la marcha imparable hacia los mares cálidos del suroeste, así como el acceso a los fértiles campos ucranianos y a las rutas comerciales del Báltico y el Mediterráneo; no deja de ser paradójico que Rusia, que posee desde hace siglos el mayor litoral del mundo, haya pugnado históricamente por acceder a aguas «útiles» (templadas y de fácil acceso a rutas comerciales), que apenas representarán más que un mínimo porcentaje del litoral ruso. El siglo xx llevó, además, a la explotación de ricos yacimientos carboníferos en los Urales y Siberia, de petróleo en el Caspio y de gas en Asia central. En este sentido, la disolución del imperio soviético supuso una pérdida muy relativizable: Ucrania ya no era el único granero ruso, como lo había sido con los zares, tras la explotación agrícola que había conseguido la URSS en el Cáucaso norte y en el sur de Siberia; los principales yacimientos minerales, a excepción de las muy deterioradas minas del Donbass ucraniano, permanecían en territorio ruso; en cuanto a los hidrocarburos, si bien es cierto que algunos de los principales yacimientos se hallan en las nuevas repúblicas centroasiáticas o en Azerbaiyán, no es menos cierto que Rusia todavía dispone de yacimientos importantes y, lo que es más significativo, controla el paso de los hidrocarburos hacia su mercado principal, Europa occidental, lo que otorga *de facto* a Moscú el control sobre estos preciosos bienes energéticos. El acceso a los hidrocarburos será en realidad, como veremos más adelante, la clave no sólo de la recuperación económica del Estado, sino del mantenimiento de la influencia rusa sobre el espacio antiguamente soviético y de un papel relevante en el mundo. En cuanto al acceso a las rutas comerciales internacionales, tan relevante en el proceso histórico de expansión de Rusia, es obvio que las rutas marítimas ya no ofrecen el mismo interés que en tiempos de los zares y, de cualquier modo, la Federación Rusa ha podido mantener el acceso a los mares secularmente ansiados por sus puertos, como son el Negro y el Báltico, y al océano Pacífico. En este sentido la principal pérdida ha sido los puertos ucranianos

de Odessa y Sebastopol, lo cual ha llevado a no pocos conflictos entre ambos Estados a lo largo de la década de 1990.

La capacidad económica de Rusia ha sido tradicionalmente uno de los grandes inconvenientes para hacer valer la autoridad de este país en un contexto internacional. A pesar de los fuertes intentos de industrialización de los últimos zares, a principios del siglo xx la producción industrial rusa apenas suponía el 1 % del total mundial, sin posibilidades de competir con las fuertes economías occidentales, y estaba centrada en gran medida en la industria bélica y la siderurgia. La era soviética y, sobre todo, las dos recuperaciones posbélicas supusieron grandes impulsos para la industria soviética que, sin embargo, pecó de una falta de renovación y del abuso de unos mercados (Europa oriental) y unas rutas de abastecimiento de materias primas (Asia central, estados socialistas de África y Asia, Cuba) garantizados por razones políticas. A pesar de lo cual, o tal vez por ello, la sociedad rusa vivió durante la era Jruschov y parte de la era Brezhnev (entre los años cincuenta y setenta) su mejor momento económico y de máximo bienestar social de toda su historia. La falta de dinamismo económico durante la fase final de la URSS y la posterior pérdida de un área económica sujeta hasta entonces por la presencia del ejército ha llevado a una grave crisis económica que ha puesto en entredicho la capacidad del nuevo Estado para mantener su influencia en un entorno regional o global. La necesidad de ayuda exterior, ya desde 1989, la traumática transición al libre mercado y la incapacidad de superar las sucesivas recesiones han marcado durante los años noventa un amargo despertar a una realidad económica que no responde a los fantasmas de potencia que habían difundido los líderes soviéticos y que los rusos habían acomodado fácilmente a su autocomplacencia nacional.⁶⁸ Una nueva concepción de las posibilidades estructurales de la economía rusa, por lo menos a corto y medio plazo, lleva a la asunción de graves limitaciones económicas (falta de competitividad industrial, dependencia de ayudas e inversiones exteriores, necesidad de profundas reformas estructurales, peso desmesurado de los hidrocarburos en el capítulo de las exportaciones...) que acotan el papel de Rusia en tanto que potencia económica, cuando menos frente a las grandes potencias occidentales.

En consecuencia, hoy los elementos tangibles de los que en otros momentos históricos se ha dotado Rusia para hacer valer su condición de potencia internacional son puestos en entredicho. Una economía en aparente crisis estructural y una población seriamente mermada y falta de di-

namismo no contribuyen a reforzar el papel ruso en el mundo. Se mantienen, sin embargo, algunos elementos que juegan a favor de Rusia y contribuyen al mantenimiento de este papel, a saber: su extensión territorial, su capacidad estratégica y su acceso a recursos naturales energéticos. El territorio ruso, a pesar de la merma sufrida, sigue siendo impresionante: representa la octava parte de las tierras emergidas del planeta (excepción hecha de la Antártida) y, como se ha apuntado más arriba, ello bastaría para considerar a Rusia entre los «grandes» del mundo, a pesar de su escasa densidad (8,5 habitantes por km²). Las fuerzas armadas rusas, aun con su evidente estancamiento, mantienen parte del esplendor del ejército de la URSS; su pérdida de poder relativo (debido en gran medida a su falta de renovación y a la renuncia evidente a proseguir la carrera por la competitividad con el ejército estadounidense) no disminuye su capacidad de amenaza y supone todavía uno de los mayores elementos de orgullo nacional. Por último, los recursos energéticos son la gran baza económica de la nueva Rusia, y no cabe duda que contribuyen poderosamente a su actual recuperación económica y, sobre todo, a la reconstrucción de un área de influencia regional alrededor de este país.

Recursos intangibles de Rusia como potencia

Cuando nos hemos referido a los recursos intangibles que hacen de un Estado una potencia, hemos apuntado a la elasticidad en la enumeración de tales recursos, según el autor que los clasifique y la época en que se analicen. Aquí vamos a limitarnos a los que enumera J. Nye⁶⁹ (cohesión nacional, control sobre la cultura universal y presencia en las instituciones internacionales), junto con uno más que se muestra fundamental en la tradición rusa: el liderazgo ideológico-cultural.

Desde el punto de vista de composición nacional, la actual Federación Rusa ha ganado cohesión en relación con la extinta Unión Soviética; si la URSS contaba con apenas un 52 % de rusos en 1989, la actual Rusia está dominada por una proporción del 82 % de rusos.⁷⁰ Ello no ha privado al nuevo Estado de conflictividad nacional y territorial, como demuestran la existencia de 23 entidades autónomas de base étnica, los contenciosos abiertos con repúblicas autónomas como Tatarstán o Kalmykia o, sobre todo, el sangriento y prolongado conflicto del Cáucaso norte, cu-

yos puntos más álgidos los encontramos en las guerras de Chechenia iniciadas en 1994 y 1999. Del mismo modo, la crisis social aguda que ha presidido la transición hacia la nueva Rusia presenta elementos profundos de desorientación identitaria, en que la identificación con lo soviético se superpone a menudo con la defensa de la nueva-vieja conciencia nacional rusa. La cohesión paulatina del nuevo Estado y, sobre todo, la estabilidad política y social del país han de llevar, presumiblemente, al encuentro de la sociedad rusa con su nuevo Estado y al refuerzo de esta identidad, pero la inestabilidad característica de los primeros diez años tras la caída de la URSS no ha contribuido a ello. En cuanto a la composición nacional y territorial del Estado, a la espera de una solución definitiva para el problema caucásico, no hay motivo para no pensar que las minorías nacionales no se acoplen a un modelo descentralizado de Estado ni para prever una fuerte oposición de la mayoría rusa a esta composición estatal que, por otra parte, goza de un fuerte arraigo desde la era soviética y se corresponde notablemente a una concepción cosmopolita tradicional de la autoimagen colectiva rusa.

Como hemos visto en el capítulo anterior, la concepción de poseer una cultura de valor universal es determinante en los elementos intangibles que condicionan la categoría de un país como potencia. La participación de la cultura rusa en la cultura universal supone tradicionalmente uno de los mayores orgullos de esta nación, y constituye uno de los instrumentos tradicionales para transmitir la cosmogonía rusa al mundo. La exportación de literatos, escritores, músicos, bailarines, pintores, directores y productores cinematográficos, científicos o incluso de una imagen «propia» de Rusia es una constante en las preocupaciones culturales de la élite del país. Que la cultura rusa sea considerada como una parte fundamental de la cultura universal, sin la cual ésta quedaría incompleta, supone desde siempre para la sociedad rusa un reencuentro consigo misma, la ocasión de dotarse de utilidad y sentido y de hallar su propio espacio en el contexto global. No deja de ser paradójico que la política cultural soviética, que se pretendía cosmopolita, invirtiera un gran esfuerzo en la difusión universal de la cultura, la historia e incluso los valores tradicionales rusos, lo cual en la práctica la convierte en un instrumento rusocéntrico, eurocéntrico y colonizador. Tal vez por ello se haya producido, tras la disolución de la URSS, una notable reacción antirrusa; el interés por la lengua y la cultura rusas ha decaído notablemente en Europa oriental, incluso en países tradicionalmente rusófilos como Bulgaria y Serbia;⁷¹

la lengua rusa ha tenido que luchar duramente para recuperar un carácter de oficialidad en las antiguas repúblicas soviéticas, incluso en algunas con un alto porcentaje de rusófonos;⁷² las lenguas de Asia central han renunciado a sus alfabetos cirílicos para recuperar los latinos o árabes...⁷³ A pesar de todo ello, es evidente que la cultura rusa (tanto la de los grandes autores clásicos como la actual) sigue provocando gran admiración en todo el mundo y que su proyección universal en tanto que lengua de comunicación internacional y cultura prolífica e intensa mantiene su espacio en la cultura mundial, lo que apenas se ve mermado por la crisis política y social del período pos-soviético.⁷⁴

Ello nos lleva a la actividad diplomática rusa como uno de los factores eminentes a la hora de hablar del mantenimiento del papel de Rusia en el mundo. Perdida la característica esencial de superpotencia en el mundo bipolar, Rusia hace valer su capacidad internacional para que se siga respetando el papel que tenía la URSS en las instituciones internacionales. En este sentido, es notable el esfuerzo de la comunidad internacional o, mejor dicho, de las otras potencias, para que se mantenga esta posición. Ello fue notorio ya antes de la disolución de la URSS, cuando el Consejo de Seguridad de la ONU acordó conceder al nuevo Estado ruso el puesto permanente que había correspondido tradicionalmente a la Unión Soviética. Más tarde, en 1994, la nueva Rusia fue admitida en el selecto grupo del G-7 (que, significativamente, pasa a ser G-8 sólo en las reuniones de carácter político, mientras que Rusia no es tenida en cuenta en el ámbito económico) y, ya en 2002, pasa a formar parte del llamado «cuarteto», con Estados Unidos, la Unión Europea y las Naciones Unidas, honor diplomático sin duda sobredimensionado en relación con la capacidad económica o política de Rusia en el mundo. En cualquier caso, este paso refleja claramente la voluntad de las potencias mundiales de no marginar diplomáticamente al gigante ruso, que sigue aportando a Occidente seguridad (por su extensión territorial y su capacidad armamentística) y notables recursos energéticos. En este esfuerzo por incluir a Rusia en la actividad diplomática mundial hay que reseñar el papel de la Unión Europea, que ha establecido fuertes lazos institucionales para su diálogo político con Rusia y que no duda en invitar a representantes rusos a sus reuniones de más alto nivel.⁷⁵ Por último, cabe señalar el papel concedido a Rusia como líder regional al dirigir la Comunidad de Estados Independientes, papel que no sólo es consentido sino que es potenciado por la comunidad internacional.⁷⁶

Finalmente, hay que hacer mención del papel tradicional de Rusia en tanto que líder cultural e ideológico, baza que ha jugado inteligentemente durante siglos y que forma parte de la cultura política rusa. Ya desde el siglo xv (cuando la conquista de Constantinopla por los turcos), Moscú se autoerigió en cabeza espiritual de la ortodoxia y en único defensor de los cristianos orientales, lo que la legitimaba a sus ojos en los permanentes conflictos con el Imperio Otomano. Durante el siglo xix los zares añadieron a este liderazgo espiritual otro cultural, al proclamarse defensores de los derechos de los pueblos eslavos sometidos a turcos y austríacos. El paneslavismo tuvo una faceta sobre todo cultural, pero sirvió al imperio ruso de excusa para intervenir en Europa oriental y generar admiración y fidelidad por un tiempo entre diferentes pueblos de más allá de sus propias fronteras. Pero esta proyección exterior de carisma nacional tiene probablemente su mayor expresión (al menos, la más novedosa) tras la revolución bolchevique, cuando la propaganda soviética logra hacer de su experiencia política un proyecto compartido por millones de comunistas de todo el mundo que veían en el Estado revolucionario la Patria del Proletariado y la convertían en motivo de admiración, refugio y peregrinaje.⁷⁷ El nuevo Estado ruso presenta este carisma ideológico o cultural del que se había dotado Rusia durante siglos y la falta de admiración exterior es uno de los síntomas que se perciben en Rusia como muestra de decadencia y desorientación política. Tras algunos intentos fatuos de desarrollar un pensamiento «eurasiático»⁷⁸ que llene este vacío, Rusia se enfrenta a lo que tal vez sea su mayor trauma cultural en la actualidad: resignarse a ser un país como los demás, no un faro de inspiración y referencia para parte de la humanidad.

En definitiva, podríamos decir que Rusia vive, tras los cambios de 1991, una profunda transformación cultural que le priva en gran medida no sólo de la imagen que se había creado en el mundo, sino de la que tenía de sí misma. Derruido el espejismo de un liderazgo mundial, puesto en duda el papel universal de su cultura y sumida en un viaje por el desierto hacia su propia identidad nacional, Rusia todavía mantiene un fuerte papel en el ámbito diplomático y de las instituciones internacionales, papel tal vez sobredimensionado dada la coyuntura política y económica del país, pero reconocido y estimulado por las otras potencias y que en cualquier caso denota un aspecto importante e históricamente novedoso en la posición de Rusia en el mundo: Rusia está en paz con sus vecinos y con las otras potencias. Tal vez le falte estar en paz consigo mis-

ma, pero esto difícilmente podrá llegar sin una estabilidad exterior que posiblemente nunca como ahora había tenido garantizada. Y el hecho de que sean las otras potencias mundiales las que garanticen a una Rusia debilitada un asiento junto a ellas, por los propios intereses estructurales de éstas (en el campo de la seguridad, del abastecimiento energético o simplemente el diplomático), ya justifica la consideración de Rusia como potencia en un mundo que, a pesar de todo, no puede prescindir de ella.

Ejercicio real de Rusia como potencia: a la búsqueda de una influencia por ejercer

Hemos visto cómo Rusia ha ejercido tradicionalmente su papel de potencia como algo intrínseco a su propio ser como Estado, lo que viene reforzado por un papel histórico vinculado a la necesidad de expansión territorial y de sometimiento de otros pueblos y mercados a su área de influencia directa, lo cual ha condicionado el propio carácter nacional desde la misma formación del Estado ruso. Ello ha llevado, igualmente, a una imagen desarrollada en el resto del mundo que vincula directamente a Rusia con su carácter de potencia. Hemos visto también cómo la crisis política, social y económica que ha acompañado a Rusia en el último cuarto del siglo xx ha puesto en tela de juicio esta entidad como potencia ante el mundo y, lo que tal vez sea más grave, ante sí misma. Sin embargo es impensable, e incluso insostenible, la permanencia de un equilibrio o simplemente de una estabilidad mundial mínima en áreas como la seguridad, la energía o el comercio sin contar con la participación de Rusia, y dicha participación es improbable sin su reconocimiento en tanto que potencia. Ello viene refrendado tanto por la presencia estrictamente territorial de este Estado como por la capacidad militar que todavía conserva, la importancia creciente de sus exportaciones en áreas tan estratégicas como los hidrocarburos o la conflictividad potencial de su descontento social, capaz de alterar la estabilidad en buena parte del planeta aun en el caso de que sólo afectase a su propio territorio. Existe, pues, un acuerdo tácito en mantener este equilibrio mundial que pasa por el reconocimiento de Rusia como potencia. Para ello hay que cumplir dos condiciones básicas: el trato en igualdad con el resto de las potencias y la concesión de un área propia y exclusiva de influencia territorial.

La primera de estas condiciones, es decir, el ejercicio de una influencia en el ámbito mundial y la capacidad de dialogar en igualdad de derechos con el resto de lo que podríamos denominar comunidad de potencias, parece venir garantizado desde el inicio de la nueva andadura de la Rusia postsoviética; el mantenimiento del puesto de honor que correspondía a la URSS en foros tan privilegiados como el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, ya mencionado, así parece confirmarlo, pero esta tendencia no sólo obedece a una inercia. Rusia ha entrado con todos los honores y por la puerta grande en los principales órganos de decisión de ámbito global y en tratamientos honoríficos en sus relaciones tanto con las grandes organizaciones internacionales como en su trato bilateral con las grandes potencias; ingreso por la puerta grande o casi, deberíamos matizar, dada la dilación que han llevado algunos procesos como el ingreso en el G-8 o el logro de un trato privilegiado en sus relaciones con la OTAN o el ingreso en la OMC.⁷⁹ Pero ello no empaña el tratamiento de Rusia en tanto que potencia de ámbito global, ni su aceptación en los clubes más privilegiados de toma de decisión en el ámbito planetario. Sin embargo, sí que se podría hacer una reflexión acerca del contenido que albergan estas relaciones entre potencias y del significado último de dicho carácter de potencia. La aceptación de Rusia en los grandes foros internacionales ha creado un desequilibrio notable en los mismos, puesto que la presencia de un país altamente dependiente y con escasa capacidad de intervención internacional autónoma cuestiona la propia capacidad de los otros miembros de dichos clubes y crea una asimetría interna difícilmente justificable, a menos que introduzcamos elementos simbólicos de reconocimiento que rompen el carácter definitorio de los estados que, de un modo pleno y legítimo, pueden ejercer como tales potencias. El estatuto como potencia, entendido como el reconocimiento de tal entidad por los estados y actores con capacidad de ejercicio de una influencia real en el ámbito internacional, queda, pues, distorsionado al devenir una especie de título honorífico, de concesión nobiliaria que apenas conserva una referencia a su significado inicial y supone un reconocimiento meritorio atribuible a un consenso internacional y a necesidades coyunturales más que a atributos propios de una potencia *per se*. De este modo, la presencia de Rusia como miembro permanente en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, con el derecho de veto ligado a este privilegio, podría parecer desproporcionada en la actual coyuntura de debilidad del Kremlin. Aunque nadie discute el derecho de mantener esta

situación, sí es discutible —y discutida— la capacidad real de Rusia para ejercer una actividad independiente en dicho organismo que pudiera enfrentarse o condicionar las decisiones tomadas por otras potencias y, muy particularmente, por Estados Unidos.⁸⁰ Raramente Rusia podría sustraerse por sí misma a las presiones políticas y económicas de las potencias occidentales hasta el punto de contradecir sus decisiones o llevarlas al fracaso. Recordemos, en este sentido, las reiteradas protestas del Kremlin por la presencia e intervención occidentales en los Balcanes del este a lo largo de los años noventa, protestas que, si bien lograron entorpecer la agilidad de dichas intervenciones (en Kosovo en 1999, por ejemplo, donde la OTAN intervino sin lograr un consenso en el Consejo de Seguridad, o a lo largo de las interminables conversaciones de paz en Bosnia entre 1992-1995), no imposibilitaron una acción contundente por parte de Estados Unidos y sus aliados en la zona.

De este modo, en el actual contexto internacional el Consejo de Seguridad resulta un ámbito de acción restringida incluso para algunos de sus miembros permanentes y acaba convirtiéndose en caja de resonancia de las decisiones de las grandes potencias «reales» ante la aquiescencia o el silencio de Rusia y China, que acaban ejerciendo de comparsas sin capacidad de influencia real en el organismo internacional;⁸¹ o, como ha sucedido recientemente en Irak, resulta un elemento perfectamente prescindible. La posición de Rusia en este organismo es, pues, importante desde el punto de vista simbólico, pero *de facto* no supone un papel mayor del Kremlin en la toma de decisiones en dicho organismo ni, resulta ocioso resaltarlo, en la configuración de un orden internacional.

Si tomamos otro ejemplo claro, la presencia de Rusia en el G-8 puede resultar incluso paradójica. Se supone que este grupo, cuando era conocido como G-7, reunía desde 1975 a las principales potencias económicas del mundo, las que tienen capacidad para tomar decisiones de carácter financiero en un ámbito global. Pues bien, la presencia en dicho foro de un país como Rusia, que recibe cuantiosas ayudas de sus socios (cerca de 30.000 millones de dólares en créditos occidentales y del FMI a lo largo de los años noventa), con una deuda exterior evaluada en 2001 en 146.700 millones de dólares⁸² y una dependencia cada vez mayor de las exportaciones de hidrocarburos, pone en duda el propio carácter del G-8 como el «club de los ricos» con que ha sido conocido tradicionalmente. Los otros siete miembros de este organismo informal (Estados Unidos, Japón, Alemania, Reino Unido, Francia, Italia y Canadá) son,

con China, los países con un mayor Producto Interior Bruto del planeta, y acumulan entre los siete unos 22.623.000 millones de dólares, es decir cerca de dos tercios de todos los PIB del mundo sumados. Rusia ocupa el puesto 16 (entre Países Bajos y Suiza) y su PIB, de 375.000 millones de dólares, supone apenas el 1 % de la suma total global. Por otra parte, los siete socios de Rusia en el G-8 son los primeros en la lista que podríamos elaborar de países con más de 20 millones de habitantes, ordenados por su PIB *per cápita*. Esta selección obedece al objetivo de evitar la distorsión típica de los micropaíses millonarios como Singapur, Luxemburgo o Bahrein, pero también la presencia poco representativa de países de dimensiones demográficas medias pero con gran capacidad económica, como Suiza, Noruega, Israel, Uruguay, Namibia o Jordania, por citar algunos ejemplos todos ellos mejor clasificados que Rusia. Ésta ocupa el puesto 19, por debajo de Suráfrica o Brasil o al mismo nivel que Rumanía.⁸³ Véanse al respecto los siguientes cuadros comparativos:

CUADRO 4

Países del mundo según su Producto Interior Bruto, 2003 (en negrita, los miembros del G-8)

	Estado	PIB (millones de dólares)
1	Estados Unidos	10.945.792
2	Japón	4.389.791
3	Alemania	2.084.631
4	Reino Unido	1.680.300
5	Francia	1.523.025
6	China	1.417.301
7	Italia	1.242.978
8	Canadá	756.770
9	España	698.208
10	México	637.159
11	República de Corea	576.426
12	India	567.604
13	Brasil	478.922
14	Australia	430.533
15	Países Bajos	426.641
16	Federación Rusa	374.937
17	Suiza	292.892

CUADRO 5

Clasificación de los principales países con más de 20 millones de habitantes, según su PIB per cápita (2003)

	Estado	PIB per cápita (dólares)
1	Estados Unidos	37.619
2	Japón	34.510
3	Reino Unido	28.350
4	Alemania	25.250
5	Francia	24.770
6	Canadá	23.930
7	Italia	21.560
8	España	16.990
9	República de Corea	12.020
10	Arabia Saudí	8.530
11	México	6.230
12	Polonia	5.270
13	Malaisia	3.780
14	Argentina	3.650
15	Venezuela	3.490
16	Turquía	2.790
17	Suráfrica	2.780
18	Brasil	2.710
19	Federación Rusa	2.610
20	Rumanía	2.310
21	Tailandia	2.190
22	Perú	2.150
23	Irán	2.000

Desde el punto de vista estrictamente económico resulta difícilmente justificable, a la vista de estos datos, la presencia de Rusia en un foro como el G-8, que toma decisiones de ámbito global que afectan en buena medida al área financiera. Debemos enmarcar, pues, dicha presencia en el doble contexto de, por un lado, una insistencia de Rusia por hacerse visible en los grandes foros internacionales ostentando su reconocimiento como potencia; y por otro lado, en la predisposición de los países miembros de dichos foros en consentir esta presencia, en primer lugar simbólica y finalmente como miembro de pleno derecho: no olvi-

demos que Rusia fue miembro del G-7 sólo a título parcial entre 1994 y 2002, cuando se le permitía asistir a las reuniones de carácter político pero no a las de cariz económico. Sin embargo, hay que contextualizar esta presencia y recordar que ambos pasos se producen en momentos en que se hace preciso premiar a Moscú por actitudes concretas en la esfera internacional. En primer lugar, la primera invitación a la presencia de Rusia en las cumbres anuales del G-7 se produce en 1994, cuando, en medio del callejón sin salida de la guerra de Bosnia, es necesario lograr el diálogo con Moscú en la delicada situación de los Balcanes. En aquel momento, el apoyo indisimulado de Yeltsin a Milosevic hacía peligrar una intervención internacional consensuada en el conflicto. Es evidente que el apoyo ruso a las mediaciones internacionales y, más tarde, el silencio del Kremlin ante la intervención armada de la OTAN en Bosnia en verano de 1995 se lograron con prebendas llegadas desde Occidente, una de las cuales fue dar la bienvenida a Rusia al G-7.⁸⁴ El segundo paso adelante en la aceptación de Rusia en el (ya) G-8 se produce a principios de 2002 y no por casualidad, cuando Putin dio claras muestras de su buena voluntad hacia Occidente tras los atentados del 11 de septiembre. Moscú había apartado las diferencias que la habían distanciado de Estados Unidos hasta el verano de 2001 y no sólo se mostró presta y ágil en ceder a Bush el uso de su infraestructura de comunicaciones y de avituallamiento logístico en sus operaciones en Afganistán, usando la vía ya trillada por camiones rusos a través de Asia centra; además, en un sorprendente viaje a Texas, Putin mostró una cordialidad inusual con su homólogo norteamericano que dio lugar a nuevos acuerdos en materia de comercio, seguridad y participación institucional. Dichos acuerdos darían lugar de manera destacada a un nuevo desarme de misiles nucleares, a un tratado entre Rusia y la OTAN que fue firmado el marzo de 2002 y a iniciar un intenso diálogo sobre las perspectivas de exportar petróleo ruso a Estados Unidos. ¿Debería extrañarnos, en este contexto de favores mutuos, la entrada definitiva de Rusia en el privilegiado grupo de poderosos, el G-8, pocos meses más tarde? Tal vez sería más adecuado preguntarnos qué sucede en adelante con un G-8 en el que se hace inevitable la presencia, como premio a su actitud política, de un miembro que poco tiene que aportar en cuanto a las actividades tradicionales del foro, pero que es admitido como uno más en un gesto que trasciende lo simbólico. Ello condiciona, sin duda, la propia existencia futura del organismo, que viene a ser algo así como «el grupo de países más ricos y poderosos del mundo,

más Rusia». La simple presencia de este *ultimus inter pares* resta significativamente contenido al grupo, aunque le dota de un fuerte simbolismo al admitir un vago referente honorífico en su admisión. Una admisión ya no condicionada por el cumplimiento de unas condiciones económicas, sino por un reconocimiento intangible de un carácter político de potencia de difícil definición y de todavía más difícil adaptación a las tareas que tradicionalmente había ido desarrollando este foro desde su creación. Ello llena de incertidumbre a la propia definición del G-8 y muy especialmente a los países que, como España, México o Corea del Sur, desejarían ser admitidos cuanto antes a tan exclusivo y hermético club.

Algo parecido a lo dicho sobre el G-8 o al papel de Rusia en el Consejo de Seguridad lo podríamos aplicar al singular proyecto de foro internacional estrenado en mayo de 2002 y conocido como el Cuarteto. Se trata de un grupo de presión (en aquella ocasión, a raíz de la agudización de la crisis de Oriente Medio) constituido, en su momento, por los presidentes de Estados Unidos (G. Bush), la Federación Rusa (V. Putin), el Secretario General de las Naciones Unidas (K. Annan) y los representantes de la Unión Europea (J. Solana, alto representante de la UE para la PESC, y Aznar como presidente de turno del Consejo Europeo). El Cuarteto supone un experimento interesante, pero lo cierto es que no ha demostrado gran vocación de continuidad⁸⁵ y, lo que es peor, no dio signos de efectividad en la crisis para la cual fue creado; lo cual nos podría confirmar el papel secundario de Rusia en la esfera internacional, pero plantea una inquietante posibilidad de turbias perspectivas sobre el futuro diplomático tanto de las Naciones Unidas como de la Unión Europea. El papel de Rusia en la esfera internacional no deja de ser hasta cierto punto representativo del funcionamiento del propio sistema internacional en la posguerra fría; por una parte, se le permite un acceso privilegiado a supuestas áreas de poder exclusivas; por otra, estas áreas de poder quedan vacías de contenido y muy condicionadas a los designios de un reducidísimo grupo de potencias reales (a menudo, una sola), auténticos decisores de la política internacional. Ello tiene un triste epílogo (o tal vez un amargo inicio) con la crisis iraquí o tercera guerra del Golfo, demasiado reciente para ser analizada en este trabajo, pero que augura un futuro sistema internacional poco dado a permitir una toma de decisión multilateral en la prevención y gestión de conflictos y, por ello, proclive a que el reconocimiento de las potencias sea algo más que un hecho estrictamente simbólico, lo cual nos lleva de nuevo a plantearnos el papel que pue-

den desarrollar en este incierto futuro tanto las Naciones Unidas como Europa. De momento, y en lo que concierne a los propósitos de este trabajo, la condición de Rusia como actor secundario en esta tragicomedia internacional queda confirmada y reforzada a la luz de su incapacidad para mediar en el conflicto o para, simplemente, hacer valer sus puntos de vista.

Rusia y su área de influencia territorial en tanto que potencia

Veamos a continuación el desarrollo del segundo punto mencionado más arriba que debería confirmar el estatuto de potencia para Rusia: el de la atribución a este país de un área geográfica de influencia directa. Ya se resaltó en el capítulo anterior la importancia de ejercer esta influencia como una de las condiciones previas que debe confirmar la autonomía de una potencia, precisamente su capacidad de restar autonomía a otros actores en beneficio propio. Rusia siempre ha contado con esta capacidad como algo intrínsecamente unido a su propia cohesión nacional y a su supervivencia, dado lo precario de sus recursos naturales y estratégicos. La hecatombe nacional que supuso la pérdida del imperio, en 1991 y la disolución de la URSS debía amortiguarse con unas mínimas garantías de que Rusia mantendría un control sobre un área de influencia directa.⁸⁶ De un modo un tanto arrogante, los políticos rusos dieron por descontado que los países de la esfera soviética se mantendrían bajo la égida rusa, en parte por tradición, en parte por dependencia económica y estratégica, y en parte por un desprecio infantil y no exento de estereotipos intelectuales hacia las nuevas élites y hacia unos países que raramente habían conocido con anterioridad la existencia de instituciones políticas modernas y genuinamente independientes.⁸⁷ Este punto de vista tendría que chocar con dos hechos previsibles, pero que sorprendieron en gran medida a las perspectivas de la nueva Rusia: la lentitud de la recuperación económica rusa y las tendencias centrífugas de los nuevos estados.

En primer lugar, la economía rusa dio muestras de una lentitud en su recuperación que desmontó las perspectivas según las cuales la llegada del capitalismo iniciaría una época de prosperidad en Rusia cuyo efecto principal sería el mantenimiento de unos vínculos de dependencia con los países de su entorno, por otra parte fuertemente dependientes en sus

estructuras económicas y energéticas de su relación con aquel país. Aunque los lazos de dependencia se mantuvieron e incluso se incrementaron en algunos casos, lo cierto es que la pretendida recuperación económica no se produjo. El Producto Nacional Bruto ruso de 1991 fue del 95 % en relación con el de 1990, pasó en 1992 al 77 % con el mismo referente, en 1993 al 68 %, y en 1994 al 58 %.⁸⁸ La crisis rusa no ha ayudado al afianzamiento de las economías de su periferia exterior, que a menudo se resienten de esta dependencia que obstaculizaba la búsqueda de nuevos mercados o alianzas. Ello es especialmente visible en las repúblicas europeas de la CEI que, ante la incapacidad de Rusia por mantener su presencia privilegiada en la zona, aspiran a lograr una mayor vinculación con Occidente, ya sea bajo la forma de inversiones o de alianzas políticas y económicas. Dichas inversiones y alianzas, sin embargo, no acabarán de producirse de un modo masivo, a la espera precisamente de la recuperación de las capacidades rusas para mantener un foco estable de prosperidad en la zona.

En segundo lugar, las nuevas repúblicas viven un proceso de consolidación de sus recién estrenadas identidades políticas, lo cual lleva irremisiblemente al deterioro de relaciones con su anterior centro. Las nuevas élites (en realidad, en casi todos los casos se trata de las viejas élites soviéticas reconvertidas al nacionalismo) consolidan su poder fomentando la simbología y la retórica nacional, lo que conlleva la denuncia de todo lo ruso como recordatorio de una limitación de las libertades nacionales. Se promueve la construcción de un presente, un futuro e incluso un pasado presuntamente autónomos y lo más alejados posible de un centro que todavía se presenta, en su supervivencia, como un lastre para la propia construcción nacional y, por ende, para los componentes de las nuevas naciones. Todo ello no conlleva necesariamente el repudio al patronaje ruso en la nueva configuración regional (repudio por otra parte poco practicable y de algún modo impopular en las poblaciones de las nuevas repúblicas, y no sólo entre las numerosas minorías rusófonas de las mismas), pero sí a manifestar una ostensible incomodidad hacia el liderazgo indiscutible de Rusia en esta distribución regional, y muy especialmente hacia las actitudes rusas que podrían clasificarse como de arrogancia. Como consecuencia, Moscú verá a lo largo de los años noventa, y hasta la actualidad, cómo su autoridad, sus intereses y sus proyectos son sistemáticamente discutidos por todas o algunas de las repúblicas que habían aceptado, en principio, formar parte de un conjunto de países, la Comu-

nidad de Estados Independientes, liderado por Rusia. Esta actitud, como veremos en los capítulos 3 y 4, será encabezada por Ucrania y Georgia, pero es fácilmente distinguible en uno u otro momento en todas las repúblicas de la CEI, dificultando enormemente el ejercicio de una influencia directa rusa sobre la región que se supone que tiene como campo de expansión política.

Cabría preguntarnos en este caso a qué se debe que se mantenga una zona de influencia de Rusia sobre el espacio geográfico que ocupaba la URSS. En cierta medida, las previsiones de la nueva clase política rusa no son desacertadas: se mantienen los vínculos mínimos de abastecimiento y comercio con Rusia que garantizan la continuidad de su dependencia económica, especialmente cuando las nuevas repúblicas periféricas tienen aún menos capacidad que Rusia para construir nuevas infraestructuras. Por otra parte, las poblaciones de estas nuevas repúblicas mantienen, en efecto, la influencia rusa como un referente histórico y cultural del que no necesariamente quieren despegarse; aparte, claro está, de las numerosas comunidades de rusos en dichas repúblicas (35 % en Kazakstán, 22 % tanto en Ucrania como en Kirguistán, 13 % en Belarús y en Moldova, 10 % en Turkmenistán, etc., según el censo de 1989).⁸⁹ Pero no basta con el mantenimiento de las estructuras que unen a Rusia con sus vecinos inmediatos, o con el apego que sienten partes más o menos numerosas de estas poblaciones a su antiguo núcleo político, para explicar el mantenimiento de esta influencia. Lo cierto es que el principal instrumento de dicha influencia, la CEI, no acaba de funcionar, y se convierte cada vez con más frecuencia en un punto de desencuentro y enfrentamiento que no de encuentro y cohesión. Por otra parte, tras el primer momento de duda e ilusión acerca de la voluntad de estos países por acudir al regazo protector de su antiguo centro, Rusia debe recurrir a métodos más expeditivos como el chantaje energético⁹⁰ o la presencia de tropas con fines, en principio, de mediación de conflictos,⁹¹ todo lo cual no contribuye, desde luego, a afianzar la popularidad de Rusia. Cabría hacernos la pregunta de si estos países son libres de encontrar alternativas a su afiliación con el área de influencia rusa.

Lo cierto es que en un primer momento pareció existir esta posibilidad. En Asia central y el Cáucaso, tanto Irán como Turquía vieron una oportunidad magnífica para desarrollar un área de expansión perfecta donde recuperar para su atracción regiones que suponen un claro referente histórico y cultural para sus poblaciones y sus tradiciones históri-

cas. Ello responde, además, a la voluntad de algunos sectores sociales y políticos de estos países, que desean alejarse de Rusia y «volver» a sus referentes culturales, entre ellos el religioso.⁹² Por otro lado, las opciones políticas nacionalistas de los nuevos países de Europa oriental tenían un claro objetivo: la mayor integración posible en las instituciones occidentales. De este modo, tanto el discurso radical del *Ruj*⁹³ ucraniano o de los *zviadistas*⁹⁴ georgianos como las actitudes más moderadas, pero que no descuidan guiños al nacionalismo, del bielorruso V. Shushkiévich, del ucraniano L. Kravchuk, del georgiano E. Shevarnadzé o del moldavo M.I. Snegur, todos ellos en el poder en períodos más o menos extensos de principios de los años noventa, insisten en la vocación de sus países de unirse a «Europa».

Sin embargo, estas influencias no llegan a cuajar, y ello no es atribuible a la debilidad de las potencias dispuestas a ejercerlas ni a la falta de partidarios de las mismas en estas repúblicas. Podríamos hablar, en cierto modo, de un reparto del mapa (o, mejor, de una confirmación de la versión anterior del mapa) patrocinado por las potencias en ejercicio, y para las que no hay mayor interés en alterar las influencias existentes en estas regiones. La Europa comunitaria, en plena expansión hacia el Este, no pretende engullir más de lo que puede digerir y, en cambio, está plenamente interesada en delimitar con sus vecinos las áreas de interés respectivas y los límites provisionales de su propia expansión, en la que no está previsto de momento que tengan cabida países como Ucrania, Belarús o Moldova;⁹⁵ por otra parte, la Unión Europea, que podría ser la más interesada en no desoír las llamadas de sus partidarios en Europa oriental, prefiere mantener el equilibrio y la estabilidad con Rusia a emprender una loca carrera expansionista sin un fin ni un orden claro. A todo ello dedicaremos mayor espacio más adelante. En cuanto a las potencias asiáticas que habían puesto sus miradas sobre lo que parecían restos sin reclamar de la eclosión de un imperio perecido, no tuvieron mayores opciones. Irán, estrechamente fiscalizado y observado desde la muerte del imán Jomeini, en 1988, no tiene oportunidades ni interés en provocar las iras de Occidente más de lo que hizo en el pasado con una expansión incierta. Y Turquía, que vio en el nacimiento de una pléyade de repúblicas culturalmente islámicas y políticamente laicas y «revolucionarias»,⁹⁶ casi todas ellas de lengua turca, un área perfecta de proyección política y económica, tuvo que conformarse con mantener una presencia económica limitada, ante la eterna disyuntiva turca de oponer sus intereses culturales

a su auténtica vocación política de incorporación a Occidente. El panturquismo, tan presente en la tradición cultural turca, no parece muy compatible con el camino firmemente elegido desde hace tiempo por la clase política y gran parte de la sociedad de Turquía, de asimilación a Europa; camino, por cierto, que en los años noventa ha vivido nuevas fases e incrementos de intensidad, lo que ha colaborado a reducir prácticamente a la nada cualquier tendencia «asianista» en la política de Ankara, muy especialmente tras el fracaso de la pretendida influencia turca sobre el conflicto de Nagorni-Karabaj, que no hizo más que evocar en Armenia fantasmas de su pasado reciente que levantan serias ampollas en la región.

El intento ruso por afianzar su influencia en la zona parece contar no sólo con el beneplácito de las potencias internacionales, sino incluso con su colaboración activa. En los años 1993-1994 los países de la CEI aceptaron paulatinamente la presencia de tropas de la Federación Rusa como mediación en sus conflictos, a pesar de que, en muchos casos, dicha presencia dista de ser imparcial. En gran medida ello se debe al hecho de que no hay alternativa alguna ofrecida por la comunidad internacional de aceptar otras tropas de interposición que apacigüen unos conflictos que estaban sangrando sus economías e incluso sus demografías.⁹⁷ Esta complicidad internacional tendrá una vez más su mejor momento en 2001, cuando Rusia verá premiada su fidelidad hacia Occidente y su cooperación en la invasión de Afganistán con la confirmación de su liderazgo regional. Ciertamente, Estados Unidos y sus aliados preferirán la colaboración plena de Putin que la actitud pusilánime que mantuvo el presidente uzbeko I. Karímov cuando se le solicitó el paso de tropas por su territorio, o las dudas de otros líderes regionales, como el controvertido presidente turkmeno S. Nyázov, ante el ataque a «un país musulmán». Con la consolidación de la influencia rusa en la zona, a la que contribuyen las presiones occidentales, Occidente se beneficia plenamente, puesto que tendrá en la zona la estabilidad y confianza que le puede otorgar su nivel de confianza con el Kremlin; lo que parece ser, en cualquier caso, mejor garantía que la inestabilidad que ofrecen estas repúblicas con una mayor autonomía en su ámbito de decisión regional o bajo la influencia de cualquier otra potencia del área.⁹⁸

Sin embargo, cabe destacar que Rusia no ejerce su influencia territorial en todas las áreas que desearía. Por un lado, cualquier tentación de influir más allá del área delimitada por la anterior existencia de la Unión Soviética no ha contado ni con el beneplácito internacional ni con la

fuerza y la presión suficientes desde el interior de la propia Rusia. Así, no ha habido un intento serio de restablecer la influencia tradicional rusa en Europa central y oriental, en gran parte porque el recuerdo histórico dejado por Rusia en la zona no es excesivamente positivo, pero sobre todo porque se trata de la zona de expansión directa de la Unión Europea, mientras que Rusia precisamente acaba de replegarse de esa zona. Sí ha habido intentos serios de influir en los Balcanes, y más concretamente en los conflictos de la antigua Yugoslavia, pero ello no ha tenido más consecuencia que aumentar la complejidad de los conflictos en cuestión. En cualquier caso, más que un intento de expansión de la influencia territorial, en este caso debemos hablar de un intento de ejercer una influencia en un conflicto geográfica y culturalmente cercano a Rusia; a favor, por supuesto y como es lógico, de los elementos en litigio más adeptos a la presencia rusa en la zona.

Por otro lado, Rusia sí se ha mostrado beligerante en su reivindicación de poder ejercer una influencia política en el Báltico. Como veremos en detalle en el capítulo 7, para ello aduce razones históricas y de seguridad (acceso extenso al mar Báltico, estrangulamiento terrestre de Kaliningrado y marítimo de San Petersburgo), así como la supuesta protección de los derechos de la población rusófona que habita en algunos países de la zona.⁹⁹ Y en esta reivindicación ha chocado no sólo con la voluntad firme de los estados afectados, decididos a no volver a una influencia que les ha sido históricamente nociva, sino con la oposición de la comunidad internacional, también firme en su propósito de otorgar esta área a la influencia directa de Europa occidental. Volveremos a esta problemática y a esta región más adelante, en los capítulos 7 y 8, destinados entre otras cosas a analizar los problemas de solapamiento de influencias entre Rusia y la Unión Europea tras la guerra de Chechenia; sírvanos tan sólo este avance para ejemplificar los límites que son puestos, e impuestos, al ejercicio de Rusia en tanto como potencia, en este caso en lo que concierne a su influencia territorial.

Cabría destacar, por último, el peso de los hidrocarburos en el ejercicio de esta influencia. Gran parte del juego político regional a lo largo de los años noventa, además de la causa real de algunos de los conflictos desarrollados en dicha región durante este período tiene como trasfondo la exportación del gas y el petróleo que las compañías rusas explotan tanto en el propio territorio ruso como en las otras repúblicas de la CEI. La llegada de estos hidrocarburos a Occidente se muestra como una de las

prioridades de la política de las potencias occidentales, y ello no parece posible sin el mantenimiento de una fuerte influencia política rusa sobre esta área. La evolución de la conflictividad en Oriente Próximo y Medio en el período 1990-2003 (es decir, entre la segunda y la tercera guerras del Golfo) ha condicionado directamente los precios internacionales del petróleo y el interés de Occidente hacia Rusia, su estabilidad, el mantenimiento de su influencia regional y las buenas relaciones con el Kremlin.¹⁰⁰ Y estas buenas relaciones pueden pasar y pasan, como es el caso de este período, por el reconocimiento, un tanto forzado, de un estatuto de potencia un tanto inmerecido, así como por el reconocimiento de un área de influencia regional que, a la par, supone igualmente una de las garantías del abastecimiento de hidrocarburos a Occidente.

Un poder bajo tutela

Volviendo a la pregunta que iniciaba este capítulo, cabría matizar notablemente el significado que damos al término «potencia». Ya en el capítulo anterior habíamos establecido que en el sistema internacional actual resulta difícil hablar de la existencia de potencias más allá de un único hegemón que acapara la toma de decisiones a escala planetaria por el monopolio de recursos y de capacidades que lo convierten sin duda en el Estado más poderoso de la historia del planeta. Por debajo de esta potencia única es posible, por supuesto, la existencia de estados poderosos e incluso de organizaciones internacionales con cierta capacidad de poder, pero están gravemente condicionadas por los designios e intereses de dicha potencia hegemónica. En este contexto, la mera existencia de las potencias es relegada a los ámbitos territoriales y sectoriales que no entorpezcan un desarrollo real del poder por parte de los auténticos decisores a escala internacional y, por lo tanto, tendrán una esfera de poder condicionada siempre a la estabilidad o al acceso de recursos exigido desde los centros fácticos de poder.

Es indudable que Rusia ejerce como potencia. Ocupa los puestos previstos en el sistema internacional para esta categoría de estados, asiste a las reuniones de las organizaciones internacionales representativas de dichas potencias como miembro de pleno derecho, recibe un trato privilegiado como tal e incluso se le atribuye una zona de influencia directa y

aparentemente exclusiva. Es cierto que cumple con algunos de los requisitos que le atribuyen tal estatuto: territorio de grandes dimensiones, fuerte tradición a este respecto, capacidad potencial de distorsionar la estabilidad regional y tal vez mundial y quizá, por encima de las anteriores, un poderoso arsenal nuclear. Pero al mismo tiempo, como hemos podido comprobar, este estatuto de potencia es desarrollado dentro de unos parámetros limitados y, sobre todo, consensuados por lo que anteriormente hemos descrito como «comunidad de potencias». Tanto su pertenencia a esta categoría como el mantenimiento de una zona de influencia son posibles porque así lo admite un consenso internacional al respecto, en pro de una estabilidad que beneficia, igualmente, a las potencias occidentales. La duda que nos queda es hasta qué punto está dispuesto Occidente a permitir y estimular esta categorización en tanto que potencia. Ya hemos visto que el área territorial de esta influencia viene delimitada por los intereses occidentales en el área. De momento, tanto el desarrollo político y económico de Rusia como su estabilidad e influencia coinciden con los intereses de Occidente en la zona. Por ahora no es previsible otro escenario, pero no podemos descartar que desde las potencias «reales» del actual sistema internacional, y muy concretamente desde Estados Unidos, el interés real sea mantener a Rusia y su área de influencia como una zona permanentemente en desarrollo, y por lo tanto subyugada y dependiente, y no como una zona desarrollada en la que pueda ejercer plenamente, con todas las consecuencias su estatuto de potencia mundial, incluida su capacidad de actuar en la esfera internacional con independencia de intereses ajenos y, claro está, con capacidad para amenazar e imponer su decisión sobre las otras potencias.¹⁰¹ Si ello es deseable o no es algo más que cabría preguntarse, pero va más allá de las ambiciones de este trabajo. Queda aquí la constatación, como conclusión, que Rusia ejerce en efecto como potencia, pero únicamente en la medida en que ello le es consentido, y que lo más probable es que difícilmente pudiera ejercer ninguna influencia ni siquiera sobre su área de actuación más directa si no fuese por este consenso internacional a su favor y en pro de una estabilidad internacional que, sin lugar a dudas, le beneficia. De momento, por lo menos.

3. Rusia, potencia en reconstrucción

El cómo y el porqué de la desintegración del Estado soviético

A la hora de presentar a Rusia como potencia, una de las cosas que más llaman la atención es el proceso político que ha vivido este país en su conversión de Unión Soviética a Federación Rusa. La desaparición o transformación de las potencias es uno de los factores que más ha preocupado a los analistas del sistema internacional,¹⁰² y la disolución de la URSS ha atraído la observación de los estudiosos por lo imprevisible del hecho y por la aparente falta de precedentes. Cabría preguntarnos, pues, en primer lugar si la desaparición de la URSS supuso el fin de una potencia o, simplemente, la desintegración de un Estado en un proceso que dio lugar al resurgimiento de una potencia en el mismo sitio, y con las mismas capacidades que ocupaba el Estado anterior. Para ello analicemos, primero, las causas que dieron como resultado la desaparición de dicho Estado, para ver a continuación hasta qué punto podemos hablar de «desaparición» o bien de «transformación» de una potencia y cómo ello influye en el sistema internacional.¹⁰³

La *perestroika*, que Gorbachov presentó al pueblo soviético y al mundo entero como una leve, aunque firme, reforma política, en realidad acabó siendo un intento desesperado de salvar no sólo la experiencia soviética, sino el propio Estado que le había dado forma y, con él, aquella herencia que, desde el tiempo de los zares, constituía el marco estatal de la nación rusa.¹⁰⁴ La unión fraternal de pueblos que pretendían los *sóviets* se mostraba cada vez más como una forma de expansión de la nación rusa, muy especialmente durante la época de Brezhnev, cuando se agudizó el carácter rusocéntrico del Estado; esta sensación, sumada a la aguda

crisis política, social y económica que se fue agravando a medida que avanzaba la década de los ochenta, creó y fomentó las tendencias centrífugas dentro de la Unión Soviética. Cuando se rompe la hegemonía social del PCUS y se diversifica la opinión pública dentro de la URSS, se hace más evidente que el proyecto soviético tiene connotaciones nacionales que van más allá de la retórica ideológica comunista, y ello choca abiertamente con la propia conciencia nacional de los diferentes pueblos de la Unión, conciencia por otra parte estimulada en gran medida por la propia retórica soviética, en su intento de conceder dignidad y estatuto político a los colectivos humanos marginados por los regímenes anteriores. De este modo, la desideologización del Estado y la diversificación de la sociedad llevan irremediabilmente al reencuentro (o primer encuentro, en muchos casos) de los pueblos no rusos, e incluso del propio pueblo ruso, con sus proyectos nacionales y estatales. Este resurgir nacionalista presenta características muy diferentes según las circunstancias históricas de cada pueblo y el grado de concienciación nacional que presentan sus habitantes. Podríamos distinguir tres categorías distintas de pueblos según la intensidad en que viven este despertar nacional de finales de los años ochenta:

- a) Los países bálticos, con un alto grado de conciencia nacional, donde está vivo el resentimiento por la anexión forzosa de 1940 a la URSS y la represión posterior; por otra parte, hay una percepción muy fuerte, especialmente en Letonia y Estonia, de amenaza a la supervivencia física del propio pueblo, a raíz del fuerte incremento de la inmigración rusa a estos países, donde en 1989 ya alcanzaba más de un tercio de las poblaciones respectivas.
- b) Los países europeos (en un sentido amplio, puesto que Armenia y Georgia entrarían en esta categoría) que han vivido experiencias recientes de un Estado moderno o, cuando menos, de un movimiento nacionalista consolidado al entorno de la idea de creación de un Estado y de consolidación de la propia nacionalidad. Cabría advertir que la intensidad de la conciencia nacional varía ostensiblemente en estos pueblos; así, por un lado, tenemos el alto grado de autoidentificación nacional de armenios y georgianos (que, por otra parte, no se asimila siempre, necesariamente, con la reivindicación de creación de un Estado) o la fuerte sensación de militancia y combatividad nacionalista de

los ucranianos de Galitzia, equiparable a los bálticos y que contrasta con la pasividad de sus compatriotas de otras regiones de Ucrania; por otro lado, hay que apuntar la falta de identidad nacional (cuando no la abierta identificación con lo ruso/soviético) de buena parte de los bielorrusos, así como la desorientación de los moldavos entre la identificación histórica y cultural con Rumanía, el fomento de su propia identidad nacional o el mantenimiento de los vínculos ya consolidados con Rusia.

- c) Las repúblicas de Asia central, a las que cabría añadir Azerbaiyán. Se trata de países con escasa conciencia nacional tal y como se ha consolidado en Europa y otras áreas de la cultura europea en los siglos XVIII y XIX, donde la población, nómada en gran medida antes de la Revolución rusa, no tenía otros referentes políticos propios que los janatos de corte medieval de Jiva, Bujara y Samarkanda, incorporados a Rusia en el siglo XIX. Las conciencias nacionales de estos países (y, en realidad, las propias naciones modernas tal y como se han ido consolidando) son creaciones de la Unión Soviética y se superponen a una constelación de identidades previas entrecruzadas entre sí. Las identidades nacionales de esta región, pues, son nuevas y raramente dan lugar a una reivindicación nacional sólida, aun más teniendo en cuenta la conciencia de inferioridad económica de estos países con relación al resto de la URSS.

Como podemos ver, pues, la conciencia nacional de los pueblos que integraban la Unión Soviética presenta una gran variedad, reflejando la propia diversidad nacional del gigante soviético. El hecho de que pueblos con un nivel reivindicativo tan variopinto hayan llegado al mismo punto final de la independencia nacional refleja que en este proceso han intervenido aspectos ajenos a la reivindicación y que han afectado por igual a todos los pueblos que componían la URSS. Estos aspectos pueden agruparse básicamente en dos: la desintegración del poder político soviético y, en consecuencia, la búsqueda de modelos políticos alternativos a la URSS.

El poder político soviético empieza a desmoronarse con la llegada al poder de Gorbachov y su *perestroika*, aunque este proceso ya se vislumbraba en luchas políticas internas anteriores a este presidente y todavía ahora poco diáfnas, dada la opacidad con que el PCUS mantenía sus

procesos endógenos. Gorbachov, secundado por un amplio equipo de reformistas que en aquel momento recordaron, tanto en la propia URSS como en el extranjero, al proceso que inició Jruschov en los años cincuenta y sesenta,¹⁰⁵ inició un enfrentamiento cada vez más abierto con los viejos jerarcas del PCUS, en general burócratas apoltronados en sus cargos desde la era Brezhnev e imbuidos de una fuerte retórica ideológica inmovilista y, ya por entonces, vacía de contenido. Esta vieja guardia o *nomenklatura*, como se tendió a denominar, solía mantener fuertes intereses personales y económicos centrados en los cargos que ocupaban y que les otorgaban posiciones de poder y de beneficio económico; ello propició una resistencia numantina ante las reformas gorbachovianas que se tradujo en una lenta lucha política que no hizo sino mermar la autoridad de la cúpula estatal en un momento en que, precisamente, la fuerte crisis económica requería decisiones firmes y una imagen de unidad en el poder. Este enfrentamiento político en la cima tuvo su máximo exponente en las continuas apelaciones de Gorbachov al apoyo popular y al despertar de una conciencia social que, a su parecer, debía llevar a la sociedad soviética a impulsar las reformas de su equipo. Por ello Gorbachov potenció, además de una reestructuración (*perestroika*) económica que había de favorecer el consumo y un cierto acceso a la economía privada, una reforma democratizadora (*demokratsiia*) del partido que favoreciera la participación y la toma de decisiones de las bases y, tal vez lo más importante, una transparencia (*glasnost*) informativa que facilitaba el acceso de la población a los acontecimientos tanto actuales como de la propia memoria colectiva. Este último aspecto fue, probablemente, el que hizo cambiar más las mentalidades de los pueblos soviéticos y logró que la sensación de malestar originada por los vaivenes políticos y las carestías económicas se tradujeran en movimientos reivindicativos que llegaron a superar las pretensiones de Gorbachov y empezaron a reclamar cambios más radicales. Por otro lado, el enfrentamiento entre los dos polos opuestos en el poder se agudizó cuando la *nomenklatura* se parapetó en los últimos reductos de poder, el complejo militar-industrial por un lado y los cargos periféricos por otro. Si el enfrentamiento con los sectores ultramontanos del PCUS en la capital tuvo su último y patético capítulo en el intento de golpe de Estado de agosto de 1991, las élites «regionales», identificadas plenamente con un poder político caduco y, tras el fracaso del golpe, perseguido, iniciaron una huida hacia adelante asumiendo un discurso nacionalista (que hasta poco antes habían combati-

do) y cortando amarras con el poder con sucesivas proclamaciones de independencia que tendían, más bien, a alejarse de una evolución política que no les convenía.

El tercer factor mencionado, tras el impulso nacionalista y la desintegración del poder central, es la búsqueda de nuevos modelos políticos. Como ya se ha dicho, a la crisis económica, cada vez más aguda y sin visos de solución, se añade una desorientación social agravada por el desvelamiento informativo propiciado por Gorbachov. Al descubrir (o asumir) la corrupción de los gobernantes soviéticos actuales y la macabra experiencia de los antecesores, especialmente de Stalin y Brezhnev,¹⁰⁶ los pueblos soviéticos inician un proceso de búsqueda de soluciones que pasa por cuestionar no sólo el modelo de Estado y de ideología sino, cada vez más, al propio Estado. Ello viene estimulado por el (re)surgimiento de las conciencias nacionales como única alternativa real al vacío que deja el descalabro ideológico que provoca el desprestigio y hundimiento de un discurso comunista machaconamente imbuido en la educación, la sociedad y, por último, la mentalidad de los ciudadanos soviéticos. La desconfianza hacia el poder, por otro lado, supera los propósitos de Gorbachov y se dirige no sólo a los dirigentes más responsables del caos actual, sino que origina un fuerte desencanto social y alcanza a todos los estratos del aparato estatal y, más específicamente, del Partido, con lo que empiezan a hacer acto de presencia pública, por primera vez desde el período revolucionario, los movimientos que contestan al sistema soviético. En este contexto, cada vez se hace más atractiva la idea de que para salir del caos presente en el marasmo en que se había convertido la Unión Soviética había que construir nuevas formas de Estado, lo que no descartaba en absoluto que estas formas se adaptasen a unas conciencias nacionales recién recuperadas.

Cabría añadir un hecho fundamental y muy significativo, como es una cierta indefinición terminológica, añadida a un efecto de admiración y arrastre con relación a los pueblos más dinámicos en este proceso. Así, cuando los países bálticos empiezan a reclamar una mayor pluralidad política y mayor presencia cultural de sus nacionalidades en la Administración, este movimiento es secundado en otras nacionalidades soviéticas, como muestra de protesta política hacia el régimen dominante pero también como una reivindicación considerada lógica y legítima;¹⁰⁷ cuando, a partir de 1989 estas repúblicas se declaran «soberanas», hacen lo propio otras zonas de la Unión,¹⁰⁸ entre otras cosas porque este término no con-

tradice ni siquiera la propia Constitución soviética, y desde luego no pone en cuestión la unidad del Estado, sino que simplemente destaca los derechos de los pueblos que lo integran; cuando, por fin, a partir de 1990 pero sobre todo después del fallido golpe de agosto de 1991, los bálticos declaran la independencia de sus estados, las sociedades de muchas repúblicas no ven un inconveniente mayor en que sus dirigentes sigan los mismos pasos.¹⁰⁹ En un momento de desconcierto social intenso, la palabra «independencia» no implica otro contenido que el rechazo al modelo estatal imperante, sin que ello presuponga necesariamente, a ojos de gran parte de la sociedad, una ruptura definitiva de vínculos con el conjunto estatal precedente, ruptura muchas veces no deseada ni percibida en sus últimas consecuencias. Ello ayuda a explicarnos la ausencia de un movimiento popular fuerte que reivindique la integridad del Estado soviético, más allá de los movimientos nostálgicos rápidamente identificados con los golpistas de agosto y, por lo tanto, socialmente denostados, o de los solitarios llamamientos a la unidad de un Gorbachov encerrado en su palacio del Kremlin y desposeído de todo poder real entre agosto y diciembre de 1991; o también clarifica el amplio apoyo popular que recibió el proceso independentista ucraniano el 1 de diciembre de 1991.¹¹⁰

En conclusión, vemos que el proceso que llevó en su momento a la disolución de la Unión Soviética obedece a un conjunto complejo de motivos en el que la reivindicación nacionalista de la periferia (legítima, por otra parte) sólo es un factor más, e incluso mantiene un papel relativo según el momento y el lugar en que se presenta. Podríamos decir que los movimientos nacionalistas son un factor incluso menor ante la importancia que toman en el proceso tanto los movimientos políticos de unas élites periféricas deseosas de preservar sus privilegios como la propia desintegración social y política del Estado, a excepción sobre todo de los países bálticos; y, aun en estos casos, habría que puntualizar que la población rusófona de estas repúblicas participa del movimiento nacionalista en un espíritu de contestación política al centro parecido al que se produce en otros lugares de la Unión, no con el espíritu nacionalista consecuente y congruente que mueve a las poblaciones autóctonas, deseosas de romper amarras con Moscú de un modo definitivo.

No puedo dejar de mencionar otro factor que se relaciona con frecuencia con la desintegración del Estado soviético, especialmente en el interior de la sociedad rusa y entre sectores de la clase política e intelectual de este país. Desde posiciones a menudo nostálgicas y victimistas, se

atribuye tal proceso político a la presión exterior e, incluso, a un plan preconcebido de acoso y derribo de la potencia comunista y un posterior debilitamiento de Rusia para que no reemerja en su condición de potencia. Dicho posicionamiento obedece a la percepción de un concepto maquiavélico por parte de las potencias occidentales y, más concretamente, de Estados Unidos, para liquidar y controlar definitivamente al enemigo, en este caso la URSS. Si es cierto que por la propia dinámica de la guerra fría, agudizada a partir de 1979 tras la invasión soviética de Afganistán y con la posterior (1980) elección de Ronald Reagan a la presidencia de Estados Unidos, la competición entre ambas partes se hace insostenible para una economía más debilitada como es la soviética, y que de ello se resiente el propio proceso político y social de este país, también sería absurdo negar la existencia de sectores políticos en Estados Unidos y en Europa occidental que propusieron, incluso tras la disolución de la URSS, el sometimiento de Rusia como potencial peligro para la estabilidad global y para garantizar la supremacía de un orden mundial liderado por Estados Unidos y sus aliados.¹¹¹ Sin embargo no cabe hablar, como se hace con frecuencia en Rusia incluso desde tribunas periodísticas y políticas privilegiadas, de un plan sistemático, constante y homogéneo de la Administración norteamericana y sus adláteres para someter y humillar a Rusia en pro del mantenimiento del poderío hegemónico de Occidente. De ello da fe el proceso por el cual tanto Estados Unidos como el resto del mundo tardaron en reaccionar ante un proceso político, la desintegración de la URSS, que ni era deseado ni estaba previsto, y la prudencia que mostró la comunidad internacional al no reconocer la independencia de los estados bálticos hasta el fallido golpe de agosto de 1991, ni el resto de nuevos estados hasta que se constituye la Comunidad de Estados Independientes, en diciembre siguiente.

En Europa, en concreto, la proliferación de nuevos estados y el resurgimiento de los enfrentamientos étnicos fue vista con particular cautela, dado los sangrientos precedentes en el continente y la conflictividad potencial del área (temores que, en parte, se verían confirmados en los años siguientes al rebrotar la violencia nacionalista en los Balcanes y otras partes); desde el punto de vista jurídico, incluso se recurre con frecuencia al Acta de Helsinki y otros documentos similares para mantener la intangibilidad de las fronteras europeas.

La desaparición de la URSS dejaba un espacio abierto a un futuro incierto ante el cual el mundo y sus potencias tal vez no estuviesen pre-

parados; por otra parte, no debemos olvidar los intereses políticos y económicos de diferentes sectores, como las diversas industrias militares, interesados en mantener la estabilidad de la tensión propia de la guerra fría. De cualquier modo, este sentimiento de amenaza y derrota, ampliamente extendido en Rusia, no puede ser obviado a la hora de analizar las percepciones sociales rusas al respecto y sus implicaciones políticas.¹¹²

La Unión Soviética desaparece por procesos endógenos, en cuya formación participaron, a lo sumo, factores exógenos como la presión armamentística y política occidental que no permitieron un relajamiento del Estado cuando más lo necesitaba. A pesar de ello, y regresando a la pregunta inicial de este apartado, cabría preguntarnos si se produjo la desaparición de una potencia. En el sentido aceptado anteriormente, y que responde a la acepción más habitual del término «potencia», podríamos decir que, en efecto, ha desaparecido una potencia, puesto que este proceso ha dado lugar a la readaptación del sistema internacional y a la aparición de una estructura claramente hegemónica. Sin embargo, de las cenizas de la URSS surge otra forma estatal, la Federación Rusa, que tiene parte de las características propias de una potencia: en primer lugar, y por encima de todo, la Federación Rusa mantenía en sus primeros años la casi totalidad del arsenal atómico soviético, aunque este armamento se hallaba ya obsoleto con relación al estadounidense y, sobre todo, ya no podía permitirse nada similar a una carrera armamentística como la que había mantenido hasta mediados de los años ochenta. Pese a lo anterior, seguía siendo la primera potencia nuclear del mundo, con cerca de 40.000 cabezas nucleares, casi el doble que las que poseía Estados Unidos. En segundo lugar, la simple extensión territorial de la Federación Rusa, que sigue siendo el mayor Estado del mundo, le concede un estatuto especial como sujeto imprescindible en el orden mundial. En tercer lugar, y aunque ello debe definirse en los primeros años del nuevo recorrido de Rusia como Estado postsoviético, Rusia mantiene la capacidad potencial de mantener un área de influencia, ya sea sobre el espacio que ocupaba la URSS, ya sea sobre otras áreas geográficas. Pero esto forma parte del proceso de reconstrucción de Rusia como potencia, que presentaremos en el apartado siguiente. Podemos añadir que, si bien al desaparecer la Unión Soviética sucumbe con ella un modelo de potencia a escala mundial, con aptitud para enfrentarse o compararse a las otras potencias en cuanto a capacidad armamentística, carisma internacional e influencia política directa, en su lugar deja espacio para la for-

mación de una potencia regional o media, cuya capacidad militar sigue siendo respetable e incluso temible, y cuya estabilidad se hace necesaria para el equilibrio global.

Crisis en la identificación ruso-soviética

La época de la *perestroika* representa para Rusia un reencuentro consigo misma y, al mismo tiempo, un replanteamiento de su papel en el mundo. Por una parte, y en primer lugar, se revisa la identificación entre el universo soviético y la herencia rusa, lo cual lleva a un nivel reivindicativo de la identidad rusa frente a una realidad política que empieza a considerarse como hostil a sus intereses; por otra parte, esta realidad política, que supone *de facto* una continuidad con la tradición histórica e imperial de Rusia, abandona su capacidad no sólo de ejercer una influencia internacional, sino de sobrevivir como entidad, al haber perdido tanto su justificación nacional como la ideológica, y acaba desapareciendo en 1991.

La identificación entre el mundo ruso y el mundo soviético entra en crisis a medida que se acerca el fin del siglo xx. Hasta la época de Stalin era fácil justificar la predominancia rusa en el Estado revolucionario, no sólo por la tradición política del Estado imperial zarista, que coincide «geográficamente» con el Estado bolchevique, sino por la amplia mayoría demográfica de los rusos en el Estado soviético. La actitud revolucionaria de reconocer la personalidad y los derechos de los pueblos no rusos no representa ninguna amenaza para el mantenimiento de este carácter ruso, y por otra parte estos reconocimientos garantizan la coherencia ideológica de la nueva Administración revolucionaria. Incluso el hecho de reconocer la identidad nacional y la autonomía administrativa (y, con ellos, los derechos nacionales) de pueblos como el ucraniano y el bielorruso, que los rusos suelen considerar como variantes locales del propio patrimonio identitario, no supuso un mayor desgaste simbólico para que el pueblo ruso se sintiese culturalmente identificado con la nueva realidad política surgida entre 1917 y 1922; la forma constitucional del Estado federal, recogida tanto en la primera Constitución soviética de 1922 como en las posteriores de 1936 y 1977, no fue percibida como un atentado a la integridad del conjunto nacional ruso, a diferencia de lo que supusieron otros procesos descentralizadores en Occidente; simplemente,

la existencia de tres naciones «eslavas» se ve como una muestra más del carácter abierto, flexible y plural de la nueva realidad revolucionaria, y los tres pueblos debían participar, como por otra parte se considera que lo habían hecho tradicionalmente, en el nuevo proyecto estatal.¹¹³ De algún modo queda justificado que el ruso siga siendo la lengua de «comunicación entre los pueblos de la URSS», por razones de cohesión cultural y de predominio demográfico, y que la simbología cultural del Estado soviético siga siendo en esencia europea, eslava y rusa.¹¹⁴

Esta cosmogonía empieza a erosionarse por el proceso demográfico de los pueblos asiáticos a partir de mediados de siglo. En el censo de 1959 los rusos aún constituían el 54,9 % de la población soviética; con ucranianos y bielorrusos, alcanzaban el 77,2 % de la población del Estado.¹¹⁵ Pero a lo largo de los treinta años siguientes los pueblos asiáticos experimentaron un crecimiento espectacular, mientras que las poblaciones eslavas estancaban su demografía. De 1959 a 1989 los rusos crecieron un total del 26,6 %, y los ucranianos aún menos, un 19,4 %; los bielorrusos mantuvieron un nivel algo más alto, con un 29 %. Al lado de estas cifras hallamos crecimientos sorprendentes entre los pueblos tradicionalmente islámicos como los tayikos (202 %), uzbekos (178 %), uigures (176 %), kirguizes (160 %), karakalpakos (145 %), azerís (132 %), chechenos (129 %), kazakos (127 %), etc. En 1989 los rusos ya casi eran menos de la mitad de la población soviética, con el 50,8 %; entre los tres pueblos eslavos orientales constituían tan sólo el 69,8 % de la población del Estado. Por su parte, los uzbekos (5,8 % en 1989 ante el 2,9 % en 1959), el principal pueblo asiático, ya eran más numerosos que los bielorrusos (3,5 %, mientras que en 1959 eran el 3,8 %), y los kazakos (2,9 % en 1989, 1,7 % en 1959) estaban a punto de superarlos.¹¹⁶

Brezhnev ya había reaccionado a esta evolución demográfica acudiendo a una política de rusificación del Estado que sus predecesores no habían considerado necesaria, o que habían disimulado tras una pátina de «cosmopolitismo».¹¹⁷ En la época de la *perestroika*, sin embargo, Gorbachov busca la alianza de los sectores nacionalistas periféricos y vuelve a la idea original bolchevique del Estado multiétnico, favoreciendo así el acercamiento al poder de las minorías nacionales en detrimento de los rusos, bien asentados en el poder incluso en las repúblicas no rusas.¹¹⁸ Desde Rusia esta dinámica es percibida como una pérdida de peso político y simbólico.¹¹⁹ Rusia empezaba a ser considerada por los propios rusos ya no como el motor de la Unión Soviética, ni tan siquiera como un pueblo

que participa en el gran proyecto revolucionario, sino apenas como una nación oprimida por el Estado soviético.

CUADRO 6
Características identitarias y evolución de los pueblos titulares de las repúblicas de la URSS, 1959-1989

Grupo nacional	Tronco lingüístico	Religión tradicional	Población en 1959 (miles)	Población en 1989 (miles)
Rusos	Eslavo	Crist. ortodoxo	107.100 (54,9)*	145.100 (50,8)
Ucranianos	Eslavo	Crist. ort./cat.	37.000 (18,5)	44.100 (15,5)
Uzbekos	Turco	Islam sunita	6.000 (2,9)	16.700 (5,8)
Bielorrusos	Eslavo	Crist. ortodoxo	7.800 (3,8)	10.000 (3,5)
Kazakos	Turco	Islam sunita	3.600 (1,7)	8.100 (2,9)
Azeríes	Turco	Islam sun./ch.	2.900 (1,4)	6.800 (2,4)
Armenios	Indoeuropeo	Crist. oriental	2.800 (1,4)	4.600 (1,6)
Tayikos	Iránico	Islam sunita	1.400 (0,7)	4.200 (1,5)
Georgianos	Caucásico	Crist. ortodoxo	2.700 (1,3)	4.000 (1,4)
Moldavos	Románico	Crist. ortodoxo	2.200 (1,1)	3.400 (1,2)
Lituanos	Báltico	Crist. católico	2.300 (1,1)	3.100 (1,1)
Turkmenos	Turco	Islam sunita	1.000 (0,5)	2.700 (1)
Kirguises	Turco	Islam sunita	1.000 (0,5)	2.500 (0,9)
Letones	Báltico	Crist. luterano	1.400 (0,7)	1.500 (0,5)
Estonios	Fino-úgrico	Crist. luterano	900 (0,4)	1.000 (0,4)*

* Entre paréntesis, el porcentaje que representa cada pueblo en el conjunto de la URSS según cada censo.

FUENTES: M. P. Zhdanova y F. A. Timofeeval, *Chislesnost i sostav naseleñija SSR: po donnym Usesozjzpoi perepisi naseleñija 1959 i 1979 goda*, Finansy i statistika, Moscú, 1984, y S. White, *After Gorbachev*, Cambridge University Press, 1993, p. 145.

Cuando, a fines de los años ochenta se produce una oleada de nacionalismos por toda la Unión Soviética, la primera consecuencia de esta tendencia es una reacción antirrusa por parte de los pueblos periféricos, que ven en el centralismo de la URSS un modo de asimilarlos a la gran Rusia. Miles de rusos abandonan las ciudades del Cáucaso y de Asia central, y en general se percibe una sensación de hostilidad hacia todo lo que sea ruso. Ello genera una reacción de victimismo y de exaltación de lo propio en los medios rusos. Pronto en la propia Rusia se alza una corriente en cierto

modo equiparable a los nacionalismos periféricos, y que se concreta en la exigencia de la creación de instituciones políticas propiamente rusas.

Hasta aquel preciso momento, la RSFR no contaba con instituciones propias; del mismo modo que existía un partido comunista ucraniano, bielorruso, kazako, etc., todos ellos federados en el PCUS, no existía ningún partido comunista ruso; los comunistas de la RSFSR eran militantes directamente del PCUS tras el proceso de asimilación en que, con la Constitución de 1924, el Partido Comunista de la RSFSR quedó totalmente incorporado al PCUS, pero en cambio se respetaron las autonomías teóricas de las otras repúblicas por su condición minoritaria. Del mismo modo, no existía un Sóviet Supremo o Parlamento ruso, o el Sóviet Supremo de la URSS era el que legislaba sobre la RSFSR y tampoco existía un gobierno o una presidencia propiamente rusos, como tampoco una KGB, una Academia de Ciencias, etc., que se correspondiese con el ámbito territorial ruso. Ello reflejaba de algún modo la identificación entre la identidad rusa y la soviética que se propugnaba desde el Partido, y esta identidad ambigua era la que pretendía mantener Gorbachov. Sin embargo, entre 1988 y 1990 se forman dos corrientes antagónicas entre los militantes rusos del PCUS favorables a la creación de un partido autóctono que debería romper la asimetría del Partido: por una parte los comunistas ortodoxos, paradójicamente partidarios de invocar un espíritu patriótico que salvase a Rusia de la decadencia de la desideologización; por otra parte los liberales, liderados por Yeltsin, que desean alcanzar un vínculo confederal con los otros pueblos de la URSS. Estas dos corrientes, en principio enfrentadas entre sí, convergen no sólo en su enfrentamiento común con Gorbachov, sino en sus propuestas pragmáticas alrededor de la creación de instituciones propiamente rusas dentro de una futura URSS todavía unida.¹²⁰

En un importante pleno del Comité Central del Partido llevado a cabo en septiembre de 1989 Gorbachov se opuso frontalmente a la idea de crear un Partido Comunista Ruso, y propuso en cambio la formación de un Secretariado para la RSFSR dentro del PCUS. A pesar de estos esfuerzos, que acabarían cuajando provisionalmente, Gorbachov no pudo oponerse a la creación de instituciones administrativas propias para la RSFSR. Entre el 4 y el 18 de marzo de 1990 se celebraron las primeras elecciones al Sóviet Supremo ruso, dotadas de un cierto pluralismo siempre en el marco de candidaturas comunistas, y en ellas los reformistas obtuvieron buenos resultados. El 29 de mayo dicho Sóviet Supremo eligió como presidente, en la tercera vuelta, a Borís Yeltsin.

Los anhelos autonomistas de Yeltsin, contrapuestos a la voluntad unionista de Gorbachov, ya habían sido expresados antes de la recuperación de las instituciones rusas, en el contexto de las pugnas personales y políticas entre ambos líderes en el que Yeltsin intentaría consolidar un área de influencia propia en el ámbito territorial ruso. Pronto el nuevo líder se afianzó en la reivindicación de un trato igualitario entre todas las repúblicas rusas. En este contexto hay que enmarcar la declaración de soberanía rusa, aprobada por el Sóviet Supremo ruso el 11 de junio de 1990 por 907 votos a favor, sólo 13 en contra y 9 abstenciones. Debe tenerse en cuenta que la RSFSR fue la primera república que adoptó dicha declaración, a excepción de las bálticas;¹²¹ el contenido real de la misma radica básicamente en el interés de la república por hacer valer su legislación por encima de la soviética y, por lo tanto, en no someterse a la autoridad de la URSS y de Gorbachov. Así, no se trata tanto de una declaración soberanista en el sentido secesionista y de (re)construcción nacional que le habían dado las repúblicas bálticas, como de un regateo político con el centro, muy influido por el deterioro de la imagen de Gorbachov entre los sectores políticos de todas las tendencias. Gorbachov tampoco pudo evitar que el 21 de junio se creara un Partido Comunista de Rusia (*Rossiskaja*), liderado por el conservador Ivan Polozkov; a lo largo del mismo año también se constituyeron organizaciones sindicales, un *Komsomol* y una Academia de Ciencias propiamente rusos.

La llegada al poder de Yeltsin marca el momento en que Rusia inicia su camino irreversible hacia la independencia. El enfrentamiento con Gorbachov hace que el presidente ruso, que abandona el PCUS en el mes de julio siguiente, adopte una política independiente *de facto* de la URSS, con la aprobación de medidas radicales en el campo económico, como el «Plan de los 500 días» de Shatalín, en septiembre, o la introducción de la propiedad privada, en diciembre. Las flamantes instituciones rusas no se conforman con ser un complemento de la Administración soviética, como lo habían sido hasta ese momento todas las instituciones republicanas periféricas, sino que entran en un franco campo de competencia con el poder central, en la línea de las actitudes que habían tomado las autoridades periféricas más rebeldes, como las bálticas, inmersas ya en un claro proceso independentista.

Podría parecer paradójico hablar de un proceso de independencia de Rusia, habida cuenta del papel «imperial» que Rusia ha ejercido sobre la Unión Soviética desde antes incluso de su fundación, en 1922, papel que

hoy en día no es puesto en duda por ningún analista ni historiador responsable.¹²² Sin embargo, a partir de 1990 se produce un duelo político entre Gorbachov y Yeltsin en que este último juega con éxito la carta del nacionalismo ruso. Parece evidente que, en realidad, deberíamos hablar de una pugna personal o incluso de liderazgo que se enmascara con fuertes dosis de demagogia populista por parte de las nuevas clases políticas. El resultado, sin embargo, es el antagonismo entre dos concepciones del Estado que se reflejan en dos conceptos aparentemente incompatibles: el soviético y el nacional ruso. Por una parte, Gorbachov y las viejas élites defienden un Estado soviético en que, bajo una retórica revolucionaria (a estas alturas ajada) de igualdad entre los pueblos, la vieja estructura imperial rusa se mantiene a causa de la predominancia demográfica del pueblo ruso entre la *gran familia de pueblos* que representa la URSS, además de un incierto y escasamente definido carisma que ejercería la cultura rusa sobre sus circundantes; en este contexto las instituciones rusas serían innecesarias, ya que los intereses del pueblo ruso se verían garantizados por unas estructuras superiores, las soviéticas, en las que todos los pueblos se manifestarían libremente y en las que, en cualquier caso, los pueblos minoritarios sí necesitarían instituciones propias que potenciaran sus valores culturales y nacionales propios; el acervo espiritual del pueblo ruso, por otra parte (lengua, herencia histórica, continuidad del Estado ruso anterior, *espíritu* ruso con todo lo que ello supone de una cosmogonía y una visión político-cultural propias), quedaría asumido por la *supernación* soviética en todo aquello que pueda tener de revolucionario, excluyendo, por lo tanto, cualquier asomo de herencia burguesa, imperial o religiosa que la haría incompatible con los principios marxistas por un lado y con la hermandad de los pueblos por el otro.

En el frente opuesto, las nuevas clases políticas rusa, con Yeltsin al frente, pretendían romper este esquema asimétrico, en el que el pueblo ruso no cuenta con instituciones (ni, por lo tanto, con recursos *nacionales*) propias y en el que una superestructura estatal, en nombre de una supuesta igualdad entre las naciones, no sólo niega a Rusia su derecho a ejercer como Estado el control sobre las instituciones en que se ve sumida, sino la propia existencia institucional del pueblo ruso. En realidad nos hallamos ante un diálogo (o ante la ausencia del mismo) entre dos concepciones distintas acerca de cómo Rusia debe ejercer su influencia en el campo de la URSS. Yeltsin y su equipo se muestran solidarios con los procesos centrífugos que se están desarrollando a lo largo y ancho del

espacio soviético (especialmente con los bálticos), pero ello no es más que parte de una estrategia más ambiciosa por crear una situación en que las nuevas naciones, dotadas de nueva autonomía o independencia, se mantengan bajo la influencia de una Rusia renovada bajo una situación política no constreñidora.

Ambas percepciones del futuro de Rusia se enfrentaron a raíz de la independencia autoproclamada por las autoridades lituanas en marzo de 1990. Mientras Gorbachov, en tanto que máximo líder soviético, no estaba dispuesto a permitir el desarrollo de dicho proceso, Yeltsin le otorgó un apoyo absoluto y llegó a reconocer la independencia del país báltico precisamente cuando las autoridades federales estaban sometiendo a Lituania a un fuerte embargo energético. Del mismo modo, cuando en enero de 1991 agentes de las fuerzas especiales OMON intervinieron en Vilna y Riga para intentar tomar edificios emblemáticos de los gobiernos independentistas lituano y letón como las televisiones locales, Yeltsin condenó las intervenciones y manifestó su pésame por los 18 muertos ocasionados por estos hechos; Gorbachov, en cambio, tardó cerca de un mes en desvincularse de unas intervenciones armadas, en principio no asumidas por las autoridades centrales de Moscú. Cuando Gorbachov anunció un referéndum, el 17 de marzo de 1991, sobre la conservación de la URSS «en tanto que federación renovada de repúblicas iguales y soberanas», Yeltsin convocó un referéndum paralelo para aprobar la elección directa del cargo de presidente de la RSFSR. El referéndum de Gorbachov recibió un 71,3 % de votos favorables en Rusia, mientras que el de Yeltsin un 69,9 %.¹²³

El proceso de ruptura entre el centro y la periferia se agravó entre marzo y julio de 1991, y quedó cada vez más concretado en el duelo Yeltsin-Gorbachov. El residente del Kremlin, tras un aparatoso giro conservador y ungido ahora con el flamante cargo de presidente de la URSS, diseñó una nueva Unión de Repúblicas Soberanas en la que se integrarían voluntariamente las repúblicas soviéticas que así lo desearan, es decir, en principio las nueve repúblicas que habían participado en el referéndum de marzo. A pesar de ello, el debate seguía lejos de estar resuelto y era evidente que se situaba en la cuestión de fondo del modelo de Estado, o mejor dicho dos concepciones estatales radicalmente distintas e irreconciliables.

El intento de golpe de Estado de agosto de 1991 supuso el revulsivo que acabó de oponer los auténticos intereses de ambas concepciones

de Estado y las enfrentó en toda su esencia, o casi. Tras el fracaso de los golpistas, Gorbachov se vio metido en el intento frustrado, no tanto por su implicación personal, que podemos descartar, sino por la coincidencia entre los proyectos de los facciosos y la voluntad de Gorbachov de preservar un Estado y un modelo político en franca caída libre. El famoso «*chitaite!*» («¡lea!») con que Yeltsin obligó a Gorbachov a leer las implicaciones del PCUS en el golpe de Estado, ante la *Duma* y las cámaras de todo el mundo, supuso efectivamente la desaparición política de Gorbachov, que en pocos días pasó de ser un rehén en Crimea a un actor sin papel en la tragicomedia del desensamblaje de la URSS. Gorbachov fue víctima de su propio proyecto, de la utilización que del mismo hicieron los sectores más incontrolables del Partido y, desde luego, de la irreversibilidad del proceso de desintegración de un Estado, faltó en aquel momento de razones para seguir existiendo.

Yeltsin, sin embargo, también debió enfrentarse a sus propias contradicciones. Con el eclipse de Gorbachov y, con él, de cualquier institución soviética, la desaparición del Estado parecía asegurada. Yeltsin fue, sin duda alguna, uno de los principales responsables del inicio del proceso, pero a partir de agosto de 1991 parece que fue consciente de las graves consecuencias a que llevó su comportamiento político. Durante los días de la intentona de golpe las tres repúblicas bálticas proclamaron o restablecieron¹²⁴ sus independencias; este hecho, rápidamente reconocido por Rusia y por la comunidad internacional, estaba previsto dentro de los cambios inmediatos en el Estado y era perfectamente asumible incluso para la desahuciada Unión Soviética, incapaz de seguir oponiéndose a ello. Pero el proceso secesionista no había hecho más que empezar; el 23 de agosto, dos días después del final del intento de pronunciamiento, Ucrania proclamaba su independencia. Los días y las semanas siguientes casi todas las repúblicas soviéticas (todas, en realidad, excepto Rusia y Kazakstán) proclamaron igualmente su carácter de Estados independientes.

El nuevo curso de los acontecimientos iba más allá de la voluntad y de los intereses de Rusia. Con Gorbachov en un segundo plano, Yeltsin se yergue ahora en el defensor de los vínculos entre los pueblos que todavía constituyen la URSS. Para Yeltsin, y para amplios sectores liberales rusos, es evidente que la dinamitación incontrolada del Estado soviético atenta contra el futuro de Rusia en su propio entorno geográfico, puesto que no garantiza la continuidad de la influencia rusa ni el carácter de potencia del nuevo Estado ruso. En la periferia el proceso centrífugo

ha emprendido un camino irreversible y con un alcance imprevisible; en cualquier caso, no augura el mantenimiento de una posición privilegiada de Rusia en la esfera internacional.

El balón quedaba en el campo de Ucrania, o mejor dicho de su presidente, L. Kravchuk, que había convocado un referéndum para ratificar la independencia del país el uno de diciembre. A medida que se acercaba la fecha del referéndum aumentaba la preocupación de los sectores políticos e intelectuales rusos, así como las presiones sobre las autoridades de Kiev. Pero la consulta acabó celebrándose y se concedió a la secesión un apoyo más amplio del esperado: un 90,3 % de los sufragios apoyaron a la independencia ucraniana, y esta opción resultó mayoritaria incluso entre los sectores más reticentes, como los rusófonos o la región de Crimea.¹²⁵ La irreversibilidad de los hechos llamaba a un replanteamiento de las relaciones futuras entre las distintas repúblicas que surgieron de la Unión Soviética.

Con este espíritu, el 8 de diciembre se reúnen cerca de Minsk los presidentes ruso, B. Yeltsin, ucraniano, L. Kravchuk, y bielorruso, V. Shushkiévich, junto con sus primeros ministros. En dicha reunión estos líderes diseñan la creación de una Comunidad de Estados Independientes (CEI) que viene a sustituir, de algún modo, a la URSS. Pocos días más tarde estos presidentes se reúnen en Alma-Atá, la entonces capital de Kazakstán, con representantes de Asia central, el Cáucaso y Moldova. En total, once repúblicas (todas las soviéticas menos las bálticas y Georgia) constituyen la CEI el 21 de diciembre de 1991. El epílogo a este proceso de desintegración soviético lo escribe Gorbachov cuando, el día 25, dimite como presidente de la URSS sin nombrar sucesor. Este acto honorable, que sin duda evita un baño de sangre, supone la desaparición de la Unión Soviética y la independencia definitiva de Rusia y de todas las otras repúblicas que habían constituido la URSS.

La consolidación de una esfera de influencia

Tras los acontecimientos de agosto de 1991, que dan al traste con los proyectos de Gorbachov para rescatar y reconstruir algo parecido a la ya agónica Unión Soviética, la URSS debe enfrentarse al proceso irreversible de su disolución. No es una época propicia para reflexiones teóricas:

los acontecimientos simplemente se desencadenan sin control. Descalificado Gorbachov tras su papel ambiguo en los últimos meses previos al golpe e incluso durante el mismo, la presidencia de la URSS no gozaba de suficiente crédito como para defender su propio punto de vista; el Partido Comunista, el pilar principal de un Estado orgánicamente muy descentralizado, había sido prohibido en la mayoría de las repúblicas, y sus dirigentes estaban, en el mejor de los casos, sumidos en un discreto silencio; el ejército, supuesto garante tradicional de la integridad de los estados, apenas podía alzar la voz para desvincularse de los golpistas y de la memoria, cada vez más denostada, del experimento soviético. En Moscú el nuevo hombre fuerte era Borís Yeltsin, que como presidente de Rusia no podía hacer gran cosa para evitar una disgregación del Estado que más bien potenciaba al erigirse como contrapunto a las élites soviéticas anteriores sin pretender abarcar todo el territorio de la Unión. Los líderes de las repúblicas periféricas, por lo general miembros de los sectores más reaccionarios del Partido, se habían situado *mutatis mutandis* en primera fila de los movimientos nacionalistas que poco antes habían reprimido y las diversas sociedades, que en general jamás se habían cuestionado (ni se cuestionaban en aquel momento) la unidad *nacional* de la Unión Soviética, apoyaban un movimiento secesionista cuyas consecuencias no siempre son medidas, ante la urgencia de buscar soluciones al caos de esta última fase del experimento soviético. Ante la vorágine centrífuga, pocas son las voces que se hacen oír para resaltar su descontento hacia la desaparición de un Estado hasta entonces poderoso. Entre agosto y diciembre de 1991 no se produce una reacción política ni social significativa ante la inminencia de la desaparición del gigante soviético. Apenas algunos intelectuales rusos, encabezados por el conocido disidente A. Solzhenitsin, dan el grito de alarma ante la irreversibilidad del proceso que está viviendo el Estado. La atención se centra en el referéndum ucraniano del 1 de diciembre, que se considera con razón un punto de no retorno; tras una decisión popular, fue prácticamente imposible proponer el mantenimiento de la opción contraria a la elegida sin caer en acusaciones de autoritarismo y de desprecio de la opinión pública. En octubre Gorbachov lanzó una propuesta de «espacio común» que mantendría las instituciones de la URSS sobre las nueve repúblicas (todas menos las bálticas, Moldavia, Armenia y Georgia)¹²⁶ que hasta el verano anterior se habían mostrado dispuestas a conservar unos vínculos comunes. Sin embargo, el propio Yeltsin anunció que no acep-

taría más que una unión bancaria, y Kravchuk, el líder ucraniano, se negó rotundamente a la firma de cualquier tratado. Ya en el mes de noviembre, algunos políticos e intelectuales rusos de diversas tendencias tomaron conciencia de la necesidad de salvar *in extremis* la Unión y llamaron al voto negativo de los ucranianos. Significativamente, sin embargo, apenas hubo personalidades ucranianas que secundasen dicho movimiento.¹²⁷ Ello nos lleva a considerar el proceso de independencia de Ucrania y, por lo tanto, de disolución de la URSS como una dinámica fuera de control por parte de las autoridades soviéticas o rusas, desautorizadas por los acontecimientos políticos o incapaces de ofrecer una alternativa a la misma.

Sin embargo, el tiro de gracia a estos intentos de rescatar la Unión provino de Washington. El presidente Bush, que hasta el momento había mantenido, como el resto de la comunidad internacional, su sólido apoyo a Gorbachov, descalificando cualquier intento de secesión más allá del Báltico, declaraba el 27 de noviembre que estaba dispuesto a reconocer la independencia de Ucrania si ésta era la decisión del pueblo ucraniano. Además de confirmar la soledad en que se hallaba Gorbachov, la declaración de Bush reflejaba la buena disponibilidad de las potencias occidentales hacia los cambios geopolíticos que ya se presentían como algo inevitable.¹²⁸ Esta noticia fue recibida con tanto entusiasmo en Kiev como indignación en el Kremlin.¹²⁹

Los resultados, como hemos visto, dieron un apoyo masivo a la opción independentista y, con ello, un claro rechazo a cualquier posibilidad de mantener la unidad del Estado soviético. Ante la evidencia de los hechos, los líderes políticos de la todavía Unión Soviética se prepararon a asumir la nueva realidad, consistente en quince nuevas repúblicas que debían sustituir a una Unión moribunda. Partiendo de esta base, se hacía evidente para los principales partícipes en el proceso que había que proceder a la creación de algún ente que coordinara las funciones que todavía correspondían al Estado y que sirviera de marco para decidir el futuro de las mismas. No existía un acuerdo previo sobre las tres características básicas de este ente: a) su estatuto jurídico; b) sus competencias y c) su ámbito geográfico de actuación, pero sí había un acuerdo tácito que debía partir de una serie de mínimos, a saber: a) aceptar el hecho irreversible de que sus miembros son Estados independientes de pleno derecho, miembros por igual de la comunidad internacional; b) sustituir al Estado soviético en aquello que no haya sido asumido plenamente por los nue-

vos Estados; y c) a falta de una concreción geográfica, configurarse en torno a los tres Estados «nucleares» de la URSS, es decir, la Federación Rusa, Ucrania y Bielorrusia, reconvertida en su forma independiente como Belarús. En este contexto se reúnen el 8 de diciembre de 1991, como ya dijimos, los presidentes de Rusia, Ucrania y Belarús, y pocos días más tarde se constituye la Comunidad de Estados Independientes o CEI con la incorporación de las repúblicas asiáticas de la URSS.

Sin duda, las expectativas que ponen los diferentes participantes sobre la creación de la CEI varían ostensiblemente según las diversas perspectivas. Para Rusia, desde luego, la CEI debía ser el espacio natural donde ejercer su influencia internacional primaria; para las otras repúblicas, sometidas a un intenso proceso de construcción nacional que rechazaba cualquier tendencia centrípeta, la CEI era poco más que el notario que debía distribuir los bienes de la extinta URSS. Ello llevará a un grave problema identitario en la nueva institución internacional, que no es propiamente una Confederación de Estados ni una organización internacional, sino que queda en un ámbito intermedio de difícil clasificación a causa, sobre todo, de la indefinición de los líderes de los estados que la integran.

Desde el inicio de la restauración de la independencia en Rusia se planteó un problema básico alrededor de la cuestión de su propia supervivencia: ¿cuál debería ser el estatuto de Rusia en el nuevo contexto regional e internacional? O, dicho de otro modo, ¿el nuevo Estado ruso podría mantener el estatuto de potencia de la antigua URSS? Como hemos visto en el capítulo anterior, Rusia ha basado históricamente su existencia y supervivencia en su capacidad de crear y mantener una influencia sobre su entorno que le garantizaba cosas tan básicas (en sistemas internacionales anteriores) como tierras fértiles de cultivo, mares cálidos con puertos seguros y vías de comunicación permanentes con los grandes mercados internacionales. Las nuevas fronteras surgidas en 1991 hacían retroceder las fronteras rusas prácticamente al punto donde se hallaban tres siglos y medio atrás, cuando Rusia vivía condenada a la autarquía y al aislamiento. No sólo eso, sino que Rusia perdía amplios territorios donde había asentado su propio concepto de nación, de «tierra propia». Topónimos como Tblisi, Tashkent, Riga y, sobre todo, Kiev y Minsk formaban parte del patrimonio cultural e histórico propio, para la conciencia nacional rusa, tanto como Moscú, Suzdal o Novgórod. La independencia de Belarús y Ucrania era lo que resultaba más absurdo para la

opinión pública rusa y para gran parte de la clase política e intelectual del nuevo Estado ruso. Para extensos sectores de la sociedad rusa no se trataba de restaurar la unidad de los pueblos de la antigua Unión Soviética, sino de limitar el alcance de una farsa política que, en nombre de las nuevas élites, había llevado al desmembramiento de un único pueblo.

En cualquier caso, la existencia del nuevo Estado ruso se plantea con diversas prioridades tendentes a reconstruir la potencia y la grandeza rusas: a) reconstrucción de Rusia, sometida a una fuerte desestructuración política, social y económica tras el caos de los últimos años de comunismo y de la *perestroika*; b) reconstrucción del primer círculo de influencia de la nación rusa, constituido por el ámbito geográfico de la extinta Unión Soviética; c) restauración del carácter de potencia internacional que corresponde tradicionalmente a Rusia, tanto en el sistema internacional como en los ámbitos regionales donde Rusia ha ejercido siempre una influencia, en especial Europa central y oriental. Precisamente en esta última faceta, la de potencia internacional, Rusia aspiraba, de forma ideal, a restaurar su papel protagonista en la esfera política mundial.¹³⁰

Los dos procesos principales, la reconstrucción del Estado ruso y la restauración de un área de influencia directa, se plantean de un modo paralelo y, de hecho, se sustentan mutuamente. En realidad, los políticos rusos confiaban en que la nueva situación llevara a una recuperación de la economía gracias al surgimiento de una nueva economía capitalista, un nuevo ambiente internacional de confianza y la llegada de inversiones extranjeras. Esta recuperación económica debería mantener los vínculos existentes con las nuevas repúblicas independientes que, sometidas a un proceso de transformaciones más profundas a causa de la necesidad de crear nuevas estructuras estatales, mantendrían todavía por mucho tiempo fuertes vínculos de dependencia con su antiguo centro político. Al mismo tiempo, estos vínculos privilegiados con los países del entorno garantizarían el acceso directo a sus recursos y mercados, lo cual contribuiría a mantener la potencia y superioridad de Rusia sobre su entorno. En cualquier caso, siempre según este esquema ideal de los primeros momentos de la independencia rusa, la unidad del espacio ex soviético vendría garantizada no sólo por la existencia de infraestructuras económicas, energéticas, viarias, etc., creadas por el Estado soviético y difíciles de sustituir,¹³¹ sino también por un sentimiento colectivo, una necesidad espiritual compartida que hace inimaginable la desunión de este bloque de

pueblos heterogéneo, pero con una visión afín del mundo. Estos argumentos pragmáticos y simbólicos hacen necesaria e inevitable la existencia de unos vínculos institucionales fuertes establecidos por el nuevo organismo que sucede a la URSS, es decir, la CEI.

Los primeros pasos de la CEI como organización regional del espacio de influencia de Rusia

Esta visión del futuro de la CEI, sin embargo, chocó pronto con dos factores no suficientemente valorados en su momento. En primer lugar, la crisis económica y social de Rusia (y de las otras repúblicas de la CEI) fue mucho más grave de lo que se creía, y no halló una fácil solución en la apertura de mercados al exterior ni en la liberalización de la economía; Rusia no consigue crear un modelo atractivo para las otras repúblicas y, al contrario, sigue arrastrando muchos de los déficit estructurales (corrupción del poder y de los actores económicos, autoritarismo político, falta de un sistema administrativo flexible y eficaz) que hicieron desconfiar en su momento a las sociedades periféricas de cualquier continuidad de la antigua URSS. En segundo lugar, los nuevos estados se enfrentan a un proceso de restauración nacional profundo que pasa por la decidida construcción de todas las infraestructuras estatales de que están carentes; por lo tanto, el proceso centrífugo de estas nuevas entidades no se frena con las independencias de 1991, sino que se prolonga durante los años siguientes, en detrimento de todos los intentos que, desde Rusia, pretenden mantener la cohesión de los diferentes países.

Este proceso se hace evidente con los primeros intentos de dar contenido a la CEI. Tanto en las primeras cumbres de jefes de Estado en Minsk (30 de diciembre de 1991 y 14 de febrero de 1992), Kiev (20 de marzo de 1992), Tashkent (15 de mayo de 1992), Moscú (6 de julio de 1992), Bishkek (9 de octubre de 1992), etc.,¹³² como en las reuniones periódicas de la Comunidad, se enfrentaron dos concepciones claramente diferenciadas sobre cuál debía ser el futuro de la organización: mientras que Rusia estaba interesada en el mantenimiento de una unión aduanera, monetaria, militar, etc., y de una fuerte institucionalización de la CEI alrededor de una sede permanente y de una presidencia con amplios poderes, otras repúblicas manifestaron una escasa receptividad a esta concepción de la or-

ganización. Al frente de los países rebeldes encontramos casi siempre a la Ucrania de Kravchuk, en pleno proceso de cohesión de su independencia y de conversión al atlantismo de sus élites políticas, y que ya había capitaneado el proceso de disolución de la URSS en 1991.¹³³ Otros países reacios al reforzamiento de la CEI, por razones diversas, son Moldova, Azerbaiyán y Uzbekistán, mientras que Kazakstán, Armenia y Tayikistán constituyen el bloque más partidario de la centralización del poder alrededor de Rusia, y Belarús, Turkmenistán y Kirguistán mantienen una postura ambivalente en este período.¹³⁴

El debate más agrio y, al mismo tiempo, más lleno de contenido que se produce durante los primeros meses de existencia de la CEI es el relativo a la existencia de una defensa común. Aunque en la cumbre de febrero de 1992 en Minsk se acuerda la estructuración e incluso la financiación de unas fuerzas armadas conjuntas y se llega a nombrar un comandante en jefe en la persona del mariscal ruso E. Shapóishnikov, Ucrania, Moldova y Azerbaiyán rechazan el principio de una defensa unificada.¹³⁵ Más adelante las discusiones girarían alrededor del control sobre las fuerzas estratégicas, es decir, del armamento nuclear de distintos estados de la CEI (Rusia, Ucrania, Belarús y Kazakstán), y que Ucrania se niega a dejar exclusivamente en manos de Rusia. Ucrania y otros países también boicotean la creación de una unión monetaria, de una Asamblea interparlamentaria (15 de septiembre de 1992), de una Constitución de la CEI (13 de noviembre de 1992), etc. En febrero de 1993 fracasa definitivamente el intento de crear una carta constitucional de la CEI. Como contrapartida, en este período se acuerda la creación de unas fuerzas de interposición conjuntas con capacidad de intervenir en los numerosos conflictos que en aquel momento asolan el territorio de la CEI (Tayikistán, Nagorno-Karabaj, Transdniéster, etc.). En la práctica, estas fuerzas de interposición quedarían bajo control de los mandos y estructuras militares rusos.

En definitiva, se detecta un gran fracaso en la política rusa al tratar de crear un área de influencia directa. Mientras la prensa y la clase política rusas todavía hablan del concepto de «extranjero próximo» para referirse a los países que han de formar este primer círculo de influencia internacional (concepto que, por otro lado, también incluye a los países bálticos), la realidad política aleja cada vez más a estos países de cualquier dependencia con relación a Moscú. Incluso en los países de Asia central, económicamente dependientes de Rusia, la formación de nuevas élites nacionales conlleva la creación de estructuras políticas propias dis-

tanciadas cada vez más de los proyectos rusos. De este modo, los nuevos Estados no sólo emprenden una política decidida de «nacionalizar» sus administraciones, erradicando, como ya se ha detallado, los contenidos identitariamente rusos de la administración y de la educación, sino que inician una política exterior tendente a reforzar los vínculos tradicionales de los pueblos de Asia central con Turquía, Irán y, en general, con el mundo islámico. Como fruto de estas políticas, los gobiernos de Uzbekistán, Kazakstán, Azerbaiyán, Turkmenistán, Kirguistán y Tayikistán hacen ingresar a sus países entre 1992 y 1993 tanto en la Organización de Cooperación Económica (OCE)¹³⁶ como en la Organización de la Conferencia Islámica (OCI).¹³⁷

A pesar del arduo camino que debe emprender la CEI en su consolidación y de la poca disposición de sus miembros a reforzar la organización, a partir de 1993 se producen algunos avances. Así, en septiembre de dicho año los países miembros de la Comunidad firman un Tratado de Unión Económica que se ve confirmado por el inicio, en abril de 1994, de un Acuerdo sobre la constitución de una zona de libre comercio (aunque su falta de ejecución práctica sería una de las causas de las crisis posteriores), y al final del mismo año se crea el primer organismo con vocación supraestatal de la CEI, el Comité Económico Interestatal (MEK en sus siglas rusas).¹³⁸

En definitiva, existe una escasa capacidad por parte de Rusia para cohesionar lo que se supone que debería ser su área principal de actuación o su área de influencia inmediata, el espacio de la antigua URSS. Ello se puede achacar, sobre todo, a la lenta recuperación de la economía rusa y al proceso de construcción nacional que viven las otras repúblicas. Sería demasiado arriesgado hablar de la interferencia de otras potencias en el área, aunque sí ha habido, como se dijo en el capítulo anterior, cierta competencia por el ejercicio de la influencia en Asia central o en el Cáucaso,¹³⁹ pero no podemos obviar cierta sensación de resentimiento y animadversión hacia Rusia que han acompañado a los procesos de cohesión nacional de estos países. Rusia no ha sido, en muchos casos, la opción más atractiva, pero sí la que «correspondía» a los países de la CEI, dado el acuerdo tácito de la comunidad internacional de respetar los intereses rusos en la zona, y las posibilidades de escapar a esta influencia han sido y son escasas, aunque, mientras no ha sido imprescindible, los países de la CEI se han resistido a reforzar sus vínculos con Rusia tanto como les ha sido posible.

Este momento feliz de la política exterior rusa finalizó de un modo drástico y dramático en diciembre de 1994. Yeltsin pretendió aprovechar la relativa estabilidad social y económica del país y su peso internacional para poner fin a una situación anómala en su territorio, como es la rebelión abierta que presenta desde 1991 una región del Cáucaso norte: Chechenia. Pero la operación militar para retomar el control de dicha región tendrá un coste elevadísimo para Rusia: entre otros aspectos peligrará su prestigio internacional, que quedará gravemente mermado en los meses siguientes.

¿Rusia renace como Estado o como potencia?

La reconstitución de Rusia abre un panorama de incertidumbre sobre su propia naturaleza estatal. Sin lugar a dudas, el nuevo Estado surge con voluntad de congraciarse con su propio pasado, especialmente en lo que concierne al papel opresor que tuvo la Unión Soviética hacia sus ciudadanos y los pueblos que la componían. Y nace también con la voluntad de dotar al pueblo ruso, a la nación (*natsiia*) rusa de unas instituciones propias no tanto porque no pudieran ser compartidas con otros pueblos (Rusia está habituada a compartir su territorio e incluso su identificación nacional con otras naciones más o menos asimilables) sino para que los rusos puedan identificarse plenamente con su Estado, resultando de ello un movimiento nacional paradójico en que los rusos combaten el Estado que, en principio, lideran y al que dan su propia entidad nacional. Ambas posiciones, la reconciliación con los pueblos vecinos y la vocación de construir una entidad política soberana propia, llevaron a la participación plena de Rusia en el proceso que acabó con la URSS. A este movimiento, desde luego, contribuyeron también las dinámicas nacionales periféricas centrífugas, pero sobre todo un proceso de descomposición económico y político que hacía insostenible el mantenimiento del Estado soviético, muy particularmente a partir de agosto de 1991. La deconstrucción soviética se presenta, pues, como un divorcio múltiple de mutuo acuerdo en que todas las partes, a excepción de unos débiles y desprestigiados representantes del viejo orden, están de acuerdo en dar certificado de defunción a una realidad política que, en aquel momento, aparentemente no representaba ninguna proyección nacional ni ningún interés colectivo.

Sin embargo, la desaparición de la Unión Soviética ha supuesto un difícil acomodamiento a la nueva realidad política. Por un lado, la prolongación y el empeoramiento de la crisis en Rusia y las otras repúblicas han hecho recapacitar en profundidad a sus ciudadanos y a sus clases políticas sobre lo acertado del proceso emprendido. Por otro lado, las nuevas realidades estatales comprendían una buena dosis de construcción nacional que tal vez se había dado por concluida con demasiada precipitación.¹⁴⁰ Al fin y al cabo, las nuevas realidades nacionales obedecían principalmente a unas estructuras administrativas con connotaciones identitarias diseñadas por la ahora denostada Unión Soviética, así, resultaba paradójico tener que jurar fidelidad a unos entes hasta cierto punto artificiales, hijos de la arbitrariedad tiránica del viejo régimen. Ello resulta evidente en casos como los de Asia central, donde funcionan nuevas naciones que obedecen a unos criterios filológicos y comunitarios¹⁴¹ diseñados esencialmente desde las academias rusas y europeas.

Pero la nueva situación no resulta menos vejatoria e incomprensible para el pueblo ruso, que observa que no sólo debe prescindir de un imperio trabajosamente logrado durante siglos, lo que, en esta cualificación, podría ser aceptado por un pueblo deseoso de romper con un pasado caracterizado por la opresión y de incorporarse a la modernidad de las naciones civilizadas, sino que inopinadamente advierte que sectores de lo que considera su propia patria se desgajan del tronco nacional principal para constituir naciones que hasta poco antes sólo formaban parte de un imaginario utópico o romántico sin apariencia de realidad política y mucho menos de apoyo popular o de fundamento identitario. La humillación de la atomización nacional es lo que los rusos percibirán como la máxima expresión de una derrota sin batallas, de su sumisión a la corrupción de una camarilla mafiosa y a los intereses extranjeros. De la pérdida, en definitiva, de capacidad del pueblo ruso para dirigir su destino, de poder intervenir en las decisiones sobre su propio país y, tal como habían hecho durante largo tiempo, de poder intervenir en las decisiones de su entorno geográfico, así como en las decisiones mundiales, aspectos ambos que no parecen muy lejanos en el imaginario político ruso.

La creación de una comunidad de naciones cuya dinámica girase alrededor de Rusia debía ser un paso adelante, la compensación de algún modo a Rusia por su pérdida o el punto intermedio que debía reunir las aspiraciones de aquellos que deseaban la cohesión del propio Estado nacional con los que deseaban mantener la mayor compenetración posible del

antiguo espacio soviético. Sin embargo, la realidad ha ido por caminos muy diferentes, privando a Rusia de la posibilidad de una esfera de poder directo sobre esta supuesta área de influencia. Los elementos que contribuyeron al proceso disgregador de la CEI son varios: en primer lugar, la dinámica nacionalizadora propia del proceso de cohesión nacional de los nuevos estados; en segundo lugar, la incapacidad de Rusia, inmersa en una grave crisis sin rápida solución, para crear un foco atractivo que consolide este radio de acción; por último, no debemos olvidar que las nuevas élites de estos estados provienen del antiguo PCUS casi en su totalidad, que en muchas ocasiones se han sumado al carro independentista huyendo de la justicia que en Moscú persiguió a los comunistas tras el golpe de agosto y están interesados en afianzar una esfera propia de poder, en general corrupta y autoritaria, en lo que había sido la periferia soviética.

Ante esta dinámica poco propicia a asegurar la continuidad de la influencia rusa en el antiguo marco estatal de la URSS, que por otra parte sigue siendo el marco nacional para muchos rusos, no son muchas las dinámicas que colaboran para favorecer esta tendencia. El Kremlin, como hemos visto, está demasiado debilitado para imponer su propio diseño internacional. Las élites de las nuevas repúblicas, incluidas las rusófonas, están inmersas en el proceso de cohesión nacional que viven dichos estados. Por otra parte, las poblaciones rusófonas que habitan fuera de Rusia, convertidas en minorías nacionales cuando poco antes eran poblaciones privilegiadas por su identificación con el Estado soviético, tienden a emigrar, particularmente las que habitan en el Cáucaso y Asia central, mientras que en Ucrania y Belarús participan plenamente de la vida política del país y en el Báltico sufren una discriminación legal que las aparta del poder. En ningún caso, sin embargo, las minorías rusas crearán un grupo de presión para la mayor cohesión de la CEI, más de lo que lo pueden hacer (pero raramente hacen, excepto en Belarús y, parcialmente, en Ucrania) las propias poblaciones autóctonas. El único factor que presiona y logra mantener una endeble cohesión del espacio ex soviético alrededor de Rusia es la presión internacional, o más bien el interés de las grandes potencias en mantener un área de poder e influencia de Rusia sobre su periferia exterior y, con ello, lograr una cohesión regional que por una parte garantice la estabilidad de esta zona del planeta y, por la otra, no añada nuevos agravios sobre una Rusia resentida con unas potencias a las que achaca sus múltiples desgracias. Las nuevas repúblicas, arruinadas y en gran medida desorientadas, ven frustradas sus intenciones de encon-

trar nuevas influencias que garanticen el futuro bienestar y consolidación de sus sociedades, así como la posibilidad de restablecer lazos regionales tradicionales; el consenso internacional, en gran medida impuesto desde las potencias occidentales, diseña el mapa regional con el centro en Rusia y con una periferia que, a pesar de la debilidad de ese centro, permanecerá sin alternativas, forzada a recurrir a esta influencia a menudo no deseada. Rusia verá, pues, lentamente restablecida su influencia gracias a un consenso internacional que, sin embargo, siente a menudo como algo impuesto, lo que no está nada alejado de la realidad; así lo demuestran los límites impuestos al mantenimiento de dicha influencia, sobre todo la presencia rusa en el Báltico.

4. La consolidación de la Unión Europea con relación a la reconstrucción de Rusia, 1991-1994

Una Europa en transición ante una Rusia en mutación

Si algo ha caracterizado a la Europa institucionalizada en el período 1990-2000 ha sido su voluntad de transformación: inicia la década como una organización básicamente económica en la que doce países apenas intentan coordinar algunos aspectos de sus diplomacias, y llega al nuevo milenio con quince miembros y trece más que están ansiosos por añadirse a ellos, que han unificado parte de sus políticas exteriores y están a punto de abordar una política común de seguridad y defensa, además de haber logrado un acuerdo para una unión monetaria que regirá la economía de casi todos ellos y de haber reforzado sus instituciones para cohesionar las políticas compartidas. Los cambios vividos por la Europa comunitaria en la década de los noventa obedecen a varios factores, tanto internos como externos; entre los internos cabe destacar:

- a) el fin de los obstáculos británicos, determinantes durante los gobiernos de Margaret Thatcher, que fue relevada del poder en 1991;
- b) el buen funcionamiento de las reformas impulsadas por el Acta Única Europea de 1987;
- c) la necesidad de acompañar de mecanismos políticos una integración económica y aduanera que se muestra como un proceso irreversible y cada vez más acelerado;
- d) el resultado altamente positivo de la ampliación comunitaria de 1986 a España y Portugal y, más directamente;
- e) la necesidad de profundizar en la coordinación entre los gobiernos de los estados miembros y las instituciones europeas en un

mecanismo cada vez más eficaz pero al mismo tiempo cada vez más complejo.¹⁴²

Todo ello responde a los llamamientos insistentes de varias instituciones comunitarias, muy especialmente el Parlamento y la Comisión, así como otras voces autorizadas de las comunidades, como pueden ser líderes y parlamentos nacionales, en el sentido de incidir en la personalidad política y, por ende, defensiva de los organismos europeos.

A pesar de la importancia innegable de estos factores endógenos, el auténtico motor de las transformaciones vividas en Europa oriental hay que buscarlo en los estímulos exógenos, llegados por la nueva realidad internacional que se origina tras la caída del muro de Berlín, en 1989. Podemos resumirlos en los siguientes apartados:

- a) la desaparición, ya en 1989, de un bloque antagónico en las mismas fronteras de las comunidades, lo que no tendría su confirmación jurídica hasta la disolución del Tratado de Varsovia y del CAME, a finales de junio y principios de julio de 1991;
- b) la reunificación alemana, en octubre de 1990, que conlleva un nuevo reequilibrio del poder entre los países comunitarios, a la par que promueve una reconsideración del papel de Alemania como «potencia vencida», en inferioridad de condiciones, que arrastra desde 1945;
- c) la aparición de un nuevo escenario estratégico global al disolverse el Pacto de Varsovia y, con ello, desaparecer la bipolaridad de la guerra fría, lo que permite establecer un nuevo marco de relaciones con el tradicional garante de la seguridad europea, Estados Unidos y reconsiderar la problemática de la misma;
- d) la aparición de una nueva problemática internacional en Oriente Medio, con la invasión de Kuwait por Irak en agosto de 1990 y la consiguiente desviación de la tensión y la atención internacionales fuera del marco europeo;
- e) el surgimiento de un período de incertidumbre en el centro y el este de Europa tras la caída de los regímenes comunistas, lo que llevará a varias consecuencias importantes en la periferia inmediata de las comunidades:
 - la reestructuración del mapa europeo, con la reunificación alemana de 1990, la desaparición de antiguos estados (URSS,

Yugoslavia, Checoslovaquia) entre 1991 y 1993 y la aparición de hasta veintiún estados nuevos en su lugar;

- la reanudación de la confrontación étnica, especialmente en los Balcanes y otras áreas de Europa oriental, lo que da lugar a serios enfrentamientos, al resurgimiento de actitudes y legislaciones discriminatorias en algunos casos y a nuevos enfrentamientos entre Estados;
- la reaparición, tras cuarenta y seis años de ausencia, de la guerra en Europa, concretamente en la antigua Yugoslavia, con sus aspectos de mayor crudeza en Croacia, Bosnia y Herzegovina y, en diferentes episodios de desigual intensidad, en Kosovo;
- la tendencia creciente, en los estados de Europa central y oriental, a solicitar su integración en las instituciones occidentales, concretamente la Unión Europea y la Alianza Atlántica, lo que crea una nueva área de expansión para dichas instituciones.

Vemos, por lo tanto, que entre los años 1989 y 1991 el escenario cambia en tal medida que afecta de modo directo no sólo al funcionamiento de los estados eurooccidentales y sus instituciones regionales, sino a la planificación sobre el futuro de los mismos. Quisiera destacar, para los fines de este trabajo, dos hechos fundamentales de este período de transformaciones institucionales y del proceso que le seguirá: a) como hemos visto en la relación pormenorizada en los apartados anteriores, la evolución de la Unión Soviética, de su área de influencia y de sus estados sucesores a partir de 1991 será uno de los elementos decisivos en el camino de reformas emprendidas por las instituciones comunitarias; b) el proceso de reformas iniciado por las instituciones europeas tras la caída del muro de Berlín será planificado, pactado, regulado, corregido y complementado durante un período que superará la década y llegará a nuestros días, en un proceso complejo que dificultará el avance de las reformas emprendidas, pero al mismo tiempo garantizará una amplia participación internacional, institucional e incluso popular en el proceso realizado. Sobre estos dos aspectos, la incidencia de la evolución política, económica y social en Europa oriental sobre el proceso institucional europeo, y la complejidad endógena del propio proceso, dedicaremos una atención especial.

Antes de la desaparición de la URSS, las instituciones comunitarias ya habían centrado su atención en la debilidad de su vecino oriental. En

este sentido, cabe remarcar la posición de acercamiento y comprensión hacia la Unión Soviética que llevaron a término los líderes europeos que en los años ochenta protagonizaron el reforzamiento de las instituciones europeas y del espíritu de construcción europea, los dirigentes francés y alemán F. Mitterrand y H. Kohl, respectivamente. Ello contrasta con la política agresiva y de confrontación del presidente estadounidense R. Reagan y, a su socaire, de la primera ministra británica M. Thatcher, caracterizada igualmente por su fuerte talante antieuropeo. De este modo, a mediados de los años ochenta y muy especialmente tras la llegada al poder de M. Gorbachov (1985) podemos distinguir claramente, por una parte, una actitud constructiva en el marco europeo y dialogante en un contexto bipolar, encarnado por un eje franco-alemán al que más tarde se añadirán otros actores relevantes como el presidente del gobierno español F. González. Frente a este eje con el que se vinculará inmediatamente una postura de avance en el refuerzo institucional europeo, la posición contraria al entendimiento con la URSS tomará un matiz extraeuropeo, en el caso norteamericano, o incluso antieuropeo, en el caso británico. Cabría matizar que, en una tendencia que por otra parte es característica de la guerra fría, en ese frente europeo no podemos hablar de una auténtica ruptura en el bando atlántico, y sí, más bien, de fisuras en un bloque homogéneo; recordemos a la sazón, por ejemplo, el apoyo de Bonn al despliegue de los misiles *Cruise* y *Pershing* durante la crisis de los euro-misiles, a principios de los ochenta, y señalemos que ni siquiera Francia en los momentos más álgidos de la distensión gaullista de los años sesenta polemizó acerca de su adhesión última a un bloque occidental antagonico del comunismo soviético, claro adversario de las opciones políticas conservadoras de Europa occidental. Simplemente se percibe, y ello es lo que cabe destacar en el contexto de este trabajo, una íntima vinculación entre la voluntad de construcción de una unidad política europea expansiva, por una parte, y una vocación de estabilidad en materia de seguridad con la URSS, vinculación que tendrá una mayor concreción tras la caída del muro de Berlín. Todo ello dará lugar, en la posguerra fría, a la creación de un eje informal París-Berlín-Moscú que a veces ejercerá presiones sobre la hegemonía estadounidense.¹⁴³

Tras los acontecimientos acaecidos en Europa central y oriental a lo largo de 1989, se adivinaron rápidamente dos consecuencias políticas de profundo calado. En primer lugar, la desideologización de los gobiernos en los estados que experimentaron dichos cambios (Polonia,

Hungría, RDA, Checoslovaquia, Bulgaria y Rumanía) comportaba ineluctablemente el distanciamiento de dichos países respecto a su eje estratégico, lo que llevaba a una grave incertidumbre acerca del futuro de la región, especialmente habida cuenta que los nuevos líderes e incluso el conjunto de las sociedades de dichos países reclamaban con urgencia cambios en su alineamiento ideológico. La segunda consecuencia política de efectos inmediatos tenía lugar en la RDA, el Estado en que se habían escenificado los aspectos más espectaculares de los hechos de 1989, y cuya propia existencia simbolizaba al mismo tiempo la división de Europa y la imposición de la voluntad de las potencias extraeuropeas. La lógica histórica de dichos acontecimientos, y en realidad la culminación de un proceso iniciado cuarenta y cinco años antes, llevaba a una integración de la RDA con su vecino, anterior rival y actual vencedor de una guerra sin batallas, la República Federal de Alemania. Pero ello suponía una peligrosa ruptura de un equilibrio costosamente alcanzado en el contexto europeo, y la Unión Soviética, aunque hubiera consentido y hasta cierto punto promovido los cambios acaecidos, no podía por menos que percibir un trauma en lo que significaba su primera retirada estratégica desde la segunda guerra mundial. Aunque la URSS se hallaba inmersa en una grave crisis económica y política y su futuro se vislumbraba incierto, formalmente el bloque constituido a su alrededor y articulado en torno al CAME y al Pacto de Varsovia seguía existiendo, y un ejército de decenas de miles de soldados soviéticos permanecía acantonado en Alemania Oriental. Por otra parte, la intangibilidad de las fronteras alemanas y europeas, sellada especialmente por el Tratado Interalemán de 1973 y por el Acta Final de Helsinki de 1975, se había erigido en un principio fundamental cuya transgresión era temida por varios actores, tanto al este como al oeste del Telón de Acero, que veían en la corrección del mapa europeo, por leve y legítima que ésta fuera, una caja de Pandora de efectos imprevisibles; como sabemos, en gran medida la historia habría de dar la razón a este vaticinio agorero, si bien no sería justo atribuir las calamidades consiguientes a una sola causa puntual como es la reunificación alemana, fruto por otra parte de la presión popular además de los intereses políticos de las élites.¹⁴⁴ Aunque rápida (en menos de un año, entre noviembre de 1989 y octubre de 1990, se completó todo el proceso que llevó a la desaparición de la RDA), la reunificación alemana no dejó de acarrear serios problema de fondo, entre los cuales cabe destacar la re-

nuncia territorial a que tuvo que acomodarse el bloque oriental; o, tal vez de un modo más acertado, la revisión de fronteras entre bloques: la absorción de un Estado del este dentro de otro del oeste evitaba situaciones engorrosas, como el hecho de ver como un Estado antiguamente aliado de la URSS ingresaba en el bloque todavía adversario, pero no podía ocultar el hecho objetivo de que la Alianza Atlántica llegaba, a partir de ese momento, a los ríos Oder y Neisse, acogiendo dentro de sus límites a miles de soldados soviéticos que todavía no habían sido devueltos a su hogar.

Por otro lado, la reunificación alemana anticipa en gran manera las evoluciones que experimentarán en los años venideros tanto la URSS como Europa occidental. Si la primera seguirá retrayéndose sobre sí misma hasta verse cercenada en su propio territorio, en Occidente se iniciará un proceso de reafirmación política en que destaca una Alemania reconstituida y crecida en sí misma en su nuevo papel de potencia y de líder regional; liderazgo, por supuesto, mancomunado con otros estados y con las instituciones europeas. Sin embargo, la precipitación de los acontecimientos que, sobre todo a partir de 1991, dejan a la Unión Soviética ante la inevitabilidad de su disolución y la parálisis institucional en que se ve sumida la Unión Europea a raíz, paradójicamente, del gran salto adelante que supone la renovación de Maastricht, dejan un vacío enorme en Europa central y oriental entre un espacio que ha abandonado *volens nolens* la extinta Unión Soviética y aquel que, por prudencia y falta de medios institucionales, todavía no ha alcanzado a ocupar la recién (re)creada Unión Europea. Y al hablar de espacio vacío debemos entender no sólo un concepto territorial, es decir, los países de Europa central y oriental, huérfanos de liderazgo, que reclaman un patronazgo en medio de una incierta transición política y económica y de traumas internos de carácter en ocasiones sangriento, sino a un papel simbólico y estratégico que igualmente queda vacante tras la muerte de la URSS. En efecto, al tiempo que desaparece uno de los ejes del sistema bipolar, dejando paso así a un sistema internacional claramente hegemónico en términos de seguridad, la Unión Europea surge como nuevo actor con vocación de potencia y que, ya desde Maastricht, pretende ocupar su propio espacio en materia política y de seguridad.¹⁴⁵

Los límites de la potencia europea

Hemos hablado de los inicios de la década de los noventa como un punto álgido en la construcción europea, que tiene su máximo exponente ideológico en la *entente* centrada en la amistad y convergencia de intereses entre los líderes francés, Mitterrand, y alemán, Kohl, mientras que podríamos hallar el máximo momento pragmático y constructivo en la elaboración y aprobación del Tratado de la Unión Europea (TUE) o Tratado de Maastricht. Sin embargo, estamos lejos de poder hablar en términos triunfalistas del inicio de un camino sin fisuras en la construcción europea, o ni siquiera del inicio de una dinámica uniforme y unánime en la arquitectura europea. Si bien es cierto que la renuncia forzada de Margaret Thatcher, en 1990,¹⁴⁶ allana el camino europeo de uno de sus obstáculos más clásicos y firmes, el sistemático obstruccionismo británico, ello servirá igualmente para hacer visibles nuevos tipos de obstáculos y, por encima de todo, una falta de acuerdo de base en el proceso que se debía llevar a cabo dentro de la construcción europea. El mismo debate de la Conferencia Intergubernamental iniciada en diciembre de 1990 y prolongada a lo largo de todo el año siguiente, que daría como fruto el TUE, es una muestra de regateo político entre diferentes posiciones y perspectivas sobre el futuro de Europa, en las que no sólo se enfrentan el clásico esquema europeísta frente al atlantista, sino que hallamos de nuevo un cruce de argumentos entre los partidarios de un modelo intergubernamental con los defensores de un modelo supranacional, las susceptibilidades de los países neutrales (mejor dicho el país, puesto que en aquel momento se trataba únicamente de Irlanda) para poder mantener sus especificidades o las reticencias de los países de fuerte tradición diplomática a ceder su presencia en tan delicado terreno a una etérea comunidad de intereses en la esfera internacional. El resultado de todo ello es una amalgama destinada a satisfacer a todos los presentes con una permanente dilación de las decisiones más significativas, en vista de la dificultad de alcanzar compromisos reales en materias delicadas como el sistema de toma de decisiones, la asunción de una política común de defensa o el ámbito de actuación de la recién estrenada PESC.¹⁴⁷ De este modo, a la indefinición que hallamos en el TUE al referirse a la política de seguridad¹⁴⁸ o al contenido final que deberá tener la política exterior común europea, se incorpora un nuevo elemento de incertidumbre al prever una revisión del artículo J.7 «Sobre la base de un informe que el Consejo pre-

sentará al Consejo Europeo en 1996» (art. J.7.6). Todo ello incorpora un elemento de inestabilidad importante en los primeros pasos de Europa como potencia o, incluso, antes de que se den estos primeros pasos.

Porque, si las discusiones en Maastricht son complejas, no lo es menos su proceso de aprobación y aplicación. Por un lado, la propia indefinición del Tratado deja lugar a una animadversión política hacia el mismo, puesto que prevé y arroja por igual una aplicación ambiciosa de las atribuciones anunciadas en Maastricht que un inmovilismo casi absoluto, lo cual provoca el rechazo de los partidarios de uno y otro extremo del abanico del europeísmo. Por otro lado, esta misma ambigüedad permite una lectura política en la que las sociedades expresan su rechazo o aprobación del mismo como reflejo de su posición respecto a los líderes o a las políticas generales que han llevado a cabo las negociaciones de la CIG de 1990-1991. De este modo, el primer referéndum para ratificar el TUE se produce en Dinamarca, el 2 de junio de 1992, con un resultado desesperanzador: el 50,7 % de los votantes rechazaron el Tratado. Cuando, el 20 de septiembre siguiente, Mitterrand propone al electorado francés la aprobación en referéndum del TUE, se enfrenta con una condena moral elevada, puesto que sólo el 51,1 % de los votantes lo aprueba, lo que a punto está de dar al traste con el propio Tratado, a pesar de que no era un voto estrictamente antieuropeo o antiMaastricht, y habría que analizar estos resultados en una clave básicamente interna. Para lograr solventar el problema planteado por los electores daneses hubo que aprobar, en el Consejo de Edimburgo (11-12 de diciembre de 1992), unas excepciones (*opting out*) significativas a los compromisos en materia de defensa a que se sometería en el futuro Dinamarca, por las cuales el gobierno danés podía oponerse a su involucración en la política de seguridad europea o en la Unión Económica y Monetaria (UEM), entre otras políticas. Sometido el Tratado, con esta última incorporación, al electorado danés el 18 de mayo de 1993, fue aprobado por un margen del 56,8 % de votos a favor. Aunque menos problemáticos, los procesos de aprobación del TUE en países como Irlanda (referéndum el 18 de junio de 1992, con el 68,7 % de votos a favor), el Reino Unido (en el que el gobierno propuso una enmienda sobre la Carta Social) y Alemania (con una veintena de recursos de inconstitucionalidad presentados por grupos políticos y personalidades) no estuvieron exentos de dificultades. Todo ello supuso un importante retraso en la ratificación del TUE, que no pudo entrar en vigor hasta el 1 de noviembre de 1993, diez meses después de lo previsto.

En este período de dilación, sin embargo, es cuando se hace más evidente la necesidad de una aplicación eficaz del Tratado de la Unión Europea en tanto que fundamento de una política exterior de ésta. El mundo diseña un nuevo formato para sustituir a la bipolaridad que ha presidido cuatro décadas y media de historia universal e incluso Estados Unidos, la heredera prácticamente única del pasado sistema de potencias de la guerra fría, parece dudar ante el panorama hegemónico que se vislumbra. La presidencia del primer George Bush (1991-1995) parece aceptar bien una aparente distensión global, preconizando la democratización de Latinoamérica y las conversaciones de desarme. En este escenario de reflexión aparente y de reestructuración, Europa está inmersa en un proceso de dudas existenciales que no otorgan cohesión a lo que debiera ser un nuevo ente homogéneo y fuerte en el nuevo mapa internacional. Mapa que, por otro lado, no está exento de tensiones. En Oriente Medio, la invasión de Kuwait y la reacción sobre Irak precisan de unos interlocutores cohesionados tanto en el seno de la ONU como, sobre todo, en el frente de batalla que se abre sobre el terreno a partir de febrero de 1991 y en el escenario posbélico que planea sobre la zona, y que condiciona el nuevo orden mundial. Mientras que Estados Unidos da muestras de firmeza y coherencia, Europa duda, no presenta una opción sólida y acaba incorporándose en calidad de anexo a la máquina diplomática y bélica norteamericana.

Pero es en el propio continente europeo donde se expresa de forma más clara la impotencia europea. Tras la caída del muro de Berlín, gran parte de Europa central y oriental inicia un largo y pesadumbroso camino hacia la recuperación de una normalidad política coartada medio siglo atrás, y cuyo objetivo último sería la asimilación a la Europa económica próspera, políticamente democrática e institucionalmente cohesionada que contemplan al oeste de lo que fue en su momento el telón de acero. Entre junio y julio de 1991 quedan desmantelados los residuos de lo que fue el bloque del Este, al disolverse el CAME y el Pacto de Varsovia.¹⁴⁹ Para entonces todos los países del área, a excepción de la URSS y de algunas repúblicas yugoslavas, han vivido elecciones democráticas, han iniciado la privatización de sus economías y se han tenido que enfrentar, irremisiblemente, a unas consecuencias de la transición con las que, en muchas ocasiones, simplemente no contaban, como una crisis económica prácticamente endémica, una grave falta de cohesión social, sangrientos conflictos étnicos¹⁵⁰ y una inmensa incertidumbre que planea sobre su

futuro. A pesar de que el objetivo declarado de la mayoría de estos nuevos países sea precisamente la Unión Europea, que no ha perdido carisma en la zona, lo cierto es que la maquinaria burocrática bruselense, puesta en funcionamiento con toda su lentitud paquidérmica entre diciembre de 1990 (cuando se inicia la CIG) y noviembre de 1993 (cuando entra en vigor el TUE), no sólo se ve falta de cualquier capacidad de reacción ágil hacia unos acontecimientos que la están observando, sino que permanece absorta en un proceso de ensimismamiento y acondicionamiento que dificulta el inicio de cualquier proceso eficaz en materia de acción exterior. Esta inhabilidad tendrá sin duda alguna su máxima, y más sangrienta, expresión en los conflictos de los Balcanes.

Paradójicamente, la actuación comunitaria en los conflictos balcánicos se inicia con un triunfo, con un ejemplo de lo que debiera haber sido, y no fue, concretamente la mediación europea en los conflictos en ésta y otras áreas. Los acuerdos de Brioni de junio de 1991, fomentados a partir de una iniciativa coherente de la incipiente diplomacia unida europea, ponen un colofón definitivo al enfrentamiento armado entre la secesionista Eslovenia de Kucan y una Yugoslavia telemanejada por Milosevic y que extrañamente se resigna a una vergonzosa retirada incondicional.¹⁵¹ Por supuesto, y como sabemos, este movimiento táctico no hará sino allanar el terreno para las inmediatas y cruentas intervenciones de dicho ejército en Croacia y Bosnia, pero con la perspectiva actual asombra la rotundidad del éxito de esta primera diplomacia negociadora europea en Brioni, habida cuenta de los múltiples fracasos posteriores.¹⁵² No podemos olvidar, por otro lado, que este triunfo inicial de la nonata PESC contribuyó al empecinamiento de unas posturas dialogantes y temporizadoras por parte de los mediadores europeos e internacionales que en el futuro tendrán dramáticas consecuencias, al estimular *de facto* el prolongamiento de un conflicto en el que las fuerzas implicadas, de capacidad desigual, eran tratadas como actores equivalentes, y ello era aprovechado para perpetuar las presiones militares de aquellas partes que podían permitírselo y que, en adelante, perpetraron todo tipo de abusos enmascaradas en el contexto bélico y en el callejón sin salida de unas negociaciones sin fin.¹⁵³

Europa estrena, pues, entidad diplomática común y vocación de ejercerla, ya desde antes de la aprobación del TUE. Pero también surge la incapacidad y la frustración y, lo que es más importante y doloroso, estrena asimismo la ineptitud ante los resultados catastróficos de una polí-

tica exterior abrumada por la divergencia de intereses, la lentitud de la maquinaria diplomática y la falta de reacción ante la picaresca de los interlocutores existentes. Se ha visto ya un ejemplo sangrante de ello en los Balcanes occidentales, donde se hizo evidente que la PESC era copartícipe de la ineptitud occidental ante el ensañamiento del conflicto bélico, pero cabría hacer extensiva esta incapacidad a la política general exterior comunitaria, muy especialmente en temas de carácter urgente como la crisis de Kuwait o en los casos en que Europa precisa reaccionar en zonas que requieren su protagonismo esencial, muy especialmente en Europa central y oriental. La traducción práctica de este desencuentro de Europa con su propio espacio tendrá dos escenarios básicos: el área de futura influencia directa de la UE, por un lado, y Rusia y su área de influencia, por el otro.

La crisis que sigue al entusiasmo consustancial tras la caída del muro berlinés no recibe todo el apoyo que hubiera precisado de una Europa ensimismada en la definición de sus capacidades y de un futuro pretendidamente eficaz en la edificación del cual se deja conducir por una ineficacia creciente. Si bien la incertidumbre abierta en Europa central y oriental tiene unas dimensiones inéditas e impredecibles, justo es reconocer que Europa occidental reacciona de un modo juicioso en aquello que mejor domina, los intercambios comerciales y las ayudas financieras. No obstante, ello no contribuye a otorgar a los países emergentes de la pesadilla totalitaria una respuesta clara a su vocación política de acercamiento a Occidente. A la lentitud de reflejos causada por la maquinaria burocrática comunitaria, falta de la agilidad necesaria e inmersa en discusiones bizantinas durante cerca de tres años antes de lograr una mínima definición estructural, hay que añadir cierta desazón entre estos países, vocacionalmente europeos, ante la evidencia de la continuidad de una política de abandono tradicional por parte de Europa occidental hacia una Europa central tal vez menos desarrollada política y económicamente, pero que se resiente todavía del menosprecio del que fue víctima a raíz de la segunda guerra mundial cuando, se puede interpretar (y se interpreta a menudo, especialmente desde la perspectiva de una región que no recibe el apoyo que se ajustaría al discurso político previo que se percibe y que debiera garantizar una solidaridad plena desde Occidente), Europa occidental sacrificó a sus vecinos en aras de garantizar su propia seguridad y preservarse a sí misma de la amenaza de un imperialismo soviético que acabaría engulliendo a medio continente.¹⁵⁴

El reencuentro de Europa con su otra mitad

Los tratados de Yalta de 1945 dividen Europa en dos mitades asimétricas; en la parte oriental de esta línea divisoria quedan bajo influencia soviética tierras que, de un modo u otro, habían sido territorio de expansión para la Rusia histórica o para otros imperios como el turco o el austro-húngaro. En Europa central, algunos de estos pueblos, como polacos, checos y húngaros, habían desarrollado culturas sofisticadas, sociedades civiles complejas y estados democráticos, mientras que en gran parte de los Balcanes se percibe la presencia secular de autoritarismos y una acuciante ausencia de organización social moderna. En cualquier caso, los estados existentes son de reciente creación, y su surgimiento a menudo obedece a movimientos nacionalistas románticos del siglo XIX o a experimentos nacionales novedosos, como Yugoslavia o Checoslovaquia. En toda Europa central y oriental (Alemania sería un caso aparte, a pesar de haber pertenecido parcialmente a este bloque estratégico durante la guerra fría) hallamos culturas locales con fuerte influencia de las potencias que tradicionalmente han dominado las regiones, en particular alemanes, turcos y rusos, pero cada una de las culturas raramente ha tenido la capacidad de ejercer su influjo más allá de los límites de su estricto ámbito cultural, con lo cual la zona se erige en una gran área de comunicación y expansión de sus vecinos, sin posibilidad de constituir un centro de influencia hacia otras regiones. Los estados de la zona, que viven el momento álgido de su desarrollo en el período de entreguerras, son países de dimensiones medias, escasamente influyentes y con unas economías apenas suficientes para el mantenimiento de un bienestar esencial. En Europa occidental, en cambio, se mantienen los antiguos centros comerciales e imperiales transatlánticos que desde la Edad Media habían protagonizado la expansión de sus dominios y sus influencias en un ámbito mundial; se trataba, igualmente, de las grandes economías y de sociedades que habían desarrollado altos niveles de sofisticación, de diversidad organizativa y de creatividad tecnológica. Ello no impide, por supuesto, que en la Europa central y oriental que quedaba a oriente del muro levantado por Yalta no hubiesen sociedades plurales, sofisticadas e inquietas. Existían, sobre todo en Europa central, pero se trataba de sociedades cuyo referente era casi siempre el de la participación de una cultura y una identidad europea encarnada por modelos culturales fuertes vinculados generalmente a los grandes focos creativos (alemán, francés, inglés, de

los Países Bajos o italiano), adaptados mayoritariamente a los modelos culturales locales. De algún modo, Europa occidental había tomado y desarrollado el papel de motor espiritual de una Europa intelectual, tecnológica y económicamente avanzada, y las sociedades de la «otra» Europa se sentían vinculadas a este modelo. Un modelo que inspiraba democracia y derechos humanos, así como un alto grado civilizatorio por un lado, pero al mismo tiempo un claro contenido identitario y cultural para unos países privados del mismo por la imposición, durante años, de una alianza estratégica de contenido claramente forzado e ideológico, no consensuado y motivado por la afiliación cultural de estos países. En este contexto, Alemania es un caso especial; el hecho de que uno de los grandes focos tradicionales europeos de poder e influencia, justamente el que ha tenido una mayor expansión centrada en el propio continente europeo, quedase dividido en las dos zonas de influencia que cruzan el continente, aportó un mayor grado de gravedad y consternación a esta partición de lo que, desde la perspectiva alemana, se ve todavía con más claridad como una unidad en el proyecto cultural y político del mundo posbipolar.

La porción de Europa que quedó bajo la esfera de influencia directa estadounidense tras 1945 coincide, como hemos dicho, con los grandes focos culturales y políticos. Pero también es la de mayor capacidad económica y la que en el mundo de la guerra fría gozará de una mayor autonomía de acción frente a su potencia tutelar. Todo ello lleva a explicarnos con facilidad que Europa occidental resurgiese con prontitud de las cenizas de la guerra y estuviera en condiciones, a partir de la misma posguerra, de erigirse de nuevo en un foco de poder. No sólo esto, sino que vio rápidamente cómo sus voluntades y capacidades nacionales tendían a coordinarse y cohesionarse en una única vocación económica, pero que no descuidaba en ningún momento su voluntad política. La Europa unida que nace en Roma en 1957¹⁵⁵ aúna a un continente con gran capacidad económica e incluso con voluntad de influir sobre el mundo, pero con plena conciencia de que se trata de «una Europa», o «una parte de Europa», que está lejos todavía de poder representar no ya a una realidad geográfica más amplia, sino ni siquiera a una comunidad humana que responde a unos límites que, aunque todavía imprecisos, tienen su reflejo en la nueva Comunidad.¹⁵⁶ Las sucesivas ampliaciones, hasta llegar a la Europa de los Doce, en 1986,¹⁵⁷ van completando este espacio en su capacidad política, es decir, dentro de los límites de la polaridad, y van dotando a la Europa unificada de un contenido cultural e ideológico que

la va haciendo cada vez más coincidente con el concepto aún vago de una Europa supuestamente diferenciada del resto del mundo. De este modo, la primera ampliación, en 1973, rompe el estereotipo de una Europa nuclear, continental, mediterránea y católica¹⁵⁸ al incorporar, entre otros estados, a Gran Bretaña, la potencia que se había opuesto anteriormente a una cohesión europea tan alejada de sus áreas de poder tradicionales y de sus posibilidades de influir en ella. La entrada de Grecia, en 1981, y de los países ibéricos, cinco años más tarde, rompe el tópico tantas veces criticado según el cual se estaba construyendo una «Europa de los ricos», en absoluto interesada en cargar con la presencia de estados en desarrollo que poco contribuían a la imagen de potencia de la nueva Comunidad. Cabría añadir que la admisión de España, en 1986, supone hasta cierto punto un acto de valentía por parte de la Europa unida, que debe asumir el riesgo de integrar a un país problemático, con un índice de paro entonces cercano al 20 %, una industria aparentemente poco competitiva, una sociedad agitada ante el ingreso en la OTAN y un ejército levantisco.¹⁵⁹ La apuesta de la Europa unida por la coherencia en su voluntad política y de integración al asumir estos riesgos denota una fuerte vocación de cumplir con unos objetivos políticos audaces y no limitados a meros intereses pragmáticos.

Los cambios surgidos en Europa a partir de 1989 pondrán de nuevo a prueba esta voluntad europeísta de la Europa comunitaria. Al desaparecer la presión de la Unión Soviética (y la misma existencia de ésta) sobre Europa, se levanta una serie de expectativas acerca del futuro de las instituciones europeas, pero al mismo tiempo se reabre un viejo debate sobre la propia esencia, definición y límites de Europa. En este contexto la Unión Europea todavía en ciernes se enfrenta al reto de su responsabilidad en cuanto a referencia del contenido teórico, pero ahora más que nunca también práctico, de la unidad europea. Este reencuentro tiene dos fases o partes claramente separadas que dan lugar a dos procesos distintos de ampliación. Por un lado, la desaparición de constricciones impuestas por la bipolaridad permite la incorporación de países política y económicamente occidentales, pero cuya neutralidad impedía su acercamiento a la Europa unida; por otro lado, la desaparición del telón de acero propicia la existencia de un área de expansión de las comunidades sobre la que había sido el área de influencia soviética.

La nueva situación geoestratégica en Europa y en el mundo, así como el nuevo empuje institucional que supone en Europa la Conferen-

cia de Maastricht, permitió afrontar la incorporación de países que hasta el momento se habían mantenido al margen del proceso de institucionalización alrededor de las comunidades por su posición neutralista. Se trataba esencialmente de Finlandia y Austria, cuyas soberanías y, sobre todo, el hecho de quedar fuera del área de influencia directa soviética dependían de las garantías que sus clases políticas habían proclamado en su momento respecto a mantener una estricta neutralidad.¹⁶⁰ Aunque esta neutralidad se entendía como un no alineamiento, la prudencia de los gobernantes de estos países y las presiones soviéticas, hicieron que se mantuvieran al margen de la Comunidad Europea, demasiado cercana a las potencias occidentales para garantizar una estricta imparcialidad en la pugna bipolar. Apenas caído el muro de Berlín, estos países solicitan su ingreso en las comunidades,¹⁶¹ iniciando un proceso de ampliación al que se añaden Suecia y Noruega.¹⁶² Se advierte en este proceso la necesidad de adaptar el mapa institucional europeo al de una Europa que toma una dimensión humana, social y, cada vez más, política y estratégica que va más allá de la estricta Comunidad Europea. El hecho de iniciar una ampliación a países en los que hasta el momento la neutralidad había servido como excusa o motivo para rehuir la incorporación a los Tratados de Roma lleva a una reflexión sobre los límites de Europa; ya no estaríamos hablando de una Europa que forma parte de uno de los polos estratégicos en que se divide el planeta, y por tanto no se trata ya de una opción política, sino de un proceso en el que deben tener cabida todos los países que participan de una misma realidad cultural y de una misma vocación institucional. Tras la cuarta ampliación, en 1995, que incluye a Suecia, Austria y Finlandia,¹⁶³ la Europa institucionalizada parece buscar su consolidación en coherencia con su ubicación geográfica. Una vez consolidada la Europa de los Quince, en Europa occidental sólo quedan algunos estados no comunitarios, profundamente satelizados por la Unión Europea, al estar poco cohesionados entre ellos y con unas economías muy dependientes del comercio con Bruselas: Noruega, que tras el segundo referéndum contrario a la adhesión entra en un nuevo y presumiblemente largo período de reflexión, pero que no retira su candidatura al ingreso; Suiza, inmersa en un debate acerca del significado de su neutralidad en lo que concierne a sus compromisos europeos;¹⁶⁴ Islandia, que todavía no ha vivido un debate en profundidad acerca de su integración institucional en Europa; y los microestados (Andorra, San Marino, Ciudad del Vaticano, Mónaco y Liechtenstein), cuyo peculiar estatuto internacional los

hace difícilmente asimilables a la Europa unida.¹⁶⁵ En este nuevo panorama, la Europa comunitaria se plantea la ampliación hacia la Europa abandonada por la influencia soviética.

Primeros pasos hacia el Este

El inicio de la política institucional de las comunidades hacia el Este surgió ya antes de la caída del muro de Berlín. Así, en 1988 la CEE y el Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME)¹⁶⁶ establecen relaciones oficiales. Ello posibilita la firma de Acuerdos de Comercio y Cooperación entre las comunidades y varios países socialistas,¹⁶⁷ aunque no tendrán oportunidad de consolidarse dada la precipitación de los acontecimientos sucedidos en la zona en 1989. En diciembre de 1989, cuando todavía podía percibirse la polvareda levantada por los cambios políticos ocurridos en el Este y, sobre todo, la necesidad de ayuda de estos países, se establece el programa PHARE, inicialmente destinado a la cooperación con Polonia y Hungría, los países que habían protagonizado una transición más pausada.¹⁶⁸ Por otra parte, la Comunidad establece rápidamente relaciones diplomáticas con los nuevos regímenes, anula numerosas cuotas de importación sobre productos de estos países y extiende a la zona el sistema generalizado de preferencias (SGP).¹⁶⁹ Del mismo modo, en 1990 la Comunidad estimula la creación del Banco Europeo para la Reconstrucción y el Desarrollo (BERD), destinado a canalizar la ayuda financiera internacional hacia la reconstrucción económica de Europa central y oriental.¹⁷⁰

Los acontecimientos de 1989 precipitaron el proceso de reencuentro entre Europa occidental y oriental, por lo menos en lo que se refiere a esta gran área de transición entre la influencia rusa y la de Europa occidental. Una de las imágenes que, sin duda, quedaron grabadas en la retina de muchos eurooccidentales (y seguramente en especial de muchos políticos eurooccidentales) es que entre los manifestantes que protagonizan las protestas contra los regímenes comunistas a fines de 1989 en Leipzig, Berlín, Praga y otras ciudades se enarbolan banderas con doce estrellas amarillas en círculo sobre fondo azul. Para muchos euroorientales la transición que se inicia con aquellos cambios tiene su continuidad lógica con la integración en aquella Europa de la que se habían separado

cuarenta y cuatro años antes y que, sin las limitaciones que ellos han experimentado, ha prosperado y se ha cohesionado.

En este sentido se produce un primer paso rápido y eficaz con la reunificación alemana.¹⁷¹ El 3 de octubre de 1990, menos de un año después de los acontecimientos de Berlín, entra en vigor el Tratado de Unificación, lo que significa que la Ley Federal de Bonn de 1949 pasa a ser la Constitución de la nueva Alemania reunificada. La unificación alemana no supone un proceso de ampliación de las comunidades, puesto que ningún nuevo Estado entra a formar parte de la misma. Simplemente, uno de sus estados unidos pasa a «engordar», según una expresión del momento que parece haber hecho fortuna, por la incorporación de otro territorio que no ha participado hasta el momento en la creación ni en el desarrollo de las instituciones europeas.¹⁷² Sin embargo, este proceso está lejos de ser imperceptible para la futura Unión Europea. En primer lugar, la incorporación de la RDA en la Alemania comunitaria da a este Estado unas dimensiones demográficas y económicas que la sitúan muy por encima de sus socios europeos, incluidas las poderosas Francia y Gran Bretaña. En segundo lugar, el fin del estatuto de ocupación internacional sobre Alemania le concede un grado de soberanía como este país no conoce desde la segunda guerra mundial. En tercer lugar, la consecución del anhelo manifiesto de la República de Bonn desde su fundación, su unidad nacional, da a la sociedad alemana una sensación de euforia y autosatisfacción patriótica renovadas. Por último, y tal vez lo que más nos interesa para los objetivos de este trabajo, el avance alemán hacia el Este acerca a Europa con la otra Europa, aquella que había sido dejada atrás hacía nueve lustros. Y ello se produce en varios sentidos: a) desde el punto de visto geográfico, con su expansión territorial y el desplazamiento de su eje hacia Alemania, la Europa comunitaria deja de estar arrinconada a un extremo occidental y ya se halla en medio del continente, perfectamente situada para su expansión a tierras más orientales; b) la incorporación de la población germanooriental a la Comunidad representa un buen ejemplo y recordatorio para Europa occidental del hecho de que siguen existiendo millones de europeos, con condicionamientos políticos y sociales parecidos, más allá de la línea Oder-Neisse; c) la reunificación alemana supone a la vez un símbolo y una especie de ensayo general de lo que debe ser el reencuentro entre dos partes de una Europa dividida a la fuerza. Del mismo modo que Alemania ha alcanzado una unificación rápida y eficaz, Europa también debería ser capaz de reunificarse; y en el pro-

ceso alemán Europa puede encontrar las vías y las dificultades con que debería contar en un proceso más ambicioso.

Sin embargo, el proceso de incorporación de la Europa del Este a la Europa comunitaria será más difícil y trabajoso de lo previsto. En primer lugar, pronto se hace evidente, sin apartar la mirada del caso alemán, que la reunificación tiene unas consecuencias no siempre previstas adecuadamente, como puede ser la creación de una transición «interna» que puede prolongarse varias décadas, durante la cual deberán convivir una parte próspera con otra todavía en desarrollo, con las desigualdades y los gastos que ello supone. En segundo lugar, la transición en los países de Europa central y oriental (conocidos entonces como PECO) contiene más dificultades de las previstas, entre ellas una crisis económica de características estructurales y una fuerte desorientación social de sus poblaciones, que deben enfrentarse a las dificultades de un capitalismo salvaje y al regreso de unos enfrentamientos nacionales y étnicos que habían quedado muy disminuidos durante los años de comunismo oficial. A todo ello hay que añadir que la incipiente Unión Europea estaba inmersa en un proceso de transformaciones internas profundas y no preparada para afrontar un cambio tan radical como es este proceso ciclópeo de nuevas incorporaciones.

El primer proceso de acercamiento a estos países tras las transformaciones políticas que experimentan son los Acuerdos Europeos de Asociación, denominados de «segunda generación» para distinguirlos de los establecidos antes de noviembre de 1989, en el marco de las relaciones CEE-CAME. Se trata de acuerdos de asociación, a semejanza de los firmados previamente con Turquía, Malta y Chipre, que buscan reforzar el diálogo político entre los países asociados y la Comunidad, promover la cooperación comercial, económica, cultural y financiera y aproximar las legislaciones de dichos estados con la comunitaria.¹⁷³ Los primeros Acuerdos Europeos fueron firmados el 16 de diciembre de 1991 con Polonia, Hungría y Checoslovaquia. El 1 de febrero de 1993 Rumanía suscribió su propio acuerdo, y Bulgaria lo hizo el 8 de marzo siguiente. El 4 de noviembre de 1993, como consecuencia de la partición de Checoslovaquia, la República Checa y Eslovaquia firmaron sendos Acuerdos Europeos. Entre 1995 y 1996 se suscribieron nuevos Acuerdos con Eslovenia y los países bálticos.

Esta política de cooperación entre la Comunidad y los países del Este ha sido fructífera: el programa PHARE, que empezó con un presu-

puesto para 1990 de 300 millones de ecus en forma de subvenciones no reembolsables destinadas a financiar programas de reconstrucción, amplió su presupuesto en 1991 a 785 millones de ecus, y al año siguiente a 1.015 millones. Además de ser el primer donante para el desarrollo de los países del Este (cerca del 70 % de la ayuda que llegó al área durante los años noventa provenía de la UE), la Europa unida pasa a ser también el principal socio comercial de la zona. Si en 1989 la Comunidad sólo representaba el 25 % del comercio exterior de estos países, en 1995 este porcentaje fue de más del 60 %.¹⁷⁴

Sin embargo, los países del Este desean algo más que una cooperación estrecha, y no disimulan su interés por formar parte de la Europa institucionalizada. Ante las numerosas posturas en este sentido, Bruselas reacciona de manera cauta; el Consejo Europeo de Lisboa (junio de 1992), a pesar de aceptar que «la Comunidad no ha sido jamás un club cerrado y que ahora no puede rehusar el reto histórico de asumir sus responsabilidades continentales»,¹⁷⁵ reitera la voluntad de la Comunidad de desarrollar sus relaciones con los países del Este en el marco de los Acuerdos Europeos ya suscritos. En realidad, hubo reticencias ante del hecho de iniciar un nuevo y arduo proceso de ampliación cuando ya existían dificultades para encauzar la admisión de cuatro nuevos miembros cuya adaptación no presentaba, *a priori*, graves dificultades económicas ni estructurales.

A pesar de ello, el Consejo Europeo de Copenhague (junio de 1993) decidió dar un importante paso cualitativo hacia la quinta ampliación, cuando aún no había concluido la cuarta hacia los países del norte y Austria. En esta ocasión el Consejo no sólo reconoció la elegibilidad de los PECO que habían firmado Acuerdos Europeos para convertirse en miembros de la Unión, sino que estableció los criterios básicos que dichos países debían cumplir para ser admitidos, es decir, los llamados criterios de Copenhague.

Las condiciones para una ampliación de la Unión ya vienen establecidas en el artículo O del Tratado de la Unión Europea (TUE), que prevé que «cualquier Estado europeo podrá solicitar el ingreso como miembro» (sin mayor concreción sobre los límites de lo «europeo»). Por otra parte, el artículo F del TUE se refiere a los principios democráticos y al respeto de los derechos humanos como condición esencial para ser miembro de la UE. Lo que se hace en Copenhague es concretar y ampliar las bases sobre las que se admitirá dentro de la UE a nuevos Estados

miembros. Así, para ser admitido en la Unión, un país deberá haber alcanzado los siguientes requisitos:

- a) Criterios políticos: la estabilidad de las instituciones garantes de la democracia, el Estado de derecho, el respeto de los derechos humanos y el respeto y la protección de las minorías.
- b) Criterios económicos: la existencia de una economía de mercado viable y la capacidad para soportar la presión de la competencia y las fuerzas del mercado en el seno de la Unión.
- c) Capacidad para asumir el acervo comunitario, esto es, la capacidad para asumir las obligaciones que derivan de su condición de Estado miembro, incluyendo la consecución de los objetivos de la UE en los ámbitos político, económico y monetario.¹⁷⁶

A partir del Consejo de Copenhague existe una relación entre la Unión Europea y los países del Este destinada no sólo a reforzar su cooperación institucional sino a allanar el camino hacia su futura adhesión. Este proceso será complementado por la «estrategia de preparación para la adhesión» aprobada por el Consejo Europeo de Essen de 9 y 10 de diciembre de 1994, que estructura el diálogo entre la UE y los países candidatos para supervisar el cumplimiento de los criterios de Copenhague y el camino hacia la ampliación, basado en la aplicación de los Acuerdos Europeos. En los siguientes años, los países de Europa central y oriental se irán incorporando a este proceso siguiendo un calendario riguroso e iniciarán el proceso de solicitud de adhesión en los años siguientes.

El proceso de acercamiento de la flamante Unión Europea se muestra lento, pero a partir del Consejo de Copenhague se manifiesta una clara voluntad de mantener este camino. De modo paralelo, hay un convencimiento cada vez mayor de que esta ampliación tendrá importantes repercusiones en la propia existencia de la Unión Europea, y de que ésta tendrá que afrontar serias reestructuraciones internas para poder asimilar una integración tan masiva y rápida de dichos países. Países que, por otro lado, raramente aportan garantías de poder contribuir de un modo positivo tanto desde el punto de vista económico como del político a la futura cohesión de una gran potencia europea, por lo menos a corto y medio plazo. Éste será uno de los motivos básicos por el que el proceso de ampliación sufra retrasos y demoras continuos tras el primer impulso inicial de Copenhague. Este aspecto se comprenderá

mejor tras analizar las correlaciones entre la política europea y la cohesión de Rusia, en el capítulo siguiente.

Europa, ante los muros de Rusia

Los primeros años noventa han estado, sin lugar a duda, llenos de significado para la formación de Europa. La distensión general ocasionada por la desaparición del sistema internacional bipolar ha tenido como resultado una toma de posición más firme de Europa, libre de los constreñimientos que la unían a grandes potencias exteriores, hacia sí misma y hacia su unidad, cohesión y fortaleza. Estimulados por un contexto internacional que veía a Europa, quizá por primera vez en su historia, libre de presiones que la situaban como un teatro principal de conflictos reales y potenciales, los líderes europeos, con Mitterrand y Kohl a la cabeza, aprovecharon la circunstancia para proponer dotar a las instituciones europeas de contenido e independencia propios, con los que poder desarrollar su capacidad como potencia unificada que ocupe el lugar que le corresponde en el nuevo sistema internacional. Al mismo tiempo, el fin de la guerra fría dejó a las puertas de esta Europa comunitaria un amplio territorio de expansión que, de algún modo, consideraba que le correspondía por derecho propio, al formar parte de aquello que siempre se ha considerado como parte intrínseca de Europa, a pesar de todas las ambigüedades que presenta la delimitación de tal concepto.

Si la euforia del primer momento, simbolizada por lo que tuvieron de vertiginoso los acontecimientos que van del derribo del muro de Berlín a la reunificación alemana, permite un inmoderado optimismo que acompaña al inicio de trabajos sobre la reforma comunitaria que daría lugar al Tratado de Maastricht, la realidad parece imponerse pronto para demostrar cuán precipitados eran los planteamientos más optimistas. Dificultades que podríamos resumir en dos grandes bloques: en primer lugar, siguen existiendo complejidades en el sistema internacional, en las que Europa desempeña un triste papel al demostrar su ineficacia e ineptitud para participar tanto en su decisión como en su desarrollo. En segundo lugar, los países comunitarios viven serias tribulaciones para iniciar el proceso de cohesión que en un momento de ingenuo optimismo se pudo creer que reuniría un consenso general al reflejar un interés compartido y unos objetivos convergentes.

Las complejidades del sistema internacional se muestran incluso mientras se halla reunida la Conferencia Intergubernamental que tendría que dar a luz el Tratado de la Unión. La crisis de Kuwait y su posterior evolución hacia una intervención internacional contra las fuerzas iraquíes en el país pondrían en entredicho el papel que Europa y algunas instituciones internacionales como las Naciones Unidas pretenden dar en un primer momento a la resolución pacífica de controversias y al papel de potencias no necesariamente armadas en la nueva esfera internacional.¹⁷⁷ Ello parece poner en su lugar a las pretensiones europeas de tener un papel decisivo en tanto que potencia económica, y no militar, en un mundo posbipolar en que aparentemente la tensión belicista había disminuido notablemente. Y trae a colación la problemática, en absoluto nueva, de la necesidad de crear una Europa fuerte en el campo de la seguridad.¹⁷⁸

Pero la segunda dificultad con que se enfrenta el proceso de cohesión de la Europa institucional hipotecará durante años la misma capacidad de la Unión Europea de tomar decisiones en áreas decisivas de influencia política o en materia de seguridad. El entusiasmo del eje franco-británico por iniciar un proceso de institucionalización de la potencia europea chocará con la reedición de las distintas posiciones y lecturas del proyecto europeo, tanto en su alineamiento estratégico (enfrentamientos ya tradicionales entre europeístas y atlantistas, o entre intergubernamentalistas y supranacionalistas) como en la defensa de las soberanías nacionales que no admite cesiones como la capacidad de intervenir decisivamente en la toma de decisiones en materias estratégicas. El resultado fue largos (y desperdiciados) años de discusión, un tedioso proceso de aprobación y aplicación de los acuerdos y, finalmente, una merma considerable en la capacidad de actuación de la flamante Unión Europea en materia política y de seguridad, así como en la agilidad y efectividad de tales capacidades.

Aunque a lo largo de este proceso de institucionalización y profundización de sus capacidades las instituciones europeas demuestran mantener una burocracia y una lentitud legendarias para emprender sus propias reformas, y aunque su incapacidad tendría sangrientas consecuencias en los conflictos de los años noventa, lo cierto es que debemos hablar de Europa como de un elemento en expansión y en cohesión a lo largo de este período. Y como reflejo de ello se produce, sin embargo, un influjo potente en el continente europeo que hace de esta Unión Europea debilitada y constantemente aplazada un foco de atracción a cuyas puertas llaman los estados que han quedado liberados de la presión soviética, ya sea

por su influencia directa o por los condicionamientos que el sistema bipolar imponía sobre el escenario europeo. El hecho de que los primeros estados en ingresar en la Unión Europea tras la caída del muro sean los clásicos estados neutrales de Europa da una idea del nuevo concepto ideológico de que se imbuye la Europa institucionalizada en este período que apenas se inicia. Y ello queda refrendado por la fase de expansión aparentemente irrefrenable que vive la UE en una Europa central y oriental huérfana de una influencia política poderosa y gravemente necesitada de ayuda e inspiración. Ayuda, por supuesto, material y económica ante la acuciante crisis económica en que ha quedado sumida la región, pero también inspiración ideológica e identitaria ante el cataclismo que supone el derrumbe de la *praxis* socialista en esta zona del planeta. Europa, en tanto que nuevo actor político, se convierte, pues, en un referente simbólico de primer orden para una serie de países que huyen de un régimen caduco y corrupto y de un dominio impuesto por una potencia externa durante décadas y buscan seguridad y prosperidad.

Los nuevos países candidatos dotan a Europa de contenido. Por un lado, la Unión Europea halla un nuevo marco de actuación y expansión; ya no es aquel extremo del continente que se autoorganiza para coordinar su prosperidad ante la competencia estadounidense y la presión soviética, sino que será el marco natural de un espacio geográfico más o menos determinado alrededor del espacio continental europeo, que ocupa su espacio una vez el mundo se ha librado, aparentemente, de tensiones, por lo menos en esta área. Mantiene también un fuerte componente de contenido ideológico e incluso político, cuando para los países candidatos, e incluso para los viejos miembros de la Unión Europea, representa el símbolo de una democracia y unos derechos ignorados en otros lugares del planeta y fervientemente defendidos desde el viejo continente, lo que les dota de un componente intangible que sirve muy bien para definir el carácter europeo, el verdadero «espíritu europeo». Al igual que en una península ibérica que huye de sus fantasmas autoritarios refugiándose en una Europa amante de la libertad y la cultura, ello será especialmente oportuno en una Europa oriental que ha vivido largos períodos de autoritarismo disfrazado de retórica revolucionaria y humanista en nombre de unos intereses sociales que no llegaron a concretarse.

Esta Europa renovada, cohesionada y llena de un nuevo contenido, de una «idea europea» más allá de los intereses estrictamente económicos y de las veleidades políticas que históricamente la habían caracteri-

zado, debe, sin embargo, enfrentarse a su propia definición. La aparición de los conflictos de Yugoslavia, aparte de la desazón creada ante las incapacidades del nuevo actor europeo, confirman de todos modos el reconocimiento de un área de actuación preferente para Europa. Incluso cuando la iniciativa militar y diplomática estadounidense ha sido la que ha impuesto una solución en la zona en 1995, se ha respetado siempre el principio según el cual a Europa le corresponde ejercer su influencia en la región. Del mismo modo, la Europa que han dejado atrás las fuerzas soviéticas en su retirada mira decididamente a la Europa institucionalizada y ni siquiera la nueva Rusia discutirá que esta Europa nacida en Maastricht es quien debe ejercer su influjo sobre la región. Sin embargo, ello obliga a nuevas reflexiones sobre estos límites. Una vez incorporada esta región a la Unión Europea o, cuando menos, a su área de influencia directa, la Europa institucional, una Europa que se va reforzando y que planea actuar como un Estado en el futuro, e incluso dotarse de su propio ejército, llega a las puertas de un área que está bajo la influencia directa de Moscú. Una influencia, por otro lado, concedida y reconocida por el consenso internacional, como hemos visto en el capítulo anterior. Ello obliga, entre otras cosas, a definir los contenidos de esta Europa en relación con el «otro», en este caso una Rusia en proceso de difícil reedificación cuyo complejo identitario entra en ocasiones en plena comunión con la autoidentificación de Europa. Pero se trata de una Rusia inasimilable, inabordable y, a menudo, incomprensible la que se yergue (o intenta erguirse) ante una Europa demasiado ocupada en su propia reconstrucción y en dotarse de su propia personalidad para preocuparse de la identidad de un nuevo vecino con una personalidad tan compleja.

Por otro lado, no olvidemos que, en esta nueva fase, la Europa que sale triunfante o, por lo menos, superviviente de la guerra fría se dota de un fuerte bagaje ideológico por su contraste con el autoritarismo que durante décadas la ha privado de buena parte de su área natural de desarrollo o expansión. Los países que huyen de la extinta área soviética así lo entienden, pero también huyen de una influencia de la URSS como potencia que les ha sido nefasta, y en este caso la distinción entre Unión Soviética y Rusia resulta fútil. Los países candidatos buscan cohesión y progreso, pero también seguridad y el hecho de ceñirse a una influencia con la que pueden identificarse o que, en el peor de los casos, consideran benigna, es una garantía de poder sustraerse de un modo permanente a otra influencia que, incluso desde antes de Lenin, les había amenazado y

hostigado. Europa en este caso no sólo es un referente ideológico, una identificación cultural o una vía de posibilismo político y económico, sino que adquiere un componente de seguridad importante que se contrapone a una potencia vecina concreta que, aunque pueda mudar ideológicamente e identificarse culturalmente con lo europeo, no deja de ser una amenaza permanente para muchos millones de habitantes de este continente que no desean revivir una dependencia históricamente dolorosa.

Europa deberá rehacer sus lazos de vecindad y de coexistencia con Rusia. La situación ha cambiado: ahora no son las fuerzas rusas las que han avanzado hasta el centro de Europa, sino los burócratas bruseleses quienes desarrollarán sus proyectos hasta la línea Curzon. Pero al hacer llegar su influencia hasta los alrededores de Rusia, Europa debe redefinirse a sí misma, y deberá hacerlo en contraposición a una Rusia con la que, sin embargo, hay posibilidades de crear fuertes vínculos de cooperación.

5. Rusia y Europa antes de Chechenia

Reencuentro y redefinición de Rusia y Europa

La relación con Europa supone un problema identitario profundo e histórico, tanto para los analistas rusos como para la misma sociedad de este país en su conjunto. Como se dijo en capítulos anteriores, Rusia se considera un país europeo surgido fuera de Europa, una especie de enclave exterior que ha combatido para restablecer el contacto con su entorno natural europeo y mantener una relación de equidad con los grandes estados de dicho continente. Sin embargo, sus peculiaridades intrínsecas en el ámbito geográfico e histórico han impedido tradicionalmente la consolidación de estas relaciones de igualdad o ni siquiera una relación mutua fluida, y en muchos casos ha sido considerada como una potencia *frente* a Europa, en lugar de *dentro* de Europa.

En la nueva situación política que sigue al fin de la guerra fría, la Rusia poscomunista trata de definir una vez más su papel con relación a Europa. Para la mayor parte de la nueva clase política e intelectual del último período soviético y de los primeros momentos de la independencia, Rusia ocupa un lugar natural en la familia europea y se siente llamada a ocuparlo. Este derecho le correspondería por razones históricas y culturales, pero asimismo por su compromiso recién adquirido con la democracia, así como por su identificación con los pueblos avanzados y socialmente desarrollados que se han organizado alrededor de un modelo político de unión institucional. La ilusión de un acercamiento a Occidente y de un eventual ingreso a las organizaciones del Oeste planea entre la clase política e intelectual rusa y sobre amplios sectores de la sociedad de este país durante gran parte de dicho período.

Sin embargo, este proyecto político colisiona con la realización práctica del otro gran plan de supervivencia de Rusia como potencia en la esfera internacional o, si se prefiere, con la materialización de la otra gran faceta identitaria rusa. Rusia existe desde siglos atrás como imperio; de hecho se había formado como tal en tanto que Estado, y se considera con derecho a reconstruir su propia área de influencia histórica. Esta área de influencia tradicional se extiende no sólo hacia el oeste, sino también hacia el sur y hacia el este, sobre gran parte de la masa terrestre conocida como Eurasia. Inopinadamente, Rusia se ve impelida a buscar una nueva identidad que la una a aquellos pueblos con los que ha compartido dos largas e intensas experiencias históricas como son la imperial zarista y la soviética. El término «euroasiático» toma una nueva dimensión y se utiliza para definir este carácter ruso alrededor del cual se aúnan pueblos europeos y asiáticos que poco tienen en común más allá de haber sido dirigidos por Rusia en algún momento de su historia o de entrar en los planes expansivos de un pensamiento político ultramontano centrado en el papel mesiánico de dicho país.¹⁷⁹

Ambos conceptos constituyen las opciones entre las que se debate el pensamiento identitario ruso: su identidad europea, que le impulsa a buscar una relación de igualdad e integración con los países del viejo continente, por un lado, y el sueño euroasiático que conduce a asumir un papel hegemónico en un área geográfica concreta, por el otro, se disputarán la conciencia de la nueva Rusia, sin llegar a concretarse ni una ni otra opción. Si Rusia, como se ha visto, mantiene serias dificultades para consolidar un área estable de influencia propia, del mismo modo no podríamos decir que logra ser considerada en un plan igualitario por los países europeos. La arquitectura europea, tal y como ha sido definida en los años noventa, tiende a reunir, bajo la forma de la organización política y económica cohesionada que supone la Unión Europea, todos o casi todos los países del continente, pero con una frontera clara establecida ante Rusia y sus países de influencia inmediata. En este contexto, las relaciones entre los dos bloques, o si se prefiere entre ambas partes de Europa (no olvidemos que el 43 % de la superficie total europea se halla en Rusia, porcentaje que llega al 51 % si consideramos al conjunto de la CEI) difícilmente pueden ser de integración, pero en la actual coyuntura tampoco pueden ser de complementariedad, y la competencia que se pueda desarrollar entre ellas es profundamente desigual. Las instituciones europeas, por lo tanto, deben condicionar su discurso y sus actitudes

a una realidad voluble del gigante del Este, intentando singularizar su mensaje respecto a aquel otro que Rusia percibe de un «Occidente» tradicionalmente opuesto a su esencia identitaria, hostil y negativo en su conjunto, con tal de garantizar unas relaciones de estabilidad en el continente.

Las comunidades europeas habían recibido con cierta calidez y optimismo el nacimiento del nuevo Estado ruso, a pesar de la preocupación por la sucesión de acontecimientos que llevaron a tan difícil parto.¹⁸⁰ En realidad, en el fin de la guerra fría los países europeos occidentales ven un fuerte alivio y la confirmación de sus anhelos por evitar un enfrentamiento en el teatro europeo, de cuya materialización serían los principales perjudicados sin llegar a ser los protagonistas principales.¹⁸¹ Así se puede entender el apoyo que reciben las propuestas gorbachovianas de apertura al mundo y de seguridad global a lo largo de los años ochenta entre las cancillerías europeas,¹⁸² y también la confianza invertida por las mismas cancillerías en la personalidad de Yeltsin. Ya antes de la disolución de la URSS, las comunidades europeas se proponen asistir económica e institucionalmente a dicho país en su proceso de transición hacia la democracia y la economía de mercado. Con tal finalidad el Consejo Europeo, reunido en Roma en diciembre de 1990, decide establecer el programa TACIS, destinado a proveer de asistencia técnica y ayuda humanitaria a la Unión Soviética. El presupuesto acordado para 1991, de 396 millones de ecus, constituía la mayor ayuda de este tipo concedida por las instituciones europeas o por cualquier otro organismo o Estado a un solo país. Previamente, la Comunidad ya había acordado conceder una ayuda alimentaria a la URSS de 750 millones de ecus, para distribuir entre 1990 y 1991.¹⁸³

A raíz del intento de golpe de Estado de 1991, Bruselas expresa su preocupación por medio de sendas declaraciones CPE de 19, 20 y 22 de agosto. Días más tarde, el Consejo Europeo «acoge calurosamente» la soberanía y la independencia declarada por los países bálticos durante los sucesos del pronunciamiento en Moscú. El 16 de diciembre de 1991, ante la inminencia de la desaparición de la URSS, el Consejo Europeo aprueba una posición común en que presenta las directrices para el reconocimiento de nuevos estados en Europa oriental y en la URSS. Dichas directrices implican el respeto a las disposiciones de las Naciones Unidas y de la CSCE, la garantía del respeto hacia los grupos étnicos y las minorías nacionales, el respeto a la inviolabilidad de las fronteras, la

reanudación de los compromisos relativos al desarme y el compromiso de solucionar las controversias que puedan surgir en el futuro a través del arbitraje.

El 25 de diciembre de 1991, la misma fecha de la disolución de la URSS, la presidencia neerlandesa del Consejo Europeo constataba que Rusia ejercía desde aquel mismo día los derechos y obligaciones internacionales de la antigua Unión Soviética. Con este gesto, acompañado de una declaración de homenaje a la figura de Mijaíl Gorbachov, los Doce concedían su pleno apoyo a Yeltsin y al proceso que había de llevar a cabo la nueva Rusia; también reconocían que Rusia heredaba a partir de aquella fecha la personalidad jurídica de la ya extinta Unión Soviética. Durante las semanas siguientes, los países de la Comunidad reconocieron diplomáticamente a los nuevos estados surgidos de la Unión Soviética, todos los cuales se comprometieron a asumir los compromisos exigidos por Bruselas el 16 de diciembre anterior.¹⁸⁴

Las relaciones entre la Comunidad y la Rusia de Yeltsin comenzaron con un tono cordial; en realidad, ambas entidades políticas estaban viviendo momentos delicados: si Rusia estaba consolidando su propio Estado y definiendo su posición en el mundo, la Comunidad Europea estaba viviendo precisamente durante el año 1991 un proceso de avance a raíz de la Conferencia Intergubernamental que había de dar como fruto el TUE, y durante 1992 y 1993 asistía al difícil proceso de aprobación y aplicación de dicho Tratado. Precisamente de estos debates y de este Tratado surgirá la Política Exterior y de Seguridad Común (PESC)¹⁸⁵ que definirá las actitudes colectivas de los países comunitarios en política exterior, política común que tendrá en Rusia uno de sus principales objetivos y campos de aplicación.¹⁸⁶

Mientras tanto, como se ha señalado, la Comunidad vive un proceso importante de expansión de su influencia hacia Europa oriental, como consecuencia, de algún modo, del espacio que deja libre la retirada de la influencia soviética en el área. Antes de la caída del muro de Berlín, en agosto de 1989, con la intención de establecer vínculos comerciales con los países del Este y de potenciar los cambios políticos favoreciendo a los países más avanzados en este campo, Bruselas ya había establecido el Programa PHARE, rápidamente extendido al conjunto de los países de Europa central y de los Balcanes. Una vez desintegrado el modelo socialista en Europa del Este y desmanteladas las organizaciones internacionales lideradas por la URSS (CAME y Pacto de Varsovia), durante el ve-

rano de 1991, la Unión Europea intenta mantener relaciones privilegiadas con unos países que surgen de la experiencia traumática de una estrecha relación forzada con la Unión Soviética y su experimentación comunista. Este proceso, analizado en el capítulo anterior, tendrá su culminación en el sumario de adhesión de la mayor parte de países de Europa central y oriental (PECO) a la Unión Europea. Casi todos estos países habían formado parte hasta 1989 del área de influencia soviética, y tres de ellos, los bálticos, habían pertenecido a la URSS hasta 1991. En este proceso de ampliación de la Unión Europea, Rusia presencia como una buena parte de su área de influencia potencial es incorporada a la esfera de intereses y de futura hegemonía de Bruselas.

El solapamiento de influencias en Europa del Este. Los casos del Báltico y de los Balcanes

Aunque esta competencia teórica por el liderazgo económico y político de los países de Europa del Este no supone grandes problemas de enfrentamiento entre la Comunidad Europea y Rusia, que parecen asumir el carácter dinámico de la primera y la regresión de la segunda, las primeras posturas dispares aparecerán en el campo de la seguridad y la mediación de conflictos. En junio de 1991 la guerra hace su reaparición en Europa tras una ausencia demasiado corta de cuarenta y seis años. Al conflicto esloveno, relativamente poco costoso en vidas humanas, le sigue inmediatamente el croata, que reproduce escenas antiguas de bombardeos de ciudades, largas columnas de refugiados, matanzas masivas e injustificadas, etc. Poco después de que este conflicto se estancase, en febrero de 1992, se inicia con una crudeza y una crueldad reavivadas la guerra en Bosnia. Durante estos conflictos, la Comunidad Europea pretendió ocupar un papel predominante e incluso imprescindible en primer lugar en las conversaciones de paz y, más adelante, en la supervisión de los armisticios; la política exterior comunitaria, todavía en una fase de prueba, alcanzó cierto éxito al auspiciar el fin de las hostilidades en Eslovenia, demostró una frustrante incapacidad en el caso de Croacia y una clara ineptitud en el conflicto de Bosnia.¹⁸⁷ En cualquier caso, por lo menos hasta que dicho conflicto no alcanzó unas dimensiones incontrolables, existía cierto consenso internacional en permitir un fuerte protago-

nismo de la diplomacia europea, conjuntamente con las acciones de la OSCE y de la ONU, en el área. De este modo, el grueso de la comunidad internacional no reconoce a los nuevos estados de Eslovenia y Croacia hasta que la presidencia del Consejo Europeo no da su visto bueno al respecto, tras el controvertido dictamen de la Comisión Badinter, el 15 de enero de 1992 y prácticamente ningún Estado¹⁸⁸ manifiesta su apoyo a ninguno de los contendientes en los sucesivos conflictos, como medida de adhesión a las tareas de pacificación de Bruselas y de los organismos internacionales mencionados.¹⁸⁹

En el caso de Rusia, dicha neutralidad fue llevada a cabo a contrapelo, según piensa gran parte de la opinión pública, que ve con simpatía la lucha de los serbios contra el gobierno bosnio. Las raíces de esta solidaridad habría que buscarlas en el carácter eslavo y ortodoxo del pueblo serbio, así como en el vínculo histórico existente entre ambos pueblos; pesa en aquellas circunstancias el recuerdo de las fuerzas de la Rusia zarista acudiendo en ayuda de los serbios, durante el siglo XIX, en su lucha contra los turcos; recordemos que para el imaginario histórico ruso esta lucha, cuyo fin último debía ser la «liberación» de Constantinopla, era la continuación lógica de la lucha secular de Rusia para librarse del yugo tártaro, y que el nombre peyorativo que utilizan los serbios para denominar a los bosnios musulmanes es el de «turcos». Para el nacionalismo ruso, igualmente, el apoyo a la causa serbia es la oportunidad de enfrentarse al otro enemigo tradicional de Rusia y, por extensión, del mundo eslavo y ortodoxo, Occidente; o, lo que vendría a ser lo mismo, el mundo católico-protestante que representa la Europa occidental, conjurado para la ocasión, como ya lo había hecho históricamente, con el mundo islámico. Y sin lugar a dudas, muchos rusos ven en los conflictos balcánicos una inmejorable ocasión para recuperar cierta capacidad de influencia en un área, como son los Balcanes, donde Rusia cuenta tradicionalmente con numerosos aliados y con una identificación cultural notable. Ello ayuda a entender algunos fenómenos que se dan particularmente al principio del largo conflicto de Bosnia (1992-1995): organizaciones patrióticas rusas, incluidos algunos grupos comunistas, recolectaban fondos y reclutaban a voluntarios para ayudar a los serbios de Bosnia; el patriarca de la Iglesia ortodoxa rusa, Alexei II, recibía al patriarca de la Iglesia ortodoxa serbia y emitía un comunicado de apoyo a la causa de este país, supuestamente víctima de una agresión internacional; el líder de la extrema derecha rusa, repre-

sentada por el Partido Liberal Democrático (PLD), V. Zhirinovski, visitaba el frente de Sarajevo y mantenía una relación de franco compañerismo con líderes serbobosnios del talante de Karadjic y Mladic... Sin embargo, B. Yeltsin no se dejó llevar por las diversas presiones y tentaciones nacionalistas y participó del esfuerzo internacional por encontrar la solución negociada de los distintos conflictos; reconoció a las nuevas repúblicas, incluida Bosnia y Herzegovina, tan pronto lo hizo la Unión Europea, y participó en el llamado «Grupo de Contacto», junto con Estados Unidos, Reino Unido, Francia y Alemania, que realizó varios intentos de mediación en el conflicto, aunque justo es reconocer que Rusia aportaba, dentro de este grupo, la visión más cercana a las sensibilidades serbias. Esta actitud de Yeltsin, contraria a lo que los sectores más nacionalistas o nostálgicos consideraban que eran los «intereses de Rusia» o el «apoyo a los hermanos de Rusia» supondrá una primera y profunda brecha entre la presidencia y una opinión pública rusa cada vez más nacionalista y convencida de que sus instituciones habían ido a parar a manos de intereses foráneos. Este solapamiento de dos actitudes y dos intereses en la política exterior rusa (por una parte, un creciente interés por intervenir en la esfera diplomática internacional; por otra, una fuerte presión para enfrentarse a las actitudes de las potencias y de las organizaciones internacionales en áreas como los Balcanes o el Báltico, tradicionalmente zonas de expansión de la influencia rusa) tuvo como consecuencia una marcada esquizofrenia en las posiciones de la diplomacia rusa, lo que restaba credibilidad y eficacia a dichas opciones.¹⁹⁰

Un reflejo de esta actitud dual lo hallamos en el papel de *enfant terrible* que pareció asumir el ministro de Asuntos Exteriores, Andrei Kózirev, a lo largo de 1992, cuando realizó numerosas declaraciones ante la CSCE contra la política de los países bálticos frente a sus minorías e incluso, en la reunión del Consejo de dicho organismo internacional en Estocolmo en diciembre de 1992, pronunció un agresivo discurso en el que acusó a la OTAN de intentar extender su influencia con las sanciones a Serbia, exigió la retirada de las mismas y se comprometió a defender lo que quedaba de Yugoslavia.¹⁹¹ A pesar de ésta y otras actitudes en direcciones similares,¹⁹² que denuncian un talante ruso poco propenso a la neutralidad estricta, los conflictos de Croacia (1991-1992 y 1995) y Bosnia (1992-1995) representan una prueba manifiesta de la capacidad de Rusia de participar de un modo neutral en las tareas de mediación de conflictos

y de pacificación lideradas por las Naciones Unidas. De este modo, cascos azules rusos se integran en el destacamento de la UNPROFOR a partir de 1992 en tareas de ayuda humanitaria y como fuerzas de interposición.¹⁹³

Otro de los aspectos controvertidos de esta fase es la actitud política de agresividad diplomática que toma Rusia frente a los países bálticos. La independencia de estos tres estados (Lituania, Letonia y Estonia) había supuesto una grave afrenta para la sociedad rusa, que veía en la zona un área necesaria para su propia cohesión nacional. La prensa rusa y un discurso político reiterativo seguían (y siguen) considerando a los países bálticos como parte del «extranjero próximo», eufemismo que oculta el espacio geográfico sobre el que Rusia aspira a ejercer su influencia y que coincide con la antigua Unión Soviética. Los aspectos básicos que hacen de los países bálticos un territorio de difícil renuncia para la opinión pública rusa pueden resumirse en los siguientes:

- un aspecto histórico y de fuerte contenido simbólico, puesto que se trata de territorios donde el Estado ruso, bajo diferentes formas, había ejercido su control intermitente desde hacía más de tres siglos; ciudades como Riga o Tallinn forman parte de la historiografía rusa;
- razones estratégicas, dado que estos tres estados ocupan la mayor parte del litoral que la URSS controlaba sobre el mar Báltico; por otra parte, la nueva situación deja a una región rusa, Kaliningrado, aislada y tal vez en un futuro incomunicada con el resto del país, y la nueva Estonia independiente se halla a escasos kilómetros de San Petersburgo, segunda ciudad rusa. Además, los puertos del Báltico que han dejado de ser rusos albergaban importantes bases y dársenas militares, ahora fuera del control ruso;
- razones de solidaridad nacional, ya que en Estonia y Letonia viven grandes comunidades de rusos y de otros eslavos orientales que han adoptado el ruso como lengua propia,¹⁹⁴ y que ahora se veían discriminados por las nuevas legislaciones nacionales.

Este último aspecto es el causante de la crisis diplomática que enfrenta a Rusia con estos países y, por extensión, con las instituciones occidentales a las que aspiran ingresar los mismos. La polémica arranca en el momento en que las repúblicas bálticas proclaman (o restauran) sus inde-

pendencias respectivas, en 1991, basándose en las legislaciones vigentes en los respectivos países durante los períodos de independencia de cada una de ellas, en 1918-1940. Como una aparente consecuencia lógica, en principio conceden únicamente la ciudadanía a los antiguos ciudadanos de los estados en dicho período o a sus descendientes. Ello deja a importantes sectores de la población, básicamente rusos, bielorrusos y ucranianos que emigraron a la zona en la época posterior a la segunda guerra mundial, como apátridas en una tierra que consideran como propia. Se trata de cientos de miles de personas que constituyen, en el momento de la independencia, cerca del 35 % de la población de Estonia, del 40 % de la de Letonia y del 10 % de la de Lituania. Pocos de ellos optan por emigrar a Rusia, porque a pesar de todo las condiciones de vida siempre son mejores en las repúblicas bálticas, pero deben afrontar una discriminación legal contra la cual Rusia protestará vivamente. El momento culminante de esta protesta llega cuando Rusia amenaza con no retirar las fuerzas que todavía permanecen en la zona mientras no se reconozcan los derechos de los rusos en estos países.

Los estados bálticos, celosos de su nueva independencia, no se dejaron influir por las amenazas rusas. Sin embargo, las organizaciones internacionales con atribuciones en materia de derechos humanos, como el Consejo de Europa y la CSCE-OSCE, ante la insistencia rusa, presionaron a estos estados para que cambiaran su legislación. Lituania lo hizo sin mayores problemas y extendió la nacionalidad a todos sus habitantes. Como muestra de buena voluntad o para mantener la presión sobre los otros estados bálticos, Rusia retiró a sus fuerzas de Lituania el 31 de agosto de 1993. Sin embargo, la tensión con Letonia y Estonia se mantenía. Las instituciones europeas tuvieron que realizar una ardua tarea mediadora presionando, por un lado, a Tallinn y Riga para que dulcificaran su legislación, y por otro lado a Rusia para que rebajara sus exigencias y afrontara sus compromisos de retirada de las tropas instaladas en la zona. Por último, a principios de 1994 Estonia y Letonia aceptan el compromiso propuesto por la OSCE para modificar sus legislaciones sobre nacionalidad y permitir el acceso a sus residentes a las nacionalidades respectivas bajo determinadas condiciones.¹⁹⁵ Tras la firma de un acuerdo en abril de 1994, las tropas rusas (2.500 soldados en Estonia y 12.000 en Letonia) se retiran el 31 de agosto siguiente. Sin embargo, el trámite de acceso de las minorías rusas a la ciudadanía de estos países, con la excepción de Lituania, todavía se mostrará lento y difícil. De todos modos, raramente se

vuelven a producir protestas institucionales rusas a causa de esta situación; el nuevo ámbito de tensión en el marco geográfico del Báltico viene dado, en los años siguientes, a raíz del proceso de ampliación de la OTAN a la región y por el aislamiento a que se ha visto sometida la zona de Kaliningrado tras la ampliación de la Unión Europea en 2004.

Cabe destacar, por otro lado, que esta actitud constructiva y discreta, a pesar de las fuertes presiones populares y políticas que padecía Yeltsin, supone una inversión, un capital político inicial del cual Moscú espera obtener rendimientos; y aparentemente los obtiene, dada la relación especial que se establece con Occidente, por la cual tanto las reformas políticas como las económicas que debe emprender Rusia, ambas largas, difíciles y traumáticas, empiezan a recibir el apoyo masivo de las organizaciones occidentales.¹⁹⁶ Desde el punto de vista económico, las reformas estructurales están fuertemente subvencionadas por Occidente, tanto por medio de los programas TACIS de la Unión Europea como de créditos concedidos por el Fondo Monetario internacional (FMI), el Banco Mundial (BM) y el G-7.¹⁹⁷ En cuanto al apoyo diplomático, Occidente no duda en dar su apoyo a la presidencia rusa y a sus políticas incluso cuando éstas son sumamente impopulares o éticamente reprochables. De este modo, durante la crisis que enfrenta a la presidencia con el Parlamento en Rusia, en otoño de 1993, las instituciones comunitarias otorgan su apoyo decidido a Yeltsin; el 22 de septiembre, una declaración sobre Rusia del Consejo expresa la solidaridad de Bruselas con la legalidad vigente en Rusia y el 4 de octubre el Consejo muestra su preocupación por los acontecimientos de Moscú y por la pérdida de vidas humanas, hecho que la Declaración atribuye a la acción de «fuerzas involucionistas»; el Consejo reitera en el mismo documento su apoyo al presidente ruso. A raíz del referéndum convocado por Yeltsin el mes de diciembre siguiente para revalidar la confianza del pueblo ruso en la presidencia, la UE envía observadores a la consulta y emite una Declaración el 16 de diciembre en la que otorga validez al proceso electoral; en esa misma Declaración, la Unión Europea se compromete a mantener la ayuda y cooperación con Rusia.

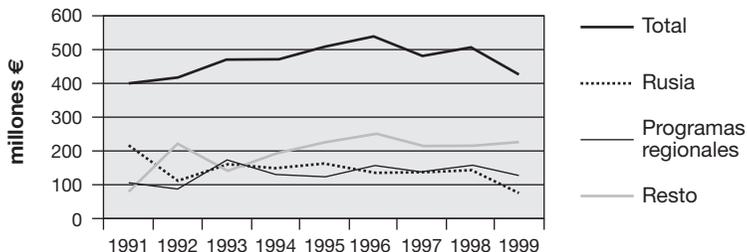
Se establece una relación particular entre la presidencia rusa y el apoyo que Rusia recibe desde el exterior. Por una parte, Occidente ve en Yeltsin el garante de la estabilidad regional y global que tan necesaria resulta tras la guerra fría. Yeltsin, a su vez, necesita el apoyo económico y diplomático de la comunidad internacional, y mantiene una actitud dócil ante las iniciativas internacionales, incluida la extensión de la in-

fluencia occidental en Europa del Este, ya sea con la aceptación de una tutela diplomática en los Balcanes¹⁹⁸ o fomentando la incorporación de los países del área a las instituciones occidentales. Por otra parte, los sectores cada vez más nacionalistas y resentidos por la crisis económica y política en el interior de la sociedad rusa ven en Yeltsin un político corrupto en manos de los intereses occidentales y opuesto a los intereses nacionales. Como consecuencia, Yeltsin y su entorno se ven obligados, cada vez más, a realizar una doble política de aquiescencia con la comunidad internacional al mismo tiempo que se mantiene una retórica nacionalista que raya a menudo en la demagogia. Este difícil equilibrio vive una nueva fase cuando, a partir de finales de 1993, Rusia parece recuperar cierta influencia internacional dentro de la CEI e incluso fuera de dicho espacio.¹⁹⁹

La cooperación económica europea hacia Rusia: ¿ayuda o satelización?

Como hemos visto, el Consejo Europeo de Roma de diciembre de 1990 decidió establecer el programa TACIS, destinado a proveer de asistencia técnica y ayuda humanitaria a la URSS. A raíz de la disolución de la URSS y del surgimiento de las nuevas repúblicas de la CEI o nuevos estados independientes, el programa TACIS ha seguido aplicándose a los doce países de la Comunidad y a Mongolia. En el período 1991-1999 este programa ha destinado a dichos países un total de 4.221 millones de euros. De dicha cantidad, 1.274 millones, es decir, el 30,2 %, ha ido destinado exclusivamente a Rusia, 1.195 millones, el 28,3 %, a actuaciones regionales (epígrafe que comprende los programas interestatales, de seguridad nuclear y de cooperación transfronteriza), 308 millones, un 7,3 %, a la coordinación de los donantes, 254,8 millones, un 6 % del total, al apoyo a la aplicación del programa y el resto ha ido destinado a los otros países del programa y a «otros».²⁰⁰ A pesar de la posición privilegiada de Rusia, la ayuda de la Unión Europea canalizada a través del programa TACIS ha ido diversificándose con el tiempo y Rusia ha perdido proporcionalmente peso específico en el mismo con relación a las otras repúblicas y programas, como muestra el siguiente gráfico:

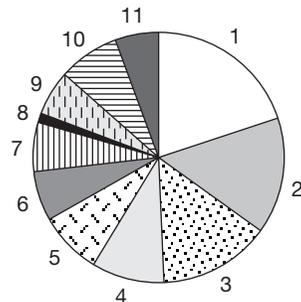
GRÁFICO 1
Evolución de los fondos TACIS, 1991-1999



FUENTE: elaboración propia a partir de datos extraídos de http://europa.eu.int/comm/external_relations/ceeca/tacis/figures.pdf.

En este gráfico puede observarse un paulatino descenso de la ayuda enmarcada en el programa TACIS, especialmente perceptible en el caso de la ayuda destinada a Rusia. Ello se debe a la tendencia a reducir la ayuda destinada a la región desde la Unión Europea, en parte a causa de la lenta, pero tangible mejora económica y en parte a causa de la voluntad de las autoridades comunitarias de canalizar las relaciones económicas con el área hacia un marco más comercial y menos vinculado a la ayuda al desarrollo. En el siguiente gráfico podemos ver cuál fue la aplicación de los fondos TACIS en el período que va desde su aprobación hasta 1999, según los diferentes ámbitos de aplicación de sus presupuestos:

GRÁFICO 2
Fondos TACIS 1991-1999 (en millones de €)



- 1) Seguridad nuclear y medio ambiente (851 millones de euros)
- 2) Reforma de la administración pública, servicios sociales y educación (632 millones)
- 3) Reestructuración de la empresa estatal y desarrollo del sector privado (595 millones)

- 4) Energía (381 millones)
- 5) Agricultura y alimentación (345 millones)
- 6) Transportes (279 millones)
- 7) Consejería y programas de proyectos menores (265 millones)
- 8) Telecomunicaciones (54 millones)
- 9) Otros (241 millones)
- 10) Coordinación de donantes (338 millones)
- 11) Apoyo a la aplicación del Programa (239 millones)

FUENTE: elaboración propia a partir de datos extraídos de http://europa.eu.int/comm/external_relations/ceeca/tacis/figures.pdf.

Llama la atención la importancia concedida dentro del programa TACIS a la seguridad nuclear y el medio ambiente, comprensible si tenemos en cuenta que se trata de una de las mayores preocupaciones en los países geográficamente cercanos al espacio que ocupa la URSS, dada la precariedad de las garantías medioambientales de dicha área y el riesgo de contaminación hacia los países vecinos. Es evidente la condicionalidad de la ayuda destinada a Rusia y a otros países con relación a los intereses y sensibilidades de la propia Unión Europea, lo que no debe sorprendernos. El mero hecho de destinar una ayuda tan masiva, sin embargo, denota un interés especial de Bruselas por mantener la estabilidad y unas relaciones amistosas en sus fronteras orientales.

Las buenas relaciones establecidas entre Bruselas y Moscú tienen probablemente su máximo exponente en el Acuerdo de Colaboración y Cooperación (ACC)²⁰¹ alcanzado el 23 de marzo de 1994 entre la Unión Europea y la Federación Rusa. Se trata de un acuerdo destinado a intensificar las relaciones políticas, culturales y económicas entre ambas partes y busca como objetivo el establecimiento de una «futura área de libre comercio entre la Unión Europea y Rusia».²⁰² El Acuerdo establece una colaboración más estrecha entre la UE y Rusia en los campos siguientes:

- comercial, con el establecimiento de obligaciones y normas liberales de comercio al estilo de la OMC entre ambas partes;
- político, con la construcción de una estructura institucionalizada para consultas a todos los niveles;
- en el ámbito económico, con un amplio programa de cooperación en campos como la ciencia y la tecnología, la energía, el transporte y las actividades relacionadas con el espacio;
- institucional, a partir de cumbres, del establecimiento de un Consejo de Cooperación que se reúna una vez al año y de un Comité de Cooperación dotado de nueve subcomités.²⁰³

En realidad, el ACC supone una profundización notable de la cooperación ya ensayada con el programa TACIS y se enmarca en una política de acuerdos llevada a cabo simultáneamente con Ucrania y Belarús.²⁰⁴ Con relación a su precedente inmediato, los Acuerdos de Asociación o Acuerdos Europeos firmados entre las comunidades y los países de Europa central y oriental, el ACC comporta una menor intensidad en las relaciones económicas, puesto que en ningún momento prevé la reducción o anulación de aranceles, pero, en contrapartida, plantea una intensa cooperación institucional y una agenda pormenorizada en asuntos de gran preocupación para las autoridades de la Unión Europea, como son la seguridad transfronteriza o el medio ambiente.

Es evidente el interés de las instituciones comunitarias por crear un marco de cooperación estable con Rusia. El ACC pretende ser dicho marco, en el que se muevan unos contactos comerciales cada vez más intensos y unas vinculaciones políticas que deben garantizar la estabilidad continental y la seguridad de la UE en un contexto mundial cada vez más complejo. Sin embargo, el contexto de la cooperación entre la Unión Europea y Rusia se da con dos premisas básicas de fondo: en primer lugar, una relación comercial desigual en la que la economía eurooccidental, que parte de una fortaleza básica compuesta de una autosuficiencia y una diversidad esenciales, se enfrenta a una economía rusa en reconstrucción, que no está en posición de establecer las condiciones en que debe ser llevado a cabo dicho comercio y ni siquiera puede regular su propia reconstrucción, a causa de los múltiples condicionamientos impuestos por las instituciones financieras internacionales sobre el modo en que deben ser utilizados sus préstamos y ayudas. En segundo lugar, la ayuda que la Unión Europea concede a Rusia y a otros países de su entorno, fundamentalmente a través del programa TACIS, es severamente controlada por las propias instituciones comunitarias, que velan por financiar y estimular aquellos aspectos que más interesan a los objetivos occidentales, muy específicamente la seguridad, en un sentido amplio que va desde el medio ambiente a la corrupción, la delincuencia transfronteriza o la estabilidad social, para crear la garantía de un «cinturón de tranquilidad» alrededor de la periferia inmediata de la Unión Europea.

De este modo, en la relación económica entre la Unión Europea y esa Rusia tan precisada de ayuda se distingue una serie de condicionamientos hasta cierto punto paradójicos. La cooperación europea está destinada a fomentar la recuperación de la economía rusa, e incluso parte de

los programas del TACIS están previstos para allanar el paso de una inversión exterior en el país, que se adivina preferentemente europea, con la creación de estructuras administrativas ágiles o la formación de empresarios o funcionarios en las normas básicas del capitalismo. Sin embargo, la misma estructura de esta ayuda, muy respetuosa con las instituciones rusas y su funcionamiento, no exige reformas en profundidad que garanticen una eficacia tangible de dichas políticas, lo que sin duda ralentiza –y hasta cierto punto imposibilita– las reformas económicas necesarias según el espíritu de esta cooperación. Como consecuencia, la economía rusa prosperó con acuciante lentitud, la inversión occidental tuvo serias dificultades para trabajar en el país y la privatización encontró problemas no sólo políticos, como era previsible, sino también administrativos, ante una inercia o desidia de los poderes públicos que las presiones financieras externas no parecen poder frenar, a pesar de los supuestos beneficios que deberían esperar de estos cambios.

La sociedad rusa, cada vez más inmersa en una pobreza que, por primera vez desde principios del siglo xx, presenta características claramente capitalistas, como la competitividad, el desempleo o la privación de derechos sociales, ve en la presencia financiera exterior una alianza estrecha entre los poderes políticos del país y unos intereses económicos externos poco centrados en el bienestar de Rusia y, en cambio, limita las potencialidades tanto económicas como políticas del país. El hecho es que la desigualdad de las relaciones entre los dos gigantes del continente europeo crea una dependencia asfixiante de la economía rusa, cada vez con menos margen de actuación soberana para resolver su propia crisis que, al contrario, no ve en esta fase vías de solución rápidas y eficaces.²⁰⁵

La restauración de la confianza internacional

Si bien en un principio, como hemos visto, la recuperación de un área de influencia directa para Rusia tropezó con notables dificultades, hubo, en cambio, un consenso en la comunidad internacional para admitir a Rusia como el claro sucesor de la Unión Soviética en el sistema global, e incluso se puede decir que el nuevo Estado ruso fue bien recibido en el mundo. Ya en la constitución de la CEI, el 21 de diciembre de 1991 en Almà-Ata, los estados sucesores de la URSS acordaron que Rusia debe-

ría ser quien detentase el asiento permanente que mantenía la Unión Soviética en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Inmediatamente, Borís Yeltsin transmitió tal decisión a la Asamblea General y al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, y las instituciones de la ONU no plantearon mayores inconvenientes a dicha sucesión. El recibimiento positivo de Rusia en la comunidad internacional es especialmente notorio, habida cuenta que sustituye a la antigua potencia comunista, cuya existencia desestabilizaba la seguridad de Occidente y condicionaba la del mundo en general; las organizaciones internacionales incluso veían con un claro optimismo la recuperación económica y política del país y auguraron una cooperación positiva con la nueva Rusia. Sin embargo, la continuidad de la crisis económica y de la inestabilidad política en Rusia impiden que este país se incorpore al nuevo orden internacional como potencia o simplemente en pie de igualdad con el mundo occidental. A este respecto, es cierto que Rusia, antigua potencia altiva, se ve obligada a presentarse como un mendigo inestable en el nuevo orden internacional, pero queda en el campo de la especulación hasta qué punto las potencias de este nuevo orden estarían dispuestas a otorgar un estatus de paridad a una Rusia en mejores condiciones.

En cualquier caso, el mundo occidental expresa su apoyo y su confianza a la nueva Rusia en tres campos distintos pero estrechamente vinculados entre sí: a) el ámbito de la seguridad; b) las recomendaciones y ayudas del FMI; c) otras instituciones en materia de reforma económica y la intervención financiera directa. En primer lugar, en cuanto al aspecto de la seguridad, en mayo de 1992 Estados Unidos y Rusia firmaron el protocolo de aplicación de los acuerdos START de reducción de armas estratégicas a que habían llegado Bush y Gorbachov en julio de 1991; en este protocolo se conmina a Ucrania, Belarús y Kazakstán a eliminar en un período de cinco años la totalidad de su armamento nuclear, que debe ser destruido o transferido a Rusia. Por otra parte, ya en diciembre de 1991 se crea el Consejo de Cooperación del Atlántico Norte (CCAN) entre los entonces dieciséis países de la OTAN y nueve de Europa central y oriental;²⁰⁶ Rusia ingresa en la CCAN como miembro fundador; el mismo mes, Yeltsin vuelve a expresar su objetivo de conseguir que Rusia ingrese en la OTAN.²⁰⁷

En segundo lugar, en el plan económico el FMI recomienda a las autoridades rusas aplicar un saneamiento presupuestario, una política de restricciones monetarias y la liberalización total de los precios de la ener-

gía (esta última medida sería rechazada por Yeltsin en prevención de la conflictividad social que generaría). El mismo FMI concede un total de 5.500 millones de dólares en créditos destinados a Rusia a raíz de la adhesión de este país a la organización, en abril de 1992. Por último, a esta cifra se añadió un total de 24.000 millones de dólares en ayudas y créditos occidentales, 6.000 de los cuales estaban destinados a la estabilización del rublo. El nuevo Estado de Yeltsin, en definitiva, goza de una fuerte confianza por parte de Occidente, a pesar de su precaria situación política y económica.

El momento en que este apoyo se puso a prueba de un modo más claro, en esta primera fase de la consolidación del Estado ruso, fue durante la crisis política de otoño de 1993. El enfrentamiento entre la presidencia rusa y el Parlamento o *Duma*,²⁰⁸ durante el cual ambas instituciones se desautorizaron mutuamente, culminó con el encierro de diputados en el edificio de la *Duma* y el asalto de dicho edificio por tropas presidenciales, el 3 de octubre, con un resultado de 145 muertos. A pesar de lo contundente de la decisión y del elevado número de bajas, la resolución del conflicto confirió a Yeltsin una mayor popularidad interna y un decidido apoyo externo. Así, la CSCE manifestó su apoyo a Yeltsin, y la Unión Europea, como ya se ha dicho, también hizo pública su solidaridad con el presidente,²⁰⁹ al igual que la Administración de Clinton. El presidente, confiando en su carisma, convocó un nuevo referéndum para reformar la Constitución, que se convirtió en un plebiscito sobre su persona; salió relativamente airoso, puesto que obtuvo un 58,4 % de los votos, con el 54,8 % de participación. La Unión Europea envió observadores a la consulta que dieron validez al proceso electoral. También en diciembre se celebran nuevas elecciones a la *Duma*, que vuelve a ganar una oposición a Yeltsin dividida y heterogénea.²¹⁰

Los hechos de otoño de 1993 parecen abrir una breve época de esplendor para Yeltsin y la política exterior rusa. El rigor con que aquél solucionó la crisis institucional con el Parlamento, lejos de desprestigiarlo le dio una imagen de político audaz ante el pueblo ruso y sus aliados, prestigio que él intentó aprovechar expandiendo su influencia.

Por otra parte, una serie de consultas electorales en Europa central y oriental parecen emitir un mensaje de agotamiento de la vía prooccidental y procapitalista emprendida por sus dirigentes, puesto que se producen algunas victorias electorales de formaciones heredadas de los antiguos partidos comunistas. Aunque es cierto que estos partidos han sido

fuertemente reciclados, al convertirse a la socialdemocracia europeísta y renegar de su responsabilidad en los regímenes comunistas resultan ser la única referencia de nostalgia para el período del socialismo real y sus éxitos llevan a una profunda reflexión sobre la evolución política de la zona. En concreto, A. Brazauskas, del Partido Democrático del Trabajo de Lituania, fue elegido presidente de su país con el 60 % de los votos el 14 de febrero de 1993; la Alianza de la Izquierda Democrática (SLD) fue el partido más votado para establecer el Parlamento polaco, con el 20,4 % de los sufragios, el 19 de septiembre de 1993; el Partido Socialista Húngaro (MSzP) logró el 54,1 % de los votos en los comicios del 8 y 29 de mayo de 1994 en Hungría; y el Partido Socialista Búlgaro obtuvo el apoyo del 43,5 % del electorado en las elecciones parlamentarias búlgaras de 1994.

Sin embargo, más allá de las oscilaciones electorales en los países del Este (de difícil interpretación, por lo menos), resultan significativos los movimientos que se producen alrededor de la CEI entre mediados de 1993 y finales de 1994. En septiembre de 1993 nueve estados de la CEI firman un acuerdo de unión económica y al mes siguiente Georgia decide adherirse a la organización a cambio de apoyo militar en su conflicto en Abjasia. Efectivamente, en junio de 1994 Rusia despliega tropas de interposición en el conflicto abjaso, que se añaden, por lo tanto, a las fuerzas que ya mantiene desplegadas en Moldova, Tayikistán y Nagorno-Karabaj, por los sucesivos acuerdos en el marco de la CEI.²¹¹ Por otra parte, en julio del mismo año (1994) se producen elecciones presidenciales en Ucrania y Belarús que dan la victoria a sendos políticos partidarios de estrechar los vínculos con Rusia, de intensificar la cooperación dentro de la CEI e incluso de aceptar el componente ruso de sus propios estados, con la aceptación, por ejemplo, del ruso como lengua cooficial en sus países. Se trata del ucraniano L. Kuchma y el bielorruso A. Lukashenka, ambos rusófonos y provenientes de los sectores de la industria pesada tradicionalmente vinculada al PCUS y ambos vencedores ante sus contrincantes nacionalistas. En el campo de las relaciones con los países vecinos, hay que resaltar que en mayo y junio de 1994 Rusia llega a sendos acuerdos con Letonia y Estonia, respectivamente, para la retirada de sus tropas, una vez estos países han garantizado los derechos de los rusófonos que viven en ellos.

El papel internacional de Rusia también experimenta un fuerte impulso durante 1994. Los contactos y la colaboración entre Rusia y la

OTAN son intensos durante todo el año; en junio el país entra a formar parte de la Alianza por la Paz (APP o PfP), organismo impulsado el noviembre anterior por la OTAN para dar cabida a sus asociados de Europa del Este. Yeltsin había impuesto como condición para dicho ingreso el reconocimiento tácito de Rusia como potencia.²¹² Un mes más tarde, Rusia se adhiere a la parte política del G-7, con lo cual queda reconocida su capacidad de influencia sobre el sistema internacional. A comienzos de 1994 Rusia recibe también el beneplácito de la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa para su ingreso en dicha organización.

Este incremento de la influencia internacional rusa se ve desde Occidente con una mezcla de optimismo y recelo. En cualquier caso, la Unión Europea mantiene su política de cooperación institucional y económica con Rusia, a quien sigue considerando como potencial aliada. De este modo, como ya se ha dicho, la UE firma en junio de 1994, en Corfú, el Acuerdo de Colaboración y Cooperación (ACC) con Rusia, y en el mismo año lo hace con Ucrania y Belarús.²¹³

Rusia, potencia «protegida»

Resulta paradójico el estatuto que adquiere Rusia tras su advenimiento como Estado «normal», en 1991. Por un lado, la dolorosa transición de los diez años anteriores ha supuesto una sangría económica y social e incluso un trauma psicológico colectivo que no le permite ni siquiera afianzar su propio Estado en sus primeros años de existencia y aún menos consolidar su área de influencia directa y, con ella, su carácter de potencia. Sin embargo, existe un consenso tácito entre los actores principales del sistema internacional (Naciones Unidas, Estados Unidos, Unión Europea, FMI, etc.) para preservar un estatuto privilegiado de Rusia en dicho sistema que le permita conservar el carácter de potencia. Las razones para mantener este estatuto privilegiado son varias; podríamos distinguir tres de las principales:

- a) La más importante sigue siendo, sin duda, la potencia armamentística de Rusia. Objetivamente, su arsenal no es invencible por un Occidente que sigue reforzándose, pero no deja de ser intimidatorio y Rusia, consciente de ello, mantiene su capacidad

disuasoria, a pesar de su alto coste y de las sucesivas conversaciones de desarme (START I y II, conversaciones directas con EE.UU. y la OTAN, etc.).

- b) Aun prescindiendo de su capacidad defensiva (y ofensiva), las dimensiones geográficas y humanas de Rusia lo hacen un país incómodo en caso de hostilidad o inestabilidad, precisado de ayudas o intervenciones periódicas de la comunidad internacional. Occidente prefiere mantener en esta gran región una estabilidad precaria antes que una tensión permanente. O, dicho en palabras de Condoleezza Rice, «una Rusia aliada puede ser incómoda, pero una Rusia enemiga es peligrosa».²¹⁴
- c) Rusia mantiene lazos privilegiados con una amplia zona del mundo de alta conflictividad latente. Más concretamente, la influencia que puede ejercer en el polvorín del Cáucaso o en una zona de expansión potencial del islamismo, como Asia central, presenta un valor añadido precioso para la estabilidad global. Para ello Rusia tiene encomendada una misión: la de garantizar el control y la estabilidad de estas regiones, que difícilmente podría ejercer cualquier otro aliado seguro de Occidente. Este papel irá adquiriendo mayor importancia a medida que se consolida el nuevo sistema internacional de la posguerra fría.

A estos tres grandes argumentos podríamos añadir otros, como la creación de un gran mercado o el abastecimiento de hidrocarburos (aunque este último aspecto no tomará una gran dimensión hasta la crisis financiera rusa de 1998), pero en el momento de la independencia éstos parecen ser los tres grandes argumentos para mantener a Rusia en un puesto clave dentro de la esfera internacional de dignidad y seguridad que le permite seguir considerándose como una potencia más, aunque, por supuesto, como una potencia menor, regional o media, lo que supone una merma con relación a la situación privilegiada de la Unión Soviética durante la guerra fría.

Si la guerra fría ha acabado con un vencido, éste ha sido sin duda la Unión Soviética, que ha sucumbido sin remisión; pero Rusia, que aboga por ocupar su puesto en la esfera internacional, ha heredado la sensación y las características de un país vencido. La percepción de un país descuartizado, la permanencia de un liderazgo, el de Yeltsin, sumamente impopular en su país pero con excelentes relaciones internacionales, la pro-

longación de la crisis económica, las exigentes y no siempre delicadas condiciones del FMI y otros agentes económicos a la hora de dar ayudas a Rusia y la franca hostilidad que Moscú halla en sus socios de la CEI, han contribuido a la creación, en el imaginario colectivo ruso e incluso en la opinión especializada de dicho país, de la idea de una conjura exterior antirrusa. A pesar de ello, como hemos visto, en los medios internacionales prima la cautela a la hora de tratar la siempre delicada cuestión rusa y la consigna parece ser el respeto a la recuperación de un estatuto internacional digno para Rusia. Por supuesto, este país ya no está en condiciones de erigirse en superpotencia mundial ni de imponer sus intereses en la esfera internacional e igualmente por supuesto Rusia, como una potencia menor, ha tenido que aceptar la existencia de un sistema internacional hegemónico donde priman los intereses y las decisiones de Estados Unidos y de sus aliados más próximos. Antes que una situación, como se ha denunciado tantas veces, de *Delenda est Russia*,²¹⁵ podemos hablar seguramente de una *pax Americana* impuesta. Por supuesto, en una situación de escasa capacidad de poder internacional, resulta inevitable que en Rusia se desarrolle un sentimiento de vasallaje hacia esta potencia única, pero ello no la hace diferente a otras áreas del mundo. Las opciones que tiene Moscú frente a sí en ese momento, sin embargo, no se mueven entre el vasallaje y la hostilidad, puesto que el país ha perdido la capacidad (de momento, por lo menos) de presentar batalla, sino entre el vasallaje y lograr una posición más o menos cómoda de aliado, lo que resulta sumamente difícil dada la coyuntura económica y social del país, pero que ha sido la prioridad de los dirigentes rusos a partir de la independencia de éste.

En una situación como la que se encuentra Rusia, que se considera una potencia por derecho propio y cree que esta condición siempre se ha hallado intrínsecamente unida a la de la identidad rusa, Europa adquiere una dimensión importante. Hemos visto cómo la Unión Europea condiciona y define su propia identidad «europea» con relación a los demás, y muy específicamente con los vecinos inmediatos. En este caso, tras la asimilación de una Europa oriental ante la cual caben pocas dudas acerca de su europeidad y de la aceptación que ello supone en las instituciones comunitarias, la siguiente frontera que se establezca la determinan la existencia y características de Rusia y de su periferia inmediata. Al llegar la Unión Europea ante las fronteras de Rusia, establece una clara distinción entre los países que ha ido absorbiendo por el camino y que ini-

cian un proceso más o menos rápido de asimilación o, por lo menos, de asimilación, y Rusia, que no es asimilable. Por lo tanto, este país será objeto de un proceso de estabilización de unas relaciones amistosas y, en cualquier caso, de unos vínculos de mayor o menor dependencia según el grado de desarrollo económico y político que adquiera Moscú.²¹⁶

Es obvio el aspecto pragmático que hace de un país de las dimensiones y las características sociales de Rusia un espacio no asimilable e incluso inabordable para los proyectos de expansión comunitaria. Sin embargo, el hecho de encontrar a una Europa institucionalizada frenada *sine die* ante Rusia, en un momento precisamente de gran importancia en la definición identitaria e ideológica de esta Europa, fuerza a crear un marco de actuación en que la Unión Europea, o tal vez la futura Unión Europea que surja tras la ampliación y tras la puesta en funcionamiento de la Constitución, debe encontrarse contraponiéndose a sus opuestos, a los que no forman parte de la misma y no pueden, de momento, integrarse en los conceptos definitorios que pretende crear. Rusia, en este caso, ofrece un ejemplo particularmente difícil por su identificación histórica con Europa y por el complejo identitario que representa, igualmente de un modo histórico, la aceptación de su identidad como ente europeo.

Para la Unión Europea, para esa Europa unificada e institucionalizada, sus límites de Europa pueden establecerse perfectamente a partir de la frontera que se deberá fijar tras asimilar a una Europa geográficamente consistente; es (o será) europeo quien participe de una serie de valores culturales e históricos e incluso geográficos (siempre relativizables) que lo definan como tal y que sea considerado como europeo por aquellos países y sus habitantes que ya han sido admitidos en tan selecta concepción, acepción materializada con la adhesión a la Unión Europea; pero al mismo tiempo es (o será, o deberá ser) europeo aquel que pueda, por sus condiciones estructurales, participar en un proyecto político tan pragmático como es la Unión Europea. Y bajo este segundo punto de vista, desde luego, Rusia no lo es. Podrá considerarse partícipe de la cultura europea, miembro de una comunidad humana llamada Europa, indiscutiblemente europea desde el punto de vista geográfico. Y, desde luego, puede erigirse incluso en candidato para, tal vez algún día, formar parte de las instituciones de la Unión Europea, o parte de ellas, lo que daría lugar a un sistema organizativo regional ciertamente diferente al actual. Pero Rusia no podrá participar de momento del proyecto europeo que se está definiendo en la actualidad y que, en la hipótesis de admitir al gi-

gante ruso en su seno, debería transformar totalmente no sólo sus instituciones y su funcionamiento, sino su propia vocación identitaria y funcional. Europa se está construyendo como realidad política y pretende dotarse de un contenido humano que justifique tal unión; para ello, tiene que recurrir a la negación, a definir quiénes no forman parte de esta realidad política y, por extensión, humana, negación en la que entra una Rusia que no encaja con el entramado organizativo y con el proyecto político que representa la actual Unión Europea y la Unión Europea que parece tener que definirse para las próximas décadas.

Si «Europa» se define por medio de unas fronteras que dejan fuera a Rusia, Rusia debe hacer lo propio en un momento en que busca sus propias definiciones. Lo cual lleva a una nueva frustración de este país, al sentirse rechazado en un ámbito identitario que podía aportarle numerosos réditos de seguridad cultural y de apoyo material en tiempos de turbulencia; pero al mismo tiempo, esta frontera levantada entre Rusia y Europa hace revivir un debate secular sobre la propia esencia de lo ruso. Rusia no puede sosegararse con una identificación plena en una Europa que no puede asimilarla, y en consecuencia vuelve, sobre sí misma, a buscarse como centro de una realidad sin tener la certeza de que esta realidad sirva para mantener un esquema político o institucional pragmático. Por ello, las instituciones que mantienen a Rusia como núcleo deben ser sustentadas desde el exterior en espera de que una Rusia de difícil cabida en cualquier otro lugar tenga la capacidad para crear su propio marco organizativo internacional.

6. La primera crisis de Chechenia. Un paso atrás en la consolidación de Rusia

Chechenia: ¿culminación de un sueño o inicio de una pesadilla para Rusia?

En diciembre de 1994 Yeltsin intentó consolidar el aparente buen momento de su presidencia llevando a cabo una operación de fuerza sobre una de sus regiones más problemáticas, el Cáucaso norte.²¹⁷ El problema no era nuevo (Dudáyev, el presidente checheno, secesionista, había tomado el poder en Grozny en agosto de 1991, y desde entonces manifestó y llevó a la práctica su programa independentista) y siempre había sido grave, puesto que desde la disolución de la URSS se vivía una situación de tensión, bandidaje y guerra civil *de facto*, con distintos momentos de intensidad.²¹⁸ Incluso cabe detectar períodos de distanciamiento en la actitud de Moscú hacia Chechenia, en los que la existencia de una región secesionista dentro de las fronteras rusas, donde la administración y la autoridad del Kremlin son inoperantes y la propia región parece sumida en un caos de enfrentamientos entre bandas rivales y de pillaje, no parece ser el mayor problema con que se enfrentaba Rusia. Y ciertamente no lo era, si tenemos en cuenta la caótica situación con que debía lidiar el gobierno ruso a lo largo de este período. Incluso a lo largo de 1992 hallamos una curiosa complicidad entre las fuerzas chechenas, a menudo dotadas de armamento ruso capturado o logrado a través de oscuras redes de corrupción, que participan de un modo activo en el conflicto de Abjasia, en Georgia, con la necesaria connivencia de la Administración rusa, a través de cuyo territorio deben pasar los guerrilleros chechenos para unirse a sus compañeros abjasos. En un primer vistazo parece incompatible el proyecto de los secesionistas chechenos, que sueñan con una con-

federación del Cáucaso desde el mar Negro al Caspio, con los intereses rusos en la zona. No lo es tanto si tenemos en cuenta el enfrentamiento de Rusia con la Georgia de Gamsajurdia (y, después, de Shevarnadzé), cuya desestabilización propició la unión del país caucásico a la CEI en 1993 y la presencia de tropas rusas de «interposición» que garantizan la presencia de Moscú en la región.²¹⁹

A pesar de todo ello, Yeltsin eligió para su intervención ese preciso instante por tres razones: la primera es, como ya dijimos, el buen momento que vive Rusia y más concretamente la presidencia de Yeltsin; la intervención ante la *Duma* en 1993 había traído estabilidad al país al librar al presidente de su mayor oponente, el Parlamento; Occidente recibía bien a Rusia en sus instituciones y aportaba sustanciosas ayudas e inversiones; en la CEI e incluso en Europa oriental la imagen de Rusia y su reconocimiento como potencia iba recuperándose; y la crisis económica daba tímidas señales de haber tocado fondo. Parecía oportuno realizar una demostración de fuerza, similar a la que tantos réditos había aportado a Yeltsin al tomar la *Duma* un año antes y ofrecer al pueblo lo que debía haber sido un ejemplo de cohesión nacional, que los rusos tanto echaban en falta.

Hay una segunda razón, que se oculta a menudo detrás de gran parte de los conflictos de la región a lo largo de la posguerra: el abastecimiento de hidrocarburos. Chechenia no es una región petrolífera, puesto que su petróleo se había agotado décadas atrás, pero la existencia de refinerías en Grozny había convertido a la región en zona de paso de los oleoductos y gasoductos, llegados del Caspio y de Asia central por vía del puerto de Bakú, y que abastecen a Europa occidental. Este comercio, en gran medida en manos de compañías rusas como Lukoil o Gazprom, adquiere una importancia cada vez mayor por aquellas fechas, dados dos factores esenciales: en primer lugar la inestabilidad en Oriente Próximo y Medio y el bloqueo a Irak, que hacían subir el precio internacional del petróleo a cotas que convertían en interesante para Rusia su exportación; en segundo lugar, la precariedad de la economía rusa y la lentitud en su reactivación industrial hacían que la exportación de hidrocarburos tomase una importancia cada vez mayor en la inestable economía del país. Esta exportación se veía gravemente afectada por la inestabilidad en Chechenia, ya que los oleoductos cruzan la región y quedan fuera del control tanto del Estado ruso como de las compañías petrolíferas, lo cual hace que una recuperación del control sobre la zona fuese imperiosa desde el punto de vista económico.

La tercera razón para la oportunidad de la intervención obedece a la propia evolución bélica en Grozny. El presidente Dudáyev mantenía su enfrentamiento con sus opositores, aparentemente en un conflicto exclusivamente interno, es decir, entre fuerzas políticas chechenas. El 26 de noviembre de 1994 las fuerzas de Dudáyev, acorraladas en el palacio presidencial de Grozny, lograron inesperadamente una victoria sobre la oposición. Entre los soldados capturados, las fuerzas chechenas hallaron uniformes y armas del ejército ruso, e incluso soldados de reemplazo. Yeltsin pretendía aprovechar el momento; al intervenir inmediatamente no sólo quiere coger a las fuerzas de Dudáyev exhaustas y merendadas por el último esfuerzo bélico, sino acallar el escándalo que se ha empezado a levantar por la intervención de las fuerzas armadas rusas en un conflicto en que habían reiterado su voluntad de permanecer al margen. El 9 de diciembre Yeltsin lanzó un ultimátum a «todas las fuerzas en litigio», obviando aparentemente su propia implicación, y el 11 de diciembre el ejército ruso penetró en Chechenia.²²⁰

Sin embargo, lejos del paseo triunfal que soñaba Yeltsin, la incursión sobre Chechenia resultó ser un proceso largo, lento, doloroso y sangriento; hasta fines de febrero no se completa la ocupación de Grozny, y fuera de las ciudades el conflicto se mantuvo con operaciones de guerrilla y bandidaje que incrementaron la tensión y las víctimas prácticamente sin cesar. Por otra parte, los soldados rusos protagonizaron una serie de actos vandálicos que conmovieron a la opinión pública internacional, y en la propia Rusia surgió una fuerte oposición a una guerra prolongada cuyos objetivos últimos no quedaban claros a la opinión pública. Para los rusos, la guerra en Chechenia era una operación mal planificada, en que los soldados fueron llevados innecesariamente a una muerte segura; para la prensa internacional y para gran parte de la opinión pública mundial, el conflicto comportaba graves abusos de los derechos humanos de ciudadanos rusos y de los derechos colectivos de los chechenos, una guerra plagada de irregularidades y de violencia injustificada, la principal víctima de la cual era la población civil.

Las fuerzas chechenas siempre habían adolecido de una falta de cohesión, y el propio Dudáyev apenas logró aunar antes de la intervención rusa más que a un sector de la población de su república. Sin embargo, la propia atomización del pueblo checheno, con sus divisiones en clanes, valles, cofradías, etc., propició la existencia de una prolongada guerra de guerrillas en la que diferentes grupos autónomos tienen capacidad ofen-

siva y de desgaste durante un largo período de tiempo sin apenas mostrar problemas de abastecimiento o de coordinación. La represión del ejército ruso sobre una población sospechosa de apoyar a los «rebeldes» logró el efecto contrario: el rechazo generalizado a la ocupación rusa y el apoyo a un liderazgo que logró convertirse en un elemento casi mítico de la resistencia chechena.²²¹ En efecto, Dudáyev, desde su posicionamiento guerrillero tras huir de Grozny, se convirtió en un libertador etéreo y con propiedades casi sobrenaturales al escapar de numerosas emboscadas y acorralamientos de forma incomprensible; ello, combinado con la dureza y frialdad de la intervención rusa, contribuyó a crear una leyenda alrededor del líder checheno, erigido en una especie de justiciero clandestino, a pesar del autoritarismo y corrupción que había erigido durante el período en que ejerció el poder.

Las fuerzas chechenas, dispersas y con la gran movilidad que les otorga el conocimiento del terreno y la complicidad de la población rural, se permitieron realizar acciones espectaculares tras su abandono de las ciudades, tales como secuestros de grandes dimensiones (poblaciones, hospitales, etc.) o emboscadas a las fuerzas rusas. La versión oficial del Kremlin, que anunció varias veces la marginación de las fuerzas guerrilleras y repetidas victorias militares, fue desmentida repetidamente por la evidencia de un conflicto prolongado que no hacía más que desgastar la imagen del gobierno ruso ante su opinión pública y ante el mundo. En abril de 1996 Dudáyev pereció, víctima de una emboscada tecnológicamente sofisticada, en la que un misil localizó la señal emitida por su teléfono móvil. Este hecho, triunfalmente presentado por Moscú como el fin de la rebelión chechena, tuvo en realidad la consecuencia de reforzar la leyenda forjada alrededor de un personaje acorralado con tanta dificultad y, en cambio, consiguió relajar la vigilancia y el control que Rusia ejercía sobre un enemigo que había pasado a considerar como derrotado de un modo prematuro.

La sorprendente toma de Grozny por parte de las fuerzas chechenas, lideradas por el nuevo jefe guerrillero Basáyev, el 6 de agosto siguiente, puso en evidencia la fragilidad e inoperancia de las fuerzas rusas. Lo que debería haber sido una simple incursión condujo a la liberación de la capital chechena, en teoría fuertemente custodiada por el ejército. Estas malas noticias llegaron a Moscú precisamente cuando Yeltsin había superado con dificultades su reelección y enturbiaron las celebraciones de su nuevo nombramiento como presidente. Incapaz de mantener un

conflicto que se volvía repetidamente en su contra y que daba muestras de no poder controlar, Yeltsin accedió a iniciar conversaciones de paz en un momento de debilidad militar. Estas conversaciones las llevaron a cabo dos personajes alejados de los radicalismos castrenses de ambas posiciones. Por el lado checheno el representante designado fue A. Masjádov, líder clánico de tendencias moderadas, partidario de un amplio autogobierno pero distanciado de la violencia expresada por los dirigentes guerrilleros. Del lado ruso el encargado de negociar fue A. Lébed, secretario del Consejo de Seguridad ruso, un militar poco afecto al Kremlin y que había criticado reiteradamente la intervención sobre Chechenia. A primera vista sorprende la elección de estos dos personajes, que cabe achacar a la aceptación de la necesidad de buscar soluciones al conflicto más allá de la retórica agresiva que había presidido hasta entonces el conflicto, pero igualmente como una cierta desautorización de los protagonistas de tal postura, Basáyev y Yeltsin.

En septiembre de 1996 se firmaron los acuerdos de Grozny entre ambos representantes, acuerdos que fueron refrendados más tarde por las autoridades rusas y aceptados por todas las partes chechenas y por el propio pueblo checheno, que elegiría a Masjádov como presidente en las elecciones de enero de 1997 con el 59 % de los votos. Se establece una tregua; las fuerzas rusas acordaron retirarse y en 2001 se previó un referéndum sobre el futuro de la región. El resultado de esta primera guerra de Chechenia difícilmente podría ser más desastroso para Yeltsin. Había perdido el buen momento de que gozaba ante su población y hacia el mundo antes del conflicto, su popularidad se veía bajo mínimos e incluso su posicionamiento en tanto que presidente ruso era relegado de las conversaciones de paz a favor de un general personalista y populista, Lébed, su mayor crítico y que, en cambio se presentaba como un auténtico mito popular al haber logrado el fin del conflicto, con lo cual se erigía como el gran opositor que Yeltsin siempre había temido. Moscú volvió a perder el control sobre Chechenia, con la notable diferencia de que, en esta ocasión, ello se produjo con el acuerdo firmado de los representantes rusos. La imagen del propio país quedó manchada por los horrores de la guerra y será difícil restablecer el prestigio de un Estado y de una Administración tras este trágico episodio que, además, se saldaba con un rotundo fracaso militar. La primera guerra de Chechenia supuso un antes y un después en la presidencia de Yeltsin y en las relaciones entre pueblo y poder en este país, pero también en la imagen que proyectaba Rusia al

mundo y en las relaciones de ésta con sus vecinos y con las potencias mundiales.

Consecuencias de la intervención en Chechenia en la sociedad y la política de Rusia

Si uno de los objetivos de la guerra de Chechenia era reforzar y estabilizar la autoridad y la popularidad de Yeltsin, el efecto logrado fue precisamente el opuesto. Al contrario, la ausencia de buenas noticias desde el frente caucásico y, en cambio, el espectro de desolación y muerte que se cierne sobre los soldados llevados al frente dejó al descubierto la angustiada situación de la economía y la sociedad rusas, enfrentadas ahora al fantasma de una guerra prolongada, con el desgaste en la economía, el consiguiente autoritarismo (privilegios hacia los sectores militares, censura informativa, decretos de emergencia...) y la incertidumbre hacia el futuro.²²² La precaria situación económica del país, que debería haber sido enmascarada por unos acontecimientos bélicos que se presumían gloriosos para las fuerzas rusas, quedó al descubierto con toda su crudeza y dio al traste con las pretensiones oficiales de dotar de fuerte apoyo popular a la acción gubernamental. La brecha abierta entre el gobierno ruso y el pueblo no dejaba de crecer y Yeltsin, que había logrado espectaculares aumentos de popularidad en anteriores situaciones de tensión y violencia como fueron el intento de golpe de Estado de agosto de 1991 o el enfrentamiento con la *Duma* de octubre/noviembre de 1993, se vio incapaz de dotar a su nueva ofensiva en Chechenia de una carga populista que lograra afianzarlo en el puesto. Al contrario, a partir de dicha ofensiva el presidente fue convirtiéndose en un líder cada vez menos carismático y más impopular, denostado e incluso ridiculizado por la prensa y por gran parte de la opinión pública.

El presidente ruso apenas contaba con dos pilares básicos que reforzaban su autoridad: la falta de una alternativa política y el apoyo externo. El primer punto resulta clave para entender la permanencia de Yeltsin en el poder; aunque el presidente tenía una popularidad cada vez más escasa, sus oponentes no lograban superarle en carisma, y cualquier opción política contraria al gobierno recibía, del mismo modo, fuertes críticas de amplios sectores de la sociedad rusa. Por otra parte, cabe re-

cordar que el fracaso de la operación militar en Chechenia es extensible a casi toda la clase política rusa, puesto que Yeltsin había recibido un amplio apoyo de la misma, mientras que apenas algún líder minoritario como Yavlinski había condenado la guerra. El resultado de la derrota en el Cáucaso se trocó en un desprestigio profundo e irrefrenable de Yeltsin, pero del mismo modo en una nueva fase de desconfianza de la sociedad rusa hacia la clase política en general, porque apenas se vislumbraba un líder con capacidad de sacar a Rusia de su crisis y su desorientación. Incluso el general Lébed, que al haber conseguido firmar los Acuerdos de Grozny pasó a ser ante muchos rusos el único héroe del conflicto, se concentró más adelante en la política regional como presidente de la región de Altay y falleció pocos años después en un accidente de aviación.

Si bien Yeltsin contó casi siempre con un respaldo parlamentario suficiente, sobre todo después de 1993, y sus políticas tenían un apoyo popular básico (aunque ello no se reflejase necesariamente en un apoyo a su figura política, en especial al final de su mandato), la oposición política, capitalizada sobre todo por el Partido Comunista de la Federación Rusa (KPRF) de G. Ziugánov y, de una manera más desigual, por el Partido Liberal Democrático de Rusia (LDPR), de V. Zhirinovski, de extrema derecha, han mostrado repetidamente su capacidad de movilización social. La trágica escalada de acontecimientos que culminó con la toma del edificio de la *Duma* a sangre y fuego en otoño de 1993, pareció no perjudicar la figura de Yeltsin, sino más bien al contrario. No sólo reforzó su apoyo internacional, sino que reunió cierto consenso social al ganar el referéndum de reforma de la Constitución que había convocado para el 12 de diciembre del mismo año. El mismo día el partido que lo apoyaba, «Opción de Rusia», resultó la candidatura más votada para la nueva *Duma*, con 96 escaños sobre 450 (el LDPR obtuvo 70, y el KPRF 65).²²³ A pesar de ello, la inestabilidad parlamentaria forzó el retorno a las urnas en diciembre de 1995; en esta ocasión el KPRF resultó la fuerza mejor representada, con 157 parlamentarios, ante los 55 de la nueva fuerza presidencialista, «Nuestra Casa es Rusia» (NDR) y los 51 del LDPR. Cinco años más tarde el KPRF revalidó su primer puesto con 113 escaños, mientras que el entorno pro Yeltsin quedaba fragmentado en diversas candidaturas que aunaban una mayoría parlamentaria inestable y el LDPR, reconvertido en «Bloque Zhirinovski» (BZ) apenas reunía a 17 parlamentarios.

A pesar de este apoyo parlamentario irregular, Yeltsin supo mantener el control sobre la política rusa y, sobre todo, consolidar su dominio

personal del poder. Sus críticos siempre han resaltado precisamente la precariedad de su respaldo popular, que dependía en gran parte del apoyo que recibía de la comunidad internacional y lo que ello representaba en cuanto a estabilidad económica. Lo cierto es que la primera elección de Yeltsin como presidente de Rusia se produjo todavía dentro de la URSS, en junio de 1991, cuando obtuvo un clamoroso 57,3 % ante varios candidatos comunistas (N. Rizhkov, el mejor situado de ellos, consiguió un 16,9 %) y un Zhirinovski que ya obtuvo un 7,8 % de los votos. Cinco años más tarde, en una Rusia inmersa en la crisis y el desencanto, en medio de una guerra de Chechenia que no acababa de resolverse, a Yeltsin le costó más de lo previsto revalidar su cargo; en la primera vuelta, el 16 de junio de 1996, obtuvo un 35,3 % de los votos ante el 32 % de Ziugánov. En la segunda vuelta, el 3 de julio, Yeltsin se impuso con un ajustado 53,8 %, ante el 40,3 % de Ziugánov. La opción de Ziugánov no resultaba precisamente atractiva para la mayoría de los rusos, que no desconocían los errores y horrores de la época soviética; en estos resultados clamorosos para los comunistas debemos ver dos hechos clave: en primer lugar, el rechazo hacia un Yeltsin cada vez más esterocclizado en su actitud bélica y autoritaria; en segundo lugar, un voto prácticamente nostálgico de lo que para muchos había sido una época esplendorosa. A pesar de los defectos históricos de la Unión Soviética, para la mayoría de los rusos prevalece un argumento irrefutable: bajo la URSS se vivía mejor en casi todos los sentidos, desde la supervivencia cotidiana al orgullo nacional.

Si podemos percibir una constante en la evolución política de Rusia en esta década, es el valor electoral y social de las opciones rígidas y coherentes. Yeltsin demostró sus mayores índices de popularidad cuando se enfrentó con un Gorbachov caduco y pusilánime, entre 1990 y 1991; ante unos golpistas obsoletos y descoordinados, en agosto de 1991; o ante una Duma díscola y multiforme, en octubre-noviembre de 1993. Más adelante, un Yeltsin burocratizado y plegado a las exigencias de las instituciones internacionales, incapaz de sacar al país de la crisis o ni siquiera de conseguir una rápida victoria en Chechenia, difícilmente podía convocar el fervor de las multitudes. Por otra parte, los rivales directos de Yeltsin no se caracterizaron precisamente por su talante democrático y flexible y representaron, cada cual a su modo, la exigencia popular de una Rusia prepotente que se hiciera respetar por el mundo y que lograra una gran cohesión social. La opción política más cercana a las democracias de corte occidental, el *Yabloko* de G. Yavlinskiy, en ningún caso superó el

8 % de los votos. Más allá del tópico ya muy manido que atribuye al pueblo ruso una tendencia innata al autoritarismo por sus condicionamientos históricos, culturales e incluso geográficos, hay que ver en la evolución política de este período el reflejo de una sociedad necesitada de una dirección fuerte para enfrentarse a una crisis aguda y con ello devolver al país un orgullo que considera perdido.

Aquí cabe mencionar el profundo sentimiento de victimismo que vive Rusia a lo largo de este período. Sentimiento comprensible, si tenemos en cuenta el salto cualitativo que vivió el país en pocos años: de ser una superpotencia capaz de enfrentarse políticamente a cualquier otra, centro de una de las opciones ideológicas y estratégicas de un mundo bipolar, Rusia pasó no sólo a ser una potencia regional o ni siquiera un «país como los demás», sino que se convirtió en un país pauperizado y despedazado, sometido a la caridad de las instituciones financieras internacionales y a un entorno internacional que ya no podía condicionar. Cundió en Rusia la sensación de que todo ello, incluida la desorientación ideológica, la degeneración moral y la crisis demográfica en la sociedad rusa, era consecuencia de la prolongada ofensiva que el mundo occidental había realizado contra Rusia a causa del enfrentamiento bipolar de la guerra fría, de la lucha contrarrevolucionaria o, incluso, del recelo hacia los valores culturales rusos.²²⁴ El victimismo ruso era alimentado por la demora en la recuperación económica y dio lugar a un antioccidentalismo que en realidad no era nuevo en la tradición política rusa,²²⁵ pero que en esta etapa mostraba claros referentes ideológicos que dieron lugar a fuertes movimientos sociales: en primer lugar, como ya hemos visto, una nostalgia de la grandeza de Rusia en tanto que Unión Soviética, traducida en un sólido respaldo a los candidatos comunistas, en el masivo seguimiento de las celebraciones tradicionales de la URSS (1 de mayo, 17 de noviembre, etc.) y en el surgimiento de numerosos movimientos neobolcheviques a menudo radicalizados y enfrentados entre sí. El segundo fenómeno político que refleja este victimismo fueron los movimientos de extrema derecha ultranacionalistas y agresivos, cuyo ejemplo más conocido y popular sería el Partido Liberal Democrático (PLD) de Zhirinovski. A pesar del discurso retórico y violento de este líder, numerosos grupos le superan en agresividad e incluso en simbología radical, sin desdeñar a menudo el antisemitismo y la parafernalia nazi. Más allá del ámbito político, otro fenómeno social digno de ser recalcado es la revitalización de la Iglesia ortodoxa rusa, que se convirtió pronto en un refe-

rente incluso entre los declarados no creyentes;²²⁶ la nueva jerarquía eclesiástica se dotó pronto de una retórica tradicionalista, nacionalista, victimista, antioccidental y antiecuménica en que se veía reflejada gran parte de la sociedad rusa.

Uno de los principales agravios de este sentimiento de opresión tan extendido en Rusia durante esta etapa es la desfiguración de Rusia en su ámbito nacional «natural». Si para muchos rusos la disolución de la URSS fue un acto deliberadamente provocado para debilitar a Rusia amputándole grandes partes de su territorio, esta agresión intolerable tenía su continuidad en la permisividad internacional (con la complicidad de las élites rusas corruptas) ante la pérdida de cohesión social y territorial de Rusia (o de «lo que queda de Rusia»). En este contexto, debemos entender la primera operación militar sobre Chechenia (1994-1996) como un intento de Yeltsin de retomar el favor popular al recuperar para Rusia su integridad territorial y, por lo tanto, moral. La condena internacional de dicha operación sería, para este pensamiento ampliamente extendido, una muestra del recelo occidental sobre la posibilidad de una recuperación de la dignidad de Rusia, y el fracaso del operativo, una evidencia de la corrupción y la ineficacia de un gobierno títere, pero al mismo tiempo una muestra de la decadencia de las fuerzas armadas de Rusia y de la falta de cohesión que ha alcanzado el pueblo ruso, incapaz de mostrarse unido alrededor de una campaña de interés nacional.

Al mismo tiempo que Rusia busca recuperar su cohesión territorial reintegrando, con métodos no siempre loables, las regiones con tentaciones secesionistas, el país debe readaptarse a una nueva realidad nacional, lo cual tampoco resulta un camino fácil. Si ya es doloroso renunciar a territorios históricamente conquistados por Rusia y con los que este país ha compartido parte de su evolución histórica, como es el caso del Cáucaso, los países bálticos o Asia central, para la mayoría de los rusos es absurdo tener que cruzar fronteras para viajar a Ucrania o Belarús, países que son considerados no ya como parte de un mismo conjunto cultural, sino de una única realidad nacional. Este sentimiento (por otra parte, compartido por muchos ucranianos y, sobre todo, bielorrusos) alimenta la nostalgia de los regímenes anteriores y choca con la tendencia a la cohesión de los nuevos estados (incluida Rusia), que refleja en las nuevas fronteras las realidades nacionales que tienden a consolidarse. Lentamente, tanto la sociedad como la clase política y la intelectualidad rusas han ido adaptándose a la nueva realidad política y a la ubicación en un marco in-

ternacional de las relaciones con su antigua área de influencia directa. Pese a ello, persiste en gran parte de la sociedad la sensación de que la atomización del espacio nacional tradicional ruso es fruto de una penalización o de una prevención por parte de sus antiguos rivales, y que una recuperación del papel de Rusia ante el mundo y ante sí misma pasa por la reintegración de este espacio, considerado como irrenunciable.

En cuanto al segundo punto de apoyo de Yeltsin, el espaldarazo permanente que recibe de la comunidad internacional, resulta mucho más endeble y ello por dos razones que se analizarán a continuación: en primer lugar, el apoyo exterior a Yeltsin se resiente de su involucración en los abusos de Chechenia; en segundo lugar, la estrecha colaboración entre Yeltsin y las potencias internacionales, antes que contribuir a mejorar la imagen de Yeltsin ante la población rusa, ayudó a crear entre la ciudadanía de este país una imagen negativa de la actuación internacional y, más concretamente, de las potencias occidentales.

Reacción internacional ante la crisis de Chechenia

La implicación rusa en la primera guerra de Chechenia supuso una separación definitiva en las relaciones entre Rusia y Europa, e incluso en la deriva que toma la política exterior rusa en relación con su entorno inmediato. Al principio, los países occidentales mantuvieron un discreto silencio a raíz de la crisis de Chechenia por temor a empeorar unas relaciones con Rusia siempre delicadas, especialmente cuando Rusia ya había manifestado, en la cumbre de Budapest de la OSCE (septiembre de 1994) sus reservas en relación con la ampliación de la OTAN hacia Europa central. En la primera fase del conflicto caucásico los líderes occidentales esperaban que la intervención fuera rápida y con un coste mínimo en vidas humanas, por lo cual en este período se detectó un tenso silencio en las capitales europeas sobre esta materia. La frase más repetida en ese momento era que se trataba de un «asunto interno» ruso. Por otra parte, existía el miedo a que la crisis caucásica tuviera un «efecto dominó» que llevara a una desintegración de la Federación Rusa, con una pérdida de poder del centro político en este país, con el consiguiente riesgo sobre la seguridad en esta área y con lo que ello implicaba sobre el control del armamento ruso. Para Malcolm Rifkin, secretario de Defensa británico,

«Rusia sigue siendo una potencia nuclear, es muy importante para nosotros que siga siendo un país estable con paz interna».²²⁷ A finales de diciembre, sin embargo, a medida que se hacía evidente la actitud rusa de tomar Grozny a cualquier precio y que el ejército ruso no haría distinción entre los objetivos «estratégicos» y los civiles, las críticas occidentales se hacen más visibles y las posiciones rusas quedan más aisladas. Mientras Occidente censura el uso desproporcionado de la fuerza, otras áreas del entorno ruso muestran una mayor preocupación por la propia intervención, sus causas y sus medios. El mundo islámico, especialmente Turquía e Irán, que se consideran actores dentro del entorno geográfico y de seguridad del conflicto, hacen repetidos llamamientos al diálogo entre las partes en litigio. En Europa central el conflicto se ve con auténtica preocupación; para el ministro polaco de Asuntos Exteriores, Olechowski, «una forma tan agresiva de resolver los conflictos políticos debe preocupar necesariamente a los vecinos»; el presidente rumano Ion Iliescu declara su alarma por el «regreso a las tendencias imperialistas», mientras otros líderes de la zona, como L. Walesa y V. Havel, expresan su preocupación por los hechos y se producen manifestaciones populares de repulsa.²²⁸ En otros países donde el expansionismo ruso es todavía un recuerdo fresco, como Estonia o Ucrania, se llegan a reclutar voluntarios para luchar en el lado checheno.²²⁹

Más allá de las reacciones inmediatas al conflicto es perceptible, sin embargo, un claro cambio en las actitudes de la comunidad internacional hacia Rusia. La reacción prácticamente unánime de rechazo a la operación militar se debe al abuso de medios militares, al desprecio de cualquier solución política y a la violación permanente de los derechos humanos a lo largo de la crisis. No podemos obviar, sin embargo, un hecho clave en la evolución de ésta: la imagen de incompetencia que refleja el ejército ruso y las instituciones políticas de Rusia al mundo y a su propia opinión pública. Lo que debería haber sido un paseo triunfal de un ejército poderoso contra un puñado de bandidos desorganizados y corruptos se convierte rápidamente en una larga, sangrienta costosa y caótica operación militar, en la que un pequeño pueblo marginal y apenas cohesionado parece mantener la iniciativa ante lo que poco antes había sido la segunda potencia militar del mundo. Una acción igualmente injusta y desproporcionada, pero rápida y eficaz, como la que Yeltsin había ordenado sobre la *Duma* en otoño de 1993, muy probablemente no hubiera supuesto más que unas tímidas reacciones condenatorias de la

prensa internacional y podría haber aumentado el prestigio internacional que ya se estaba forjando Moscú. Pero la evolución del conflicto no refleja a los ojos de los vecinos de Rusia la imagen de un gigante autoritario y poderoso ni la de un líder carismático, sino la de un Estado con serios problemas para resolver sus problemas internos más básicos, como pueden ser el orden público o la cohesión del mismo.

La ilusión de mantener un área de influencia rusa en varios grados queda seriamente maltrecha y, en gran medida, irreversiblemente perdida. En Europa central y oriental se desvanecía cualquier posibilidad de mantener o reconstruir la presencia de Moscú²³⁰ y las reticencias rusas a la ampliación de la OTAN fueron rápidamente rechazadas por los países interesados, que veían revivir el fantasma del expansionismo ruso, tan familiar en sus historias recientes.²³¹ A pesar de diferentes esfuerzos diplomáticos (por ejemplo, con la gira del diputado tártaro Ramazan Abdulai-pov a varios países árabes), el prestigio ruso en el mundo islámico entraba igualmente en una larga fase de crisis aguda.

Pero probablemente donde más se resintió la diplomacia rusa es en lo que representa el área preferente de intereses del Kremlin, aquella con que contaba más Yeltsin para reconstruir su identidad como potencia: la CEI. Y allí es donde vuelve a chocar con el obstáculo reiterado a esta influencia, Ucrania. A pesar de la victoria electoral de L. Kuchmá en 1994, que se había presentado ante el electorado ucraniano como defensor de la CEI y de mantener vínculos estrechos con Rusia, los políticos ucranianos volvían a iniciar una fase de rechazo y desconfianza hacia el poderoso y permanentemente inestable vecino del Este. Aparentemente, podríamos hallar razones objetivas de sobra que explicasen este enésimo enfrentamiento ruso-ucraniano, como son el reparto de la flota del mar Negro,²³² las reiteradas reivindicaciones territoriales rusas²³³ o el déficit energético ucraniano, con la deuda que ello suponía para el suministro de gas siberiano. Más allá de estos hechos objetivos, sin embargo, podemos detectar un proceso de autoafirmación nacional en Ucrania en la que tomaban un papel absolutamente relevante la creación y consolidación de unas élites políticas lanzadas (a menudo con la pasión del converso) al nacionalismo y al distanciamiento con relación a Rusia.²³⁴ Kuchmá no puede separarse de una tendencia general a la exaltación nacional y al agravio comparativo constante hacia una Rusia prepotente y amenazadora.²³⁵ Esta autoafirmación nacional no sólo permite mantener la demagogia que posibilita la perpetuación en el poder de la nueva clase política; también lo-

gra que penetre en la opinión pública ucraniana la ilusión de un eventual acercamiento a la Europa institucionalizada que solvente el problema latente de su alineamiento internacional y, en definitiva, de su identidad nacional.²³⁶ La tentación (o la amenaza) de abandonar la influencia rusa para dirigir la mirada hacia el Oeste pesó con fuerza durante este período, y siguió siendo durante mucho tiempo la carta con que jugaron ante Rusia no sólo los líderes ucranianos, sino también determinados analistas y políticos occidentales.²³⁷

El enfrentamiento ruso-ucraniano, la desconfianza general hacia la influencia del Kremlin y la prolongación de la crisis económica en todo el espacio de la antigua URSS paralizaron el funcionamiento práctico de la CEI. Paradójicamente, la actividad diplomática de la Comunidad se mantuvo inopinadamente activa durante los años 1995-1996, pero su materialización quedó a menuda aplazada indefinidamente o bien abandonada en la inconcreción orgánica de la organización o en el entramado burocrático cada vez más espeso de sus Estados miembros. Así, a lo largo de este período se firmaron acuerdos multilaterales relativos a la garantía de los derechos de las minorías nacionales, la seguridad colectiva, la prevención y resolución de conflictos y las fuerzas colectivas para el mantenimiento de la paz y la defensa del espacio aéreo comunitario.²³⁸ Sin embargo, la aplicabilidad de dichos acuerdos fue muy limitada, y tampoco llegó a aplicarse la unión económica que se había aprobado en 1993; así, la actividad diplomática de la CEI no pudo evitar la aparición de ejércitos propios, monedas de los diferentes estados y el establecimiento de economías claramente diferenciadas en las nuevas repúblicas.²³⁹

Europa ante la crisis chechena

Si la operación militar del Kremlin sobre el Cáucaso recibe una fuerte condena internacional, como se ha visto en el apartado anterior, en la Unión Europea, el principal baluarte de la confianza internacional sobre Rusia, es donde esta repulsa tiene mayores consecuencias para el mantenimiento de una relación estable de Moscú con el mundo en los años siguientes.

La política comunitaria de buenas relaciones con Rusia que aparentemente había llevado Bruselas desde 1991 quedó truncada en 1994. Este año el ministro de Asuntos Exteriores, A. Kózirev, que había acom-

pañado a B. Yeltsin en sus primeros años y a quien se considera a menudo, por esta razón, como uno de los principales valedores de la política prooccidental de esta fase, a pesar de sus polémicas intervenciones en los organismos internacionales,²⁴⁰ fue sustituido por el agresivo y nacionalista E. Primákov. El nuevo ministro inició una política de priorización de las relaciones con la CEI y disminuyó la importancia concedida anteriormente a las relaciones con Europa. Este giro político tuvo su plasmación mayor y más significativa a raíz de la intervención rusa en Chechenia, en diciembre del mismo año. A pesar del intento institucional de mantener las buenas relaciones con Moscú, diferentes personalidades de la Unión Europea expresaron su profundo malestar respecto a la ofensiva rusa. Y tras el 28 de diciembre, fecha en que Yeltsin había prometido frenar el bombardeo de objetivos civiles en Chechenia, los críticos de la actitud rusa fueron ganando adeptos. Es sintomática la opinión del ministro alemán de Asuntos Exteriores, Klaus Kinkel, en una entrevista concedida al diario *Berliner Zeitung*:²⁴¹

The methods which the Russian government is using to try to resolve the conflicts are cause for the utmost concern [...] We find it hard to understand the reaction of the Russian government. There must be respect in this conflict for human rights, the basic principles of the OSCE and for appropriateness of the means used.

El ministro alemán de Economía, por su parte, afirmó que «si el gobierno ruso no respeta los principios que esperamos del mismo, no podremos evitar las sanciones económicas». Otros políticos comunitarios, como los ministros de Asuntos Exteriores francés e italiano,²⁴² también expresaron un claro rechazo por los métodos rusos. Franceses, belgas y neerlandeses exigían el respeto al Código de Conducta de la OSCE, mientras que el primer ministro británico, John Major, a pesar de secundar las críticas generalizadas, las realizaba en un tono más moderado. Los más críticos fueron, sin lugar a dudas, los políticos nórdicos. Dinamarca suspende un acuerdo bilateral de cooperación militar con Moscú y propone sanciones políticas y económicas a Rusia, al mismo tiempo que se niega a ratificar el ACC con dicho país. El ministro noruego de Asuntos Exteriores, B. Tore Godal, condena la «actitud brutal» de Rusia, mientras que su colega sueca, L. Hjelm-Wallen, declara que «una civilización avanzada no resuelve los conflictos de un modo que cause tanto sufrimiento humano,

tantas bajas y tanta destrucción material». El Consejo Nórdico añade que «la violencia ciega y el abuso de los derechos humanos en Chechenia no son aceptables».²⁴³

La reacción comunitaria de protesta pronto pasa a la esfera propiamente institucional. Tanto el Parlamento Europeo²⁴⁴ como el Consejo²⁴⁵ y otras instancias de la Unión Europea emiten repetidas declaraciones de condena de los excesos cometidos por las tropas rusas en Chechenia y de apoyo a las acciones de la OSCE para alcanzar un alto el fuego y mejorar la situación de los refugiados. De este modo, el comisario para Asuntos Exteriores de la UE en aquel momento, Hans van den Broek, expresa ante una delegación parlamentaria rusa en visita a Bruselas durante el conflicto que «Rusia está utilizando tácticas de terror y una fuerza militar excesiva en su actuación en la crisis de Chechenia».²⁴⁶ Más adelante, Van den Broek muestra sus temores por la deriva de la crisis: «Estamos seriamente preocupados, casi indignados, por la forma en que este problema político está siendo abordado con medios militares». Por su parte, el presidente de la Comisión, Jacques Delors, declara que «[Yeltsin] debe entender que si sigue por este camino, nuestras relaciones cambiarán. La ayuda significativa que estamos aportando deberá ser revisada».²⁴⁷ El 30 de diciembre de 1994, los embajadores comunitarios en Moscú hacen un llamamiento a los líderes rusos al diálogo. En abril de 1995 la Unión Europea decide congelar la rúbrica final de su acuerdo comercial con Rusia, el ACC, a raíz del conflicto checheno. La tensión entre la Unión Europea y el Kremlin sigue durante la primera mitad de 1995, mientras las instituciones comunitarias mantienen el aplazamiento del ACC a la espera de que Moscú inicie conversaciones políticas en el conflicto checheno. En realidad, Bruselas desbloquea la situación al dar por buenas las conversaciones que ofrece Yeltsin a la guerrilla chechena tras la espectacular operación guerrillera sobre Budennovsk, en junio de 1995. Esta ofensiva, junto con el desprestigio que ya existía sobre la capacidad operativa rusa, lleva a Yeltsin a iniciar negociaciones; se trata de un proceso que pronto fracasaría, pero las instituciones europeas aprovecharon la ocasión para acabar con una situación de tensión que empezaba a perjudicar a ambas partes: por un lado, Rusia se veía cada vez más aislada internacionalmente, lo que amenazaba con agravar una crisis que precisaba de inversiones y ayudas exteriores para ser solventada; por otro, la Unión Europea no estaba interesada en absoluto en promover una situación de inestabilidad social y política tan cerca de sus propias fronteras.

Podríamos decir que la Unión Europea adopta un tono especialmente duro durante la crisis chechena,²⁴⁸ de hecho más duro del que toma cualquier otra organización internacional con excepción de la OSCE. Como hemos visto, los escandinavos y Alemania son los principales países que lideran la protesta contra las acciones rusas, pero la indignación es generalizada en todos los países occidentales. De cualquier forma, debe destacarse el tono elevado de las protestas institucionales comunitarias,²⁴⁹ que reflejan un estado de ánimo ampliamente extendido entre la opinión pública europea, pero que al mismo tiempo se trata de una actitud institucional de firmeza en la exigencia de coherencia hacia los socios políticos y comerciales de Bruselas.²⁵⁰

La reacción rusa fue de sorpresa y, al mismo tiempo, de refuerzo de las propias posiciones. La *Duma* rechazó la condena expresada por el Parlamento Europeo y Kózirev criticó amargamente las políticas «contraproducentes» comunitarias con relación a la crisis. En realidad, no existió unanimidad en lo que concierne al caso checheno entre la opinión pública de Rusia y entre su clase política: la situación de los soldados rusos era preocupante y el gobierno se resintió de la pésima planificación de las operaciones y de la capacidad de reacción de los guerrilleros chechenos.²⁵¹ Los políticos más prooccidentales, como Yavlinski, Gaidar y Lébed (este último, desde posiciones claramente nacionalistas), tomaron posiciones claramente críticas contra la actitud del Kremlin en el Cáucaso.²⁵² Un Yeltsin cada vez más aislado recurría a una retórica nacionalista en que desempeñaba un papel importante el factor del aislamiento impuesto desde el exterior, el enemigo externo una vez más como justificación de la política interna rusa. Se retoma, desde los sectores más cercanos al poder ruso, pero también desde las posiciones críticas a Yeltsin, el discurso victimista que presenta a Rusia como un país objeto de sospecha permanente, limitado por presiones exteriores en su actividad interna y, en definitiva, a los ojos de una gran parte de la sociedad rusa, es decir, sometido a control extranjero.²⁵³

Rusia frente a sus fantasmas. El retorno al aislacionismo

La crisis de Chechenia conllevó una grave desconfianza de Occidente hacia Rusia. Pero, de un modo tal vez más agudo y sin duda más preocupante,

comportó una fuerte desconfianza de Rusia hacia Occidente. El restablecimiento de lazos entre Rusia y el exterior, trabajosamente iniciado desde la política de seguridad colectiva de Gorbachov a mediados de los años ochenta, y profundizada con la conversión de Rusia al capitalismo y a la democracia liberal, sufre una fuerte andanada a partir de la intervención caucásica de 1994-1996. Ello se debe en gran medida a la sensación de frustración e impotencia ante la permanencia y agravamiento de la crisis económica, así como al cúmulo de insatisfacciones provocado por la evidencia de la corrupción en los altos niveles de la Administración y por la victimización que propicia la sensación de descuartizamiento del espacio nacional considerado como propio; pero, del mismo modo, refleja un residuo de sentimiento xenóforo y, más concretamente, antioccidental.²⁵⁴ Es el mismo sentimiento que fue estimulado en su momento por las autoridades soviéticas, crecidas en su propaganda retórica de hostigamiento exterior, e incluso por la historia rusa y su tradición de expansión agresiva hacia el exterior, en permanente competencia y conflicto con las otras potencias y en especial contra una Europa con quien se solapaban permanentemente los intereses. En realidad, el sentimiento incluso se corresponde con una realidad, puesto que el enañamiento de las potencias occidentales contra la Unión Soviética era algo muy real apenas diez años antes de la crisis de Chechenia, y no es extraña al propio proceso de desintegración de la URSS. Sin embargo, a mediados de los años noventa crece enormemente la sensación de acoso y derribo por parte occidental ante cualquier asomo de restauración de la dignidad de Rusia. La sociedad rusa achaca a Occidente gran parte de sus males, que podrían ser capitulados del siguiente modo:

- Occidente es el culpable de la crisis económica rusa, al haber hecho todo lo posible, durante la guerra fría, por aislar económicamente al país y privarle de sus recursos básicos extracontinentales; este aislamiento, además, ha llevado a un fuerte retraso de la economía rusa, privada del importante avance tecnológico vivido en el mundo capitalista en los años ochenta;
- presiona a las instituciones rusas para forzar su desarme, bajo la ficción de conversaciones y compromisos bilaterales, porque es la única potencia armamentística que ha podido competir con Estados Unidos, y tal vez podría volver a hacerlo;
- está interesado en el mantenimiento de esta crisis, limitando sus inversiones y concediendo créditos con condiciones onerosas que

mantendrán la economía rusa en manos de las instituciones occidentales de crédito *sine die*;

- mantiene un control político sobre el país al alimentar la permanencia de una élite política corrupta, sin interés real en las necesidades del pueblo ruso y sí, en cambio, en establecer contratos comerciales con empresas occidentales;
- fomentó en su momento la desintegración del país (para ello eran subvencionados desde tiempo atrás grupos de exiliados nacionalistas ucranianos, bálticos y de otros países en Occidente) con el fin de castigar a Rusia y prevenir cualquier posibilidad de ejercer efectivamente como potencia. Del mismo modo, a través de su influencia en las otras repúblicas de la CEI, fomenta la división y el odio antirruso para cimentar esta división y evitar cualquier forma de unión futura o ni siquiera de coordinación;
- previene y penaliza incluso el derecho del pueblo ruso a mantener la cohesión nacional y territorial del país, al condenar una intervención sobre Chechenia destinada a reintegrar esta región a la Administración legítima del mismo.

Por supuesto, estas muestras de resentimiento, aunque pudieran tener indicios de realidad,²⁵⁵ se basan en un resentimiento atávico alimentado por la crisis social y económica que vive Rusia en una dolorosa transición de difícil solución, pero sin duda mal dirigida. Este resentimiento no tiene un trasfondo ideológico claro, sino que la desorientación social que vive el país en esos momentos es lo bastante profunda como para originar un confuso abanico ideológico cuyo nexo común es, casi siempre, el victimismo, el nacionalismo nostálgico y el antioccidentalismo. En una curiosa amalgama donde se mezclan posiciones stalinistas, monárquicas, nazis, ultrarreligiosas o simplemente panrusas, a menuda solapadas entre ellas incluso en uniones *contra natura*, toma fuerza una idea vaga pero fuertemente arraigada en la sociedad rusa: su pueblo, intrínsecamente distinto a los demás y en concreto al occidental por su tradición histórica y su formación, es víctima del miedo y la envidia de sus adversarios a causa de su potencial influencia sobre el mundo o sobre gran parte del mismo. Por supuesto, ahí se cruzan dos conceptos culturales aparentemente irreconciliables pero en cuya herencia encontraríamos a la mayoría de la sociedad rusa: por un lado, el mesianismo ortodoxo, convencido que ha heredado a través de esa Tercera Roma que es el Patriarcado de

Moscú la representatividad de la Iglesia universal en la Tierra; por el otro, el mensaje insurgente comunista y su llamada a la Revolución mundial, que tuvo en Rusia su máxima expresión.²⁵⁶

En este contexto antioccidental y de resurgimiento de las ideologías autóctonas con mayor capacidad de recordar al pueblo ruso su esencia privilegiada y su capacidad de expansión, es donde resurgen los movimientos neourasianistas.²⁵⁷ Para el imaginario colectivo ruso y sus conexiones políticas y antropológicas, lo que hace especial el carácter ruso y le dota de ese famoso «espíritu» nacional distinto al de sus vecinos es precisamente la participación en su cultura de elementos europeos y asiáticos, fruto tanto de su expansión histórica como de los contactos desarrollados con los pueblos limítrofes a lo largo de los siglos. Ello situaría a Rusia en una posición privilegiada en las relaciones entre pueblos, puesto que participa de la perspectiva, así como de los intereses, de las dos áreas geográficas más influyentes en la historia y, al mismo tiempo, está geográficamente bien situada para ejercer, más que de puente, como de lugar de encuentro entre los mundos europeo y asiático.

El concepto del nuevo eurasianismo viene a sustituir al histórica y políticamente denostado como «soviético», recuperando su carácter internamente cosmopolita y de vocación universal. Al mismo tiempo, se convirtió en un referente nacional para los rusos que justificaba sus complejas identidades, por ejemplo cuando exigían fidelidad a la nación rusa pero permitían que ésta mantuviera sentimientos comunitarios con una extensa área geográfica con la que compartía un espacio geográfico, una historia, unas perspectivas culturales y, hasta cierto punto, un proyecto político. Consecuentemente, el eurasianismo se convierte también en un punto de referencia del sentimiento antioccidental y xenófobo e, igualmente, en la expresión del deseo imperialista de dotar a Rusia de un área de expansión «natural» y «legítima» sobre la que sólo ella puede, y debe, ejercer su influencia, y que le permite volver a erigirse en potencia.²⁵⁸ Para ello cuenta con ejercer, en primer lugar, el control sobre el área de la CEI, para utilizarla como base de futuras expansiones en las que tienen su importancia las alianzas previsibles con Estados asiáticos como Japón, Irán, India o China, que aportarían una base estratégica suficiente para oponerse al hegemonismo norteamericano y atlantista.

El eurasianismo legitima a Rusia para intervenir, tanto históricamente como en sus proyectos políticos, en un área de influencia que la cir-

cunda y que puede adquirir unas dimensiones variables. Por ello, otorga al pueblo ruso el carácter de centralidad o de referente histórico y cultural que ya mantenía en la época soviética, lo cual establece cierta superioridad del pueblo ruso sobre el resto y explica la poca aceptación de las tesis eurasianistas fuera de Rusia.²⁵⁹ Pero al mismo tiempo, para los teóricos eurasianistas esta posición central dota a Rusia de una capacidad de comprensión y de eclecticismo que le permiten convertirse en un referente universal.²⁶⁰ Así, por ejemplo, el pueblo ruso, a pesar de no ser musulmán, estaría bien situado para comprender la problemática de los pueblos islámicos (lo cual explicaría, por otro lado, los lazos tradicionalmente estrechos de Rusia con el mundo árabe), puesto que durante siglos ha mantenido a fuertes poblaciones musulmanas en el interior de sus fronteras y ello ha provocado un mayor conocimiento y comprensión entre ambas culturas; esto vendría demostrado en la actualidad por la fidelidad que tártaros y otras minorías islámicas profesan hacia la Administración rusa, así como por la ausencia de conflicto entre el cristianismo ortodoxo y el islam, mientras que sí habría conflicto entre ortodoxos y católicos, por ejemplo. Por supuesto, estas concepciones ideológicas parten de una visión deliberadamente sesgada en la que se obvian conflictividades reales como la chechena o como la dinámica que viven los pueblos de esa esfera de influencia rusa al crear sus propias realidades políticas y culturales alejadas de la dependencia rusa, así como el apoyo popular y la legitimidad de tales dinámicas. Profundamente antinorteamericano y antiatlantista, el nuevo eurasianismo tiende una mano a Europa, con quien pretende compartir una estrategia común ante el ascendente hegemonismo estadounidense.²⁶¹

El movimiento neoeurasianista aúna las decepciones y la desorientación de una sociedad rusa falta de referentes y de confianza en sus líderes. En general, en Rusia se vive una profunda nostalgia de un pasado incierto situado en algún lugar entre la gloria revolucionaria de Stalin, la grandeza imperial de los zares y la salvación que inspira la ortodoxia del siglo XVI. El hecho es que la sociedad rusa, profundamente desilusionada, revive sus propios fantasmas como una forma de recobrar esperanzas en un futuro que se le presenta profundamente aciago.

La frustrada búsqueda rusa de una identidad y una capacidad propias en Chechenia

La crisis de Chechenia no hace en realidad más que mostrar una grave carencia estructural que afecta a Rusia desde su propio resurgimiento, en 1991, y que los tanques de Yeltsin pretendían ocultar con la presentación ante la sociedad rusa de una victoria necesaria para reemprender el camino de la reconstrucción. Sin embargo, la victoria no llega a producirse y, en cambio, la derrota sobre el campo de batalla recuerda a Rusia su propia debilidad y la sume en un estado de incredulidad y falta de confianza, no ya sólo en la capacidad de la Administración para poner coto al caos reinante, sino ni siquiera en la sociedad rusa para crear o ser dirigida por ningún gobierno eficaz.²⁶²

El mastodonte soviético cayó víctima de unas contradicciones que a la luz del nuevo Estado ruso parecen tener un carácter estructural; de sus cenizas se levantan nuevas estructuras estatales que prácticamente deben construirse partiendo de cero, pero la sensación que se produce es que el Estado y la sociedad no tienen capacidad para gestionar ningún nuevo inicio; las infraestructuras económicas, los entramados sociales y las jerarquías políticas heredados del antiguo régimen se muestran obsoletos e incapaces de superar la grave crisis del Estado, pero deben ser aprovechados en lo posible mientras son sustituidos por nuevas estructuras que garanticen la supervivencia de una Rusia autónoma, económicamente autogestionada, democrática y eficaz. Mientras tanto, aparece y llega a hacerse imprescindible un asesoramiento externo permanente a las reformas económicas y políticas, así como grandes inyecciones económicas de Occidente bajo forma de préstamos y créditos y el apoyo de las potencias exteriores a las «nuevas» élites políticas y al proceso de transición a la democracia.

Por supuesto, este apoyo externo no excluye la aparición de graves crisis internas en Rusia, derivadas en su gran mayoría del profundo marasmo en que se ve sumida la economía del gigante del Este y, en segundo lugar, pero en estrecho vínculo con el argumento económico, la grave crisis social e incluso identitaria (lo que se viene a cualificar como «crisis espiritual») que vive el pueblo ruso en esta nueva fase de su historia. La pérdida del imperio, la frustración ideológica tras la caída del comunismo y el desengaño por la no consolidación del «extranjero próximo» a través de una CEI que no ha llegado a funcionar, son los principales

factores que llevan a una sensación de frustración colectiva y de replanteamiento del significado de Rusia como nación ante su pueblo y ante el mundo. Ello, unido a la pertinaz crisis económica y la inevitable sensación de inestabilidad y de incertidumbre del futuro, conducen a una serie de fenómenos sociales y políticos típicos: desestructuración social y familiar de dimensiones colosales, generalización de la delincuencia y la corrupción, desconfianza hacia las estructuras existentes, tanto nuevas como supervivientes del socialismo real, nostalgia del antiguo régimen e incluso de otros tipos de dictadura (zarismo, fascismo, etc.), creciente nacionalismo excluyente, antioccidental y antiinternacionalista, resurgimiento con gran vigor de la Iglesia ortodoxa y fuerte penetración de sectas, etc. La falta de cohesión de la sociedad rusa se traduce, entre otras cosas, en una gran desconfianza hacia las estructuras de poder, a las que se ve con frecuencia como oportunistas, corruptas y sometidas a intereses extranjeros no siempre coincidentes con las necesidades y aspiraciones del pueblo ruso.

La insatisfacción social del pueblo ruso, que conlleva una profunda desestabilización y dificulta la normalización del Estado, difícilmente puede ser afrontada desde la clase política. Los resultados de las reformas económicas son lentos y a menudo decepcionantes, con recaídas periódicas de la crisis y repercusiones socialmente negativas; el papel internacional de Rusia no aportará grandes satisfacciones al pueblo ruso, habida cuenta del fracaso de Yeltsin a la hora de restablecer un área de influencia directa en el espacio ex soviético y del magro papel de la diplomacia rusa, apenas tolerada por Occidente en los sucesivos conflictos yugoslavos. Una posición de fuerza de Rusia en la esfera internacional, a pesar de las presiones sobre el Báltico y de las amenazas de alianza con China o India,²⁶³ es impensable a causa de la fuerte dependencia rusa de los apoyos económicos y políticos de Occidente. En esta situación, la única acción que pueden emprender las clases políticas rusas para garantizar una imagen de eficacia y de interés por la dignidad del pueblo ruso es la de mantener la integridad territorial del Estado y garantizar el orden ante cualquier intento insurgente que merme aún más la percepción de mantenimiento de soberanía sobre el territorio ruso.²⁶⁴

En este orden de cosas, las sucesivas crisis chechenas toman un sentido de orden interno para un Estado sumamente necesitado del mismo. Podríamos decir que cuando, en diciembre de 1994, Yeltsin decide intervenir en la república caucásica, está realizando lo que en otro con-

texto podríamos interpretar como la restitución de la autoridad central en una región periférica víctima de la anarquía y de las tentaciones secesionistas. Ésta es la argumentación principal del Estado ruso, y podría resultar una explicación coherente vista la prolongada guerra civil en que se hallaba inmersa Chechenia. Sin embargo, no podemos olvidar la evolución de los hechos que han llevado a esta situación.

En primer lugar, la llegada al poder de Dudáyev y su afianzamiento en el mismo no se hubiera podido llevar a cabo sin el apoyo de las autoridades de la nueva Rusia independiente; el líder checheno toma el poder en Grozny gracias al fracaso golpista que, en agosto de 1991, aupó a Yeltsin a su estrellato y, tras el fiasco de la primera tentativa de intervención rusa en Chechenia, en noviembre de 1991, las autoridades del Kremlin optan por permitir que Dudáyev consolide su propio reino de taifas. En segundo lugar, esta colaboración no sólo es pasiva, puesto que existe una obvia connivencia entre Moscú y Grozny a pesar del supuesto enfrentamiento verbal entre ambas capitales; esta connivencia, que tiene su máxima expresión en la intervención conjunta ruso-chechena (o, tal vez de manera más exacta, en la intervención chechena en un conflicto junto con fuerzas rebeldes abjasas que reciben el apoyo ruso frente a las fuerzas gubernamentales georgianas) en el conflicto abjaso, puede explicar la consolidación del poder de Dudáyev en un contexto difícil pero en el cual no existe una alternativa especialmente favorecida por Moscú. Por último, la inestabilidad que vive la república chechena en su difícil y no siempre firme proceso secesionista se debe en gran medida a un cambio de actitud vivido en el Kremlin cuando, en 1994, concede pleno apoyo político y logístico a las fuerzas armadas chechenas opuestas a Dudáyev. Dicho cambio de actitud se debe a la necesidad de Yeltsin de retomar el control sobre todo el territorio ruso, en un momento especialmente feliz de sus políticas tanto internas como externas. En efecto, desde la cruenta represión sobre el Parlamento ruso, en noviembre de 1993, Yeltsin había visto afianzados tanto su autoridad interna como su prestigio externo. Tras sendas victorias electorales de los candidatos prorrusos en Ucrania y Belarús en verano de 1994, Yeltsin ve allanado el terreno para la reconstrucción de un espacio de influencia rusa y para la estabilización política y social de su país; para ello, necesita solucionar lo que representaba una grave anomalía en el territorio ruso, además de una afrenta moral histórica y una amenaza a la integridad territorial que suponía un peligroso ejemplo y precedente para otras regiones del país. El factor econó-

mico, sin lugar a dudas, es igualmente esencial a la hora de analizar la necesidad de restablecer la autoridad directa del Kremlin sobre este territorio díscolo y sus controvertidos oleoductos, imprescindibles para esta reconstrucción que permite divisar la atalaya del nuevo optimismo ruso.

La operación militar resulta un fracaso, como hemos podido recordar, y no sólo conlleva una frustración en cuanto a los objetivos no conseguidos, sino que aleja las perspectivas de esta reconstrucción y consolidación del Estado ruso y de su esfera directa de influencia. Además, el prestigio de la clase dirigente del Kremlin cae en picado tanto en el interior como en el exterior de Rusia. Sin embargo, cabe señalar una importante diferencia de matices en la condena que provoca la aventura chechena según la perspectiva que la contempla. Para la opinión pública rusa y la oposición a Yeltsin la incursión resulta demasiado larga y adolece de una fuerte desorganización, debilidad militar, excesiva improvisación y, sobre todo, de un innecesario coste en vidas humanas. Para la opinión pública y política internacional, la intervención conlleva una evidente e innecesaria violación de los derechos humanos y de las más elementales reglas de comportamiento en un conflicto armado: los bombardeos indiscriminados, las matanzas masivas, la represión y tortura, la destrucción de estructuras civiles y la cerrazón ante cualquier iniciativa de diálogo o de interposición provocan una condena unánime de la política de Yeltsin en Chechenia. La prolongación del conflicto, el continuo hostigamiento checheno y la derrota en esta primera fase, con la toma de Grozny por los chechenos de Basáyev en 1996, no hacen sino agravar las nefastas consecuencias del conflicto. El balance de esta primera fase es muy negativo para Rusia: se ha perdido la oportunidad de cohesionar a la sociedad rusa en torno a una causa «nacional» y, por el contrario, se ha profundizado la zanja que separa a la sociedad rusa del poder; la rebelión chechena se mantiene, y el ejército ruso se ve obligado a retirarse de un territorio formalmente todavía ruso; los oleoductos seguirán fuera del control de Moscú a pesar de los acuerdos de Grozny, con lo que su reparación y aprovechamiento quedan postergados *sine die* precisamente en unos años en que las negociaciones internacionales sobre la utilización del petróleo del Caspio emprenden una fase decisiva.

Mientras tanto, el espejismo de un dominio directo sobre un área de influencia propia, por limitada que ésta sea, también se desvanece. Rusia recuerda a sus vecinos y al mundo en general la peor de las imágenes que

este país puede evocar al mundo: la de los soldados devastando sin piedad las áreas que ocupan, de un sueño imperial inconfeso y de una incapacidad manifiesta para llevar a cabo unas operaciones tajantes sin ocasionar grandes cantidades de víctimas ni grandes dilaciones en el tiempo y, tal vez lo más importante, sin llamar la atención. Rusia se presenta como un país a medio hacer y capaz de ejercer una brutalidad medieval y en este contexto la obligación de Occidente es escandalizarse por ello. En consecuencia, el diálogo entre Rusia y el resto del mundo, que había empezado a ser fluido, sufre serios inconvenientes, que dan lugar a un punto de desencuentro que apenas salva el mantenimiento (necesario, por otro lado) de la ayuda económica occidental a este país.

Las relaciones de Rusia con la Unión Europea se ven seriamente perjudicadas por esta crisis. Bruselas ya experimentaba serias dificultades en su trato con Moscú a raíz de las trabas burocráticas a los inversionistas privados occidentales o a las resistencias de parte de su sociedad y de su clase política a someterse a influencias políticas externas. La crisis de Chechenia dará lugar a un enfriamiento de las relaciones entre ambas partes de Europa que dificultará enormemente el progreso de las inversiones en el gigante oriental y creará una atmósfera de desconfianza y alejamiento en su diálogo político. En este sentido, desde la UE se necesitará un esfuerzo suplementario para sobrellevar las críticas que los medios de comunicación y algunas instancias políticas occidentales habían vertido sobre la actuación rusa en el Cáucaso, y superponer el realismo y la necesidad de seguridad a la desconfianza cultural y a los criterios morales acerca de los derechos humanos y los abusos militares. Se impone, por último, una visión utilitaria de las relaciones con Rusia que asume una libertad de acción por parte de los poderes rusos en sus asuntos internos mientras respeten los intereses en materia de seguridad de Occidente. Lo cual, por supuesto, no resulta nuevo en el *modus operandi* occidental, ni siquiera en la política exterior de la UE, pero sí desvanece el fantasma de un sesgo diferenciado en las relaciones comunitarias con Rusia, en que hubiera tenido cabida la exigencia para este país de un mayor respeto hacia unos valores sociales y políticos considerados irrenunciables en la UE, pero obviados a menudo en su relación con el resto del mundo.

La crisis del Cáucaso contribuye a distorsionar la imagen de la sociedad rusa sobre su propio país. Por un lado, en Chechenia la misma operación es sumamente impopular entre los rusos a causa de su pésima organización y del secretismo que la rodea, además del prolongado goteo

de cadáveres que es noticia en las ciudades rusas. Por otro, la retirada de suelo checheno no es la opción favorita de los rusos, poco habituados a las derrotas militares ni proclives a las simpatías hacia un pueblo caucásico que ha dado muchos quebraderos de cabeza a lo largo de la historia. Si bien es cierto que la sociedad rusa quiere el fin de la guerra, el sabor de desazón que deja el trabajo a medio hacer se advierte pronto en la sociedad rusa. Chechenia, esa *terra nullius* que se yergue en medio del territorio ruso como símbolo de la falta de cohesión nacional rusa, simboliza la incapacidad de ese país para enfrentarse a la delincuencia incontrolada que representan, a ojos de los rusos, un puñado de bandidos que se reparten una región abandonada.

Ante este panorama desalentador, la sociedad rusa se encierra en su propio orgullo y en sus valores nacionales, desconfiando de los propios políticos, de las potencias extranjeras que mantienen al país en sus manos y de una sociedad incapaz de solucionar tales adversidades. A partir de este momento se hará todavía más difícil reconstruir los lazos de confianza de Rusia con el mundo y, con ellos, la propia confianza del país consigo mismo.

7. Rusia como potencia en reestructuración, 1996-2000

La lenta recuperación de la confianza internacional tras la guerra

Las relaciones de Rusia con Occidente, desde la primera crisis de Chechenia, han seguido un camino difícil. Aunque la desconfianza generada por la ofensiva fue menguando con el tiempo y puede considerarse superada a partir de los acuerdos de Grozny en agosto de 1996 y del fin de la primera guerra chechena, hay que mencionar cuatro aspectos básicos (que se desarrollarán con mayor detalle en las páginas siguientes) que han erosionado seriamente la confianza mutua entre Rusia y el mundo occidental: a) la ampliación de la OTAN hacia Europa central; b) el agravamiento de la crisis económica y social rusa; c) la actuación de la OTAN en la antigua Yugoslavia durante el invierno-primavera de 1999; y d) la segunda crisis de Chechenia, a fines del mismo año:

- a) El enfrentamiento a raíz de la ampliación de la OTAN hacia el este ya proviene de antes de la primera crisis chechena. La OTAN sigue siendo vista desde Rusia como una amenaza a la propia seguridad y la reconversión que inicia la Alianza Atlántica durante los años noventa no se percibe como una garantía de seguridad. Por todo ello, resulta difícil comprender para la sociedad y para la clase política rusa el interés de la Alianza en expandirse hasta las fronteras que limitan con el espacio ex soviético, dinámica que es vista como una muestra explícita de desconfianza de Occidente hacia Rusia.²⁶⁵

- b) Un nuevo motivo de desconfianza entre Rusia y Occidente ha aparecido a raíz de la crisis financiera rusa, gravemente agudizada el verano de 1998. Si ello había supuesto un desencanto para gran parte de la población rusa, también supuso la confirmación para muchos inversores exteriores de la incertidumbre que reinaba en el país y de la poca confianza que merecían sus líderes.²⁶⁶ En Rusia la política de inversión privada internacional debe restablecerse sobre nuevas bases a partir de esta crisis.
- c) Pero el principal campo de enfrentamiento con Occidente sigue siendo el de la seguridad. La Administración Yeltsin será extremadamente crítica con la presencia y actuación de la OTAN en los Balcanes; veremos una reedición de la solidaridad rusa hacia el pueblo serbio que ya se había mostrado en la guerra de Bosnia, con el agravante de que en este caso el Kremlin se yergue en defensor de un Estado soberano y de la legalidad internacional ante una Alianza Atlántica agresora y arrogante, durante la crisis de Kosovo de 1999.
- d) En este clima de crisis de confianza Rusia debe enfrentarse a dos grandes hechos a fines de 1999, íntimamente ligados entre sí: la segunda guerra de Chechenia y el relevo presidencial. La repetición del conflicto de Chechenia se hizo con mayor cautela diplomática que su primera edición, pero ello no evitó la sensación de una acción de fuerza de la Administración rusa destinada a reforzar su presencia internacional y, sobre todo, su derecho a ejercer la propia soberanía sin injerencias externas.

Todo ello hace que a fines de la década de los noventa se vaya deteriorando notablemente la confianza mutua entre Rusia y Occidente, lo que se percibe en un creciente aislamiento de la Administración Yeltsin y en un alejamiento de Rusia de las áreas de interés geoestratégicas internacionales. Rusia entra en una fase de marginación al tener que aplazar *sine die* sus proyectos de participar plenamente en las esferas de poder globales y la sociedad y el pensamiento rusos se resienten de esta paulatina falta de protagonismo internacional que los condena a una marginalidad creciente, lo que necesariamente tiene sus repercusiones en la economía y en la vida cotidiana de un país ya muy pauperizado.²⁶⁷

Sin embargo, cabe señalar que, tras la crisis de la primera intervención en Chechenia, surge un claro interés por parte de las potencias y las

instituciones occidentales en restablecer los lazos con Rusia y restaurar cierta posición de dignidad en la esfera diplomática para sus dirigentes. Ello se debe sobre todo al deseo explícito de garantizar la estabilidad estratégica de la región, cuyas dimensiones pueden trasladar la sensación de inseguridad que se produce en Rusia a medio mundo. Esta estabilidad regional resulta especialmente importante en el período 1996-2000, en el que se incrementa la misma en zonas tan delicadas como Oriente Próximo (con el agravamiento de la situación palestina tras la elección de Sharon como primer ministro israelí, en 1998, o el endurecimiento de las relaciones de Irak con las instituciones internacionales) o Medio (con la consolidación del poder de los integristas talibanes en Afganistán y su abierto enfrentamiento con Occidente, o el recrudecimiento de la tensión indopakistaní al desarrollar ambos países armamento nuclear), o sufre un importante contratiempo la economía de Extremo Oriente tras la crisis financiera de 1997, que afecta gravemente el crecimiento económico de los dragones asiáticos, estados que debían constituir uno de los motores de crecimiento mundial según las expectativas de las grandes instituciones financieras mundiales como el BM o el FMI, pero que también hacen tambalearse a una economía de las dimensiones de la japonesa. Las expectativas de estabilidad y crecimiento en Rusia se convierten en uno de los pilares de la seguridad internacional, lo que conduce a un fuerte interés por subvencionar dicha estabilidad.

De este modo vemos que la frágil economía rusa recibe una fuerte atención de las instituciones internacionales, que siguen financiando su reflote incluso después de la grave crisis de 1998. Ello permite mantener las estructuras de poder interno de Rusia, en las que los grandes oligarcas, formados bajo la influencia política de Yeltsin en contextos políticos no siempre muy éticos, mantienen sus privilegios y sus vínculos institucionales a pesar de los numerosos vaivenes de la economía del país.²⁶⁸ Por su parte, la penetración económica exterior en Rusia, más interesada en la estabilidad del país que en su auténtico crecimiento o en la limpieza de su funcionamiento institucional,²⁶⁹ se orienta cada vez más hacia una ayuda institucional de organismos y gobiernos, mientras que la inversión privada se muestra mucho más cautelosa que en la primera mitad de la década, dadas las escasas garantías de gestión y transparencia reinantes en la economía del país.²⁷⁰

No hay que olvidar, sin embargo, que en este período la economía rusa toma un nuevo rumbo insospechado, al beneficiarse precisamente de

la inestabilidad de sus regiones vecinas y adquirir un nuevo protagonismo en la producción y exportación de hidrocarburos. Dada la inestabilidad reinante en otras zonas productoras de estas fuentes de energía, y sobre todo la fuerte alza que experimentan los precios internacionales en este sector, Rusia recibirá un fuerte espaldarazo precisamente de estos recursos. Ello implicará un alivio en la maltratada economía del país, al suponer unos ingresos suculentos y preciosos en momentos tan delicados, pero sobre todo comportará una nueva importancia del país en el escenario internacional, en el que la buena relación con Rusia y la estabilidad del país tomarán una nueva dimensión con la que no contaban en los años precedentes, y de algún modo garantizarán la presencia de Rusia en las esferas de poder internacionales por lo menos durante los frágiles años que van desde la crisis financiera de 1998 a la tercera guerra del Golfo, en 2003.

Al lado de estas expectativas más bien negativas de la economía rusa, hay que destacar un notable deterioro de las condiciones de vida de la población rusa. Según un muy difundido artículo de Paul Kennedy,²⁷¹ en el que cita datos publicados por la ONU en *State of the World Population 2001*, la esperanza de vida de los rusos había descendido drásticamente en cuatro años en sólo una década, hasta situarse en torno a los 57 para los varones, y la población del país, de unos 145 millones de habitantes, puede descender a los 104 millones en apenas 50 años. Los motivos hay que buscarlos no sólo en una tendencia a la emigración, que parece haberse estancado; la realidad es más cruda: la mortalidad se ha disparado por los bajos niveles de asistencia sanitaria, por la generalización del alcoholismo y por una tendencia general a descuidar la salud, especialmente entre la población masculina; por otra parte, la mujer rusa, educada, consciente y muy independiente tras la experiencia soviética, no suele plegarse a las formas tradicionales de familia, valora sus oportunidades profesionales, retrasa el matrimonio y regula conscientemente su descendencia. Hay que tener en cuenta, además, que apenas hay trabas legales o sociales para acceder a casi cualquier método contraceptivo, pese a lo cual el aborto sigue siendo una práctica muy habitual. La sociedad rusa, envejecida y menguante, parece no tener incentivos para asegurar su propia continuidad. En estas tendencias demográficas, una vez más vemos reflejada la escasa confianza en el futuro de la actual generación rusa.

La crisis del 98: ¿la economía rusa toca fondo?

La crisis financiera que acabó con las esperanzas de muchos rusos de una recuperación económica, también acabó con los sueños de Yeltsin de recuperar cierta credibilidad interna y externa. Pero la crisis tuvo un efecto, sobre todo, de revulsivo social. Para la mayor parte de la sociedad de este país supuso, simplemente, la pérdida de toda esperanza en las clases políticas y económicas, que ya se percibían como distantes de los intereses reales de la población. Se trató simplemente de una crisis cíclica propia de un capitalismo en vías de consolidación, pero afectó por encima de todo a las esperanzas de una población ya de por sí desesperada.²⁷²

Justamente cuando parecía que el comportamiento de la economía rusa entraba en una fase de control y moderación tras importantes políticas estabilizadoras, con una inflación alcanzada para 1997 del 11 % y una redenominación del rublo el uno de enero de 1998 (un rublo nuevo por 1.000 rublos antiguos) y superada aparentemente sin mayores traumas, a finales de abril el Banco Central se ve obligado a subir las tasas de interés de un modo espectacular, lo que provoca una fuerte caída del rublo. La reacción de las instituciones internacionales fue variada: aunque el FMI desbloqueó su programa de préstamos de 1995, paralizado a raíz de los débiles resultados de las reformas estructurales, los países del G-7, reunidos del 15 al 17 de mayo en Birmingham, aconsejaron no comprometerse inmediatamente en un apoyo masivo a la economía rusa.²⁷³ A pesar de todo, el 13 de julio el FMI y el Banco Mundial anunciaban la concesión de un préstamo de 22.600 millones de dólares, que no consiguió frenar la caída de la moneda rusa. Una de las causas que provocó la crisis fue la política de endeudamiento llevada a cabo por el Estado, la presión de los grandes grupos financieros sobre la capacidad estatal ya fuese en forma de gasto público, a través de un rublo excesivamente apreciado o por la adquisición de deuda pública con tipos de interés muy elevados. Esta presión sobre la capacidad financiera del Estado, a la cual éste no podía hacer frente por la falta de una capacidad estructural para formar un sistema impositivo realmente recaudador condujo a la crisis económica.²⁷⁴ En este período la economía rusa se basaba de un modo alarmantemente extendido en el trueque, puesto que el 70 % de los ingresos de las industrias se hacían por vía no monetaria, y sólo un 8 % de los escasos impuestos pagados por las empresas eran efectuados en dine-

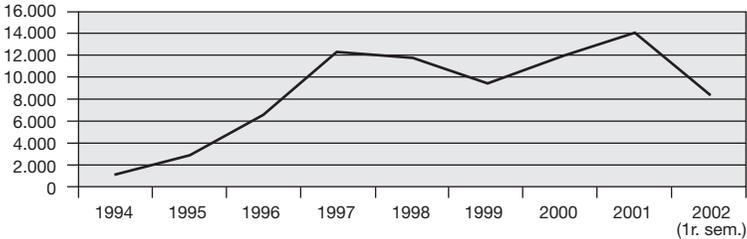
ro.²⁷⁵ La fuga de capitales era igualmente devastadora: hacia el año 2000 se calculaba que una cifra de entre 150.000 y 500.000 millones de dólares habían salido de Rusia desde 1993 y el dinero seguían huyendo en esta fecha a un ritmo de entre 1.000 y 2.000 millones de dólares mensuales, según las no demasiado pesimistas previsiones oficiales rusas.²⁷⁶

Mientras tanto, Yeltsin añadía a la crisis financiera una crisis política al intentar encontrar un primer ministro capaz de capotar el mal momento: destituido V. Chernomirdin (23 de marzo), el sucesor de Chubais, la *Duma* rechaza por dos veces al candidato propuesto, S. Kirienko, hasta que se ve obligada a aceptarlo bajo amenaza de disolución de la Cámara, el 24 de abril. Cuando Yeltsin lo destituye ante el agravamiento de la crisis económica el 23 de agosto, la *Duma* se opone al retorno de Chernomirdin y acaba aprobando el nombramiento como primer ministro de E. Primákov. La crisis política, con el trasfondo de un estado de salud cada vez más grave de Yeltsin, se remonta con grandes dificultades, pero la crisis financiera hace que se desvanezcan las esperanzas en una recuperación rápida de la economía rusa, paraliza la inversión extranjera en el país y crea serias dudas sobre la gestión de la ayuda y los préstamos internacionales. Si los organismos financieros internacionales quedan desilusionados ante las políticas económicas rusas, la clase política y la opinión pública rusas se resienten de un modo creciente de este nuevo clima de desconfianza.

Uno de los efectos inmediatos de la crisis financiera rusa es el pánico que se percibe en los medios financieros internacionales sobre la gravedad de la situación, tras la suspensión de pagos de la deuda exterior. Si, como hemos visto, las instituciones financieras reaccionan con agilidad y mantienen su apoyo a la estabilidad económica del país, no se puede decir lo mismo de la inversión privada, ya resentida de las dificultades de actuación en un país como Rusia, poco acostumbrado al fomento de la inversión extranjera y con numerosas dificultades administrativas y de corrupción. Objetivamente, la crisis de 1998 será una nueva dificultad, pero también la excusa perfecta que buscaban numerosas empresas poco satisfechas con el nivel de rendimiento de sus inversiones en Rusia para dar por terminada esta aventura y retirarse del país. El gráfico 3 refleja el receso experimentado a raíz de la crisis por la inversión exterior en Rusia, así como su lenta recuperación en los años siguientes:

GRÁFICO 3

Evolución de la inversión exterior en Rusia, 1994-2002 (en millones de \$)



FUENTE: http://www.europa.eu.int/comm/external_relations/russia/intro/sit.htm, basado en datos de *The Russian State Statistics Committee*.

Esta crisis tiene consecuencias graves en la esfera social y política rusas. La situación de depresión prolongada tuvo su máxima expresión en la crisis financiera de 1998; ese año la inflación fue del 27,6 %, el rublo perdió el 72 % de su valor y los salarios reales descendieron un 43 % entre julio de 1998 y el marzo siguiente.²⁷⁷ En 1999 el paro registró su máximo nivel, con un 14,1 % de la población laboral desempleada; el mismo año se calculaba que el 39,1 % de la población rusa sobrevivía con unos ingresos inferiores al salario de subsistencia. La crisis de 1998 representa la culminación de un proceso de receso económico que, en realidad, se vivía desde la *perestroika* y que, visto en perspectiva, no representa sino un empeoramiento de unas condiciones de vida precarias ya existentes a lo largo de todo el período soviético. Pero en la nueva Rusia este proceso viene acompañado de un desconcierto ideológico y social y de una sensación acuciante de desamparo por parte del Estado y de la propia sociedad.

En los años siguientes, a pesar de los síntomas de recuperación, Rusia seguirá mostrándose como un país inestable, no equiparable en absoluto a las democracias occidentales y que difícilmente inspira confianza a sus vecinos. La crisis económica no ha abandonado a Rusia en ningún momento. Con una deuda exterior total de 142.200 millones dólares en 2000,²⁷⁸ Rusia está muy lejos de ser un país autosuficiente. Las condiciones de vida, por otra parte, se han deteriorado enormemente: el paro, que no cesa de crecer, se situó en marzo de 1999 en el 14,1 %, los salarios reales descendieron un 43 % entre julio de 1998 y el marzo siguiente, en 1998 el rublo perdió el 72 % de su valor y la inflación fue del 27,6 %.²⁷⁹ Los indicadores sociales también han alcanzado datos alarmantes; la esperanza

de vida se ha reducido de un modo alarmante, y la demografía se ha estancado, con una clara tendencia a menguar, desde la independencia.²⁸⁰

En la arena política ya hemos visto cómo se produce un nuevo enfrentamiento entre Yeltsin y la *Duma* a raíz de los cambios propuestos por el presidente para el cargo de primer ministro, que son sucesivamente rechazados por una mayoría parlamentaria de comunistas y nacionalistas. El resultado final de este enfrentamiento fue una nueva imposición del primer ministro, pero en esta ocasión con los papeles invertidos, ya que un debilitado Yeltsin se vio obligado a aceptar el nombramiento, en septiembre de 1998, del hasta entonces ministro de Asuntos Exteriores, E. Primákov, que contaba con las simpatías del partido comunista. La situación que se produjo en aquel momento era extremadamente anómala, puesto que el nuevo primer ministro, que goza del favor de una frágil mayoría parlamentaria, se halla directamente enfrentado al presidente, e incluso llegó a formar un gabinete que podríamos definir como de oposición. Las fuerzas parlamentarias, envalentonadas ante su éxito inicial, llegaron a proponer a principios de 1999 un proceso de encausamiento o *impeachment* contra Yeltsin, valiéndose de serias acusaciones en las que se acumulaba todo el resentimiento de la sociedad rusa hacia el poder: genocidio contra el pueblo ruso, disolución de la URSS, hundimiento del ejército y del complejo militar-industrial, asalto al Parlamento en 1993 y responsabilidad en los excesos y las nefastas consecuencias de la guerra de Chechenia de 1994-1996. La crisis de todo orden que vivía el país y que azuzaba a la sociedad contra el presidente, así como la rara unidad entre las fuerzas parlamentarias hacían posible una victoria del proceso iniciado, pero la proximidad de las elecciones parlamentarias y las nuevas divisiones entre las fuerzas de dicho ente forzaron a sucesivos aplazamientos de la votación, que finalmente no llegó a celebrarse. Primákov había manifestado su neutralidad en este proceso de inculpación contra la presidencia (al fin y al cabo, él también había ejercido su ministerio con Yeltsin, por lo que compartía algunas de sus responsabilidades), pero su postura de firmeza ante el Kremlin y su recorrido político nacionalista y populista le valió un claro aumento de popularidad ante el desgaste de la figura presidencial. Ello llevó a Yeltsin a prevenir futuras competencias, a destituirlo de su cargo en mayo de 1999, nueve meses después de su investidura, y a sustituirlo por el ministro de Interior, S. Stepashin, casi un desconocido. Sin embargo, este apático político no supo marcar una diferencia notable con la línea de su antecesor y fue la víctima pro-

picia para la purga que desencadenó, el mes de agosto siguiente, la oleada de atentados en las ciudades rusas oficialmente atribuidos a guerrilleros chechenos.²⁸¹ El sustituto de Stepashin fue un discreto y poco conocido funcionario sanpetersburgués llamado Vladimir Putin.²⁸²

La crisis de 1998 supone un fuerte movimiento político en Rusia. La presidencia de Yeltsin había sobrevivido hasta el momento una serie de reveses, como la toma de la *Duma* en 1993 o la derrota de Chechenia en 1996, con mayor o menor fortuna, pero la crisis económica, al arruinar las expectativas de millones de pequeños ahorradores rusos y, en general, la esperanza de una recuperación del país, solivianta a la sociedad contra una Administración que consideran corrupta y antipatriótica. Yeltsin se convierte en la cabeza de turco que necesita una sociedad hastiada y una clase política radicalizada ante la incapacidad de tan larga presidencia para devolver la normalidad al orgullo nacional de Rusia y al bienestar cotidiano de sus ciudadanos. El propio estado físico del presidente, cada vez más debilitado y con muestras de sufrir frecuentes desvaríos en su actitud personal, incluso en actos oficiales, atribuibles a excesos etílicos, se convierte en una metáfora de la decadencia de su figura política e incluso del declive de la propia Rusia. La popularidad de Yeltsin se encuentra bajo mínimos: según una encuesta realizada por el instituto *Romir* a fines de 1999 en cuarenta regiones de Rusia,²⁸³ el presidente contaba con un apoyo popular de cerca del 6 % de la población contra el 92 % que desaprobaba su gestión, mientras que aproximadamente el 60 % de los encuestados se declaraban a favor de un golpe de Estado «del Ejército, el Ministerio del Interior y los servicios secretos» que restableciese el orden y devolviese a Rusia la posición que le correspondería en el mundo, frente al 20 % que no lo apoyaría y un 8 % que se opondría.²⁸⁴

Al mismo tiempo, el resentimiento ruso tiene claras concomitancias nacionalistas y antioccidentales. En la misma encuesta que se ha citado más arriba, un abrumador 41 % de los entrevistados considera que Occidente «intenta convertir a Rusia en un país del Tercer Mundo», y un 37 % piensa que «Occidente intenta disolver y destruir Rusia», mientras que sólo un 11 % cree que los países occidentales «apoyan política y económicamente a Rusia» y un tímido 3 % defiende que «Occidente ayuda a que Rusia sea un país civilizado y desarrollado».²⁸⁵ La desconfianza de los rusos hacia Occidente, con hondas raíces tradicionales y estimulada por la precaria situación en que vive el país desde la disolución de la URSS, experimenta un auge espectacular en los últimos años de presi-

dencia de Yeltsin, a quien se considera un títere de los intereses occidentales y, fundamentalmente, un traidor al pueblo ruso, al que habría vendido a los intereses estratégicos occidentales para lucrarse personalmente y promocionarse políticamente. Los movimientos políticos y sociales nacionalistas y revanchistas, vinculados al comunismo nostálgico, al eurasionismo o a un nacionalismo amorfo y populista, se extienden por el país y representan un estado de malestar ampliamente compartido en una sociedad sin grandes valores. Sólo la desunión de los líderes opositores y de sus partidos, así como la desconfianza general de la sociedad hacia la clase política, sin distinciones, evitará la formación de un bloque opositor con capacidad real de desbancar al presidente de su puesto, del mismo modo que fracasa el proceso parlamentario interpuesto contra Yeltsin.²⁸⁶ Por otra parte, éste ejerce un fuerte control sobre los medios de comunicación a través de las concesiones repartidas a personas de su confianza política o de su entorno íntimo, generando un núcleo de poder permanentemente retroalimentado y cada vez más distanciado de la voluntad popular. La certidumbre de la imposibilidad de ser reelegido en las elecciones previstas para principios de 2000, junto con el progresivo deterioro de su salud, llevan al mismo a precipitar una sucesión casi vertiginosa en la personalidad de su flamante primer ministro, Putin.

Tímidos signos de recuperación. El papel del petróleo

Ante la precariedad de la recuperación productiva de la industria rusa y la franca crisis de su sector agrario, la economía del país se ha decantado por un valor tan seguro como es la exportación de hidrocarburos. Dicho sector ha aumentado su valor estratégico a raíz de la evolución política internacional en los años noventa a causa del incremento de tensión entre Occidente y diversos puntos de Oriente Próximo y Medio, lo cual ha favorecido la posición rusa como punto de origen (o de control, en el caso del gas centroasiático) de las fuentes de energía que precisan Europa y Estados Unidos, así como en el caso del petróleo de otros orígenes gestionado por compañías energéticas rusas.²⁸⁷ En el año 2000 Rusia era el principal productor de gas natural del mundo, con el 23,3 % del total, y el tercer productor de petróleo bruto (tras Arabia Saudí y Estados Unidos), con el 9 % de la producción mundial.²⁸⁸ Estas exportaciones se dirigen prioritaria-

mente hacia la Unión Europea, que se ha convertido en el principal socio comercial de Rusia. El peso de los hidrocarburos en el comercio exterior ruso, y muy particularmente en los intercambios con la Unión Europea, condiciona fuertemente la actitud política de los dirigentes rusos hacia Occidente, al mismo tiempo que concede a Rusia un instrumento valioso para estabilizar sus relaciones con los países consumidores de productos energéticos, como veremos más adelante en este mismo capítulo.

Por supuesto, el hecho de haber quedado relegada a un papel de exportador de materia prima no fue fácilmente asimilado por la que había sido una gran potencia industrial, y supone una pérdida simbólica sólo asumida por la población y por la clase política como el precio necesario que hay que pagar para salir de una profunda crisis que dañaba a la propia estabilidad social. Más traumático ha resultado para Rusia tener que recurrir a la ayuda internacional, lo que ha debido aceptar incluso antes de la disolución de la URSS. El programa TACIS, creado por la UE para canalizar la asistencia técnica y económica hacia los países de la antigua Unión Soviética, ha destinado a Rusia entre 1991 y 2001 un total de 1.489 millones de euros en concepto de Programas de Acción Nacional, y 890 millones de euros en concepto de programas regionales. Entre ayudas del Fondo Monetario Internacional (FMI) y otras aportaciones y créditos occidentales Rusia ha recibido casi 30.000 millones de dólares. Y es poco probable que en los próximos años pueda prescindir de estos tipos de ayuda, puesto que los medios de producción todavía se hallan en un proceso de adaptación y reconversión y la deuda externa alcanza unas dimensiones preocupantes, al haber llegado en 2000 a los 173.900 millones de dólares. La nueva marginalidad de la economía rusa, en tanto que receptora de ayuda internacional y exportadora de hidrocarburos, es un hecho poco agradable, pero que los rusos han debido aceptar como modo de subsistir y de reactivar su economía.²⁸⁹

Si los años de la era Yeltsin (1990-2000) han supuesto para Rusia tiempos de una incierta recuperación y desprotección económica, el nuevo siglo arrancó con buenas expectativas bajo el más popular y aparentemente firme mandato de Putin. Tras la grave crisis financiera de 1998 la devaluación del rublo, que hizo aumentar la demanda de producción local, una serie de políticas macroeconómicas de estabilización acertadas y, sobre todo, un inesperado aumento en los precios internacionales de los productos energéticos llevaron a una rápida e inopinada recuperación económica. Ya en 1999 el PNB se reavivó con un crecimiento superior al

5 % que se estabilizó tras un repunte, en el 2000, cuando llegó al 8,3 %, al que siguió un descenso relativo atribuible a las oscilaciones en el precio internacional de los combustibles. En Rusia la estabilidad política, el creciente papel de sus hidrocarburos en la economía internacional y la lenta, pero cada vez más consolidada, recuperación de su industria permiten prever una estabilización en el crecimiento de la economía del país, pero la excesiva dependencia en la exportación de materia prima energética aporta un elemento de fragilidad preocupante para un país de sus dimensiones territoriales y demográficas, fragilidad que debería corregirse rápidamente diversificando su economía y, sobre todo, haciendo que los inversores internacionales retomen la confianza sobre sectores económicos no exclusivamente energéticos.²⁹⁰

Sin embargo, hay que recordar que la recuperación económica de Rusia es extremadamente frágil. Y ello no se debe únicamente a la delicada situación que supone la dependencia respecto a un único sector básico de la producción como son los hidrocarburos, sujeto a las demandas de los consumidores y al precio internacional de los mismos, sino también a su calidad. El petróleo extraído de suelo ruso o el explotado por compañías rusas en territorios del antiguo espacio soviético, como el del Caspio, no es de la mejor calidad, comparado con los de Oriente Medio u otras zonas petrolíferas como el Caribe. Su extracción es sumamente costosa, hasta el punto que se calcula que si el precio internacional del petróleo cae por debajo de los 21,6 dólares por barril Brent, la exportación de crudo ruso no sería rentable. Ello puede ayudarnos a explicar el salto cualitativo que dio la exportación petrolífera rusa en el conjunto de la economía de este país a partir de fines de 2000, cuando el agravamiento de la crisis en Oriente Próximo hizo que este precio internacional se disparase y cruzara esta barrera para situarse cercana a los 30 dólares, nivel que no abandonarían los años siguientes hasta la intervención estadounidense y británica en Irak de 2003.²⁹¹ Y nos ayuda a explicar también el pánico que existía en los medios económicos rusos a fines de 2002 y principios de 2003, ante la perspectiva de que una guerra en Irak liberalizase la exportación de crudo de este país y provocase una caída en picado del precio del petróleo, caída que se especulaba que podría situar dicho precio sobre los diez dólares por barril, lo cual arruinaría las posibilidades de exportación de petróleo ruso y, por lo tanto, limitaría sobremanera la capacidad de recuperación de la economía del país en un momento tan delicado.

En este contexto de importancia estratégica que adquiere una actividad económica clave como es la producción y distribución de los recursos energéticos, una estabilidad perdurable de las vías de abastecimiento de los hidrocarburos se alza como prioridad nacional. En este sentido podemos encontrar algunas tendencias básicas de este período de la historia de Rusia que condicionan gravemente las relaciones de este país con sus vecinos, tanto de la CEI como de fuera de este marco, tendentes siempre a condicionar y controlar el flujo de los recursos energéticos manejados por empresas rusas hacia Occidente. De estas tendencias podríamos resaltar tres que podemos considerar esenciales en la política exterior rusa:

- La estabilidad en el Cáucaso norte, vía de paso privilegiado del petróleo del Cáucaso y del gas de Asia central hacia Occidente a través de territorio ruso.
- El mantenimiento de la precariedad en el Cáucaso sur; en el caso de alcanzar una solución duradera para los conflictos de Nagorni-Karabaj, Abjazia y Osetia meridional, la estabilidad regional favorecería la opción Sur u opción turca para la salida de estos recursos hacia el puerto turco de Ceyhan, en detrimento de los intereses rusos. No por casualidad las tropas rusas son las que garantizan el mantenimiento del alto el fuego (y de la tensión) en estas regiones.²⁹²
- La presión sobre Ucrania para mantener este país como vía de paso obligatorio de los hidrocarburos rusos hacia Occidente. Cabe recordar la crisis ruso-ucraniana que presidió la deuda energética de Kíev hacia las empresas rusas, parcialmente resuelta en 1995 con el acuerdo por el cual Ucrania cedía buena parte de la flota del mar Negro a cambio de una fuerte cancelación de dicha deuda. Tras esta crisis, que no acabó de resolver la deuda ucraniana con Rusia a causa de la prolongada crisis económica de Kiev y su escasez de recursos energéticos, se produjo un nuevo episodio de tensión en el área cuando el líder ucraniano Kuchmá se escudó en la imposibilidad de desabastecer a Ucrania de energía porque era región de paso de los oleoductos y gasoductos rusos hacia Occidente. Con la complicidad de Belarús y la anuencia final de Polonia (que traicionaba así una incipiente alianza Kiev-Varsovia), el Kremlin proyectó e inició la construcción de

vías de abastecimiento alternativas que rodearan a Ucrania por el norte, lo que acabó de reducir las esperanzas ucranianas de mantener alguna presión hacia Moscú y rindió definitivamente al país al área de influencia rusa.

El nuevo posicionamiento ruso en cuanto a la economía internacional y las implicaciones geoestratégicas del mismo obligan a un replanteamiento de las alianzas de Rusia con su entorno y, más concretamente, de los lazos establecidos en el marco de la Comunidad de Estados Independientes, área de influencia directa de este Estado ampliamente reconocida y consentida por las potencias occidentales y por las organizaciones internacionales, como hemos visto en los capítulos 2 y 4. Ahora estudiaremos en detalle cómo se configura en esta etapa dicha organización, que durante la crisis de Chechenia habíamos dejado estancada en su incapacidad de consolidarse ante la pugna entre un centro no cohesionado y una periferia conformada por nuevas repúblicas independientes deseosas de solidificar sus realidades estatales.

La CEI y sus nuevas orientaciones

El prolongado itinerario de la CEI desde su creación hacia una incierta consolidación arrastra a esta organización internacional, durante su primera década de historia, a través de innumerables reuniones, debates y, sobre todo, proyectos que no logran ser aprobados o llevados a la práctica por la falta de interés de sus estados miembros en renunciar a su soberanía para reforzar una coordinación que recordaba demasiado a la extinta URSS, de nefasto recuerdo, o a los intereses de una Rusia obcecada en restaurar un área de influencia que considera como propia.²⁹³ La debilidad de Rusia en este período y, más concretamente, la crisis política de Chechenia de 1994-1996 y la económica de 1998 dificultaron la recuperación de un centro unificador en Moscú que se convirtiese en referencia para todo el espacio ex soviético. Al mismo tiempo, cabe tener en cuenta las graves crisis económicas que vivían los otros países, junto con el mantenimiento de las crisis bélicas iniciadas con el derrumbe de la URSS y con unas transiciones políticas protagonizadas por líderes personalistas o populistas que tuvieron como consecuencia la consolidación de regí-

menes autoritarios y presidencialistas en Europa oriental y en el Cáucaso o directamente de dictaduras en el caso de Asia central. Todo ello lleva a un estancamiento económico y político de estos países que se están consolidando pero que no consiguen escapar a la influencia de una Rusia confirmada internacionalmente como la potencia regional con capacidad y derecho de liderar el área que había ocupado la Unión Soviética.

Ante la reticencia o la directa animadversión de varios países de la CEI, liderados por Ucrania, para contribuir a la consolidación de una organización estable y poderosa, Rusia opta por crear una serie de alianzas asimétricas con los países mejor dispuestos a participar en sus proyectos prescindiendo de los más reacios y contribuyendo a crear una red compleja de tratados en el marco extenso de la Comunidad con el objetivo de establecer embriones de uniones sectoriales que puedan ir extendiéndose a los otros miembros de la misma y de mantener bajo la influencia rusa, en diferentes ámbitos, al máximo número de estados.²⁹⁴

De esta red de tratados bilaterales y multilaterales destacan únicamente por su carácter ambicioso y realista los que firma Rusia con Belarús, sobre todo, a los que ocasionalmente se incorporan Kazakstán y Kirguistán y que consolidan una unión aduanera entre estos cuatro estados, además de intensificar la cooperación en los ámbitos económico y de los derechos humanos entre estos países. La empatía entre una Belarús abiertamente rusófila y una Rusia que busca desesperadamente la materialización de un área de influencia internacional tiene unos resultados sorprendentes y paradójicos. Por una parte, el espeso entramado de tratados existentes entre ambas repúblicas lleva a la concreción de un proyecto más ambicioso a partir de la primavera de 1997: la creación de una Unión formada por los dos estados; este proyecto de unión, todavía muy indefinida en su alcance final, ha sido utilizado profusamente por Moscú y Minsk como amenaza latente y ha recibido fuertes impulsos coincidiendo con dos grandes crisis de confianza con Occidente, durante la crisis de Kosovo de 1999 y durante la segunda guerra de Chechenia, en 1999-2000.²⁹⁵ Por otra parte, la intensificación de dichos contactos bilaterales ha aumentado la desconfianza del resto de socios de la CEI hacia Rusia y sus intereses por liderar la Comunidad, hecho que da lugar, a partir de 1997, a una nueva crisis, más profunda, dentro de la CEI, que impide su consolidación y cuestiona gravemente su viabilidad. El estancamiento institucional de la Comunidad estalló durante la cumbre de Chisinau (Moldova) en noviembre de ese año, cuando un largo y agrio debate so-

bre el funcionamiento de la organización parecía haber conducido a una revitalización de la CEI. Paradójicamente, la reunión de Chisinau, que debía haber aprobado un documento sobre Concepción de Seguridad Colectiva propuesto por el Consejo de Jefes de Gobierno y el Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores en enero de 1997, fue testigo de un espinoso debate sobre la inutilidad de las tareas realizadas hasta el momento por los órganos de la CEI, con lo que, lejos de aprobar ningún documento o resolución, fue convocada una cumbre extraordinaria para enero siguiente. Dicha cumbre fue pospuesta dos veces hasta su materialización, el 29 de abril de 1998, en la que la tensión de Chisinau se había rebajado notablemente. A pesar de ello, se decidió convocar nuevos foros y cumbres en los meses siguientes con el objetivo de reforzar a la Comunidad, que estaría centrada a partir de estos debates en la cooperación económica, mientras que no abordaba prácticamente los temas de seguridad, mucho más delicados de aceptar por los miembros más reacios.

Sin embargo, ni el Foro Interestatal Especial para la Reforma de la CEI convocado para los días 15 y 16 de septiembre de 1998 ni la cumbre de abril de 1999, que había pretendido centrar la función básica de la CEI en la economía,²⁹⁶ han conseguido animar el funcionamiento de una organización viciada por numerosas desconfianzas y en la que priman los procesos centrífugos de construcción nacional vigentes en todas las repúblicas, incluida Rusia, sobre las tendencias centrípetas unitaristas. Ni siquiera ha podido establecerse la zona de libre comercio aprobada en 1993, entre otras cosas porque ninguno de sus firmantes (incluida Rusia, que debería ser su principal beneficiario) la ha ratificado. En cuanto al Tratado de Bishkek de 1992, del que formaban parte todos los estados de la CEI y que debía garantizar la libre circulación de personas en su espacio, entró en crisis cuando Rusia, junto con Kazakstán y Uzbekistán, lo abandonaron en 2000, acabando así con lo que hasta la fecha había sido el instrumento más eficaz de la Comunidad. Únicamente parece haber dado muestras de dinamismo y pragmatismo la Unión Aduanera parcial establecida en 1995 entre Rusia, Belarús, Kazakstán y Kirguistán, a las cuales se añadió Tayikistán en febrero de 1999. Esta Unión Aduanera se transformó en Comunidad Económica Euroasiática (CEE) en 2001. Tal vez sea más significativo el eje de seguridad creado alrededor del Tratado de Seguridad Colectiva (TSC, más conocido como Tratado de Tashkent) en 1992, y que agrupa a los cinco países de la CEE más Armenia. Georgia y Azerbaiyán formaron parte de esta organización entre 1993 y

1999, año en que se retiraron.²⁹⁷ El hecho de que el TSC incluya en sus cláusulas la asistencia mutua en caso de agresión añade un elemento de incertidumbre a la situación en el Cáucaso, ante la eventualidad de un rearme ázeri para recuperar el control de Nagorni-Karabaj, en una coyuntura en que Armenia ha perdido capacidad económica y defensiva para mantener su presencia en territorio de Azerbaiyán.

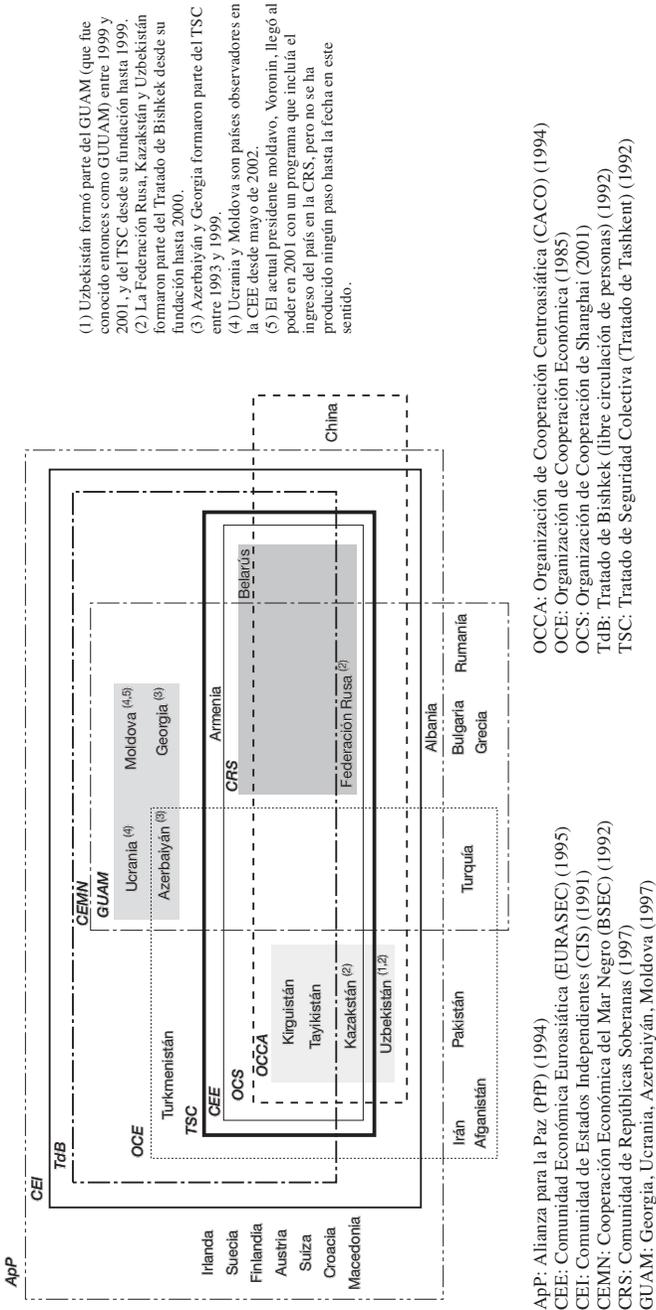
A este complejo organigrama podemos añadir cierta tendencia de los países opuestos a una excesiva influencia de Rusia dentro de la CEI (y, por tanto, al reforzamiento de la propia CEI) a organizarse dentro de la Comunidad. El principal fruto de esta tendencia es la creación en 1997 del llamado grupo GUAM, acrónimo constituido por las siglas de sus componentes: Georgia, Ucrania, Azerbaiyán y Moldova, a los que se añadió entre 1999 y 2001 Uzbekistán, que añadió una segunda U al acrónimo de tan heterogénea alianza. Del mismo modo, cabe indicar el frecuente cambio de alianzas motivado por las distintas posturas de países no orientados de un modo sólido hacia una tendencia u otra dentro de la CEI, lo cual produce una cierta flexibilidad en estas alianzas. De este modo tenemos que entender la actitud de Uzbekistán, más interesado en lograr un protagonismo regional que en participar en la CEI, por lo que a menudo ha cambiado de alianzas ingresando en o abandonando varias organizaciones. Igualmente, en el caso de Moldova se debe ver un cambio de política a partir de la elección como presidente del país del empresario neocomunista Voronin en 2001, quien presentó su candidatura con el programa electoral de reforzar los lazos dentro de la CEI, cuando este país siempre se había destacado en el frente centrífugo de la Comunidad a raíz, precisamente, de la presencia rusa en el Transdniéster.

A este denso entramado organizativo hay que añadir que con el tiempo se ha ido consolidando la tendencia a buscar alianzas y participar en organizaciones subregionales de sus entornos geográficos y culturales respectivos, con independencia de sus vínculos con la CEI. Los casos más significativos tal vez sean los de los países del Cáucaso y cercanos al mar Negro, que establecieron en 1992 una alianza económica con otros países europeos en lo que se denominó Cooperación Económica del Mar Negro (BSEC, en sus siglas inglesas); los países de mayoría islámica (todos los de Asia central más Azerbaiyán), además de formalizar su ingreso en la Organización de la Conferencia Islámica (OCI) entre 1992 y 1995, también se adhirieron a la Organización de Cooperación Económica (OCE) que ya constituían otros países de Oriente Próximo y Medio

como Turquía, Irán, Pakistán y Afganistán. Habría que mencionar igualmente la alianza de tipo económico y de cooperación transfronteriza que han establecido varios países de la CEI (Rusia, Kazakstán, Kirguistán, Uzbekistán y Tayikistán) con China, en la denominada Organización de Cooperación de Shanghai.²⁹⁸ Por último, cabría recordar que, tras la ampliación de la OTAN a siete países de la Europa central y balcánica (Lituania, Letonia, Estonia, Eslovaquia, Eslovenia, Rumanía y Bulgaria) en 2004, la Alianza para la Paz (APP o PfP –*Partnership for Peace*–, en sus siglas inglesas), íntimamente vinculada a la Alianza Atlántica pero compuesta por países no miembros de la misma, cuenta con un componente mayoritario de países de la CEI, lo que sin duda dota de un carácter propio a la APP y lo vincula estrechamente al área de influencia rusa.

El complicado entramado de alianzas dentro de la CEI deja entrever las dificultades que encuentra Rusia para consolidar su influencia en dicho espacio. Sin embargo, la tendencia positiva de la economía rusa en el período 1999-2003, junto con la persistencia de la crisis y de la conflictividad en las demás repúblicas,²⁹⁹ marcan cierta recuperación con la presencia de Rusia en la región como auténtico líder carismático y, sobre todo, reconocido por la comunidad internacional. A ello contribuye la crisis política y económica que ha vivido Ucrania en los últimos años del siglo xx, Estado que tradicionalmente encabezaba la oposición a los intereses rusos pero que ya no tiene capacidad para mantener dicho enfrentamiento ante la mejora de la situación de Rusia. El gráfico 4 muestra la complejidad de estas alianzas y sus polos principales, así como la participación de los países de la CEI en varias organizaciones internacionales subregionales.

GRÁFICO 4
La complejidad de las alianzas y las organizaciones subregionales en el espacio ex soviético



(1) Uzbekistán formó parte del GUAM (que fue conocido entonces como GIUAM) entre 1999 y 2001, y del TSC desde su fundación hasta 1999.
 (2) La Federación Rusa, Kazakistán y Uzbekistán formaron parte del Tratado de Bishkek desde su fundación hasta 2000.
 (3) Azerbaiyán y Georgia formaron parte del TSC entre 1993 y 1999.
 (4) Ucrania y Moldova son países observadores en la CEE desde mayo de 2002.
 (5) El actual presidente moldavo, Voronin, llegó al poder en 2001 con un programa que incluía el ingreso del país en la CRS, pero no se ha producido ningún paso hasta la fecha en este sentido.

FUENTE: elaboración propia a partir de datos extraídos, sobre todo, del *Anuario CIDOB 2001*, Barcelona, 2002, pp. 268-269.

Un país al borde del cataclismo y una sociedad sin perspectivas de futuro

Los últimos años de la era Yeltsin están marcados por una paulatina consolidación del poder del Estado tras la crisis de Chechenia, aunque en rigor deberíamos hablar, tal vez, de una larga, casi agónica, prolongación de la misma. Por un lado, la crisis económica de 1998 acaba con las últimas ilusiones de lograr una «normalización» del Estado a través de las reformas que siguieron a la independencia, además de dar un paso adelante en la progresiva pauperización de una sociedad hastiada y desesperanzada. Por otro lado, la evolución política presenta un cuadro paradójico en el que, tras la aparente imagen de estabilidad que ofrece la permanencia de un presidente controvertido que sigue en el poder hasta que él mismo considera conveniente su relevo, se oculta una grave crisis que marcan el continuo cambio de primeros ministros, el sistemático enfrentamiento entre la *Duma* y la Presidencia y, sobre todo, el fortísimo desgaste ante la sociedad rusa de sus representantes políticos, empezando por el propio presidente, incapaz de hacer frente a las numerosas crisis con que se enfrenta el país y personalizando en su propia figura, en cambio, la corrupción e ineptitud del Estado. Nos hallamos, pues, ante una crisis de graves dimensiones en la que el único garante de la estabilidad social es un poder rígidamente mantenido por el apoyo de una clase económica privilegiada y por un consenso internacional, factores que todavía otorgan más impopularidad a la clase dirigente.³⁰⁰

Sin embargo, precisamente en este período se hace más evidente la necesidad de una estabilidad social y política en Rusia. El riesgo de agitación social es mínimo, dada la división de la oposición parlamentaria y la desconfianza de la sociedad rusa hacia la clase política, incluida la oposición y los movimientos regeneracionistas sobre los que Rusia tiene una amarga experiencia histórica. Pero en cambio se reaviva el temor al surgimiento de sectores oportunistas que instrumentalicen el descontento social para utilizarlo en provecho propio, de sus ideologías o de un incierto bienestar popular que llevase a nuevas aventuras políticas e, inevitablemente, a nueva inestabilidad interna y externa. Éste es el fantasma más recurrente en los análisis políticos del momento y en la percepción social del propio pueblo ruso, incapaz de predecir ninguna mejora a corto o medio plazo en su vida cotidiana y convencido, en general, de que cualquier solución radical no puede empeorar ni la situación nacional de

Rusia ni las condiciones de vida de sus habitantes. Al mismo tiempo que la permanencia de Yeltsin se hace cada vez más precaria, las perspectivas sobre la estabilidad y el futuro de Rusia son objeto de temor entre observadores tanto rusos como del exterior, prevenidos sobre los frecuentes cambios de humor y la irascibilidad del pueblo ruso en ocasiones históricas de agravio y opresión.³⁰¹

Estos factores pueden explicar el apoyo decidido que recibe Yeltsin desde el exterior. Pero donde hay que buscar, probablemente, más razones para justificar dicho apoyo es en el nuevo papel de una economía rusa que empieza a desperezarse tras el fuerte revulsivo de la crisis de 1998. Esta nueva economía rusa, sin embargo, tiene un alto precio. Rusia podrá afrontar de nuevo su recuperación económica e incluso social, y el país podrá volver a tener un papel en la esfera internacional, pero será a costa de una profunda y al mismo tiempo precaria tercermundialización de dicha economía. Es decir, en el papel esencial que tenga en dicha economía la producción de un solo tipo de bienes, los hidrocarburos, sujetos a una fuerte oscilación y que, precisamente por ello, dan jugosos réditos a la vez que una precisa coyuntura internacional. Pero esta situación no supone en absoluto la garantía de una recuperación constante de la economía, puesto que manifiesta en primer lugar la debilidad de la dependencia de un recurso natural, es decir, la falta de garantía inmediata de que se diversifique una economía que todavía tiene que reconstruir sus infraestructuras básicas de producción. En segundo lugar, como ya se ha dicho, se trata de unos productos extremadamente volubles en el mercado internacional, sujetos a una evolución claramente dependiente de la política internacional y de la estabilidad en las zonas productoras de tales recursos.

La economía rusa se vuelve dependiente y frágil, pero esto es mucho más de lo que se podía esperar, especialmente tras la última y grave crisis del siglo, cuando los inversores extranjeros fueron ahuyentados por una realidad administrativa plagada de ineficacias y despropósitos, incapaz de reaccionar ante sus propios errores y, por contra, creando nuevas barreras a la presencia de los capitales que no participaban en el reparto ya realizado de las prebendas económicas del poder. La producción y exportación de hidrocarburos como motor principal de la economía de un país no es una situación envidiable para quien poseyó una economía próspera y una rica área de expansión hasta épocas recientes, pero es un saludable sucedáneo a una economía diversificada, especialmente cuando se ha vivido de cerca la amenaza de la hecatombe y cuando, en reali-

dad, buena parte de la población rusa tiene motivos para pensar que no se puede ir más allá en la decadencia de un país. Por otra parte, Rusia goza de la privilegiada situación de no ser estrictamente un productor de recursos naturales, sino que sus compañías extractoras de dichos recursos se hallan esparcidas por varios países, como fruto de la herencia soviética y de los contactos de aquella potencia con varios estados productores. Esta situación la sitúa a medio camino entre los países productores de recursos energéticos, que suelen ceder su subsuelo a compañías extranjeras a cambio de contratos más o menos beneficiosos, y los países consumidores de estos recursos, que a menudo son los que albergan las compañías extractoras. A pesar de ello, Rusia se enfrenta con la paradoja de apoyar su recuperación económica en la exportación de productos energéticos hacia Occidente, incluyendo grandes cantidades de los mismos que compañías rusas explotan en otros países, y sin embargo no poder contar con los suficientes recursos energéticos para abastecer a sus industrias o, lo que puede ser más grave, para dotar a su población de unas garantías de bienestar en forma de energía de uso privado de la que, por el contrario, sí podían contar fácilmente durante el período soviético. Se trata de un agravio comparativo que, junto con la sensación generalizada de abandono de servicios sociales básicos como la sanidad y la educación, alimenta la percepción popular según la cual los intereses del Estado y los de la población siguen caminos dispares.

La estabilidad precaria sobre la cual parece sustentarse tanto el Estado ruso como su clase dirigente e incluso su economía parece reproducirse en otro ámbito, como es el de la esfera de influencia directa de Rusia. La Comunidad de Estados Independientes mantiene su existencia bajo mínimos que había materializado desde su fundación, dando lugar a un marco organizativo prácticamente vacío de contenido por la disparidad de visiones sobre su funcionalidad que existe entre sus miembros, dada la ausencia de criterios convergentes en los intereses de sus componentes. Sin embargo, se empiezan a percibir los primeros síntomas si no de cohesión de la organización, sí al menos de imposición de cierta autoridad del centro, personalizado en Rusia, sobre una periferia acuciada por una crisis económica sin un fin previsible y por numerosos conflictos internos que precisan la intercesión rusa para, por lo menos, mantener su estabilidad. Esta presencia rusa en el ámbito de la seguridad, propiciada por la crudeza de los conflictos en los primeros años de independencia y por la intercesión de las fuerzas armadas rusas como ejército de interpo-

sición casi inevitable en los años 1992-1993, hace que los conflictos así estancados no puedan entrar en una nueva fase precisamente por la presencia de unas fuerzas de interposición que no muestran interés por abandonar el terreno ni facilitar una estabilidad que haría innecesaria su presencia y, por lo tanto, la influencia política rusa. A esta presencia incómoda se une la inestabilidad de las economías de los países de la CEI, que hace prácticamente inviable ningún proyecto de cohesionar una soberanía real en el campo de la producción ni, aún menos, de ejercer influencia alguna sobre el entorno de los otros países, como pretendían algunos estados del Asia central, convencidos de constituir un potencial eje regional.³⁰² Aunque la economía rusa presenta numerosas debilidades y contratiempos, tiene no obstante mayor estabilidad que la de cualquier otra del antiguo espacio soviético y manifiesta la capacidad de mantener bajo su órbita a la evolución política de esta extensa y estratégica región, lo que no se produce sin el interés ni la intervención de las potencias occidentales, celosas de que ninguna otra potencia regional menos digna de confianza, especialmente en Asia, extienda su influencia en esta área, pero también cuidadosas de complacer los intereses de una Rusia resentida por la pérdida de su característica como potencia universal y por la desintegración de su último imperio;³⁰³ una Rusia a la que, desde Occidente, se prefiere no provocar una mayor sensación de victimización.³⁰⁴

En definitiva, si algo caracteriza a Rusia en el período 1996-1999 es la fragilidad del Estado y el cambio de percepción sobre sí misma. Por una parte, se trata de una fase de extrema depresión económica y social, en la que la clase política y la sociedad rusas deben abandonar cualquier ínfula de reconstituir la influencia y el poder que pueden creer que Rusia merece, o ni tan siquiera de restablecer una dignidad suficiente al país y a su población. La percepción del papel de Rusia en el mundo cambia notablemente, de ser un gigante herido que toma resuello para levantarse de nuevo, a ser un enfermo grave que precisa una larga recuperación y que, probablemente, nunca volverá a ser el que fue. Del mismo modo, la percepción de la sociedad rusa sobre la imagen que proyecta en su área inmediata de influencia y su papel en la misma cambia perceptiblemente. En esta fase ya ha desaparecido casi del todo la percepción según la cual el espacio de la antigua URSS es una nación o un espacio humano natural desgajado a la fuerza y que aspira a su reunificación a través del liderazgo de Rusia, su mayor y más significativo representante. En este período se impone una visión más realista según la cual Rusia, simplemente, pue-

de y debe ejercer su influencia sobre un área que coincide con un espacio histórico y, en ocasiones, con afinidades culturales. Pero raramente se recurre a los vínculos simbólicos y sentimentales para justificar la relación de Rusia con las otras repúblicas; incluso se legitima cierta prepotencia sobre las mismas y la presión política que supone la permanencia de tropas o el chantaje energético.³⁰⁵ Rusia retoma su papel de Estado capaz de imponer sus intereses sobre su área de influencia, un área que ya no es considerada como parte irredenta del propio territorio, sino como una zona de expansión de la propia influencia y de la muestra del poder de Rusia sobre su entorno geográfico.

Una Rusia, pues, debilitada y deprimida, pero al mismo tiempo capaz de establecer unas bases para su reconstrucción partiendo de unas premisas realistas, es decir, de los recursos con que cuenta y de unas relaciones con el entorno fundamentadas en una estructura de poder basada en jerarquías rígidas en la que Moscú tiene un área de influencia y, a su vez, se sitúa en la órbita de una potencia hegemónica. En esta evolución, Rusia deberá dejar a un lado nostalgias y pretensiones propias de un imperio recién desmenuzado que no tienen lugar en una coyuntura internacional muy diferente a aquellas en las que el Estado ruso siempre había pretendido ocupar un papel privilegiado, tanto en su área de influencia directa como en la esfera internacional.

8. Evolución de la política europea hacia Rusia, 1995-2000

Buscando soluciones: el Tratado de Amsterdam

A mediados de los años noventa la Unión Europea se halla en pleno proceso de cohesión, proceso sin embargo dificultado por la lentitud de una implantación que se revela difícil por las resistencias nacionales a la cesión de soberanía y por las dificultades de llevar a la práctica numerosas de las reformas propuestas, en particular las que se refieren a la realización de la PESC y a la creación de una política de seguridad y defensa común. En capítulos anteriores hemos visto las dificultades de aprobación y ejecución de un Tratado de la Unión Europea (TUE) que choca con sendos baños frustrantes de realidad a la hora de llevar a la práctica la unidad diplomática europea (segunda guerra del Golfo, Croacia, Bosnia) y al enfrentarse a más dificultades de las previstas para hacer aprobar un texto ya de por sí fruto de duros compromisos y renunciaciones mutuas.

A pesar de estas dificultades, se percibe la necesidad de reforzar el camino iniciado en Maastricht en 1991. Europa soporta bien los relevos políticos que se producen entre 1995 y 1997 y la desaparición de las grandes figuras que habían protagonizado los cambios y la profundización europea de la década anterior.³⁰⁶ Este nuevo turno de la clase política europea se propone poner en práctica las reformas que ya había previsto el propio Tratado de Amsterdam. Tras sucesivas reuniones y deliberaciones,³⁰⁷ particularmente con la redacción del Informe Westendorp, el Consejo establece que los objetivos a que ha de dar respuesta la Conferencia Intergubernamental (CIG) con la reforma del Tratado son: a) acercar Europa a los ciudadanos; b) mejorar el funcionamiento de la Unión y prepararla para la ampliación; y c) dotar a la Unión de una mayor capacidad de acción exterior.

La Conferencia Intergubernamental tuvo su inicio en Turín el 29 de marzo de 1996 y concluyó en Amsterdam los días 16 y 17 de junio de 1997. En este caso, al contrario de lo que sucedió en Maastricht, los debates tuvieron un carácter marcadamente dialogante y constructivo y su ratificación no presentó mayores problemáticas.³⁰⁸ Básicamente, la Europa que nace en Amsterdam es una continuación de la que había surgido en Maastricht, en esta ocasión con un énfasis puesto en la unión monetaria que se adivina próxima y en la cohesión de la política exterior común. En este último aspecto el Tratado de Amsterdam pretende introducir novedades bajo la forma de una mayor eficiencia de la PESC, cuyo balance es, en este sentido, claramente negativo tras la experiencia balcánica.³⁰⁹

En definitiva, el Tratado de Amsterdam pretende introducir una nueva dimensión en la Política Exterior y de Seguridad Común que convierta a la Unión Europea en un actor internacional coherente, ágil y eficaz. Con ello Europa intenta iniciar una nueva etapa en su presencia internacional que lime los problemas surgidos tras la primera definición de su política exterior común, en Maastricht. Aunque el proceso de debate, aprobación y ratificación de los acuerdos de Amsterdam fue mucho más fácil que en el caso de Maastricht, queda en el aire la duda sobre la eficacia de los cambios introducidos. El sistema de toma de decisiones del Consejo seguía concediendo un peso abrumador a la unanimidad y capacidad de veto de los miembros del Consejo y se ha aducido con frecuencia que las nuevas figuras e instrumentos aprobados en 1997 añaden complejidad, no agilidad, al ya de por sí enmarañado organigrama europeo. El nuevo Tratado de Amsterdam entró en vigor el 1 de mayo de 1999, con un ligero retraso que fue considerado aceptable. Mientras tanto, la Unión Europea tuvo que enfrentarse con dos crisis en los Balcanes en las que dio muestras de su escasa capacidad de reacción y en las que tuvo que ceder protagonismo a otras organizaciones internacionales: los desórdenes en Albania, en marzo de 1997,³¹⁰ y la acción de la OTAN sobre Yugoslavia, en marzo-junio de 1999.³¹¹

El proceso de reformas de la Unión Europea no parece detenerse ni haber logrado unos resultados satisfactorios tras el Tratado de Amsterdam. Una nueva Conferencia Intergubernamental, entre febrero y diciembre de 2000, da lugar a una nueva reforma de los Tratados que ha de adecuar la estructura institucional de la UE a la próxima ampliación. El Consejo de Niza, del 7 al 11 de diciembre de 2000, cerró la CIG y aprobó el llamado Tratado de Niza de reforma del TUE. En este caso las dis-

usiones fueron más arduas, largas y difíciles que nunca, con sesiones maratónicas cuyos resultados a veces fueron extremadamente confusos. Su proceso de ratificación tampoco fue fácil, puesto que en esta ocasión Irlanda, en referéndum llevado a cabo el 7 de junio de 2001, paralizó el Tratado al vencer el «no» por un ajustado 54 %.³¹²

Sea como fuere, Europa parece haber iniciado un proceso de integración en el que se combinan dos dinámicas, claramente interrelacionadas, que han de tener como consecuencia el reforzamiento de la Unión Europea en tanto que actor internacional: por un lado, los trabajos de una Convención Europea, decidida en el Consejo Europeo de Laeken (diciembre de 2001) que redactó una Constitución Europea que simplifica el ya denso acervo legal comunitario. Por otro lado, el proceso ya avanzado de expansión de la Unión Europea hacia un grupo numeroso de países, mayoritariamente del Este de Europa, que han de dotar a la UE de un fuerte contenido humano y simbólico, así como de un área de proyección inmediata que cohesionará su papel en la esfera internacional.³¹³

Go East: la nueva ampliación

Como hemos visto, el proceso de ampliación es la iniciativa europea de mayor envergadura de esta etapa, junto con una reforma interna con la que tiene evidentes interrelaciones. En el capítulo 4 se ha detallado el proceso por el que, desde junio de 1993, están definidos por los llamados Criterios de Copenhague los requisitos mínimos que han de cumplir los países candidatos a la adhesión a la Unión Europea. Hasta junio de 1996 hay diez países que han firmado acuerdos europeos con la UE y solicitado su adhesión a la misma.

En diciembre de 1995 el Consejo Europeo, reunido en Madrid, solicita que la Comisión redacte un informe sobre la oportunidad de las solicitudes de adhesión y sobre el impacto que ésta podrá tener en la UE. Este informe es presentado en julio de 1997 bajo el título de *Agenda 2000*. Se trata de un grueso paquete de medidas en el que la Comisión propone la reforma de las políticas de la UE, la definición del marco presupuestario que las sustentará hasta el año 2006 y la preparación de la ampliación. En las opiniones expresadas por la Comisión, tras analizar la situación política y económica de cada país y el cumplimiento de los Cri-

terios de Copenhague en cada uno de ellos, ésta recomienda el inicio de negociaciones para la adhesión de la República Checa, Eslovenia, Estonia, Hungría, Polonia y Chipre.³¹⁴ En su informe la Comisión considera que los otros países (Letonia, Lituania, Eslovaquia, Rumanía y Bulgaria) no cumplen los requisitos indispensables para iniciar dicho proceso y deben esperar a una nueva revisión.

La distinción entre los países de una y otra categoría no siempre es clara, a pesar de que la Comisión argumenta sus decisiones basándose en los logros y carencias de los distintos países en las áreas políticas y económicas. De esta distinción, que genera la división de candidatos en «primera oleada» y «segunda oleada» y que es aprobada en el Consejo de Luxemburgo de diciembre de 1997, llama la atención la inclusión de Estonia entre los países mejor situados. Dicho país arrastra una crisis económica que no la diferencia en exceso de otros candidatos relegados a la «segunda oleada». En cuanto a las condiciones políticas, a pesar de ser un país que va avanzando hacia la democratización de sus instituciones, cuenta igualmente con el problema de su fuerte minoría rusófona, que va adquiriendo plenos derechos de ciudadanía con excesiva lentitud.³¹⁵ Varios observadores apuntan a la necesidad de ubicar a un país báltico entre los mejor situados como un mensaje a Rusia de sus intenciones respecto a su expansión hacia esta región, con independencia de los intereses rusos en la misma.

Inmediatamente, la Unión Europea inicia negociaciones con los países de la «primera oleada» para su adhesión. Pero pronto el sistema de oleadas es objeto de críticas, dada la situación en que sume a los rezagados, que en lugar de tomar nuevos bríos para igualarse a los demás, como estaba previsto, se ven a menudo desesperanzados por su marginación y, lo que es más grave, su nuevo estatuto aleja a los inversores en estos países. En octubre de 1999 la Comisión publica los informes periódicos sobre la situación de los países candidatos y propone la apertura de negociaciones con Letonia, Lituania, Eslovaquia y Malta.³¹⁶ Igualmente, la Comisión recomienda mantener los contactos con vistas a la adhesión con Rumanía y Bulgaria, a las que considera todavía en situación precaria para su pronto ingreso, y la admisión de Turquía como «candidato oficial a la adhesión». El Consejo Europeo de Helsinki, celebrado los días 10 y 11 de diciembre de 1999, adopta todas las recomendaciones de la Comisión. Con este paso se inició el proceso de integración en la Unión Europea que culminó en mayo de 2004 para los diez países mejor situa-

dos, mientras que se mantiene la fecha de 2007 prevista para el ingreso de Rumanía y Bulgaria. Turquía fue admitida en Helsinki como candidata en firme pero sin fecha para su ingreso, condición que también asume Croacia a partir de junio de 2004.³¹⁷ Se trata de un proceso largo y difícil, que no oculta graves problemas como el de la financiación del mismo,³¹⁸ pero que la Unión Europea ha emprendido con decisión como su principal proyecto del futuro inmediato, y que sin duda condicionará no sólo el futuro de la UE, sino el de la misma Europa.

Uno de los mayores inconvenientes que sigue presentando la ampliación de la Unión Europea respecto al Este es el de las susceptibilidades que tiene para Rusia la presencia de la Europa unida en el Báltico. Esta problemática presenta dos facetas distintas; por un lado, la incorporación de las tres repúblicas bálticas; por otro, la situación en que queda el enclave de Kaliningrado.

El acercamiento de Lituania, Letonia y Estonia a Occidente ya había levantado ampollas en Rusia durante los primeros años del período pos-soviético, por cuestiones estratégicas y de protección de los derechos de las minorías rusófonas de estos países.³¹⁹ A pesar de que las críticas de Moscú habían quedado acalladas por la presentación de garantías de los gobiernos estonio y letón acerca del respeto a las minorías de estos países, a medida que se acelera el proceso de incorporación de dichos países a la UE reviven algunas críticas rusas sobre el trato que reciben los rusófonos en la región. Lo cierto es que el problema de las minorías en Letonia y en Estonia es resuelto sólo de un modo parcial, puesto que el proceso de concesión de la ciudadanía a todos los habitantes de estos países es tremendamente lento y la mayoría de los miembros de las minorías no habían podido alcanzar todavía este estatuto a las puertas de la incorporación de sus estados en la UE.³²⁰ Ello conlleva un grave problema de estatuto jurídico para centenares de miles de futuros habitantes de la UE que, sin embargo, no serán ciudadanos de la misma ya que no lo son de sus Estados.³²¹ En Letonia la mayoría de personas que están en esta situación han optado por aceptar la clasificación, supuestamente transitoria, de apátridas («no ciudadanos»), mientras que en Estonia hay muchos habitantes que han preferido adoptar la ciudadanía rusa. Los derechos legales varían enormemente de un Estado a otro; de este modo, en Estonia los no ciudadanos pueden votar en las elecciones municipales, pero no en las parlamentarias; en general, tanto en Estonia como en Letonia tienen serias dificultades para optar al funcionariado, para votar o ser elegidos o para poseer terre-

nos. Según los censos oficiales de los primeros años del siglo XXI (2000 en Estonia, 2002 en Lituania y 2003 en Letonia), ésta es la distribución de los grupos nacionales en los diferentes países bálticos:

CUADRO 7
Distribución de las principales nacionalidades en los países bálticos

	Lituania	%	Letonia	%	Estonia	%	Total	%
Población autóctona	2.907.293	83,4	1.361.559	58,4	930.219	67,9	5.199.071	72,4
Rusos	219.789	6,31	677.123	29	351.178	25,6	1.248.090	17,4
Bielorrusos	42.866	1,23	91.809	3,94	17.241	1,26	151.916	2,11
Ucranianos	22.488	0,65	60.687	2,6	29.012	2,12	112.187	1,56
Total eslavos or.	285.143	8,18	829.619	35,6	397.431	29	1.512.193	21
Polacos	234.989	6,74	57.888	2,48	2.193	0,16	295.070	4,11
Otros	56.547	1,62	82.401	3,53	40.209	2,93	179.157	2,49
Total	3.489.720	100	2.331.467	100	1.370.052	100	7.185.491	100

FUENTES: <http://www.np.gov.lv/en/fakti/index.htm>, <http://www.stat.ee/files/eva2003/RV200102.pdf>, http://www.std.lt/stat_ist/suras_lapas_e.htm.

A esta variedad nacional hay que añadir la diversidad de los estatutos jurídicos con que se clasifica a los diferentes grupos nacionales. Aunque en Lituania se ha generalizado la adopción de la ciudadanía de todos los naturales del país, independientemente de su origen nacional (el 99 % de los residentes en Lituania son ciudadanos lituanos), el problema persiste en los otros dos países, como muestra el cuadro 8.

Esta perspectiva aporta una triple problemática que los países bálticos van a trasladar a la futura Unión Europea. Por un lado, dichos países albergan un fuerte componente de minorías nacionales, con la potencial falta de cohesión resultante (lo que no es extraño en otros países candidatos como Eslovaquia, Rumanía y Bulgaria, además del confuso caso de Chipre). En segundo lugar, en estos países habría grandes contingentes de poblaciones en situación legal irregular, unas 800.000 personas, la inmensa mayoría de los cuales son apátridas. Por último, cabe recordar que cerca del 90 % de estos apátridas y extranjeros forman un

CUADRO 8

*Situación jurídica de los habitantes de Letonia (2003) y Estonia (2000)*³²²

	Letonia	%	Estonia	%	Total	%
Población total	2.331.467	100	1.370.052	100	3.701.519	100
Población autóctona	1.357.915	58,24	922.204	67,31	2.280.119	61,6
Eslavos or. ciudadanos	355.838	15,26	154.207	11,26	510.045	13,78
Eslavos or. apátridas	449.419	19,28	155.301	11,34	604.720	16,34
Eslavos or. extranjeros	24.362	1,04	87.913	6,42	112.275	3,03
Otros ciudadanos	83.172	3,57	18.227	1,33	101.399	2,74
Otros apátridas	54.858	2,35	15.048	1,1	69.906	1,89
Otros extranjeros	7.374	0,32	16.047	1,17	23.421	0,61
Total eslavos orientales	829.619	35,58	397.431	29,01	1.202.688	32,49
Total ciudadanos	1.795.454	77,01	1.095.743	79,98	2.891.197	78,11
Total apátridas	504.277	21,63	170.349	12,43	674.626	18,23
Total extranjeros	31.736	1,36	103.960	7,59	135.696	3,67

FUENTES: <http://www.np.gov.lv/en/fakti/index.htm>, <http://www.stat.ee/files/eva2003/RV200102.pdf>.

conjunto cultural más o menos sólido³²³ y que se identifica con el que será el gran vecino de la UE ampliada, Rusia. Ello puede suponer un problema fronterizo o la oportunidad de crear un puente humano entre ambas realidades políticas, según el uso político que se haga de este hecho.³²⁴

En cuanto a la cuestión de Kaliningrado, sigue suponiendo la espina dorsal de un desacuerdo que se gestó en los últimos años de la negociación para la adhesión de los países bálticos a la UE. La región de Kaliningrado,³²⁵ separada del resto del territorio ruso tras la disolución de la URSS, después de la ampliación ha quedado rodeada en su frontera terrestre por territorio comunitario. Rusia confiaba en convertir este puerto hoy en decadencia en una salida avanzada hacia Occidente de su comercio europeo y convertir así a Kaliningrado en una zona económicamente desarrollada y con prebendas aduaneras especiales, lo que en un lenguaje eufórico se empezó a llamar el «Hong Kong del Báltico». Sin embargo, pronto se puso de manifiesto que los otros puertos del Báltico, especialmente los de los países candidatos, estaban igualmente interesados en convertirse en la salida comercial de los productos rusos y asiáticos que llegasen a la UE por vía terrestre. A pesar de la insistencia rusa, que se

hizo más intensa con la presidencia de Putin, las instituciones europeas no se muestran en absoluto dispuestas a permitir en el futuro la permeabilidad de su territorio para favorecer a la economía de una región rusa en detrimento de las suyas.

Restauración paulatina de la confianza occidental en Rusia: el problema de la seguridad

En el período que va entre 1996 y 2000 volvemos a encontrar serias dificultades entre Rusia y Occidente en materia de seguridad. En realidad, en esta fase hallamos una Rusia, y especialmente una clase política rusa, que reacciona ante sus problemas internos defendiendo un discurso antioccidental que es muy bien recibido por una sociedad rusa resentida con la hegemonía estadounidense.³²⁶ Por otro lado, se produce una clara distinción entre un discurso positivo y constructivo en el área económica con la Unión Europea y Europa en general y, por el otro lado, un discurso agresivo y victimista hacia Estados Unidos y la OTAN, a quien las autoridades rusas atribuyen un expansionismo injustificado. Ello provocará un rechazo hacia la ampliación y las actividades de la OTAN que la Administración Yeltsin cuidará de no hacer extensiva a la UE, a pesar de la coincidencia, en muchas ocasiones, de sus miembros. Los desacuerdos entre Rusia y la OTAN en esta fase pueden concentrarse en tres áreas básicas:

- a) protestas contra la hegemonía estadounidense en el mundo; ello lleva a las autoridades rusas a hacer guiños frecuentes a otras potencias medias, especialmente de Asia, para insinuar la creación de contrapartidas. En este discurso antinorteamericano también debemos situar, muchas veces, la solidaridad manifiesta hacia las Naciones Unidas o hacia el respeto al Derecho Internacional, particularmente en el caso de Irak, así como una retórica europeísta de acercamiento a las instituciones del viejo continente para distanciarse de Estados Unidos;
- b) la recuperación de un viejo discurso paneslavo y panortodoxo que tiene su mayor manifestación en la solidaridad mostrada hacia Yugoslavia durante la crisis de Kosovo;

- c) la oposición a la ampliación de la OTAN a Europa central, que se ve como una muestra injustificable de desconfianza y una amenaza velada a Rusia, aunque ante la sociedad rusa es evidente el agravio que supone el viaje de estos antiguos aliados hasta la institución de seguridad que había sido enemiga durante décadas.

Ya en diciembre de 1998 Rusia había protestado contra las incursiones aéreas occidentales sobre Irak e, incluso, en las mismas fechas, a raíz de un viaje a la India, Primákov había insinuado la posibilidad de crear un «triángulo de seguridad» con China y la India para contrarrestar la hegemonía norteamericana. Las tensiones con Occidente parecían haber menguado a raíz de la aceptación por parte de la *Duma* del tratado START II, vinculándolo al respeto hacia el tratado ABM de 1972. Pero el conflicto de intereses entre Rusia y Occidente se reaviva durante la crisis de Kosovo, en la primavera de 1999. Rusia manifiesta su desacuerdo con la actitud de la OTAN cuando la Alianza Atlántica decide de modo unilateral intervenir militarmente en la antigua Yugoslavia. Al no ver realizado el papel de mediador que anhelaba, Rusia retoma su papel tradicional como aliado «histórico» de Belgrado y condena las operaciones de la OTAN, a la que califica (con una razón objetivamente refrendada por la mayor parte de observadores) como contraria al derecho internacional. A través del representante especial de Yeltsin, V. Chernomirdin, Rusia consigue todavía hacerse un lugar en la mesa de negociaciones que llevarían al alto el fuego del 3 de junio. El papel diplomático de Rusia en el conflicto queda en realidad muy relativizado por las consecuencias que debe realizar el Kremlin en cuanto a la participación en las fuerzas de paz en Kosovo (Kfor), a causa de su posición de debilidad (pocos días más tarde, en Colonia, el G-7 tenía que debatir sobre las ayudas financieras que cabía conceder a Rusia). A pesar de la espectacularidad de algunas acciones, como la inesperada aparición de fuerzas rusas en el aeropuerto de Pristina antes de la llegada de fuerzas de la OTAN en esta ciudad kosovar, Rusia debe conformarse con una endeble participación en las fuerzas de interposición que más bien garantizan una presencia plural en la zona antes que un papel fundamental del ejército ruso en la región o en la esfera internacional. Podemos calificar igualmente de espectacular la campaña casi romántica de solidaridad paneslava y panortodoxa³²⁷ que, de un modo distorsionado, unía ocasionalmente la política exterior rusa duran-

te la crisis con los intereses de Yugoslavia³²⁸ y sectores importantes de la opinión pública de Rumanía, Ucrania, Bulgaria, Macedonia y otros países.³²⁹ Si es cierto que, en general, los intentos rusos de abrirse una rendija en el área de toma de decisiones internacionales se saldan con un rotundo fracaso, podemos afirmar que de la crisis de Kosovo se concluye que el abismo de desconfianza rusa hacia Occidente se ha profundizado.³³⁰

Al mismo tiempo que la Unión Europea iniciaba su expansión hacia el vacío que había dejado la URSS en su retirada y posterior desaparición, estos países también buscaban un refuerzo de su vínculo institucional con Occidente por medio de la seguridad. Por eso muestran un vivo interés en ingresar en la Alianza Atlántica, cuestión muy delicada a los ojos de Rusia. En efecto, a pesar de la predisposición de la OTAN a esta ampliación, que ve como la plena consecución de su propio espacio de seguridad, durante largos años pesa el respeto a la susceptibilidad rusa como un factor importante a la hora de decidir dicha ampliación. Por otra parte, como se ha visto, los países bálticos, de próxima incorporación a la UE, son considerados por la clase política rusa como parte de su «extranjero próximo»; el solapamiento de intereses en el área no crea conflictos, de momento, pero constituye una fuente potencial de rivalidad. Tampoco podemos obviar la impredecibilidad de la CEI y los problemas que pueden ocasionar las futuras fisuras dentro de la organización, especialmente en países como Ucrania y Georgia, si estas fisuras vienen dadas por la voluntad de los países de la CEI de integrarse en organizaciones occidentales. En este sentido hay que valorar adecuadamente la actitud de cautela que toma la UE hacia Ucrania, otorgándole un trato privilegiado (no olvidemos que Ucrania ha sido objeto de la segunda estrategia común de la PESC y que recibe numerosas ayudas de los fondos TACIS, destinados sobre todo a seguridad ecológica y a garantizar una política energética independiente para este país) sin poner en cuestión en ningún momento la influencia preferente que ejerce Rusia sobre este país. De igual modo, hasta el momento, la OTAN ha sido muy prudente ante las declaraciones atlantistas de gobernantes georgianos³³¹ o de sectores ucranianos tanto gubernamentales como opositores, partidarios del ingreso de sus países respectivos en la OTAN precisamente para sustraerse a la influencia rusa.³³² Por otra parte, recordemos que la propia Alianza Atlántica vive un largo proceso de redefinición en los años noventa hasta tomar el papel activo que confirman sus intervenciones balcánicas y la aprobación, en 1999, del Nuevo Concepto Estratégico (NCE).³³³

En agosto de 1993 Yeltsin había expresado su comprensión hacia la voluntad de Polonia y otros Estados de ingresar en la OTAN, hecho que dio alas al debate sobre la materia.³³⁴ Rápidamente retomada y reorientada por Kózirev desde el ministerio de Asuntos Exteriores, la cuestión de la extensión de la Alianza Atlántica se convierte en una de las puntas de lanza de la política exterior rusa y toma la forma decidida de oposición a cualquier ampliación. En un artículo publicado en *Nezavizimaia Gazeta*,³³⁵ A. Kózirev expresa el punto de vista oficial al respecto, planteándose la perspectiva occidental. Según Kózirev, la ampliación de la OTAN

no sólo elimina las barreras que dividen Europa, sino que es un paso en el fortalecimiento de la democracia y la estabilidad del que también Rusia saca provecho. [...] La cuestión es, ¿qué Rusia? Rusia, la gran potencia que marcha por los caminos de las transformaciones democráticas y la apertura al mundo, o Rusia, la aislada y consecuentemente de nuevo forzada a convertirse en el campo militar [...]. La ampliación de la OTAN sobre la base de los euroorientales es imprescindible porque Rusia es impredecible y está infectada por las ambiciones neoimperiales. En caso de aparición en Europa de nuevas barreras, se puede decir que Rusia se armará hasta los dientes de misiles que amenazarán a sus vecinos.

La cuestión de la ampliación de la OTAN será un elemento de dificultad en el diálogo entre Rusia y sus vecinos occidentales.³³⁶ El Kremlin pospone repetidamente la firma del tratado START II de limitación de armamentos estratégicos, y está a punto de vetar el proceso de integración rusa en la Asociación para la Paz, en mayo de 1995. Finalmente, Kózirev aceptó el ingreso a la APP sin contrapartidas relativas a la ampliación, más que una vaga garantía exigida por el Kremlin (pero no firmada por la OTAN) según la cual la ampliación debía ser «gradual, sin sorpresas y transparente». A pesar de la aparente normalización de las relaciones formales con la OTAN (el 27 de mayo de 1997 se firma el Acta Básica de las Relaciones OTAN-Rusia),³³⁷ Moscú sigue oponiéndose radicalmente a la ampliación hasta que se materializa, en marzo de 1999, el ingreso de Polonia, Hungría y la República Checa a la Alianza Atlántica, en un proceso que poco o nada ha tenido en cuenta la sensibilidad rusa y las protestas de sus dirigentes. Rusia experimenta en este proceso una profunda frustración que se refleja en un sentimiento generalizado de recelo hacia Occidente y de sensación de impotencia en la esfera internacional.

La debilidad de Rusia y algunas concesiones importantes, como la firma del tratado OTAN-Rusia de 1997 que facilita el acceso del Kremlin a la información y a la toma de decisiones de la OTAN en lo que la conculerme,³³⁸ allanan el camino a la ampliación de la Alianza Atlántica al Este de Europa. No es casualidad que fuera justo antes de la intervención sobre Yugoslavia y de la cumbre de Washington que aprobó el Nuevo Concepto Estratégico cuando la OTAN llegó a las fronteras europeas de la antigua Unión Soviética al incorporar a Polonia, Hungría y la República Checa. Este proceso no se detendría aquí, especialmente dada la exigencia de seguridad que seguían manifestando los demás países de la Europa central y balcánica; exigencia a la que no es ajena, por cierto, la percepción de amenaza que supone tanto una Rusia reforzada como una Rusia vejada.³³⁹ En la reunión del Consejo Atlántico de octubre de 2002, en Praga, la OTAN aprobó su ampliación a Eslovenia, Bulgaria, Rumanía, Eslovaquia, Lituania, Letonia y Estonia, y ésta se hizo efectiva en 2004.³⁴⁰

Las relaciones económicas e institucionales entre Rusia y la UE, en vías de intensificación

En contraste con las relaciones mantenidas por Rusia con las instituciones occidentales de seguridad, las relaciones con la Unión Europea han ido creciendo e intensificándose en este período. Durante los años 1996-2000 la Unión Europea ha canalizado su relación institucional con Rusia por tres vías concretas: el programa TACIS, el Acuerdo de Colaboración y Cooperación y la Estrategia Común para Rusia de 1999.

El programa TACIS, tras una evolución inicial centrada en la ayuda al desarrollo económico de Rusia, hoy se basa en apoyar las reformas legales y administrativas necesarias en este país; la reforma del sector bancario y financiero; la desregulación; la gobernanza compartida y la reforma social. La nueva Regulación TACIS, para el período 2000-2006, prevé un uso del programa cada vez mayor como apoyo de la aplicación de los Acuerdos de Colaboración y Cooperación con los diferentes países, para evitar el solapamiento de los programas y como resultado de la superación de una política basada en la ayuda más que en la cooperación.

Aunque los fondos del programa TACIS se han ido desvinculando de la asistencia humanitaria, este concepto ha seguido estando presente

en las relaciones económicas entre Bruselas y Moscú; así, la Oficina Humanitaria de la Comisión Europea (ECHO) ha destinado 60 millones de euros a Rusia entre 1993 y 1998 bajo el epígrafe de ayuda humanitaria, la mitad de ellos dirigida a las víctimas de los conflictos del Cáucaso norte.³⁴¹ La misma Oficina ha destinado otros 50 millones de euros a las víctimas del segundo conflicto de Chechenia, a partir de 1999. También hay que mencionar la cifra de 415 millones de euros destinados en el marco del Programa de Distribución Alimentaria de la UE para hacer frente a los efectos sociales de la crisis financiera de 1998, cifra que se hizo efectiva entre 1999 y 2000 (excepto en Chechenia, donde se prolongó un año más). Por último, la Federación Rusa se ha beneficiado entre 1996 y 1999 de unos 520 millones de euros en concepto de asistencia financiera de estados miembros de la UE, así como de 1.570,5 millones de euros en concepto de créditos del BERD.³⁴²

El Acuerdo de Colaboración y Cooperación (ACC) entró en vigor en diciembre de 1997, tras un retraso al que no fue ajeno el primer conflicto de Chechenia, por un período inicial de diez años. Establece el marco institucional para relaciones bilaterales, determina los principales objetivos comunes e incentiva actividades y diálogo en determinadas áreas. Sus funciones se concentran en:

- a) cooperación comercial y económica;
- b) cooperación en ciencia y tecnología, medio ambiente, transporte, espacio y otros sectores civiles;
- c) diálogo político en asuntos internacionales de interés mutuo y en cooperación relativa al cumplimiento de los principios de la democracia y los derechos humanos; y
- d) justicia y asuntos internos: cooperación para prevenir actividades ilegales, tráfico de drogas, blanqueo de dinero y crimen organizado.

El ACC cuenta con un entramado institucional que preside las relaciones políticas entre la Federación Rusa y la Unión Europea. Dicho entramado está compuesto por:

- dos cumbres anuales, con asistencia de la Presidencia del Consejo Europeo, el Presidente de la Comisión y el Presidente de la Federación Rusa. En algún caso, además, el presidente ruso ha sido

invitado a asistir a los Consejos Europeos, como en el Consejo de Estocolmo, de octubre de 2001;

- Consejos de Cooperación, ministeriales, de periodicidad anual;
- Comités de Cooperación. Aunque pueden reunirse con tanta frecuencia como resulte necesario, en un escenario alternado entre la UE y Rusia, en los primeros años de funcionamiento del ACC ha bastado con una reunión anual;
- Nueve subcomités de carácter técnico, que se reúnen alternativamente en Moscú o Bruselas. Dichos subcomités son: 1) Comercio e industria; 2) Energía, medio ambiente y temas nucleares; 3) Ciencia y tecnología; 4) Transporte, telecomunicaciones y espacio exterior; 5) Carbón y acero, minería y materias primas; 6) Competencia, aproximación de las respectivas legislaciones y lucha contra el crimen; 7) Aduanas y cooperación transfronteriza; 8) Agricultura, pesca y protección al consumidor; 9) Temas financieros y económicos y estadísticas.³⁴³

Además de los instrumentos de diálogo institucional previstos en el ACC y ya detallados, existen otros foros de encuentro político entre la UE y la Federación Rusa. Así, en el Comité Parlamentario Conjunto se encuentran de modo regular miembros del Parlamento Europeo y de la *Duma* rusa. Por otra parte, existe una compleja estructura de diálogo entre Rusia y la UE, que aporta sus delegaciones bajo el formato de la *troika*, lo que concede a la legación comunitaria un fuerte componente institucional. En este contexto se producen reuniones a nivel ministerial (dos veces al año), de directores políticos (cuatro veces al año) y de expertos (unos quince grupos de trabajo PESC se reúnen con sus colegas rusos dos veces al año). Por último, en la cumbre de octubre de 2001 se acordó que la *troika* del Comité Político y de Seguridad se reuniese una vez al mes con el embajador ruso ante la UE para discutir asuntos internacionales.³⁴⁴

La Estrategia Común sobre Rusia fue aprobada en junio de 1999, para un período inicial de cuatro años. Se trata de la primera aplicación de dicho instrumento, previsto en el Tratado de Amsterdam de 1997, cuyo objetivo básico es dotar de una mayor coherencia a la política que seguía la UE, por un lado, y los países miembros, por otro, con relación a determinados estados o áreas de importancia especial. En el caso de la Estrategia Común sobre Rusia, se propone la realización de una política general sobre las áreas prioritarias siguientes:

- la consolidación de la democracia, el Estado de derecho y las instituciones públicas;
- la integración de Rusia en un espacio económico y social común europeo;
- la estabilidad y seguridad en Europa y su entorno;
- las amenazas compartidas en el continente europeo, como el medio ambiente, el crimen y la inmigración ilegal.

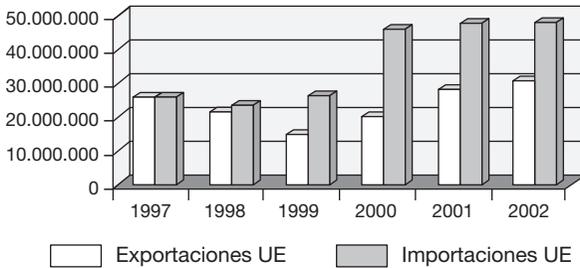
Sin embargo, cabría remarcar el creciente rechazo que ha provocado la escasa funcionalidad de las estrategias comunes a partir de las experiencias rusa y ucraniana (la estrategia común para Ucrania de la UE fue aprobada el mismo año 1999), lo que ha motivado que el mecanismo quedase en desuso tras la aprobación de la tercera estrategia común, destinada al Mediterráneo, en 2000. La escasa utilidad de este mecanismo ha levantado fuertes críticas tanto desde sectores institucionales comunitarios como desde los países y las áreas objetivo de las estrategias comunes.³⁴⁵

A pesar del carácter marcadamente asistencial de gran parte de la actividad de la UE hacia Rusia, la relación económica entre la Federación Rusa y la Unión Europea ha ido intensificando su vertiente estrictamente comercial.³⁴⁶ Tras la experiencia soviética, en la que la industria rusa perdió notablemente su capacidad de renovación y competitividad y tras la fuerte caída de la producción a raíz de la crisis económica de la última fase de la URSS, la economía rusa necesitó, por supuesto, una reconversión casi total de unas infraestructuras en gran parte obsoletas, pero sobre todo una nueva visión de conjunto que le permitiese afrontar la recuperación económica desde un punto de vista realista. Por ello la antaño gran e innovadora potencia industrial se tuvo que adaptar a un nuevo rol en la economía internacional en el que la producción y exportación de productos manufacturados pasó a un segundo plano mientras el acento sobre la economía recaía, cada vez más, en la exportación de hidrocarburos. A falta de una industria competitiva, el gas y el petróleo se han convertido en los principales productos que avalan la recuperación económica de Rusia, tendencia que se ha visto favorecida por la coyuntura política internacional en los años noventa, en los que la inestabilidad y el conflicto en Oriente Próximo y Medio han motivado la búsqueda de proveedores energéticos alternativos para Occidente. En este contexto, la Unión Europea se ha convertido en el principal cliente de Rusia, absorbiendo en el año 2001 hasta el 40 % de las exportaciones rusas, unos

47.000 millones de euros, principalmente bajo la forma de hidrocarburos, lo que supone el 51 % de las exportaciones rusas a la UE. La importancia de estas exportaciones se ha traducido, hasta cierto punto, en una dependencia energética de la UE hacia Rusia: en 1999, el 21 % del petróleo importado por la UE provenía de dicho país, mientras que en 2000 el 41 % de las importaciones comunitarias de gas tenía el mismo origen; en conjunto, Rusia proveía en 2000 cerca del 15 % de las necesidades energéticas de la UE. El peso de los hidrocarburos en el comercio exterior ruso, y muy particularmente en los intercambios con la Unión Europea, condiciona fuertemente la actitud política de los dirigentes rusos hacia Occidente, al mismo tiempo que concede a Rusia un instrumento valioso para estabilizar sus relaciones con los países consumidores de productos energéticos.

Si la Unión Europea es el principal cliente de Rusia, también es su primer proveedor: en el año 2001 aportaba más del 25 % de las importaciones rusas, unos 27.000 millones de euros. Rusia importa bienes industriales y de consumo, con una presencia nada despreciable del sector servicios (3.637 millones de euros en 2000). Globalmente, Rusia es el sexto socio comercial de la UE. Cabría destacar, sin embargo, tres factores importantes en las tendencias actuales del comercio entre la UE y Rusia: en primer lugar, el peso desmedido de los hidrocarburos en dicho comercio, que conducen a una dependencia excesiva de la economía rusa hacia este sector y, en menor medida, a una dependencia energética europea hacia Rusia; en segundo lugar, la balanza comercial, que sigue manteniéndose en un fuerte déficit para la UE de unos 20.000 millones de euros; y, por último, la disparidad en el peso de estas relaciones comerciales para ambos socios, puesto que si, como hemos visto, el comercio con la UE supone una importante proporción de los intercambios para Rusia, no es así a la inversa: el comercio con Rusia sólo representaba, en 2000, el 4,4 % de las exportaciones y el 2,1 % de las importaciones para el comercio externo comunitario. El principal beneficiario del comercio comunitario con Rusia es Alemania, a donde va a parar el 31 % de los productos importados por la UE de dicho país, y que exporta el 34 % de los productos comunitarios que van a parar a Rusia. Italia, Francia, Finlandia y los Países Bajos también participan de este comercio, aunque en mucho menor medida (entre el 8 y el 18 % de los intercambios).

GRÁFICO 5
Comercio de la UE con Rusia, 1997-2002 (en millones de €)



FUENTE: http://www.europa.eu.int/comm/external_relations/russia/.

La economía rusa en su conjunto está viviendo una franca recuperación tras la grave crisis financiera de 1998. Ello se debe en parte al incremento de exportaciones en el sector energético, y en parte también a la estabilidad política que ha seguido a la elección de V. Putin como presidente del país, en el año 2000. Sea como fuere, en 1999 el PNB se reavivó al crecer un 5,8 %, aumentó hasta un espectacular 8,3 % en 2000 y se ha estabilizado alrededor del 5 % en 2001. El país está considerado cada vez más como un proveedor energético internacional, lo que le permite afrontar su enorme deuda externa, que había alcanzado los 173.000 millones de dólares en 2000.³⁴⁷ La inversión exterior directa en Rusia es todavía modesta, unos 14.000 millones en 2001 (provenientes en cerca de dos tercios de la UE), y se calcula que la fuga de capitales alcanzó en 2000 una cifra entre 15.000 y 20.000 millones. Sin embargo, la reciente estabilidad del país y una mayor confianza internacional en el mismo permiten suponer que estas tendencias pueden revertirse en los próximos años a favor de un mayor crecimiento de la economía rusa.³⁴⁸

Tras la ampliación de la UE al Este las relaciones con Rusia se verían notablemente incrementadas. No hay que olvidar que siete de los diez nuevos países comunitarios pertenecieron hasta fecha reciente ya sea a la organización económica liderada por la URSS, el CAME, o a la propia Unión Soviética, lo cual ha engendrado unos lazos de producción y distribución que aún no han sido sustituidos por completo, a pesar de la fuerte diversificación que han vivido estas economías desde entonces. Por otra parte, en Europa oriental la dependencia energética de Rusia es todavía más marcada que en la actual UE. En cifras del año 2000 el 22 % de

las exportaciones rusas van dirigidas a los países entonces candidatos al ingreso en la UE, de donde proviene el 8 % de las importaciones rusas. El comercio con Rusia es importante sobre todo para Lituania y Bulgaria, que importan del gigante oriental cerca del 25 % de los bienes, para Eslovaquia, donde los productos importados son rusos en un 17 %, y para Letonia y Chipre, con cerca del 12 % de las importaciones. Las exportaciones tienen un papel mucho menor, pero los países más beneficiados en sus ventas a Rusia son Lituania y Chipre, ambos con el 6 % de las exportaciones; hay que tener en cuenta que entre 1999 y 2000 las exportaciones del conjunto de estos países hacia Rusia han crecido un 105 %, y las importaciones lo han hecho en un 34 %. En conjunto, los países candidatos (incluyendo a Rumanía, Bulgaria y Turquía) dedicaban el 2 % de sus exportaciones a Rusia, de donde provenía el 9 % de sus importaciones conjuntas. Todo ello significa a que en la actualidad casi el 60 % de las exportaciones rusas van a una Unión Europea ampliada, que a su vez contribuye con cerca del 40 % de las importaciones rusas.³⁴⁹ Por otra parte, la ampliación de la UE puede beneficiar las relaciones comerciales con Rusia debido a una reducción general de la protección externa de los nuevos miembros de la UE a medida que éstos asuman los aranceles comunitarios, así como a la extensión del régimen comercial comunitario y de las normas del mercado único. Con esta perspectiva la Unión Europea y la Federación Rusa han acordado el establecimiento de un Espacio Económico Común Europeo que permita el establecimiento de normas comunes que regulen los intercambios entre ambas partes del continente. Ello permitirá la creación de una gran área comercial de unos 600 millones de habitantes en la que Rusia y la Unión Europea se relacionen en un espíritu más de colaboración y complementariedad que de rivalidad o competencia. El mayor reto, de momento, lo constituye el mantenimiento de la recuperación económica rusa y la estabilidad social en este país.³⁵⁰

CUADRO 9

Comercio de la Federación Rusa con sus principales socios en el año 2000
(en millones de euros)

	Exportaciones	%	% Crecimiento 1999-2000	Importaciones	%	% Crecimiento 1999-2000
Total	111.720	100	64	36720	100	29
UE	40.004	36	77	12.081	33	16
CEI	14.953	13	49	12.635	34	61
Candidatos	24.046	22	105	2.843	8	34
EEUU	8.647	8	43	2.932	8	31
China	5.676	5	74	1.028	3	23
Suiza	4.312	4	33	303	1	3
Japón	3.001	3	52	620	2	45
India	1.173	1	6	603	2	-5
Corea del Sur	1.054	1	36	389	1	31
Israel	1.134	1	118	118	0	78

FUENTES: EUROSTAT, n.º 99/2001 (27/9/01), *Déficit commercial croissant de l'UE avec la Russie*; Revista CIDOB d'Afers Internacionals, n.º 59, octubre/noviembre de 2002, p. 203.

CUADRO 10

Comercio entre los Estados miembros de la UE y Rusia en el año 2000
(en millones de euros)

	Importaciones	% UE	% Crecimiento 1999-2000	Exportaciones	% UE	% Crecimiento 1999-2000
Total UE	45.335	100	75	19.828	100	35
Alemania	14.097	31	75	6.659	34	32
Italia	8.335	18	98	2.521	13	46
Francia	4.501	10	64	1.838	9	34
P. Bajos	3.948	9	96	1.777	9	36
Finlandia	3.471	8	61	2.174	11	34
R. Unido	3.256	7	52	1.066	5	35
España	2.412	5	101	578	3	51
Bélgica	1.369	3	34	877	4	38
Grecia	1.158	3	136	268	1	17
Austria	1.132	2	73	711	4	49
Suecia	960	2	23	601	3	28
Dinamarca	419	1	49	542	3	43
Portugal	248	1	33	17	0	30
Luxemburgo	18	0	282	21	0	31
Irlanda	11	0	28	179	1	-31

FUENTE: EUROSTAT, n.º 99/2001 (27/9/01), *Déficit commercial croissant de l'UE avec la Russie*.

CUADRO 11
Participación de Rusia en el comercio exterior de los países candidatos al ingreso en la UE (2000)

	Exportaciones (%)	Importaciones (%)	Conjunto de intercambios (%)
Total candidatos	2	9	6
Lituania	6	27	19
Bulgaria	2	24	15
Chipre	6	11	10
Eslovaquia	1	17	9
Letonia	4	12	9
Polonia	3	9	7
Estonia	2	8	6
Rumanía	1	9	5
Hungría	2	8	5
Turquía	1	7	5
República Checa	1	5	4
Eslovenia	2	2	2
Malta	0	0	0

FUENTE: EUROSTAT, n.º 99/2001 (27/9/01), *Déficit commercial croissant de l'UE avec la Russie*.

Europa se cohesiona y establece sus límites con Rusia

En el período que va desde el fin de la guerra de Chechenia hasta la renuncia de Yeltsin a la presidencia en Europa podemos percibir una tendencia a buscar la estabilidad, tras la convulsa fase anterior de los años ochenta en la que unos líderes europeos de carisma ciertamente histórico habían construido un gran edificio de la UE, pero que ahora se debía hacer habitable. Es un período extremadamente constructivo, pero al mismo tiempo reflexivo sobre los errores y carencias del ambicioso proceso de construcción europea. Los Tratados de Amsterdam y Niza pretenden, pues, corregir los defectos de un Tratado de Maastricht excesivamente sometido a una larga y penosa negociación en su día. Lamentablemente, los nuevos tratados (o, más exactamente, las nuevas revisiones del TUE) vivieron, a su vez, largos procesos de negociación y reajuste que acabaron dando como resultado magros avances y, en muchos casos, el incremento

de la complejidad institucional comunitaria. Pero quedaba manifiesta la voluntad europea de proseguir por el camino emprendido en la profundización de la unidad política y, de un modo significativo, de la ampliación hacia el Este y los países mediterráneos.

Esta ampliación es muy significativa para el objetivo que se ha propuesto la Unión Europea. Al emprender el camino hacia la unidad continental, las instituciones europeas inician una actitud valiente de resultados todavía no previsibles, con un alto coste económico a corto plazo y que no suscita grandes entusiasmos entre la población comunitaria.³⁵¹ Pero la ampliación es vista por la clase política comunitaria como una especie de deber, como un proceso necesario por razones en gran medida simbólicas, puesto que significa completar un marco geográfico en el que tiene su ámbito natural la realidad institucional creada casi medio siglo atrás por un puñado de países de Europa occidental. En este contexto, no podemos olvidar la deuda histórica del reencuentro entre dos Europas separadas tras la segunda guerra mundial a causa de una confrontación entre dos potencias de algún modo extraeuropeas. División de la que participaron, al permitirla, los países que más tarde prosperarían bajo la forma de un milagro económico que sólo afectaría a media Europa, mientras la parte oriental envidiaría una suerte de la que ahora reclama participar, esgrimiendo un derecho que generalmente le es reconocido. La Europa que resulte de este reencuentro debe ser la Europa completa, en contraste con aquella Europa partida por la fuerza no sólo entre dos bloques ideológicos y estratégicos, sino también entre una Europa «pobre» y una Europa «rica», o entre una Europa «avanzada» y otra «atrasada».

Y ante esta reunificación continental, cabe preguntarnos qué papel le corresponde a Rusia. Como ya se ha dicho, Europa se está definiendo con relación a quienes quedan fuera de sus fronteras, y Rusia es el ejemplo más claro, puesto que reúne muchas características culturales e históricas (y geográficas, claro está) que la hacen indudablemente europea, pero queda fuera del grupo de estados que deberá constituir esa Europa con contenido político y geoestratégico. Hemos visto que, incluso, una de las razones de las ansias demostradas por los países de Europa central para ingresar en las instituciones occidentales es, precisamente, para evitar volver a caer bajo la influencia rusa. Esta Europa puede reservarse zonas para someter a su influencia directa o para ir absorbiendo lentamente, como es el caso de los Balcanes occidentales o los países de la EFTA,

pero no se plantea abordar la tarea ciclópea de considerar a Rusia como su área de expansión o como un Estado asimilable a su proyecto político. Por el contrario, respeta escrupulosamente, de momento, el área de influencia más directa que le corresponde a Rusia, es decir, los países de la CEI.

Ello no implica mantener una política de rechazo o enfrentamiento con Rusia, sino más bien lo contrario. Esta Europa que se va dotando poco a poco de su propia política internacional busca precisamente en Rusia unas relaciones diplomáticas privilegiadas que no sólo garanticen la estabilidad del entorno geográfico inmediato, sino que sitúen al gigante oriental como un vecino con quien mantener relaciones estables e intensas. Las razones son diversas: además de la estabilidad estratégica que se acaba de mencionar, estaría igualmente la búsqueda de una asociación duradera y próspera que garantice la cooperación en materias tan delicadas y de tan honda preocupación en la UE como son la delincuencia transfronteriza, la seguridad medioambiental o la inmigración ilegal. Del mismo modo, las buenas relaciones con Rusia permiten garantizar un mercado importante para los productos europeos, mercado cercano y educado con un gran potencial para impulsar su prosperidad y, por lo tanto, para el incremento de su poder adquisitivo. Por último, hay que recordar el papel que está tomando Rusia a lo largo de este período como gran proveedor de recursos energéticos, de los que Europa es su comprador principal.

Pero cabría preguntarnos si en este conjunto de razones que explicarían la actitud de amistad de Europa hacia Rusia entraría también un papel simbólico, una perspectiva sobre Rusia que la percibe como un país cercano, participe de gran parte de ese acervo cultural que configuraría la Europa que se pretende unir y con la cual se desea crear un gigante político. Tal vez, por razones pragmáticas, Rusia sea imposible de incorporar a dicho proyecto, pero sus propias características hacen de este país parte del proyecto por el que se intenta reunificar el continente.³⁵² La Europa simbólica que está detrás del proyecto europeísta no puede incluir a Rusia porque ésta no puede participar del proyecto político que la encarna pero, puesto que Rusia sigue siendo «en parte» europea, es lógico que tenga su cabida en el proyecto político europeo, igualmente «en parte», es decir sin integrarla en dicho proyecto, sino sólo haciéndola participar como un socio externo estrechamente vinculado al espíritu del proyecto y a su realización.³⁵³

Ello nos conduce a la explicación del complejo entramado institucional tejido alrededor de las relaciones entre Rusia y Europa. No sólo se ha pretendido otorgar a este país el privilegio (aunque dudoso, vistos los resultados) de ser el primer y principal beneficiario del flamante instrumento diseñado en Amsterdam de las estrategias comunes, sino que la cooperación estable constituida por el Acuerdo de Colaboración y Cooperación de 1997 ya prevé una densa red de conexiones entre ambos actores políticos que acercan enormemente a Rusia a la condición de partícipe en la política comunitaria, puesto que enlaza prácticamente día a día todos los órganos comunitarios de planificación y toma de decisiones con sus homólogos rusos, aportando una información y unos mecanismos de consultas y de decisiones conjuntas que la UE no comparte con ningún otro país o región del mundo.

Rusia, por su parte, establece unas relaciones igualmente privilegiadas con Europa, al mantener con Bruselas unos lazos de estabilidad raramente enturbiada por algún asunto menor como el de Kaliningrado. Ello pasa por asumir la naturalidad de la ampliación comunitaria sobre lo que fue el área de influencia rusa recientemente, pero también por admitir *volens nolens* una dependencia de la economía rusa hacia la comunitaria, o aceptar una continuidad territorial de la UE que estrangula las salidas rusas al Báltico, uno de los últimos pulmones de este país hacia el comercio exterior, o incluso admitir la presencia de un fuerte contingente de personas culturalmente vinculadas a Rusia en los países bálticos que serán muy pronto habitantes de la UE sin haber recibido garantías de poder recuperar plenamente de todos sus derechos civiles.

De forma en principio paradójica, la aceptación que presenta Rusia hacia la ampliación y la predominancia comunitaria se torna rechazo cuando la que se expande hacia las fronteras rusas es la Alianza Atlántica, o cuando ésta impone su presencia en el sistema internacional. Incluso el trato de favor que propone la OTAN para Rusia, en 1997, con la firma de un Convenio bilateral que permite a dicho país estar informado y participar de las decisiones que la incumben, no ha bastado para acallar las críticas y suspicacias de Moscú hacia la Alianza Atlántica. Se podrían argumentar dos distinciones básicas entre la UE y la OTAN que justificarían la diferencia de trato y de sensibilidad de Rusia hacia una u otra. La primera es que la OTAN está liderada por Estados Unidos, tradicional enemigo de Moscú durante la guerra fría y en la actualidad hegemón universal y por lo tanto máximo representante de un orden internacional que

humilla a las aspiraciones rusas;³⁵⁴ al fin y al cabo, recordemos que en los discursos de los grupos más nostálgicos y reivindicativos del espectro político y social ruso, como son los neoeurasianistas, Estados Unidos siempre es el enemigo, mientras que Europa se suele presentar como un aliado potencial. La otra gran diferencia entre ambas organizaciones es que la OTAN es una organización de seguridad, y que por lo tanto tiene una funcionalidad militar y potencialmente hostil y competitiva hacia el poderío militar ruso.

Ambas distinciones, sin embargo, pasan por alto sendos hechos que, en realidad, manifiestan una convergencia de intereses e incluso de características básicas que unen a la UE con la OTAN. En primer lugar, la OTAN, aunque efectivamente liderada por Estados Unidos, está compuesta por una mayoría de países europeos, más concretamente de la UE, que tienen un peso específico dentro de la Alianza y que podrían impedir sus acciones o condicionar sus políticas, por lo menos desde el punto de vista jurídico. En segundo lugar, no hay que olvidar que la UE es una organización en la que todavía pesa de un modo desproporcionado su función inicial económica, pero que está haciendo un gran esfuerzo para dotarse de un contenido político y de seguridad. En este sentido se han hecho grandes pasos adelante desde Maastricht, y es previsible que en el futuro Europa también sea una potencia en el campo de la seguridad y la defensa, Cabe preguntarnos hasta qué punto Rusia podrá mantener la misma imagen amistosa con una Unión Europea armada situada muy cerca de sus grandes ciudades, que la que mantiene con el gran emporio comercial que sigue siendo en la actualidad esta cuasiinofensiva Europa.

9. Rusia en proceso de estabilización: el período Putin

Triunfo militar y diplomático ruso en Chechenia

Desde los acuerdos de Grozny de 1996 y las elecciones de febrero siguiente, que dieron la victoria al moderado Masjádov, en Chechenia la situación interna no había hecho sino deteriorarse. Se había reproducido la sangrienta lucha entre clanes y grupos guerrilleros, había aumentado peligrosamente la inestabilidad y los secuestros se habían convertido en la principal fuente de ingresos de la región.³⁵⁵ Todo ello no tuvo otro resultado que hacer disminuir el poder de Masjádov y aumentar la desconfianza de las autoridades rusas hacia la capacidad de las instituciones chechenas de mantener el orden en esta región.³⁵⁶ Por otra parte, a pesar de la crisis económica y política persistente en Rusia, la situación irregular de Chechenia se presentaba como uno de los puntos débiles del Estado, la asignatura pendiente que simbolizaba y concentraba la incapacidad de Rusia para afrontar su propia cohesión. En verano de 1999 se produjeron varios atentados en distintas ciudades rusas, incluida Moscú, con el balance de varias víctimas mortales.³⁵⁷ De manera simultánea, comandos chechenos que fueron calificados como «wahabistas» protagonizaron una incursión sobre territorio de la vecina república de Daguestán.³⁵⁸ La combinación de ambas operaciones dio al Kremlin una oportunidad magnífica para retomar una guerra que pesaba sobre la sociedad rusa como una derrota y una herida permanentemente abierta y que para la clase política rusa era el símbolo de su divorcio con la sociedad.

Tras la reconquista del terreno ocupado en Daguestán, el nuevo primer ministro Vladimir Putin declara que está convencido de que existe una conexión entre los atentados terroristas y los grupos chechenos y

acusa a las autoridades de la región de «complicidad pasiva» por su incapacidad de controlar a los grupos guerrilleros que actúan desde la misma. Putin propone una serie de medidas de presión sobre Chechenia, como son la revisión de los Acuerdos de Grozny de 1996, la destrucción de todos los grupos guerrilleros, la creación de un cordón sanitario alrededor de Chechenia o la instauración de un gobierno checheno en el exilio. Tras una nueva explosión el 16 de septiembre, esta vez en Volgodonsk, con el saldo de 17 víctimas mortales, Putin da órdenes de iniciar los bombardeos sobre Chechenia; en esta ocasión el primer ministro declara que su único objetivo son los grupos guerrilleros.³⁵⁹

La nueva ofensiva rusa sobre la república díscola de Chechenia repite muchas características de la primera, cinco años atrás. Las tropas rusas tienen muchas dificultades para ocupar las ciudades y los asedios a las mismas son largos y sangrientos.³⁶⁰ Se producen nuevos abusos sobre la población civil y ya son cientos de miles los refugiados chechenos que han huido de sus hogares. A pesar de todo ello, la población rusa parece dar muestras de unidad alrededor de una operación que ha venido precedida por una campaña de terror atribuida al desorden imperante en Chechenia.

La guerra del Cáucaso ha sido planteada ante la opinión pública rusa, e incluso ante la opinión pública internacional, como un desagravio nacional ruso, en varios sentidos: el principal consiste, evidentemente, en recuperar un territorio rebelde y superar el trauma de una guerra perdida,³⁶¹ pero no podemos olvidar otro factor importante: la reanudación del conflicto del Cáucaso es un acto de afirmación nacional ante las presiones externas de diferente signo a las que se encuentra sometida Rusia. Un país como éste, que ha visto cambiar en menos de diez años su condición de superpotencia por la de un Estado sin ninguna área de influencia en que pueda ejercer su control directo y sometido a la caridad de las instituciones internacionales, necesitaba reafirmarse con un golpe de fuerza que recordase a sus ciudadanos las gestas pasadas y su orgullo como pueblo. Por otra parte, en el imaginario colectivo ruso ha tomado raigambre la idea de la responsabilidad occidental en todos los males que Rusia adolece, incluida, por supuesto, la derrota en Chechenia. Así, los soldados rusos vuelven al Cáucaso dispuestos a vencer a los guerrilleros chechenos, pero también a superar las críticas e incluso las amenazas que ya calculan que les pueden llegar desde Occidente. En este sentido, las objeciones son reducidas y relativas. Aunque la prensa occidental, ya alertada por el precedente de 1994-1996, critica fuertemente la nueva ofen-

siva y la repetición de las tácticas abusivas ya utilizadas durante la primera guerra (bombardeo de objetivos civiles, campos de detención, torturas, ejecuciones sumarias, etc.),³⁶² las organizaciones internacionales se abstienen de realizar una denuncia demasiado radical, y cuando así lo hacen son rápidamente sometidas al control de la actitud dominante, moderada y «comprensiva» con la ofensiva rusa.³⁶³ El organismo internacional con mayores competencias sobre conflictos internos, la OSCE, se limita en su cumbre de Estambul (18 de noviembre de 1999) a exigir a Yeltsin el respeto a los derechos humanos y a las vidas de los civiles, sin atreverse a imponer ninguna sanción.³⁶⁴ En lo que concierne a la Unión Europea, únicamente hallamos una declaración de condena del Consejo Europeo de Helsinki, el 10 de diciembre, por los bombardeos y el uso excesivo e indiscriminado de la fuerza contra la población civil. Sin embargo, esta condena no tiene continuidad ni se manifiesta en ninguna acción o actitud concreta por parte de las instituciones de la UE.³⁶⁵ En general existe la impresión de que se pretende respetar este gesto de autoafirmación rusa, y no provocar ninguna reacción imprevisible en un país delicado y que se siente hostigado de un modo permanente por la comunidad internacional, especialmente tras la crisis de Kosovo.

En el contexto de la sociedad rusa, la guerra tiene un efecto muy diferente al de su precedente inmediato de 1994. Si la primera ofensiva tuvo como consecuencia la división de los rusos y la unión de los chechenos, en esta ocasión se produce el efecto contrario en ambas sociedades. Por una parte, se hace evidente la fragmentación existente en el lado checheno, con el presidente Masjádov y líderes guerrilleros como Basáyev que pugnan por erigirse en cabezas visibles de la resistencia ante la intervención; además, surge una gran cantidad de pequeños líderes clánicos, locales o religiosos que esgrimen visiones encontradas respecto a la actitud que cabe tomar ante la ocupación.³⁶⁶ Por otro lado, la opinión pública rusa apoya mayoritariamente una operación presentada como un dispositivo para restablecer el orden público y restaurar la cohesión nacional del país. Tras una década de malas noticias y de desunión, esta nueva ofensiva sobre Chechenia es una oportunidad para la sociedad rusa de manifestar cierto optimismo hacia el futuro y un tímido apoyo a sus autoridades. A pesar de que el ejército ruso repite muchos de los errores tácticos y de las atrocidades que ya había cometido en la anterior ofensiva, no se producen fuertes protestas contra la intervención, e incluso la prolongación del conflicto, con la fuga de los líderes chechenos de las ciudades para integrarse

en las guerrillas rurales, no consigue desgastar el apoyo creciente a un golpe de efecto mediático como es esta guerra ante una sociedad necesitada de victorias. Resultan significativos los resultados de la encuesta del Instituto Romir, a fines de 1999, ya citados, sobre las causas de la guerra a tenor de la opinión pública rusa. En una respuesta que podría ser múltiple, el 58 % de los encuestados opinaban que el objetivo de la operación militar era «destruir para siempre el nido del terrorismo internacional»; un 41 % creía que era «preservar la integridad de Rusia»; un 29 % decía que el objetivo era «restablecer el orden constitucional en Chechenia»; un 28 %, significativamente, «defender los intereses económicos de Rusia»; un 23 %, «responder a las incursiones guerrilleras en Daguestán»; un 11 %, fortalecer la posición de Putin como candidato presidencial»; un 7 %, «fortalecer el papel político de los militares»; y un 6 %, «vengarse por los fracasos militares en la guerra de 1994-1996».

Los motivos de esta segunda ofensiva parecen evidentes. Por un lado, ya se ha visto la importancia de aportar una sensación de firmeza ante una opinión pública descontenta y de concluir un episodio mal cerrado en 1996. Pero, más allá del efecto sobre la sociedad rusa y de la necesidad de restaurar la sensación de seguridad e integridad territorial, se debe comprender también la necesidad de aportar soluciones urgentes al problema de la salida de los hidrocarburos del mar Caspio. Con las crisis de Oriente Próximo y Medio reactivadas ante el empeoramiento de la situación en Israel-Palestina y en Irak, Occidente busca con urgencia garantizar el abastecimiento de petróleo a sus industrias y mercados. El precio del crudo se incrementa en gran manera a fines de 1999 hasta alcanzar los 25 dólares por barril, por encima del listón de los 21,6 que hacen que el petróleo ruso sea rentable. Por otra parte, el territorio checheno sigue siendo imprescindible para una ágil exportación del petróleo proveniente de Bakú; a fines de 1997 el gobierno ruso había aprobado la construcción de un oleoducto que rodease el territorio checheno, que debía haberse terminado en 1998, pero la crisis económica y la falta de coordinación y de eficacia dentro de la Administración rusa habían impedido su realización o siquiera su inicio. La impaciencia occidental se manifestaba en contactos insistentes con los gobiernos turco, armenio y georgiano para facilitar el tránsito del petróleo hacia el sur en dirección a los puertos turcos. A mediados de noviembre de 1999 se hizo público que ya estaban avanzadas las conversaciones entre Turquía y Azerbaiyán para construir un oleoducto desde Bakú hasta el puerto turco de Ceyhan.

Estas maniobras para alejar el paso del crudo por Rusia hubieran implicado la pérdida de cuantiosos ingresos de exportación a este país por un petróleo que ya no pasaría por su territorio, pero al mismo tiempo podría hacer que los países del Cáucaso, por donde pasarían los hidrocarburos, pero también los de Asia central, productores de gran parte de dichos recursos, podrían sustraerse a la influencia rusa ante la importancia económica que para ellos supondrían los ingresos de esta exportación.³⁶⁷ Con objeto de evitar esta situación catastrófica para Rusia había que garantizar con firmeza y urgencia un paso seguro de los hidrocarburos por territorio ruso hacia Europa occidental. Y este paso tenía su recorrido, por lo menos hasta la construcción de vías alternativas, por Chechenia.³⁶⁸

Putin ante la opinión pública

Los efectos de la campaña de Chechenia sobre la opinión pública rusa fueron espectaculares y tuvieron como principal beneficiario a la imagen del primer ministro V. Putin. Este oscuro funcionario proveniente del impopular KGB fue puesto intencionadamente al frente de la campaña bélica del Cáucaso y enseguida relacionado por la mayoría de la sociedad rusa con la iniciativa de restaurar el honor perdido de la nación. El rigor, la firmeza y la supremacía de los intereses colectivos por encima de los personales, características presentadas por los medios de comunicación rusos como algo inherente a la segunda intervención rusa, quedaron asimilados al instante a la personalidad de Putin en permanente y flagrante contraste con la imagen dubitativa y corrupta que acarrearaba desde hacía tiempo el presidente Yeltsin. En la encuesta citada del Instituto Romir y fechada a fines de 1999, Putin acaparaba hasta un 78 % de opiniones que aprobaban su gestión, frente al 92 % de rusos que desaprobaban la gestión de Yeltsin. La operación militar en Chechenia fue, en realidad, una campaña de promoción de la figura política de Putin, ya candidato claro a la sucesión de Yeltsin a la presidencia rusa desde su nombramiento en agosto anterior como primer ministro.³⁶⁹

Tal vez por ello la población rusa se volcó con la nueva incursión militar. En aquellos momentos la figura de Yeltsin estaba tan asociada a la corrupción y decadencia del Estado, y además existía el fracaso en la anterior intervención, que aquél raramente hubiera podido liderar una

operación bélica que lograrse el fervor popular. Una cara prácticamente desconocida, sin embargo, tuvo el efecto de devolver en la sociedad rusa la esperanza en la regeneración de la clase dirigente del país y en la recuperación de la dignidad nacional. La estrategia de Yeltsin consistía en asegurar la continuidad de su política sin causar grandes trastornos. Consciente de su impopularidad, hizo recaer todo el peso mediático de la operación en su delfín, que en poco tiempo se convirtió en un héroe nacional. Una vez encumbrado fue el momento propicio para acelerar el traspaso de poder y el 31 de diciembre de 1999 Yeltsin anunció su renuncia anticipada a la presidencia.³⁷⁰

Putin llega al poder, pues, con una atípica combinación de popularidad y consagración en el puesto por un predecesor impopular. La apuesta era arriesgada, puesto que en las elecciones celebradas el mismo diciembre la formación política creada *ad hoc* para reforzar al nuevo delfín, *Yedinstvo* («Unidad»), obtuvo únicamente el 23 % de los votos, por debajo del Partido Comunista, con el 24 %. Resultado magro, pero considerado unánimemente como una buena señal para Putin, dada la atomización tradicional de las fuerzas que, en Rusia, suelen dar apoyo a las tesis presidencialistas. Sin embargo, en las elecciones presidenciales del 26 de marzo de 2000 el candidato oficialista obtuvo un éxito sorprendente, con un 52,9 % de los votos ante el eterno candidato comunista G. Ziugánov, que obtuvo sólo un 29,2 % de los votos. Este éxito, que hizo innecesaria una segunda vuelta de las elecciones, fue ampliamente interpretado como un apoyo casi plebiscitario a las acciones ya emprendidas por Putin, muy particularmente la ofensiva de Chechenia.

La nueva presidencia, pues, tiene el mérito de agrupar las inquietudes populares y, al mismo tiempo, no provocar una ruptura con las viejas clases dirigentes. Sin embargo, pronto se inicia una política de saneamiento de la Administración que contribuirá aún más a afianzar su popularidad y su posición. Para ello se emprendió una campaña contra los oligarcas financieros, la nueva clase económica que había apoyado durante años a B. Yeltsin. Como resultado, V. Gusinski, propietario del grupo de prensa *Media-Most*, fue encarcelado un tiempo acusado de malversaciones de fondos públicos y acabó huyendo a España, mientras que B. Berezovski, diputado por la región caucásica de los Karachais y los Cherqueses, tuvo que renunciar a su puesto al ser amenazado de procesamiento bajo acusación de corrupción; Berezovski también tuvo que abandonar el país, en este caso en dirección a Londres. En cambio, otro de los oligarcas

más conocidos, R. Abramóvich, empresario petrolero, ha sido recuperado para la política presidencial al ser nombrado gobernador de Chukotsk.³⁷¹ Al mismo tiempo, Putin inicia una serie de reformas administrativas tendientes a controlar el funcionamiento de unas regiones que en los últimos años habían distanciado excesivamente sus prácticas del centro político de la Federación.³⁷² Para ello, el nuevo presidente designó a siete representantes encargados cada uno de controlar un distrito federal o superregión, de modo que cada uno de los 89 «sujetos de la Federación» (regiones, distritos, etc.) estuviera controlado de forma que sus dirigentes no adoptasen medidas legislativas contrarias a la ley federal.³⁷³

Todas estas medidas están destinadas a cohesionar el poder, pero al mismo tiempo se trata de políticas largamente esperadas por la sociedad rusa, hastiada por la corrupción y fragmentación del país y deseosa de ver una política de firmeza y cohesión como no se conocía en Rusia desde los tiempos de la Unión Soviética. La oposición queda sin argumentos ante estas políticas decididas y sumamente populistas.³⁷⁴ La extrema derecha de V. Zhirinovsky ha quedado mermada, precisamente, por el crecimiento de la fuerza gubernamental *Yedinstvo*, que centra su electorado en los sectores más nacionalistas. Los comunistas, por su lado, se hallan fuertemente divididos y su base social también ha sido socavada por la nueva agresividad presidencial, que ha asumido los temas predilectos de la oposición parlamentaria en los últimos años, como son la lucha contra la corrupción y la restauración de la cohesión nacional. Por otra parte, Putin ha jugado una carta inteligente al consentir que los comunistas mantengan su papel tradicional de control de la *Duma* y pudieran elegir a uno de los suyos, Seleznev, como presidente de la Cámara.³⁷⁵ A pesar de ello, las posiciones nacionalistas y nostálgicas del espectro parlamentario ruso y su habitual estrategia de alianzas siguen estando presentes en los procesos electorales y políticos del país.³⁷⁶

La popularidad de Putin tuvo que vencer pruebas inesperadas que no hubieran superado otros políticos y que, sin duda, no habría podido afrontar su antecesor. Pocos meses después de su elección, en agosto del 2000, en aguas del océano Ártico se producía el hundimiento del submarino atómico *Kursk*, con toda su tripulación, en una catástrofe que no sólo se cobraba más de un centenar de vidas, sino que acababa con uno de los símbolos del resurgimiento militar y tecnológico ruso. Además, este suceso se rodeó de un secretismo y una desidia burocrática que recordaban demasiado a la manera de actuar de otros tiempos con menores

garantías democráticas.³⁷⁷ Poco después la torre *Ostankino*, símbolo del nuevo Moscú, sufría un aparatoso incendio. Todos estos inconvenientes parecían no hacer mella en un presidente afianzado sólidamente en una popularidad casi incondicional entre los rusos. Incluso la persecución de los oligarcas, que podía haber salpicado a la presidencia (incluso Bere-zovski reconoció haber financiado al partido presidencialista *Yedinstvo* y a la propia campaña de Putin con los fondos suizos de la compañía Aero-flot) significó un detrimento del carisma del nuevo presidente. En cambio, una serie de medidas populistas, como el esfuerzo por mantener al día el pago de los sueldos de los funcionarios, el control sobre el poder de las regiones o la política de desburocratización de la economía, han contribuido a incrementar la popularidad de Putin, que se eleva regularmente en las encuestas por encima del 70 %.³⁷⁸

En este contexto no puede extrañarnos que la continuidad de la guerra de Chechenia no haya mermado este empuje de orgullo nacional. Ni siquiera la sangrienta intervención policial en el teatro Dubrovka, en octubre de 2002, con métodos todavía ahora poco esclarecidos, recibió grandes críticas en el interior de Rusia; al contrario, la popularidad del presidente experimentó un nuevo y espectacular incremento por encima del 80 %.³⁷⁹ Los actos posteriores de la insurgencia chechena no han hecho mella en la popularidad de Putin entre los rusos; más bien al contrario, han contribuido a dar una imagen de inseguridad y de necesidad de un liderazgo fuerte. Tal ha sido el caso del asesinato del presidente prorruso de Chechenia I. Kadírov, en mayo de 2004, o la toma y matanza de rehenes, entre ellos numerosos niños, en una escuela de Beslán (Osetia Septentrional), en septiembre de 2004.

Por otra parte, hay que mencionar que Putin se convierte en un abanderado de la nostalgia patriótica rusa, con gestos simbólicos como la restauración del himno soviético, con nueva letra, en diciembre de 2000. Con una oposición comunista calificada de «leal» dada la coincidencia de su programa con la acción gubernamental, una sociedad que cierra filas alrededor de la presidencia, una prensa y una televisión controladas por medios progubernamentales³⁸⁰ e incluso una clase intelectual fiel a la acción presidencial,³⁸¹ Putin se alza como un líder incontestado, en claro contraste con la línea seguida por su predecesor.

Cabría analizar esta sorprendente popularidad de Putin como un ejercicio catártico de un pueblo que vivía al borde de la desesperación, para el cual todas las soluciones ensayadas aportaban nuevos problemas y

que había aprendido a desconfiar de la clase dirigente sin confiar por ello ni en la clase política opositora ni siquiera en la propia sociedad rusa. La desesperanza de los rusos ante una situación económica y social cada vez más deteriorada necesitaba soluciones innovadoras y desde hacía tiempo se detectaba la necesidad de crear referentes de confianza para reanimar el letargo en que se hallaba sumido el país. Puesto que la mayoría de los referentes políticos en activo habían quedado en desprestigio, ya sea por su participación en la corrupción y en la desidia gobernantes, ya sea por sus implicaciones, aunque fuesen simbólicas, en regímenes pretéritos de amargo recuerdo, la solución debía llegar de algún personaje desconocido que, sin embargo, recogiera cierta participación en la clase política para no provocar cambios bruscos y participara del simbolismo nostálgico, revanchista y regenerador tan apreciado por una sociedad como la rusa de los últimos años del siglo XX, pronta a recibir mensajes tranquilizadores sobre grandezas pasadas y gestas futuras.³⁸²

A los ojos de una gran mayoría de la sociedad rusa Putin representó una esperanza inesperada, puesto que supuso la reacción de Rusia a una década de corrupción, nepotismo, derrotas, renunciadas y mal gobierno. Putin es el rostro del pueblo ruso que es capaz de levantarse ante los cómplices de dicha situación y ante el mundo entero para demostrar que no tiene temor alguno a retomar su puesto, empezando por su integridad territorial y siguiendo por la honestidad debida hacia sus ciudadanos. Por añadidura, ello se lleva a cabo dentro del marco institucional, puesto que la sucesión ha sido planificada y aprobada cuidadosamente por el mismo poder cuya acción más tarde se tuvo que matizar y corregir. Y esto, en la delicada situación de Rusia, es una ventaja, puesto que aleja los fantasmas inoportunos de la sedición y del enfrentamiento abierto con un entorno internacional que todavía se muestra imprescindible. Por supuesto, el mismo poder caduco que está en retirada buscará sus propias garantías de seguridad³⁸³ y participará en la designación de las cabezas de turco necesarias para garantizar ante la opinión pública que se está realmente ante un cambio de situación. Pero ello no será óbice para que la nueva presidencia cuente con el apoyo incluso de los sectores más nacionalistas y ultramontanos³⁸⁴ defensores del victimismo ruso y se la considere, a pesar de sus fuertes compromisos internacionales, como la garantía de la defensa de los intereses de Rusia ante un mundo hostil y agresivo.³⁸⁵

Estrategias europeas: alianza frente a la hegemonía

Putin parece haber heredado de su predecesor el arte de la diplomacia tanto interna como externa. Ha sabido emerger a la arena política como contrapunto al régimen ya caduco de Yeltsin y envuelto de la parafernalia nacionalista y «regeneradora» de la guerra,³⁸⁶ pero al mismo tiempo se sabe avalado por Occidente, que le da el mismo crédito que a Yeltsin como garante de la estabilidad rusa. De igual modo, emite un discurso ambiguo a la comunidad internacional a la que sorprende con una insinuación, apenas estrenado en el cargo, según la cual Rusia podría optar a ingresar en la OTAN (marzo de 2000).³⁸⁷ La calculada ambigüedad de Putin en la esfera internacional, con guiños repetidos hacia Occidente pero sin descuidar jamás un discurso nacionalista y populista, recibe frecuentes espaldarazos de las potencias occidentales, a quienes parece no molestar el discurso nacional ruso, ni siquiera cuando tiene ribetes claramente antioccidentales, con tal de que Rusia pueda permanecer como un aliado fidedigno y estable.

Los primeros años del nuevo milenio fueron testigo de un nuevo juego de alianzas en la esfera internacional, condicionado por la aparición de nuevos líderes en Rusia y en Estados Unidos. Ya hemos visto en el apartado anterior las características renovadoras y nacionalistas del nuevo líder ruso. En Washington es elegido como presidente, en noviembre de 2000 y en un proceso electoral complejo y controvertido, el ultraconservador George W. Bush. Su política nacionalista, armamentística y contraria a la multipolaridad chocará muy pronto con las posiciones de los países europeos y de Rusia. Será precisamente el Kremlin quien se encargará de llevar a cabo una oposición más activa a los nuevos planteamientos de la Casa Blanca, lo que llevará inmediatamente al surgimiento de una profunda fisura entre los dos países. Este nuevo enfrentamiento traerá en gran medida, a los observadores y a la opinión pública en general, recuerdos de la bipolaridad existente durante la guerra fría. Los grandes temas objeto de discordancia entre Estados Unidos y Rusia en el período que va entre la asunción de la presidencia de Bush (enero de 2001) y los atentados del 11 de septiembre siguiente son:

- a) Los proyectos armamentísticos de la Administración de Bush. A fines de los años noventa, una comisión independiente (la comi-

sión Rumsfeld) emitió un informe, asumido más adelante por la CIA, en la que señalaba la posibilidad de que Corea del Norte pudiese disponer de misiles balísticos de largo alcance en 2005, Irán entre 2010 y 2015 e Irak poco más tarde. Se creaba así una nueva categoría de amenaza, los *rough states* o estados canallas, ante la que había que plantear un sistema defensivo. Quedarían fuera de esta categoría, a pesar de su estatuto nuclear, tanto Rusia, con quien Occidente mantiene buenas relaciones, como China, con una veintena de misiles en situación de alerta débil (un centenar previstos para 2015), pero con escasa disposición agresiva. A partir de 1999 Clinton desarrolla la *National Missile Defense* (NMD) y refuerza la potencia de la *Theater Missile Defense* (TMD), que complementa el concepto defensivo estadounidense ante estas amenazas potenciales. La ley que aprueba estos programas sólo prevé desarrollarlos «tan pronto como lo permita la tecnología» y sólo permitía programas de investigación y desarrollo, pero de todos modos provocó una fuerte oposición por parte china y desconfianza de Rusia. La Administración de Bush ha recuperado un determinado discurso agresivo en materia armamentística. Por una parte, asume la NMD rebautizándola como *Missile Defense* (MD) y suprimiendo las fases intermedias, convirtiéndola de este modo en un instrumento más pragmático que prevea la realización sobre el terreno de defensas reales, no de simples proyectos. Por otro lado, concreta estas realizaciones con un proyecto de escudos antimisiles con apoyo de satélites, lo cual acerca el proyecto del nuevo presidente a los que ya había elaborado su padre. Uno de los problemas principales que comporta este proyecto es el recelo de los aliados europeos y la suspicacia de Moscú, que recuerda la vigencia del tratado antimisiles ABM de 1972, que según el Kremlin hace incompatible el nuevo despliegue estratégico estadounidense.

- b) La política medioambiental. Washington se niega a firmar el protocolo de Kioto que le obligaría a reducir notablemente sus emisiones de CO₂. Rusia y Europa, que estaban realizando notables esfuerzos en este sentido, presionan para que la Administración de Bush asuma su responsabilidad al respecto, sin la cual los protocolos ven mermada notablemente sus resultados finales.

- c) Las exportaciones rusas de armas a países como China e Irán. Ello responde, en parte, a la continuidad de la política soviética de exportación armamentística a países del Tercer Mundo, y en parte a la presión social para mantener una de las industrias más emblemáticas (y simbólicas) de Rusia, unida al mantenimiento de la influencia rusa sobre Asia. Al mismo tiempo, desde la Administración de Bush se reprocha el mantenimiento de vínculos comerciales de Rusia con el Irak de Saddam Hussein, especialmente a través de la presencia de empresas petrolíferas rusas en dicho país.
- d) La política proteccionista de la Administración de Bush hacia los productores de cereales y acero. Ambos productos tienen una importancia primordial para las exportaciones rusas a Estados Unidos, que se ven amenazadas por una política populista tendente a beneficiar los recursos estadounidenses con fuertes subvenciones a sus productores.

Estos nuevos frentes de oposición a la política estadounidense se añaden a la animadversión ya existente en materia de seguridad entre Rusia y Estados Unidos y la OTAN sobre materias como las intervenciones balcánicas o la ampliación de la Alianza Atlántica, analizada en apartados anteriores. La principal novedad de esta fase sería, con toda probabilidad, la sintonía establecida entre las posiciones rusas y las de la mayoría de países de la UE, disconformes con las políticas generales de Washington y en algún caso, como el de las leyes proteccionistas norteamericanas sobre los cereales y el acero, directamente amenazados por las mismas. Durante buena parte del año 2001 se desarrolla una alianza entre la Unión Europea y Rusia que tiene como principal eje la oposición a las políticas de la nueva Administración de Washington. En este contexto debemos entender la postura de Rusia ante la ratificación del Tratado de creación del Tribunal Penal Internacional. A pesar de la firma inicial del Tratado que había estampado el presidente Clinton, Bush se niega a ratificarlo. Incluso en los años siguientes lleva a cabo una campaña con el fin de que sus aliados concluyan pactos bilaterales con Washington que eximan a los nacionales estadounidenses de ser presentados ante dicho Tribunal. Rusia es otro de los países que se niega a ratificar el Tratado, pero ello no parece ser óbice para sumarse a las críticas que realiza, sobre todo, la UE contra Washington por su política activa contra el Tribunal.³⁸⁸

La política rusa de acercamiento a Bruselas, así como la receptividad de las instituciones comunitarias para con este acercamiento, vienen reflejadas en la buena marcha de las relaciones institucionales entre ambos actores. Putin es invitado a asistir al Consejo Europeo de Estocolmo, celebrado en marzo de 2001, al tiempo que se ponen en marcha la mayor parte de los mecanismos previstos en el Acuerdo de Colaboración y Cooperación para establecer una relación fluida entre Rusia y la Unión Europea.³⁸⁹ A la vez, en esta fase se detecta una clara aceptación por parte rusa del proceso de ampliación comunitaria acelerado tras el Consejo de Helsinki de diciembre de 1999; como contrapartida, la Unión Europea expresa su absoluto apoyo a la candidatura de Rusia para su ingreso en la Organización Mundial del Comercio (OMC).

Para la política nacionalista del presidente Putin, esta política de acercamiento a Europa y de alejamiento de los intereses estratégicos norteamericanos tienen una clara lógica que entronca no sólo con las tesis nacionalistas clásicas, sino con la práctica ya emprendida por la política exterior de la Administración rusa bajo el mandato de B. Yeltsin. Por un lado, el discurso nacionalista antiatlántista de los sectores más radicales de la nostalgia rusa, desde los comunistas a la extrema derecha, pasando por los postulados neoeuroasiáticos, defienden el acercamiento a las instituciones estrictamente europeas como un medio de debilitar el hegemonismo de Estados Unidos; al mismo tiempo, el reforzamiento de la política asiática de Putin, que éste materializa con viajes presidenciales a China, Corea del Sur, Japón, India y Mongolia, tiende a buscar nuevas fórmulas para contrarrestar la unipolaridad del sistema internacional vigente. Por otro lado, ello no contradice en absoluto, más bien ratifica, las tendencias seguidas en los años noventa por Yeltsin respecto a estrechar lazos con Europa especialmente en el área económica, mientras que las relaciones con Estados Unidos, que toman básicamente un cariz de seguridad, muestran un claro rechazo y enfrentamiento. En consecuencia, en esta política de Putin vemos la confirmación de sus líneas generales, en la cual combina un claro continuismo con relación a la política de su predecesor con una política agresiva que se vincula directamente al discurso populista de orgullo nacional y enfrentamiento al poder hegemónico de Estados Unidos en materia de seguridad.³⁹⁰

En la alianza de la Unión Europea encontramos una expresión casi perfecta del diseño de una política exterior equilibrada para la Rusia possoviética. En esta nueva coyuntura se percibe la necesidad de mantener

un discurso agresivo ante una sociedad rusa profundamente descontenta con la nueva situación de su país en el mundo y la desaparición de Rusia como sujeto decisorio del sistema internacional, al mismo tiempo que su delicada posición en el mundo a causa de su debilidad económica y su inestabilidad social no aconsejan un enfrentamiento radical con Occidente. Se pueden presentar a la sociedad rusa dos caras del rival occidental, una amable, centrada en la economía y en la *low politics*, personalizada en la Unión Europea, con la que se busca estrechar las relaciones e incluso se pretende encontrar la máxima identificación posible, y otra hostil, centrada en el área de la seguridad y representada por la OTAN y por Estados Unidos, con quien se multiplican, con la presidencia de Bush, los puntos de desencuentro. Desencuentro que, como hemos dicho, es interiorizado y expresado por una opinión pública rusa que dirige la culpabilización por la nefasta situación de su país en gran medida al enfrentamiento exterior, y lo concreta en un país como Estados Unidos que ha sido el gran rival de Rusia durante buena parte del siglo XX.

11 de septiembre: flexibilidad en las alianzas estratégicas

Como en otros lugares del planeta, los acontecimientos de Nueva York y Washington en 1991 afectaron profundamente a la evolución de Rusia, pero en este caso podríamos decir que incluso favorecieron a este país. Los hechos que conmocionaron al mundo el pasado 11 de septiembre, con los sangrientos atentados en Estados Unidos, sus consecuencias económicas y políticas aún ahora difícilmente calibrables y la respuesta militar occidental todavía en curso sobre Afganistán, se han vivido de modo diferente en las distintas regiones del mundo, según el papel que cada país o región puede desarrollar en el nuevo escenario internacional. En el caso de Rusia y el espacio de la CEI, estos sucesos han situado la región en un área estratégicamente privilegiada y han hecho aumentar de modo sensible el valor de Rusia y de su actual Administración en tanto que líder regional y como socio distinguido de las potencias occidentales.³⁹¹

Putin fue consolidando su influencia y popularidad no sólo en Rusia, sino también en los estados vecinos, y su prestigio internacional ha recibido grandes espaldarazos tanto en Europa occidental, donde ha sido cálidamente acogido en el Consejo Europeo de Estocolmo, como en la

Alianza Atlántica o en foros internacionales como el G-8, organismos en los que se halla cada vez más integrado. En el ámbito de su influencia regional directa, la Comunidad de Estados Independientes, Rusia ha podido ver su influencia restablecida en Moldova, tras la victoria electoral de una coalición izquierdista, rusófila y hasta cierto punto nostálgica de la extinta Unión Soviética, al tiempo que el controvertido pero indiscutiblemente rusófilo Lukashenka revalidaba su autocracia en Belarús³⁹² e incluso la díscola Ucrania se mostraba dispuesta a buscar cauces de diálogo con Moscú tras el acorralamiento político a que se había visto sometido su presidente, L. Kuchmá.³⁹³ En Asia central se mantenía cierta influencia del Kremlin y la lengua rusa recuperaba un sólido estatuto legal en Kirguistán y Kazakstán, países que firmaron varios acuerdos comerciales y de seguridad con Rusia. El papel de Rusia como mediador en los conflictos caucásicos o la legitimidad de la presencia de tropas rusas en Tayikistán y otras zonas «calientes» de la región parecen haber superado las críticas de años anteriores y contribuyen decisivamente a forjar una nueva imagen de Rusia como líder regional.

En este contexto, los atentados del 11 de septiembre han supuesto una oportunidad para Rusia no sólo de consolidar su posición en el sistema internacional, sino de ejercer una influencia sobre los estados vecinos que en los últimos tiempos ya se adivinaba creciente. Putin se apresuró a solidarizarse con las víctimas de Nueva York y Washington y a ofrecer cualquier tipo de ayuda a Estados Unidos en la respuesta que considerase necesaria. Las facilidades que ofrecía el Kremlin no eran desechables: en primer lugar, el espacio aéreo ruso se alzaba como el único seguro y amistoso que permitía a las fuerzas occidentales aproximarse a la región; en segundo lugar, la influencia que Putin pudiera ejercer sobre Uzbekistán y Tayikistán, países fronterizos con Afganistán y por lo tanto claves en el conflicto, era vital para las operaciones terrestres norteamericanas; en tercer lugar, Rusia podía no sólo ofrecer una infraestructura de seguridad bajo su control directo en la zona (tropas de interposición en el conflicto de Tayikistán y de vigilancia de la frontera con Afganistán), sino que se hallaba en condiciones de hacer llegar rápidamente armamento y material (y tropas, si se diera el caso) a las fuerzas de la Alianza del Norte que combaten al régimen talibán desde el interior de Afganistán, con indisimulado apoyo uzbeko, tayiko y ruso desde hace años.

Si nos preguntamos qué esperaba ganar Rusia con este apoyo incondicional, la respuesta es múltiple y se relaciona con las expectativas

que el Kremlin tenía depositadas en el sistema internacional desde hacía tiempo. En primer lugar, Rusia y su estabilidad se hacen imprescindibles para los nuevos esquemas de seguridad internacionales; a partir de ahora habrá que contar con Putin para el diseño de las nuevas estrategias de seguridad, sin espacio para la más mínima desconfianza. Una clara muestra de ello la encontramos en la reunión de la Conferencia Europea del 20 de octubre del mismo 2001, en la que se invitó a Rusia (junto a Ucrania y Moldova) a firmar la Declaración conjunta de condena de los atentados de EEUU y de apoyo de las acciones antiterroristas iniciadas por Washington, al mismo tiempo que los signatarios se comprometían a emprender acciones concretas a este respecto.³⁹⁴

En segundo lugar, y en relación directa con lo señalado en el párrafo anterior, Rusia se ve legitimada, e incluso estimulada, a ejercer como líder regional; los devaneos políticos de una Rusia humillada y ansiosa de reconstruir su propia área de influencia ya no serán vistos con susceptibilidad por Occidente, que contemplará cómo Moscú se convierte en un mediador fidedigno y privilegiado ante países como los de Asia central que, de otro modo, no ofrecen las mismas garantías de confianza.

En tercer lugar, Rusia ve en la ofensiva integrista de septiembre un claro reflejo de lo que viene experimentando en su territorio desde hace años, por lo que no sólo se solidariza con las víctimas, sino que espera mayor comprensión internacional hacia sus problemáticas internas. Por supuesto el caso paradigmático, pero no el único, es el de Chechenia; el Kremlin había dado la alarma tiempo atrás sobre la presencia de grupos armados organizados islamistas con conexiones en Afganistán (pero también en Arabia Saudita y otros países) en el conflicto que mantiene con los rebeldes chechenos. En el nuevo contexto internacional, las actuaciones rusas en Chechenia, hasta ahora simplemente toleradas, se ven plenamente legitimadas y reciben una mayor comprensión desde Occidente. En este sentido, el Kremlin se considera parte interesada en la lucha internacional contra el terrorismo, y no puede sentirse más satisfecho con la decisión de Estados Unidos y otros países de estrangular los flujos financieros y logísticos de los grupos islamistas internacionales, lo que en clave interna rusa significa minar los apoyos de la guerrilla chechena. Pero, además, ello significa lavar la imagen rusa: los actos rusos pasados, presentes y futuros en Chechenia serán considerados desde una nueva perspectiva mucho más condescendiente hacia Rusia e intransigente hacia unos rebeldes que han demostrado demasiados vínculos con el régimen talibán y las

organizaciones afines a Bin Laden. El Kremlin deja de ser visto como un régimen autoritario y sanguinario en la medida en que sus reacciones en Chechenia son comprendidas e incluso secundadas e imitadas desde Occidente.³⁹⁵ Pero la presencia islamista en Rusia no se limita a Chechenia. Moscú se siente profundamente incómodo por las iniciativas de gobiernos autónomos como los de Tatarstán y Bashkotorstán, que han llegado a mostrarse disconformes con la actitud rusa en Chechenia y en la crisis actual, además de la presencia e influencia crecientes de activistas extranjeros presuntamente religiosos en Daguestán, Siberia y otras regiones. El nuevo escenario internacional dará oportunidad a Putin para consolidar su autoridad sobre estos sectores, hoy probablemente las principales sombras respecto al ejercicio de su poder sobre toda Rusia.

Por último, el nuevo escenario internacional supone una ventaja considerable para Rusia en la ya clásica carrera por ofrecer una salida más rápida y segura de los hidrocarburos de Asia central hacia Occidente. Al aumentar la inestabilidad en Oriente Próximo y Medio se ha descartado, a corto plazo, la posibilidad de abrir nuevas vías a través de Asia para el gas y el petróleo de la región, y las petroleras se están decantando abiertamente por la opción rusa. Ello no sólo aumenta la importancia de este Estado para Occidente, sino que estrecha los lazos económicos entre él y las repúblicas asiáticas de la CEI.

Por supuesto, no todos los actores involucrados en el nuevo papel ascendente de Rusia ven este proceso del mismo modo. A este respecto cabe hacer mención del papel de Uzbekistán, Estado clave tanto en la región centroasiática como en las operaciones militares vinculadas a la actual crisis. Tashkent aspira desde hace tiempo a convertirse en la potencia regional y a influir sobre las demás repúblicas de Asia central, para lo cual no ha dudado en ejercer un claro intervencionismo en los conflictos tayiko y afgano. Pero esta vocación ha chocado a menudo con la desconfianza de sus vecinos y, sobre todo, con la competencia de Rusia. En la situación actual Uzbekistán se ve directamente implicada en la ofensiva mundial contra el integrismo islámico, no sólo por su implicación en el conflicto afgano a través de la ayuda tradicional uzbeka a la Alianza del Norte, sino porque el Estado se ha comprometido desde su fundación, como las otras repúblicas islámicas ex soviéticas, en un modelo laico y prooccidental cercano al turco. En este sentido cabe recordar que el régimen de Islam Karimov mantiene desde hace tiempo un tenso pulso con grupos islamistas minoritarios pero activos, que llegaron a atentar contra

el mismo presidente en 1999. En esta coyuntura, Uzbekistán está plenamente implicada e interesada en la operación internacional antitalibán podríamos decir que antes incluso de que se iniciara. Sin embargo, su su-peditación a los planes norteamericanos y el papel privilegiado concedido desde el inicio a Rusia como mediador influyente en la zona merman las ambiciones uzbekas como líder regional e incluso su autonomía en el sistema internacional, que se podría diseñar en un futuro. Una actitud algo pusilánime de Tashkent a la hora de ceder sus bases militares y determinadas concesiones a la opinión pública islámica nacional e internacional (como el intento de presionar a EEUU para que no extienda el conflicto a otros países musulmanes) no han contribuido a aumentar el peso específico de Uzbekistán en la operación militar internacional.

En conclusión, la nueva situación internacional surgida del derribo de las Torres Gemelas ha supuesto una magnífica oportunidad para que Putin reafirme su carisma hacia el exterior y, sobre todo, para que Rusia consolide su posición en el sistema internacional. Rusia, en efecto, se halla en este punto mejor integrada en el mapa geoestratégico del mundo y se siente más cómoda con sus aliados (ahora sí, aliados) occidentales que en ningún otro momento desde su renacimiento como Estado, en 1991. Los acontecimientos futuros y el diseño geopolítico que resulten de esta crisis determinarán probablemente unas nuevas relaciones entre diferentes sistemas regionales del mundo, pero de momento cabe entrever una ocasión para superar pasadas fricciones entre Rusia y Occidente y para que Rusia consolide un área estable de influencia internacional. Sólo debemos esperar que ello no sea en detrimento de los derechos humanos y nacionales de los pueblos de Rusia y de la CEI, en aras de consolidar la fortaleza del Kremlin en un nuevo sistema internacional más proclive a tolerar los excesos de Moscú.

El nuevo escenario internacional tras la caída de las Torres Gemelas ha puesto en evidencia un clima de entendimiento y cooperación entre Rusia y Estados Unidos, especialmente en materia de seguridad, que tiene tal vez su más importante plasmación en las nuevas relaciones de Moscú con la Alianza Atlántica. Ya el 3 de octubre de 2001 el presidente Putin se reunió en Bruselas con lord Robertson, Secretario General de la OTAN, para plantear nuevas vías de cooperación entre Rusia y la Alianza. Esta reunión allanó el camino para el anuncio, por parte del Consejo Conjunto Permanente Rusia-OTAN reunido en la capital belga el 12 de diciembre siguiente, de una nueva iniciativa para institucionali-

zar una mayor cooperación entre ambas partes. Como resultado de estos propósitos, los representantes rusos y de la Alianza, en el mismo marco del Consejo Conjunto Permanente, reunido en Reykiavik el 14 de mayo, aprobaron el documento *NATO-Russia Relations: A New Quality*, aprobado por los jefes de Estado o de gobierno implicados y por el Secretario General de la Alianza, reunidos en Roma el 28 de mayo de 2002.

Mediante este acuerdo, el Consejo Conjunto Permanente, existente a raíz del Acta Fundacional de 1997, es sustituido por un Consejo OTAN-Rusia que se yergue como mecanismo de consulta, construcción de consenso, cooperación, decisión y acción conjuntas. El nuevo Consejo, formado por los representantes de todos los países de la OTAN más Rusia, toma sus decisiones por consenso y se reúnen una vez al mes los embajadores y representantes militares, dos veces al año los ministros de Defensa y de Asuntos Exteriores y jefes de gabinete, así como, ocasionalmente, la cumbre; el Consejo es presidido por el Secretario General de la OTAN. Las áreas en que ambas partes han decidido colaborar son numerosas e importantes: lucha contra el terrorismo, gestión de crisis, no proliferación de armas de destrucción masiva, control de armamento y creación de medidas de confianza, aspectos que cabe negociar de los programas de defensa antimisil de teatro (TMD), cooperación entre sectores militares y reforma de la Defensa, búsqueda y rescate en el mar, ciencia y medio ambiente y emergencias civiles, además de dejar la puerta abierta para abordar nuevas amenazas y retos que puedan afectar en el futuro a la seguridad global. Uno de los aspectos más importantes del acuerdo es la valoración positiva que éste hace de la participación rusa en las misiones de mantenimiento de la paz en los Balcanes, concretamente en la SFOR de Bosnia y Herzegovina y en la KFOR de Kosovo, así como el anuncio de un refuerzo de la cooperación entre ambas partes en esta región. El nuevo clima en las relaciones entre ambas potencias en materia de seguridad, por otra parte, facilitó el progreso de la ampliación de la OTAN hacia el este, plasmada en la aprobación, en la reunión del Consejo Atlántico de noviembre siguiente en Praga, de la futura entrada en la Alianza de siete nuevos miembros, entre ellos las tres repúblicas bálticas.³⁹⁶

Al mismo tiempo, la reacción rusa tras los atentados sobre suelo norteamericano y las consecuencias inmediatas en el plano político y económico distanciaron por lo menos en aquel momento hasta cierto punto a Moscú de Bruselas. Así, los eurooccidentales no han puesto tra-

ba alguna a la plena disponibilidad de Rusia en las operaciones bélicas sobre Afganistán (en las que, por otro lado, también han participado los ejércitos europeos), pero no se han mostrado muy complacidos por la gira de Putin de noviembre de 2001 en la que el líder ruso eliminó sus reticencias anteriores a los proyectos defensivos de Bush. Así, Putin no sólo desmanteló su oposición al escudo defensivo de Bush, sino que ambos mandatarios, en dicha ocasión, acordaron una sustanciosa disminución de los misiles de alcance medio con que los dos países se apuntan todavía desde la guerra fría, para sosiego de la defensa rusa, que apenas puede permitirse el mantenimiento de sus efectivos estratégicos;³⁹⁷ ello, sin embargo, se produjo a espaldas de unos socios europeos que hasta unos meses atrás habían dado muestras de apoyo a Moscú en su enfrentamiento dialecto con Washington. Y a la UE tampoco parece haberle gustado la sintonía mostrada entre Putin y Bush en aspectos económicos, especialmente en los nuevos proyectos de abastecimiento energético ruso hacia Estados Unidos, lo que rompe el cuasimonopolio que ejerce hasta la fecha la Unión Europea como comprador de los hidrocarburos rusos.

Por otra parte, la cuestión de Kaliningrado se ha mostrado como un punto de enfrentamiento importante que ha enfriado notablemente las relaciones de Moscú con Bruselas. El 14 de mayo de 2002 el comisario de Relaciones Exteriores de la UE, Chris Patten, exponía ante el Parlamento Europeo una agenda de las relaciones comunitarias con Rusia en el que expresaba los puntos de vista de la Comisión acerca del futuro del exclave ruso. En realidad, el discurso de Patten venía a colación del informe Hoff, aprobado días antes por el Parlamento Europeo y que contó con el apoyo de la Comisión. Según dicho informe, la región de Kaliningrado es un área de soberanía rusa y, por lo tanto, en Rusia recae la responsabilidad de su desarrollo. La UE puede aceptar participar en la economía regional en el marco de la cooperación transfronteriza, pero rechaza de plano las propuestas rusas que preveían el libre tránsito de ciudadanos rusos entre Kaliningrado y el resto de Rusia tras la ampliación de la Unión Europea o, en su defecto, la apertura de «corredores especiales» de tránsito (trenes sellados o carreteras aisladas).³⁹⁸ El proyecto ruso consistía en convertir a Kaliningrado en una zona desarrollada a partir del comercio entre Rusia y la Unión Europea aprovechando su posición geográfica privilegiada.³⁹⁹

La disconformidad con estos proyectos se comunicó oficialmente a la parte rusa en la reunión que mantuvieron precisamente en Kaliningrado el 15 de mayo, en el marco del Comité de Cooperación, delegados de

la Comisión Europea y de la Federación Rusa, liderados respectivamente por C. Day, directora general para Relaciones Exteriores de la Unión Europea, y M. Medvedkov, ministro ruso de Desarrollo Económico y Comercio. En esta reunión, la Unión Europea se comprometió a participar en el desarrollo de la región de Kaliningrado con una ayuda de 40 millones de euros hasta fines de 2003 y a cooperar con las autoridades rusas en áreas clave para la región como el crimen organizado, la sanidad y la contaminación. Al mismo tiempo, los representantes de la UE ratificaron que los ciudadanos rusos deberán necesitar pasaporte y visado para cruzar el espacio Schengen tras su ampliación, aunque sea para viajar de un territorio ruso a otro territorio ruso.⁴⁰⁰ Tras la negativa comunitaria a autorizar el libre tránsito podemos ver, desde luego, un temor a la expansión de las actividades delictivas que tienen su base en Kaliningrado, pero no es difícil detectar las presiones de los otros puertos del Báltico para beneficiarse del comercio terrestre de productos rusos y asiáticos con destino a Europa. Por otra parte, hasta cierto punto es dudoso el interés real de la UE en apoyar el desarrollo de una región que, eventualmente, podría competir con regiones que en breve tiempo pasarán a formar parte de la Unión ampliada.

La situación de las conversaciones sobre Kaliningrado enturbió la cumbre Rusia-Unión Europea del 29 de mayo de 2002, y en los meses siguientes mantuvo la sombra del desacuerdo entre ambas partes. El papel que ha encontrado Rusia en la esfera internacional, con la nueva intimidad alcanzada con Estados Unidos, parece haber ido en detrimento de sus privilegiadas relaciones con Bruselas, que atravesaron tras el 11 de septiembre unas horas bajas. Sin embargo, cabría atribuir esta desaceleración como un ejercicio de equilibrio estratégico de la Administración Putin, que supo aprovechar un buen momento para mejorar el clima de su diálogo con Washington pero que, simultáneamente, ha tenido que afrontar una crisis de confianza con la Unión Europea.

Rusia, a la búsqueda de la definición de una tendencia en su política internacional

La presidencia de Putin ha supuesto para Rusia un fuerte impulso en todos los sentidos. Analicemos en detalle los tres elementos básicos que

caracterizan esta fase de la formación de la nueva Rusia que, sin duda, contribuye poderosamente a su cohesión. Por un lado, ha reactivado la confianza de la sociedad rusa hacia sus dirigentes, dando por terminada (de momento) una larga etapa de catastrofismo y de divorcio entre la sociedad y el poder. Por otro, el presidente ha mantenido una ágil y oportuna política estratégica que le ha permitido establecer una geometría variable de alianzas con las potencias del sistema internacional sin comprometer la protección que tan necesaria resulta para la economía y la estabilidad del país. Por último, estrechamente vinculada con los dos puntos anteriores, hay que señalar una redinamización de la economía rusa, sin duda ajena en su inicio a la política del nuevo presidente, pero coincidente de un modo muy oportuno con el relevo presidencial.

Ya hemos visto en este mismo capítulo las características básicas de la estabilización social rusa, centradas en la necesidad de un discurso al mismo tiempo pragmático y cercano a las necesidades populares, que conectase directamente con la sociedad rusa. Putin logra, acertadamente, revestirse de un carisma aparentemente incombustible en el que confluye la regeneración del Estado ruso con un mensaje tácito de nostalgia hacia los grandes momentos de la historia rusa, incluyendo la era soviética. Pero tal vez el mayor mérito de Putin, o de la sociedad rusa al dejarse encandilar por el nuevo líder, es acabar con largos años de espíritu funesto y catastrofista no sólo sobre la situación en que se hallaba inmerso el país, sino sobre las mismas capacidades de la sociedad rusa para afrontar la crisis y superar las dificultades. Es evidente que esa sociedad ya presentaba un lógico hastío hacia un pesimismo y un pensamiento derrotista que durante muchos años habían sido la única y reiterativa respuesta ante el reto de Rusia frente a la identidad que debía adoptar en este nuevo capítulo de su historia.

En segundo lugar, la nueva política de alianzas de Putin sigue un rumbo inteligente en el que, al rechazo hacia el atlantismo que conllevaba su empuje populista inicial, ha sabido dar un giro oportuno cuando las circunstancias así lo han permitido. Y lo cierto es que en este sentido las circunstancias han sido muy propicias, porque el presidente ruso ha podido ofrecer un restablecimiento de las buenas relaciones con Washington en el momento en que más convenía a ambas partes: por un lado, Estados Unidos ha sacado un gran beneficio de su nueva relación con Rusia, que le ha permitido entre otras cosas efectuar una operación relámpago sobre Afganistán en un momento en el que la opinión pública

estadounidense reclamaba acciones contundentes; por otro, Putin ha podido distender las relaciones con la Casa Blanca, en contra de lo que hasta entonces había exigido la opinión pública rusa y sectores tan influyentes como el ejército o el complejo militar-industrial de su país, lo cual le ha comportado numerosas ventajas en el marco internacional, como cohesionar su influencia en la CEI o una mayor comprensión en sus operaciones caucásicas. Resulta significativo, por otro lado, que el primer e inmediato resultado del nuevo clima entre los dos países creado tras el encuentro de ambos presidentes en Texas a fines de 2001 fuese una importante reducción de los arsenales nucleares. Este paso resulta difícil de proponer a la sociedad rusa, dada la carga simbólica del armamento estratégico para un país que ve en esta capacidad la única garantía de ser respetado por las otras potencias; sin embargo, Putin era consciente del alto coste económico del mantenimiento de este arsenal y de que la tensión en el ámbito de la seguridad que había presidido las relaciones entre el Kremlin y el Pentágono hasta la fecha podía tener un peso excesivo sobre la incipiente recuperación económica rusa. No es ocioso, en este sentido, recordar el ejemplo de Gorbachov y su interés, durante la *perestroika*, en reducir unos gastos militares que no sólo mermaban la capacidad económica del Estado, sino que lo ponían en manos de sectores sociales vinculados a la industria militar que acaparaban ya demasiado poder.

Resulta interesante observar igualmente los cambios experimentados en la política rusa hacia Europa. Aunque las diferencias actuales sobre la región de Kaliningrado difícilmente podrán tener mayores consecuencias, es significativo que ya se hayan observado los primeros desajustes de criterio entre la UE y Rusia, así como las primeras áreas donde no se produce una convergencia esencial de intereses. Las relaciones de Moscú con Bruselas se dibujan, a partir de ese momento, sobre una base de equidad política, marcando distancias con respecto a una política de dependencia y poniendo límites a una colaboración estrecha dictada hasta el momento exclusivamente por los intereses de la UE. Aunque Rusia sigue hallándose en una situación de debilidad relativa con respecto a la potencia comunitaria, ahora adopta una postura diplomática de orgullo y exigencia de igualdad que hasta antes de la fecha era propia más bien del discurso del Kremlin con las instituciones occidentales de seguridad.

Por último, las nuevas orientaciones económicas de Rusia, como se ha dicho más arriba, no son fruto de la política de Putin; incluso empie-

zan a manifestarse antes de su llegada al poder, y sus resultados le acompañan durante su encumbramiento a la presidencia. Sin embargo, la identificación que se ha hecho rápidamente entre una mejora económica todavía relativa y la nueva cara del poder en Rusia ha contribuido notablemente a forjar su prestigio y popularidad. Por otra parte, el hecho de que el nuevo presidente haya sabido administrar positivamente la afluencia de nuevos ingresos, haciendo que repercutiese en cuestiones sociales como el sueldo de los funcionarios, endémicamente atrasado durante el período Yeltsin, o el acceso a bienes de consumo, ha contribuido a consolidar la popularidad de un líder cuya gestión no es comparable con la de su antecesor. El problema básico de Putin –y el de la Rusia del futuro– es cohesionar este buen momento económico garantizando que se mantenga un crecimiento estable el tiempo suficiente como para poder diversificar la economía y consolidar las nuevas estructuras de producción, de administración de la misma y de beneficio social. En este sentido, la dependencia económica hacia la permanente fluctuación de los precios internacionales de los hidrocarburos supone una peligrosa espada de Damocles que pesa sobre el Estado y la sociedad de Rusia y que sigue amenazando con el fantasma del retorno a la inestabilidad económica, la descohesión social, la inseguridad y, en definitiva, a una crisis que aún no ha sido superada del todo.⁴⁰¹

De este modo, podemos observar en la política exterior de Putin una marcada tendencia a reforzar sus vínculos con Occidente, pero incluso en este sentido se detectan preferencias concretas dentro de las alianzas buscadas. A pesar de la breve luna de miel con Washington tras el 11 de septiembre que permitió al Kremlin superar malentendidos históricos, resulta significativa la sintonía alcanzada entre Rusia y la Unión Europea, con la que no sólo busca una intensa cooperación institucional, sino que establece una alianza constante mutuamente beneficiosa en su retórica contra la hegemonía estadounidense. Y aún, dentro del estrecho vínculo establecido con la UE, Moscú no tiene reparos en establecer un diálogo particularmente intenso con los países del eje más europeísta, Alemania y Francia. Ello se debe en gran medida en los intereses comerciales rusos (véase el cuadro 10, p. 231), que tienen en estos dos países, junto con Italia, los principales clientes y proveedores. Pero también supone un alejamiento respecto a las posiciones más claramente atlantistas del Reino Unido. Rusia, como hemos visto, defiende una Europa consolidada, pero recela de una Europa atlantista. Sin embargo esta Europa no

sólo tiene sus dilaciones en su propia consolidación, imbricada en un proceso lento y difícil, sino que mantiene serias dificultades en consolidar su trato, pretendidamente preferencial, con Rusia. Un ejemplo de ello es el fracaso de la estrategia común de la Unión Europea para Rusia, aprobada en 1999.⁴⁰²

Por último, Putin parece haber reforzado la tendencia a la consolidación de su espacio de influencia directa. Aunque la CEI mantiene una notable falta de dinamismo institucional, sus países miembros se ven seriamente limitados en su presencia internacional por sus respectivas crisis económicas y, en algunos casos, bélicas, así como por el reforzamiento, tras el 11 de septiembre, de la confianza internacional depositada sobre Rusia para ejercer su control en el espacio ex soviético. Todo ello ha alejado momentáneamente las ambiciones de algunos líderes de los países del área respecto a mantenerse fuera de la órbita de los intereses de Rusia o incluso de crear su propia área de intereses regional en la zona.⁴⁰³

Rusia ante el futuro: equilibrio estratégico y presencia en la esfera internacional

La trayectoria rusa en la esfera diplomática internacional subraya esta posición de independencia y de búsqueda de satisfacción para los intereses estratégicos de Rusia, muy especialmente frente a esta fragilidad apenas mencionada en su recuperación económica, política y social. Un claro ejemplo lo vemos en la actitud que toma la Rusia de Putin ante la crisis levantada por Bush al proponer que las Naciones Unidas refrendaran la operación sobre Irak que finalmente tuvo que realizar, prescindiendo de esta organización, a principios de 2003. Esta crisis conllevó un grave contratiempo en las recién restablecidas buenas relaciones entre Moscú y Washington, puesto que Rusia se negaba a apoyar la iniciativa del presidente estadounidense. La argumentación oficial rusa para justificar esta actitud política giraba alrededor de tres explicaciones: en primer lugar, el respeto a las acciones ya emprendidas por Naciones Unidas, incluyendo las inspecciones sobre el terreno, que ni habían concluido ni habían aportado todavía elementos de juicio que permitieran culpabilizar directamente al régimen de Saddam Hussein; en segundo lugar, la fuerte oposición popular rusa a la operación militar propuesta por Washington:

aproximadamente, el 23 % de la población apoyaría los ataques sólo si son sancionados por Naciones Unidas, pero el 60 % no los apoyaría en ningún caso, según los sondeos;⁴⁰⁴ por último, Moscú argumentaba sus lazos tradicionales con los países en desarrollo, con el pueblo árabe y, más concretamente, con Irak; no hay que olvidar que la URSS había sido un firme aliado del régimen baasista,⁴⁰⁵ y que incluso el régimen ruso había mantenido una política de fuertes relaciones económicas con Bagdad hasta el estallido del conflicto.

Aquí podemos observar la reemergencia de un discurso que buscará las esencias de las tendencias de larga duración en la política exterior rusa, en claro contraste con la política coyuntural rusa en la que el desarrollo económico resulta esencial para la consolidación de cualquier política coherente del Estado ruso. No resulta viable mantener las posiciones tradicionalmente positivas para los intereses estratégicos rusos si no van acompañadas de una política tendente a consolidar la supervivencia del propio Estado y de su cohesión social y política.

Así, tras estas justificaciones, retóricas a pesar de la fuerza de los argumentos, debemos buscar un razonamiento mucho más pragmático: desde hacía tres años la economía rusa estaba viviendo un momento feliz en gran medida debido a las exportaciones de hidrocarburos. Ello había sido posible gracias a la alza del precio del petróleo en el mercado mundial a fines de la década anterior, lo cual a su vez era una consecuencia tanto de la inestabilidad que viven las regiones petrolíferas de Oriente Próximo como del embargo decretado sobre las exportaciones iraquíes. De este modo, si hasta aquel momento Rusia se mantenía como el tercer productor mundial del petróleo comercializado, con el 9 % del total global, a pesar de las dificultades de extracción del petróleo ruso, esta situación raramente podría mantenerse cuando el petróleo iraquí volviera a circular libremente por el mercado internacional, entre otras cosas, porque el precio internacional del crudo podía descender de los 30 dólares actuales por barril hasta los 12 o 13, y ello haría no rentable la comercialización del petróleo ruso, cuyo coste lo hace desaconsejable por debajo de los 21,5 dólares. Como consecuencia, el escenario regional de conflictividad en la zona y, muy concretamente, el bloqueo sobre el régimen de Saddam se mostraban como la situación ideal para una economía rusa que todavía no había logrado crear unas estructuras económicas sólidas y diversificadas. Al mismo tiempo, al sistema internacional y a sus potencias e instituciones principales (es decir, a las Naciones Unidas y a Esta-

dos Unidos) les debía preocupar sobremanera que la (presunta) solución a la inestabilidad en Irak conllevara el retorno de otra inestabilidad que podría ser mucho más preocupante si Rusia, un coloso con armamento nuclear, recuperaba la crisis social que le había asolado durante casi una década tras su independencia, conduciéndole hacia una gran desconfianza social para con sus líderes y el sistema internacional.

De este modo, en el contexto del sistema internacional, tras la tercera guerra del Golfo (2003), el peso de la exportación de hidrocarburos en la economía rusa reviste una nueva dimensión. Con unos precios internacionales del petróleo imprevisibles, pero sin duda mucho más bajos que en la fase anterior del conflicto, la exportación de estos productos, clave en la recuperación económica de Rusia se pone gravemente en entredicho. Ello sin duda no interesa a las potencias occidentales, temerosas de la inestabilización de la región, pero sobre todo no interesa a la Unión Europea, que hasta el momento tenía en Rusia tanto la garantía de la seguridad en su frontera como una fuente estable de materia prima energética que le permitía alejarse de la dependencia hacia un Oriente Medio excesivamente complejo.

Por todo ello es comprensible la postura que había mantenido el presidente Putin de rechazo a la ofensiva sobre el régimen de Saddam Hussein e incluso a una segunda resolución del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, puesto que Moscú consideraba que Irak estaba cumpliendo los términos de la resolución 1.441. Por otra parte, los líderes rusos habían expresado públicamente su escepticismo hacia las acusaciones de posesión de armamento de destrucción masiva por Bagdad, a pesar de que Rusia había sido uno de los principales proveedores de armamento y de material y tecnología militar a Irak. Del mismo modo, Moscú aseguraba no tener ninguna constancia de la relación directa del régimen iraquí con Al Qaeda. A pesar de lo rígido del posicionamiento ruso, cabe resaltar que las críticas estadounidenses a la posición tibia de sus aliados recayeron con mayor fuerza sobre otros estados como Francia y que aparentemente hubo una mayor comprensión hacia las razones objetivas que impulsaron el posicionamiento ruso.⁴⁰⁶

Todavía es pronto para deducir que las líneas marcadas por la presidencia de Putin tendrán o no una gran influencia en la Rusia del futuro; sin embargo, este período contrasta con el anterior en la aparente búsqueda de una estabilidad en las relaciones entre las instituciones rusas y entre éstas y la sociedad, así como en una normalización del papel inter-

nacional de Rusia, lejos de dramatizaciones, victimismos y aislamientos innecesarios. Todo lo cual parece algo mucho más constructivo de lo que se presentaba en la era Yeltsin, protagonizada por la precariedad no sólo de recursos, sino en las relaciones de todo tipo y en la imagen que la sociedad rusa tenía de sí misma. Ciertamente, la economía rusa todavía está lejos de haber encontrado su situación de plena estabilidad, y en la sociedad de este país aún son visibles muchas formas de descohesión, como amplios sectores de miseria económica, grandes bolsas de marginalidad de todo tipo, lagunas en el respeto a los derechos humanos y aspectos demográficos y sanitarios realmente preocupantes.⁴⁰⁷ Pero la evolución mostrada por Rusia en los primeros años del siglo XXI podría muy bien ser un reflejo de lo que pudiera ser este país con unas estructuras sociales estabilizadas. Para ello, sin embargo, esta estabilidad debería sustentarse en el mantenimiento de un crecimiento económico que, hoy por hoy, no parece garantizado. Aquí, una vez más, se adivina una responsabilidad de la comunidad internacional para permitir, con su apoyo a la producción y a la exportación de los recursos controlados por Rusia, una cohesión regional alrededor de Moscú y su área de influencia directa, la CEI, que debería beneficiar a todo el sistema internacional.

Los años de la presidencia de Putin han supuesto, en definitiva, un reactivo importante para la economía, la sociedad y la política de Rusia, lo que está estrechamente vinculado con una revalorización del papel de este país en la esfera internacional, que toma una especial importancia en el abastecimiento energético de Occidente y en el rol estratégico de Rusia ante zonas más inestables como Asia central. Todavía no podemos hablar de una Rusia plenamente consolidada, e incluso la importancia del sector de los hidrocarburos en la nueva economía rusa denota signos de debilidad en la misma, pero con relación a la era Yeltsin, la era Putin devuelve significativamente la dignidad y la esperanza de recuperación a la sociedad rusa, además de reforzar a una clase política que se hallaba muy desprestigiada. Este nuevo contexto condiciona las relaciones de Rusia con el exterior y particularmente con la Unión Europea, y así aparecen nuevos factores de disensión, pero no aporta elementos de ruptura o de replanteamiento estratégico que puedan contradecir las líneas anteriores de cooperación e incluso de dependencia mutua.

10. Conclusiones

Quisiera exponer las conclusiones finales de este trabajo agrupadas en tres bloques o apartados en los que defino cómo se condicionan las relaciones entre Rusia y la Unión Europea. En el primer bloque planteo las tres formas que adopta el marco de las relaciones entre ambos extremos del continente en el período estudiado. En el segundo bloque expongo, bajo la forma de respuesta a tres preguntas, los condicionantes de la relación que mantienen Rusia y la Unión Europea en los años noventa. En el tercer bloque aporto una conclusión adicional: la falta de estructuralidad en la Rusia postsoviética, para introducir tres escenarios posibles acerca de la forma que podrían tomar las relaciones Rusia-Unión Europea dados los condicionantes descritos con anterioridad. Todo lo cual nos lleva a la conclusión final de la existencia de una retroalimentación constante entre los procesos que viven ambos actores políticos en el período estudiado: de cohesión, en el caso de Rusia, y de consolidación, en el de la Unión Europea.

La adaptación de Rusia ante el nuevo sistema internacional

Desde 1991 Rusia debe definir su propia identidad a partir de una relación de subordinación respecto a las otras potencias del sistema internacional. Para concluir sobre el marco en que se desarrolla la evolución de Rusia en la posguerra fría podemos destacar tres factores que se cruzan y entrelazan para diseñar un sistema internacional apenas definido al final de este período.

El primer factor se refiere a las características básicas, íntimamente vinculadas entre sí, de un sistema global en reestructuración, de un mundo en definitiva en mutación por una serie de condicionantes aparecidos entre 1989 y 1991 sin precedentes conocidos y que no permiten prever los resultados que darán estos procesos al final de los mismos. Estos tres procesos convergentes son:

- un sistema internacional que se adapta a las nuevas características de un mundo hegemónico para el cual hay que crear nuevas estructuras en los campos de la seguridad, las alianzas internacionales y las ideologías. Ello lleva a la definición de nuevas estrategias que definan la posición mundial de la nueva potencia hegemónica, Estados Unidos, con la superación de su aislacionismo tradicional a favor de un intervencionismo claro en los asuntos mundiales;
- la conversión de las Comunidades Europeas, organización primordialmente económica hasta entonces, en un actor político con vocación de cohesión y de protagonismo en el mundo. La Unión Europea así nacida inicia un proceso de ampliación que le debe conducir a una coherencia territorial e identitaria intrínsecamente implicada en este proceso de constitución en potencia política;
- el surgimiento de un Estado ruso que se debate en dos procesos paralelos; por un lado, la superación de una crisis económica con características estructurales; por otro, la adaptación a una nueva realidad internacional que le obliga a buscar una posición incómoda como potencia menor.

De estos tres procesos, sin duda el más traumático ha sido el que ha vivido Rusia para redefinirse ante el sistema internacional y ante sí misma, puesto que ha debido reconstruirse a partir de una serie de renunciaciones concretas no sólo territoriales, sino también a la capacidad de influencia sobre otras áreas y sobre un mundo del que ha dejado de ser sujeto para ser objeto, sometido a menudo a los intereses de las potencias occidentales en los campos político, económico, energético o estratégico. Sin embargo, para contribuir a su propia normalización, a su estabilidad económica y social y a poder hallar un papel digno en la nueva estructura internacional, Rusia ha debido colaborar estrechamente con unas potencias occidentales con las cuales se tuvo que relacionar en condiciones de in-

ferioridad; de ello se ha resentido especialmente una sociedad habituada al orgullo de haber sido una potencia con amplia capacidad decisoria hasta tiempos recientes. Y entre las potencias con las que Rusia ha debido establecer este diálogo difícil pero al fin y al cabo mutuamente estabilizador, la recién surgida Unión Europea ocupa un lugar predominante.

El segundo factor que condiciona el marco de adaptación de Rusia al mundo de la posguerra fría es la interacción entre este Estado y la Unión Europea. Los años noventa han sido un período especialmente difícil para Europa, que ha debido enfrentarse, por una parte, a la desaparición del sistema regional que situaba a Rusia como el centro de más de la mitad del continente y, por otro lado, a la consolidación de la Europa institucionalizada y centrada en los países acomodados del Oeste. La UE, como organización con ambiciones en el campo de la seguridad, ha surgido de un largo y difícil proceso que arranca del mismo momento en que la URSS desaparecía y nacía una Rusia destinada a ser una potencia menor en el sistema internacional. El proceso, definido en alguna ocasión como de «vasos comunicantes»,⁴⁰⁸ ha supuesto que Europa occidental se ampliase y cohesionase, mientras que Rusia se debilitaba y se desestructuraba, situación propicia para generar inestabilidad en el marco regional, el continente europeo, donde se desarrollan ambos protagonistas. Pero ni el dinamismo de Occidente ni la crisis rusa han dado lugar, durante este período, a una abierta hostilidad entre las partes implicadas, a pesar del surgimiento de tensiones intermitentes. Ello se debe en parte, como hemos analizado, a la necesidad rusa de recibir ayuda y apoyo occidentales, pero también a la actitud de Bruselas de extrema prudencia en sus relaciones con el gigante enfermo de Eurasia.

La Unión Europea ha tenido que establecer sus límites fijando unas relaciones con sus vecinos inmediatos estructuradas alrededor de un marco de expansión geográfica que definan su área de actuación física y de una política de cooperación institucionalizada con dichos vecinos. La combinación de ambas políticas debe establecer la estabilidad de unas fronteras que permita el desarrollo de la cohesión final de la Unión Europea, pero para ello debe fijar los límites de esta expansión. En el caso ruso, las políticas realizadas por la UE en los años noventa van claramente destinadas a fijar una estabilidad fronteriza, tanto en el aspecto geográfico como en el funcional. En el aspecto geográfico, por un lado la incorporación de los países de la quinta comunitaria permite establecer el área en que se definirá la futura Europa institucionalizada alrededor de la UE,

es decir, una organización cohesionada con una serie de áreas menores satelizadas⁴⁰⁹ alrededor suyo para crear un gran espacio de actuación regional coherente centrado en las instituciones comunitarias. Por otra parte, el reconocimiento explícito del derecho a Rusia de ejercer su influencia en los países de la CEI fija el límite geográfico de la expansión de la UE, excluyendo la incorporación de países atribuidos a la influencia rusa como Ucrania, Belarús o Moldova, a pesar de la voluntad de amplios sectores sociales y económicos de dichos países al respecto. Desde el punto de vista funcional, la Europa que se consolida alrededor de la UE es esencialmente pragmática y aplicará su esfuerzo de cohesión en un área en que sea factible una política de expansión económica y de consolidación de una institucionalización sólida en el continente. Ello excluye de un modo determinante a Rusia por sus dimensiones geográficas, sus características históricas y culturales y la coyuntura económica y social de este Estado.

Las relaciones de la Unión Europea con la Federación Rusa quedan definidas, pues, en un marco de cooperación con la aceptación mutua de áreas de actuación y de influencia y con la estructuración de las áreas funcionales de colaboración preferente. En este sentido, a lo largo de este período se ha pasado de una política de cooperación de Europa occidental con Rusia para el desarrollo económico de esta última, así como de inversión en la misma, a una relación mucho más comercial donde ha tomado un papel determinante la exportación de hidrocarburos exportados por Rusia hacia la UE.

El tercer factor que podemos concluir que incide en el marco en que se desarrolla la Rusia actual es el contraste entre su compenetración con la UE con la rivalidad existente con Estados Unidos, lo que en ocasiones ha contribuido a afianzar su alianza con la UE. La animadversión de Rusia hacia el ejercicio desde Washington de una hegemonía mundial, así como la franca competencia tradicional de la Unión Europea hacia los intereses y los métodos estadounidenses en la esfera mundial han creado una convergencia de intereses que ha consolidado las buenas relaciones entre ambas partes del continente europeo. En este sentido, hallamos una colaboración entre Rusia y Estados Unidos basada en esquemas de realismo cooperativo, por necesidades estratégicas y con la presencia difusa de una amenaza mutua, mientras que la colaboración entre Rusia y la Unión Europea entra en el marco de una cooperación estructural donde tiene cabida una colaboración multisectorial y a largo plazo y en que ambas partes tienen invertida su propia cohesión en su relación con la otra.

Por supuesto, esto nos podría llevar a considerar la existencia de una alianza estratégica entre Rusia y la Unión Europea en detrimento de Estados Unidos, pero no tiene por qué ser necesariamente así; en primer lugar, situaciones coyunturales pueden permitir la consolidación de las relaciones de Washington con cualquiera de los actores estudiados;⁴¹⁰ por otra parte, entra en los intereses del nuevo orden internacional el reconocimiento de una hegemonía única que admita una geometría variable de alianzas y de intereses mientras ello no entorpezca el ejercicio de dicha hegemonía.⁴¹¹ En este sentido, es totalmente admisible la presencia e incluso el fomento de una actitud hostil de Rusia hacia el sistema internacional y hacia la potencia hegemónica que lo lidera, dadas las exigencias en este sentido de una sociedad rusa descontenta. En el mismo contexto, las buenas relaciones entre Moscú y Bruselas, incluyendo su oposición compartida a los proyectos de Washington, mantienen un contenido de enfrentamiento con el sistema central que beneficia a ambas, al justificar la cohesión de los respectivos procesos que viven en la época, sin perjudicar necesariamente a los intereses estadounidenses. La UE y la Federación Rusa viven, pues, unos procesos endógenos y de influencia mutua que crean lazos estructurales entre ambas, pero que no perjudican a un sistema internacional que, lejos de verse alterado por estos procesos, se beneficia de la estabilidad que crean los mismos.

Ello nos devuelve al debate sobre la identidad rusa, que parece encontrar su lugar más cómodo en la identificación parcial con una Europa institucionalizada con la que, sin embargo, no llega a integrarse;⁴¹² esta identificación viene reforzada por una alianza coyuntural y de intensidad variable ante un rival común, Estados Unidos, que consolida el complejo identitario tanto de Rusia como de la UE al ser presentada por estas últimas como modelo contrapuesto a sus perspectivas política y de valores y contribuir por ello tanto a consolidar sus respectivas identidades como a su identificación mutua.⁴¹³

Actitudes posibles de Rusia ante Occidente

Las relaciones entre Rusia y las potencias occidentales están condicionadas por unas dependencias mutuas en las que la primera ofrece seguridad a cambio de estabilidad económica. A la luz de lo expuesto anteriormen-

te, voy a desglosar los factores que me parecen primordiales para la conclusión esencial de este trabajo: cuál es la relación que se puede configurar, en el actual sistema internacional de la posguerra fría, entre Rusia y la Europa unida y hasta qué punto ha sido determinante el proceso de cohesión de la Unión en la formación del Estado ruso actual. Estos factores esenciales son tres, y pueden ser formulados en clave interrogativa: a) ¿Cuáles son los factores actuales que condicionan la coyuntura actual de profunda inestabilidad en Rusia? ¿Hasta qué punto hallamos elementos estructurales en dicha inestabilidad? b) ¿Qué espera obtener Rusia de la Unión Europea, y cómo actúa frente a la misma?; y c) ¿Qué espera obtener la UE de Rusia, y cómo actúa frente a la misma?

a) La primera pregunta (¿Cuáles son los factores actuales que condicionan la coyuntura actual de profunda inestabilidad en Rusia?) nos lleva a concluir que el Estado ruso no actúa ni se considera a sí mismo como un país en igualdad de condiciones con sus interlocutores en la esfera internacional; en consecuencia, la sociedad rusa no puede considerar al Estado ruso actual como una continuidad coherente con la tradición histórica de este pueblo. Dicho de otro modo, difícilmente podemos considerar a Rusia como un Estado «normal». En este sentido, hallamos tres factores que determinan la ausencia de dicha «normalidad»: 1) una grave crisis de identidad ligada íntimamente a la pérdida del ámbito territorial nacional vinculado a la tradición rusa, tras la desintegración de la URSS; 2) un fuerte fatalismo político y social que obedece a una tradición prácticamente cultural en Rusia, pero que recibe un fuerte impulso tras la *perestroika* y la evidencia de los excesos de la época soviética. Existe una figura ampliamente utilizada por los politólogos rusos, la *oblomovchina*,⁴¹⁴ que se refiere a la sumisión y la pasividad del ciudadano ante el Estado, Dios o los poderes fácticos. Esta sensación de que las cosas no se pueden cambiar es la que preside la vida política rusa actual, a tenor de varios observadores;⁴¹⁵ y 3) el surgimiento del propio país está vinculado a una grave crisis económica que, a su vez, es una secuela del proceso que acabó con la URSS. Rusia sufre una situación económica y social claramente deteriorada y es un país necesitado de ayuda exterior para su propia supervivencia.

Para la inmensa mayoría de los rusos la Rusia de Yeltsin no sólo no era un Estado normal (sería un Estado títere de las potencias extranjeras, un Estado sometido a una tiranía pseudodemocrática o un Estado en re-

cuperación tras un prolongado trauma político), sino que no era una Rusia normal: sería una Rusia despedazada, sin partes importantes de su patrimonio histórico y cultural, y una Rusia que se ha visto obligada, por presiones exteriores combinadas con los resultados de setenta años de mal gobierno, a renunciar a su papel secular como líder y motor de un conjunto de países vecinos.

b) Para contestar a la segunda de las preguntas formuladas más arriba (¿Qué espera obtener Rusia de la Unión Europea, y cómo actúa frente a la misma?), hay que adentrarnos en el problema existencial que afecta a la cultura rusa prácticamente desde su nacimiento. Rusia siempre se ha sentido como «un trozo de Europa lejos de Europa»,⁴¹⁶ lo que ha originado un debate secular sobre la identidad rusa. Este debate está plenamente vigente, y en el momento de la desaparición de la Unión Soviética se llega a plantear un mayor acercamiento a Europa occidental.⁴¹⁷ Pero Rusia, como acabamos de ver, no es un país «normal». No lo es por sus propias características físicas, ya que su demografía, y sobre todo su extensión, hacen impensable cualquier equiparación con los países euro-occidentales que no supusiese graves problemas estructurales que las instituciones europeas difícilmente podrían abordar. Pero tampoco es normal por su coyuntura, puesto que se halla inmerso en una crisis económica, política y social con características de crisis estructural. Alejada, cuando menos a corto y medio plazo, la opción integracionista, ante Occidente Rusia adopta tres comportamientos alternados y, a menudo, solapados, a pesar de su aparente contradicción intrínseca: la *competitividad*, la *cooperación* y el *enfrentamiento*.

La *competitividad*, en realidad, es una opción fracasada. Habría sido la actitud para tomar en el caso de que el proyecto de espacio económico y político coherente que suponía la CEI no sólo hubiese cuajado, sino que hubiese prosperado. Al confirmarse la tendencia de la CEI a la no consolidación y mantenerse el estancamiento económico de Moscú, Rusia no ha podido ofrecer un modelo de organización internacional con características similares a las de la UE, con una economía competitiva y que pudiera establecer con Bruselas una relación de paridad o, por lo menos, de equiparación.

La *cooperación* ha sido la actitud oficial que ha adoptado Rusia hacia Europa y, en general, hacia el mundo occidental. Es cierto que Rusia ha alcanzado un nivel satisfactorio en sus relaciones con el mundo occi-

dental, y no es menos cierto que dicho reencuentro con Occidente responde a un antiguo deseo de la sociedad y la intelectualidad rusas, pero no hemos de despreciar el hecho de que esta cooperación actual viene constreñida por la objetiva necesidad rusa de sanear su marco económico y político con el apoyo de los grandes centros económicos y políticos, situados precisamente en gran medida en la Unión Europea en esta nueva coyuntura internacional.

La opción del *enfrentamiento*, aunque en las relaciones de Rusia con el exterior únicamente ha tomado el aspecto de crisis, es un claro factor de inestabilidad. Rusia se siente hostigada por Occidente, a quien considera como la causa de su situación de «anormalidad».⁴¹⁸ Desde una perspectiva rusa, Occidente no estaría realmente interesado en la recuperación de Rusia, ya que le dificultaría su propia expansión y por ello entorpecería incluso la cohesión interna del gigante eurasiático. Para esta perspectiva, por otra parte muy generalizada, las potencias occidentales consentirían los altos niveles de corrupción de los dignatarios rusos durante la era Yeltsin, no controlarían las ayudas que ellos mismos conceden, de modo que facilitarían sus desvíos, e incluso hostigarían la actitud de Rusia cuando, como en el caso de Chechenia, pretende restablecer el orden en su territorio.

La Unión Europea genera en Rusia, por lo tanto, una mezcla de sentimientos y actitudes: por una parte, es el principal contribuyente a la recuperación económica y política de Rusia, tanto por la inversión directa sobre el país como por su actividad comercial; por otro lado, Europa occidental forma parte de aquel mundo considerado hostil hacia Rusia, y en gran parte sería responsable del cataclismo en el que está inmerso el país. En general, sin embargo, los sentimientos negativos de los rusos hacia Occidente son derivados a la actitud de la OTAN, considerada como agresiva, y la UE ha quedado relegada a representar la parte positiva de Occidente, aquella en la que se puede reflejar el viejo sueño europeo de la Rusia ilustrada y con la cual la nueva Rusia desea cooperar. En este sentido, las tensiones con Bruselas se minimizan y se aíslan de una actitud beligerante hacia el «expansionismo occidental».

c) En lo que concierne a la tercera de las preguntas (¿Qué espera obtener la Unión Europea de Rusia, y cómo actúa frente a la misma?), en general la actitud es recelosa. En un principio, el esfuerzo occidental recae en el propósito de incorporar a Rusia en el concierto de naciones li-

bres y prósperas.⁴¹⁹ La situación real del país, sin embargo, ha hecho posergar *sine die* esta integración rusa en pie de igualdad dentro del mundo occidental. La inestabilidad interna rusa y la perdurabilidad de la crisis económica han convertido el área situada justo al Este de la UE en un foco de atención prioritaria para Bruselas. La política de cooperación con Rusia ha llevado a una evolución tranquila de la UE en los temas potencialmente conflictivos respecto a Rusia, como el proceso de ampliación hacia el Este. La UE, por su lado, respeta plenamente el área de interés directo de Rusia, limitada al espacio de la CEI, e incluso la potencia aplicando en la misma sus políticas de ayuda y cooperación, como el Programa TACIS, propiciando de este modo un desarrollo simétrico de la zona. En cuanto a los líderes políticos, la UE ha dado pleno apoyo tanto a B. Yeltsin como a su sucesor, V. Putin y, a pesar de los recelos manifestados a raíz de la primera intervención en Chechenia, éstos no se han repetido con la segunda, en 1999.

En cuanto a disputas territoriales y a la extensión física de las influencias respectivas, no parecen existir conflictos de importancia entre la UE y Rusia, a diferencia de lo que sucede entre Rusia y la OTAN. La UE respeta a la CEI como ámbito territorial de la influencia rusa, y Rusia no opuso obstáculos a la ampliación de la UE hacia la Europa central, balcánica y báltica. En dicha actitud hay que entrever, sin embargo, peligros potenciales: Rusia recela de la presencia de la Alianza Atlántica en estas zonas porque las considera esenciales para su seguridad; si la UE se constituye en una organización con fuertes implicaciones en el campo de la seguridad y la defensa, nada garantiza que Rusia no pueda aplicar a dicha organización el mismo recelo.

Cabría preguntarnos cuáles son las causas y cuáles los límites de esta confianza aparentemente absoluta que Bruselas concede a Rusia. Europa precisa de una Rusia estable que garantice unas fronteras seguras para su futuro desarrollo. La UE subvenciona dicha estabilidad aportando grandes cantidades de ayuda material y el apoyo incondicional a los líderes rusos, «comprando» de este modo no sólo la neutralización de su frontera oriental, sino la anulación de cualquier amago de oposición a la expansión de la UE hacia el Este. Pero interesa igualmente, en este preciso momento, una Rusia debilitada, incapaz de erigirse en una amenaza bélica o en un líder regional competitivo. Ésta es una de las razones por las que la actitud de cooperación europea genera recelo en amplios sectores de la sociedad rusa y este difícil equilibrio hipoteca, de algún modo, el futuro de dicha coope-

ración. Al mismo tiempo, la cooperación entre ambos extremos del continente adolece de una fragilidad endémica como consecuencia de la desconfianza europea hacia la recuperación del espíritu expansionista ruso, no muy lejano históricamente y muy arraigado en la cultura del país.

En definitiva, las futuras relaciones de la Unión Europea con Rusia todavía cuentan con abundantes incertidumbres y peligros. Desde una perspectiva rusa, el problema de base radica en la falta de confianza occidental hacia una Rusia potencialmente restablecida. En efecto, en las relaciones entre Bruselas prima el deseo de estabilidad, pero para lograrla se debería alcanzar un clima de plena confianza que todavía no se ha logrado y que las instituciones europeas no han demostrado plenamente, en parte a causa de la incertidumbre del propio proceso ruso de consolidación económica y política, en parte por los recelos del mundo occidental hacia un país tradicionalmente hostil.

El futuro de las relaciones entre Rusia y la Unión Europea

La impredecibilidad de Rusia es un factor con el que habrá que seguir contando durante mucho tiempo, o probablemente de un modo estructural. Mientras tanto, sin embargo, se ha logrado un difícil equilibrio entre una Europa occidental (y central) que tiende a la unidad y una Rusia que no está en condiciones de competir con ella ni de ensombrecer este liderazgo. Por el momento, las exigencias de ambas esferas de poder se complementan y plantean la creación de un área de confianza: la Unión Europea y Rusia necesitan mantener la estabilidad actual como un modo de preservar sus respectivos procesos de consolidación.

Si Rusia y la UE se respetan las áreas reconocidas de influencia para cada una de ellas y no se percibe en ningún momento una amenaza mutua en el campo de la seguridad, podría ser factible el objetivo históricamente difícil de una Rusia en paz consigo misma y con el mundo que la rodea (por lo menos, con el mundo que la limita al Oeste), un Estado que pueda garantizar el bienestar y los derechos fundamentales de sus ciudadanos y que, al mismo tiempo, sea capaz de reconocer y garantizar la estabilidad y la cooperación con aquella Europa que había sido su campo de expansión y una esfera permanente de hostilidad y tensión; en definitiva, que ese gran espacio ruso contribuya a garantizar la paz a una

escala global. Pero en este caso muy probablemente nos hallemos ante una Rusia nueva, transformada en sus objetivos estratégicos tradicionales y en la estructura de su convivencia con el mundo. Obviamente, ello nos conduciría a replantearnos nuestra imagen de Rusia y nuestras perspectivas sobre dicho país. Este replanteamiento puede ser poco problemático, puesto que dicha transformación se adapta a las necesidades y expectativas de Occidente, pero los cambios en la cosmogonía y en la imagen que los rusos tienen de sí mismos pueden ser mucho más difíciles, y sin lugar a dudas serán mucho más traumáticos. Ante el lamento nostálgico, tan recurrido en los últimos años en Rusia, de «¿Seguiremos existiendo como rusos?»,⁴²⁰ la respuesta es probablemente negativa, si la sociedad rusa desea mantener unas concepciones tradicionales de sus relaciones con el mundo que en la coyuntura actual no pueden garantizar la estabilidad y el bienestar de Rusia. Este país se enfrenta a una situación en la que las viejas estructuras nacionales no están bien adaptadas a un sistema internacional nuevo, y ello se traduce en una fuerte dificultad para relacionarse con el resto del mundo. Este reencuentro se debe realizar muy especialmente con una Europa de la que Rusia siempre ha sentido que forma parte, pero con la cual aún queda pendiente una reconciliación difícil pero necesaria.

Ante lo delicado del proceso de colaboración que han llevado a cabo Rusia y la Unión Europea durante el período acotado, cabe preguntarnos qué posibilidades había de tipos diferentes de actuación. Hemos definido la cooperación realizada entre ambos actores en un marco de cooperación estructural. A continuación exponemos las hipótesis de otros escenarios que se podrían haber dado, como el de la rivalidad, el de una cooperación institucionalista con objetivos integradores o el de un marco realista estrictamente cooperativo.

a) Un escenario de enfrentamiento o rivalidad resulta muy improbable, dada la debilidad mostrada por Moscú durante este período. En cualquier caso, la persistencia de un esquema de antagonismo con Occidente habría llevado a Rusia a mantener los programas armamentísticos de la Unión Soviética, con el consecuente desgaste económico y una creciente inestabilidad social. Por otra parte, la política de desarme que Gorbachov inició en su momento y que no ha cesado conlleva el establecimiento de vínculos de cooperación y garantías de seguridad con los antiguos rivales. Aun así, podríamos crear un escenario hipotético de riva-

lidad parcial con la Unión Europea que no se reflejase necesariamente en las relaciones con Estados Unidos, o con la OTAN, con lo cual el ámbito de la seguridad quedaría al margen de este enfrentamiento. En este supuesto hubiera sido improbable que Rusia mantuviera las ayudas económicas e institucionales de que se ha beneficiado en esta década, lo que hubiera alimentado la crisis y la inestabilidad social del país. Por otro lado, la misma Unión Europea ha estado siempre interesada en mantener dicha cooperación en los niveles en que ésta ha tenido lugar, precisamente para garantizar una estabilidad interna que alejase el fantasma de la desestabilización regional y permitiese el desarrollo pacífico de sus propios procesos de cohesión institucional y de consolidación como poder internacional. En una previsión de futuro, cualquier alteración de la buena sintonía entre Rusia y la Unión Europea, por ejemplo como reacción de Moscú ante el aumento de las capacidades comunitarias en materia de seguridad, implicaría necesariamente un aumento de la tensión regional que desestabilizaría las fronteras de la UE. Esto sería lo último que desea una Europa cohesionada y que pretende mantener el esquema de potencia civil y de vocación mediadora que le ha valido una fuerte presencia y un sólido prestigio internacional.

b) El escenario opuesto, es decir, una cooperación con fines integradores, estaría del mismo modo contrapuesta a las necesidades tanto de Rusia como de la UE. Como ya hemos dicho, por un lado la UE necesita afrontar un proceso de cohesión institucional y territorial que estaría reñido con un proyecto de la envergadura de la absorción de un país de estas dimensiones y características. Por otro lado, Rusia pugna difícilmente por mantener su propia área de influencia regional, y esto es incompatible con mantener una estrecha cooperación institucional con Estados de mayor capacidad. Una integración de Rusia en las estructuras comunitarias supondría el aparente contrasentido de que este país aceptase una paridad con potencias de mucha mayor capacidad económica y política pero a los cuales aportaría una complejidad estructural que raramente podrían asimilar. Y es muy difícil que, en un futuro a corto y medio plazo, la Unión Europea se vea capacitada para iniciar un proceso de integración que, necesariamente, cambiaría la propia existencia, ámbito y funcionalidad de la Unión.

c) Una opción no muy lejana de la actual sería la de mantener una cooperación estricta entre dos potencias vecinas por interés mutuo y sin ningún objetivo de crear unos vínculos de dependencia estructural mu-

tua. En este escenario, la Unión Europea difícilmente invertiría grandes sumas en programas de ayuda y de creación de infraestructuras, y Rusia debería afrontar una recuperación económica y una consolidación institucional mucho más lenta de la que se ha producido, con evidentes consecuencias en su estabilidad social y política que la alejarían del concierto internacional de las potencias. La UE no sólo quiere mantener buenas relaciones con Rusia, sino establecer unos vínculos de colaboración permanente e intensa que tejan alrededor de la cooperación entre ambas una complementariedad estructural mutuamente beneficiosa.

El marco privilegiado en que se mueven las relaciones entre la Unión Europea y la Federación Rusa no sólo ha motivado la consolidación de una y otra en el período de la última década del siglo xx; también prevé una relación estrecha entre ambas una vez terminados los sendos procesos de cohesión, y la creación de una red de colaboración estructural alrededor un una cooperación institucional y de una complementariedad económica y política. Sin duda, Rusia y su ámbito de influencia inmediato quedan fuera del ámbito de integración directa de la nueva UE surgida de Maastricht, por lo menos a corto y medio plazo; pero los vínculos establecidos entre Moscú y Bruselas auguran una etapa de fuerte interrelación entre ambas, en la que la cooperación será necesariamente intensa y tenderá a incrementarse, sin que por ello se llegue a prever ninguna estrategia integradora.

Todo ello nos hace volver a una pregunta que se hallaba entre las principales planteadas en la introducción de este libro, y que está detrás del gran debate identitario que rodea a los propios proyectos políticos de Rusia de los últimos siglos, una pregunta que ya resulta un tópico en los estudios sobre este país: «¿Rusia es Europa?». En el apartado «Rusia frente a sus fantasmas. El retorno al aislacionismo» del capítulo 6 de este libro ya hemos avanzado la idea según la cual Rusia, en efecto, participa no sólo de muchas características culturales, históricas y, por supuesto, geográficas del continente, sino que puede participar también de los proyectos políticos de una Europa constituida y cohesionada alrededor de unas instituciones sin estar, sin embargo, integrada en las mismas. Rusia es indiscutiblemente europea por su propia personalidad, pero, tanto por razones coyunturales como estructurales, raramente podría formar parte de los proyectos europeos actuales. Sin embargo, los procesos de cohesión iniciados en los años noventa en la Federación Rusa y en la Unión

Europea abren la puerta a una colaboración entre ambas partes del continente que permiten que Rusia participe como actor externo privilegiado en estos proyectos. Nos hallaríamos, en este caso, con el solapamiento de dos realidades de Europa, o dos niveles distintos de la institucionalización de las relaciones continentales. Por un lado habría una Europa plenamente institucionalizada, potente, pragmática y cohesionada que supondría una Unión Europea ampliada hasta ocupar buena parte del continente y emprendiendo la materialización emblemática de sus proyectos políticos con un complejo entramado institucional que en este momento está en vías de cohesión. Por otro lado, esta Europa coherente se vería complementada con un área liderada por Rusia, sólo parcialmente integrada en la anterior pero con la cual se vería unida por una estrecha cooperación estructural, es decir, por una serie de convergencias estratégicas de ámbito global que la unirían en su oposición o contrapeso a los intereses de las otras potencias del sistema internacional (básicamente, los de la potencia hegemónica) y por el hecho de compartir una serie de elementos intangibles que configurarían el contenido social y cultural de esa Europa que se pretende institucionalizar desde hace décadas.

Rusia, por lo tanto, sería Europa, aunque otra Europa, la que no puede integrarse en el núcleo institucional del continente pero que participa de sus intereses y de sus proyectos. En este sentido, forma parte también del área de expansión política preferente de Bruselas, al constituir un aliado valiosísimo que comparte muchas de sus políticas. Sin embargo, cabe resaltar la falta de coherencia que mantiene por el momento la política comunitaria al perpetuar una perspectiva sobre Rusia que todavía la hace objeto de la política de proyección de una influencia, en lugar de contribuir positivamente a la estabilización y cohesión de Rusia como un actor político que debe reflejar los valores y contenidos sociales de la propia Europa. En este sentido, resulta especialmente chocante la política de Bruselas respecto a mantener relaciones privilegiadas con una Rusia que todavía no garantiza unas condiciones satisfactorias de democracia institucional o de respeto a los derechos humanos. Éste es un aspecto en el que la Europa institucionalizada alrededor de la UE no se relaciona con Rusia como una proyección de sus mismos valores, sino en el marco de un supuesto respeto a las peculiaridades políticas y sociales de un país en grave crisis. La cercanía cultural de Rusia con relación a Europa, el proceso político vivido en este país desde la disolución de la URSS y la cooperación estructural establecida con la Unión Europea, ha-

cen de este Estado un lugar propicio para que Bruselas fomente la democratización de la Administración y el respeto a los derechos individuales y colectivos. En lugar de ello, hasta ahora han primado los intereses estratégicos y la búsqueda de una estabilidad que garantice la cohesión mutua. Una forma de acercar las dos partes de Europa y de contribuir a su reencuentro bajo un mismo sistema de valores y unas instituciones equiparables sería, precisamente, contribuir de un modo eficaz a una transformación positiva del Estado ruso en lugar de, como se ha producido durante el período estudiado, contribuir a fomentar la autocracia y el autoritarismo. En el futuro Europa podría evitar convertirse en cómplice de la perpetuación de la violación de los derechos humanos en bien de su propia estabilidad y mostrar así mayor coherencia en su discurso tradicional, donde aparece como valedora de unos derechos humanos que se supone que asume como propios.

Este último análisis de las posibilidades con que cuenta Rusia nos lleva a contestar la hipótesis central de este libro, es decir, la retroalimentación existente en la coyuntura de la posguerra fría entre Rusia y la Unión Europea. En efecto, por esta retroalimentación los procesos decisivos que han vivido ambas durante los años noventa han sido estrechamente condicionados por la relación de necesidad que han mantenido entre sí. La alteración del clima de cooperación existente entre Rusia y la Unión Europea en este período hubiese llevado al mantenimiento de una tensión internacional que habría imposibilitado, por un lado, la consolidación de una Unión Europea ambiciosa en el sistema internacional y, por otro, la configuración de un Estado ruso que ha debido redefinirse con relación a sus predecesores.

Notas

1. Tesis leída el 9 de septiembre de 2003 bajo el título de *Identidad y poder: la cohesión del Estado ruso y su relación con la conformación de la Unión Europea como actor internacional*, dirigida por la Dra. Esther Barbé Izuel y aprobada por un tribunal compuesto por los Dres. Joan Lluís Piñol, Cesáreo Rodríguez Aguilera de Prat, Carlos Taibo, Rafael Grasa y Caterina García.

2. En adelante usaré indistintamente esta denominación oficial y la fórmula simplificada y tal vez abusiva de Rusia. Del mismo modo, aunque utilizaré preferentemente el término institucional de Unión Europea para referirme a la organización surgida del Tratado de Maastricht, en ocasiones por razón de brevedad utilizo el término igualmente abusivo de Europa para referirme a la misma.

3. Como analizaré en las conclusiones, esta adhesión está descartada por las administraciones actuales y presenta numerosas dificultades estructurales que la hacen imprevisible. Parafraseando el polémico análisis que en su momento realizó el presidente de la Convención Europea, Valéry Giscard d'Estaing, acerca de la posible adhesión turca, la incorporación de Rusia a la Unión Europea es imposible porque, en el caso de que se produjera, nos hallaríamos automáticamente ante una Rusia y una Unión Europea que tendrían poco que ver con las actuales y, por lo tanto, deberíamos hablar de otro tipo de estructuras políticas e institucionales. O, en palabras del vicepresidente de la misma Convención, Jean-Luc Dehaene, ¿podemos imaginar a una potencia ingresando en otra potencia?

4. Notoriamente durante la tercera guerra del Golfo, en 2003. Nótese que, a pesar de las diferencias de perspectiva y de actitud entre Washington y Moscú a raíz de la ofensiva de Bush sobre Irak, Rusia no ha experimentado un notable alejamiento de las posiciones estadounidenses en materia de seguridad. Del mismo modo, el hecho de compartir con algunas potencias europeas como Francia y Alemania su oposición a dicha intervención no ha significado la creación de un bloque sólido con estos países, ni ha implicado una reacción homogénea por parte de Estados Unidos. En palabras de C. Rice, la reacción de Washington al respecto debía ser de «castigar a Francia, ignorar a Alemania y perdonar a Rusia».

5. Se limitaron a declaraciones ante la prensa de algunos dignatarios, como el presidente de la Comisión Prodi, el primer ministro italiano Berlusconi o el ministro alemán de Asuntos Exteriores Fischer, acerca de las garantías sobre los Derechos Humanos. Estos comentarios fueron rápidamente sustituidos por declaraciones institucionales de apoyo a Putin.

6. La repetición de las elecciones, en diciembre, acabó dando la victoria al candidato «prooccidental», V. Yushenko. Cabe especificar, sin embargo, que se trata de un enfrentamiento que se evaluó en su momento de una forma desmedida. A pesar de la movilización de gran parte del pueblo ucraniano alrededor del proyecto nacionalista y occidentalista del candidato Yushenko y de la retórica de éste en cuanto a un distanciamiento respecto a Rusia, difícilmente la nueva Administración de Kiev podría llevar a cabo un cambio en el reparto de zonas de influencia que goza ya del beneplácito de las grandes potencias.

7. Sintonía que no impide la aparición de nuevas brechas entre Rusia y Estados Unidos. De este modo, a principios de 2005 llegan dos noticias que aparentemente reflejan un nuevo distanciamiento de Moscú respecto a Washington, sin que ello haya provocado una auténtica crisis de confianza entre ambas capitales: por un lado, el Ejército ruso desarrolla un nuevo tipo de misil estratégico, el SS-27 o *Tópol-M* que invalidaría el escudo antimisiles (NMD) estadounidense (véase S. Ritter, «Rude awakening to missile-defense dream», *Christian Science Monitor*, 4/1/2005, p. 9); por otro lado, Rusia ha establecido el euro, al lado del dólar, como referente en su cotización internacional (véase P. Bonet, «Rusia incorpora el euro como moneda de referencia y resta peso al dólar», *El País*, 5/2/2005, p. 52). Ambas decisiones apoyan la tesis de un acercamiento entre la UE y Rusia, pero difícilmente habrán sido tomadas sin el conocimiento de Washington, dados los actuales mecanismos de colaboración establecidos en organizaciones internacionales y por acuerdos bilaterales.

8. El término occidental, de límites y definición a menudo difusos, es ampliamente utilizado como contrapunto o competencia a los intereses geoestratégicos tradicionales de Rusia, vagamente situado en la Europa atlántica y en Norteamérica. Este término tuvo su expresión más precisa en los años de la guerra fría en el bloque democrático-capitalista representado por los países de la Alianza Atlántica.

9. Hablar de independencia para referirnos al surgimiento de la Federación Rusa, en 1991, puede resultar problemático, dada la identificación histórica de esta identidad con la Unión Soviética. A pesar de que Rusia es la única república soviética que no hace una proclamación de independencia ese año, el nuevo Estado ruso se constituye a partir de las instituciones y la Administración de la República Socialista Federativa Soviética Rusa (RSFSR), desvinculada de la URSS a partir de la creación de la CEI en diciembre de 1991. Por otro lado, el nuevo Estado ruso busca en este proceso político la identificación con una entidad nacional, la rusa, que no se halla suficientemente reflejada en la Unión Soviética. Por todo ello, en los análisis sobre Rusia es común hablar del nacimiento de la Federación Rusa como de un proceso de inde-

pendencia y de surgimiento de un nuevo Estado. Véanse J. Golliet, «La CEI: recomposition, nouvelle communauté ou nouvel empire?», *Relations Internationales et Stratégiques*, n.º 13, primavera de 1994; y G. Lapidus y E. Walker, eds., *The New Russia, Troubled Transformation*, Vestview Press, Boulder, Colorado, 1995.

10. La definición que nos da el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española* (RALE) es la siguiente: «*Cohesión*: 1. Acción o efecto de reunirse o adherirse las cosas entre sí o la materia de que están formadas. [...] 4. *Fis.* Fuerza de atracción que las mantiene unidas». Ello nos permite aplicar el término en el ámbito de estudio de este trabajo como el proceso de consolidación de elementos previamente dispersos en un mismo cuerpo político y fomentar su interrelación e interdependencia.

11. Cualquier definición del espacio político europeo resulta forzosamente difícil y parcial. De este modo, a esta primera definición habría que matizar que también debemos incluir en el conjunto europeo de estados a aquellos que participan de la estructura organizativa propiamente europea, en que tienen cabida los miembros de organizaciones internacionales como el Consejo de Europa o la Unión Europea, que constituirían el marco institucional de Europa en tanto que proyecto político. Ello nos permite solucionar paradojas como la presencia de Chipre, país que no controla ningún territorio geográficamente europeo, en este marco conceptual, o incluso los casos de Turquía y de la misma Rusia, sólo parcialmente europeas desde el punto de vista físico. Pero deja la puerta abierta a preguntas sobre la identidad europea de los países que forman parte de estructuras internacionales centradas en la seguridad europea, como los miembros norteamericanos y asiáticos de la OTAN-APP y de la OSCE; y no aporta una respuesta a la hipótesis de futuro que condicione las relaciones de dichas organizaciones internacionales con países vocacionalmente europeos (en parte, por lo menos) como Israel o Marruecos. Sobre la definición y los límites de Europa y Occidente, véanse interesantes análisis en P. Calvocoressi, *Resilient Europe 1870-2000*, Longman, Londres, 1991 y en B. Cassen, «How large is Europe?», *European Affairs*, vol. 4, 1991, p. 18.

12. Entre la diversa y amplia bibliografía que podemos encontrar sobre la identidad europea y su edificación, podemos destacar obras como las de P. Calvocoressi, *op. cit.*; A. Grosser, *Les Occidentaux*, Fayard, París, 1984; B. Cassen, *op. cit.*; D. Moisi y J. Rupnik, *Le nouveau continent. Plaidoyer pour une Europe renaissante*, Calman Lévy, París, 1991; E. Remacle, *Esquisse pour un nouveau paysage européen*, UNIDIR, Nueva York, 1991; K. Pomian, «Europa y sus fronteras», *Revista de Occidente*, n.º 157, 1993, pp. 25-50.

13. Podemos destacar algunas obras representativas del extenso debate sobre la identidad europea de Rusia: por ejemplo, la ya emblemática de G. Kennan, *Russia and the West*, New American Library, Nueva York, 1961; D. Kerr, «The New Eurasianism: The Rise of Geopolitics in Russia's Foreign Policy», *Europe-Asia Studies*, vol. 47, n.º 6 (1995), pp. 977-988; o N. Malcolm, ed., *Russia and Europe: An End to Confrontation?*, Pinter, Londres, 1994.

14. Entre las diversas referencias a la controvertida cuestión de la identidad rusa podemos citar, por ejemplo, J. Meyer, *Rusia y sus imperios, 1894-1999*, FCE, México, 1997; A. Kortunov, «Russia, the Near Abroad and the West», en G. Lapidus y E. Walker, eds., *The New Russia, Troubled Transformation*, Vestview Press, Boulder, Colorado, 1995; S. Karaganov, «Russia and the Slav Vicinity», en V. Baranovski, ed., *Russia and Europe. The Emerging Security Agenda*, Sipri, Oxford University Press, 1997; L. Jonson, «The Foreign Policy Debate in Russia: in Search of a National Interest», *Nationalities Papers*, vol. 22, n.º 1, 1994; etc.

15. De este modo, si nos atenemos a algunas definiciones clásicas, vinculadas en general a las escuelas realista y neorealista, en referencia al concepto de potencia, como las de G. R. Berridge y J. W. Young («What is a “Great Power”?»), en *Political Studies*, n.º XXXVI, 1988, p. 233), o M. Wight (*Power Politics*, Leicester UP, Leicester, 1978, p. 46), establecidos en criterios esencialmente militares, se hace difícil hallar, de momento, un carácter como potencia en la UE. Sí podríamos considerar como tal a la Europa unida, en cambio, si aplicamos a este término definiciones más flexibles que tengan en consideración los recursos con que cuenta el actor que ejerce como potencia o, sobre todo, la capacidad equilibradora o estructuradora que cumple el mismo con relación a los otros actores del sistema internacional (véase E. Barbé, *Relaciones internacionales*, Tecnos, Madrid, 2003, 2.ª ed., p. 163). La existencia de una Europa unida con características políticas y, por lo tanto, con una influencia compartida para ejercer en el contexto internacional, pero sin capacidades militares (o, en el momento actual, con dichas capacidades todavía muy mermadas) permite hablar a varios autores del carácter peculiar de Europa como potencia (J. Galtung, *The European Community. A Superpower in the Making*, George & Unwin, 1973; D. Buchan, *Europe. The Strange Superpower*, Aldershot, Dartmouth, 1993). En este sentido ha hecho fortuna el término de «potencia civil», acuñado por primera vez por F. Duchêne («Europe’s Role in World Peace», en R. Mayne, ed., *Europe Tomorrow: Sixteen Europeans Look Ahead*, Fontana, Londres, 1972) para referirse a la capacidad de la Europa comunitaria de influir en el entorno mundial, aunque a menudo se ha remarcado la incoherencia de este término y de esta característica con el concepto clásico de «potencia» (véase, especialmente, H. Bull, «Civilian Power Europe: A Contradiction in Terms?», en L. Tsoulakis, dir., *The European Community: Past, Present and Future*, Blackwell, Oxford, 1983).

16. *Graecia capta captuit captores*. El ejemplo clásico tan recurrido de la Grecia conquistada por un imperio militar, el romano, sobre el cual ejerció una fuerte influencia cultural e incluso ideológica a pesar de no contar con instituciones aptas para ello, nos habla mucho de los diferentes ámbitos en que se puede ejercer esta capacidad de poder o influencia sobre un área exterior.

17. Por citar ejemplos, sería el caso de los papas, tal vez especialmente Juan Pablo II, por su actividad diplomática; también podría ser el caso de líderes admirados en la esfera política de modo independiente a la influencia de su país, como J. F. Ken-

nedy o W. Brandt en su momento, M. Gaddafi o Y. Arafat en el mundo árabe actual, V. Fingobadottir, antigua presidenta de Islandia, como ejemplo de carisma ejercido por el jefe de un Estado sin capacidad de influencia internacional, o del Dalai Lama, por citar el caso de un líder político con gran carisma a pesar de no presidir un gobierno soberano.

18. Sería el caso de países como Arabia Saudí o Israel como reflejo para los mundos islámico y hebreo, respectivamente, del ejercicio del poder político de sus creencias, de la Francia colonial como modelo de potencia con un gran desarrollo cultural y científico, o de Estados Unidos en la actualidad y durante la guerra fría como foco de «libertad y democracia», así como de la URSS revolucionaria en su papel de «patria del proletariado».

19. Aquí cabría hablar una vez más de Arabia Saudí y de Israel (y tal vez también del Vaticano) como poseedores y guardianes de lugares sacros, pero asimismo del carisma que tenían los sultanes otomanos por su título de califa sobre el mundo musulmán suní, o los títulos de los monarcas alauita y hachemita como líderes religiosos y descendientes directos del Profeta.

20. Clasificación clásica a la que, en los últimos años, se añade la hiperpotencia, categoría reservada al papel de Estados Unidos en el siglo XXI.

21. Más allá de los estados, determinados actores del sistema internacional pueden calificarse en determinados momentos como potencias, pero sus capacidades y su propia entidad jurídica son difíciles de determinar. La mayor parte de OIG son, en realidad instrumentos de los estados y, por lo tanto, están sometidos a la presión de las potencias presentes en ellas; así, aunque la OTAN pueda en un momento dado ejercer su voluntad en los Balcanes o en otras áreas, los Estados que forman la organización, y más concretamente los más poderosos entre ellos, son los que ejercen *de facto* como potencias. Casos más difíciles de analizar serían el de Naciones Unidas, organización en principio con capacidad jurídica para imponer sus decisiones sobre los estados, pero fuertemente condicionada por las presiones de los más poderosos; el Vaticano u otros elementos carismáticos o religiosos, con capacidad de influir sobre opiniones públicas y sobre estados; o la Unión Europea, *rara avis* política que merecerá más atención en este trabajo más adelante. En este capítulo nos centraremos en la actuación de los estados en tanto que potencias, a lo que podremos añadir el estudio del caso especial de la UE, dejando de lado cualquier otro actor del sistema internacional por la complejidad de su análisis que nos aleja de la atención que queremos dedicar a Rusia como Estado y a la UE como «actor colectivo» o potencia de capacidades y atribuciones muy específicas.

22. Sobre el papel de las potencias y la configuración del sistema internacional durante el período de la guerra fría, véase, entre otros, R. Mesa, *Teoría y práctica de las relaciones internacionales*, Taurus, Madrid, 1977; P. Calvocoressi, *World Politics Since 1945*, Longman, Londres-Nueva York, 1996.

23. La bibliografía sobre la guerra fría es inmensa, y no es objetivo de este trabajo detenerse en este período. Baste citar algunas obras imprescindibles sobre la misma,

como son G. Lundestad, *East, West, North, South. Major Developments in International Politics 1945-1990*, Norwegian University Press, Oslo, 1986 (reimpreso en 1991); R. Aron, *Paz y guerra entre las naciones*, Alianza, Madrid, 1985; P. Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers-Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*, Random House, Nueva York, 1987.

24. En algunas ocasiones, una política ambivalente o pusilánime, como la de China, Yugoslavia o Egipto, permite a los estados beneficiarse de las oscilaciones en la influencia de las superpotencias, pero en ningún caso podemos detectar una abstracción total del reparto estratégico que éstas hacen del planeta, y sobre todo no percibimos en ningún momento la existencia de una tercera potencia en abierto enfrentamiento con las otras dos. La creación del heterogéneo Movimiento de los No Alineados, en 1955, obedece más a una llamada de atención a las potencias sobre las desigualdades del planeta que a la voluntad real de crear una tercera fuerza o de suscribirse a las influencias de las ya existentes.

25. Por lo menos en el mundo occidental, donde el referente más directo sería la Roma imperial. Sin embargo, habría que mencionar el papel hegemónico, en su ámbito político e incluso en el mundo que conocían las respectivas culturas, de estados como los primeros califatos, la China de los siglos XII y XIII o del imperio inca de fines del siglo XV. La gran originalidad del nuevo hegemón estadounidense es que, por primera vez, esta hegemonía se ejerce a escala mundial.

26. Hoy el papel hegemónico de Estados Unidos es motivo de fuerte polémica, una polémica que, aunque recogen parcialmente estas páginas, escapa al objeto de estudio de esta obra. La actitud de Estados Unidos ha levantado fuertes críticas entre los analistas de Relaciones Internacionales incluso desde Estados Unidos, como refleja de un modo ya clásico N. Chomski, en sus polémicas obras, como *Autodeterminación y nuevo orden internacional*, Txalaparta, Tafalla, 1998.

27. En realidad el poder compartido de Estados Unidos en las Naciones Unidas parece obedecer, desde la génesis de la organización, a un modo de perpetuar el control sobre la misma entidad. Véase R. B. Russell, *A History of the United Nations Charter: The Role of the United States 1940-1945*, The Brookings Institution, Washington, 1958.

28. En referencia a la Asamblea General de las Naciones Unidas, baste recordar el carácter no vinculante de sus resoluciones en el ámbito externo para ilustrar su incapacidad de ejercer una influencia efectiva; en cuanto al Secretario General, cuya designación depende de las propuestas del Consejo de Seguridad, raramente ostenta una independencia real; recordemos el caso de B. Boutros-Ghali que no pudo optar a un segundo mandato a raíz, sobre todo, del malestar que había expresado por las operaciones de la OTAN en los Balcanes. En cuanto a los desacuerdos que puedan manifestar los demás miembros permanentes del Consejo de Seguridad, están claramente condicionados por su dependencia política y económica hacia la actual única potencia hegemónica; recordemos la abstención por parte de China de las operaciones de las

Naciones Unidas en la segunda guerra del Golfo, o la aceptación a regañadientes por parte de Rusia de las operaciones en los Balcanes. La tercera guerra del Golfo, en 2003, abre un panorama ciertamente inquietante al respecto, en el que esta potencia hegemónica demuestra poder actuar sobre el terreno incluso en el caso de oposición frontal de sus aliados, miembros permanentes del Consejo de Seguridad, descalificando y desvirtuando así a las Naciones Unidas en su conjunto.

29. Sobre los cambios que supone el fin de la guerra fría en la sociedad internacional, véase R. Mesa, *La nueva sociedad internacional*, CEC, Madrid, 1992.

30. Para un análisis de las referencias clásicas del realismo en Relaciones Internacionales, véase, por ejemplo, M. Wight, *op. cit.*, o, en lo que se refiere a su estudio en España, A. Truyol y Serra, *La sociedad internacional*, Alianza Universidad, Madrid, 1974, o R. Mesa, *La sociedad internacional contemporánea*, Taurus, Madrid, 1982. Un análisis más reciente de estas posiciones nos lo aportan, por ejemplo, F. Attinà, *El sistema político global. Introducción a las relaciones internacionales*, Paidós (Estado y sociedad, n.º 88), Barcelona, 2001, o incluso D. Zolo, *Cosmópolis, Perspectiva y riesgos de un gobierno mundial*, Paidós (Estado y sociedad, n.º 70), Barcelona, 2000.

31. Véase H. Bull, *The Anarchical Society*, Columbia, Nueva York, 1977, en especial las pp. 200-232.

32. Véase H. J. Morgenthau, *Politics Among Nations. A Struggle for Power and Peace*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1978, pp. 105-170; P. Renouvin, *Histoire des Relations Internationales*, Hachette, París, 1955.

33. Cabría hacer mención de las potencias nucleares «ilegales», es decir, aquellas que no han firmado el TNP y poseen armamento nuclear (a menudo, por cierto, gracias al comercio de tecnología y material nuclear que han exportado ilegalmente las potencias nucleares); se trata de India, Pakistán y, con toda probabilidad, Israel (además de Corea del Norte, que ha reconocido poseer este tipo de armamento en abril de 2003), países que mantienen su capacidad disuasoria (muy limitada, por otra parte) en un ámbito de enfrentamiento estrictamente regional.

34. Hay que resaltar que, tras los atentados de septiembre de 2001, el presidente Bush ha logrado la aprobación de unos incrementos notables en el presupuesto militar estadounidense para 2002 y 2003 que han aumentado considerablemente los desequilibrios entre la capacidad militar de este país y la del resto del mundo. De este modo, entre 2001 y 2003 el presupuesto militar estadounidense ha pasado de representar el 36 % de los gastos militares mundiales al 47 %, según el SIPRI.

35. Las cantidades se refieren a gastos militares en precios constantes para el 2000. En todos los países se han calculado los totales según los precios de cambio al mercado. Si se utiliza la conversión a dólares PPA en el caso ruso, los gastos militares de este país ascenderían a 63.200 millones de dólares (siempre según los datos aportados por el SIPRI), lo cual le permitiría considerarse la cuarta potencia militar del mundo.

36. Sin incluir el presupuesto extraordinario para la guerra de Irak, 359.093 millones de dólares.

37. Tal como se encargaba de hacer recientemente, desde una posición aparentemente crítica del realismo, M. Walzer, en su libro *Guerra, política y moral*, Paidós (Pensamiento contemporáneo, n.º 64), Barcelona, 2001, pp. 31-58.

38. Cabe apuntar las teorías tan en boga antes de la segunda guerra mundial sobre la geoestrategia, que preconizan la capacidad de un Estado para expandirse sobre otros según su posición clave, ya sea terrestre o marítima, que la predisponga a dicha expansión, con MacKinder o Hanshofer como sus mayores exponentes. Véase P. Célérier, *Géopolitique et géostratégie*, Colección «Que sais-je», n.º 693, París, 1969.

39. Viene a colación, a este respecto, recordar el intento de ejercicio de poder por parte de los países productores de petróleo en las crisis de los años setenta y la reacción consiguiente de los mercados a favor de los países consumidores, es decir, los estados industrializados de Occidente; ello constituye un ejemplo claro de que no basta con la posesión de los recursos para poder ejercer una presión internacional con los mismos. Véase, por ejemplo, Lundestad, *op. cit.*, pp. 292-294.

40. Y tenemos buenos listados y comentarios de los mismos, en el largo período que va desde el Renacimiento hasta nuestros días, en K. J. Holsti, *Peace and War: Armed Conflicts and International Order 1648-1989*, Cambridge Studies in International Relations, Nueva York, 1991, así como en P. Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers*, *op. cit.*

41. Por ejemplo, B. Russett y H. Starr, *World Politics, The Menu for Choice*, pp. 144-149, citan, entre otros, la educación, la sanidad, la unidad y la moral de la población como principales recursos intangibles, mientras que algunos autores realistas, como Morgenthau (*ibidem*, pp. 105-170), prefieren hablar de la moral nacional en una potencia, así como del carácter de su diplomacia. J. Nye, por su parte, propone como principales recursos intangibles la cohesión nacional, el control sobre la cultura universal y la presencia en las instituciones internacionales. Véase J. Nye, *Bound to Lead. The Changing Nature of American Power*, Basic Books, Nueva York, 1991, p. 174.

42. Véase, por ejemplo, K. Waltz, *Theory of International Politics*, Addison-Wesley, Reading, 1979, o D. Zolo, *op. cit.*

43. Según definición de E. Barbé, en *Relaciones internacionales*, *op. cit.*, p. 162.

44. E. Barbé, «El Estado como actor internacional: crisis y consolidación del sistema de estados», *Papers*, n.º 41, 1993, pp. 33-54.

45. Es el caso, especialmente, del nacionalismo árabe, que no se identifica con ninguno de los estados actuales, o del mundo islámico, resentido hacia un orden internacional que lo somete a marginación y desunión, lo que a partir del 11 de septiembre de 2001 tiene su plasmación práctica en una amenaza terrorista internacional.

46. Los términos *hard power* y *soft power* fueron popularizados por J. Nye en su artículo «Soft Power», en *Foreign Policy*, vol. 90, n.º 80, 1976, pp. 153-171. S. Strange (*States and Markets*, Pinter, Londres, 1994) abunda en la temática analizando el poder de los mercados y las transacciones de la sociedad transnacional frente al poder político de las instituciones.

47. R. Keohane, *After Hegemony. Cooperation and Discord in the World Political Economy*, Princeton UP, Princeton, 1984) aporta una visión enriquecedora al respecto, al atribuir a la sociedad transnacional un papel fundamental en el desarrollo del sistema por la autonomía de poder de que goza con relación a la tensión originada indefectiblemente por los estados.

48. Aunque resulta innegable la progresiva instrumentalización de la OTAN en beneficio de los intereses de su principal potencia armamentística, Estados Unidos. Véase, como ejemplo ilustratorio, P. M. de la Gorce, «L'Alliance Atlantique, cadre de l'hégémonie américaine», *Le Monde Diplomatique*, n.º 541, abril de 1991.

49. Cabe citar aquí el interés de determinadas organizaciones por su propia ampliación en momentos concretos, pasando incluso por los intereses de sus sociedades, como en el caso de la OTAN con España (véase C. del Arenal y F. Aldecoa, *España y la OTAN. Textos y Documentos*, Tecnos, Madrid, 1986), mientras que en otras ocasiones el ingreso en las mismas es un objetivo codiciado por los estados como garante no sólo de su seguridad, sino incluso de su prestigio internacional. Es el caso de la misma OTAN con varios países de Europa oriental.

50. En J. Nye, *Bound to Lead, op. cit.*, p. 174.

51. Aunque he tomado la tabla de la propuesta de Nye, los resultados de la misma no coinciden con los del autor norteamericano. Tras haberla rellenado según mis propias consideraciones, parte de las cuales explico más abajo, me doy cuenta que algunas valoraciones son distintas de las propuestas en el original; así, Nye considera a Estados Unidos «fuerte» en su control de los recursos básicos, pero a los efectos de mi análisis mantengo mi consideración de «medio» en este campo y para este país, lo que me permite explicar las debilidades de una potencia más adelante. Otras evaluaciones respecto a China o Japón tampoco coinciden con las mías y las de Nye.

52. Lo que destaca en relación con la necesaria equiparación de potencias del sistema bipolar anterior. Véase E. Barbé, «El “equilibrio de poder” en la teoría de las Relaciones Internacionales», *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, n.º 11, 1987, pp. 5-18.

53. Según datos del Banco Mundial, consultables en <http://devdata.worldbank.org/data-query/>.

54. Lo cual nos trae a la mente el caso de los países árabes, de débil capacidad de influencia sobre el sistema internacional, pero en cambio con una gran capacidad de crear inestabilidad, ya sea por su propio peso demográfico, por la proximidad geográfica a fuentes de recursos energéticos (petróleo) o simbólicos (Israel, península Arábiga) o por su capacidad de extender la inestabilidad que experimenten al resto del mundo islámico. En el sistema posbipolar, el mundo árabe (y el islámico, por extensión) constituyen, como sabemos, un foco de tensión que merece una especial atención y, por lo tanto, con gran capacidad de influencia sobre el sistema internacional.

55. Existe un amplio consenso entre los analistas sobre los estados que merecen la cualificación de gran potencia entre la Revolución francesa y la disolución de la

URSS, así como en otorgar a Rusia un papel prácticamente estable en este listado. Según J. S. Levy (*War in the Modern Great Power System, 1495-1975*, University Press of Kentucky, 1983, p. 26), que coincide básicamente con J. D. Singer y M. Small (*The Wages of War, 1815-1965: A Statistical Handbook*, Wiley, Nueva York, 1972, p. 23), Rusia/la URSS sería la única potencia que mantiene esta categoría a lo largo de todo el período citado, mientras que Alemania/Prusia y el Reino Unido lo fueron hasta 1945, Francia hasta 1940, Estados Unidos sólo lo habría sido desde 1898 y otras grandes potencias (Japón, China, Austria o Italia) mantienen esta categoría durante períodos más breves. J. J. Mearsheimer (*The Tragedy of Great Power Politics*, Norton & Company, Nueva York, 2001, pp. 360- 402) coincide con los autores precedentes, aunque limita la categoría de grandes potencias a partir de 1991 a Estados Unidos, Rusia y China.

56. En el estudio pormenorizado de K. J. Holsti, *Peace and War: Armed Conflicts and International Order 1648-1989*, *op. cit.*, el autor no halla un período mayor de treinta y cuatro años durante este largo lapso de tiempo en el que no hubiera fuerzas regulares rusas o soviéticas implicadas en un conflicto de dimensiones considerables con un Estado extranjero. El mayor período de «paz» se corresponde, curiosamente, con la guerra fría, entre el fin de la segunda guerra mundial y la intervención en Afganistán.

57. Para profundizar en la historia de Rusia recomendamos algunas referencias ya clásicas, como J. Steele, *Eternal Russia*, Faber & Faber, Londres, 1994; N. V. Riasanovski, *A History of Russia*, Oxford U.P., Nueva York, 1963; o F. Dvornik, *The Slavs, Their Early History and Civilization*, Cambridge U.P., Boston, 1956.

58. Para ver cuál fue el papel de las potencias tras el Congreso de Viena se puede consultar M. S. Anderson, *The Ascendancy of Europe 1815-1914*, Longman, Londres, 1985; J. Lowe, *The Concert of Europe. International Relations 1814-1870*, Hodder & Stoughton, Londres, 1990; o V. H. Gulick, *Europe's Classic Balance of Power*, The Northorn Library, Nueva York, 1955.

59. Para analizar la formación de la Unión Soviética y sus primeros años de existencia, véanse *El socialismo en un solo país, 1924-1926*, dentro de E. H. Carr, *La Revolución Rusa*, cuatro volúmenes, Alianza, Madrid, 1972, así como F. Claudín, *La crisis del movimiento comunista. Tomo I, de la Komintern a la Kominform*, Ruedo Ibérico, París, 1970; R. Pipes, *The Russian Revolution*, Knopf, Nueva York, 1990, o C. Taibo, *La Unión Soviética (1917-1991)*, Síntesis, Madrid, 1993.

60. Sobre la retórica revolucionaria de expansión de la revolución y del Estado soviético hasta abarcar a toda la humanidad, véase E. R. Goodman, *The Soviet Design for a World State*, Columbia U.P., Nueva York, 1960.

61. Véanse P. Mooney, *The Soviet Superpower. The Soviet Union, 1945-1980*, Heinemann, Londres, 1982; J. Levesque, *L'URSS et sa politique internationale de Lénine à Gorbatchev*, Armand Colin, París, 1987.

62. Véase A. Korbonsky y F. Fukuyama, dirs., *The Soviet Union and the Third World*, Cornell University Press, Ithaca 1987, o R. Cassen, dir., *Soviet Interest in the Third World*, SAGE, Londres, 1987.

63. Véanse, por ejemplo, C. Taibo, «Desarrollos militares y crisis del sistema soviético (1964-1982)», *Cuadernos del Este*, n.º 8, Madrid, 1993, o J. Sapir, *Les fluctuations économiques en URSS 1941-1985*, Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, París, 1989.

64. Dato extraído de S. Bedar, «Le “bouclier antimissile”, un instrument de puissance unilatérale», en *L'état du monde 2002*, La Découverte, París, 2001.

65. La sociedad rusa, y parte de otras sociedades ex soviéticas, ha desarrollado un fuerte sentimiento de pertenencia a un conjunto territorial cosmopolita y pretendidamente anacional (reflejando la propaganda soviética) cuya desaparición nunca habría deseado la sociedad transnacional que la formaba. Véase J. W. Hahn, «Changes in Contemporary Russian Political Culture», en V. Tismaneanu, ed., *Political Culture and Civil Society in Russia and the New States of Eurasia*, Sharpe, Nueva York, 1995, pp. 112-136, o H. Carrère d'Encausse, *The Triumph of the Nations*, Basic Books, Nueva York, 1993.

66. Durante la *perestroika*, una de las principales reivindicaciones de la oposición rusa, y de la que B. Yeltsin se haría principal defensor, consistía en la recuperación de instituciones propias para la Federación Rusa, de las que carecía en el complejo federal soviético. Véase al respecto N. Marie, «La réforme des institutions fédérales (1988-1991)», en *Notes et études documentaires (La documentation française)*, n.º 4937-12, pp. 63-82.

67. Existe una abundante producción literaria y pseudoliteraria en Rusia en los años noventa que hace referencia a la pérdida de importancia de este país en el mundo, y hace especial hincapié en la crisis demográfica y social como fruto de la corrupción interior y la injerencia de intereses exteriores. Tal vez el mayor exponente de este pensamiento demagógico y victimista, aunque sólo sea por el nombre de su autor, sea A. Solzhenitsin, *El colapso de Rusia*, Espasa, Barcelona, 1998.

68. De ello tenemos un excelente retrato en primera persona en M. S. Gorbachov, *Memoria de los años decisivos (1985-1992)*, Acento Editorial, Madrid, 1993; un buen análisis lo hallamos en E. Palazuelos, *La economía soviética más allá de la perestroika*, Ciencias Sociales, Madrid, 1990.

69. J. Nye, *Bound to Lead*, *op. cit.*, p. 174.

70. Datos extraídos de S. White, *After Gorbachev*, Cambridge University Press, 1993, p. 145.

71. A pesar de que el ruso siga siendo la lengua internacional más conocida en Europa oriental, según las encuestas del Eurobarómetro, está perdiendo terreno año tras año después de su desaparición como asignatura obligatoria en estos países. Por otra parte, en estas encuestas un porcentaje importante de la población de algunos países en que el ruso era omnipresente hasta hace poco en la educación y en la Administración (como en los países bálticos) asegura ignorar la lengua de Tolstoi, lo que obedece probablemente a actitudes políticas. Véase Eurobarómetro, 2001, [Http://www.europa.eu/comm/public_opinion](http://www.europa.eu/comm/public_opinion).

72. En 1992 la lengua rusa había perdido su carácter de lengua oficial fuera de la Federación Rusa, a excepción de un papel oficial secundario reconocido por Kazakstán. Desde entonces ha recuperado reconocimiento legislativo en Belarús (1994), Moldova (2000) y Kirguistán (2001). Ello, sin embargo, no impide el amplio uso de la lengua rusa, a menudo incluso por delante de las lenguas nacionales, en los ámbitos periodístico, audiovisual, educativo e incluso administrativo en casi todas las antiguas repúblicas soviéticas, a excepción de las bálticas. Véase, por ejemplo: S. R. Burant, «Foreign Policy and National Identity: A Comparison of Ukraine and Belarus», *Europe-Asia Studies*, n.º 7, 1995, pp. 1.125-1.143.

73. En un proceso que se inició con las independencias de 1991, aunque su aplicación está resultando muy lenta, las lenguas azerí, kazaka, turkmena, uzbeka y kirguiz han recuperado oficialmente la grafía latina que ya habían adoptado en los años veinte, a imitación del proceso paralelo vivido en Turquía, y que Stalin suprimió poco después; al mismo tiempo, Tayikistán restauraba la escritura tradicional árabo-persa. Este proceso está contando con la disconformidad de Rusia y numerosos problemas técnicos y económicos. Un sumario similar iniciado por las autoridades de Tatarstán en 2000 para modificar el alfabeto de la lengua tártara ha chocado con el veto de Moscú. Véanse O. Roy, *La nueva Asia central*, Sequitur, Madrid, 1998; Yu. Polyakova, «Tatarstan: à la recherche d'un véritable bilinguisme», *Le courrier des pays de l'Est*, n.º 1.018, septiembre de 2001, pp. 27-34.

74. La lengua rusa sigue siendo una de las cinco lenguas oficiales en todos los organismos de las Naciones Unidas, es oficial igualmente en la OSCE y es la única lengua de trabajo de la CEI.

75. Así, Putin acudió invitado a la reunión del Consejo Europeo de Estocolmo, en mayo de 2001. Además, el Acuerdo de Colaboración y Cooperación (ACC), efectivo desde 1997 entre la UE y la Federación Rusa, prevé la convocatoria de dos cumbres anuales al máximo nivel.

76. Este papel de líder regional ha sido afianzado claramente tras los atentados del 11 de septiembre de 2001, cuando las potencias occidentales reforzaron su confianza a Rusia, como aliado privilegiado, y el control y la influencia sobre un área tan estratégica como Asia central, especialmente durante las operaciones de octubre-diciembre del mismo año sobre Afganistán. Véase F. Serra, «Consecuencias del 11 de septiembre en Rusia y la CEI», en http://selene.uab.es/_cs_iuee/catala/obs/m_working.html (2002).

77. El expansionismo soviético tiene, sin duda, su época dorada durante, e inmediatamente después, de la segunda guerra mundial, pero hay precedentes en el período de entreguerras, cuando la URSS realiza una destacable labor de proselitismo y de intervencionismo en asuntos internacionales incluso alejados de sus fronteras, notablemente en la guerra de España de 1936-1939. Véase P. Broué y É. Emime, *La révolution et la guerre d'Espagne*, Éd. de Minuit, París, 1961 (traducción al español: *La revolución y la guerra de España*, FCE, México, 1977); G. Jackson, *The Spanish Re-*

public and the Civil War 1931-1939, Princeton U.P., Princeton, 1965 (traducción al español: *La República española y la guerra civil*, Crítica, Barcelona, 1976).

78. Véase, significativamente, D. Kerr, *op. cit.*, pp. 977-988, o G. Simon, «La Russie: une hégémonie eurasiennne?», *Politique Étrangère*, n.º 1, 1994, pp. 29-47.

79. Por supuesto, la propia Rusia es la principal interesada en mantener la apariencia institucional en tanto que potencia, lo que permite a sus dirigentes explotar la ficción del progreso del país ante la población, y a la población percibir la esperanza de un futuro resurgir político. Véase R. F. Staar, «Moscow Plans to Restore its Power», *Orbis*, vol. 40, n.º 3, verano de 1996.

80. Un claro ejemplo lo podríamos encontrar en la crisis que vivió el Consejo de Seguridad en vísperas de la intervención británica y norteamericana en Irak, en marzo de 2003. Si bien la posición rusa, motivada en gran parte por razones económicas (presencia rusa en la economía iraquí, deuda de Saddam Hussein hacia Rusia, importancia del mantenimiento de un precio internacional alto del petróleo para las exportaciones rusas...) era claramente de oposición a dicha intervención, pocos dudan que Rusia difícilmente podría haber interpuesto su veto en solitario, y que en realidad la posición de firmeza de Francia fue la que permitió crear un frente común entre París, Moscú, Pekín y otros miembros no permanentes (como Alemania o Siria) de oposición a la intervención. Situación que fue finalmente solventada, como bien sabemos, por la acción directa de las potencias anglosajonas prescindiendo de una segunda resolución del Consejo de Seguridad y llevando a este organismo a una nueva y grave crisis institucional.

81. Recordemos, a este efecto, la tradicional actitud abstencionista de China en problemáticas globales, a pesar de la manifiesta protesta de Pekín frente al ejercicio de la hegemonía por parte de Washington. Así, China se abstuvo en la resolución 678 de ultimátum a Irak que había invadido Kuwait, en 1990, y mantuvo su postura de indiferencia y abstención ante las intervenciones de la OTAN en Bosnia (1995) y Kosovo (1999; recordemos que durante estos bombardeos quedó sospechosamente afectada la embajada china en Belgrado), y China sumó su protesta a las de Francia y Rusia ante la intervención protagonizada por Bush en Irak, en 2003.

82. Estos datos y los de los cuadros que vienen a continuación provienen del Banco Mundial, y pueden consultarse en <http://www.worldbank.org/data/databytopic/GNIPC.pdf>.

83. Habría que matizar que, si tomamos los datos modificados según la renta nacional en Paridad de Precios de Adquisición (PPA), los siete miembros originales del G-8 mantienen la cabecera de modo homogéneo, pero Rusia ocupa un puesto algo más digno que el arriba indicado, el décimosexto, tras Suráfrica, México o Malaisia. *Ibidem*.

84. Entre las otras compensaciones podemos citar la concesión de jugosos créditos del FMI y la garantía de la presencia de tropas rusas en la zona de conflicto. Véase, al respecto, S. F. Larrabee, «Russia and the Balkans: Old Themes and New Challenges», en V. Baranovski, ed., *op. cit.*

85. Aunque ha vuelto a actuar, en abril de 2003, precisamente con relación al problema de Oriente Medio, para patrocinar la llamada «Hoja de ruta» que debería conducir a un plan de paz en la zona.

86. Por lo menos, un área que le garantizase el control sobre un espacio geográfico en el que Rusia ha desarrollado su área de consolidación nacional a lo largo del siglo xx, y a la que difícilmente renunciará en este nuevo período. Véase C. Taibo, *La Unión Soviética. El espacio ruso-soviético en el siglo xx*, Síntesis, Madrid, 1999.

87. El problema de la nueva área de influencia para Rusia enlaza directamente con los problemas identitarios rusos. Por ello no debe extrañarnos que muchos rusos vean la existencia de un área de influencia propia como algo connatural a su propia esencia, como una nación a dos niveles en la que el segundo de éstos, de modo espontáneo y natural se reúne con el núcleo, del que no puede separarse más que por imposición externa. Así lo describe H. Carrère d'Encausse, en «Russie, à la recherche de l'identité perdue», *Politique Internationale*, n.º 60 (1993).

88. Según datos extraídos de http://www.europa.eu.int/comm/external_relations/russia/intro/, comentados en F. Serra, *Identitat i poder: aproximació a la política europea de Rússia*, trabajo de investigación del doctorado en Relaciones Internacionales de la UAB, dirigido por la Dra. Esther Barbé y presentado en mayo de 2001 (inéedito), p. 127.

89. Según I. Bremmer y R. Taras, eds., *Nations and Politics in the Soviet Successor States*, Cambridge University Press, Nueva York, 1993, p. 550. De todos modos, hay que resaltar que, tras la disolución de la URSS, se producen fuertes flujos migratorios de poblaciones rusas, especialmente del Cáucaso y de Asia central, hacia Rusia. Véase, al respecto, O. Roy *et al.*, «Central Asia: Towards a New Great Game?», *Revue internationale et Stratégique*, n.º 34, verano de 1999. Según los censos de 1999, la población rusa de Kazakstán, reducida en casi dos millones desde 1989, sólo representaría el 30 % del total, mientras que en Kirguistán, con una disminución de 300.000 personas, el contingente ruso representaría sólo el 12,5 % de la población de la república. Del mismo modo, el censo de 2001 en Ucrania refleja que en ese país la población rusa ha descendido al 17,3 %, con una pérdida de tres millones de personas desde 1989.

90. Sería el caso, sobre todo, de Ucrania, sometida a partir de 1993 a una fuerte presión rusa para avenirse a sus condiciones políticas y estratégicas a cambio de renegociar la deuda energética o mantener el abastecimiento de hidrocarburos, imprescindible para la economía ucraniana; véase O. Smolansky, «Ukraine's Quest for the Independence: the Fuel», *Europe-Asia Studies*, n.º 1, 1995, pp. 67-90.

91. Así, la presencia militar rusa en los conflictos de la CEI (Nagorni-Karabaj, Abjasia, Tayikistán, Transdniéster, etc.) se convierte en una frecuente hipoteca sobre la soberanía de los nuevos Estados, que deben elegir entre mantener estas incómodas tropas rusas o enfrentarse a unos conflictos de difícil resolución. Resulta paradigmático el caso de Georgia, prácticamente forzada a ingresar en la CEI a principios de

1993 a cambio de que Rusia mediara en un conflicto bélico, el abjazo, fomentado en gran medida por la propia Rusia. Véanse A. Zagorski, «Russian Peace-Suport in the CIS: Possibilities and Limitations of its Internationalization», en H. Erhart *et al.*, dirs., *Crisis Management in the CIS: Wither Russia?*, Nomos Verlagsgesellschaft, Baden-Baden, 1995; M. Djalili, ed., *Le Caucase postsoviétique. La transition dans le conflit*, Bruylant, Bruselas, 1995; S. Yerasimos, «Caucase: le retour de la Russie?», *Politique étrangère*, n.º 1, 1994; A. Arbatov *et al.*, eds., *Managing Conflict in the Former Soviet Union*, MIT Press, Cambridge, Mass., 1997.

92. En realidad, lo que presenciamos en Asia central y el Cáucaso no es más que la confirmación del papel tradicional de estas costumbres como cruce de caminos entre culturas, donde durante siglos las influencias de las potencias vecinas se han ido solapando. Véase, al respecto, el lúcido análisis que hace A. Soto en su artículo «Reflexiones sobre Rusia y Asia central: senderos que se cruzan y bifurcan», *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, n.º 59, octubre/noviembre de 2002, pp. 123-139.

93. El *Ruj*, partido nacionalista radical ucraniano asentado sobre todo en el oeste del país, tuvo un protagonismo esencial en los movimientos nacionalistas que llevaron a la radicalización de su política y, en último término, a la disolución de la URSS. Sin embargo, su presencia electoral es limitada, y en su mejor momento (elecciones presidenciales de diciembre de 1991), su candidato y líder histórico, V. Chornóbil, alcanzó el 23 % de los votos. En la actualidad se halla muy fragmentado entre diversas opciones. Véase F. Serra, *La construcció nacional a Ucraïna i Bielorrússia durant la perestroïka*, memoria del máster en Estudios Internacionales de la Fundació CIDOB, dirigida por el Dr. Pere Vilanova y presentada en septiembre de 1997 (pendiente de publicación).

94. Los zviadistas son los partidarios de Zviad Gamsajurdia, presidente de Georgia entre 1991 y 1992. Éste se negó a integrar Georgia en la CEI y se enfrentó a varios conflictos a la vez, entre ellos una guerra civil en que diferentes adversarios combatían sus excesos autoritarios, así como algunos conflictos periféricos en Abjasia y Osetia del sur, donde era fácilmente adivinable la influencia rusa. Derrotado por Shevarnadzé, se refugió en Chechenia, donde murió poco después.

95. A corto y medio plazo, por supuesto. No falta, sin embargo, quien ya enfoca la futura expansión del área de intereses directo de una Europa consolidada alrededor de la UE hacia el espacio tradicional ruso, retomando un sentido geoestratégico para la política exterior europea no muy lejano al expansionismo histórico ruso. Véase, al respecto, P. Behar, *Une géopolitique pour l'Europe. Vers une nouvelle Eurasie?*, Desjonquères, París, 1992; O. Waeber, «Three competing Europes: German, French, Russian», *International Affairs*, vol. 66, n.º 3, 1993, pp. 477-493.

96. Tres de las fuentes más autorizadas (y más popularizadas, por otra parte) acerca de las turbulencias vividas en esta larga transición en Asia central las hallamos en O. Roy, *La nueva Asia central o la fabricación de naciones*, Sequitur, Madrid, 1998; en A. Rashid, *The Resurgence of Central Asia. Islam or Nationalism?*, Zed

Books, Londres, 1994; y en M.-R. Djalili y Th. Kellner, *La nueva Asia central. Realidades y desafíos*, Bellaterra, Biblioteca del Islam Contemporáneo, n.º 21, Barcelona, 2003.

97. Resulta evidente el liderazgo que busca Rusia con esta presencia; lo más llamativo, sin embargo, es la connivencia internacional, que no deja alternativas ante este chantaje. Véanse particularmente las denuncias de este hecho que hallamos en S. Crow, «Russia seeks Leadership in Regional Peacekeeping», *RFE/RL Research Report*, n.º 15, Munich/Washington, 1993 y en L. Jonson y C. Archer, eds., *Peacekeeping and the Role of Russia in Eurasia*, Wetsview Press, Boulder, Co., 1996.

98. En este período, como ya había sucedido anteriormente, Rusia debe enfrentarse a la dicotomía de su identificación cultural con Europa al tiempo que mantiene sus intereses estratégicos y su vinculación tradicional con los países asiáticos más cercanos, todo lo cual contribuye a aumentar la complejidad identitaria de la sociedad rusa. Véase, sobre este particular, D. Chizhevski, *Historia del espíritu ruso. Rusia entre Oriente y Occidente*. Alianza, Madrid, 1967.

99. Aunque analizaremos más ampliamente la problemática báltica en su momento, quisiera reseñar un par de lecturas muy clarificadoras al respecto: M. Cabouret y B. Kostrubiec, «L'éspace baltique, problématique et enjeux», *Revue française de géoéconomie*, n.º 11, 1999 y J. Kachia, «Pays Baltes: le droit à l'Europe», *Politique Internationale*, n.º 75, pp. 55-69.

100. La incidencia de la exportación de hidrocarburos en la economía y la política rusa se halla extensamente analizada en F. Serra, «Diez años de la nueva Rusia», *Afers Internacionals*, n.º 59 (oct./nov. de 2002), pp. 13-32.

101. Esta situación en la que se halla inmersa Rusia con relación al sistema internacional ya ha provocado antiguos debates sobre el papel de las potencias sin recursos para imponer sus designios. El caso más concreto y, a la vez, que más se asemeja al caso ruso probablemente sería el trato que merecía Alemania tras ser vencida en la segunda guerra mundial.

102. Véanse, por ejemplo, P. Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers*, *op. cit.*; M. Kaplan, *System and Process in International Politics*, Wiley, Nueva York, 1957, o K. Holsti, *The Dividing Discipline: Hegemony and Diversity in International Theory*, Allen & Unwin, Londres, 1985.

103. Es ilustrativo, sobre los intereses que se encuentran detrás del proceso de desaparición de la URSS, el artículo de C. Claudín, «El derrumbamiento del sistema soviético: un análisis político», *Anuario Internacional CIDOB 1991*, Barcelona, 1992, pp. 167-178, en el que la autora ve una pugna por el poder entre sectores económicos como una de las causas determinantes de dicho proceso.

104. Véanse M. S. Gorbachov, *Memoria de los años decisivos (1985-1992)*, Acen-to Editorial, Madrid, 1993; y F. Thom, *Le moment Gorbatchev*, Hachette, París, 1989.

105. Sobre los primeros años y las primeras expectativas de la *perestroika*, véanse, por ejemplo, F. Claudín, *La perestroika: ¿a dónde va la Unión Soviética?*, Funda-

ción Pablo Iglesias, Madrid, 1989; M. S. Gorbachov, *Perestroika*, Ediciones B, Barcelona, 1990, o F. Feher y A. Arato, *Gorbachev: The Debate*, Polity Press, Oxford, 1989.

106. En esta fase se hace público para los soviéticos, con toda su acritud, un período funesto de la historia de su país que lo vincula con uno de los regímenes más crueles de la historia de la humanidad. Si en Occidente se divulgaban los hechos atroces de este régimen desde hacía tiempo (en libros de denuncia a menudo sesgada, como hallamos en N. Werth, «Un état contre son peuple. Violences, répressions, terreurs en Union Soviétique», en S. Courtois *et al.*, *Le livre noir du communisme. Crimes, terreur, répression*, Robert Laffont, París, 1997, pp. 53-380), este tipo de información, apenas conocida a retazos dentro de la URSS y divulgada de un modo precipitado, tiene un efecto revulsivo inmediato y de efectos devastadores en la sociedad soviética.

107. Entre los pasos más decisivos dados en los países bálticos, que pronto serán seguidos en el resto de repúblicas, podemos citar la proclamación de la lengua propia como la única oficial en el ámbito de las repúblicas respectivas, en Lituania, Estonia (junio de 1989 en ambos casos) y Letonia (mayo de 1990), la escisión de las juventudes comunistas lituanas, que se independizan de su referente soviético (junio de 1989), la declaración oficial, por los *sóviets* supremos lituano (septiembre de 1989) y estonio (noviembre siguiente) de la anexión de los respectivos países a la URSS, en 1940, como «ilegal», o la abolición, en Lituania (diciembre de 1989), Letonia (enero de 1990) y Estonia (febrero de 1990) del artículo 6 de la Constitución soviética, que otorgaba un papel dirigente al Partido Comunista. Véase el seguimiento cronológico de este proceso en los cuadros de los procesos nacionales de la URSS publicado en el *Anuario Internacional CIDOB 1990*, Barcelona, 1991 (p. 347).

108. Estonia declara su «soberanía» en noviembre de 1988, Lituania en mayo de 1989 y Letonia en julio siguiente; cabe recordar que estos procesos se dan con gobiernos republicanos que están en manos del PCUS, puesto que no hay elecciones plurales hasta principios de 1990. Precisamente tras estas elecciones proliferan las declaraciones de soberanía: la RSFSR lo hace en junio de 1990, el 20 hace lo propio Uzbekistán y el 23, Moldavia. Ucrania se proclama soberana el 16 de julio, Bielorrusia el 27 del mismo mes y más adelante lo harán las demás. *Ibidem*.

109. Lituania proclama su independencia el 11 de marzo de 1990, aunque este proceso se ve congelado a raíz de las presiones de Moscú y la falta de reconocimiento internacional; Georgia también anuncia una proclamación de independencia ambigua, sujeta a la evolución del proceso lituano, el 9 de abril de 1991. Pero estas independencias no serán efectivas hasta el golpe de agosto, cuando se desencadenan las nuevas independencias: Estonia el 20 de agosto, Letonia el 21, Ucrania el 24, Bielorrusia el 25, Moldavia el 27, Azerbaiyán el 30, Uzbekistán y Kirguistán el 31, Tayikistán el 9 de septiembre, Armenia el 23 siguiente, Turkmenistán el 27 de octubre y Kazakstán el 16 de diciembre, ya en la fase constitutiva de la CEI. Véase el seguimiento del proceso en el *Anuario Internacional CIDOB 1991*, Barcelona, 1992 (p. 248).

110. En un resultado histórico, el referéndum dio un 90 % de votos favorables a la independencia, con un 84 % de participación sobre el censo. El hecho es aún más llamativo si lo estudiamos con detalle y vemos que en regiones mayoritariamente rusas, como Crimea (54 % de votos secesionistas, a pesar de que la región contaba en 1989 con un 67 % de rusos), o rusófonas, como Donetsk y Luhansk (84 % a favor de la independencia de Ucrania en ambas regiones, aunque el 66 y el 61 % de las poblaciones respectivas tienen como lengua propia el ruso), e incluso entre los marinos de la flota del mar Negro (75 % secesionista) vence la opción independentista. Véase T. Kuzio y A. Wilson, *Perestroika to Independence*, Nueva York, St. Martin's Press, 1994, p 161.

111. Mención especial merece, a este respeto, el pensamiento de Zbigniew Brzezinski y su libro, de gran repercusión en Rusia, *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos* (Paidós, Barcelona, 1998. En su versión original, *The Grand Chessboard. American Primacy and its Geostrategic Imperatives*, Basic Books, Nueva York, 1997). En dicho libro, Brzezinski da a entender la necesidad de controlar el espacio geoestratégico sobre el que Rusia siente una tendencia natural a expandirse.

112. Sobre la extensión del sentimiento social de derrota y humillación vinculado a la desaparición del Estado soviético, y del rechazo de los valores soviéticos al final de la *perestroika*, es ilustrativa la visión de Y. Afanásiev, en «Realidades que se alejan», *Afers Internacionals*, n.º 19, 1991, pp. 5-16.

113. De hecho, Ucrania vive un importante proceso de formación nacional y estatal paralelo a la formación del Estado soviético y frustrado por el mismo. Véase, entre otros, I. Nahayewsky, *History of Ukraine*, «America» Publishing House of the «providence», Association of Ukrainian Catholics in America, Filadelfia, 1962.

114. Y. Afanásiev describe la dualidad del sentimiento ruso-soviético y los valores políticos y sociales de ambos en *Mi Rusia fatal*, Anaya y Mario Muchnik, Madrid, 1994.

115. Mayoría suficiente para imponer un sentimiento de marginalidad y asimilación a los no eslavos, a pesar de la retórica igualitaria del Estado. Véase R. Karklins, *Ethnic Relations in the USSR: The Perspective from Below*, Allen and Unwin, Boston, 1986; así como V. Zaslavsky, «Success and collapse: Traditional Soviet Nationality Policy», en I. Bremmer y K. Taras, eds., *op. cit.*, pp. 29-41.

116. Sobre los problemas étnicos de la URSS en sus últimos años, resulta significativo el estudio que realizan I. Bremmer y N. Naimirk, eds., en *Soviet Nationalities Problems*, Center for Russian and East European Studies, Stanford, 1990; así como G. Simon, *Nationalism and Policy Toward the Nationalities in the Soviet Union*, Longman, Nueva York, 1990.

117. Lenin y Stalin siempre habían justificado la adopción de los modelos culturales rusos por la necesidad de tomar referentes útiles para la mayoría de los pueblos que formaban la URSS. Sin embargo, en los años setenta hallamos varias disposicio-

nes del Kremlin que tienden al reforzamiento de un Estado soviético cada vez más centralizado y más «ruso». De este modo, para garantizar, oficialmente, el derecho de los padres a elegir el tipo de educación de sus hijos, la enseñanza en las lenguas autóctonas deja de ser obligatoria, y el uso de la lengua rusa se extiende rápidamente por todos los escalafones de la Administración donde había ido perdiendo terreno a lo largo de los años sesenta, bajo la liberalización de Jruschov. De igual modo se facilita la movilidad laboral, lo que contribuye a la aceleración de una rusificación deliberada, a tenor de los nacionalistas de diferentes lugares. Véase, a este respecto, H. Carrère d'Encausse, *The Triumph of the Nations*, *op. cit.* Según R. Szporluk («National Reawakening: Ukraine and Belorussia», en U. Ra'Anan, *The Soviet Empire: The Challenge of National and Democratic Movements*, Lexington Books, Lexington, 1990, p. 91), en 1975 el Politburó tomó una decisión secreta para ir limitando paulatinamente las ediciones y las tiradas de todas las publicaciones en cualquier lengua no rusa.

118. Ésta es, por lo menos, la retórica del Estado soviético. R. Pipes, en *The Unknown Lenin* (Yale University Press, Boston, 1996), en cambio, nos presenta unos líderes de la revolución más interesados en reproducir los esquemas de los estados tradicionales, elitistas y etnocéntricos, que en experimentaciones nacionales, no muy distantes del agrio retrato que ya había ofrecido medio siglo antes Trotski sobre su enemigo Stalin; véase L. D. Trotski, *Stalin*, Plaza y Janés, Barcelona, 1963.

119. Según apunta J. B. Dunlop (*The Faces of Contemporary Russian Nationalism*, Princeton U.P., Princeton, 1983, p. 46), «Russians in the Soviet Union did not live noticeably better than did the titular peoples of the minority republics. [...] The Russian National Religion, Orthodox Christianity, was as zealously repressed as, say, Judaism and Islam. Russian patriotic thought was carefully monitored and, where deemed necessary, suppressed by a watchful censorship. Some Russian nationalist spokesmen, such as Vladimir Osipov [...] found themselves undergoing long prison sentences for preaching “the Russian ideal”».

120. La estructura política de la URSS y su asimetría con relación a la representatividad de los rusos frente a los no rusos se detalla en L. Schapiro, *The Government and Politics of the Soviet Union*, Hutchinson, Londres, 1979 (1ª ed., 1965). Acerca de la idea de crear instituciones propias para la RSFSR, véase, por ejemplo, J. W. Hahn, «Changes in Contemporary Russian Political Culture», en V. Tismaneanu, ed., *Political Culture and Civil Society in Russia and the New status of Eurasia*, Sharpe, Nueva York, 1995, pp. 112-136; B. Kagarlitsky, *Farewell, Perestroika (A Soviet Chronicle)*, Verso, Londres, 1999, o E. Teague, «The Emergency of Parliamentary Opposition in the USSR», en U. Ra'Anan, *op. cit.*

121. En realidad las declaraciones bálticas (11 de marzo en Lituania, 30 de marzo en Estonia y 4 de mayo en Letonia) se refieren a las respectivas independencias, aunque sólo la lituana pretende ser una decisión de aplicación inmediata. Tras la decisión rusa declaran su soberanía Moldavia (23 de junio), Uzbekistán (20 de junio), Ucrania (16 de julio) y, hasta el mes de diciembre de 1990, todas las demás repúblicas

de la URSS (véase el seguimiento de este proceso en *Anuario Internacional CIDOB 1990*, pp. 348-351).

122. Aunque puede diferenciarse claramente esta responsabilidad histórica de los futuros compromisos que debe emprender el nuevo Estado ruso, como propone M. Mendras, en *Un État pour la Russie*, Complexe, Bruselas, 1992.

123. El referéndum de marzo de 1991 fue muy polémico. Por un lado, fue boicoteado por seis repúblicas que desarrollaron un discurso netamente independentista (las bálticas, Moldova, Georgia y Armenia); por otro, Rusia, Ucrania y Azerbaiyán convocaron consultas propias para refrendar sus propias soberanías que hasta cierto punto matizan la magnitud del referéndum federal. Véase *Anuario Internacional CIDOB 1991*, p. 372.

124. Cabe recordar que Lituania, Letonia y Estonia, al separarse de la Unión Soviética durante el golpe de agosto, no proclamaron nuevos estados, sino que restablecieron la legalidad vigente por la existencia de los respectivos estados del período 1918-1940, estados que fueron anexionados por la Unión Soviética a raíz del pacto Molotov-Ribbentrop. Por ello se restablece la ciudadanía a los herederos directos de aquellos estados del período de entreguerras, lo cual dará lugar a una situación jurídica problemática para los cientos de miles de inmigrantes llegados del resto de la Unión Soviética en la posguerra, así como de sus descendientes. Véanse R. R. Kionka, «La politique étrangère des États Baltes», *Politique Étrangère*, n.º 1, 1994, p. 87; K. Girmius, «The Race is On. Accession Could Calme the Rough Waters of Baltic Minority Policies», *Transition*, abril de 1998; Je. Dorodovna, «¿Quen pertence a Letonia?», *Tempo exterior*, n.º 5, vol. III, junio-diciembre de 2002.

125. La participación fue importante: el 84,1 % del censo. En Galitzia el resultado favorable alcanzó el 98 %, mientras que en Crimea el apoyo a la independencia fue del 54,2 % y en el Donbass (regiones de Donetsk y Luhansk), tradicional reducto de población rusa, llegó al 83,9 %. Los marinos de la flota del mar Negro apoyaron la independencia ucraniana en un 75 %. Véase T. Kuzio y A. Wilson, *op. cit.*, p. 189.

126. Se trata de las repúblicas que no se habían desmarcado del proyecto de Gorbachov de crear una «Unión de Repúblicas Soberanas»; así lo habían ratificado en la reunión de Novo Ogarievo y lo habían sometido a la aprobación de sus electorados en referéndum, en marzo de 1991.

127. Ni siquiera los líderes soviéticos que más adelante representarán la continuidad del comunismo en Ucrania, como O. Moroz, o los líderes de la comunidad rusa, como Griniov (4 % de los votos en las elecciones presidenciales de diciembre de 1991) abogan abiertamente por la continuidad de la URSS. Véanse J. Martyniuk, «Ukrainian Independence and Territorial Integrity», *RFE/RL Research Report*, n.º 13, 1992, pp. 64-68, o J. Lough, «Defining Russia's Relations with Neighboring States», *RFE/RL Research Report*, n.º 20, pp. 53-60.

128. Cabría situar el cambio de posición estadounidense como una nueva postura condicionada por la diferente percepción de amenaza que reflejan las diferentes coyun-

turas o escenarios. Si hasta mediados de 1991 la disolución de la URSS representaba una amenaza a la estabilidad internacional, y como tal era combatida por las potencias, a partir del intento de golpe de agosto es, precisamente, el mantenimiento de la URSS lo que se concibe como una amenaza a la seguridad, dada la precipitación del camino hacia las múltiples independencias. Ello explica el apoyo internacional a este proceso, en principio espontáneo y endógeno. Sobre el concepto de la percepción de amenaza en las Relaciones Internacionales, véanse S. Strange y R. Morgan, *New diplomacy in the post-Cold War: essays for Susan Strange*, St. Martin's Press, Nueva York, 1993; R. Higgins, *Problems and Process: international law and how we use it*, Clarendon Publ., Oxford, 1994; A. Ross, *United Nations: Peace and Progress*, Bedminster Press, Totowa, 1966.

129. El episodio es explicado con detalle en T. Kuzio y A. Wilson, *op. cit.*, pp. 124-126.

130. Esta transformación de la URSS mantiene a sus entusiastas en un equipo cercano a Gorbachov que, de hecho, lo superarán en sus proyectos políticos a medida que avanza la *perestroika*. Véase A. Yakovlev, *Lo que queremos hacer con la Unión Soviética. Entrevista con Lily Marcou*, Alianza, Madrid, 1991.

131. Se habla a menudo (véase, por ejemplo, A. M. Khazanov, *After the USSR*, University of Wisconsin Press, Madison, 1995) de la creación deliberada de infraestructuras económicas fuertemente dependientes a lo largo de la URSS con la clara intencionalidad política de mantener por la fuerza la unidad del Estado. Probablemente el aspecto que más ha costado, y sigue costando, a la hora de crear nuevas repúblicas para garantizar una independencia real sea la estructura energética, claramente dependiente en casi todos los casos del gas siberiano y de las centrales atómicas. Esta dependencia energética, que ya fue utilizada en 1990 para forzar a Lituania a congelar su declaración de independencia, será una de las claves de las relaciones económicas entre Rusia y los otros estados de la CEI, especialmente Ucrania.

132. Véase el seguimiento de las primeras cumbres y reuniones de la CEI en *Anuario Internacional CIDOB 1992*, Barcelona, 1993, pp. 375-378.

133. Véanse R. Solchanyk, «Ukraine and the CIS: a Troubled Relationship», *RFE/RL Research Report*, n.º 7, 1993, pp. 23-27; D. J. Shaw y M. J. Bradshaw, «Problems of Ukrainian Independence», *Post-soviet Geography*, n.º 1, 1992, pp. 10-20; I. Rupérez, «Ucrania, un país en busca de Estado», *Política Exterior*, n.º VIII, 1994, pp. 133-144; A. Maraver, «Ucrania: movimiento nacional y construcción del Estado», *Cuadernos del Este*, n.º 11, 1994, pp. 55-68. En cuanto al papel de las élites en el proceso independentista ucraniano, véase G. Nemiria, «Les élites régionales ukrainiennes et la consolidation de l'État», *Notes et études documentaires (La documentation française)*, n.º 5022-17, 1995, pp. 25-36.

134. Las razones de la actitud que toma cada república en la evolución de la CEI deben entenderse de manera prácticamente individual en cada caso, a parte de las tendencias centrífugas generales que debemos atribuir al doble factor de la debilidad rusa y de los procesos en curso de construcción nacional. De este modo, Moldova se dis-

tancia de las tendencias unionistas por la presión de sus sectores nacionalistas y pro-rumanos, así como por resentimiento hacia el apoyo ruso a la secesión del Transdniéster; Azerbaiyán, en represalia a una supuesta actitud rusa proarmenia en el conflicto de Nagorno-Karabaj, y Uzbekistán pretende reafirmar su carácter de potencia regional en competencia directa con Moscú; Tayikistán y Armenia reciben el apoyo ruso en sus conflictos respectivos, mientras que Kazakstán es gobernado por un líder moderado, N. Nazarbayev, que no pretende provocar recelos a la fuerte minoría rusa de su país ni al todavía poderoso vecino del Norte. En cuanto a Belarús, Turkmenistán y Kirguistán, tienen que llevar a cabo un difícil equilibrio entre sus procesos de reconstrucción nacional y las presiones rusófilas de buena parte de sus sociedades y de sus clases políticas. Véanse E. Teague, «The CIS: An Unpredictable Future», *RFE/RL Research Report*, vol. 3, n.º 1, 7 de enero de 1994; E. Sandahl, «La CEI: attentes et réalités», *Notes et études documentaires*, n.º 4.982, 1993; S. White, *After Gorbachev*, Cambridge U.P., Cambridge, 1993; V. Tismaneanu, *op. cit.*; M. Arregi, *op. cit.*

135. En el caso moldavo, la presencia del ejército ruso en el territorio del Transdniéster será determinante para el aumento de la desconfianza con Moscú. Véase D. Fane, «Moldova: Breaking Loose from Moscow», en I. Bremmer y K. Taras, eds., *op. cit.*, pp. 121-154.

136. La OCE, que tiene como objetivo principal la explotación conjunta de los recursos naturales de Oriente Medio, especialmente de los hidrocarburos, fue fundada en 1985 por Turquía, Irán y Pakistán y, tras el hundimiento de la URSS, se convirtió en el punto de encuentro regional entre estos países y los de Asia central (incluido Afganistán, el último país en incorporarse, en 1995). Sin embargo, la cohesión de la Organización se ha visto refrenada por las rivalidades entre los tres países fundadores, ideológicamente distanciados y con pretensiones de potencia regional, a los cuales se ha añadido alguna república ex soviética con deseos de tener un papel fundamental en la región (es el caso, especialmente, de Uzbekistán). Véanse O. Roy, *La nouvelle Asie centrale ou la fabrication des nations*, *op. cit.*; C. y R. Choukourov, *Peuples d'Asie centrale*, Syros, París, 1994.

137. La Organización de la Conferencia Islámica fue fundada en 1967 como reacción de algunos países islámicos ante la ocupación israelí de Jerusalén. Desde entonces se ha convertido en una organización internacional de carácter cultural que agrupa a cincuenta y siete estados del mundo de mayoría (o de fuerte presencia) musulmana. El ingreso de las repúblicas ex soviéticas a la OCI se ha querido interpretar como la reincorporación de estos países al contexto cultural islámico, pero ello no ha representado ninguna concesión al integrista religioso ni al confesionalismo. Véanse O. Roy, *La nueva Asia central o la fabricación de naciones*, *op. cit.*; A. Rashid, *The Resurgence of Central Asia. Islam or Nationalism?*, Zed Books, Londres, 1994; y del mismo autor, *Yihad. El auge del islamismo en Asia central*, Península /Atalaya, Barcelona, 2002.

138. La importancia de estos acuerdos se resalta, entre otros, en E. Palazuelos, «LA CEI: un espacio económico desvinculado», *Informe del IEO*, Madrid, 1996, o en

V. Kirichenko, «The States and Prospects for Economic Ties in the CIS», *Problems of Economic Transition*, vol. 36, Nueva York, enero de 1994.

139. Durante un tiempo, en la primera mitad de los años noventa, se ha dejado notar la influencia política de Turquía e Irán en estas zonas, pero no parece que estas ofertas hayan cuajado, en parte por la crisis económica que ha vivido Turquía con posterioridad y también por las presiones internacionales a que se ve sometido Irán, condenado al ostracismo internacional. Véase O. Roy *et al.*, «Central Asia: Towards a New Great Game?», en *Revue internationale et Stratégique*, n.º 34, verano de 1999.

140. Recordemos aquí la importancia que adquiere, en la revolución bolchevique, la solución del problema nacional de la antigua Rusia zarista; uno de los mayores exponentes de dicha preocupación lo hallamos en V. I. Lenin, «Sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación», en C. Marx *et al.*, *El marxismo y la cuestión nacional*, Avance, Barcelona, 1977 (2ª ed.), pp. 213-258.

141. Ante la diversidad y complejidad identitaria en el espacio de la URSS, las autoridades soviéticas fijaron las entidades nacionales que debían administrar, y sobre las cuales debían crear unidades administrativas, conforme a criterios lingüísticos e identitarios establecidos en los centros de estudio de las ciudades rusas. De este modo, las academias de ciencias de Moscú y Leningrado fueron las responsables de fijar las fronteras y categorías lingüísticas no sólo en regiones de gran complejidad como el Cáucaso o Siberia, sino igualmente en regiones en apariencia más asimiladas culturalmente al concepto europeo de lengua, comunidad nacional y nación como Rusia y Ucrania. Ello permitió el reconocimiento de lenguas que anteriormente no habían sido consideradas como tales, como el checheno, el adigué, el kirguís, el careliano o el moldavo. Por otra parte, con censos complejos y rigurosas instrucciones sobre su interpretación también se fijaron los criterios para el reconocimiento de nacionalidades sin lengua propia (como los cosacos o los mesjetios, finalmente no reconocidos como nacionalidades, o los komi-permiacos) o con más de una lengua (como es el caso de los mordvinos). Véanse A. Motyl, ed., *Thinking Theoretically About Soviet Nationalities*, Columbia University Press, Nueva York, 1992; o R. Suny, «State, Civil Society and Ethnic Cultural Consolidation in the USSR-Roots of National Questions», en G. Lapidus y Ph. Goldman, eds., *From Union to Commonwealth: Nationalism and Separatism in the Soviet Republics*, Cambridge University Papers, Nueva York, 1992.

142. Sobre el proceso de cambios que llevaron a la creación y aprobación del Tratado de la Unión Europea, véanse, entre otros, M. C. Arcos Vargas, *De la Comunidad a la Unión Europea. El Tratado de la Unión Europea, firmado en Maastricht el 7 de febrero de 1992*, UNED, Sevilla, 1992; R. Corbett, *The Treaty of Maastricht. From Conception to Ratification: A Comprehensive Reference Guide*, Longman, Essex, 1993; F. Fonseca Morillo y J. Martín Burgos, «La Unión Europea: génesis de Maastricht», *Revista de Instituciones Europeas*, vol. 19, n.º 2, mayo-agosto de 1992, pp. 517 y ss.; E. Barbé, *La seguridad en la nueva Europa*, Los libros de la Catarata, Madrid, 1995; o W. Wessels, «Rationalizing Maastricht: The

Search of an Optimal Strategy of a new Europe», *International Affairs*, vol. 70, n.º 3, 1994, pp. 445-458.

143. En especial en su apoyo a las Naciones Unidas ante el aislamiento creciente de la organización tras la llegada al poder del presidente Bush (2000), mostrando una sensibilidad propalestina en el conflicto de Oriente Medio, o en la crisis de Irak de 2003. Véanse al respecto M. T. Lare, «Washington veut pouvoir vencer sur tous les fronts», *Le Monde Diplomatique*, n.º 542, mayo de 1999; C. Bayou, «Les relations Russie-Union européenne: vers quelle intégration?», *Le courrier des pays de l'Est*, n.º 1.025, mayo de 2002, pp. 4-16; A.-M. Slaughter, «The Real New World Order», *Foreign Affairs*, vol. 76, n.º 5, septiembre/octubre de 1997, pp. 183-197; O. Waeber *et al.*, *European Polyphony. Perspectives beyond East-West Confrontation*, St. Martin's Press, Nueva York, 1989.

144. Véanse, sobre los problemas suscitados por la reunificación alemana, F. Aldecoa, *La integración europea. Análisis histórico-institucional con textos y documentos. II. Génesis y desarrollo de la Unión Europea (1979-2002)*, Tecnos, Madrid, 2002, pp. 322-325; I. Sotelo, «La unificación de Alemania, causas y consecuencias», *Anuario Internacional CIDOB 1990*, Barcelona, 1991, pp. 115-120.

145. El papel del nuevo sistema de potencias tras la guerra fría es tratado, entre otros, en R. Mesa, «Orden, sistema y nueva sociedad internacional», *Razón y fe*, n.º 225, 1992, pp. 608-622.

146. Tras una década larga de férreo liderazgo en el Reino Unido y en el Partido Conservador, durante la cual la Dama de Hierro sorteó airoosamente la crisis de las Malvinas, la de los euromisiles o fuertes protestas sindicales contra sus políticas fiscales y laborales, M. Thatcher cae el 27 de noviembre de 1990 al no poder superar la oposición a su liderazgo dentro de su propio partido. A menudo se ha argumentado que la cuestión europea estaría en el fondo de su defenestración; el hecho es que su sucesor, J. Major, es el representante de la corriente más europeísta de su partido y no plantea problemas mayores en el proceso de construcción europea.

147. Como ilustra E. Barbé, en su libro *La seguridad en la nueva Europa, op. cit.*, pp. 133-144.

148. Lo que queda claro, por ejemplo, en el famoso y polémico artículo J.7.1, que describe que la PESC «abarcará todas las cuestiones relativas a la seguridad de la Unión Europea, incluida la definición, en el futuro, de una política de defensa común, que pudiera conducir en su momento a una defensa común», o en el papel otorgado a la UEO, de la que apenas se especifica que es «parte integrante del desarrollo de la Unión Europea» (art. J.7.2). Véase *ibidem*, p. 142.

149. El proceso de transformación política de estos países es analizado por C. Taibo, *Las transiciones en la Europa central y oriental. ¿Copias de papel carbón?*, Los libros de la Catarata, Madrid, 1998.

150. El espacio de la antigua URSS se convierte en un área de concentración de los conflictos, como destaca S. Landgren en «Post-Soviet Threats to Security», *SIPRI Year Book 1992*, World Armaments and Disarmament, Londres.

151. Sobre los acuerdos de Brioni, véanse E. Remacle, «La CSCE et la Communauté Européenne face au conflit yougoslave», *Le trimestre du Monde*, 1992, n.º 17, pp. 219-234; T. Salmon, «Testing times for European Political Cooperation: the Gulf and Yugoslavia 1990-1992», *International Affairs*, vol. 68, n.º 2, 1992, pp. 233-253; N. Gnesotto, *Lessons of Yugoslavia*, Chailiot Papers, n.º 14, Institute for Security Studies, marzo de 1994.

152. Es evidente que en el momento de los acuerdos de Brioni la conflictividad yugoslava no presentaba todavía el riesgo de crisis de larga duración que resultaría ser más tarde. Véase J.-P. Maury, «La nouvelle perception des menaces: L'ex-bloc soviétique et la Yougoslavie», *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, n.º 27, 1994, pp. 31-43.

153. Ya es un clásico el artículo del diplomático estadounidense R. Holbrooke, «El mayor fracaso colectivo de Occidente», *Política Exterior*, Madrid, 1999, vol. XIII, n.º 71, enero/febrero, pp. 63-97, en que el autor denuncia esta incapacidad y exceso de buena fe en los actores occidentales en el conflicto balcánico.

154. Sobre el restablecimiento de relaciones entre la Unión Europea y la Europa central y oriental en los primeros años de la posguerra fría, véanse Janning y Weidenfeld, «La integración europea ante la transformación de Europa del Este y de la URSS», *Anuario Internacional CIDOB 1992*, Barcelona, 1993, pp. 141-160; J. F. Brown, «Everybody needs Russia-Including Eastern Europe», *Transition*, 15 de noviembre de 1996, pp. 6-10; o Y. Davidov, «Russian Security and East-Central Europe», V. Baranovski, ed., *Russia and Europe. The Emerging Security Agenda*, op. cit.

155. Hecha salvedad de los antecedentes a que necesariamente nos hemos de referir, especialmente la creación del Consejo de Europa (1950), los proyectos frustrados de unión política y de seguridad por medio de la Comunidad Europea de Defensa (CED) y la Comunidad Política Europea (CPE) frustradas por la negativa de la Asamblea Nacional francesa de 1954 y, sobre todo, por la creación de la Comunidad Europea del Carbón y el Acero (CECA), en 1951. Véase C. Archer, *Organizing Europe. The institutions of integration*, Edward Arnold, Londres, 1994.

156. El carácter incompleto de la primera Europa de los Seis será uno de los aspectos que más resalten el aspecto provisional o parcial de la Comunidad resultante de los Acuerdos de Roma. Así parece demostrarlo la creación de la Asociación Europea de Libre Cambio o EFTA, creada en 1959 bajo liderazgo británico con el objetivo de contraponer a la Europa comunitaria otra organización menos ambiciosa desde el punto de vista cohesionador. De igual modo, quisiera resaltar el contraste permanente entre esta Europa voluntariosa, próspera e influyente y el marco político, más simbólico pero que mejor representa la voluntad de definición de los límites geográficos, culturales y de valores ideológicos, que supone el Consejo de Europa, donde se integran todos los países europeos «democráticos» (los países ibéricos no lo harán hasta fines de los años setenta, y no se abrirá al Este hasta la caída del muro). El contraste entre la Europa real, pragmática y posibilista de los Seis y otra Europa, más

«espiritual» pero más intangible y retórica, queda evidenciado por el discurso de De Gaulle sobre la Europa «del Atlántico a los Urales», en que contrapone una realidad económica y de realismo político con un concepto intelectual más etéreo, que es el de un concepto de «europeidad» más allá de los límites que imponen los estados existentes y las divisiones geoestratégicas. Véase Grosser, *op. cit.*

157. Con la primera ampliación, en 1973, se incorporan a las comunidades el Reino Unido, Irlanda y Dinamarca; en 1981 se produce la segunda ampliación, a Grecia, y en 1986 la tercera, a España y Portugal.

158. Ésta es, por lo menos, la imagen que se da en una de las críticas más frecuentes que se lanza desde Gran Bretaña a la Europa de los Seis, especialmente durante las pugnas de los años sesenta entre Londres, que pretende incorporarse a las comunidades a pesar del recelo de gran parte de su sociedad, y una Francia liderada por De Gaulle, que vetó dos veces este ingreso. Véase Archer, *op. cit.* Las imágenes de «mediterránea» y «católica» forman parte de un estereotipo negativo para el público británico, tendente a presentar una Europa continental con pocos puntos en contacto con el Reino Unido. Sin embargo, aunque es cierto que sólo dos de los seis fundadores de las comunidades tienen costas en el Mediterráneo, sí es cierto que cuatro de ellos eran abrumadoramente católicos, y en los dos restantes, Alemania y los Países Bajos, lo era la mitad de sus poblaciones, como también lo era aproximadamente el 75 % de la población de los Seis y los principales «padres de Europa» de los años cuarenta (Ade- nauer, Schuman, De Gasperi, Monnet, Spaak, etc.). Véase Grosser, *op. cit.*

159. Aunque en España la entrada en las comunidades se percibe como un paso positivo para su economía e imprescindible para su consolidación democrática, en Europa la aceptación de esta adhesión supone un difícil y audaz compromiso no exento de dudas. Sobre el difícil proceso de negociación e incorporación de España a las comunidades véase, entre otros, R. Mesa, *Democracia y política exterior en España*, Eudema, Madrid, 1988; E. Barbé, *La política europea de España*, Ariel, Barcelona, 1999; R. Bassols, *España en Europa; historia de la adhesión en la CE 1957-85*, Política Exterior, Madrid, 1995; C. Alonso Zaldívar y M. Castells, *España fin de siglo*, Alianza, Madrid, 1992; F. Morán, *España en su sitio*, Plaza y Janés, Barcelona, 1990.

160. En el caso finlandés, la involucración de Helsinki al lado de la Alemania nazi en la ofensiva contra la URSS se saldó con la ocupación del país por fuerzas soviéticas, que sin embargo se retiraron a cambio de la garantía de los líderes finlandeses de no alinearse con ningún bloque; ello dio lugar al término «finlandización», referido a una neutralidad forzosa y tutelada. En cuanto a Austria, el tratado de 1955 que dio lugar a la restauración de la República austríaca con el acuerdo de las cuatro potencias de ocupación (URSS, EE.UU., Reino Unido y Francia) preveía el mantenimiento de un estatuto de neutralidad sobre el territorio.

161. En realidad Austria presentó su solicitud de adhesión incluso antes de la caída del muro, el 17 de julio de 1989; Suecia lo hizo el 1 de julio de 1991, Finlandia el 18 de marzo de 1992 y Noruega el 25 de noviembre siguiente. Las negociaciones

para la adhesión se iniciaron el 1 de febrero de 1993 para los tres primeros países y el 5 de abril siguiente en el caso noruego, y terminaron el 30 de marzo de 1994 en todos los casos. Véase F. Aldecoa, *La integración europea, op. cit.*, p. 324.

162. Estos dos países no habían escapado previamente a la tentación de incorporarse a las comunidades, y ya los hallamos entre los estados candidatos a la primera ampliación, tanto en los intentos de los años sesenta frustrados por De Gaulle (1963 y 1967) como en el proceso que llevaría a la incorporación del Reino Unido, Irlanda y Dinamarca en 1973. Suecia, aunque se trata de un país no alineado, no estaba sometido a las mismas presiones de Moscú que Finlandia o Austria, puesto que su neutralidad, anterior a la segunda guerra mundial, no obedecía a ningún tratado impuesto por la Unión Soviética; a pesar de la voluntad expresada en los años sesenta de unirse a los Seis, el Parlamento sueco no quiso ratificar en su momento la incorporación de este país al proceso de la primera ampliación comunitaria. En cuanto a Noruega, país miembro de la OTAN, sí que fue candidato en firme para la primera ampliación, pero esta opción fue derrotada en referéndum en 1972, proceso que se repetiría en 1994.

163. Noruega quedaría desbancada tras un referéndum que tuvo lugar los días 27 y 28 de noviembre de 1994, con el resultado de 52,4 % de votos en contra de la adhesión. Los otros países candidatos también habían convocado referéndums, con resultado favorable siempre a la adhesión: 66,4 % a favor en Austria (el referéndum tuvo lugar el 12 de junio de 1994), 57 % en Finlandia (16 de octubre) y 52,2 % en Suecia (13 de noviembre). Véase F. Aldecoa, *La integración europea, op. cit.*, p. 325.

164. Suiza presentó su candidatura al ingreso en la Comunidad el 20 de mayo de 1992. Sin embargo, los resultados negativos del referéndum sobre la incorporación del país en el Espacio Económico Europeo, en diciembre de 1992, forzaron a congelar el proceso de integración suizo, aunque las autoridades del país no han retirado su candidatura. Por otra parte, antes de la presentación de esta candidatura, en marzo de 1991, el electorado suizo ya se pronunció, por una mayoría del 77,5 % de los votantes, en contra del ingreso inmediato en las instituciones comunitarias. Véase F. Aldecoa, *La integración europea, op. cit.*, p. 327.

165. Cabría citar también el caso de países que no estaban bajo la influencia soviética y que presentan sus candidatura a engrosar la Comunidad Europea, aunque su proceso de integración quedará inmerso en la dinámica de la Europa central y balcánica; Turquía presenta su candidatura el 14 de abril de 1987 (candidatura que recibió un dictamen negativo de la Comisión el 14 de diciembre de 1989), Chipre lo hace el 3 de julio de 1990 y Malta el 16 de julio siguiente.

166. El CAME, institución de cooperación económica de los países bajo la órbita soviética, fue creado en 1949. Tras sufrir la defección de Albania en los años sesenta y la ampliación hacia países extraeuropeos como Cuba, Corea del Norte, Vietnam o Mongolia, se consolidó durante la guerra fría como la llamada «CEE del Este». En Europa formaban parte del CAME la URSS, Polonia, la República Democrática Alemana, Hungría, Checoslovaquia, Rumanía y Bulgaria. El CAME se disolvió en junio

de 1991. Véase E. Barbé y R. Grasa, *La Comunitat europea i la nova Europa*, Fundació Jaume Bofill, Barcelona, 1992, pp 93-132.

167. Con Hungría y Checoslovaquia en 1988 y con Polonia en 1989.

168. El Programa PHARE (Polonia y Hungría; Ayuda a la Recuperación Económica), creado a instancias del G-7, coordina fondos destinados a esta área aportados por 24 países, entre ellos Estados Unidos y Japón; sin embargo, la Comisión Europea será la encargada de coordinar esta cooperación. Aunque el programa se aplicará más tarde a todos los países del área (excepto los de la CEI), mantiene su nombre original.

169. Véase F. Serra, «La dimensión Este de la UE: políticas para los países de la Europa central, del Este y Rusia», en E. Barbé, coord., *Política Exterior Europea*, Ariel, Barcelona, 2000, pp. 159-189.

170. El BERD fue fundado en agosto de 1990 por 20 países europeos y 10 extraeuropeos, así como por el Banco Europeo de Inversiones (BEI) y la Comisión, con el objetivo de facilitar la transición de los países del Este a una economía de mercado. En la actualidad cuenta con 60 miembros.

171. Véase la evolución de los acontecimientos en *Anuario Internacional CIDOB 1990*, Barcelona, 1991.

172. Jurídicamente, la incorporación de la RDA a Alemania no altera las comunidades, puesto que sólo son miembros de las mismas los Estados firmantes de un Tratado fundacional o de adhesión, y la RDA deja de ser un Estado soberano para firmar tales tratados; por lo tanto, los Estados miembros son los mismos, e incluso las prerrogativas de sus estados, condicionadas por la composición demográfica de los mismos (presencia institucional, votos ponderados, europarlamentarios, etc.), permanecen inalteradas a la espera de nuevas reformas institucionales, lo cual en realidad tuvo que esperar, como mínimo, hasta el Tratado de Niza (2000), diez años después de la unificación alemana. Véase F. Aldecoa, *op. cit.*, pp. 183-185.

173. El texto de estos Acuerdos de Asociación puede hallarse en <http://europa.eu.int/comm/enlargement/>. Entre la bibliografía sobre los Acuerdos podemos citar a Janning y Weidenfeld, *op. cit.*, pp. 141-160; F. Cardedera, «El marco general de la adhesión a la Unión Europea: la adhesión de los países de Europa Central y Oriental», *Anuario Internacional CIDOB 1995*, Barcelona, 1996, pp. 151-158; I. Lirola, «Las relaciones entre la Unión Europea y los países de Europa Central y Oriental: los Acuerdos Europeos en el marco de la ampliación de la Unión Europea», *Revista de Instituciones Europeas*, vol. 22, n.º 1, 1995, pp. 71-99.

174. Datos extraídos de <http://www.europa.eu.int/comm/enlargement/>.

175. Informe de la Comisión «Europa y el reto de la ampliación», presentado al Consejo Europeo de Lisboa, 26 y 27 de junio de 1992. Citado por F. Aldecoa, *La integración europea*, *op. cit.*, p. 329.

176. Fuente: <http://www.europa.eu.int/comm/enlargement/>.

177. El papel que Europa pretende cumplir en tanto que «potencia civil» queda en entredicho al chocar aquí, como lo hará más tarde en Yugoslavia, con posiciones

que utilizan la diplomacia únicamente para afirmar sus actitudes, ante la capacidad intimidatoria e impactante de la acción armada de las potencias agresoras o, en el caso del sistema internacional, de las operaciones bélicas lideradas por Estados Unidos. El concepto de «potencia civil» fue acuñado por F. Duchêne, *op. cit.*, y lo encontramos desarrollado, por ejemplo, en S. van Evera, «Primed for Peace: Europe After the Cold War», *International Security*, vol. 15, n.º 3, 1992, pp. 7-57.

178. El papel de Europa en el conflicto del Golfo y el efecto que dicho conflicto tendría en el proceso de cohesión europea son analizados, entre otros, en N. Gnesotto y J. Roper, *L'Europe Occidentale et le Golfe*, Institut d'Études de Sécurité, París, 1991; C. Batallas sordo, «La Comunidad Europea ante la guerra y la posguerra del Golfo: la necesidad de la Unión Europea», *Tiempo de Paz*, n.ºs 19-20, 1991, pp. 98-101; o J. A. Yturriaga Barberán, «Actuación de la CEE en el Conflicto del Golfo», *Revista de Instituciones Europeas*, n.º 18, vol. 2, 1991, pp. 485-516.

179. El eurasionismo goza de una larga tradición en el pensamiento político ruso desde el siglo XIX, pero en la década de 1990 alcanzó una nueva dimensión política, cuyo análisis tendrá cabida en el capítulo siguiente de este libro, puesto que recibe un fuerte impulso a raíz de la crisis chechena de 1994-1996. Sobre el concepto moderno de eurasionismo o neoeurasionismo, véanse, entre otros, D. Kerr, *op. cit.*, pp. 977-988, o G. Simon, «La Russie: une hégémonie eurasiennne?», en *Politique Étrangère*, n.º 1 (1994), pp. 29-47.

180. Cabe destacar que la URSS siempre había buscado en las comunidades un aliado que contrastase con su hostilidad hacia Estados Unidos y la política de seguridad de Occidente, como resalta K. Sodupe en *La visión soviética de la integración europea: el caso de la CEE 1957-1969*, Universidad del País Vasco, 1987.

181. Sobre las actitudes de Europa occidental con relación a la evolución política de Rusia durante este período, véase, por ejemplo, L. Mandeville, «Fantasmes russes et myopie occidentale», *Politique Internationale*, n.º 72, 1996, pp. 211-224; sobre la actitud de las potencias eurooccidentales en el campo de seguridad de la época, véase, entre otros, E. Barbé, «La seguridad en la nueva Europa», *op. cit.*, pp. 61-92.

182. Tal vez la mayor muestra de sintonía entre las propuestas de Gorbachov y el proceso de consolidación de la Unión Europea sea la frecuente referencia del líder soviético a una «casa común» europea donde se encontrarían ambos proyectos. A pesar del contenido retórico de dicho discurso (que Gorbachov combina con otro simétrico sobre una «casa asiática»), este concepto sigue siendo una referencia de los valores compartidos en ambos extremos del continente. Véase M. Gorbachov, «Plaidoyer por une “maison commune”», *Politique Internationale*, n.º 68, 1996, pp. 105-112; o G. Mink y A. Tirapolski, «La maison commune Européenne: le discours soviétique et ses effets», *Le Courier des Pays de l'Est*, n.º 340, 1993, pp. 3-24.

183. Véanse E. Palazuelos, *La economía soviética más allá de la perestroika*, *op. cit.*; F. Serra, «La dimensión Este de la UE: políticas para los países de la Europa central, del Este y Rusia», *op. cit.*, pp. 159-189.

184. Estas condiciones son aceptadas rápidamente por todas las nuevas repúblicas, que reciben el reconocimiento de la Comunidad a lo largo de las siguientes tres semanas. Los dos últimos estados en comprometerse a seguir las «líneas directrices sobre el reconocimiento de nuevos estados en Europa del Este y la URSS» son Tayikistán y Kirguistán, ambos el 15 de enero de 1992. Véase *Anuario CIDOB* 1992, Barcelona, 1993.

185. Véanse R. Grasa, «La seguridad europea en 1992: conceptos en expansión e instituciones interdependientes», *Anuario Internacional CIDOB* 1992, Barcelona, 1993, pp. 228-229; R. Rummel, dir., *Toward Political Union. Planning a Common Foreign and Security Policy in the European Community*, Westview Press, Boulder, 1992.

186. La coincidencia entre ambos procesos no puede pasar desapercibida. En realidad, como señala E. Barbé en su libro *La seguridad en la nueva Europa* (*op. cit.*, pp. 133-145), los debates de la CIG, a lo largo de 1991, se realizan con el trasfondo permanente de tres crisis que afectan a la capacidad europea en materia de seguridad: la que llevaría a la disolución de la URSS, las primeras guerras de Yugoslavia y la operación «Tormenta del desierto» contra Irak, en el marco de la segunda guerra del Golfo. Todos ellos son nuevos tipos de desafíos en el campo de la seguridad ante los cuales la Comunidad Europea se prepara para reaccionar de un modo cohesionado.

187. Para el seguimiento de las crisis yugoslavas y del papel de la diplomacia europea en los mismos, véanse N. Gnesotto, *Lessons of Yugoslavia*, *op. cit.*, R. Romeva, *Bòsnia-Herzegovina: les lliçons d'una guerra*, Centre UNESCO de Catalunya, Barcelona, 1997, o C. Taibo, *La desintegración de Yugoslavia*, Los libros de la Catarata, Madrid, 2000.

188. La principal excepción la conforma Ciudad del Vaticano, que no disimuló su apoyo a su tradicionalmente aliada Croacia.

189. Hay que señalar el conocido y controvertido caso suscitado, en aquel momento, por el reconocimiento de los estados croata y esloveno por parte de Alemania en diciembre de 1991, es decir, sin esperar a los resultados de la Comisión Badinter, lo cual produjo una grave crisis de confianza en el seno de las comunidades en el delicado momento de la firma del TUE y aceleró las conclusiones de dicha Comisión para evitar mayores disensiones en el marco comunitario. Véanse R. Holbrooke, «El mayor fracaso colectivo de Occidente», *op. cit.*, o T. Salmon, «Testing times for European Political Cooperation: the Gulf and Yugoslavia 1990-1992», *International Affairs*, vol. 68, n.º 2, 1992, pp. 233-253.

190. Pero no deja de levantar no sólo susceptibilidades, sino serios temores acerca de la potencial hostilidad de una Rusia fuertemente armada y resentida, como refleja Ch. Dick en «Russian Views on Future War», *NATO's Special Adviser for Central & Eastern European Affairs*, 25 de junio de 1993.

191. Obviamente, luego la diplomacia rusa no asume los compromisos ni las posiciones de Kózirev. Véase Yu. Rubinski, «La Russie et l'OTAN: une nouvelle étape?», *Politique étrangère*, n.º 4, 1997.

192. Por fortuna las actitudes belicistas que podemos hallar en este período son menos autorizadas que la de Kózirev y tampoco parecen influir sobre las decisiones finales de la política exterior rusa. Entre otras voces a favor del intervencionismo ruso de Serbia encontramos la del controvertido Premio Nobel A. Solzhenitsin (*op. cit.*) o los intelectuales más comprometidos con el neoeurasianismo como A. Dugin («The Theory of the Eurasian State», en http://utenti.lycos.it/ArchivEurasia/dugin_alekse-ev.html).

193. Apparentemente, la comunidad internacional está de acuerdo en ceder a Europa occidental y a la ONU el liderazgo en el proceso de mediación y de intervención humanitaria en los conflictos de Croacia y Bosnia. Una de las críticas principales que, desde Rusia, se han hecho a la actitud sumisa de Yeltsin es la de haber contribuido a un fracaso diplomático de dimensiones trágicas en los Balcanes. Véase a este respecto R. Holbrooke, «El mayor fracaso colectivo de Occidente», *op. cit.*

194. Véanse los datos de los últimos censos de los países bálticos en el capítulo 8 de este libro.

195. Las condiciones consisten en demostrar arraigo en el país (nacimiento o una larga permanencia), un juramento de fidelidad, y un examen de lengua y cultura nacional. Sin embargo, una de las quejas más frecuentes de los rusófonos de Estonia y Letonia consiste en las trabas puestas en este último examen, extremadamente difícil y en el que las administraciones no facilitan su preparación o aprendizaje, previniendo así una masiva incorporación de eslavos a la ciudadanía de estos países. Véase Gaëll Le Marc, «Los estados bálticos tres años después», *Anuario internacional CIDOB 1994*, Barcelona, 1995, pp. 457-461.

196. Según N. Malcolm en «The New Russian Foreign Policy», *The World Today*, vol. 50, n.º 2, 1994, pp. 28-32, éste sería uno de los objetivos principales de la política Yeltsin de estos años.

197. A principios de 1992 la economía rusa se vio sometida a una grave crisis inflacionista. El G-7, para contrarrestarla, otorgó una ayuda inmediata de 43.500 millones de dólares entre abril y julio del mismo año. Por otro lado, el programa TACIS se empezó a aplicar ya desde 1991, y supondría una importante ayuda a la reestructuración de la economía de Rusia y de los otros países del área. Véase al respecto E. Palazuelos, «La CEI: un espacio económico desvencijado», *op. cit.*

198. La política balcánica de la UE a lo largo de los años noventa va destinada desde sus inicios a dejar en claro el interés de Bruselas para ejercer una influencia en la región, considerada de alto interés estratégico para los países eurooccidentales. El resultado final, a pesar de los sucesivos fracasos de la diplomacia europea, es el establecimiento de una serie de regímenes «amigos» (Macedonia, Albania, Bosnia y Herzegovina) fuertemente dependientes del apoyo diplomático y de la ayuda económica de la UE. A partir de la desaparición del escenario político regional, en el año 2000, de F. Tudjman y de S. Milosevic, Croacia y Yugoslavia parecen haber iniciado un proceso decidido de asimilación a este grupo de países balcánicos incorporados a la es-

fera de influencia directa de la UE. Véanse, como referencias bibliográficas imprescindibles, R. Holbrooke, «El mayor fracaso colectivo de Occidente», *op. cit.*, y L. Freedman, «Por qué fracasó Occidente», *Política Exterior*, vol. IX, n.º 44, abril-mayo de 1995, pp. 154-168, además de C. Taibo, *La desintegración de Yugoslavia*, *op. cit.*, o F. Serra, «La dimensión Este de la UE: políticas para los países de la Europa central, del Este y Rusia», *op. cit.*, pp. 159-189.

199. Véanse, entre muchos otros, P. Boniface, «Une doctrine Monroe pour la Russie», *Relations Internationales et Stratégiques*, n.º 13, primavera de 1994; A. Aslund *et al.*, *Russia's National Interests: An International Dialogue*, Westview Press, Boulder, Colorado, 1993, y N. Malcolm, ed., *Russia and Europe: An End to Confrontation?*, *op. cit.*

200. Los países más beneficiados por el Programa en este período, aparte de Rusia, han sido Ucrania (461 millones de euros), Kazakstán (112 millones), Uzbekistán (103 millones) y Azerbaiyán (87 millones). La fuente de estos datos y los que vienen a continuación es la Comisión Europea, http://europa.eu.int/comm/external_relations/ceeca/tacis/figures.pdf.

201. He respetado la denominación tal como aparece en su versión oficial, en la edición en español del Diario Oficial, n.º L327 de 28/11/1997, pp. 3-69. Sin embargo, hay que señalar que esta versión traduce *Partnership* por «colaboración»; a menudo encontramos comentarios en castellano que citan el documento como «Acuerdo de Asociación y Cooperación» (AAC).

202. Véase http://www.europa.eu.int/comm/dgla/tacis/country_closeup/russia/cc_russ_pca.htm.

203. Véase http://www.europa.eu.int/comm/external_relations/russia/intro/index.htm.

204. El Acuerdo de Colaboración y Cooperación con Rusia no entra en vigor, en realidad, hasta fines de 1997, retraso atribuible a la crisis chechena y a la inestabilidad del país, mientras que en Ucrania lo hace en marzo de 1998. La UE había firmado un acuerdo provisional con ambos países el 1 de febrero de 1996. En el caso de Belarús, sigue en vigor un acuerdo provisional con los dos países firmado en marzo de 1996, pero no se ha llegado a la ratificación del acuerdo definitivo a causa del deterioramiento de las relaciones entre Minsk y Bruselas.

205. En esta fase se consolida la sensación, tanto en Occidente como en la propia Rusia, de que el Estado ruso pasa por una grave crisis estructural cuya prolongación amenaza la estabilidad de todo el sistema internacional, como se refleja en W. Blum Douglas, ed., *Russia's Future. Consolidation or desintegration*, Westview Press, Boulder, 1994.

206. Acercamiento de la OTAN a Europa oriental que no siempre es visto con buenos ojos desde Occidente, por cierto. Véase, al respecto, O. Diehl, «Opening NATO to Eastern Europe?», *The World Today*, vol. 49, n.º 12, 1993, pp. 222-223.

207. La ambivalencia de la política exterior rusa de este período y su actitud en

ocasiones pusilánime es resaltada en O. Alexandrova, «Divergent Russian Foreign Policy Concepts», *Aussenpolitik*, vol. 44, n.º 4, 1993, pp. 363-372.

208. La *Duma* era todavía la misma que fue elegida en época soviética, en 1990, y la mayoría de sus componentes eran antiguos comunistas reconvertidos en independientes o agrupados en varios partidos y colectivos reformistas. A pesar de ello, los comunistas seguían siendo el grupo más numeroso de la Cámara, y con diversos apoyos puntuales podían conseguir la mayoría absoluta.

209. Una Declaración CPE, de 22 de septiembre de 1993, expresa el apoyo del Consejo Europeo a B. Yeltsin, mientras que otra, de 4 de octubre, lo felicita por la resolución de la crisis.

210. Resulta difícil dar una atribución exacta de escaños, dada la complejidad del sistema político ruso, pero los cálculos aproximados dan los siguientes resultados: de 444 escaños (seis asientos, de Chechenia, quedan vacantes), 96 pertenecen al gubernamental Opción de Rusia, 70 al Partido Democrático Liberal de Rusia, de V. Zhirinovski, 65 al Partido Comunista, 47 a la Federación Agraria (filocomunista), 33 a los liberales de Yábloko, 27 a Concordia de Rusia, 25 a Mujeres de Rusia, 21 al Partido Democrático de Rusia, etc. Fuente: *Anuario Internacional CIDOB 1994*, Barcelona, 1995, p. 253; véase F. Serra, «Diez años de la nueva Rusia», *op. cit.*

211. Véase Crow, «The Making of Foreign Policy in Russia under Yeltsin», *op. cit.* Nótese que Rusia, que despliega tropas de interposición en el conflicto abjaso, no era una potencia del todo ajena al conflicto, a pesar del papel mediador que adopta, por lo menos en lo que se refiere al abastecimiento de armas a los rebeldes abjasos. E. Shevarnadzé, el presidente georgiano, parece buscar más un acuerdo político con Rusia que una real mediación rusa en el conflicto, por lo que debemos adivinar una concesión de Tblisi al aceptar la presencia rusa en el mismo. Véanse S. Yerasimos, «Caucase: le retour de la Russie?», *Politique étrangère*, n.º 1, 1994; S. Crow, «Russia seeks Leadership in Regional Peacekeeping», *RFE/RL Research Report*, n.º 15, Munich/Washington, 1993; L. Jonson y C. Archer, eds., *Peacekeeping and the Role of Russia in Eurasia*, *op. cit.* R. Kanet, «La résolution des conflits: la rôle de la Fédération de Russie», *Revue d'études comparatives Est-Ouest*, n.º 1, marzo de 1994.

212. Este reconocimiento, sin embargo, es más bien simbólico que real. Significa que en las decisiones de la OTAN que afecten a Rusia ésta deberá ser consultada, pero no implica ningún derecho de veto sobre las decisiones de la Alianza. Véase A. Kreikemeier, «Renaissance of Hegemony and Spheres of Influence-The Evolution of Yeltsin Doctrine», en H. Erhart *et al.*, dirs., *op. cit.*

213. Algunos autores muestran abiertamente su recelo, durante este período, hacia esta muestra de resurgimiento potencial de Rusia. Véase, por ejemplo, A. Motyl, «Russian Security, Neoimperialism, and the West», *NATO's Special Adviser for Central & Eastern European Affairs*, 28 de abril de 1994.

214. Declaraciones citadas por el diario *La Vanguardia* del 14 de marzo de 2001, p. 7.

215. Véase, por ejemplo, P. Romero Aznar, *Arrasar Cartago. La ofensiva militar de la OTAN y el futuro de Rusia*, ponencia presentada en el III Encuentro Español de Estudios sobre Europa Central y Oriental, celebrado en Valencia los días 19-20 de noviembre de 2002, donde el autor defiende precisamente la tesis de una ofensiva persistente y deliberada de Occidente con el objetivo de destruir cualquier capacidad de reconstrucción de Rusia como potencia. Significativamente, también hallamos la expresión *Delenda est Carthago* encabezando un manifiesto del movimiento revitalizador y mesiánico «Eurasia» (véase [http://www.dugin.ru:8101/EURASIA /manifest.htm](http://www.dugin.ru:8101/EURASIA/manifest.htm)).

216. A principios de 2003, a raíz de las diferencias surgidas en el seno de la UE acerca de la oportunidad o no de apoyar a Estados Unidos en su ofensiva contra Irak, algunos países de la Unión, caracterizados por su tradición europeísta (Francia, Alemania y Bélgica) iniciaron un proceso de creación de un núcleo de seguridad alrededor del cual deberían estructurarse, en el futuro, los proyectos de seguridad europeos. Aunque en el momento de escribir estas líneas el proyecto sigue siendo muy reciente, abre la interesante expectativa de una mayor cooperación en materia de seguridad entre este grupo de países y otras áreas del mundo, entre las cuales Rusia ocuparía, sin lugar a dudas, un puesto preferente dado su posicionamiento cercano a la UE y crítico con la OTAN.

217. En un sentido amplio, resulta más apropiado hablar de conflicto del Cáucaso norte que de Chechenia, no sólo porque el irredentismo caucásico representado por los rebeldes chechenos siempre ha reivindicado la unidad caucásica de Abjazia a Daguestán, sino porque podemos hallar una conflictividad latente en toda esta región. Véase J. Ormrod, «The North Caucasus: Fragmentation or Federation?», en I. Bremmer y K. Taras, eds., *op. cit.*, pp. 448-475.

218. Para contextualizar la guerra de Chechenia en una región tradicionalmente convulsa y analizar otros conflictos caucásicos, véase U. Hallback, «The Caucasus as a Region of Conflict», *Aussenpolitik*, n.º 4, vol. 48, 1997, así como el monográfico «Géopolitique du Caucase», publicado por *Hérodote* en 1995. Hallamos un buen estudio histórico sobre los precedentes del conflicto en P. Karam y T. Mourgues, *Les guerres du Caucase. Des tsars a Tchétchénie*, Perrin, París, 1995. Para una visión «descriptiva» de la conflictividad aparentemente endémica de la región, véase R.D. Kaplan, *Eastward to Tartary: Travels in the Balkans, the Middle East, and the Caucasus*, Nueva York, Random House, 2000.

219. Véanse, para ilustrar estos extremos, N. Sainz, «Una década de posguerra fría en el Cáucaso: las guerras en Chechenia», *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, n.º 59, octubre/noviembre de 2002, pp. 105-122; F. Serra, «La multidimensionalidad del conflicto checheno, entre la cohesión social rusa y la seguridad regional en el Cáucaso», comunicación presentada a debate en el Seminario *La nueva conflictividad internacional: políticas de prevención y de gestión en Europa*, Universitat Autònoma de Barcelona, 14 de diciembre de 2000.

220. La bibliografía sobre el conflicto de Chechenia es abundante y variada. Basten como referencias básicas N. Bachkatov y A. Wilson, «Tchéchénie. Histoire d'un conflit», *Dossier du GRIP*, n.º 295, GRIP, Bruselas, 1995; J. Colarusso, «Chechnya: The War Without Winners», *Current History*, vol. 94, n.º 594, octubre de 1995, pp. 329-336; X. Ríos, «Chechenia: las claves del conflicto», *Anuario CIP 94-95*, CIP, Madrid, 1995; X. Ríos, «Chechenia, secesión en el Cáucaso», *Observatorio de conflictos (CIP)*, n.º 3, 1996; N. Sainz, «El conflicto de Chechenia y las organizaciones internacionales», *Papeles*, n.º 71, 2000, pp. 63-72; N. Sainz, «Una década de posguerra fría en el Cáucaso: las guerras en Chechenia», *op. cit.*; F. Serra, «El Cáucaso, una región en ebullición», *dcIDOB*, n.º 65, mayo de 1998, pp. 4-7; C. Taibo, *El conflicto de Chechenia: una guía introductoria*, Los libros de la Catarata, Madrid, 2000; V. Tolz, «The War in Chechnya», *Current History*, vol. 95, n.º 603, 1996, pp. 316-321.

221. Para muchos observadores, la actitud del ejército ruso en Chechenia y en otras zonas de Rusia obedece a un esquema clásico expansionista y autoritario propio de la era colonial que sería, de hecho, el reflejo ruso de la expansión transoceánica de los imperios occidentales. Véanse, en este sentido, M. Bennigsen Broxup, «Le Caucase du Nord: conflits ethniques ou guerre coloniale?», en M. Djalili, ed., *Le Caucase postsoviétique. La transition dans le conflit*, Bruylant, Bruselas, 1995, pp. 9-34.

222. Acerca del papel que toman los sectores económicos vinculados al ejército durante esta fase, véase A. Sánchez Andrés, «La nueva doctrina militar y la transformación en la industria de defensa rusa», *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, n.º 32, 1996, pp. 115-128.

223. Para el seguimiento de los procesos electorales en Rusia resulta útil el control que realiza periódicamente el *Anuario Internacional CIDOB*, así como las sucesivas ediciones del *Keesing's Record of World Events*, entre otros.

224. Es muy amplia y variada la literatura que surge en esta época reflejando la victimización de la sociedad rusa. Por la personalidad de su autor, por su fácil acceso al público occidental y por la audiencia que tuvo en su momento en Rusia tal vez el título más significativo sea la obra de A. Solzhenitsin, *El colapso de Rusia (op. cit.)*, donde el premio Nobel pormenoriza los agravios que, a su juicio, sufre Rusia a causa de su osadía espiritual e ideológica.

225. En rigor, al antioccidentalismo ruso no le faltan referencias reales para crear una psicosis de rusofobia en Occidente; tal vez el referente más recurrido en esta etapa haya sido el autor estadounidense Z. Brzezinsky quien, en su libro *El gran tablero mundial (op. cit.)* no escatima prevenciones hacia una Rusia refortalecida, y llega a proponer su partición definitiva.

226. Como reflejo del crecimiento de la Iglesia ortodoxa rusa, diremos que el número de diócesis se había visto incrementado entre 1989 y 2001 de 67 a 128, las parroquias habían pasado de 6.893 en 1989 a 19.000 en 2001, y los monasterios, que en 1980 sólo eran 18, eran en aquel momento 480 (según datos publicados en <http://www.russian-orthodox-church.org.ru/>).

227. T. Kuzio, «International Reaction to the Chechen Crisis», *Central Asian Survey*, vol. 15 (1996), p. 97.

228. Se producen manifestaciones antirrusas en Varsovia y Bucarest, mientras que movimientos como la Confederación para una Polonia Independiente (KPN) manifiestan un posicionamiento claro de rechazo de la ofensiva con el sugerente eslogan de «Hoy Grozny, mañana Kiev, pasado mañana Varsovia». Véase T. Kuzio, *ibidem*, p. 106.

229. Véase F. Serra, «El conflicto de Txetxènia», *DCIDOB*, n.º 65, mayo de 1998, pp. 22-25.

230. A pesar de que pronto desaparecen las manifestaciones más hostiles hacia Rusia, lo cierto es que en Europa central se desvanece cualquier tentación de estrechar lazos con Moscú. Véase Sh. Fisher *et al.*, «Central Europe Rethinks Russian Ties», *Transition*, 15 de noviembre de 1996, pp. 11-13.

231. El mismo Gaidar, como la mayoría de los políticos rusos, sigue viendo la expansión de la OTAN en Europa central y oriental como un «intento de crear una alianza antirrusa», pero, a la vista de los acontecimientos, tiene que admitir que «después de la crisis chechena es muy difícil para nosotros defender esta posición» (citado en T. Kuzio, «International Reaction», *op. cit.*, p. 106).

232. La titularidad de la flota del mar Negro, de vital importancia para la reconstrucción de un ejército ruso de gran capacidad y movilidad, pero también para la consolidación del Estado ucraniano, envenenó las relaciones entre ambos países hasta el acuerdo de junio de 1997, en el que Moscú asume dos tercios de la flota y el uso de Sebastopol y otras bases marítimas a cambio de condonar parte de la deuda energética ucraniana (véase, entre otros, L. Finberg, «L'Ukraine indépendante: la difficile modernisation (1991-1995)», *Notes et études documentaires (La documentation française)*, n.º 5022-17, pp. 13-24; J.-Ch. Romer, «De l'Armée russe aux armées nationales», *Notes et Études documentaires*, n.º 4.958, vol. 13, 1992).

233. Aparte de las reclamaciones insistentes y a menudo demagógicas que efectúan reiteradamente diversos intelectuales (como A. Solzhenitsin) o políticos (como V. Zhirinovski) para «devolver» a Rusia la cuenca del Donbass o la península de Crimea, destaca en este sentido el papel que adoptan instituciones como la *Duma* o el alcalde de Moscú, A. Sobchak, en 1995, declarando (y proclamando) que la ciudad de Sebastopol (referente histórico nacionalista ruso y ciudad donde, no por casualidad, tiene su ubicación principal la flota del mar Negro), en Crimea, queda «reincorporada» a Rusia. Véase R. Solchanyk, «Ukrainian-Russian Confrontation Over the Crimea», *RFE/RL Research Report*, n.º 8, 1992, pp. 26-30, o, del mismo autor, «The Politics of State Building: Centre Periphery Relations in Post Soviet Ukraine», *Europe-Asia Studies*, n.º 1, 1994, pp. 47-68, así como M. Drohobycky, *Crimea (Dynamics, Challenges and Prospects)*, Lanham, Rowman & Littlefield Publishers Inc., 1995.

234. Cabe destacar que en esta fase se produce una desintegración absoluta del entramado de élites políticas de alcance local y regional que se había formado bajo la Ad-

ministración Brezhnev, que se opone en general a Gorbachov y que, bajo Yeltsin, forma un contrapoder local que amenaza seriamente a la cohesión interna del poder en Rusia, al crear poderosos clanes de intereses locales a menudo superpuestos y enfrentados al poder central. Véanse K. Matsuzato, «Local Elites under Transition: County and City Politics in Russia 1985-1996», *Europe-Asia studies*, vol. 51, n.º 8, diciembre de 2000, pp. 1.367-1.400; D. Vidrin, «¿Tiene Ucrania respuestas nacionales a la cuestión nacional?», *Cuadernos del Este*, n.º 11, 1993.

235. Como destaca T. Kuzio en *Ukrainian Security Policy*, Praeger, Londres, 1995.

236. La cuestión de las relaciones de Ucrania con Europa es uno de los grandes temas pendientes del área, y que pueden dar grandes sorpresas en un futuro cercano; por ello es objeto de debate y análisis frecuente en los estudios de la zona. Véanse K. Mihalisko, «Ukrainians and their Leaders at a Time of Crisis», *RFE/RL Research Report*, n.º 31, 1993, pp. 54-62; O. Alexandrova, «Le facteur russe dans la politique de sécurité ukrainienne», *Politique Étrangère*, n.º 1, 1994, pp. 49-60; S. R. Burant, «Foreign Policy and National Identity: a Comparison of Ukraine and Belarus», *op. cit.*; o J. Mroz y O. Pavliuk, «Ukraine: Europe's Lipchin», *Foreign Affairs*, n.º 3, 1996, pp. 52-62.

237. Es significativo el comentario de Z. Brzezinski en su libro *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos* (*op. cit.*): «No es demasiado pronto para que Occidente empiece a considerar la década del 2005-2015 como una franja de tiempo razonable para iniciar la progresiva inclusión de Ucrania» (p. 126).

238. Estos acuerdos y tratados, citados por M. Arregi en su tesis doctoral pendiente de publicación *La Comunidad de Estados Independientes: un instrumento para recuperar la hegemonía rusa en el espacio postsoviético* (*op. cit.*), son documentados en los números 21-22 (noviembre de 1994), 3 (marzo de 1995), 7 (julio de 1995), 2 (febrero de 1996) y 11 (noviembre de 1996) de *Diplomateskii Vestnik*.

239. Podemos ver análisis detallados del desarrollo de la política rusa dentro de la Comunidad en M. Webber, *CIS Integration Trends, Russia and the Former Soviet South*, The Royal Institute of International Affairs, Londres, 1997, p. 14; C. Royen, «Conflicts in the CIS and Their Implications for Europe», V. Baranovski, ed., *op. cit.* pp. 231-232; A. Kortunov, «Russia, the Near Abroad and the West», *op. cit.*

240. Como las intervenciones desafortunadas a raíz del conflicto de los Balcanes, citadas en el segundo apartado del capítulo 5 de este trabajo.

241. Citado por T. Kuzio, «International Reaction to the Chechen Crisis», *op. cit.*, pp. 97-106.

242. El ministro de Asuntos Exteriores francés recordó a «todos los estados las obligaciones que pesan sobre ellos de respetar los derechos humanos», mientras que su colega italiano declaró que el vertido de sangre era «profundamente repulsivo para la conciencia de cualquier persona civilizada», además de asertar que «sentimos la ne-

cesidad de expresar nuestros temores sobre el recurso a la fuerza y sobre los bombardeos que, de un modo cada vez más frecuente, afectan a ciudadanos indefensos, lo que viola las normas más básicas de los derechos humanitarios», *ibidem*, p. 98.

243. *Ibidem*, pp. 99-101.

244. Entre otras, las declaraciones del Parlamento con fecha 15 de diciembre de 1994, 19 de enero de 1995, 16 de febrero de 1995, 16 de marzo de 1995, 15 de junio de 1995 y 14 de diciembre de 1995.

245. Declaraciones PESC sobre el conflicto checheno de 17 de enero de 1995, 23 de enero de 1995, 15 de abril de 1995, 16 de junio de 1995, 26 de junio de 1995, 18 de enero de 1996, 25 de marzo de 1996, 31 de mayo de 1996 (comunicado de la presidencia), 16 de agosto de 1996 y 22-23 de agosto de 1996.

246. T. Kuzio, «International reactions», *op. cit.*, pp. 100-101.

247. *Ibidem*, p. 101.

248. De este modo, si en las primeras declaraciones PESC, durante la crisis, el Consejo Europeo se limita a expresar su «preocupación por la situación en Chechenia», a «deplorar las graves violaciones de los derechos humanos» y a dar su rotundo apoyo a la acción de la OSCE, a partir de abril de 1995, a raíz del agravamiento de la situación y de las dificultades que halla la OSCE para enviar una misión sobre el terreno, el lenguaje de la UE se vuelve más agresivo. En su declaración PESC del 15 de abril, la UE «condena firmemente las graves violaciones de los derechos humanos»; el 15 de junio siguiente el Parlamento Europeo «condena las exacciones (*sic*) cometidas en Chechenia». Véase «Cronología de la Política Exterior de la Unión Europea», en *Anuario Internacional CIDOB 1995*, Barcelona, 1996, pp. 177-193.

249. Tal vez convenga recordar la posición moderada que asume, en este caso, la diplomacia española. España, bajo la presidencia de Aznar, fue un poderoso aliado diplomático de Rusia durante la segunda ofensiva chechena, a partir de 1999.

250. La idea, a menudo argumentada por los críticos respecto a la actitud europea (véase, por ejemplo, R. Goetz, «Russian Security Policy Options and Their Price», *Aussenpolitik*, vol. 47, n.º 3, 1996) de que esta exigencia de coherencia no fuera más allá de una condena simbólica que, en realidad, no consiguió suavizar sustancial ni inmediatamente la actitud rusa, parece corroborada por los hechos de la segunda crisis de Chechenia, en la que Occidente toma una actitud mucho más cauta.

251. La preocupación por las víctimas rusas en el conflicto es, en realidad, el principal factor de preocupación de la sociedad rusa en la crisis, así como el secretismo y las contradicciones del ejército sobre el curso de las operaciones. Véase J. B., Dunlop, «How many Soldiers and Civilians Died during the Russo-Chechen War of 1994-1996?», *Central Asia survey*, vol. 19, n.ºs 3-4, septiembre-diciembre de 2000, pp. 329-339.

252. La oposición de determinados políticos rusos a la ofensiva sobre Chechenia se ha entendido a menudo como una política oportunista surgida a raíz de la impopularidad de la operación y de la condena internacional, más que una actitud sim-

patética hacia la causa chechena; es simpatética la ausencia casi absoluta de actitudes políticas condenatorias durante la segunda ofensiva, en 1999. Sobre las actitudes de la oposición rusa a Yeltsin véase, por ejemplo, E. Palazuelos, «Federación Rusa: autoritarismo y economía de bazar», *Informe anual del IEO*, Madrid 1995, o L. X. València i Montes, «Presidente y Parlamento en Rusia: un decenio de tensas relaciones», *op. cit.*

253. Volvemos a encontrar el fantasma del antieuropeísmo expresado en numerosas opiniones de la clase política e intelectual rusa. De este sentimiento y de la actuación occidental al respecto nos dan una idea algunas obras asequibles en Occidente, como H. E. Hale, «The Rise of Russian Anti-Imperialism», *Orbis*, vol. 43, n.º 1, invierno de 1999; R. Pipes, «Is Russia still an enemy?», *Foreign Affairs*, vol. 76, n.º 5, septiembre-octubre de 1997; o J. Haslam, «Russia's Seat at the Table: a Place Denied or a Place Delayed?», *International Affairs*, vol. 74, n.º 1, enero de 1998. Para tener un claro ejemplo de la difusión de estas ideas para uso interno ruso, un caso claro lo aporta A. Solzhenitsin, *op. cit.*, pp. 31-41.

254. El surgimiento de movimientos nacionalistas no es ajeno a una coyuntura de crisis económica y de desorientación social, que propician un victimismo que resulta un caldo de cultivo perfecto para el nacionalismo. Sin embargo, este victimismo es un proceso recurrente en la propia tradición política rusa, con lo que no puede extrañarnos que el nacionalismo ruso adquiera unas dimensiones exageradas y unos atributos ya consolidados por otras épocas de crisis anteriores que también habían propiciado estos movimientos nostálgicos, reivindicativos y xenófobos. Véase C. González Calvar, «¿Por qué surge el fenómeno nacionalista en Rusia?», comunicación presentada en el III Encuentro Español de Estudios sobre la Europa Oriental, Universidad de Valencia, 20 de noviembre de 2002.

255. No hay que olvidar, por ejemplo, los claros pronunciamientos de algunos influyentes analistas occidentales con relación al trato que hay que dar a Rusia para evitar hipotéticas futuras amenazas. El caso paradigmático es el de Brzezinski, en *El gran tablero mundial* (*op. cit.*), donde aboga por el aislamiento geoestratégico y el estrangulamiento económico de Rusia para prevenir cualquier recuperación del país que pudiera ser peligrosa. Tampoco podemos olvidar que son los años de posiciones agresivamente neorrealistas desde Estados Unidos, que tienen sus máximas expresiones en las conocidas obras de F. Fukuyama (*El fin de la historia y el último hombre*, Planeta, Documento n.º 306, Barcelona 1992) y S. Huntington (*El choque de civilizaciones*); ambos autores analizan la posguerra fría desde la perspectiva de la imposibilidad de convergencia de los intereses globales y del derecho de las potencias a mantener el orden internacional.

256. Véase, por ejemplo, L. Mandeville, «Fantasmes russes et myopie occidentale», *op. cit.*, o A. Motyl, «Russian Security, Neoimperialism, and the West», *NATO's Special Adviser for Central & Eastern European Affairs*, 28 de abril de 1994. Con relación a los atavismos ideológicos rusos, podemos ver P. Rutland, «Russia's broken "Wheel of

Ideologies"», *Transitions*, junio de 1997, pp. 47-55, o P. Pochazkova, «We Have to Return Home (interview with Igor Chubais)», *Transitions*, junio de 1997, pp. 56-57.

257. En contraste con el eurasionismo clásico del siglo XIX, una evolución más ambiciosa del paneslavismo, cuyas figuras más prominentes (N. Trubetskoy, N. Alekseyev, Kasavin, Subchinsky, etc.) o sus supuestos continuadores contemporáneos de la Revolución rusa (como P. Savitsky) son objeto de estudio y admiración frecuente en esta corriente que tiene un fuerte resurgimiento a fines del siglo XX). Véase A. Dugin, «The Theory of the Eurasian State», *op. cit.*

258. Véase D. Kerr, *op. cit.*, o G. Simon, «La Russie: une hégémonie eurasiennne?», *op. cit.*

259. Por la misma razón el neoeurasionismo se convierte en un producto de consumo preferentemente interno, puesto que propone al pueblo ruso la superación de su complejo identitario y de las relaciones con sus vecinos por medio de un nuevo marco de relación interétnico basado en un supuesto respeto mutuo entre sus componentes, aunque sin olvidar la centralidad del elemento ruso. Véase, al respecto, E. Chinyayeva, «A Eurasianist Model of Interethnic Relations Could Help Russia Find Harmony», *Transition*, 1 de noviembre de 1996, pp. 30-35.

260. Un buen resumen de las tesis eurasionistas lo encontramos en el texto *Eurasia Above All. Manifest of the Eurasist Movement* (<http://www.dugin.ru:8101/EURASIA/manifest.htm>). Aunque se trata de un grupúsculo marginal de ideología y contenido intelectual inconcretos, el texto resume el posicionamiento más compartido del nuevo eurasionismo.

261. Al contrario que el eurasionismo de fines del siglo XIX y principios del XX, que relaciona directamente a Europa con Occidente y a Occidente con lo corrupto, decadente e incluso diabólico, el nuevo eurasionismo no reniega de la herencia cultural europea. No deja de ser significativo que pensadores neoeurasionistas como A. Dugin o A. Kiselev hayan ofrecido su pleno apoyo a Putin en su presidencia, tras haber sido extremadamente críticos con Yeltsin.

262. Para un análisis sobre el proceso de decadencia de la influencia internacional rusa, véase A. Clayton, «The End of Empire», *NATO's Special Adviser for Central & Eastern European Affairs*, 25 de septiembre de 1995.

263. Acerca de la sensación de amenaza que inspira la política de alianzas de Rusia con las grandes potencias asiáticas, véase V. Baranovski, «New Threat Perceptions: the Case of the Former Soviet Bloc and Yugoslavia», *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, n.º 27, 1994, pp. 7-16.

264. Cabe mencionar que la importancia de esta integridad territorial lleva a la sociedad rusa a una nueva fase de etnocentrismo que se traduce en cierta reacción negativa hacia los pueblos no rusos, especialmente hacia los caucásicos, en un movimiento que incluso tendrá sus reflejos legales, como se denuncia en G. Smith, «Russia, Multiculturalism and Federal Justice», *Europe-Asia Studies*, vol. 50, n.º 8 (diciembre de 1998), pp. 1.393-1.411.

265. Lo cual en ocasiones parece corroborado por las visiones de algunos analistas occidentales sobre la necesidad de esta ampliación precisamente en función de la amenaza potencial que supondría Rusia. Véase, a este respecto, Z. Brzezinski, «La OTAN se acerca a Rusia», *Política Exterior*, vol. XIII, n.º 64, julio-agosto de 1998, pp. 91-98, o A. Z. Rubinstein, «NATO Enlargement versus American Interests», *Orbis*, n.º 1, vol. 42, invierno de 1998; también a A. Pouchov, «Les nouveaux intérêts de la Russie sur son flanc Ouest. L'élargissement de l'OTAN: un tournant historique?», *Problèmes politiques et sociaux, série Russie*, n.º 809, septiembre de 1998, pp. 9-46.

266. Sobre la falta de confianza en el Estado generada durante la era Yeltsin, véase especialmente N. Barkhatova, «Russian Small Business, Authorities and the State», *Europe-Asia Studies*, vol. 52, n.º 4, junio de 2000, pp. 657-676.

267. Acerca de la sensación de la sociedad rusa de ser marginada de su propia economía, véanse por ejemplo E. Palazuelos, «Federación Rusa: autoritarismo y economía de bazar», *op. cit.*, o K. Rousselet, «Russie: crise économique, radicalisations et limogeages», *L'État du monde 2000*, París, 1999.

268. El 7 de marzo de 1997 Yeltsin nombró como primer ministro a A. Chubais, personaje sumamente impopular pero muy cercano a círculos económicos de la nueva burguesía rusa, que ya había ocupado este cargo entre 1992 y 1995, cuando inició la liberalización de la economía rusa. Chubais se convirtió rápidamente en un símbolo de la corrupción y el nepotismo de la Administración rusa. Véanse Ph. Perret, «La réforme économique en Russie: Deuxième étape de la transition», *Le courrier des pays de l'Est*, n.º 1.015, mayo de 2001, pp. 35-50; K. Rousselet, «Russie: crise économique, radicalisations et limogeages», *op. cit.* Sobre la situación económica previa al mandato de Chubais y la extensión de la corrupción, hallamos análisis lúcidos en J. Sapir, *Le chaos russe. Désordres économiques, conflits politiques, décomposition militaire*, La Découverte, París, 1996, o C. Taibo, *La Rusia de Yeltsin*, Síntesis, Madrid 1995.

269. Como refleja el estudio de J. M^a March y A. Sánchez, eds., *Política económica y límites institucionales en la transición rusa*, Universitat de València, Valencia, 2000.

270. Véase C. G. Gaddy y B. W. Ickes, «La economía virtual de Rusia», *Política Exterior*, vol. XII, n.º 66, noviembre/diciembre de 1998, pp. 59-71, o A. Sánchez Andrés, «La economía rusa...», *op. cit.*

271. P. Kennedy, «La desaparición de Rusia», publicado en *El País*, 11 de marzo de 2002, p. 12.

272. Tenemos un buen análisis de las causas y consecuencias de la crisis de 1998 en A. Aslund, «Russia's Collapse», *Foreign Affairs*, vol. 78, n.º 5, septiembre/octubre de 1999.

273. No deja de ser emblemático (y paradójico) que, en la reunión de Birmingham, Rusia participa ya normalmente en la mayoría de discusiones del G-7 (que empieza a ser conocido como G-8), aunque permanece excluida de las decisiones principales económicas y financieras.

274. Véase A. Sánchez Andrés, «La economía rusa: una década de transición», *op. cit.*, pp. 61-62.

275. Algunos autores prefieren no hablar de crisis en 1998, porque se trataría, simplemente, de la agudización de una crisis de rasgos estructurales. Véase O. Latsis, «Rusia: de crisis en crisis», *Anuario internacional CIDOB 1998*, Barcelona, 1999, pp. 277-289.

276. Según cifras que hallamos en Sánchez Andrés, *op. cit.*, y que coinciden con las que aporta A. Ortega en *Horizontes cercanos. Guía para un mundo en cambio*, Taurus, Madrid, 2000, pp. 173-174.

277. Datos extraídos de <http://www.recep.org>, página web de la fundación Russian Economic Trends.

278. Según datos del BERD extraídos de *L'état du monde 2002*, p. 553.

279. Datos extraídos de <http://www.recep.org>, página web de la fundación Russian Economic Trends, citada más arriba.

280. La demografía resulta uno de los aspectos más preocupantes de la actual crisis rusa, y uno de los que más lamentos provoca entre la población y la clase intelectual de este país. A pesar de haber recibido la «repatriación» hasta 1997 de cerca de tres millones de rusos del Cáucaso, el Báltico y Asia central, la población de Rusia se ha estancado por debajo de los 145 millones de habitantes, con tendencia a disminuir. Las causas hay que buscarlas sobre todo en la emigración hacia Europa occidental y Estados Unidos, sin descartar la responsabilidad del empeoramiento de las condiciones de vida, lo cual tiene que mostrar sus resultados sobre todo en los próximos años; véase, al respecto, el artículo de P. Kennedy, *La desaparición de Rusia*, *op. cit.* Sin embargo, es frecuente el discurso lastimero y victimista de los sectores ultramontanos rusos que denuncian la amenaza que supone para la continuidad de su pueblo el agravamiento de las condiciones económicas básicas, del sistema sanitario y el brusco incremento de suicidios (véase, por ejemplo, Solzhenitsin, *op. cit.*).

281. L. X. València i Montes, *op. cit.*, p. 46.

282. J.-M. Palacios, «Un ensayo de periodificación de las transiciones soviética y yugoslava», en C. Flores Juberías, coord., *op. cit.*, vol. 2º, pp. 257-268.

283. Citado por R. Poch en el artículo «Rusia se enroca. Kosovo y la crisis económica provocan una nueva hostilidad hacia Occidente», publicado en *La Vanguardia*, 12 de diciembre de 1999, sección «Revista», pp. 14-15.

284. La falta de confianza en la presidencia lleva a un callejón sin salida al propio Estado, que no halla soluciones para el descrédito de la clase política, lo que se traduce en frecuentes propuestas de reforma política destinadas, infructuosamente, a conformar una sociedad inquieta. Véase al respecto G. P. Herd, «Russia: Systemic Transformation or Federal Collapse?», *Journal of Peace Research*, vol. 36, n.º 3, 1999, pp. 259-269.

285. *Ibidem.*

286. Sobre el apoliticismo social ruso de la época y la creación de un abismo entre la sociedad y la clase política rusa, véase J. de Andrés Sanz, «Partidos, sistema de partidos y cultura política en la nueva Federación Rusa», en C. Flores Juberías, coord., *op. cit.*, vol. 1º, pp. 31-48.

287. Es el caso paradigmático del petróleo iraquí, exportado durante el embargo impuesto por las Naciones Unidas a través del programa de dicho organismo «Petróleo por alimentos», y que benefició particularmente a compañías rusas. Así, entre las principales compañías extranjeras que explotaban yacimientos petrolíferos en Irak antes de la tercera guerra del Golfo, hallamos las rusas Lukoil (explotaba el yacimiento de West Qurna II, el de principal producción del país, con cerca de un millón de barriles diarios), Tatneft (en el yacimiento Saddam, al norte del país, el cuarto por su producción, con unos 300.000 barriles diarios de producción, y en Rumailia Mishrif Norte, al sur de Irak, el sexto del país, con cerca de 250.000 barriles diarios), Mashinoimport (en Rumailia Mishrif Sur, el séptimo del país por su producción, también con unos 250.000 barriles diarios), Zarubezhneft (en West Qurna I, el décimo yacimiento iraquí, con unos 200.000 barriles diarios), Stroyexport (que explotaba, junto con la compañía Bow Canada, los yacimientos de Khurmala, el decimocuarto en Irak, con una producción de 100.000 barriles diarios y de Hemrin, el decimonoveno, con 60.000 barriles diarios de producción), Slavnet (en Saba Luhais, el decimoquinto yacimiento iraquí, también con unos 100.000 barriles diarios de producción) y Bashneft (en West Qurna DS 6, el decimoctavo yacimiento del país, con unos 65.000 barriles diarios). En su conjunto, estas siete compañías rusas extraían, solas o en alianzas internacionales, cerca de la mitad de la producción probada iraquí de petróleo antes de la guerra, lo cual nos da claras indicaciones del porqué de la actitud de Rusia durante este conflicto de 2003 (datos extraídos de F. Gualdoni, «24 petroleras se disputan el crudo iraquí», *El País*, 23 de febrero de 2003, p. 57).

288. Estos datos y la mayor parte de los que vienen a continuación, salvo indicación contraria, han sido extraídos de *L'état du monde 2002* (y ediciones anteriores, La Découverte, París, 2001) y de http://www.europa.eu.int/comm/external_relations/russia/intro/, y se encuentran analizados en F. Serra, «La dimensión este de la UE: políticas para los países de la Europa central, del Este y Rusia», *op. cit.*, pp. 174-181, así como en F. Serra, «Rusia: una lejanía acentuada», en E. Barbé, coord., *España y la política exterior de la UE. Entre las prioridades españolas y los desafíos del contexto internacional*, Quaderns de Treball IUEE, Barcelona, 2002 (pp. 113-126).

289. Las paradojas que debe afrontar Rusia en su transición al capitalismo incluyen a menudo la coexistencia de características de potencia industrial con las de un Estado semicolonial. Véase S. Hanson, «The dilemmas of Russia's Anti-revolutionary Revolution», *Current history*, vol. 100, n.º 648, octubre de 2001, pp. 330-335.

290. Acerca de las diversas y poco fructuosas reformas económicas rusas en los últimos años de Yeltsin, véase M.-A. Crosnier, «Réformes économiques en Russie: des dérapages à l'embarquée», *Le courrier des pays de l'Est*, n.º 1.004, abril de 2000, pp. 39-55.

291. Según reflejan las estadísticas aportadas por <http://www.bloomberg.com>.

292. Véase N. Dolay, «Grandes manoeuvres pétrolières dans le Caucase», *Le Monde Diplomatique*, julio de 1995, o W. Schilling, «The Return of Geopolitics in the Caucasus and Central Asia», *Aussenpolitik*, n.º 2, 1998.

293. Sobre la frustración de las primeras expectativas rusas de consolidación de un espacio propicio a sus intereses en la CEI, véanse E. Sandahl, «La CEI: attentes et réalités», o Y. Igritski, «La CEI: un pari impossible?», *Le Courier des pays de l'Est*, n.ºs 397-398, marzo-abril de 1995.

294. Véase al respecto C. Rodríguez Aguilera de Prat, «Rusia y la CEI: ¿Relaciones de política exterior o interior?», *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, n.º 42, septiembre de 1998, pp. 7-20.

295. Sobre el alcance real de este proyecto de unión, véase C. Rontoyanni, «Belarus and Russia: Ever Closer Allies?», en A. Lewis, ed., *The EU & Belarus. Between Moscow and Brussels*, The Federal Trust, Londres, 2002, pp. 199-214; la autora considera este proyecto político como un simple instrumento de presión hacia el exterior y una propuesta demagógica hacia el interior.

296. La Unión con Belarús suscita una grave desconfianza en Occidente no sólo por el reforzamiento que podría suponer de Rusia y de sus posiciones más expansionistas, sino por el tono claramente autoritario y antioccidental del presidente bielorruso A. Lukashenka, que ha protagonizado diferentes incidentes diplomáticos y que ha sido condenado reiteradamente por organismos internacionales por su actitud contraria al respeto a los derechos humanos. A lo largo de 1999 avanzaron considerablemente las conversaciones bilaterales para la unión entre Rusia y Belarús, que habían de haber culminadas en un doble referéndum y la creación de instituciones comunes a finales de 1999, pero la desconfianza de los sectores más liberales de Rusia y las presiones de Occidente al respecto han ido prolongando el proceso *sine die*. Por otra parte, la falta de empatía entre Lukashenka y Putin y las importantes diferencias entre las perspectivas de ambos líderes sobre la unión proyectada han paralizado cualquier movimiento en este sentido desde la elección del nuevo presidente ruso. Véase «Belarus: The Long Road to the Union», en *Russia Today*, n.º 127, 16 de noviembre de 1999.

297. En realidad declinaron la invitación a continuar en el TSC. De hecho, fue un acto de clara protesta: Azerbaiyán estaba indignado por el trato contemporizador que recibía la delegación armenia en la organización al exigir garantías de que la «integridad territorial» de sus miembros a que hacían referencia los documentos del TSC no afectarían a Nagorni-Karabaj; además, pocos meses atrás Rusia había ayudado a Armenia a «modernizar» sus fuerzas armadas. Por su parte, Georgia protestaba por la falta de soluciones para el problema de Abjazia. E. Shevarnadzé, el presidente georgiano, manifestaba su descontento por la incapacidad del TSC y de la CEI de garantizar la integridad territorial de sus miembros. Todo ello es preocupante por cuanto parece abrir la puerta (o reabrir viejas heridas) a nuevos focos de inestabilidad en el espacio de la CEI. Véase M. Arregi, *op. cit.*, p. 192.

298. Sobre los intentos de reforzar el frente diplomático asiático en esta fase, véase O.V. Davydov, «Russia's Foreign Policy in Transition: Prospects and Challenges in the Asia Pacific Region», *Asian perspectives*, vol. 22, n.º 1, primavera de 1998, pp. 53-69; X. Ríos, «Rusia y China, dos gigantes en busca de la grandeza perdida», *Anuario CIP 1999*, pp. 97-106.

299. Aunque hay que resaltar que el papel realizado por la OSCE en estos conflictos ha entrado en abierta competencia con la posición autootorgada por Rusia, más interesada en la perpetuación de las crisis que en su resolución. Véase N. McFarlane y O. Thranet, eds., *Balancing Hegemony: The OSCE in the CIS*, Centre for International Relations, Queens University, Toronto, 1997.

300. De modo parecido C. Claudín analiza las reacciones sociales ante el autoritarismo ruso contemporáneo en su artículo «La sociedad de Rusia: entre el cambio y la continuidad» (*Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, n.º 59, octubre/noviembre de 2002, pp. 7-12).

301. Sobre el desencanto que suponen las nuevas élites rusas pero, al mismo tiempo, la desconfianza hacia unas alternativas inciertas, véase por ejemplo E. Bonner, «El totalitarismo ruso permanece», *Política Exterior*, vol. XV, n.º 82, julio-agosto de 2001, pp. 7-12, o G. Yavlinski, «El falso capitalismo ruso», *Política Exterior*, vol. XIII, n.º 64, julio-agosto de 1998, pp. 75-90.

302. Es el caso, notablemente, de Uzbekistán, pero también de Kazakstán, que pretendió constituirse en los momentos de mayor debilidad de Rusia en eje entre este país y Asia central. Véase O. Roy *et al.*, «Central Asia: Towards a New Great Game?», *Revue internationale et Stratégique*, n.º 34, verano de 1999; o L.-T. Zapater Espí, «El fundamentalismo islámico en Asia central», comunicación presentada en el III Encuentro Español de Estudios sobre la Europa Oriental, Universidad de Valencia, 20 de noviembre de 2002.

303. A menudo los analistas y la prensa se refieren, para hablar de la pérdida del territorio considerado como «propio» por la tradición rusa, como del «retorno a Pereyaslav». El Tratado de Pereyaslav (1653), por el cual el líder cosaco Jmelnitski asoció sus tierras ucranianas al zar a cambio de ayuda militar en su revuelta antipolaca, representa simbólicamente el inicio de la expansión rusa hacia los pueblos vecinos. Hoy esa metáfora es ampliamente utilizada para evocar la nostalgia expansionista rusa y la inconsistencia de las relaciones actuales de Rusia con su ámbito clásico de expansión. Véase, por ejemplo, J. Morrison (1993), «Pereyaslav and After: the Russia-Ukraine Relationship», *International Affairs*, n.º 4 (1993), pp. 677-703.

304. Esta imagen de país frágil e inestable, y sin capacidad de grandes transformaciones políticas comporta la visión de un país polimorfo, donde se superponen una clase próspera y en vías de expansión con una pauperización creciente, una Rusia tradicional, una Rusia nostálgica del bolchevismo y una Rusia ultramoderna. Véanse S. Nunn y A. N. Stulberg, «The Many Faces of modern Russia», *Foreign Affairs*, n.º 2, marzo-abril de 2000, pp. 45-62; R. Rohozinski, «How the Internet

did not Transform Russia», *Current History*, vol. 99, n.º 639, octubre de 2000, pp. 334-338.

305. Se puede aducir que ya existían presiones y chantajes a principios de los noventa, por ejemplo en las disputas con Ucrania sobre su deuda energética o en la misma imposición de las tropas rusas en los conflictos periféricos. Pero en esta nueva fase ya no se trata de presiones sobre determinados gobiernos más o menos hostiles hacia la cohesión de un espacio considerado propio, sino de estrategias de un Estado poderoso hacia estados más débiles.

306. Estos cambios se inician con la victoria socialista en Portugal y la retirada de F. Mitterrand de la presidencia en Francia, ambos acontecimientos sucedidos en 1995, y se mantienen con la victoria, en España, del Partido Popular, que pone fin a la larga presidencia de F. González (marzo de 1996); la victoria en Italia de una coalición de centro-izquierda que aúpa a R. Prodi a presidir el Consejo de Ministros (1996); la victoria laborista en el Reino Unido, que supone la llegada al poder de T. Blair (mayo de 1997) y la llegada al poder en Francia del socialista L. Jospin, que se ve obligado a cohabitar con el presidente J. Chirac (junio de 1997). Tras el Tratado de Amsterdam se produce también el relevo de H. Köhl, en Alemania, derrotado por una coalición de socialdemócratas y ecologistas encabezada por G. Schroeder (septiembre de 1998). Todos estos acontecimientos dan lugar a una nueva generación política que será la encargada de gestar y desarrollar el Tratado de Amsterdam. Véase F. Aldecoa, *op. cit.*, pp. 215-217.

307. Hay que destacar en este sentido los Consejos Europeos de Bruselas de 10 y 11 de diciembre de 1993, de Corfú de 24 y 25 de junio de 1994 y de Madrid de 15 y 16 de diciembre de 1995, el Compromiso de Ioannina de 24 de marzo de 1994 y el Proyecto de mandato de la Conferencia Intergubernamental de 1996, presentado por el Grupo de Reflexión designado por el Consejo Europeo el 16 de enero de 1996, más conocido como Informe Westendorp. Véase *ibidem*, p. 218.

308. En dos casos se sometió la ratificación de Amsterdam a referéndum, en dos países especialmente susceptibles y que, en algún momento u otro, han vivido problemas en sus ratificaciones populares de Tratados europeos: en Dinamarca (7 de mayo de 1998, con un 55,1 % de votantes a favor) y en Irlanda (22 de mayo, con el 61,2 % favorable). Véase F. Aldecoa, *ibidem*, pp. 250-251.

309. Según la descripción que hace E. Barbé, «LA PESC: desafíos políticos y límites institucionales», en E. Barbé, coord., *Política exterior europea*, *op. cit.*, pp. 118-124.

310. Tras los desórdenes acaecidos en este país balcánico por una fuerte crisis financiera, la UE y la UEO constatan la dificultad de movilizarse con urgencia, por lo que los países comunitarios deciden participar en una fuerza multinacional autorizada el 28 de marzo por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas (Resolución 1.101). De este modo la Operación Alba, organizada por Italia, lleva al país balcánico 6.500 soldados básicamente europeos sin la participación de ninguna de las orga-

nizaciones europeas. Véase F. Serra, «La dimensión Este de la UE: políticas para los países de la Europa central, del Este y Rusia», *op. cit.*, p. 186.

311. A principios de 1999 la diplomacia europea pretende adquirir cierto peso en las presiones sobre la Yugoslavia de Milosevic, a raíz de la crisis humanitaria que se produce en Kosovo. Cuando fracasan las conversaciones de Rambouillet (enero) y París (marzo) toma cuerpo la opción de los bombardeos masivos por parte de la OTAN, desvirtuando una vez más el papel de Europa como «potencia civil». Véase R. Romeva, «Kosovo: les lliçons no apreses de Bòsnia», *Diàlegs*, n.º 4, abril-junio de 1999, pp. 123-142.

312. Fue necesario un segundo referéndum, en verano de 2002, para aprobar el Tratado, que no pudo hacerse efectivo hasta principios de 2003.

313. Sin embargo, este papel cohesionador para Europa de la consolidación institucional y la ampliación de la UE también puede ser interpretado en tanto que proyecto expansionista, como hace C. de Cueto Nogueras, en «El intrusismo del proyecto integrador europeo cara al Este», en C. Flores Juberías, coord., *op. cit.*, vol. 2º, pp. 167-188.

314. Chipre, que había presentado su candidatura en 1990, recibe un trato especial dado lo peculiar de su situación política, con un tercio de su territorio ocupado por tropas turcas desde 1974; por ello no la hallamos en el proceso previo de adhesión a través de los acuerdos europeos que sí siguen, en cambio, los países de la Europa central y balcánica.

315. De hecho, la única observación que hace la Comisión en su informe acerca de Estonia es, precisamente, que este país debe acelerar su proceso de concesión de derechos civiles a las minorías.

316. La isla de Malta, que había presentado su candidatura igualmente en 1990, mantiene durante muchos años una actitud dubitativa en la que se sitúa al margen del proceso integrador europeo por causas de política interna, hasta que vuelve a presentar su candidatura en octubre de 1998, quedando asimilada al grupo de la «segunda oleada» de candidatos.

317. Sobre los problemas de la nueva ampliación y de las nuevas fronteras de la UE, especialmente en el Mediterráneo, véase E. Barbé y E. Johansson-Nogués, eds., *Beyond Enlargement: The New Members and New Frontiers of the Enlarged Union*, Institut Universitari d'Estudis Europeus, Barcelona, 2003.

318. El problema de la financiación de la ampliación no ha podido resolverse de modo convincente, dados los elevados costes del proceso y la falta de recursos previstos para el mismo, y ha sido uno de los mayores inconvenientes para la aceleración de dicho proceso. Véase M. Salomón, «L'ampliació de la Unió Europea per al nou mil·lenni», *L'avenç*, n.º 232, 2001, pp. 36-40.

319. Sobre las sensibilidades demostradas por Rusia respecto a esta ampliación, véase F. Serra, «Las nuevas relaciones entre Rusia y la UE en vista de la ampliación comunitaria», comunicación presentada en el III Encuentro Español de Estudios sobre la Europa Oriental, Universitat de València, 20 de noviembre de 2002.

320. Sin embargo, las relaciones entre Rusia y los estados bálticos se han encaminando hacia una normalidad que obvia los problemas de ciudadanía. Véase A. Moshes, *Overcoming Unfriendly Stability: Russian-Latvian Relations at the End of 1990s*, Programme on the Northern Dimensions of the CFSP, Ulkopollittinen instituutti-Institut für Europäische Politik, Helsinki, 1999.

321. Las presiones internacionales sobre Letonia y Estonia han logrado disminuir el problema de los apátridas y evitar esta condición, por ejemplo, a los niños nacidos después de agosto de 1991 (en el caso letón) o febrero de 1992 (en Estonia). De todos modos, la situación sigue siendo crítica para cientos de miles de adultos.

322. Los porcentajes corresponden al total de la población de cada república, o de la suma de las dos. En este contexto entendemos por «eslavos orientales» o, abusivamente, «eslavos» a la suma de rusos, ucranianos y bielorrusos.

323. Cerca del 80 % de los que hemos cualificado como «eslavos orientales» son rusos, como hemos visto en los gráficos anteriores, pero a ello hay que añadir que cerca de la mitad de los ucranianos y bielorrusos que habitan en el báltico tienen el ruso como lengua propia, según los censos citados; por otra parte, estos grupos eslavos han hecho causa común con los rusos en sus reivindicaciones culturales y políticas en dichos países. Véase S. Arnswald y M. Jopp, *The Implications of Baltic States' EU Membership*, *op. cit.*

324. Por supuesto, ello puede representar además una amenaza permanente a las buenas relaciones entre Rusia y la Unión Europea, pendientes en buena medida de la situación de este punto de solapamiento. Véase, en este sentido, S. Medvedev, *Russia's Futures. Implications for the EU, the North and the Baltic Region*, Programme on the Northern Dimensions of the CFSP, Ulkopollittinen instituutti-Institut für Europäische Politik, Helsinki, 2000.

325. La región de Kaliningrado tiene unos 17.500 km² y cerca de 800.000 habitantes. Se halla situada entre el mar Báltico, Polonia y Lituania y, por lo tanto, aislada territorialmente del resto de Rusia. Perteneciente a Alemania hasta la segunda guerra mundial (se trata de la antigua Königsberg, patria de Kant), su población rusa es de reciente arraigo, atraída por unas instalaciones militares y portuarias hoy en declive. Su renta *per cápita* es un 35 % inferior a la media rusa, y el 30 % de la población vive bajo el umbral de pobreza. Europol ha detectado un nivel alarmante de delincuencia transfronteriza (tráfico de drogas y mujeres, inmigración ilegal, refugio de coches robados, etc.) en la región. Véase M. Herrero de la Fuente, «El futuro de Kaliningrado ante la ampliación de la UE y la OTAN», comunicación presentada en el III Encuentro Español de Estudios sobre la Europa Oriental, Universidad de Valencia, 20 de noviembre de 2002.

326. Los intereses rusos son vistos, a lo largo de esta fase, como incompatibles con las tendencias a la consolidación de la hegemonía occidental. Ello lo ilustra perfectamente J. H Billington en «The West Stake in Russia's Future», *Orbis*, vol. 41, n.º 4, otoño de 1997.

327. Debo señalar que en la identificación del nacionalismo ruso con la solidaridad religiosa intervienen factores a menudo ajenos no ya a la religión, sino a la simple solidaridad internacional y ahí se oculta una voluntad intervencionista clara y una cosmogonía centrada exclusivamente en el pueblo ruso. Así lo entiende, por ejemplo, E. Gellner: «Los eslavófilos eran, en un sentido y por decirlo de algún modo, ortodoxófilos y cierto elemento de esta actitud pervivió hasta bien entrada la década de 1990. Este elemento pudo apreciarse claramente en la actitud que mantuvo Rusia respecto al conflicto yugoslavo, si bien debe añadirse que, en la nueva derecha rusa, existe también otro segmento que halla el alma rusa no en la ortodoxia sino en el paganismo eslavo» (*Nacionalismo*, Destino, Barcelona, 1998, p. 147).

328. Unión coyuntural que no dejó de producir resentimiento entre la población albanokosovar. Para obtener una impresión cercana a los sentimientos de dicha población, véase el testimonio de I. Kadare *et al.*, *The Southern Balkans: perspectives from the Region*, Challiot Papers, n.º 46, Institute for Security Studies, abril de 2001.

329. Aparte de la actividad diplomática rusa y el posicionamiento conocido y lógico de Belarús a favor de Yugoslavia, no se produce ningún otro movimiento de solidaridad con Milosevic que responda a las esperanzas rusas de crear una nueva área de influencia «antihegemónica» a su alrededor. Aunque es cierto que en estos países se activa cierta movilización ciudadana proyugoslava, pesan más tanto en la clase política como en la ciudadanía en general los vínculos con Occidente o los recelos hacia el expansionismo ruso o yugoslavo, según el caso. Es sintomática, en cambio (aunque perfectamente reducible al campo anecdótico) la decisión del Parlamento yugoslavo, durante el conflicto, de incorporarse al proyecto de unión política entre Rusia y Belarús, incorporación rechazada más tarde por todas las partes involucradas. Véase N.-A. Arbatova, «The Balkan's test for Russia», en V. Baranovski, ed., *Russia and Europe, op cit.*

330. Durante la crisis de Kosovo hasta el 98 % de los rusos entrevistados se manifestaron contrarios a las acciones de la OTAN. En otro sondeo realizado algunos meses más tarde, el 66 % de los entrevistados consideraban que la ampliación de la OTAN era una amenaza contra Rusia (datos extraídos de la participación según P. Felgenhauer, analista de seguridad del *Moscow Times* y el diario *Segodnya*, en el seminario *New Challenges for European Security*, convocado por la Fundació CIDOB en Barcelona, en noviembre de 1999).

331. Como sucedió a principios de 2002, en que Tblisi permitió la llegada al país de soldados estadounidenses para controlar el corredor de Pankisi, supuesto santuario de los guerrilleros chechenos y posible nexo de conexión entre estos guerrilleros y sus contactos islamistas internacionales. La presencia de estas tropas levantó una polvareda de protestas en medios políticos rusos, finalmente acalladas por el buen talante con que el presidente Putin aceptó a estos movimientos de tropas estadounidenses en territorio de influencia tradicional rusa. Véanse, al respecto, M. Chillaud e I. Facon, «Le rôle de la Russie dans la sécurité européenne», *Le courrier des pays de l'Est*, n.º 1.025, mayo de 2002, pp. 31-38; J. M. Palacios y P. Arana,

«Doctrina militar rusa: herencia soviética, realidades postsoviéticas, perspectiva europea», *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, n.º 59, octubre/noviembre de 2002, pp. 81-104.

332. Véanse, en este sentido, las obras ya mencionadas más arriba de D. Calleo, «NATO Enlargement as a Problem for Security in Europe», *op. cit.*; O. Alexandrova, «The NATO-Ukraine Charter: Kiev's Euro-Atlantic Integration», *Aussenpolitik*, vol. 48, 4º trimestre de 1997; o R. Sokolsky y T. Charlick-Paley, «Look Before NATO leaps into the Caspian», *op. cit.*

333. Véase J. Leggold, «NATO's Post-Cold War Collective Action Problem», *International Security*, n.º 1, vol. 23, verano de 1998, o G. Wettig, «NATO, Russia and European Security after the Cold War», *op. cit.*

334. Las causas habría que buscarlas, probablemente, en la desintegración paulatina del comercio interno de la CEI. Según el *Economist Intelligence Unit* (1998, citado por G. Marín, «¿Se han acabado las guerras en la antigua URSS?», *op. cit.*, p. 9), si en 1990 las exportaciones rusas se dirigían en un 70 % al resto de la URSS y las importaciones de estas repúblicas representaban el 47 % del total ruso, en 1997 los países de la CEI recibían el 19 % de las exportaciones rusas y originaban el 35 % de sus importaciones.

335. Véase Arregi, *op. cit.*, p. 134.

336. Véanse J. Sherr, «Russia Returns to Europe», *NATO's Special Adviser for Central & Eastern European Affairs*, 28 de abril de 1994; G. Wettig, «Moscow's Perception of NATO's role», *Aussenpolitik*, vol. 45, 1999, n.º 2, pp. 123-133.

337. En general, sin embargo, esta firma no da lugar a un fuerte optimismo de los observadores acerca de la disminución de la tensión entre Rusia y la OTAN. Véase, por ejemplo, Th. Delpéch, «La question russe après l'accord avec l'OTAN», *Politique étrangère*, n.º 3, Institut Français des Relations Internationales, 1997.

338. Tratado que parece acallar las quejas de Moscú, pero que no está exento de crisis en Occidente, como muestra el artículo de K-H. Kamp, «The NATO-Russia Founding Act. Trojan Horse or Milestone of Reconciliation?», *Aussenpolitik*, n.º 4, vol. 48, 1997.

339. Como se destaca en V. Shemiatenkov, «Russia-Neighbour, Partner and Enigma», en la página web del *European Policy Centre* (<http://207.68.164.250/>), 20 de junio de 2000.

340. Sobre el posible mantenimiento de la tensión Rusia-OTAN tras el ingreso de los países bálticos en la Alianza Atlántica, véase D. Trenin y P. van Ham, *Russia and the United States in Northern European Security*, Programme on the Northern Dimensions of the CFSP, Ulkpolittinen instituutti-Institut für Europäische Politik, Helsinki, 2000.

341. Estos datos y la mayor parte de los que vienen a continuación han sido extraídos de *L'état du monde 2002* (y ediciones anteriores, La Découverte, París, 2001) y de http://www.europa.eu.int/comm/external_relations/russia/intro/.

342. Hallamos un ejemplo claro de aplicación del Programa TACIS en la reinserción del personal militar en «L'intégration des anciens militaires russes à la vie civile: un exemple d'assistance de Tacis», *Le courrier des pays de l'Est*, n.º 1.025, mayo de 2002, pp. 27-30.

343. Véase http://www.europa.eu.int/comm/external_relations/russia/intro/index.htm.

344. Un análisis particularmente lúcido de la evolución en los últimos años de las relaciones políticas entre Rusia y la UE, así como de las motivaciones políticas de dicha evolución, lo hallamos en V. Baranovsky, *Russia's Attitudes Towards the EU: Political Aspects*, Programme on the Northern Dimensions of the CFSP, Ulkopolittinen instituutti-Institut für Europäische Politik, Helsinki, 2002.

345. Ya se ha convertido en lugar común la frase del alto representante de la UE para la PESC, Javier Solana, al calificar a las estrategias comunes de «árbol de Navidad» por su función estrictamente ornamental. En el caso ruso, resulta significativo el artículo de Yu. Borko, «The European Union's Common Strategy on Russia: A Russian View», H. Haukkala y S. Medvedev, eds., *The EU Common Strategy on Russia: Learning the Grammar of the CFSP*, Programme on the Northern Dimensions of the CFSP, Ulkopolittinen instituutti-Institut für Europäische Politik, Helsinki, 2001, pp. 117-143. Véanse también S. de Spiegeleire, «Towards a Genuinely Common EU Strategy on Russia», en la página web del *European Policy Center* (<http://207.68.164.250/>), 4 de marzo de 2003; H. Haukkala, «The Making of the European Union's Common Strategy on Russia», en H. Haukkala y S. Medvedev, eds., *op. cit.*, pp. 22-80; S. de Spiegeleire, «The Implementation of the EU's Common Strategy on Russia», en H. Haukkala y S. Medvedev, eds., *op. cit.*, pp. 81-116; A. Slim, «Le programme Tacis pour la Russie: un bilan est-il possible?», *Le courrier des pays de l'Est*, n.º 1.025, mayo de 2002, pp. 17-26.

346. Hay que destacar, sin embargo, las cada vez más frecuentes críticas a la indefinición de un modelo institucionalizado de relación comercial y política de la UE con Rusia, como refleja C. Bayou, en «La Russie et l'Europe, les relations économiques actuelles. De la nécessaire définition d'un projet», *Le courrier des pays de l'Est*, n.º 434, noviembre de 1998.

347. Acerca del nuevo pragmatismo económico y de los resultados positivos de la economía rusa en este período, véase G. Khanin y N. Suslov, «The real Sector of the Russian Economy: Estimation and Analysis», *Europe-Asia Studies*, vol. 51, n.º 8, diciembre de 2000, pp. 1.433-1.454.

348. En este contexto cabe situar la reciente legislación aprobada a partir de 1999 que prevé facilitar la inversión internacional en el país. Véase al respecto K. Hendley *et al.*, «Law, Relationships and private Enforcement: transactional Strategies of Russian Enterprises», *Europe-Asia studies*, vol. 52, n.º 4, junio de 2000, pp. 627-656.

349. Los datos detallados del comercio entre la Federación Rusa y los países de la UE, así como con los candidatos al ingreso en esta última, pueden consultarse en

Revista CIDOB d'Afers Internacionals, n.º 59, octubre/noviembre de 2002, pp. 201-205, así como en *Anuario CIDOB 2001*, Barcelona, 2002, pp. 259-262. Véase, en la página siguiente de esta tesis, sendos cuadros sobre el comercio ruso y su evolución y sobre los intercambios comerciales entre la Federación Rusa y los países de la UE.

350. La cooperación económica entre Rusia y la UE levanta enormes expectativas en los sectores políticos y económicos rusos, pero sería injusto no mencionar también las susceptibilidades y resentimientos levantados por la relación con un socio evidentemente más poderoso y que en gran medida hipoteca el desarrollo económico y político del país. Ello se ve bien reflejado, por ejemplo, en V. Rizhkov, «Rusia ante la UE: entre la admiración y la decepción» (en *El País* de 9/3/2002, p. 8), donde el autor se lamenta de la incompreensión occidental hacia el sentimiento de frustración de Rusia por el desencuentro consigo misma, así como de la desconfianza de los rusos hacia un mecanismo político que no acaban de comprender.

351. En los eurobarómetros de este período únicamente Polonia, Hungría y la República Checa reciben el beneplácito de una mayoría de los encuestados, mientras que el resto de los países candidatos reciben más rechazos que apoyos. Véase http://www.europa.eu.int/comm/public_opinion/.

352. Como refleja el análisis que hallamos en N. Malcolm, «The Common Europe Home and Soviet European Policy», *International Affairs*, vol. 65, n.º 4, 1989, pp. 659-676, al considerar a Rusia como parte del área de ampliación europea a largo plazo.

353. Resulta muy ilustrativo el lúcido análisis que hace V. Baranovski, en su artículo «Russia: a Part of Europe or Apart from Europe?», *International Affairs*, vol. 76, n.º 3, julio de 2000, pp. 443-458, en el que el autor resalta la necesidad estructural de una cooperación e imbricación institucional con Europa para que Rusia recupere su propia identidad.

354. Esta visión condiciona, por supuesto, la propia evolución de las políticas de Washington, que se ve obligado a actuar con una cautela especial en sus relaciones con Rusia y sus vecinos inmediatos. Véase A. Chayes *et al.*, «The Development of US Policy Towards the Former Soviet Union», en A. Arbatov *et al.*, *op. cit.*

355. La hostilidad contra las tropas rusas no había cesado tampoco en este período. Véase A. Geibel, «Khattab's audacious Raid (22 December 1997): Prelude to the second Chechen War», *Central Asian Survey*, vol. 19, n.ºs 3-4, septiembre-diciembre de 2000, pp. 341-349.

356. Por supuesto, las autoridades chechenas, desde la perspectiva de defensa de sus propias instituciones, procuran la permanencia de cierta estabilidad en la región antes de la intervención, suficiente cuando menos para no justificar la agresión del ejército. Véase A. Maskhadov, «Open Letter to the French Philosopher André Glucksman», *Central Asian Survey*, vol. 19, n.ºs 3-4, septiembre-diciembre de 2000, pp. 309-314.

357. El primero de estos atentados tuvo lugar en marzo de 1999 en Vladikavkaz, con el resultado de 50 muertos; el 31 de agosto estalló una bomba en un centro

comercial moscovita cercano al Kremlin, con el resultado de 41 heridos. El 4 de septiembre se produce un atentado con coche bomba en Buinaksk (Daguestán), con el resultado de 64 muertos. El atentado más grave ocurrió de nuevo en Moscú, donde el 13 de septiembre una bomba destruyó un bloque de viviendas, causando un total de 118 muertos (véase «Chechenia, de guerra en guerra», dossier publicado en *Anuario internacional CIDOB 1999*, Barcelona, 2000, pp. 281-289). La autoría de estos atentados, atribuidos por las autoridades rusas a grupos chechenos, ha sido fuertemente contestada por las autoridades de esta región y por varios grupos guerrilleros, además de por varios observadores, que ven en estas operaciones simplemente la excusa ideal por parte de las fuerzas armadas rusas de una operación largamente diseñada pero que precisaba garantizar el favor de la sociedad rusa. Aunque nunca se ha podido demostrar la autoría real de los atentados, no faltan insinuaciones de que hubieran podido ser los mismos cuerpos de seguridad rusos los que habrían preparado esta campaña de terror. Véase N. Sainz, «Una década de posguerra fría en el Cáucaso: las guerras en Chechenia», *op. cit.*; C. Taibo, «Chechenia», *El País*, 29/2/2000 (p. 14); F. Valdés, «Guerra y barbarie en Chechenia», *Política Exterior*, n.º 73, enero-febrero de 2000, vol. XIV, pp. 43-73; J. Radvanyi *et al.*, «Le Nord-Caucase dans la crise», *Le courrier des pays de l'Est*, n.º 1.009, septiembre-diciembre de 2000, pp. 3-46.

358. La primera incursión sobre Daguestán se produce el 7 de agosto, y las fuerzas rusas no logran repeler el ataque hasta el 14 de septiembre. Véase el dossier «Chechenia, de guerra en guerra», *op. cit.*, pp. 281-289.

359. El desorden de los primeros meses de campaña y el temor (lógico, por otra parte) de que se repitiera el cataclismo de 1994 queda reflejado, por ejemplo, en R. Menon y G. E. Fuller, «Russia's Ruinous Chechen War», *Foreign Affairs*, n.º 2, marzo-abril de 2000, pp. 32-44; M. R. Meneses Aranda, «Rusia ante el abismo de Chechenia», *Papeles de cuestiones internacionales*, n.º 70, primavera de 2000, pp. 73-80; o S. Ribote, «Txetxènia, un nou holocaust», *Europa de les nacions*, n.º 42, primavera de 2000, pp. 10-18.

360. En esta ofensiva el ejército vuelve a tomar un fuerte papel decisivo, incluso con una alarmante autonomía respecto de los poderes políticos. Véase I. Facon, «L'armée russe et la seconde guerre de Tchétchénie», *Le courrier des pays de l'Est*, n.º 1.018, septiembre de 2000, pp. 27-38.

361. Véanse, con relación a este extremo, X. Ríos, «Chechenia: operaciones en el patio trasero», *Anuario CIP 2001*, pp. 171-187; M. Fredholm, «The Prospects for Genocide in Chechnya and extremist Retaliation against the West», *Central Asian survey*, vol. 19, n.ºs 3-4, septiembre-diciembre de 2000, pp. 315-327.

362. Incluso se puede advertir cierta autocritica de la opinión pública europea respecto a la anterior condena a Rusia por su actitud en Chechenia, como se observa en A. Lieven, «Through a Distorted Lens: Chechnya and the Western Media», *Current History*, vol. 99, n.º 639, octubre de 2000, pp. 321-328.

363. Es el caso, sobre todo, de la reacción que protagonizó la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa, que en abril de 2000 condenó con rotundidad la actuación rusa y amenazó con la expulsión inminente de Rusia si ésta no corregía su actitud. Los propios organismos del Consejo de Europa se encargaron de suavizar esta condena radical, e incluso la Unión Europea, por medio de sus ministros de Asuntos Exteriores, solicitó al Consejo de Europa que no aislara a Rusia (véase S. Enguix, «Los Quince piden al Consejo de Europa que no aisle a Rusia», *La Vanguardia*, 11 de abril de 2000).

364. A pesar de que la OSCE no llega a aprobar ninguna resolución condenatoria a Rusia por su actuación en Chechenia, Yeltsin mantiene una actitud arrogante ante las críticas vertidas en la cumbre; declara que los occidentales no tienen derecho a criticar a Rusia por un asunto de política interna y abandona la reunión antes de lo previsto como muestra de descontento. Véanse el dossier «Chechenia, de guerra en guerra», *op. cit.*, p. 285 y A. Bloed, «OSCE Chronicle. The OSCE and the conflict in Chechnya», *Helsinki Monitor*, vol. 11, n.º 2, 2000, pp. 58-60.

365. El 30 del mismo mes de diciembre una declaración de la presidencia del Consejo se pronuncia a favor de un alto el fuego inmediato que permita la evacuación de Grozny y da su pleno apoyo a la gestión de la OSCE. En los sucesos previos al conflicto, otra declaración de la presidencia, del 13 de agosto, condenaba las incursiones chechenas a Daguestán y la instauración de un «Estado islámico independiente de Daguestán»

366. Incluso hallamos opciones favorables a la misma o, por lo menos, a encontrar un acuerdo pacífico con las autoridades rusas, entre las cuales se encuentran voces tan cualificadas como la de A. Kadírov, muftí de Chechenia e históricamente independentista, que criticaba abiertamente a Masjádov, a los jefes militares chechenos y, sobre todo, a la penetración sectaria extranjera de corte integrista, especialmente de origen saudí. Véase el dossier «Chechenia, de guerra en guerra», *op. cit.*, p. 285. Kadírov, puesto al mando de la Administración rusa de Chechenia y elegido presidente de la república en un proceso electoral poco transparente en 2002, falleció víctima de un atentado de la insurgencia en mayo de 2004.

367. Sobre esta posibilidad de escapar a la influencia rusa en Asia central, véase A. Soto, «Reflexiones sobre Rusia y Asia central: senderos que se cruzan y bifurcan», *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, n.º 59, octubre/noviembre de 2002, pp. 123-139; en cuanto a la importancia de los hidrocarburos en dichas relaciones, véase C. Locatelli, «Du gaz pour l'Asie: les enjeux de la concurrence entre la Caspienne et la Russie», *Problèmes économiques*, n.º 2.603, febrero de 1999, pp. 11-17.

368. Sobre las implicaciones económicas de los conflictos de Chechenia, véanse C. Taibo, *El conflicto de Chechenia: una guía introductoria*, *op. cit.*; F. Valdés, «Guerra y barbarie en Chechenia», *op. cit.*; o F. Serra, «La multidimensionalidad del conflicto checheno, entre la cohesión social rusa y la seguridad regional en el Cáucaso», *op. cit.*

369. El carácter designado del nuevo presidente es destacado en L. Shevstova, «Yeltsin and the Evolution of Electoral Monarchy in Russia», *Current History*, vol. 99, n.º 639, octubre de 2000, pp. 315-320, así como en D. Valcárcel, «Enigmas rusos», *Política Exterior*, n.º 72, noviembre-diciembre de 1999, pp. 95-103.

370. Y. Lacoste en «La Russie, dix ans après» (*Le Hérodote*, n.º 104, 1r. trimestre de 2002, pp. 3-222) considera esta sucesión el modo más digno de abandonar el poder por alguien que se había dejado mimar por el mismo y que lo cede no tanto por su impopularidad, a la que ya se había adaptado, como por su propia debilidad física.

371. Putin no descarta, sin embargo la promoción de la empresa privada, lo que se traduce en un reforzamiento del capitalismo que da lugar a algunas protestas sociales rápidamente silenciadas gracias a las políticas populistas del presidente. Véase al respecto K. Clément, «Enjeux et luttes sociales en Russie: la réforme sur Code du travail», *Le courrier des pays de l'Est*, n.º 1.019, octubre de 2001, pp. 35-49.

372. El amplio poder que Yeltsin había reconocido a las regiones, en parte para pagar favores políticos y en parte para evitar un nuevo frente de combate con las élites periféricas, suponía, a los ojos de gran parte de la opinión pública rusa, una muestra de debilidad del Estado, por lo que la imposición del orden central ruso y de la prevalencia legal de las instituciones federales se recibía como una muestra de energía por parte del nuevo presidente. Sobre la problemática de las regiones rusas véanse M. Nicholson, «Towards a Russia of the Regions», *Adelphi Papers*, n.º 330, 1999, pp. 7-88; G. M. Easter, «Redefining Centre-Regional Relations in the Russian Federation: Sverdlovsk Oblast», *Europe-Asia Studies*, vol. 49, n.º 4, junio de 1997, pp. 617-635; G. V. Golosov, «From Adygeya to Yaroslavl: Factors of Party Development in the Regions of Russia, 1995-1998», *Europe-Asia Studies*, vol. 51, n.º 8, diciembre de 1999, pp. 1.333-1.365; Ph. Hanson, «How many Russias? Russia's Regions and their Adjustment to Economic Change», *The international spectator*, vol. XXXII, n.º 1, enero-marzo de 1997, pp. 39-52; C. Rodríguez Aguilera de Prat, «Asimetría federal y relaciones bilaterales centro-periferia en Rusia», *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, n.ºs 51-52 (diciembre de 2000-enero de 2001), pp. 7-24; A. White, «Social Change in Provincial Russia: the Intelligentsia in a Raion Centre», *Europe-Asia Studies*, vol. 52, n.º 4, junio de 2000, pp. 677-694.

373. Véase A. Gazier, «La mise au pas des régions russes? La réforme institutionnelle de Vladimir Poutine», *Le courrier des pays de l'Est*, n.º 1.015, mayo de 2001, pp. 4-14, así como N. Lapina, «Les dirigeants régionaux et la pouvoir fédéral: une suite de compromis», *Le courrier des pays de l'Est*, n.º 1.015, mayo de 2001, pp. 15-24. Sobre las consecuencias étnicas de la nueva política hacia las regiones véase G. Smith, «Russia, Multiculturalism and Federal Justice», *Europe-Asia Studies*, vol. 50, n.º 8, diciembre de 1998, pp. 1.393-1.411.

374. Una de las políticas de Putin que le valdrá mayor popularidad será la normalización del sistema impositivo, una de las causas principales de la debilidad del Estado bajo Yeltsin. Véase F. Gregory y G. Brooke, «Policing economic Transition

and Increasing Revenue: a Case Study of the Federal Tax Police Service of the Russian Federation 1992-1998», *Europe-Asia studies*, vol. 52, n.º 3, mayo de 2000, pp. 433-455.

375. De esta *entente* política encontramos un profundo e interesante análisis en S. Kovalev, «La Rusia de Vladimir Putin», *Política Exterior*, n.º 74, marzo-abril de 2000, pp. 41-56, quien resalta el papel de Putin como superador de una fase de disensiones políticas en Rusia.

376. Normalmente se considera que los comunistas tocaron su techo electoral con el amplio, pero aún minoritario, 40 % de los votos que obtuvo Ziugánov en las elecciones presidenciales de junio de 1996, y Yeltsin no tuvo demasiadas dificultades para asegurar la elección de su protegido V. Putin, a principios de 2000. Sin embargo, no podemos olvidar las frecuentes alianzas que forman los comunistas y los diversos frentes ultranacionalistas en la *Duma*, lo que obliga al Kremlin a adoptar una política permanente de concesiones nacionalistas. Véase J.-R. Raviot, «Une nouvelle classe politique en Russie?», *Le courrier des pays de l'Est*, n.º 1.015, mayo de 2001, pp. 25-34; L. X. València i Montes, «Presidente y Parlamento en Rusia: un decenio de tensas relaciones», *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, n.º 59, octubre/noviembre de 2002, pp. 33-52.

377. Durante días, el ejército y el gobierno no concedieron apenas ninguna información sobre la catástrofe y sobre la identidad de su tripulación. Más tarde, las autoridades rusas se negaron a ceder información que hubiera sido valiosa a empresas y gobiernos occidentales para el salvamento del submarino, aduciendo el carácter restringido del proyecto militar en que estaba inscrito el viaje del *Kursk*. Los familiares de los marinos fallecidos se quejaron repetidas veces de las trabas puestas para obtener información de los sucesos y, más tarde, para recuperar los cadáveres.

378. Sobre las catástrofes que pusieron a prueba los primeros meses de presidencia de Putin, y su modo de enfrentarse a las mismas, véase M. McFaul, «Putin in Power», *Current History*, vol. 99, n.º 639, octubre de 2000, pp. 307-314.

379. A fines de 2002 un comando guerrillero formado por unas cincuenta personas tomó el teatro de la moscovita calle Dubrovka con unos 800 rehenes en su interior, y colocó estratégicamente explosivos en el interior del edificio para hacer verosímil su amenaza de volarlo. Tras tres días de difícil negociación, Putin dio instrucciones de tomar el teatro por la fuerza. El dispositivo, a manos de cuerpos especiales del ejército, consistió en introducir una sustancia anestésica en el edificio para poder asaltarlo sin que los guerrilleros pudieran reaccionar. Los efectos del gas inoculado, cuya fórmula ni antídoto fueron facilitados por el gobierno, y los métodos expeditivos de la operación que aniquilaron *in situ* a los guerrilleros, causaron cerca de 120 muertos, mayoritariamente rehenes.

380. Una de las primeras tareas de Putin al llegar a la presidencia fue asegurar el apoyo de la prensa, empezando por las televisiones. En la purga de los oligarcas que tanto apoyo le granjeó los primeros días de su mandato, Putin se desembarazó en

primer lugar de los grandes empresarios mediáticos y puso bajo su control a las grandes cadenas televisivas ORT y NTV. A lo largo de los siguientes años fue aumentando su control hacia la prensa escrita y los medios regionales. Véanse L. S. Wolosky, *op. cit.*; A. Sánchez Andrés, «Presidencia de Vladimir Putin», *Política Exterior*, vol. XV, n.º 83, septiembre/octubre de 2001, pp. 22-30; así como L. Rucker, «Russie 2000-2001: une nouvelle équation à plusieurs inconnues», *Le courrier des pays de l'Est*, n.º 1.020, noviembre-diciembre de 2001, pp. 111-146.

381. En abril de 2000 un grupo de 21 intelectuales rusos de renombre internacional, encabezados por el cineasta N. Mijaikov, el pianista N. Petro y el violinista Yu. Bashmiot, presentaron una declaración de apoyo a la presidencia rusa y a las operaciones «antiterroristas» en Chechenia, con un claro mensaje antioccidental. Véase R. Poch, «Intelectuales rusos declaran su apoyo a la “operación antiterrorista” en Chechenia», *La Vanguardia*, 5 de abril de 2000.

382. Con relación al mensaje tranquilizador de Putin a la sociedad rusa y, muy especialmente, a la clase empresarial, véase A. Sánchez Andrés, «Presidencia de Vladimir Putin», *op. cit.*, así como J. R. Raviot, J. «Le triomphe de l'ordre établi», *Le courrier des pays de l'Est*, n.º 1.004, abril de 2000, pp. 4-26.

383. Antes de abandonar la presidencia, B. Yeltsin consigue un compromiso por parte de Putin de inmunidad judicial para él y sus allegados más cercanos acerca sus responsabilidades en los largos años de gobierno y los alegatos interpuestos contra él. Véase L. S. Wolosky, *op. cit.*

384. Es significativo al respecto el apoyo decidido que recibe Putin de los sectores neourasianistas, que ven en su política de acercamiento a Asia un guiño a sus teorías. Véase Yu. Yasmann, *op. cit.*, así como la página web <http://www.dugin.ru:8101/EURASIA/manifest.htm>.

385. Sobre las posiciones a menudo contradictorias de la sociedad rusa frente a la presidencia de Putin, véase C. Claudín, «La sociedad de Rusia: entre el cambio y la continuidad», *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, n.º 59, octubre/noviembre de 2002, pp. 7-12.

386. Es significativo que Putin, para celebrar su elección presidencial, en febrero de 2000, lo exteriorizase disparando tres misiles, en un gesto que fue interpretado en Rusia como de afirmación y advertencia cara al exterior. Observadores como Romero Aznar, *op. cit.*, señalan la importancia simbólica que tuvo este gesto en los sectores populares más resentidos respecto a la pérdida de peso de Rusia en la esfera internacional, y que siguen confiando en la regeneración de la potencia rusa por vía de su industria militar.

387. No tan sorprendente si tenemos en cuenta las declaraciones similares realizadas por Yeltsin ocho años atrás. Sin embargo, ayudan a entender este gesto las puntualizaciones realizadas por Leónid Iváshov, jefe del Departamento Internacional del Ministerio ruso de Defensa, a la prensa española, al afirmar que hay que tomar esta posibilidad «sólo de forma hipotética. Y sería en otra OTAN, no en un bloque militar

agresivo, sino en un organismo pacífico destinado a garantizar la seguridad en Europa» (*El País*, 15 de marzo de 2000, p. 4).

388. En este aspecto vemos una vez más el apoyo que garantiza la UE a las Naciones Unidas como un arma dialéctica contra Estados Unidos para ofrecerse ante la propia opinión pública interior e internacional como la «potencia civil» que contrasta con los métodos agresivos de Washington. Del mismo modo, el apoyo ruso a las posiciones europeas no deja de ser retórico y muy rentable cara al consumo interior ruso. Véase al respecto V. Baranovski, *Russia's Attitudes Towards the EU: Political Aspects*, *op. cit.*

389. En efecto, a partir de 2000 cuando se materializan los instrumentos de coordinación institucional previstos en el ACC, como las cumbres semestrales o los Consejos de Cooperación, que se reúnen anualmente. Esta activación del diálogo político entre la UE y Rusia precisamente durante la segunda ofensiva de Chechenia contrasta vivamente con el *impasse* político producido a raíz de la primera intervención, en 1994. Véanse, al respecto, N. Housepyan y L. Tsukanova, «Chechnya and Russia, War and Peace», *New Times*, n.º 9, septiembre de 2002, pp. 6-13; D. Danilov y S. de Spiegeleire, *From Decoupling to Recoupling. A New Security Relationship between Russia and Western Europe?*, Chailiot Papers, n.º 31, Institute for Security Studies, abril de 1998. Sobre la política de Rusia y Europa en este período, véase V. Shemiatenkov, «Russia and Europe After Nice», en la página web del *European Policy Center* (<http://207.68.164.250/>), 2 de agosto de 2000.

390. En este período vuelve a reavivarse el debate acerca de la capacidad disuasoria de la industria militar rusa y la importancia que conlleva el mantenimiento de un fuerte arsenal nuclear como garante de la seguridad nacional, frente a una amenaza difuminada pero real de Occidente. Esto acarreará dificultades más adelante a Putin cuando, por razones económicas, querrá reducir dicho arsenal. Véanse C. A. Wallander, «Russia's New Security Policy and the Ballistic Missile Defense Debate», *Current History*, vol. 99, n.º 639, octubre de 2000, pp. 339-344; T. Lines, «At Peace but Insecure: the Paradoxes of Post-soviet Life», *IDS Bulletin*, vol. 32, n.º 2, abril de 2001, pp. 25-34.

391. El nuevo papel de Rusia como potencia regional ya desde la última fase del período Yeltsin es destacado en R. J. Art, «Geopolitics Updated», *International Security*, vol. 23, n.º 3, invierno de 1998-1999.

392. Sobre la alianza que han ido forjando Rusia y Belarús y sus connotaciones de sensación de amenaza por parte de Occidente, véase S. Main, «Geopolitics and Security: Belarussian-Russian Military Cooperation 1991-2002», A. Lewis, ed., *op. cit.*, pp. 229-248.

393. Lo cual ha permitido a algunos analistas prever una futura alianza estratégica entre los tres estados, en el supuesto que sigan evolucionando hacia la superación de sus divergencias. Véase V. Kremen, «The East Slav Triangle», V. Baranovski, ed., *Russia and Europe*, *op. cit.*

394. Véase M. Chillaud e I. Facon, «Le rôle de la Russie dans la sécurité européenne», *Le courrier des pays de l'Est*, n.º 1.025, mayo de 2002, pp. 31-38; V. Baranovski, «11 septembre: une vision russe», *Politique étrangère*, n.º 1, enero-marzo de 2002, pp. 9-20.

395. Ya se había percibido una sintonía entre Moscú y Washington sobre la cuestión chechena antes del 11 de septiembre, como se analiza en J. Radvanyi, «Conflicts caucasiens et bras de fer russo-américain», *Le Monde Diplomatique*, n.º 559, octubre de 2000, pp. 18-19.

396. Véase F. Serra, «El Consejo OTAN-Rusia, ¿inicio de una nueva etapa en las relaciones Este-Oeste?», *Revista Española de Derecho Internacional*, enero de 2003.

397. El problema de estos misiles ya era percibido desde tiempo atrás por ambas partes (véanse, por ejemplo, A. Pikayev *et al.*, *Russia, the US and the Missile Technology Control Regime*, Adelphi Paper, n.º 317, International Institute for Strategic Studies, Oxford University Press, Nueva York, 1998; o J. Mendelsohn, «America, Russia and the Future of Arms Control», *Current History*, vol. 100, n.º 648, octubre de 2001, pp. 323-329), de modo que en realidad podemos hablar del aprovechamiento de una circunstancia perentoria por ambas partes para realizar un paso deseado e incluso necesario pero que las presiones sociales y políticas habituales impedían.

398. Véanse al respecto D. F. Lyndelle y A. Sergounin, *Are Borders Barriers? EU Enlargement and the Russian Region of Kaliningrad*, *op. cit.*; V. Lamande y E. Lefebvre, «Un nouveau mur pour Kaliningrad», *Le courrier des pays de l'Est*, n.º 1.025, mayo de 2002, pp. 39-49.

399. Véase http://www.europa.eu.int/comm/external_relations/north_dim/news/patten/ip02_201.htm.

400. Véase http://www.europa.eu.int/comm/external_relations/north_dim/news/ip02_721.htm.

401. Sobre la evolución de la economía rusa en este período, véanse J. R. Millar, «Can Putin Jump-start Russia's stalled Economy?», *Current History*, vol. 99, n.º 639, octubre de 2000, pp. 329-333; y del mismo autor, «The Russian Economy: Putin's Pause», *Current History*, vol. 100, n.º 648, octubre de 2001, pp. 336-343; A. Muns, «Rusia. Una economía en busca del mercado», *Economía exterior*, n.º 21, verano de 2002, pp. 153-163; Ph. Perret, «La réforme économique en Russie: Deuxième étape de la transition», *Le courrier des pays de l'Est*, n.º 1.015, mayo de 2001, pp. 35-50.

402. La estrategia común sobre Rusia no parece haber encontrado un campo explícito de aplicación o, por lo menos, no ha hallado un modo de coexistir adecuadamente con el Acuerdo de Colaboración y Cooperación de 1994 y superarlo. Véanse, sobre la estrategia común, Yu. Borko, «The European Union's Common Strategy on Russia: A Russian View», *op. cit.*, pp. 117-143; S. de Spiegeleire, «Towards a Genuinely Common EU Strategy on Russia», *op. cit.*; S. de Spiegeleire, «The Implementation of the EU's Common Strategy on Russia», *op. cit.*

403. Es el caso, muy especialmente, de Ucrania y de Uzbekistán, que han debido someterse a la influencia rusa debido, en gran medida a la pésima situación de sus economías. Véase V. Lamsdorff, «La CEI. Perspectivas actuales», *op. cit.*

404. Según la encuesta internacional llevada a cabo por Gallup, <http://www.gallup.org>.

405. A pesar de cierta actitud dubitativa en la segunda guerra del Golfo, cuando la URSS había mantenido la condena a la invasión de Kuwait a causa, sobre todo, de la necesidad de apoyos externos para una Unión Soviética moribunda. Véase C. Tai-bo, «La Unión Soviética y el conflicto del Golfo. Un estudio sobre las actitudes y la política de la URSS», *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, n.º 21, 1991, pp. 105-120.

406. Véase F. Serra, «Rusia: oposición a la guerra en Irak con la vista puesta en el petróleo», en http://selene.uab.es/_cs_iuee/catala/obs/m_working.html, febrero de 2003.

407. Como relata en detalle P. Kennedy, en el artículo que ya constituye un referente, «La desaparición de Rusia», *op. cit.*

408. El término, que hará fortuna, lo acuña A. Salmin, en «Europe and New Russia», *New Times*, abril de 1996, p. 49-50.

409. Se trataría fundamentalmente de áreas en transición hacia la integración en la misma UE, pero en el caso de procesos de integración prolongados, estancados o simplemente descartados, la estrecha cooperación de estos países con la UE haría de los mismos un área complementaria de actuación de la misma. Son los países a la espera de la ampliación, como Rumanía y Bulgaria, y en una transición económica temporalmente indefinida, como los Balcanes occidentales, o en una relación de complementariedad estructural con la UE, como los países de la EFTA o los microestados europeos.

410. Es el caso, notablemente, de la situación que se produjo tras el 11 de septiembre, con el ahondamiento de la colaboración entre Bush y Putin, aunque se haya producido fuera del período analizado en este trabajo, pero también de los acuerdos alcanzados por la Administración Yeltsin con la OTAN a raíz de su ampliación y del Acuerdo de Cooperación con la Alianza Atlántica de 1997.

411. Lo cual aparentemente se podría haber producido a raíz de la crisis que precedió a la invasión anglonorteamericana de Irak, a principios de 2003, aunque sea todavía muy pronto para extraer conclusiones de la correlación de alianzas producida a raíz de estos acontecimientos.

412. Me parece particularmente interesante la imagen que ofrecen algunos analistas (recientemente, M. Malia, *Russia under Western Eyes. From the Bronze Horseman to the Lenin Mausoleum*, Cambridge, Harvard U.P., 1999) al presentar a la autoimagen rusa como un reflejo del estereotipo que se tiene de la cultura rusa en Occidente. Desde este punto de vista Rusia, un país plenamente europeo, participaría de una imagen distorsionada de sí misma generada a través de una perspectiva distan-

te y prejuiciosa. Véase también A. D. Rotfeld, «La excepcionalidad rusa: a vueltas con la identidad nacional», *Política Exterior*, vol. XV, septiembre/octubre de 2001, n.º 83, pp. 10-21.

413. Véase, respecto al debate identitario ruso de los últimos años del siglo xx, C. Cabezas Barceló, «Rusia, a la constante búsqueda de su identidad», en C. Flores Juberías, coord., *op. cit.*, vol. 2º, pp. 5-14, así como J.-P. Massias, «Crise d'identité d'un État en recomposition», *Notes et études documentaires*, n.ºs 5.128-5.129, febrero de 2001, pp. 79-100.

414. Derivada de la excelente novela de Ivan A. Goncharov, *Oblomov* (Planeta, Barcelona, 1985). La *oblomovchina*, curiosamente, es uno de los aspectos de la actitud social rusa que, según parece, más molestaban a Lenin.

415. Podríamos citar a Solzhenitsin, *op. cit.*, p. 236, o a P. Felgenhauer, en su intervención en el seminario organizado por la *Fundació CIDOB* en 1999 y citado más arriba, *New Challenges for European Security*, como algunos de los pensadores que utilizan el término como un mal del pueblo ruso en los años noventa del siglo xx.

416. La expresión, en realidad, es atribuida apócrifamente a Pushkin.

417. Aquí hay que mencionar las banderas con el círculo de estrellas amarillas sobre fondo azul vistas en las manifestaciones como la que siguió al intento de golpe de Estado de agosto de 1991, o el ingenuo (?) anuncio de Yeltsin, el mismo año, de solicitar el ingreso de Rusia en la OTAN.

418. En este aspecto debemos interpretar el sentimiento de desconfianza que genera la ampliación de la OTAN hacia el Este, o las reservas planteadas por el Kremlin y la *Duma* ante la firma de los tratados armamentísticos como el START II y el START III. Un ejemplo claro de este recelo hacia Occidente lo hallamos en la gran difusión que han tenido en Rusia las obras recientes de Z. Brzezinski, así como el uso que se ha hecho de las mismas para justificar las posiciones más aislacionistas y antioccidentales de la política rusa. Brzezinski, en efecto, llega a proponer el descuartizamiento de Rusia en tres partes, para dificultar su futura recuperación (véase Z. Brzezinski, «A Geostrategy for Eurasia», *Foreign Affairs*, vol. 76, n.º 5, septiembre-octubre de 1997; traducido como «Una estrategia para Eurasia», en *Política Exterior*, n.º 60, noviembre-diciembre de 1997, p. 165). No es difícil imaginar la reacción de la población rusa ante esta y otras propuestas del antiguo asesor de Carter.

419. Así, según R. Holbrooke («America, a European Power», *Foreign Affairs*, marzo-abril de 1994, p. 165), «el objetivo global de Occidente en Rusia y en el resto de la antigua Unión Soviética sigue siendo la integración, llevar las democracias emergentes al marco de las instituciones políticas, económicas y de seguridad occidentales».

420. Solzhenitsin, *op. cit.*, p. 251.

Bibliografía

- Afanásiev, Y., *Mi Rusia fatal*, Anaya y Mario Muchnik, Madrid, 1994.
- Aguirre, M., «Occidente ante la cuestión rusa», *Cuadernos del Este*, n.º 15 (1995).
- Aldecoa, F., *La integración europea. Análisis histórico-institucional con textos y documentos*, Tecnos, Madrid, 2002.
- Alexandrova, O., «Divergent Russian Foreign Policy Concepts», *Aussenpolitik*, vol. 44, n.º 4, 1993, pp. 363-372.
- Alvarado Pérez, E., «Derechos, libertades y democracia en Rusia», en Flores Juberías, C. coord, op. cit, vol. 1, pp. 133-168.
- Arbatov, A. et al., eds., *Managing Conflict in the Former Soviet Union*, MIT Press, Cambridge, Mass., 1997.
- Art, R. J., «Geopolitics Updated», *International Security*, vol. 23, n.º 3, invierno de 1998-1999.
- Aslund, A., «Russia's Collapse», *Foreign Affairs*, vol. 78, n.º 5, septiembre-octubre de 1999.
- Baranovski, V., ed., *Russia and Europe. The Emerging Security Agenda*, Sipri, Oxford University Press, 1997.
- , *Russia's Attitudes Towards the EU: Political Aspects*, Programme on the Northern Dimensions of the CFSP, Ulkpolittinen instituutti-Institut für Europäische Politik, Helsinki, 2002.
- , «11 septembre: une vision russe», *Politique étrangère*, n.º 1, enero-marzo de 2002, pp. 9-20.
- , «Russia: a Part of Europe or Apart from Europe?», *International Affairs*, vol. 76, n.º 3, julio de 2000, pp. 443-458.
- Barbé, E., «El "equilibrio de poder" en la teoría de las Relaciones Internacionales», *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, n.º 11, 1987, pp. 5-18.
- , «El Estado como actor internacional: crisis y consolidación del sistema de estados», *Papers*, n.º 41, 1993, pp. 33-54.
- , coord., *Política exterior europea*, Ariel, Barcelona, 2000.

- Bayou, C., «Les relations Russie-Union européenne: vers quelle intégration?», *Le courrier des pays de l'Est*, n.º 1.025, mayo de 2002, pp. 4-16.
- Behar, P., *Une géopolitique pour l'Europe. Vers une nouvelle Eurasie?*, Desjonquères, París, 1992.
- Berridge, G. R. y J. W. Young, «What is a "Great Power"?, *Political Studies*, n.º XXXVI, 1988, p. 233.
- Billington, J. H., «The West Stake in Russia's Future», *Orbis*, vol. 41, n.º 4, otoño de 1997.
- Blackwill, R. D., «La Russie et l'Occident», *Politique Étrangère*, n.º 1 (1994), pp. 393-405.
- Blum Douglas, W., ed., *Russia's Future. Consolidation or desintegration*, Westview Press, Boulder, 1994.
- Boniface, P., «Une doctrine Monroe pour la Russie», *Relations Internationales et Stratégiques*, n.º 13, primavera de 1994.
- Bonner, E., «El totalitarismo ruso permanece», *Política Exterior*, vol. XV, n.º 82, julio-agosto de 2001, pp. 7-12.
- Bridge, F. R. y R. Bullen, *The Great Powers and the European States System*, Longman, Londres, 1980.
- Brown, J. F., «Everybody needs Russia-Including Eastern Europe», *Transition*, 15 de noviembre de 1996, pp. 6-10.
- Brzezinski, Z., «A Geostrategy for Eurasia», *Foreign Affairs*, vol. 76, n.º 5, septiembre-octubre de 1997 (trad. cast.: «Una estrategia para Eurasia», *Política Exterior*, n.º 60, nov.-dic. de 1997).
- , *The Grand Chessboard: American Primacy and its Geostrategic Imperatives*, Basic Books, Nueva York, 1997 (trad. cast.: *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*, Paidós, Barcelona, 1998).
- Burant, S. R., «Foreign Policy and National Identity: a Comparison of Ukraine and Belarus», *Europe-Asia Studies*, n.º 7, 1995, pp. 1.125-1.143.
- Calleo, D., «NATO Enlargement as a Problem for Security in Europe», *Aussenpolitik*, vol. 49, 3.º trimestre de 1998.
- Carrère d'Encausse, H., «Russie, à la recherche de l'identité perdue», *Politique Internationale*, n.º 60, 1993.
- , «Nostalgies impériales?», *Politique Internationale*, n.º 75, 1997.
- Cassen, B., «How Large is Europe?», *European Affairs*, vol. 4, 1991.
- Chillaud, M. e I. Facon, «Le rôle de la Russie dans la sécurité européenne», *Le courrier des pays de l'Est*, n.º 1.025, mayo de 2002, pp. 31-38.
- Chinyaeva, E., «A Eurasianist Model of Interethnic Relations Could Help Russia Find Harmony», *Transition*, 1 de noviembre de 1996, pp. 30-35.
- Chizhevski, D., *Historia del espíritu ruso. Rusia entre oriente y Occidente*, Alianza, Madrid, 1967.
- Claudín, C., «La sociedad de Rusia: entre el cambio y la continuidad», *Revista CI-DOB d'Afers Internacionals*, n.º 59, octubre/noviembre de 2002, pp. 7-12.

- , «Rusia y la Unión Europea, diez años de un lento aprendizaje», *Anuario CIDOB 2001*, Barcelona, 2002, pp. 169-176.
- Clayton, A., «The End of Empire», *NATO's Special Adviser for Central & Eastern European Affairs*, 25 de septiembre de 1995.
- Crosnier, M.-A., «Réformes économiques en Russie: des dérapages à l'embarquée», *Le courrier des pays de l'Est*, n.º 1.004, abril de 2000, pp. 39-55.
- Crow, S., «The Making of Foreign Policy in Russia under Yeltsin», *RFE/RL Research Report*, Munich/Washington, 1993.
- Danilov, D. y S. de Spiegeleire, *From Decoupling to Recoupling. A New Security Relationship between Russia and Western Europe?*, Chailiot Papers, n.º 31, Institute for Security Studies, abril de 1998.
- De Spiegeleire, S., «Towards a Genuinely Common EU Strategy on Russia», en la página web del *European Policy Center* (<http://207.68.164.250/>), 4 de marzo de 2003.
- Dezcallar, R., «Derivas de la Rusia ex soviética» *Política Exterior*, vol. XIII, n.º 70, julio-agosto de 1999, pp. 101-118.
- Erhart, H. et al., dirs., *Crisis Management in the CIS: Wither Russia?*, Nomos Verlagsgesellschaft, Baden-Baden, 1995.
- Facon, I., «La Russie, l'OTAN et l'avenir de la sécurité en Europe», *Politique étrangère*, n.º 3, 1997.
- Flores Juberías, C., coord., *Actas del I encuentro español de Estudios sobre la Europa oriental* (2 vols.), Cuadernos constitucionales, n.ºs 26/27 y 28/29, Universitat de València, Valencia, 1999.
- Freedman, L., «Por qué fracasó Occidente», *Política Exterior*, vol. IX, n.º 44, abril-mayo de 1995, pp. 154-168.
- Fukuyama, F., «The End of History?», *The National Interest*, vol. 16, verano de 1993, pp. 3-18.
- Galtung, J., *The European Community. A Superpower in the Making*, George & Unwin, 1973.
- Garnett, Sh. W., «A Nation in Search of its Place», *Current History*, vol. 98, n.º 630, octubre de 1999, pp. 328-333.
- Goetz, R., «Rusian Security Policy Options and Their Price», *Aussenpolitik*, vol. 47, n.º 3, 1996.
- Golliet, J., «La CEI: recomposition, nouvelle communauté ou nouvel empire?», *Relations Internationales et Stratégiques*, n.º 13, primavera de 1994.
- Gorbachov, M. S., *Memoria de los años decisivos (1985-1992)*, Acento Editorial, Madrid, 1993.
- , «Plaidoyer por une "maison commune"», *Politique Internationale*, n.º 68, 1996, pp. 105-112.
- Graham Jr., T. E., «The Politics of Power in Russia», *Current History*, vol. 98, n.º 630, octubre de 1999, pp. 316-321.

- Grushevski, A., «Mitos de la conciencia nacional rusa», *Cuadernos del Este*, n.º 11, 1994.
- Hale, H. E., «The Rise of Russian Anti-Imperialism», *Orbis*, vol. 43, n.º 1, invierno de 1999.
- Hanson, Ph., «How many Russias? Russia's Regions and their Adjustment to Economic Change», *The international spectator*, vol. XXXII, n.º 1, enero-marzo de 1997, pp. 39-52.
- Hanson, S., «The dilemmas of Russia's Anti-revolutionary Revolution», *Current History*, vol. 100, n.º 648, octubre de 2001, pp. 330-335.
- Haslam, J., «Russia's Seat at the Table: a Place Denied or a Place Delayed?», *International Affairs*, vol. 74, n.º 1, enero de 1998.
- Haukkala, H. y S. Medvedev, eds., *The EU Common Strategy on Russia: Learning the Grammar of the CFSP*, Programme on the Northern Dimensions of the CFSP, Ulkpolittinen instituutti-Institut für Europäische Politik, Helsinki, 2001.
- Heikka, H., *Beyond the Cult of the Offensive: The Evolution of Soviet/Russian Strategic Culture and Its Implications for the Nordic/Baltic Region* Programme on the Northern Dimensions of the CFSP, Ulkpolittinen instituutti - Institut für Europäische Politik, Helsinki, 2001.
- Holbrooke, R., «El mayor fracaso colectivo de Occidente», *Política Exterior*, vol. XIII, n.º 71, enero/febrero de 1999, pp. 63-97.
- Holmes, S., «Simulations of Power in Putin's Russia», *Current history*, vol. 100, n.º 648, octubre de 2001, pp. 307-312.
- Housepyan, N. y L. Tsukanova, «Chechnya and Russia, War and Peace», *New Times*, n.º 9, septiembre de 2002, pp. 6-13.
- Huntington, S., «The Clash of Civilizations», *Foreign Affairs*, vol. 72, n.º 3, 1993, Simon & Schuster, Nueva York, pp. 22-49 (trad. cast.: *El choque de las civilizaciones*, Paidós, Barcelona).
- Igritski, Y., «La CEI: un pari impossible?», *Le Courier des pays de l'Est*, n.ºs 397-398, marzo-abril de 1995.
- Jonson, L., «The Foreign Policy Debate in Russia: in Search of a National Interest», *Nationalities Papers*, vol. 22, n.º 1, 1994.
- Jonson, L. y C. Archer, eds., *Peacekeeping and the Role of Russia in Eurasia*, Westview Press, Boulder, 1996.
- Kaiser, R. J., *The Geography of Nationalism in Russia and the USSR*, Princeton U.P., Princeton, 1995.
- Kennan, G., *Russia and the West*, New American Library, Nueva York, 1961.
- Keohane, R. y S. Hoffmann, *After the Cold War. International Institutions and State Strategies in Europe 1989-1991*, Harvard U.P., Cambridge, 1993.
- Kerr, D., «The New Eurasianism: The Rise of Geopolitics in Russia's Foreign Policy», *Europe-Asia Studies*, vol. 47, n.º 6, 1995, pp. 977-988.
- Khazanov, A. M., *After the USSR*, University of Wisconsin Press, Madison, 1995.

- Kirichenko, V., «The States and Prospects for Economic Ties in the CIS», *Problems of Economic Transition*, vol. 36, Nueva York, enero de 1994.
- Kovalev, S., «La Russia de Vladimir Putin», *Política Exterior*, n.º 74, marzo-abril de 2000, pp. 41-56.
- Landgren, S., «Post-Soviet Threats to Security», *SIPRI Year Book 1992*, World Armaments and Disarmament, Londres.
- Lapidus, G. y E. Walker, eds., *The New Russia, Troubled Transformation*, Vestview Press, Boulder, 1995.
- Latsis, O., «Rusia: de crisis en crisis», *Anuario internacional CIDOB 1998*, Barcelona, 1999, pp. 277-289.
- Lieven, A., «Through a Distorted Lens: Chechnya and the Western Media», *Current History*, vol. 99, n.º 639, octubre de 2000, pp. 321-328.
- Lines, T., «At Peace but Insecure: the Paradoxes of Post-soviet Life», *IDS Bulletin*, vol. 32, n.º 2, abril de 2001, pp. 25-34.
- Lyndelle, D. F. y A. Sergounin, *Are Borders Barriers? EU Enlargement and the Russian Region of Kaliningrad*, Programme on the Northern Dimensions of the CFSP, Ulkopolittinen instituutti-Institut für Europäische Politik, Helsinki, 2001.
- Malia, M., *Russia under Western Eyes. From the Bronze Horseman to the Lenin Mausoleum*, Harvard U.P., Cambridge, 1999.
- Malcolm, N., «The New Russian Foreign Policy», *The World Today*, vol. 50, n.º 2, 1994, pp. 28-32.
- , ed., *Russia and Europe: An End to Confrontation?*, Pinter, Londres, 1994.
- Mandeville, L., «Fantasmes russes et myopie occidentale», *Politique Internationale*, n.º 72, 1996, pp. 211-224.
- March, J. M.^a y A. Sánchez, eds., *Política económica y límites institucionales en la transición rusa*, Universitat de València, Valencia, 2000.
- Marín, G., «¿Se han acabado las guerras en la antigua URSS?», *Afers Internacionals*, n.º 48, Barcelona, diciembre de 1999, pp. 7-19.
- Martín de la Guardia, R. M. y G. Á. Pérez Sánchez, *La Unión Soviética: de la Perestroika a la desintegración*, Istmo, Madrid, 1995.
- Massias, J.-P., «Crise d'identité d'un État en recomposition», *Notes et études documentaires*, n.ºs 5.128-5.129, febrero de 2001, pp. 79-100.
- Maury, J.-P., «La nouvelle perception des menaces: L'ex-bloc soviétique et la Yougoslavie», *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, n.º 27, 1994, pp. 31-43.
- McFarlane, N. y O. Thranet, eds., *Balancing Hegemony: The OSCE in the CIS*, Centre for International Relations, Queens University, Toronto, 1997.
- McFaul, M., «Realistic engagement: a new Approach to American-Russian Relations», *Current History*, vol. 100, n.º 648, octubre de 2001, pp. 313-321.
- Medvedev, S., *Russia's Futures. Implications for the EU, the North and the Baltic Region*, Programme on the Northern Dimensions of the CFSP, Ulkopolittinen instituutti-Institut für Europäische Politik, Helsinki, 2000.

- Mendras, M., *Un État pour la Russie*, Complexe, Bruselas, 1992.
- Meyer, J., *Rusia y sus imperios 1894-1991*, FCE, México, 1997.
- Millar, J. R., «Can Putin Jump-start Russia's stalled Economy?», *Current History*, vol. 99, n.º 639, octubre de 2000, pp. 329-333.
- , «The Russian Economy: Putin's Pause», *Current history*, vol. 100, n.º 648, octubre de 2001, pp. 336-343.
- Motyl, A., ed., *Thinking Theoretically About Soviet Nationalities*, Columbia University Press, Nueva York, 1992.
- , «Russian Security, Neoimperialism, and the West», *NATO's Special Adviser for Central & Eastern European Affairs*, 28 de abril de 1994.
- Mozaffari, M., ed., *Security Politics in the Commonwealth of Independent States. The Southern Belt*, McMillan Press, Londres, 1997.
- Müller, D. et al., «The New Approach to Russian Security in the Context of the Programme for Change», *Aussenpolitik*, vol. 49, 3.º trimestre de 1998.
- Muns, A., «Rusia. Una economía en busca del mercado», *Economía exterior*, n.º 21, verano de 2002, pp. 153-163.
- Nunn, S. y A. N. Stulberg, «The Many Faces of modern Russia», *Foreign Affairs*, n.º 2, marzo-abril de 2000, pp. 45-62.
- Nye, J., «The Changing Nature of World Power», *Political Science Quarterly*, vol. 105 n.º 2, 1990, pp. 177-192.
- Odom, W. E., «Russia's Several Seats at the Table», *International Affairs*, n.º 4, vol. 74, octubre de 1998.
- Olcott, M. B., «Sovereignty and the Near Abroad», *Orbis*, n.º 3, vol. 39, verano de 1995.
- Ortega, A., *Horizontes cercanos. Guía para un mundo en cambio*, Taurus, Madrid, 2000.
- Palacios, J. M. y P. Arana, «Doctrina militar rusa: herencia soviética, realidades post-soviéticas, perspectiva europea», *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, n.º 59, octubre/noviembre de 2002, pp. 81-104.
- Palazuelos, E., «Subdesarrollo de tipo soviético», *Informe anual del IEO*, Madrid, 1996.
- Perret, Ph., «La réforme économique en Russie: Deuxième étape de la transition», *Le courrier des pays de l'Est*, n.º 1.015, mayo de 2001, pp. 35-50.
- Pipes, R., «Is Russia still an enemy?», *Foreign Affairs*, vol. 76, n.º 5, septiembre-octubre de 1997.
- Pochazkova, P., «We Have to Return Home (interview with Igor Chubais)», *Transitions*, junio de 1997, pp. 56-57.
- Pouchov, A., «Les nouveaux intérêts de la Russie sur son flanc Ouest. L'élargissement de l'OTAN: un tournant historique?», *Problèmes politiques et sociaux, série Russie*, n.º 809, septiembre de 1998, pp. 9-46.
- Raviot, J.-R., «Une nouvelle classe politique en Russie?», *Le courrier des pays de l'Est*, n.º 1.015, mayo de 2001, pp. 25-34.

- Ríos, X., «Rusia y China, dos gigantes en busca de la grandeza perdida», *Anuario CIP 1999*, pp. 97-106.
- Rodríguez Aguilera de Prat, C., «Rusia y la CEI: ¿Relaciones de política exterior o interior?», *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, n.º 42, septiembre de 1998, pp. 7-20.
- Rotfeld, A. D., «La excepcionalidad rusa: a vueltas con la identidad nacional», *Política exterior*, vol. XV, septiembre/octubre de 2001, n.º 83, pp. 10-21.
- Rousselet, K., «Russie: crise économique, radicalisations et limogeages», *L'État du monde 2000*, París, 1999.
- Rubinski, Yu., «La Russie et l'OTAN: une nouvelle étape?», *Politique étrangère*, n.º 4, 1997.
- Rubinstein, A. Z., «America's Stake in Russia Today», *Orbis*, n.º 1, vol. 41, invierno de 1997.
- Rucker, L., «Russie 2000-2001: une nouvelle équation à plusieurs inconnues», *Le courrier des pays de l'Est*, n.º 1.020, noviembre-diciembre de 2001, pp. 111-146.
- Ruehl, L., «European Security and NATO's Eastward Expansion», *Aussenpolitik*, vol. 45, n.º 2, pp. 115-122.
- Rutland, P., «Russia's broken "Wheel of Ideologies"», *Transitions*, junio de 1997, pp. 47-55.
- Sainz, N., «Gestión de conflictos en la Europa de la posguerra fría: las relaciones Federación Rusa-Estados bálticos en el marco de la OSCE», en Flores Juberías, C., coord, vol. 2º, pp. 51-78.
- Salmin, A., «Europe and New Russia», *New Times*, abril de 1996.
- Sánchez Andrés, A., «Presidencia de Vladimir Putin», *Política Exterior*, vol. XV, n.º 83, septiembre/octubre de 2001, pp. 22-30.
- , «La economía rusa: una década de transición», *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, n.º 59, octubre/noviembre de 2002, pp. 53-72.
- Sandahl, E., «La CEI: attentes et réalités», *Notes et études documentaires*, n.º 4982, 1993.
- Sapir, J., *Le chaos russe. Désordres économiques, conflits politiques, décomposition militaire*, La Découverte, París, 1996.
- Schilling, W., «The Return of Geopolitics in the Caucasus and Central Asia», *Aussenpolitik*, n.º 2, 1998.
- Sedivi, J. et al., *Enlargement and European Defence after 11 September*, Chailiot Papers, n.º 53, Institute for Security Studies, junio de 2002.
- Serra, F., «Rusia: una lejanía acentuada», en Barbé, E., coord., *España y la política exterior de la UE. Entre las prioridades españolas y los desafíos del contexto internacional*, Quaderns de Treball, n.º 40 (octubre de 2002), pp. 113-126.
- , «Diez años de la nueva Rusia», *Afers Internacionals*, n.º 59 (octubre-noviembre de 2002), pp. 13-32.
- , «Rusia ante la ampliación de la Unión Europea», en Flores Juberías, C. coord., *Actas del III Encuentro Español de Estudios sobre la Europa Oriental*, vol. II,

- Cuadernos Constitucionales de la Cátedra Fadrique Furió Ceriol, n.º 43-44, Universitat de València, Valencia, primavera/verano de 2003, pp. 79-91.
- , «El Consejo OTAN-Rusia, ¿inicio de una nueva etapa en las relaciones Este-Oeste?», *Revista Española de Derecho Internacional*, vol. LIV-2002 n.º 2, pp. 1.037-1.041, Madrid, julio-diciembre de 2003.
- Shemiatenkov, V., «Russia-Neighbour, Partner and Enigma», en la página web del *European Policy Center* (<http://207.68.164.250/>) consultada el 20 de junio de 2000.
- , «Russia and Europe After Nice», en la página web del *European Policy Center* (<http://207.68.164.250/>), consultada el 2 de agosto de 2000.
- Sherr, J., «Russia Returns to Europe», *NATO's Special Adviser for Central & Eastern European Affairs*, 28 de abril de 1994.
- Simon, G., «La Russie: une hégémonie eurasiennne?», *Politique étrangère*, n.º 1 (1994), pp. 29-47.
- Slim, A., «Le programme Tacis pour la Russie: un bilan est-il possible?», *Le courrier des pays de l'Est*, n.º 1.025, mayo de 2002, pp. 17-26.
- Sokoloff, G., *La puissance pauvre*, Fayard, París, 1993.
- Solchanyk, R., «Ukraine and the CIS: a Troubled Relationship», *RFE/RL Research Report*, n.º 7, 1993, pp. 23-27.
- Solzhenitsin, A., *El colapso de Rusia*, Espasa, Madrid, 1999.
- Soto, A., «Reflexiones sobre Rusia y Asia central: senderos que se cruzan y bifurcan», *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, n.º 59, octubre/noviembre de 2002, pp. 123-139.
- Staar, R. F., «Moscow Plans to Restore its Power», *Orbis*, vol. 40, n.º 3, verano de 1996.
- Steele, *Eternal Russia*, Faber and Faber, Londres, 1994.
- Taibo, C., *La Unión Soviética. El espacio ruso-soviético en el siglo xx*, Síntesis, Madrid, 1999.
- , «La conflictiva ampliación de la UE», *Política Exterior*, vol. XIII, n.º 71, septiembre-octubre de 1999, pp. 67-78.
- Teague, E., «The CIS: An Unpredictable Future», *RFE/RL Research Report*, vol. 3, n.º 1, 7 de enero de 1994.
- Tinguy, A., «L'effondrement de l'empire soviétique», *Notes et études documentaires (La Documentation Française)*, n.º 4.958-13, 1992, pp. 89-100.
- Tishkov, V., «Contra la retórica de las quejas: antropología de las transformaciones en Rusia», *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, n.º 59, octubre/noviembre de 2002, pp. 73-80.
- Tismaneanu, V., ed., *Political Culture and Civil Society in Russia and the New States of Eurasia* Sharpe, Nueva York 1995.
- Tolz, V. y I. Elliot, eds., *The Demise of the USSR*, RFE/RL, Mc. Millan Press, 1995.
- Trenin, D., «Stratégie russe; une difficile naissance», *Politique étrangère*, n.º 1 (1997).
- Valcárcel, D., «Enigmas rusos», *Política Exterior*, n.º 72, noviembre-diciembre de 1999, pp. 95-103.

- Waeber, O., «Three competing Europes: German, French, Russian», *International Affairs*, vol. 66, n.º 3, pp. 477-493.
- Wallander, C., ed., *The Sources of Russian Foreign Policy after the Cold War*, Westview Press, Boulder, 1996.
- Webber, M., *CIS Integration Trends, Russia and the Former Soviet South*, The Royal Institute of International Affairs, Londres, 1997.
- Werning Rivera, Sh., «Élites in post-Communist Russia: a Changing of the Guard?», *Europe-Asia studies*, vol. 52, n.º 3, mayo de 2000, pp. 413-432.
- Wettig, G., «Moscow's Perception of NATO's role», *Aussenpolitik*, vol. 45, n.º 2, 1998, pp. 123-133.
- White, S., *After Gorbachev*, Cambridge University Press, 1993.
- Whitlock, E., «The CIS Economies: Divergent and Troubled Paths», *RFE/RL Research Report*, vol. 3, n.º 1, Washington, 7 de enero de 1994.
- Wild, G., «CEI-Ouest: inertie et frémissements», *Le courrier des pays de l'Est*, n.º 397-398, marzo-abril de 1995.
- Wolosky, L. S., «Putin y la plutocracia rusa» *Política Exterior*, vol. XIV, n.º 75, mayo-junio de 2000, pp. 45-58.
- Yasmann, Yu., «The rise of Eurasians», *RFE/RL Security Watch*, 30 de abril de 2001.
- Yavlinski, G., «El falso capitalismo ruso», *Política Exterior*, vol. XIII, n.º 64, julio-agosto de 1998, pp. 75-90.
- Zevin, L., «The Economic Space of the CIS», *Problems of Economic Transition*, n.º 9, vol. 37, Nueva York, enero de 1995.
- Zlotowski, Y., «L'Économie et la société russes après le choc d'août 1998: rupture ou enlèvement», *Les études du CERI*, n.º 51, París, 1999.

